CHERNIAKOVSKI

Akram Sharipov

INÉDITAEDITORES

ÍNDICE

PREFACIO

Cada año se alejan más de nosotros los acontecimientos de la Gran Guerra Patria. Ya hace mucho que fueron roturadas las zanjas y se fueron cegando las trincheras, cicatrizaron las heridas de los participantes en la contienda, pero la memoria humana retorna una y otra vez al pasado. Suele decirse que «la sangre de la gente no es agua», y lo sufrido y vivido no se olvida nunca. El tiempo es el juez de la historia, implacable, pero objetivo. Mediante sus leyes, a él inherentes, justiprecia lo realizado por la humanidad.

Cuantas fueren las generaciones que se sucedan en la Tierra todas ellas deben saber qué es el fascismo, qué torturas y suplicios acarreó a los pueblos de Europa, incluidos los propios alemanes, qué sacrificio soportó el pueblo soviético, luchando contra el fascismo, la fuerza de choque del imperialismo. Los descendientes se enorgullecerán siempre de la hazaña de nuestros combatientes, que destrozaron al ejército de la Alemania fascista, el ejército más potente del mundo capitalista de aquel tiempo. Es una proeza sin precedentes en la historia.

El libro de Akram Sharipov está dedicado a uno de los más destacados estrategas de la Gran Guerra Patria, el general de ejército Iván Danílovich Cherniakovski, el más joven entre los comandantes en jefe de Frente.

El nombre de este virtuoso estratega es muy conocido en nuestro país y lejos de sus fronteras. En la Gran Guerra Patria na-

ció su fama, floreció su talento. Las tropas mandadas por Cherniakovski liberaron Vorónezh, Kursk, Konotop, Bajmach, Nezhin, Zhitómir, Vítebsk, Orsha, Vilnius y Kaunas, se distinguieron en los combates por Kíev, Minsk y fueron de las primeras en llegar a la frontera con la Alemania fascista, batiendo luego exitosamente las tropas hitlerianas en Prusia Oriental, la ciudadela del fascismo germano.

Constituyen el fundamento real del libro los documentos operativos sobre las acciones de la 28.ª División de Tanques, del 6.º Ejército y del 3.er Frente de Bielorrusia, que mandó Cherniakovski, los recuerdos de sus compañeros de armas.

El autor ha logrado conjugar en el libro la vivacidad del relato con lo documental, reconstituir las escenas de los combates y las batallas, de los que salieron vencedoras las fuerzas dirigidas por el general Cherniakovski.

En el libro se ponen de relieve los rasgos más característicos de la maestría de Cherniakovski como estratega. Tomemos aunque sólo sea el capítulo «La Operación Bagratión», donde el lector podrá ver hasta qué punto elaboraba y realizaba magistralmente sus decisiones el comandante en jefe del 3.er Frente de Bielorrusia.

Igual que a todos nuestros famosos jefes militares, a Cherniakovski le eran inherentes el cariño por los combatientes, su solicitud por ellos, la admiración ante su valor y firmeza. Así lo muestran también diversos episodios combativos, la descripción de sus encuentros con el héroe popular Yuri Smirnov, con el sargento komsomol Vladímir Chízhik, con los oficiales Kótov y Kárpov, temerarios exploradores. Describiendo las acciones combativas y exponiendo el papel de Cherniakovski como gran jefe militar, el autor nos habla también del soldado, la pieza fundamental en el frente, el acceso al corazón del cual Iván Danílovich siempre supo encontrar.

No cabe duda de que también interesarán al lector las páginas en las que se describen los encuentros de Cherniakovski con María Uliánova, hermana de Vladímir Ilich Lenin, con Mijaíl Kalinin, con los grandes jefes militares Nikolai Vatutin, Konstantín Rokossovski, Gueorgui Zhúkov, Iván Bagramián y otros.

Siendo todavía un muchacho Cherniakovski se alistó voluntario en el Ejército Rojo, se encariñó para siempre con la profesión militar en la que llegó a ser un estratega de renombre. Su trabajo aguerrido en bien de su país, la Patria lo evaluó con muchas altas condecoraciones. Como un soldado sirvió con abnegación y pundonor al pueblo y como un soldado cayó en su puesto de combate. Este libro narra el glorioso camino de la vida del estratega.

V. Chuikov, Mariscal de la Unión Soviética,
dos veces Héroe de la Unión Soviética.

I

LA ADOLESCENCIA

La pequeña aldea de Vérbovo, oculta entre sus frondosos huertos, está pegada a la estación Vapniarka. Sus casitas blancas se diseminan por las vertientes de lomas suaves. Desde allí se atalaya el maravilloso panorama de los anchos estanques en el centro del pueblo y del lejano bosque. Al sudoeste de Vérbovo se extiende el camino que lleva al villorrio de Yampol, situado a orillas del ancho y rápido Dniéster. Al nordeste de Vérbovo, a treinta kilómetros, se encuentra la villa Tulchin. La misma que en otro tiempo sirvió de acantonamiento a Suvórov y a sus intrépidos soldados, donde Péstel fundó la famosa Sociedad Meridional de los decembristas.

En más de una ocasión azotaron estas tierras los torbellinos de cruentos combates: en tiempos lejanos, contra las hordas de la Turquía de los sultanes y las tropas de la Polonia de los panis, en los años de la Guerra Civil, contra los ocupantes alemanes y las bandas de Blancos.

...Primero de marzo de 1919. El día se presentaba nublado, la ventisca de nieve mojada azotaba las ventanas. De, pronto, estallaron unos disparos, luego se oyó el desenfrenado patear de los cascos de los caballos. Los petliuranos* irrumpieron en el pueblo. Por

*Petliuriano: soldado que servía en el Ejército de Petliura. Petliura S.V. (1877-1926) fue dirigente de los nacionalistas ucranianos que en los años de la Guerra Civil lucharon contra el poder soviético *(N. del T.)*

las calles de Vérbovo galopaban raudos jinetes que cubrían con gorros de piel y largos flecos colgantes.

Los bandidos entraron en tromba en la jata* de Danila Cherniakovski, pues ya sabían que él había dirigido el reparto de las caballerías del terrateniente entre los campesinos.

—¡Venga, a recorrer las cuadras! —gritó al dueño de la casa el que lideraba a los petliuranos—. Reúne todos los caballos que os llevasteis de la cuadra del señor. ¡Rápido!

—¡No iré! —se negó en redondo Danila Nikoláevich.

—¿Que no vas? —rugió el petliurano, echando mano a la empuñadura del sable—. ¡Te liquidaré de un sablazo!

—No voy a ir.

—¡Atadle, muchachos! —mandó el cabecilla. Maniataron a Cherniakovski y lo sacaron a empellones de la jata.

Su esposa, María Liúdvigovna, con un niño de pecho, echó a correr detrás de Danila Nikoláevich.

—¡Monstruos! —gritaba desesperada—. ¿A dónde le llevan?

—¡A despacharlo! —sonrió mordaz el jefe.

Ahogándose con las lágrimas, gritó desgarradoramente:

—¡Y a mí con él!...

Apartando a uno de los hombres, María corrió hacia su marido y se puso a su lado. Con la criatura en brazos le era difícil seguir a su marido. Subían un empinado repecho. Danila Nikoláevich quiso tomar en brazos a su hijita, pero en el acto recibió un culatazo en la espalda.

El cielo encapotado de marzo pendía muy bajo sobre la aldea. Un viento frío y penetrante barría las estrechas callejuelas, hacía chirriar las cancelas y doblaba los pequeños árboles. Soplaba con un aullido monótono y melancólico, esforzándose por aventar de las hondonadas los restos de nieve.

El cortejo se detuvo al borde de un tajo. Los petliuranos despojaron a Danila de la pelliza.

—¡Despídanse! —indicó con un movimiento de brazo el cabecilla.

Chasquearon los cerrojos de los fusiles. María sollozaba en-

*Jata: casa campesina ucraniana. *(N. del T.)*

mudecida, como petrificada. Apretándose contra su esposo, clavaba sus ojos, desorbitados por el horror, en los verdugos. La mirada de Danila Nikoláevich se detuvo en la criaturita, pegada al pecho de su madre. Quiso decir a la mujer algo cariñoso, agradable, consolarla. Pero, ¿con qué mitigar su dolor? ¿Cómo podría ella vivir sin él, cómo alimentar a seis niños? ¿Y si también ahora la mataban a ella? Y aunque los espasmos le ahogaban encontró en sí fuerzas para decir con voz entrecortada:

—¡María! Déjame, hazlo por los niños...

—¡No me apartaré de ti aunque me maten también a mí! —y se apretó aún más a su marido.

Este la apartó amorosamente.

—Quedarán los niños huérfanos. ¡Piensa en ellos!

Pero la mujer se arrimó de nuevo al hombre.

...Vania, el hijo de trece años de los Cherniakovski, y los chicos de su edad, que seguían desde una altura de las afueras las incidencias en la aldea, vieron que los petliuranos conducían a alguien hacia el tajo.

—¿Qué pasa allí? ¡Corramos! —gritó uno de los chicos.

Cuando el tropel corrió como una exhalación hacia el tajo, Vania reconoció a su madre y a su padre.

—¡Chicos, los quieren matar los bandidos! —gritó, y se abalanzó hacia sus padres.

Los Cherniakovski eran muy queridos en Vérbovo por su honradez y equidad. Los vecinos tenían en gran estima la sabia cordura de Danila Nikoláevich. Se llevaba tan bien con la gente que ni en Vérbovo ni en sus alrededores había una sola persona que hablara mal de él.

Los avispados muchachos difundieron en un santiamén por las casas la noticia de que los petliuranos querían fusilar a los Cherniakovski. Armándose con lo primero que les venía a mano, los campesinos corrieron hacia el lugar de la represalia.

Viéndose rodeado de gentes que empuñaban hachas y horquillas, el jefe del grupo quiso tranquilizarles:

—No piensen que queremos hacerles algo, basta con que nos digan dónde están los caballos del señor Novinski.

Pero la enfurecida muchedumbre cerraba más y más sus filas en torno a los petliuranos.

Al cabecilla de éstos no le quedó otro remedio que soltar a los detenidos. Danila Nikoláevich y María Liúdvigovna no podían creer que hubieran quedado con vida.

Vania sollozaba abrazando a sus progenitores. El padre estaba lívido, con el cuello estirado, se le hicieron más visibles las arrugas en las mejillas, le invadía un temblor nervioso. La madre sollozaba ahogadamente. Parecían haber envejecido en un momento. Agarrando a sus padres de los brazos, Vania se los llevó a casa.

—Llegará un día en que te desquitarás, hijito... —dijo con voz temblorosa Danila Nikoláevich.

—Me iré al Ejército Rojo, padre.

—¡En cuanto crezcas un poco más, márchate, hijito! —y la madre lo bendijo.

En aquellos años de guerra y ruina no sólo el hambre era un azote para la gente, sino también el tifus. En Vérbovo y en sus alrededores se ensañaba con particular crudeza. No se libraron tampoco del mal los padres de Vania. La madre fue pasándolo en pie, pero el padre tuvo que guardar cama. Aislaron el lecho de Danila Nikoláevich con un tabique, tras el que no dejaban pasar a los niños.

Un amanecer despertó a Vania el gemido del enfermo. Se acercó al tabique y vio el rostro de su padre descompuesto por la agonía, sus ojos hinchados. Vania quiso acercarse a él, pero el enfermo le hizo un gesto de advertencia, ya no podía hablar. Con un leve movimiento de su mano nudosa y seca mandó al muchacho que se alejara, temiendo contagiar el tifus al hijo. El corazón de Vania se desgarraba de dolor, las lágrimas le enturbiaban los ojos. De todas las maneras, se abalanzó hacia su padre, pero le contuvo su hermana Elena. Tragándose los sollozos, el chico miraba con ansiedad el entrañable y demacrado rostro paterno. ¡Cómo había enflaquecido su padre durante la enfermedad! Cuántas profundas arrugas le habían aparecido junto a los ojos, le surcaban su despejada frente.

Reuniendo sus últimas fuerzas, Danila Nikoláevich se incorporó de nuevo y musitó con un susurro:

— Adiós...

...Fue muy penosa para Vania la pérdida de su padre, la persona más entrañable para él, su maestro y amigo. Y en aquellas circunstancias un nuevo golpe descargó sobre él: su madre también cayó enferma. Aún no hacía una semana que habían enterrado al padre y el tifus se la llevó también a ella.

En aquellos días el dolor parecía haber petrificado a Iván. Pero aunque le fuera muy duro hizo de tripas corazón para tranquilizar a sus hermanas.

Después de la muerte de sus padres, empezaron días difíciles para los Cherniakovski. María, la hermana mayor que había cumplido dieciocho años, contrajo matrimonio y se llevó con ella a Nástienka, la hermanita menor, que sólo comenzaba a andar. A su hermano Mijail, de catorce años, le alistaron como cadete en la Brigada de Caballería Kotovski. A Iván y a sus hermanos, Lena de dieciséis años, Sasha, de diez años, se los llevó con su familia Tseshkovski, su vecino, maquinista de la estación de Vapniarka, camarada íntimo de Danila Nikoláevich. No queriendo ser una carga para la familia de Tseshkovski, Iván se hizo pastor.

A los Tseshkovski les apenaba aquel muchacho, que a los trece años había visto truncada su infancia. Más de una vez le propusieron dejar el pastoreo y reintegrarse a la escuela. Iván se lo agradecía, pero, de todas maneras, no dejaba el trabajo.

El chico se levantaba con las primeras luces del alba y hasta que anochecía cuidaba del ganado en los pastizales a solas con sus pensamientos. Recordaba a menudo a su madre, y a su padre y lo que éste le contaba sobre su vida difícil. El propio Iván se acordaba perfectamente de cómo su padre trabajaba sin enderezar el espinazo, cuidando los caballos del terrateniente Novinski en la aldea de Oksanino, del distrito de Uman, de la provincia de Kíev.

En 1914, cuando Iván cumplió los ocho años, Novinski compró una nueva finca en el pueblo Vérbovo, y con él se trasladaron allí los Cherniakovski. El Ejército no tardó en movilizar a Danila

Nikoláevich y mandarle al frente. Combatió en el 8.° Ejército del general Brusílov. Resultó herido y a finales de 1915 regresó a su casa con la «licencia absoluta». Y de nuevo trabajó de sol a sol para el terrateniente. La vida que hacían los Cherniakovski en Vérbovo casi no se diferenciaba de la anterior. Como antes, seguían careciendo de tierra y de casa propia. La familia vivía en constante necesidad.

El pasado... No desaparecía de las meditaciones de Iván. Lo recordaba todo como si hubiera sucedido ayer: cómo el amo le apodó Yásik y cómo los chicos le llamaron inmediatamente por este mote. Al muchacho le ofendía, pero su madre trataba de explicarle:

—Hijo mío, todos vivimos merced a la piedad del señor Novinski. Está visto que ese es nuestro sino. Mira lo sucedido con tu abuelo. Trabajaba para el amo Zapotocky, al que le desagradaba el apellido Cherniakov de tu abuelo. Y sin más ni más, se lo alargó a su capricho, comenzando desde entonces a apellidarnos Cherniakovski. Al pan Novinski no le gusta tu nombre y por eso te lo ha cambiado por el de Yásik.

Después de la muerte de sus padres Iván maduró visiblemente. A este mozalbete vivaracho, de cabellos rubios y ojos castaños le conocían todos en Vérbovo. Su inteligencia y seriedad discordaban con sus años y eso le hacía parecer mayor que los de su edad.

Más de una vez reflexionó Vania en su futuro. Ansiaba otra vida distinta, mejor.

Cuando llegaron los fríos se dispuso a buscar la dicha en otra parte. Aunque a la sazón se le presentaba confusa, Iván quería creer que una vez traspuesto el semáforo de la estación de Vapniarka se le abrirían horizontes esplendorosos y que encontraría gentes bondadosas y un buen trabajo.

Viajó en las garitas de los guardafrenos en los trenes de mercancías. Tuvo por compañeros de viaje a los vagabundos, acuciados por el hambre. Todos ellos eran mozos sagaces y despabilados. Entonaban canciones melancólicas y pedían limosna, alguno era carterista y otros se dedicaban también al saqueo.

En una de las estaciones se le acercó el cabecilla de la banda.

—Dicen que procedes de Vapniarka y que eres un mozo atrevido. Como esos los necesitamos. ¿Vienes con nosotros a la busca?

—¿A la busca de carbón, quieres decir?

—¿Has oído alguna vez cómo las finanzas cantan romanzas?

—No.

—¡Pues ahora lo vas a oír!

El cabecilla llamó a uno de sus muchachos y dispuso:

—¡Acompáñale! ...

Este mozalbete de ojos escrutadores y vivaracho llevó a Iván al restaurante de la estación y le sentó a una mesa servida con vinos, embutidos ahumados, aves y pescado. En torno a la mesa tomo asiento también toda la cuadrilla.

A Iván le pareció que todo aquello era un sueño. Por primera vez en su vida veía tantos manjares. Tocó la música, encargada por los nuevos «amigos» de Iván, a la que éstos corearon a voz en grito:

Qué bueno, hermanos, qué bueno,
Qué bueno es, hermanos, vivir,
Con nuestro atamán
No tenemos que sufrir...

—¿Qué haces, que no bebes ni comes? —se asombró el cabecilla—, ¡si tienes un hambre de lobo!

—No quiero por cuenta ajena. No estoy acostumbrado a deber nada a nadie.

E Iván no probó nada de la mesa. No se dejó subyugar por la vida fácil...

Después de mucho vagar, definitivamente extenuado, sin encontrar trabajo ni con qué llenar el estómago, Iván volvió de nuevo a Vapniarka, encontrándose allí a Tseshkovski.

—¡Salud, Iván! —le dijo aquel—. ¡Quién se podía imaginar encontrarte aquí! Te hemos estado esperando, y habíamos decidido ya emprender tu búsqueda. Pero a ti no te encuentran de día ni con linterna —y Tseshkovski miró sonriendo a Iván, advirtiendo éste que sus ojos chispeaban jubilosos—. Mijaíl se marchó a Tul-

chin por lo que tú, hermano, eres ahora el mayor de la familia. Tal es nuestro deber de hombres: no pensar sólo en nosotros.

—Tío Vania —balbuceó tímido el mozalbete—, yo quisiera primero encontrar trabajo y sólo después incorporarme a su familia.

—En vano te sientes cohibido entre nosotros. Tú sabes cómo es mi patrona. Una mujer bondadosa que será para ti una segunda madre. ¡Vamos a casa! —y el maquinista le dio unas palmadas cariñosas en el hombro.

Entraron en la casa. Ksenia Ilínichna, la esposa de Tseshkovski, los recibió cordialmente. Elena y Sasha no cabían en sí de júbilo cuando vieron a su hermano.

Iván observó atentamente todo lo que le rodeaba, pensando cuánto tendría que vivir aquí.

La casa era caliente y acogedora. Después de todas las calamidades pasadas y de haber vivido medio hambriento, Iván apreció merecidamente todo aquello. Poco a poco iba desapareciéndole la idea de marcharse a otra parte en busca de suerte, comenzó a ir a la escuela.

Sin embargo, no cejaba en su intención de querer trabajar. No tardó en colocarse de nuevo como pastor. Un poco después, con ayuda de Tseshkovski, se hizo obrero ferroviario y luego aprendiz de cerrajero en los talleres de la estación de Vapniarka.

Iván tenía muchos amigos. En aquellos años azarosos, a los chicos les gustaba jugar a la guerra. En los «combates» entre los jóvenes muchachos no había quien pudiera con Iván. Los compañeros le respetaban por su destreza y audacia, por su carácter alegre y siempre le elegían como caudillo.

Transcurría el año 1920. El Ejército Rojo expulsó a los ocupantes alemanes, fueron destrozados los ejércitos contrarrevolucionarios de Kolchak, Denikin, Yudénich y otros. Sin embargo, los imperialistas no se apaciguaban. En esta ocasión, decidieron utilizar a Pilsudski —jefe del Estado burgués polaco—, de una parte, y al general Wrangel, que había reunido en Crimea a los restos del Ejército de Denikin y desde allí amenazaba al Donbáss, de otra.

En los últimos días de abril, Pilsudski ordenó emprender la

ofensiva sobre Ucrania. La considerable superioridad en fuerzas y el que a retaguardia de nuestras tropas actuaran las bandas petliuranas, posibilitó el avance de los polacos blancos, que estuvieron a punto de llegar a Vérbovo. La aldea se encontró cerca de la primera línea.

En cierta ocasión, Iván y sus amigos oyeron decir que por la noche los polacos blancos llegarían a Vérbovo.

—No dejaremos que los polacos blancos entren en el pueblo. ¡Les presentaremos combate! —propuso Cherniakovski a los amigos.

—Tú nos mandarás, Iván —decidieron los muchachos.

Como chico se enorgullecía de que á él, y no a otro, le hubieran elegido jefe.

Pusieron manos a la obra. En el comité de campesinos les proporcionaron unos cuantos fusiles con los cañones recortados. En cuanto anocheció, Iván, siguiendo barrancos, llevó su destacamento al bosque, al lugar en el camino donde habían decidido organizar una emboscada. Se agazaparon tras los árboles.

—Los panis no se atreverán a perseguirnos por la noche, y menos aún en el bosque. ¿Cómo pueden saber desde dónde les tirotean? —explicaba Iván a los camaradas—. Oí contar a un soldado rojo de ametralladoras, cómo se emboscó y acribilló a todo un centenar de blancos con su máquina. ¡Si tuviéramos una ametralladora!

Actuaban según el plan, acordado en común. Todo el destacamento fue dividido en grupos de cinco, cada uno con su jefe. Los primeros tres quintetos —los atacantes— tomaron posiciones en el lindero del espeso bosque, a ambos lados del camino, y tras ellos, a unos diez pasos, estaban los dos grupos restantes.

—Yo estaré con el primer grupo y tú con el segundo —dijo Cherniakovski a Vasia Kolésnikov, su amigo y lugarteniente—. En cuanto empiece el combate tu grupo también disparará, pero por encima de nosotros, para no herirnos; lo que hace falta es hacer mucho ruido.

Era una templada noche de verano. Se veían las brillantes estrellas entre las ramas de los árboles, cabrilleaban en la bóveda ce-

leste, negra como el azabache. Nada violaba el silencio. Por muy emocionados que estuvieran los muchachos, el sueño comenzó a invadirlos. A Iván le faltó poco para quedarse traspuesto. De pronto, le pareció oír una ráfaga de ametralladora. Hechó mano al fusil recortado. En la oscuridad, sobre su cabeza, por la copa de un árbol, tronchando las ramas, corría una asustada ardilla. ¿Quién la asustó? Se espabiló por completo. Salió al camino. Reinaba el silencio más absoluto.

Recordó haber leído en un libro cómo en la antigüedad los combatientes pegaban el oído al suelo para saber si se acercaban las tropas enemigas. Y Vania se tumbó y pegó su oreja a la tierra. Escuchó un lejano ruido sordo. No tardó en distinguir ya el pateo de los cascos y los relinchos de los caballos. Sintió un desagradable escalofrío por la espalda. Corrió como una centella en busca de los compañeros.

—¡Todo el mundo a prepararse! —ordenó Iván.

Tras un recodo del camino surgieron las siluetas de los jinetes. A Vania le pareció que los polacos blancos se habían desplegado en orden de combate y como una avalancha venían hacia ellos.

—¡Fuego! —gritó con voz desgarrada por la emoción.

El eco de la salva se fue alejando por el nocturno bosque.

La patrulla de descubierta de los polacos blancos, creyendo que tenían delante una emboscada guerrillera, rehuyeron el combate y volvieron grupas. Los muchachos celebraron su victoria. ¡Cuántas veces después recordaron su bautismo de fuego, con qué orgullo brillaban sus ojos!

* * *

A mediados de 1920, el Ejército Rojo liberó las tierras ucranianas al oeste del Dniéper de las fuerzas contrarrevolucionarias. Sin embargo, en otros frentes seguían los combates contra los intervencionistas y los blancos, mientras que en la retaguardia se libraba una lucha no menos cruenta contra el caos económico y el hambre. En octubre se reunió en Moscú el III Congreso del Komsomol. Por los periódicos, Iván sabía ya que Lenin había hablado en el congreso.

No tardó en llegar a los talleres de la estación de Vapniarka el joven Goncharenko, delegado en el Congreso, y miembro del Comité de Distrito del Komsomol. Durante el descanso para la comida la juventud se congregaba en torno a Goncharenko, que apenas tenía tiempo para responder a las preguntas. Más que nada le preguntaban si había visto a Vladímir Ilich, si había hablado con él.

—Le he visto, como os veo a vosotros ahora. Vladímir Ilich nos preguntó acerca de todo —contaba entusiasmado el delegado—. Cómo vivimos y trabajamos, en qué soñamos...

—¿Qué se os ha quedado más grabado del discurso de Lenin? —preguntó Vania Cherniakovski.

—Vladímir Ilich insistió en que nosotros, los komsomoles, estudiemos, estudiemos y estudiemos, para que podamos ayudar mejor al partido a edificar nuestro Estado soviético...

En primer lugar recibid instrucción —fue la conclusión principal a la que llegó Iván cuando tuvo claro lo que se había discutido en el congreso.

* * *

Desde la primavera de 1921 se hizo más difícil la vida de la familia de los Tseshkovski. Y no sólo a ella. La sequía era espantosa, el hambre era cada vez más agudo.

...Para la cena, Ksenia Ilínichna sólo pudo preparar una sopa de patata aguada. Pero no se sentaron a la mesa. Esperaron al cabeza de familia. Diariamente traía de la estación de Vapniarka su ración: dos hogazas de pan, que apenas alcanzaban para una familia tan numerosa. Hoy, en la casa hay dos bocas más: los visitan María Cherniakóvskaya y su hermanita Nástenka, de tres años. Apareció el cabeza de la familia. Pero; ¿por qué hoy sólo trajo una hogaza? Reparando en las miradas interrogativas, explicó:

—Me encontré a la mujer de Kolesnik, llorando a lágrima viva: le habían quitado el dinero. No había podido comprar pan para los chiquillos y volvía a casa con las manos vacías. En vista de ello, le di la segunda hogaza. Mientras veníamos de Vapniarka al pueblo no hacía más que darme las gracias y quería devolverme

la mitad de la hogaza. ¿Qué podía darme, cuando son ocho bocas?

—Madre, yo he comido en el trabajo, así es que mi pan dáselo a Nástenka propuso Iván Tseshkovski.

—Y déles el mío a las chicas —dijo Iván Cherniakovski, siguiendo el ejemplo del mayor.

Nástenka corrió hacia Iván Tseshkovski y se arrimó cariñosamente a él. Nadie podía pensar entonces cuáles serían sus destinos: quince años más tarde contrajeron matrimonio.

Toda la numerosa familia y los invitados se sentaron aunados a la mesa.

Los Tseshkovski se esforzaban, en la medida de lo posible, en ocupar para Vania y sus hermanas el lugar de sus padres, tan prematuramente fallecidos. En la familia no se hacía ninguna diferencia entre los hijos: a todos se los trataba igual. A pesar de la diferencia de edades, a los dos Ivanes los unía una fuerte amistad. Iván Tseshkovski llevaba ya cuatro años de cerrajero. Dirigía la organización del Komsomol, y bajo su influencia, Cherniakovski se familiarizó con los komsomoles y acudía a sus reuniones y charlas.

En aquel año la escuela de Vérbovo, como otras muchas, estaba cerrada por falta de recursos. Pero con el dinero que ganaba, Iván tomaba lecciones particulares. Estudiaba con gran afición y devoraba cuantos libros caían en sus manos.

—Vania, tu memoria y tus aptitudes son buenas, —le dijo en cierta ocasión el maestro, revolviéndole con su mano los cabellos—. Eres tenaz y aplicado. Si continuas estudiando así llegarás lejos. El país necesitará pronto muchas personas bien instruidas y con conocimientos. No te contentes con lo alcanzado, esfuérzate por formar tu carácter.

—¿Y qué se necesita para ello?

—Ante todo, cariño por el trabajo, interés y perseverancia. Y otra cosa muy importante: que te respeten. Pero tú, Vania, eres a veces demasiado intolerante con las personas.

—La vida no me es fácil Mijail Kornéievich. La gente debe también comprender...

—No creas que se te van a hacer concesiones. En la vida tro-

pezarás aún con muchas dificultades y debes aprender a superarlas. Pero no las encares solo, sino con los amigos. Prepárate para ingresar en el Komsomol.

Iván meditó y sopesó cada palabra del maestro. No tardó en entregar su solicitud a la célula del Komsomol en Vérbovo. Recordó durante mucho tiempo el día que le admitieron al Komsomol. Después de la reunión, los komsomoles le rodearon, le felicitaron. Azorado y confuso por la alegría no sabía qué responder.

Se le acercó un militar de elevada estatura, con el uniforme perfectamente ajustado y con una pistola máuser colgada de una correa. Era el viejo comunista Ganzhe, comisario de un regimiento de artillería, acampado en las proximidades de Vérbovo. Poniendo su mano en el hombro de Iván, le dijo:

—¡Que seas un auxiliar honrado y seguro de los bolcheviques leninistas, camarada Cherniakovski!

Iván miró su gorra con la estrella roja, sus cabellos canosos y, conteniendo a duras penas la emoción, respondió, esforzándose por ser conciso, al estilo militar:

—¡Camarada comisario, me esforzaré por justificar el título de komsomol!

Estas palabras, salidas del corazón, agradaron al comisario.

—¡Ven a nuestro regimiento! —le invitó.

Hacía sólo medio año que el regimiento de artillería estaba acampado en los alrededores de Vapniarka y Vérbovo. Pero durante este lapso, Iván visitó muchas veces a los artilleros e hizo amistad con ellos. Le encantaba la vida militar. Andaba en torno de los cañones como fascinado.

Llegó un día en que el regimiento fue trasladado a otro lugar, cercano a la frontera. Llamaron a Kíev al comisario Ganzhe. El joven se despidió con pesar de sus nuevos amigos. ¡Cómo hubiera deseado quedarse con ellos! Le parecía que servir en el Ejército Rojo era algo ideal. Pero comprendía que aún era muy joven para ello.

Pronto eligieron al joven komsomol para el comité de campesinos pobres de Vérbovo, que encabezaban los bolcheviques. Trabajó mucho con sus camaradas mayores para que se cumplieran las tareas planificadas.

Trabajando en el ferrocarril, Iván no interrumpió las relaciones con sus amigos de Vérbovo, a los que familiarizó con la vida de la colectividad obrera de la estación. A este gallardo muchacho, vestido con una guerrera descolorida, se le veía a menudo en Vérbovo Todo le interesaba. En una de las reuniones de los komsomoles se discutía el problema de cómo la juventud aldeana podría ella misma restablecer el huerto del terrateniente. Pidió la palabra Iván Cherniakovski. Apenas abrió la boca cuando alguien gritó desde su asiento:

—¿Para qué necesitamos el huerto si no tenemos pan?

—¡Llegará un día en el que tendremos también pan y nuestros huertos florecerán! —respondió Cherniakovski a la interrupción.

La asamblea dispuso plantar nuevos árboles frutales en el que fue huerto del terrateniente y crear otro más, en la parcela contigua a la escuela. Y así lo hicieron. El primer huerto de los komsomoles de Vérbovo sigue floreciendo hoy, cada primavera.

* * *

Terminó la Guerra Civil. Pero en el interior del país seguían aún los choques cruentos con los restos de la contrarrevolución. En las aldeas actuaban los kulaks, llenos de rencor contra el poder soviético.

...Llegó el otoño de 1922. Las noches se hicieron más oscuras. En las afueras de Vérbovo, en una casa de baños abandonada, se reunieron los kulaks del lugar. Un cabo de vela iluminaba los barbudos rostros. Echaron a suertes para ver quién debería asesinar a Iván Tseshkovski, secretario de la célula del Komsomol, y a su adjunto Iván Cherniakovski.

Los rumores del complot llegaron hasta los que debían ser las víctimas. Eran rumores que difundían los propios kulaks para atemorizar a los komsomoles. Los amigos adoptaron medidas de precaución. Tseshkovski incluso se mudó de domicilio. Pero, ¿dónde y cuándo asestaría el enemigo su golpe?

Una noche, cuando ya todos dormían, irrumpieron en la casa de los Tseshkovski siete desconocidos. A varios de ellos Iván Cherniakovski los identificó por la voz. Hubiera podido saltar por la

ventana, pero le abrasó la idea: «¿Qué va a ser del hermano y de la hermana?». Gritó a voz en cuello: «¡Bandidos!». Dos se abalanzaron sobre él, lo que aprovechó la hermana para saltar por la ventana. Uno de los bandidos hizo ademán de perseguirla, pero Cherniakovski le alcanzó junto a la misma ventana. Comenzó la pelea. En la oscuridad se oía el ruido de las banquetas derribadas, voces roncas, blasfemias, golpes sordos.

Golpeado, sangrando, Iván gritó:

—¡Aún nos veremos las caras, viles kulaks!

Atraídos por el ruido, comenzaron a correr hacia la casa los vecinos y los bandidos se dieron a la fuga. Cuando escapaban uno de ellos amenazó a Cherniakovski:

—¡Si no podemos contigo, le ajustaremos las cuentas a tu amiguito Tseshkovski!

Sobreponiéndose al dolor; Iván sacó fuerzas de flaqueza y por el camino más corto corrió a casa de su amigo, para advertirle del peligro que le amenazaba. Agotado por completo, se derrumbó en el mismo umbral. Tseshkovski salió corriendo de la casa y se acercó a él:

—¿Qué te pasa, Vania?

—¡Huye ahora mismo, te quieren matar! Dentro de unos instantes estarán aquí.

Los amigos tuvieron tiempo de zafarse de los enemigos: cuando los kulaks rodearon la casa, Tseshkovski ya no estaba allí.

Por la mañana, los miembros del comité de pobres la emprendieron con los bandidos. Mataron a dos que quisieron huir, aprehendiendo a los restantes.

La juventud quería a Cherniakovski por su audacia y su decisión; por su habilidad para movilizar a todos en torno a un trabajo necesario. No tardaron en elegirle secretario de la célula del Komsomol de Vérbovo, en sustitución de Iván Tseshkovski, que pasó a ser secretario del comité de distrito del Komsomol.

Los tiempos eran difíciles. Los kulaks saboteaban, tratando de desprestigiar por todos los medios ante los campesinos al gobierno soviético y al Komsomol. Para ello utilizaban también a la Iglesia. Como respuesta, dirigidos por los bolcheviques, los kom-

somoles intensificaron la propaganda antirreligiosa. Pero no les fue fácil la empresa, pues los clericales atemorizaban a la juventud, la amenazaban con el castigo divino. Con especial astucia actuaba el pope local: Zelenetski. No difamaba a los komsomoles en sus sermones, no predisponía abiertamente a los creyentes contra ellos. El pope exhortaba: «Perdonadlos, fieles ortodoxos. Sus pocos años les inducen al error».

—Los kulaks y los popes han pasado del terror al descubierto a las acciones subversivas clandestinas —declaraba Cherniakovski en la reunión del buró del comité de distrito del Komsomol—. Basta ya de estar a la defensiva y de esperar. Ya es hora de que nosotros mismos pasemos a la ofensiva.

—¡Iván tiene razón! —apoyó a su amigo Tseshkovski—. Pero tengan en cuenta también que no todos los kulaks hacen una labor subversiva. Muchos de ellos sólo explotan el trabajo asalariado. Sin embargo, sus haciendas dan trigo. No podemos dejar la tierra sin trabajar. Eso nos amenaza con el hambre. Nos es imprescindible realizar un trabajo educativo, tenemos que lograr que hasta los kulaks y el clero cambien de opinión:

—¡Dudo de que podamos, reeducar al pope Zelenetski! ¡Sólo la sepultura endereza al jorobado! —replicaron.

—El tiempo todo lo puede, los reeducaremos —declaró con seguridad Tseshkovski—. Pero nuestra primera preocupación ahora, es que nos siga toda la juventud aldeana. Para ello no estaría mal tener una biblioteca y un club...

En aquellos años, los komsomoles tenían que emprender muchas cosas desde el principio. Puede decirse que debían, empezar de cero. Y, aunque faltaban recursos, sobraba entusiasmo. Construyeron ellos mismos un club, organizando en él grupos corales y de teatro. Los viejos aún recuerdan cómo Iván Cherniakovski trabajaba en el espectáculo *Natalka-Poltavka.* La voz pura y agradable y la mímica del joven encantaban al público. Iván reencarnaba acertadamente la imagen del mozo Piotr, afín a él por su espíritu.

El secretario del Komsomol no sólo participaba como aficionado artístico, sino que sus charlas sobre temas antirreligiosos es-

taban tan sólidamente argumentadas que con frecuencia hasta los creyentes más fervorosos, que se consideraban unos entendidos en la «Ley de Dios», no podían refutarle nada.

El trabajo de los komsomoles dio sus frutos: muchos jóvenes creyentes dejaron de ir a la iglesia.

Los libros siempre fueron un apoyo fiel para Iván en sus trabajos. A la sazón, le atraían particularmente las poesías de Tarás Shevchenko, muchas de las cuales sabía de memoria. Nalivaiko, que a finales del siglo XVI encabezó la insurrección de los cosacos y de los campesinos contra la nobleza polaca y que posteriormente fue quemado en la hoguera por los enemigos, se convirtió en su héroe favorito, cantado por Shevchenko y Ryléev.

Pero a Iván no le bastaba con gozar a solas de su contacto con los libros. En más de una ocasión se puso a pensar en cómo organizar una biblioteca en la aldea, de dónde sacar los libros.

Finalmente encontró la solución. Todos sabían que el pope Zelenetski tenía en su casa muchos libros, pues era un gran aficionado a la lectura. Seguramente, en todo el pueblo no se hubieran podido juntar tantos libros como había en las estanterías de la casa del pope.

Los komsomoles consiguieron el visto bueno de las autoridades locales para socializar la biblioteca del pope. En cuanto lo tuvieron llevaron los libros al club.

En la aldea se rumoreaba que, al parecer, Zelenetski no era sacerdote, sino un antiguo oficial del Ejército zarista que engañaba al pueblo. Corría el rumor de que por las noches siempre se reunían en casa del pope antiguos oficiales, y que era frecuente que él mismo se ausentara para asistir a ciertos encuentros secretos. Decidieron seguir los pasos del pope.

Una oscura noche de verano, cuando lloviznaba y toda la aldea estaba sumida en un sueño profundo, cuatro komsomoles capitaneados por Cherniakovski se agazaparon en el huerto del pope. Iván miró por la ventana, por el intersticio que dejaban las cortinas mal corridas. La luz de la lámpara se reflejaba en un gran espejo. En la habitación no se veía a nadie. De pronto, chirrió la puerta, alguien salió al huerto y entró de nuevo a la casa. No pudieron ver quién era la persona.

Pero mirando más atentamente los amigos vieron en la habitación a un coronel del ejército zarista vestido de pies a cabeza con uniforme. Se recreaba mirándose al espejo. Excepto él y la mujer que ponía la mesa, en la habitación no había nadie. El coronel se acercó a la ventana y juntó bien las cortinas. Pero los komsomoles tuvieron tiempo de reconocer en él al pope Zelenetski.

¿Había que esperar por si alguien venía a verle? ¿Y si por casualidad esto echaba todo a perder?

—¡Seguidme! —mandó Cherniakovski, mientras desenfundaba el revólver (en aquellos años a los secretarios de las células del Komsomol les estaba permitido llevar armas).

En un instante los komsomoles se encontraron en la habitación ante el propio Zelenetski. El pope se asustó, le temblaban las manos. Cherniakovski montó el gatillo.

—Conteste, ¿qué urde? ¿Dónde están sus ayudantes?

Sin apartar la mirada del revólver, atropellando las palabras, el pope balbuceó:

—Ustedes me confunden con otro. ¡Palabra de oficial! Sí, yo fui realmente oficial, pero quiero a Rusia y jamás iré contra ella...

—¿Y cómo se hizo usted pope?

—Había que llenar el estómago de alguna manera... —Zelenetski empezó a recobrarse poco a poco.

—Bien, creeremos en la palabra de oficial. Pero usted debe ahora mismo escribir cómo sucedió todo eso, y firmar su declaración. De lo contrario, nuestra conversación con usted transcurrirá en otro sitio.

—¡Está bien, está bien! —manifestó plenamente dispuesto Zelenetski.

Se asfixiaba, se desabrochó el cuello de la guerrera de oficial. Sudando y tratando de contener el temblor de sus manos, comenzó a escribir, presuroso, dónde había estudiado, quién había sido hasta la revolución, escribió también que era un pope impostor. Una vez leída la declaración, Cherniakovski se la guardó en el bolsillo.

—Ahora, escuche. Mañana reuniremos a todo el pueblo y le contaremos todas sus bribonadas. Que las gentes sepan quién es

usted. Sería mejor para usted contar todo con honradez, pues en este caso se verá libre de disgustos.

Muerto de miedo, Zelenetski accedió.

Para desenmascarar al farsante, el soviet de la aldea congregó en la plaza de Vérbovo a todos los vecinos del pueblo. Zelenetski subió a la tribuna, vestido con la sotana de pope. Tal y como fue acordado, se quitó la sotana y se cubrió la cabeza con la gorra de oficial. Abarcando con su mirada desconcertada a la muchedumbre, comenzó a decir con voz entrecortada:

—Ciudadanos, no soy sacerdote, soy un antiguo coronel. Les engañé...

Una oleada de indignación recorrió la plaza, y con un temible rumor, el pueblo avanzó hacia la tribuna. De no haber sido por los komsomoles, que protegían a Zelenetski, los creyentes le habrían despedazado.

Así terminó la carrera del coronel pope.

* * *

...Pasaron los días y los años. Los Cherniakovski se hicieron mayores. Mijaíl, cadete de la Brigada de Caballería de Kotovski, consiguió un ascenso.

Iván seguía trabajando y estudiando. Alejandro y Elena ayudaban a Ksenia Ilínichna en las labores de la casa.

En la familia de los Tseshkovski los pequeños crecían y aumentaban los gastos. El año 1923 fue especialmente duro para aquella familia de tanta prole, razón por la que Iván decidió marcharse a Novorossíisk en busca de un trabajo mejor remunerado. Con la solicitud de una madre, Ksenia Ilínichna le preparó para el viaje. Guardó cuidadosamente en el macuto de viaje una hogaza de pan, una libra y media de tocino, una toalla, dos mudas interiores y le dio algún dinero para el camino...

Apenas había cruzado Iván la plaza de la estación de Novorossíisk, inundada de sol, cuando tras la primera esquina se abrió ante sus miradas un agitado mar. Se detuvo fascinado, contemplando los embates contra la orilla del poderoso oleaje.

Todo asombraba a Iván. Formando una herradura, las montañas circundaban la ciudad, sus calles arrancaban de la misma costa. Le llamaron la atención los perfiles agrestes de la montaña llamada Pilón de Azúcar. Cherniakovski debía ir en esa dirección pues oyó decir que allí había una fábrica donde se necesitaban obreros.

Al pie de la montaña humeaban las chimeneas. Iván se detuvo a la puerta de la fábrica y leyó en la tablilla: FÁBRICA ESTATAL DE CEMENTO N.º 1 PROLETARII.

Se colocó en el taller de tuberías, haciendo toneles para el cemento. Le gustó aquel trabajo, pues siempre había sido un buen trabajador. Al cabo de poco tiempo sus músculos se fortalecieron más aún, y se ensancharon sus hombros. Sin dejar de trabajar, Iván terminó los cursillos de chófer y se hizo conductor de automóvil. Trabajando de chófer recorrió todo el litoral del Mar Negro. A Iván le encantaba la caprichosa configuración de las carreteras de montaña, le gustaba conducir el coche por sus serpenteantes pistas. ¡Cuánta audacia y maña se necesitan para ello! El menor descuido puede llevarte al despeñadero. Pero esto era precisamente lo que le satisfacía. Hay momentos en que la estrecha calzada de la carretera, parece cortarse al pie del acantilado, pero dando una revuelta, serpentea de nuevo y lleva a un puente, colgado sobre el abismo nuevamente desciende más y más, allí, donde en hileras interminables se extienden los viñedos...

Aunque Cherniakovski trabajó sólo medio año en la Fábrica Proletarii, los komsomoles le eligieron al buró de la organización juvenil de la fábrica. Allí conoció a Nikolái Zinóviev, miembro del comité territorial del Komsomol, hacienda amistad con este cordial y excelente joven. ¡En qué no soñaron a la sazón, sobre qué no discutirían! A los dos les gustaba el deporte y la técnica, juntos ingresaron en los cursillos de chófer. Juntos practicaron en el círculo de tiro.

Zinóviev sabía que Iván soñaba con ser militar. En cierta ocasión dijo a su amigo:

—En el buró del comité territorial han promovido tu candidatura para la Escuela de Mandos del Ejército Rojo.

—Gracias por la confianza —contestó radiante de alegría

Cherniakovski—. Pero tengo que pensarlo. Es algo de mucha responsabilidad.

—¡Qué tienes que pensar! ¿Sabes cómo los burgueses preparaban a su casta de oficiales? Los obreros no tenían acceso a los cuerpos de cadetes. ¡Ahora, nuestros jefes deben salir de los obreros, de los komsomoles!

—Lo comprendo...

—¡Y lo comprendes bien! Tu carácter corresponde al de un mando, tienes voluntad y audacia, en el Komsomol aprendiste a trabajar con la gente. ¡De ti saldrá un jefe de pies a cabeza! Donde pones el ojo pones la bala.

—Gracias, Nikolái.

—De nada. La cosa no sólo se debe a mí. En el buró todos apoyaron tu candidatura. —Zinóviev sonrió y, después de un corto silencio, añadió—: Yo también me dispongo a ingresar en una escuela militar.

Habiendo recibido del comité territorial del Komsomol los documentos de Cherniakovski, el comisariado militar regional requirió, cómo a la sazón se exigía, un certificado del lugar de nacimiento sobre su procedencia social. La respuesta se demoraba sin saber las razones. Pasaron unos días de angustiosa espera. Iván no podía comprender por qué ocurría aquello.

La tardanza era debida a que el secretario del soviet de la aldea de Vérbovo, que tenía la misma edad que Cherniakovski, le envidiaba y retenía personalmente la respuesta, sólo esperaba a que se ausentara el presidente para firmar él mismo el certificado. Pero el presidente no se proponía ausentarse y ya no se podía aguardar más. Al final el secretario tuvo que presentarse al presidente del soviet de la aldea y decirle:

—Han pedido un certificado de Cherniakovski. Yo he escrito que su padre fue capataz del terrateniente Novinski, que tiranizaba a los braceros:

—¡Qué estupidez has escrito! —se irritó el presidente—. ¿De dónde sacaste todo eso? El padre mismo dobló la cerviz para el terrateniente

—Todos así lo dicen.

—¿Quién lo dice? Preséntame aunque sólo sea uno. Yo mismo hablaré con él.

—¿Por quién me toma usted? Yo no soy un correveidile.

—¿Que no eres un chismoso? ¿Entonces por qué difundes calumnias sobre Cherniakovski? Extiende un nuevo certificado haciendo constar que su padre fue mozo de cuadra, que el propio Cherniakovski fue dirigente del Komsomol y participó activamente en la edificación del poder soviético en nuestra aldea.

A comienzos del verano de 1924, recomendado por el comité territorial del Komsomol de Novorossíisk, Cherniakovski partió para la Escuela de Infantería de Odesa, con el firme propósito de consagrar su vida a la defensa de la Patria.

II

PROCESO DE FORMACIÓN

En el parque de la Escuela de Infantería de Odesa tocaba la banda de música. Los alumnos estaban formados a lo largo de un frondoso paseo. Encabezando la primera compañía, en la segunda fila, estaba Iván Cherniakovski.

Para él, como para otros muchos alumnos del primer curso, todo era nuevo, insólito, emocionante en aquel día.

—¡Escuela! ¡A la bandera, firmes! —se oyó la voz de mando.

La roja enseña tremoló al viento. El abanderado y los dos escoltas desfilaron con paso solemne a lo largo de las formaciones inmóviles de los alumnos y ocuparon su puesto en el flanco derecho, junto a los mandos de la escuela.

Con los brazos a lo largo del cuerpo y conteniendo la respiración, miraba Cherniakovski a sus jefes participantes en la Guerra Civil, compañeros de armas de Chapáiev, Budenny o Kotovski. Miraba a la bandera roja de la escuela, bajo la cual tenía que servir desde ese momento.

Toda la vida quedaron impresos en su memoria aquellos minutos solemnes.

Comenzó, el estudio cotidiano. El bisoño alumno Cherniakovski no se habituó de la noche a la mañana al riguroso orden interno militar. Al principio, le parecía difícil levantarse por las mañanas de la cama al toque de «diana». Una vez Cherniakovski vio en sueños a su madre... Llevaba un jarro de leche recién ordeñada

y desde lejos oía su voz cariñosa: «Levántate, Vania, levántate, hijito». Y de pronto, ahogando estas palabras, se oyó un imperioso:

—Compañía, ¡diana!

Al principio no marchaban bien las relaciones de Cherniakovski con Serguéiev, su jefe de escuadra. Sin saber por qué, los primeros meses le pareció a Iván que Serguéiev era injusto con él, quisquilloso.

Cierto día, ante la revista matutina ordinaria, el jefe de escuadra ordenó:

—¡Alumno Cherniakovski, preséntese!

—¡Camarada jefe de escuadra, el alumno Cherniakovski a sus órdenes! —informó con soltura Iván.

—Camarada alumno, al jefe hay que informar tal y como le han enseñado. ¡Repita todo desde el principio!

Iván se acercó de nuevo e informó. Pero siguió la voz de mando:

—Media vuelta, ¡mar!

«¿Qué es lo que quiere de mí?» —Iván miró disgustado a Serguéiev. Sus miradas se cruzaron.

—¿Cómo es esto? —preguntó después Serguéiev—. Hasta ahora no ha aprendido usted una cosa tan sencilla como la de presentarse al superior.

—Camarada jefe de escuadra, me parece que yo hice todo como indica el reglamento.

—Precisamente, le parece a usted. Pero no es según el reglamento. Usted subió incorrectamente la mano a la gorra. Cuando le exigí corregir el error, en vez de girar por el hombro izquierdo, lo hizo por el hombro derecho.

—Pero esto son nimiedades...

—Alumno Cherniakovski, en la milicia no hay nimiedades. Y recuérdelo, mientras usted mismo no aprenda a cumplir con exactitud las exigencias del reglamento y a tener disciplina, de usted no saldrá un jefe de verdad.

Estas palabras de Serguéiev le llegaron al joven alumno a lo más hondo de su ser.

Serguéiev iba complicando gradualmente las exigencias a los alumnos. Pero esto ya no les fastidiaba, como al principio. La es-

cuadra empezó a mostrar resultados excelentes en las revistas. Las relaciones entre el jefe y los alumnos eran cada vez mejores. A éstos les gustaba cómo su jefe sabía mantener su decisión.

Un día, el jefe de la compañía vino a la escuadra, cuando los alumnos acababan de regresar de las prácticas de tiro.

—¡Que se presente a mí Serguéiev! —ordenó el jefe de la compañía a Cherniakovski.

—¡A la orden de usted! —informaba a los pocos momentos Serguéiev.

—¿Quién les va a limpiar las armas?

—Mientras se deshielan los fusiles, he permitido a los hombres descansar.

—Toda la compañía lleva el paso menos ustedes. Todos limpian sus armas, ¿y ustedes?

—Mientras los fusiles no se deshielen, no pueden limpiarse, pues puede arañarse la estría del cañón.

El jefe de la compañía no respondió una palabra a esto. Pero por la expresión de su rostro, los alumnos vieron que le había turbado que llevara razón Serguéiev, y no él. Después de aquel caso, la autoridad de Serguéiev aumentó aún más ante los subordinados.

Con el tiempo, Cherniakovski se encariñó de verdad con su superior, no sólo porque conocía a las mil maravillas el servicio, sino también por su espíritu justiciero y sus rectos principios; comenzó a esforzarse por parecérsele en todo.

Cherniakovski iba entrando cada vez más en el servicio, cada día le gustaba más. Por la mañana temprano la gimnasia al aire libre, después de la cual el cuerpo parece ligero, flexible y dúctil. Después del desayuno, las clases. El día estaba programado por minutos. Sin darte cuenta llegaba la noche.

El tiempo pasaba a toda velocidad. Le alegraban los primeros éxitos en el estudio. Cherniakovski cumplió con sobresaliente los ejercicios de tiro, hizo el examen preliminar de táctica y tenía también buenas notas en otras materias. Como todos los alumnos del primer curso, esperaba con emoción que llegara el día de la jura de la bandera. Por fin, llegó ese momento. Las compañías de

alumnos se formaron en la misma avenida del parque donde habían formado en vísperas de comenzar los estudios. En esta ocasión, Iván Cherniakovski estaba en la primera fila, contemplando embebido cómo los rayos del sol fulguraban en el acero pavonado de las bayonetas. Le daba la impresión que los alumnos se parecían uno a otro, como si fueran los treinta y tres adalides del cuento de Pushkin. Sólo que los alumnos eran muchos más. Le agradaba pensar que él era uno de estos adalides. Rompió a tocar la banda de música, dando comienzo a la tan ansiada ceremonia...

Por fin, Cherniakovski pronunció las palabras de la solemne promesa. Realizando este importante acto de su vida, él determinó para siempre su camino ulterior.

Cherniakovski se esforzaba por estudiar de forma que se hiciera merecedor al honroso título de jefe rojo. Iván quería estar en todas partes: en la biblioteca, en la Casa del Ejército Rojo de la guarnición, en los gabinetes de estudio. Leía muchos más libros de los que se exigían en el programa. Empezó a estudiar independientemente la historia del arte militar, que a la sazón no figuraba en el programa de la escuela.

Todo esto no le impedía practicar intensamente el deporte. Comprendía que el superior debe ser para sus combatientes un ejemplo de destreza, de fuerza, de resistencia. Comenzó a prepararse para el campeonato escolar de gimnasia deportiva...

...El primer entrenamiento. Se precisaba saltar el «caballo». Iván tomó carrerilla, su impulso fue correcto y el salto magnífico, pero resbaló y se lastimó la pierna derecha. ¡Qué fastidio! Pero lo peor no era el dolor, sino que ahora no podría tomar parte en las competiciones... Se le acercó Serguéiev y le dijo:

—No te apures, quedan aún muchas competiciones. Lo que hace falta es que te cures pronto.

—Me esforzaré, camarada jefe. Mientras la pierna se cura me prepararé para las pruebas de tiro.

Y Cherniakovski emprendió un intenso entrenamiento. En los ejercicios preliminares de tiro obtuvo la máxima puntuación, siendo seleccionado para el equipo que participaría en las competiciones de la región militar.

Las pruebas se realizaron en el polígono de la región militar, situado a veinte kilómetros de Odesa. Los seleccionados llegaron al atardecer y se alojaron en los cuarteles. Por la mañana todos empezaron a prepararse. Cherniakovski abrió también su maleta. Uno de los participantes, mirando casualmente en la maleta abierta de Iván, se asombró:

—¿Para qué te trajiste una plancha?

—¡Es un secreto militar!

—Pero, ¿es posible? ¿Acaso eres sastre?

—Cortador —respondió Cherniakovski, conteniendo a duras penas la risa.

El interlocutor soltó la carcajada y anunció a voz en grito:

—¡Hermanos! ¿A quién hay que coserle algo? Tenemos entre nosotros al sastre del regimiento...

A los pocos minutos todos miraban curiosos cómo se entrenaba el «sastre». En el brazo derecho extendido, en lugar de la pistola, empuñaba la plancha, sin que la mano le vacilara.

Todos los tres días que faltaban para el tiro Cherniakovski continuó dichos ejercicios, procurando que durante el tiro el brazo estuviera rígido.

Llegó el día de las competiciones, resonó la voz de mando:

—Tiradores de la Escuela de Infantería de Odesa, a la línea de fuego, ¡de frente, marchen!

Cherniakovski se sintió dominado por la emoción. Le pareció que le temblaban las manos. Pero en cuando recibió los cartuchos se serenó. Apuntaba concienzudamente y apretaba gradualmente el gatillo. Cuando se acercó al blanco, su corazón le latió de satisfacción: todas las balas, excepto una, ¡habían hecho diana! En estas competiciones se clasificó el primero.

En la escuela recibieron con todos los honores al campeón de tiro. Los amigos y los camaradas felicitaron a Iván por su éxito. Los patrocinadores, los estudiantes de la escuela de medicina, dieron aquella tarde un gran concierto.

A Cherniakovski no sólo se le daba bien el tiro, sino también todas las demás modalidades de la preparación de combate. El jefe de la escuela le recompensó con un premio en metálico. Su fo-

tografía figuró en el cuadro de honor de la Casa del Ejército Rojo y del club de la escuela.

Optimista y sociable, compartía gustoso con sus camaradas los «secretos de su éxito». Los komsomoles de la compañía eligieron a Cherniakovski secretario de la célula. Este incansable dirigente komsomol justificó sus esperanzas, hizo mucho para que su compañía fuera la mejor de la escuela.

El primer curso terminó exitosamente. Los alumnos se marcharon a disfrutar de las vacaciones de verano. Iván esperaba impaciente a que dieran la salida al tren: ¡Quería ver cuanto antes los lugares queridos! Prácticamente durante todo el camino apenas se apartó de la ventanilla.

El convoy se detuvo, por fin, frente al conocido edificio de ladrillo de la estación de Vapniarka. Iván Cherniakovski fue el primero en saltar al andén. Le recibió una soleada mañana de julio. Entornando los párpados para protegerse del cegador sol, abarcó con una mirada el depósito de máquinas, en el que trabajó cuando era un adolescente, y echó a andar con paso rápido hacía su querido Vérbovo. Se apresuraba. Pero cuando llegó al borde del tajo, donde faltó poco para que los petliuranos fusilaran a sus padres, se detuvo. Un tropel de recuerdos le asaltó... Se paró un poco y siguió por el conocido sendero hacia el pueblo. Llegó frente a la casita donde pasó su infancia. Abrió despacio la cancela. Ksenia Ilínichna corrió a su encuentro:

—¡Hijito mío! ¡Pero si no te reconozco! ¡Eres ya todo un hombre! Nosotros te esperábamos con el tren de la tarde...

—Bueno, ¿cómo les va por aquí? ¿Dónde están Iván Petróvich y Elena? —preguntaba atropellado Cherniakovski, mientras abrazaba a Ksenia Ilínichna.

—Iván Petróvich trabaja en el mismo sitio, Elena se ha mudado a vivir a la estación. Por la tarde se reunirán todos.

—¿Qué escribe mi tocayo? ¿Cómo le van las cosas en la escuela de artillería? ¿Le gustó Kíev?

—Iván ha salido de prácticas. Es una pena que no os encontréis. ¿Cómo está tu Mijaíl? —se interesó Ksenia Ilínichna.

—Antes de emprender el viaje recibí carta de él. El hermano

ha pasado al último curso de la Escuela de Infantería del Kremlin que lleva el nombre del CEC de los Soviets de toda Rusia.

Entraron en la casa. Todo en ella le recordaba su infancia. El tictac monótono del viejo reloj de pesas en la pared. Como antes, fuera de la ventana susurraban las hojas del tilo secular. Su sombra caía en la ventana abierta, dando frescura a la habitación.

—Siéntate a la mesa, hijito llamó Ksenia Ilínichna—. Desayuna y descansa del viaje.

...Al día siguiente, domingo, Iván fue a Vapniarka a visitar a su hermana Elena. Durante un buen rato estuvieron los dos solos y hablaron de todo.

—Cuentas muy poco de tu vida —dijo Elena—. Ardo en deseos de saber quiénes son tus camaradas, con quién haces amistad. ¿Tienes novia?

—No, Elenita. No me he encontrado aún a la que me guste... Pero es que, además, no tengo tiempo para conocer a ninguna. Si me enamoro de alguna muchacha le ofreceré en el acto mi mano —respondió Iván, medio en broma, medio en serio.

—Sin conocer a la persona, ¿le vas a proponer casaros? Las personas serias no se comportan así.

—Yo soy un militar: nos enseñan a tomar con rapidez una decisión. Si me tropiezo con una jovencita a la que se pueda creer a pies juntillas en todo, ¡me caso!

—Creer está bien. Pero sería mejor empezar por conocer a la persona para no decir después, como suele suceder, que no congeniasteis...

Por la tarde, Iván acudió al sitio donde habitualmente se reunía la juventud. Le rodearon sus viejos amigos empezando a preguntarle a porfía sobre la vida de alumno. Mientras contaba, Iván percibió de pronto que alguien no le quitaba el ojo de encima. Una muchacha desconocida, viendo que él se fijaba en ella, desvió turbada su mirada. Esbelta, de estatura media, se deslizaba como una pluma en el vals.

Observando con qué interés Iván miraba a esta desconocida de cabellos claros, alguien le preguntó:

—¿Te parece guapa? —y agregó bromista—: Con toda seguridad que en Odesa no las tenéis así, ¿cierto?

—También allí sobran las muchachas bonitas. Pero, ¿quién es? Es la primera vez que la veo —dijo un poco confuso Iván.

—Es de Kíev. Vino a ver a sus familiares.

Regresando del baile formando un alegre grupo, Iván hablaba no sabía de qué, respondía al azar, pero no se le iba de la imaginación la jovencita de Kíev.

Volvió tarde a casa y durante mucho tiempo no pudo conciliar el sueño: se lo impedían aquellos mismos pensamientos. Por la mañana, cuando salió a la calle, Iván vio inesperadamente a la muchacha en el corral de la casa vecina. De día le pareció aún más atractiva. Al sol, sus cabellos claros adquirían destellos dorados. Las piernas le llevaron hacia la cancela que unía los dos corrales. Pero la joven desapareció en el huerto.

Por la tarde, Iván se atrevió a sacarla a un vals. Se presentaron. Ella se llamaba Tasia. Aquella noche no perdieron ni un solo baile.

El resto de las vacaciones pasó como una exhalación. Los últimos días Tasia e Iván estuvieron casi todo el tiempo juntos. Llegó el día de la separación. Tasia se marchaba a Kíev, donde vivía con su madre y trabajaba, Iván fue hacia Odesa.

Al despedirse, Iván decidió hablar claramente con Tasia. Comenzó concierta indecisión:

—Tasia, tengo que decirte algo serio...

—No puede haber nada serio —sonrió ella—. Todo esto no ha sido más que una amistad fugaz entre nosotros.

—Puede ser que nos hayamos encontrado casualmente, pero ahora es cuando comprendo que tú eres mi destino.

—De sopetón, ¡tu destino!

—¿Qué piensas tú, Tasia, puedo yo equivocarme en mis sentimientos?

—Puede que con el tiempo todo esto pase y se borre —respondió ella.

Pero Iván siguió con la suya:

—Nos separaremos, pero ni el tiempo ni la distancia serán un

obstáculo, Tasia... —y ya más audaz dijo—: ¿Qué te parece? ... ¿Y si consigo que me trasladen a la Escuela de Artillería de Kíev? Ya antes deseaba ser artillero, y sé que no te lo dije, pero ahora... Ya no puedo pasar sin ti. En Kíev podríamos estar juntos.

—No te enfades conmigo, Vania, pero los sueños no siempre se hacen realidad. Juzga tú mismo, ¿quién te va a permitir pasar de la Escuela de Infantería a la de Artillería?

—De todas maneras, trataré de que me trasladen... —y de pronto enmudeció, deseando decir algo muy importante pero no pudo encontrar las palabras adecuadas, mientras ella le miraba anhelante. Iván supo descifrar infaliblemente en su mirada aquello que él mismo no supo expresar.

Ciertamente la idea de ser trasladado a la Escuela de Artillería ya hacía mucho que pasaba por la cabeza de Cherniakovski. Ya en sus años de chico el comisario Ganzbe le había inculcado el cariño por la artillería. Ahora nuevas consideraciones habían acentuado este antiguo deseo.

En cuanto regresó a Odesa, envió su solicitud de traslado y recibió la negativa: el mando no quería perder un alumno capaz. Pero Cherniakovski insistió. Escribió una solicitud al comisario del Pueblo de la Defensa.

En aquellos años en el Ejército Rojo se dedicaba cada vez más atención a la Artillería y, por consiguiente, se ampliaba la red de escuelas de esta Arma. Así que aumentó la necesidad de alumnos. La petición de Cherniakovski fue aceptada. Su júbilo no tuvo límites.

Llegó a Kíev. Había oído hablar mucho de esta ciudad, pero nunca antes había estado allí. Cuántos preciosos lugares: Kreschátik, jardines y parques, sobre los que se eleva la catedral de Santa Sofía con sus doradas cúpulas, y el Monasterio de Kíev-Pecherski. ¡Cómo le gustaría deambular por aquellos parajes con Tasia!

Desde la estación se encaminó directamente a verla. Pero a mitad del camino se detuvo: «¿Y si por casualidad no me matriculan? ¿Cómo voy, entonces, a mirarla a los ojos? Tendré que regresar avergonzado...»

Tales temores tenían sus fundamentos, pues él pasaba direc-

tamente al segundo curso de la Escuela de Artillería. Sus futuros compañeros de curso estaban ya en el segundo año y ya habían estudiado materias especiales. Tenía que empezar muchas cosas de nuevo y darles alcance. ¿Lo conseguiría?

Decidió no comunicar a Tasia su llegada hasta que su situación en la Escuela de Artillería se estabilizase. Cherniakovski hizo a solas su primer paseo por Kíev.

...Estuvo mucho tiempo parado ante el monumento a Bogdán Jmelnítski. Su rostro intrépido, su brazo derecho extendido adelante con la pesada maza eran la encarnación viva de la voluntad y firmeza férreas del carácter del caudillo. Después, estuvo largo rato al borde de la empinada escarpa que forma sobre el Dniéper el montículo de Vladímir, recreándose con el majestuoso panorama de las lejanías al otro lado del Dniéper.

Por la tarde se presentó en la escuela y buscó a Iván Tseshkovski. Más de dos años hacía que no se veían los hermanados amigos. ¡Qué encuentro más dichoso! Cenaron juntos y luego fueron al cuartel donde se alojaba Tseshkovski. Estuvieron mucho tiempo sin dormir, compartiendo sus ilusiones, forjándose planes para el futuro. Tseshkovski prometió a su amigo que le ayudaría a recuperar lo perdido en el primer curso.

Por la mañana Iván entregó sus documentos en las oficinas de la escuela, pasando a ser un miembro de la colectividad estudiantil, nueva para él. Las clases le sedujeron inmediatamente, aunque en los primeros momentos tuvo dificultades. Especialmente le encantaban las tareas artilleras, que exigían tener una buena mollera. Los días transcurrían veloces en medio del atareado estudio.

Llegó también el día de los ejercicios demostrativos de tiro para los alumnos del segundo curso.

...El polígono estaba enclavado en el lindero de un pinar. El primer cañonazo hizo estremecer el aire. De las ramas del pino cercano se derramó la plateada nieve. Su ensordecedor eco se fue perdiendo en el bosque. El proyectil explotó a la izquierda del blanco. El segundo quedó corto. El tercero cayó largo. Después del tiro de reglaje, siguió una salva de toda la batería. Allí, donde re-

ventaron los proyectiles, salieron volando con la tierra los rollizos del «nido». El objetivo quedó envuelto en nubes de humo y de polvo. Cuando se disipó la humareda vieron que en el lugar donde se encontraba el nido de ametralladoras, señalado así convencionalmente, sólo quedaba un embudo humeante.

A Iván se le quedaron grabados en la memoria los tiros de demostración y las palabras del jefe superior cuando hizo el resumen de los ejercicios:

—Para batir con seguridad un objetivo, el jefe artillero debe entrenarse meticulosamente en la preparación de los datos iniciales, en la solución de las tareas, de la misma forma que se entrena un deportista. Sin esto no se puede ser maestro de su profesión.

En los primeros momentos, la preparación del artillero le pareció a Iván algo muy complicado. Por si era poco, algunos alumnos, que ya se consideraban unos artilleros consumados, a veces se burlaban de los que aún no hacía mucho eran infantes. Pero todo esto no desconcertaba a Cherniakovski. Vasili Mernov, procedente de la Escuela de Infantería de Sarátov, que estudiaba en el mismo curso, y con el que Iván hizo amistad, le animaba:

—¡No te desalientes, ya les demostraremos qué es la Infantería!

Los amigos asimilaban con tesón los fundamentos de la ciencia artillera y cuando terminó el año docente, en algunas materias, habían ya aventajado a muchos compañeros de curso.

En la asamblea de rendición de cuentas y elección de cargos del Komsomol eligieron a Cherniakovski para la mesa. Cuando Iván ocupó su lugar, le sorprendió ver junto al presidente de la reunión a Ganzhe, su primer preceptor, antiguo comisario de la unidad de artillería. No daba crédito a sus ojos. Iván le estuvo examinando mucho tiempo de reojo. ¡Claro que era Ganzhe! A pesar de la edad, tan marcial como siempre, la misma voz suave, los mismos ojos oscuros bondadosos. «¿Por qué no le vi hasta hoy en la escuela? —se asombraba Iván—. Seguramente Ganzhe habrá estado ausente mucho tiempo...»

En esta asamblea eligieron a Cherniakovski miembro del comité del Komsomol de toda la escuela. Cuando acabó la reunión presentaron el nuevo buró al comisario. Cherniakovski estaba

emocionado: ¿sería posible que tampoco ahora le reconociese Ganzhe? ¡Todo podía ocurrir, era comprensible, se habría encontrado con tantas personas durante estos años! ¿Es que podía acordarse de todos...? ¿Darse a conocer? Le parecía un poco inmodesto. El comisario de la escuela y un simple alumno.

Ganzhe, después de terminar las recomendaciones, comenzó a despedirse de los miembros del buró.

—¿Me parece que nos hemos visto en alguna parte? —esbozando una sonrisa, preguntó, mirando a Cherniakovski.

—¡Camarada comisario! —exclamó éste— ¿Recuerda su regimiento de artillería desplegado en Vapniarka, una de cuyas baterías estaba acampada en nuestra aldea, en Vérbovo...?

—¿El camarada Cherniakovski? —Ganzhe no dejó terminar a Iván—. Por entonces, le admitieron en el Komsomol... ¡No hay quien le conozca, cómo ha crecido! ¡Me lleva media cabeza! Y el uniforme le sienta estupendamente. Bravo, está bien que se haya decidido a ser militar.

Despidiéndose, Ganzhe estrechó fuertemente la mano a Cherniakovski y le reprocho amistosamente:

—De todas maneras, debía usted haber visitado a un viejo conocido. No le dé reparo, venga a verme cuando quiera...

* * *

Desde el primer día de su vida en Kíev, Iván ansiaba ver a Tasia. De vez en cuando le parecía que ya no podría aguantar más sin verla, ¡la tenía tan cerca! Le costó grandes esfuerzos mantener la palabra que se había dado a sí mismo: hasta que no terminase el año docente no haría saber a Tasia que él estaba en Kíev. Como si fuera un chiquillo, quería darle esa sorpresa.

Por fin terminó el año de estudios. En vísperas de las mismas vacaciones Iván se dirigió a ver a Tasia. Ella se quedó de una pieza cuando le vio.

—¿Cómo lograste venir?

—Ya dije que me trasladaría a Kíev.

—¿Será posible? ¡No, no puedo creerlo!

Él le hizo reparar en sus galones de artillero. Tasia enarcó las cejas, estupefacta. Sus ojos brillaron de alegría.

—¡Te felicito! ... —reprochándole a renglón seguido—: ¿El tiempo que llevas en Kíev y no has podido decírmelo? Y yo sigo escribiendo a Odesa.

Ahora se encontraban los días festivos. Iban al cine e Iván la invitaba a las veladas que organizaban los alumnos.

El tiempo en Kíev corría más rápido que en Odesa. Iván ni siquiera se apercibió que había pasado al último curso. Le alarmaba la idea de que al terminar la escuela tuviera que marcharse de Kíev y, por consiguiente, separarse de Tasia. La quería con todo su ser y no se imaginaba la vida sin ella Un día le habló de esto con toda franqueza y le pidió que se casara con él. Escuchándole, Tasia bajó confusa la cabeza. No respondió nada, pero él comprendió lo que significaba su silencio.

A los alumnos se les recomendaba no contraer matrimonio hasta que no terminaran la escuela. Pero el mando no tenía fundamento para intranquilizarse por los resultados de Cherniakovski, que estudiaba magníficamente. Iván recibió el permiso oficial para casarse y le permitieron vivir fuera del cuartel.

...Los vientos y las lluvias de abril barrieron y lavaron la calle en el barrio de Sviatóshino, en las afueras de Kíev, donde vivía Cherniakovski en casa de los padres de Tasia. Mayo engalanó la tierra con tapices de flores y hierbas, y vistió los árboles con sus ropajes verdes. Los gorjeos de los pajarillos llenaron los huertos y los bosquecillos. El sol templaba los días...

Uno de aquellos días, después de las clases, Cherniakovski se dirigía apresurado a su casa. Quería hacer partícipe a su esposa cuanto antes de una gran alegría. Lleno de júbilo, andaba con paso rápido, braceando, como en un desfile, sin sospechar que llamaba la atención de los viandantes.

—¿Por qué debo felicitarte? —le preguntó su esposa, viendo su rostro radiante—. ¿Obtuviste un sobresaliente en el examen?

—¡No acertaste, Tásienka!

—¿Te prometieron que te podías quedar en Kíev?

—¡He ingresado en el Partido!

* * *

Iván Cherniakovski y su camarada Vasili Mernov terminaron la Escuela de Artillería entre los primeros de la promoción y recibieron el derecho a elegir destino. Ganzhe, el comisario de la escuela, habló así del joven mando Cherniakovski: «Desarrollo general y político bueno. Trabajador y concienzudo. Es disciplinado y sabe dominarse plenamente. Tiene iniciativa. Fuerza de voluntad. Vive en buena armonía con los camaradas Toma parte en el trabajo sociopolítico. Disfruta de autoridad. Está preparado para instruir al personal». El viejo comunista, el comisario de experiencia no se equivocó con su discípulo, adivinando en él aptitudes del futuro jefe militar.

Pasaron los años de alumnos, llegó la separación de los compañeros de estudios. A Vasili Mernov le destinaron a un tren blindado; a Alexandr Budkó le enviaron a un regimiento de artillería en Biélaya Tsérkov; a Iván Cherniakovski le nombraron jefe de una sección de instrucción del 17.º Regimiento de Artillería de un cuerpo de ejército destacado en Vínnitsa. Los amigos se separaron sin sospechar que se encontrarían más de una vez en los senderos de la guerra.

* * *

Cherniakovski y otros graduados de la Escuela de Artillería de Kíev destinados con él informaron al oficial de guardia del regimiento de su llegada.

Éste, jefe de una batería, escuchó atentamente el parte y dijo:

—Arréglense y descansen, porque por la tarde el mando del regimiento los invita al club.

Los jóvenes jefes intercambiaron unas miradas.

—Sí, sí, esa es la costumbre entre nosotros —confirmó el oficial de guardia—. Hace ocho años también me recibieron así en el seno del grupo de cuadros de mando de nuestro regimiento. A las ocho en punto de la tarde deben ustedes estar en el club.

Cinco minutos antes de la hora señalada, los recién gradua-

dos, llegaron al club. En el vestíbulo tocaba una marcha la banda del regimiento. Acompañados de sus esposas, los jefes departían animadamente, paseando por el salón. El jefe del club invitó a Cherniakovski y a sus camaradas a pasar al escenario y ocupar asientos en la presidencia. La banda entonó *La Internacional.* Todos se pusieron en pie. Centenares de atentos ojos se clavaban en la tribuna, adornada con pancartas y flores. «¿Será posible que todo esto se haga en honor nuestro?» —pensó Cherniakovski, sintiéndose invadido por una jubilosa emoción.

El jefe del regimiento dio lectura a la orden del comisario del Pueblo sobre el nombramiento de los graduados de la Escuela de Artillería de Kíev como jefes de sección. El jefe del regimiento recordó someramente los méritos y las tradiciones combativas del regimiento. El glorioso camino recorrido en la Guerra Civil, expresando la certeza de que los jóvenes mandos multiplicarían dichos méritos y tradiciones.

Luego hubo un concierto. En aquella inolvidable velada los mandos recién incorporados pudieron conocer a muchos camaradas del regimiento.

Por la mañana la formación. Iván Cherniakovski emprendió con entusiasmo el cumplimiento de su primer cargo de mando. Se le subordinaban dos escuadras con dos temibles obuses, que habían tomado parte en el asalto de Perekop.

El primer sábado, Cherniakovski fue a Kíev a por su mujer.

—¡Pronto te las arreglastes! —dijo sonriendo Anastasia Grigórievna, abrazando a su marido—. Yo pensaba que mientras tú organizabas la casa me pasaría aunque sólo fuera un mes más aquí.

—¡Tásienka! —dijo él—. Ya te advertí que ser la compañera de un militar no es una cosa tan sencilla. Nuestro sino es compartir todo por igual, también la alegría y las dificultades del servicio. Claro está —agregó él, bromeando—, en el corazón no se manda. Todavía estás a tiempo de quedarte en tu hermoso Sviatóshino.

—¡Con que esas tenemos! —respondió Anastasia Grigórievna, con una broma a otra broma—. Hace una semana que te has separado de mí y ya te has acostumbrado, ¿quieres disuadirme?

A Anastasia Grigórievna no le asustaba dejar Kíev y el hogar paterno. Lo que más le preocupaba era cómo ella, sin la ayuda de su madre, iba a administrar independientemente la casa.

Los preparativos para el viaje les ocuparon poco tiempo. Al día siguiente se despidieron de sus familiares y salieron para Vínnitsa en el tren de la tarde.

En el nuevo sitio, Anastasia Grigorievna encontraba a su marido distinto por completo. Le parecía que se había hecho más circunspecto y reconcentrado. Cherniakovski se enfrascó por completo en el servicio. Calculaba el tiempo no por horas sino por minutos, de lo contrario no le alcanzaba. Y de todas las maneras se las ingeniaba para ahorrar unas horas y dedicarlas a prepararse para ingresar en la academia militar.

A pesar de que estaba enormemente atareado, decidió ver la forma de asimilar lo antes posible el programa de la escuela media.

No le fue fácil compaginar el servicio con los estudios. En los primeros momentos no faltaron los enojosos errores. La primera comprobación de la preparación combativa de la sección dio resultados muy mediocres. Analizó las causas de los fallos, examinó los resultados de la comprobación primero con toda la sección y, después, con cada escuadra, organizando la ayuda a los soldados rojos retrasados.

Los hábitos de mando no se le dieron enseguida. De él, como jefe de la sección, no sólo se exigían conocimientos personales, sino también saber dirigir a sus subordinados: los mandos de las escuadras. Y esto, precisamente, era lo que le faltaba.

La buena apreciación de la preparación política y combativa de la sección no sólo dependía de la excelente escuela del propio jefe de la sección, sino también del nivel de preparación de los jefes de las escuadras. En la verificación se puso claro la debilidad de este eslabón. El jefe de la batería dirigía las clases de los jefes de las escuadras. A pesar de ello, Cherniakovski comenzó él mismo a realizar entrenamientos con los jefes de sus escuadras. Se esforzaba por transmitirles el mayor número de conocimientos posible. Los resultados no se hicieron esperar.

Su temprano espíritu de independencia no sólo había enseña-

do a Cherniakovski a tomar decisiones por su cuenta, sino también a escuchar a los mayores, a dejarse aconsejar por ellos, comprobando lo acertado de sus actos. Un día se dirigió al instructor político de la batería:

—Camarada instructor político, según parece hago todo lo que se debe y no escatimo mi tiempo, pero no puedo obtener mejores resultados de la sección, ¿en qué reside la causa?

—¡Ay, camarada jefe de la sección! —oyó como respuesta—. Si todo dependiera solamente del tiempo que pasamos en el servicio, nuestra batería haría ya mucho tiempo que no tendría igual. La cosa no es tan sencilla...

—¿Posiblemente se deba a que yo aún no he dominado la metodología?

—La metodología es por el momento el punto flaco de todos nosotros —sonrió el instructor político—. Pero no sólo en eso está el quid. Lo importante es que usted cohesione en torno a su persona a todos los subordinados. Pero para ello hay que encontrar la forma de abordar el corazón de cada uno de ellos. Pero sin que esto signifique familiaridad. Sea severo, exigente, pero justo. Y otra cosa más: apóyese en los komsomoles. No se olvide que hace poco usted era komsomol y que no sólo aspiraba a ser usted mismo un buen combatiente, sino que incitaba a que otros también lo fueran.

Llegó el año 1929, memorable para Iván Danílovich. A los éxitos en el servicio se añadió una dicha familiar: los Cherniakovski tuvieron una hija. Le pusieron de nombre Neonila. El padre la quería con locura. Cuando regresaba del servicio siempre encontraba tiempo para jugar con la niña.

En extremo sobrecargado con las obligaciones del servicio y con los estudios, Iván Danilovich realizaba asimismo un gran trabajo de partido y político. Hay que decir que ya a la sazón fueron muchos los compañeros de servicio que observaron en él que le atraía el trabajo de Partido. No fue casual que el mando le promoviera al cargo de instructor político de la batería.

Cherniakovski cumplía con entusiasmo sus nuevas obligaciones de instructor político de la batería. Todo hacía parecer que su vocación le inclinaba precisamente a este trabajo. Su optimismo

contagiaba a los combatientes tanto en las tareas pequeñas como en las importantes. Siempre podía hablar con franqueza con los soldados y darles un consejo. En sus charlas con los subordinados, Iván Daníłovich ligaba con facilidad las complicadas cuestiones políticas con la vida de la batería y de cada combatiente. Sus charlas se distinguían por su sentido emocional, por su gran lógica y el profundo conocimiento de la materia. Profundizaba en los problemas del trabajo del Partido, sabía inspirar a los comunistas, a los komsomoles, y a todo el personal en el cumplimiento de complicadas tareas. La batería no tardó en ser una de las mejores del regimiento.

Eligieron a Cherniakovski miembro del buró del Partido del regimiento y el mando le ascendió a jefe de batería.

Mandando la batería siguió siendo en el fondo un dirigente de la juventud, comunicativo y optimista, como antes. Y a la sazón sólo tenía veintitrés años. Es posible que en algunos momentos le faltara experiencia de mando, pero la ardorosa energía y el ímpetu juveniles le valieron de mucho.

El lado débil de la batería seguía siendo la preparación física. Un día Cherniakovski observó que los soldados de la sección de mando en vez de saltar el caballo, pasaban de inmediato a la barra fija.

—Camarada jefe de la sección, ¿por qué sus hombres temen al caballo? —preguntó.

—Tienen miedo de lastimarse.

—¡Vuelva la sección a la posición de partida y muéstreles cómo se ejecuta el ejercicio!

—Camarada jefe de la batería, en todos los aparatos puedo mostrarles cómo se hacen los ejercicios, pero en el caballo, no.

Para Cherniakovski estuvo clara una de las causas por las que la sección iba a la zaga en la preparación física.

Uno de los soldados rojos, viendo los apuros del jefe de la sección, preguntó a Cherniakovski:

—Usted mismo, ¿puede hacerlo? ...

—¡Dejen de hablar en la formación! —cortó secamente Cherniakovski.

Y él mismo se acercó al aparato:

—¡Miren! —Y saltó con facilidad por encima del caballo.

Cuando terminaron las clases, algunos combatientes de la sección de mando pudieron ya ejecutar este ejercicio, que antes les parecía tan complicado. Cherniakovski era un deportista consumado. No andaba mal en esquíes, jugaba al fútbol y era un buen tirador. Consideraba que el combatiente físicamente débil se atrasaría en todo. Por esto trataba de inculcar a los subordinados el cariño por el deporte. Y lo consiguió. No tardó su batería en destacarse en las competiciones deportivas, ganando los mejores puestos en el grupo artillero.

En 1930, después de servir dos años en el regimiento, Cherniakovski terminó exitosamente la escuela media nocturna. Pero esto no le bastaba para ingresar en la academia. Se exigía que la pequeña unidad que mandaba un aspirante a la academia, tuviera buenos resultados en la preparación combativa y política.

...En uno de los ejercicios de tiro, Cherniakovski recibió la siguiente misión: «desde emplazamientos cubiertos destruyan una posición fortificada enemiga». Tranquilo, pero con rapidez, preparó los datos y los transmitió a la batería, informando al jefe de tiro:

—¡Preparado para abrir fuego!

—Comience —siguió la orden.

Comprobando todo una vez más, Cherniakovski ordenó abrir fuego.

—¡El nido enemigo ha sido batido con tres proyectiles! —informó el observador.

Por el excelente ejercicio de tiro Iván Danílovich recibió del comandante en jefe de la región militar un valioso regalo. En la prueba de inspección su batería obtuvo notas buenas y sobresalientes.

En mayo de 1931 autorizaron a Cherniakovski a realizar los exámenes de ingreso en la Academia Técnica Militar Dzerzhinski.

III

EN LA ACADEMIA

I. Yakir, comandante en jefe de la Región Militar de Ucrania, citó en su despacho a los aspirantes a ingresar en la academia. Cherniakovski recordó mucho tiempo este encuentro. Alto y bien proporcionado, Yakir no aparentaba tener sus treinta y cinco años. Cabellos negros rizados, rostro moreno con cierta expresión de recogimiento, incluso de retraimiento... Pero sus inteligentes ojos castaños miraron a los que entraban con interés benévolo. El comandante en jefe, felicitando a los presentes por aquel acontecimiento memorable en su vida, dijo:

—Nuestro ejército no sólo es joven por sus años, sino también por su espíritu. Es fuerte porque ha desechado las teorías anticuadas, porque le son ajenos los dogmas y los modelos. En la guerra contemporánea no se puede lograr la victoria por viejos métodos, ya hace mucho conocidos por el enemigo. En la academia les enseñarán todo lo nuevo y progresista que existe en la ciencia militar soviética. Cuando terminen los estudios no deben olvidar que ustedes son carne y hueso del pueblo trabajador del País de los Soviets y que deben ser combatientes honrados y modestos, y amar fervientemente a la Patria.

Los jóvenes mandos no perdían palabra de lo que les decía el comandante en jefe. Todo en él les imponía: la sencillez, sus palabras hondamente persuasivas, su atractivo externo, su temperamento y su fama de estratega de la Guerra Civil.

Mirando al comandante en jefe, Iván Danílovich pensaba cuánto talento se precisaba tener para mandar una división a los veintitrés años. Y mandarla de forma que sembró un terror mortal entre los intervencionistas y los Blancos. Este glorioso jefe de división fue el segundo en el país condecorado con la Orden de la Bandera Roja. A Cherniakovski le atraían en este hombre su habilidad para inculcar a los subordinados la confianza en sus propias fuerzas, la amplitud de conocimientos y su modestia.

Cuando Yakir empezó inesperadamente a preguntar a los futuros alumnos de la academia sobre sus familias, muchos se turbaron en los primeros momentos y respondieron con cortedad. Pero esta timidez desapareció pronto y la entrevista adquirió un carácter de naturalidad.

Al final del encuentro Yakir recalcó una vez más:

—No pierdan el tiempo en balde. Estudien con tenacidad y cuando terminen la academia reintégrense a la Región Militar.

Despidiéndose de ellos detuvo su mirada en Cherniakovski:

—¿Si no me equivoco usted se distinguió en las prácticas de tiro de combate?

—Sí —respondió azorado Cherniakovski.

—Le deseo que tenga éxitos en la academia.

Estas recomendaciones de Yakir sirvieron a Iván Danílovich como una guía en la vida... «¿Tendré la suerte de poder servir a sus órdenes cuando termine la academia?» —reflexionaba Cherniakovski.

* * *

Leningrado, la academia...

Los aspirantes debían ser reconocidos por la comisión médica. Sin embargo, aunque todos ellos ya la habían pasado en sus regiones militares, estaban visiblemente preocupados. Los iban llamando por orden alfabético. Le llegó el turno a Cherniakovski. Los especialistas lo encontraron apto para el servicio. Sólo quedaba pasar la última instancia, el cirujano. Cherniakovski estaba seguro de que el cirujano dictaminaría «apto». Pero el galeno cas-

trense, después de reconocerle minuciosamente, exclamó con pesar:

—¡Cáspita, querido! Usted no tiene todo en orden.

—¿Qué pasa? —se asombró Iván.

—Que tiene los pies planos —el cirujano abrió la instrucción y mostró el párrafo donde se decía que a los aspirantes con ese defecto físico no se les admitía en la academia.

Y así, en la columna bajo el encabezamiento «cirujano», apareció en la tarjeta médica la anotación de «no apto». ¿Sería posible que todo hubiera terminado para él?

Cobrando ánimos, Cherniakovski se dirigió al médico:

—Doctor, ¿qué importancia tienen los pies planos? ¡Si me lo permite ahora mismo daré las normativas del GTO! (Listo para el Trabajo y la Defensa).

—No puedo ayudarle en nada. ¡Lo prohíbe la instrucción! —se opuso el cirujano.

—Perdone, doctor, pero si de hecho, ¡yo soy útil para el servicio activo! ¡Estoy en filas!

Pero el medico militar se mantuvo inflexible. En vista de ello, Cherniakovski decidió recurrir al jefe de la Academia. La aspiración ferviente del joven mando por adquirir conocimientos y su insistencia para lograr el objetivo le ganaron al jefe.

—Como excepción iré a su encuentro —dijo—. Si aprueba los exámenes en todas las materias y complementariamente en la preparación física, obteniendo notas de «bien» y «sobresaliente», será matriculado.

—Me esforzaré por justificar su confianza —aseguró Cherniakovski.

Se preparó intensamente para los exámenes. Se pasaba los días enteros leyendo libros con su viejo conocido Nikolái Zinóviev, también aspirante a la Academia.

...Finalmente superó todos los exámenes, incluido el de preparación física, que aprobó brillantemente. Empezaron los días de angustiosa espera...

Sólo al cabo de un mes el jefe de la Sección de Estudios de la Academia dio a conocer la orden del comisario del Pueblo de la De-

fensa sobre los estudiantes matriculados al primer curso. En la lista figuraba también el apellido de Cherniakovski. El ingreso en la Academia, en la facultad de mecanización y motorización, fue una meta decisiva en su vida. En esta misma facultad fueron matriculados sus amigos Vasili Mernov y Nikolái Zinóviev.

Después de conocer el programa del curso, estuvo claro que las verdaderas dificultades estaban por llegar.

...La asignatura de Introducción General a la Táctica y al Arte Operativo. Subió a la cátedra el conferenciante, profesor superior A. Malevski, de buena presencia, con quevedos de oro y los distintivos de jefe de división en los galones del cuello. Iván Danílovich le escuchaba, tratando de no perder ni una palabra.

La conferencia, saturada de interesantes ejemplos de la Primera Guerra Mundial y de la Guerra Civil, produjo gran impresión a Cherniakovski. Por la tarde, en el cuartel donde se alojaban los alumnos, dijo a Zinóviev:

—Qué bien nos expuso Malevski que la victoria en la guerra contemporánea sólo es posible mediante la cooperación de todas las Armas. Es un placer escucharle.

—Tampoco nos enseñaron mal en la escuela —le repuso Zinóviev.

—Sí, pero la importancia verdadera de la cooperación, sólo la hemos comprendido en la conferencia de hoy.

Esta conferencia directriz fue para Cherniakovski como una especie de impulso, que despertó un interés especial en él respecto a los principios de la cooperación de las tropas. Se esforzaba por ahondar más en la esencia de uno u otro tipo de maniobra en una situación complicada, con frecuencia bastante confusa.

Le dejaron una impresión imborrable las conferencias sobre historia militar. En ellas, Cherniakovski asimilaba con avidez todo lo que podía sacar del pasado para las acciones militares contemporáneas.

Absorbidos por las preocupaciones cotidianas no se dieron cuenta de que había terminado el primer curso. En 1932, sobre la base de la facultad en la que estudió Cherniakovski, fue creada en Moscú la Academia Militar de Mecanización y Motorización del

RKKA (Ejército Rojo Obrero y Campesino). Iván Daniílovich se adaptó más rápido a la capital que a Leningrado. Acudía a menudo a las bibliotecas de la Academia Militar Frunze y de la Casa Central del Ejército Rojo, y a la Biblioteca Estatal Lenin. Su avidez por los libros hacía que los leyera a fondo y meditara sobre lo expuesto en ellos. Los libros le ayudaron a comprender muchos complicados problemas de la ciencia militar. Estudiaba para obtener las mejores calificaciones.

Además del curso de conferencias y de los trabajos en los laboratorios, en la Academia se realizaban ejercicios en grupo sobre táctica y arte operativo. Los alumnos aprendían a ser independientes, a saber analizar desde todos los ángulos la situación y a tomar decisiones con rapidez. En los ejercicios tácticos tenían que desempeñar diferentes cargos. A Cherniakovski se le daban bien las funciones de jefe de estado mayor y de jefe de unidad.

Los estudios estaban muy bien organizados, pensados para cinco años, permitiendo a los alumnos recibir una elevada preparación técnica a nivel de ingeniero y profundos conocimientos militares tácticos y operativos. A las clases teóricas les siguieron las prácticas con las tropas. En el otoño de 1933, Cherniakovski pasó el período de prácticas como jefe de batallón, asimilando los procedimientos de empleo de la nueva técnica y de las armas en el combate moderno.

Regresó a Moscú satisfecho. Pero su esposa e hija aún no estaban en casa, seguían en Kíev con la abuela. ¿Podría ser que hubiese alguna carta de ellas? Y se apresuró a abrir el buzón. Examinando la correspondencia acumulada tropezó con un sobre escrito con letra desconocida. Lo abrió rápidamente, resultando ser la carta de un amigo de su hermano (antes, este hombre no le había escrito nunca). «Querido Iván, mis telegramas no los recibiste. En las pruebas de inspección otoñales, a nuestro escuadrón le correspondió defender el honor del regimiento. Mijaíl Daníloviich, como corresponde al jefe del escuadrón, adoptó las medidas necesarias para ello. Todo comenzó normalmente, Mijaíl siempre iba en cabeza, pero esta vez, su corcel, llamado Bucéfalo, que al comienzo de la carrera estaba nervioso, presintiendo algo anormal. Más

tranquilo, cuando llegó el primer obstáculo, un talud, lo salvó limpiamente. Reteniendo con todas sus fuerzas la brida, Mijaíl pasó a dos jinetes que se le habían adelantado y fue el primero en aproximarse a una alta barrera, el último obstáculo. Yo iba tras él, a sólo cuatro grupas. Como un ave, Bucéfalo se alzó de nuevo sobre la barrera. No tuve tiempo ni de pensarlo cuando salvando yo también este mismo obstáculo, vi que Mijaíl rodaba por la verde hierba pegado a Bucéfalo. Volví grupas con rapidez y me acerqué al lugar del accidente. Llegaron también presurosos el jefe del regimiento, el médico y una enfermera... Solamente entonces pudimos darnos cuenta de todo lo sucedido.

Bucéfalo tropezó en la barrera con los cascos traseros y, dando una voltereta cabeza bajo, aplastó a Mijaíl bajo su cuerpo.

Lo inesperado del terrible percance nos dejó aterrados. Sabíamos que tu hermano era un jefe audaz en extremo...»

Iván Danílovich sufrió larga y penosamente la pérdida del hermano mayor. He aquí lo que escribió a su hermana: «Mi querida Lénochka: recordarás que hace exactamente doce años Misha dejó nuestro hogar paterno. Juro por lo más querido en mi vida, por la memoria de mi madre, que no olvidé nada. Hoy, cuando escribo esta carta, rememorando el pasado, veo, como si fuera ahora, correr gruesas lágrimas por las atezadas mejillas de Misha. En aquella ocasión, dejaba con pesar su tierra natal para salvarnos a nosotros de la cruenta necesidad y, quizás, también del hambre. Después de morir los padres, nuestra numerosa familia encontró asilo en casa de los Tseshkovski... Mijaíl entonces sólo tenía catorce años y le admitieron en la brigada de caballería como cadete. Así, tan prematuramente, se hizo soldado. Conoció también tempranamente las dificultades del servicio de las armas. Ahora yo sé bien lo que supone levantarse temprano, cuando se tiene catorce años. Desde su infancia, Mijaíl no conoció las caricias de sus hermanos y hermanas. Nos sustituyeron los compañeros de armas. Pero todo esto se alternaba con marchas nocturnas, con la dura caricia del viento y la nieve en el rostro. No le fue fácil adquirir el temple varonil...

Nuestra casa, que estaba en lo alto de la loma, oculta por las ramas del tilo más frondoso de nuestra aldea, dicen que se vino

abajo, y Ksenia Ilínichna, que para nosotros fue una madre, dejó esta vida.

Desconozco si habréis recibido la noticia y por eso os comunico la desgracia que nos ha ocurrido. Hoy, cuando regresé de las prácticas, me encontré con la esquela mortuoria de Mijaíl. Hace ya diez días que nuestro querido hermano dejó de existir. Cayó cumpliendo con su deber de militar...

Mijaíl tuvo una vida breve, pero luminosa... Lénochka, debo decirte con franqueza que somos tres hermanos, con tres destinos, en mucho parecidos. No hay que llorar a Misha. No hay mejor muerte que sucumbir en el puesto de combate. Yo no quiero terminar mis días en la cama, prefiero caer de pie, en un ardiente combate. A esto nos obliga el oficio que nosotros mismos elegimos, encariñados con esta profesión audaz.

Me faltan palabras para expresar mi aflicción por Misha, nos dejó muy pronto. Aún le quedaba mucho por hacer, mucho por amar. ¿Qué le vamos a hacer? A Misha no podemos devolverle a la vida pero le recordaremos eternamente».

El tiempo no habría borrado tan pronto el dolor de no haber empezado el nuevo año de estudios, con sus trabajos y preocupaciones. Conferencias, seminarios, salidas al campo, preparación individual. En las horas libres de estudios los amigos se reunían en casa de Cherniakovski, donde pasaban muchas horas analizando los procedimientos del empleo de las tropas en el combate. Después de que se marcharan, Iván Danílovich aún se quedaba varias horas leyendo y tomando apuntes.

Entre sus camaradas de curso había bastantes personas capaces. Pero entre ellos, Cherniakovski se destacaba por una tenacidad y un amor al trabajo insólitos. Incluso ahora, al cabo de muchos años, sus amigos recuerdan con respeto estas cualidades suyas.

—Iván Danílovich era un alumno sobresaliente entre los sobresalientes —contaba el mayor general Zinóviev—. A veces nos pasábamos horas enteras cavilando sobre algunas cuestiones o tareas teóricas, mientras que Iván Danílovich las resolvía en unos cuantos minutos. Si en vez de la carrera militar hubiera elegido

otra profesión, habría sido igualmente un especialista extraordinario en su oficio.

Ya entonces, los camaradas de Cherniakovski y sus profesores pudieron advertir la singular amplitud de sus conocimientos, qué independiente era su pensamiento y audaces sus opiniones. En uno de los seminarios, dedicado al tema del empleo de los tanques en el combate moderno, se discutía apasionadamente sobre la distribución de éstos en tres grupos: de apoyo directo; de apoyo lejano a la infantería y a la caballería; y de acción lejana. Resumiendo la discusión, A. Malevski, el profesor al frente de las clases, preguntó:

—¿Hay otra opinión?

Pidió la palabra Cherniakovski:

—No podemos negar el hecho de que con el aumento del número de tanques crece también la densidad de la artillería contracarro y que todo esto conduce a que aumente la profundidad de la defensa. En estas condiciones será difícil superar la resistencia del enemigo, se exigirán poderosas fuerzas blindadas para ejecutar maniobras envolventes.

—Teniendo por finalidad la ruptura de una defensa profunda del enemigo hemos examinado precisamente la formación en tres escalones de los despliegues de combate de los carros —intentó defender su punto de vista uno de los alumnos, pero le interrumpió el profesor:

—Ruego que se dé a Cherniakovski la posibilidad de expresarse hasta el fin.

—Lo fundamental en el arte militar reside en cómo asestar el golpe principal —continuó Cherniakovski—. Con la distribución de las tropas acorazadas en tres escalones es poco probable que podamos utilizar masivamente los tanques, cosa en extremo necesaria para desarrollar el éxito en la profundidad operativa.

—Camarada Cherniakovski, ¿usted niega la necesidad de los carros de apoyo directo de la infantería? —preguntó para sonsacarle el profesor.

—No, no la niego. Opino que deben seguir existiendo los tanques de apoyo directo a la infantería y los de acción lejana. Por lo

visto, para actuar en la profundidad operativa, tendremos que crear agrupaciones blindadas más potentes, particularmente, en las direcciones principales.

—¿Usted intenta desechar totalmente el trabajo de Triandafílov *El carácter de las operaciones de los ejércitos modernos?* ¿Sabe usted que dicho libro ha sido aprobado por las instancias supremas del Ejército Rojo? —se oyó de nuevo desde el sitio.

—Camaradas alumnos, repito una vez más que en la ciencia militar puede haber opiniones distintas, la ciencia no es el Reglamento de Instrucción —repuso Malevski a la interrupción.

—¡Usted mismo nos recomendó a Triandafílov! —insistió el oponente de Cherniakovski.

—El trabajo de Triandafílov vio la luz en 1929 —respondió el profesor—. Durante este lapso se operaron grandes cambios en el país: se ha cumplido el primer quinquenio y se realiza exitosamente el segundo. El Ejército Rojo se dota con rapidez de pertrechos modernísimos. Los cambios en el armamento de las tropas deben, a su vez, llevar al desarrollo de la táctica y del arte operativo. Les exhorto a todos ustedes —y el profesor detuvo su mirada en el alumno que objetaba a Cherniakovski—, no conformarse con perogrulladas y no repetir solamente ideas ajenas. El informe del camarada Cherniakovski amplía nuestro seminario por su originalidad y merece que sea analizado complementariamente.

El avezado profesor comprendía perfectamente cuán importante era inculcar a los futuros mandos militares la costumbre de pensar creativamente, de tener opinión propia.

Cherniakovski jamás se circunscribió al marco del programa de estudios. El arte operativo, por ejemplo, lo estudiaba complementariamente a través de los textos de la Academia Militar Frunze. Leía muchos libros militares y políticos.

Cherniakovski estudió y resumió a fondo los trabajos *El cerebro del ejército,* de B. Sháposhnikov; *La derrota de Denikin,* de A. Egórov; y los artículos científicos del talentoso teórico militar M. Tukhachevski. Apasionado por la teoría militar, seguía al día los nuevos materiales que se publicaban. En aquellos años ya se iba formando sólidamente la ciencia militar soviética. Con particular

detalle Cherniakovski y sus camaradas estudiaron los trabajos de Lenin sobre la guerra y el ejército.

En uno de los borradores de Cherniakovski se conservó esta cita leninista, subrayada con lápiz rojo:

«... Cierto que la guerra enseñó mucho, no sólo a que la gente sufriera, sino también a que vence el que cuenta con mejores pertrechos, mejor espíritu de organización, mejor disciplina y mejores máquinas... o se domina la técnica superior o se perece».

A menudo, los amigos discutían en torno a muchas cuestiones que les preocupaban y analizaban los libros leídos. En cierta ocasión Iván Daniílovich compartía con Vladímir Kashuba sus impresiones sobre las memorias de guerra de Lloyd George, que acababa de leer:

—Escucha a qué interesante conclusión llegó este político burgués: «Los militares, que se apartaron de la política, no pudieron prever el desarrollo de la ciencia militar y las cuestiones del abastecimiento de los ejércitos contemporáneos».

—¿Y qué ves en eso de particular? —preguntó Kashuba—. Entre los burgueses también los hay que razonan. Recordarás que en su trabajo *El socialismo y la guerra*, Lenin cita la siguiente opinión de Clausewitz: «La guerra es la prolongación de la política por otros medios». Sin embargo, no te olvides de que Lloyd George y Clausewitz sirven a la clase de los explotadores y que nosotros tenemos nuestro propio punto de vista.

—Se comprende que Clausewitz no fuera socialista. Pero esto no fue óbice para que Lenin evaluara altamente a este teórico militar.

—¿Por qué hablas así? ¿Es que alguien se opone a que se estudie a Clausewitz?

—Nadie está en contra. Quiero decir simplemente que nosotros debemos estudiar más a fondo a nuestros probables enemigos, sus procedimientos de conducción del combate, los métodos de dirección de las tropas y hasta su forma de pensar, puesto que a nosotros nos corresponde adivinar las intenciones del adversario.

Trabajando mucho en la teoría, Cherniakovski siempre aspiró a verificar sus conclusiones en la práctica. Con particular atención

se centraba en las prácticas con las tropas, que se realizaban a la terminación de cada curso de la academia. En el tercer año de estudios Cherniakovski practicó como adjunto de jefe de estado mayor de división, asimilando el arte de dirigir tropas.

La valoración de servicio, entregada a Cherniakovski en la división, fue leída a todos los alumnos. En ella se hacía un gran elogio de las cualidades del practicante, de su maestría para examinar detenidamente las cuestiones.

Después de las prácticas, Iván Danílovich emprendió con más ahínco los estudios. Pero, como era habitual en él, no se olvidó tampoco del descanso. Tenía la costumbre de ir con su esposa todos los sábados al cine y no menos de una vez por mes al teatro.

Un día, después de ver la ópera Aída, cuando regresaron a su hogar, estuvieron mucho tiempo cambiando impresiones.

—Ni que decir tiene, la obra es fuerte —dijo Iván Danílovich—. ¡De qué forma tan veraz está expresada la aspiración del pueblo a la libertad! Con qué sutilidad se transmiten los sentimientos del caudillo, sus sueños de gloria. ¿Qué opinas, Tásienka, debe el hombre soñar con la gloria?

—Pienso que debe. Pero no para provecho personal, sino en aras de la Patria.

—En efecto, no en vano se dice que la vida es corta, mientras que la gloria popular vive eternamente... Lo demuestra que el pueblo no se olvidara de Alexandr Nevski, de Iván Susanin, de Stepán Razin —razonó en voz alta Iván Danílovich.

—¡Qué música más encantadora! —observó Anastasia Grigórievna—. Especialmente son magníficos el dúo de la despedida y el final: es una loa al valor y a la fidelidad.

—Me conmovió particularmente la escena de masas de los festejos populares, cuando a los acordes del himno le entregan el estandarte a Radamés. Y, de todas las maneras, me parece inverosímil la traición de Radamés por el amor a Aída. Cuesta trabajo creer que un formidable guerrero, famoso en su pueblo, que tanto le dio a él, pudiera traicionar los intereses de la Patria.

—El arte no es, de por sí mismo, una ciencia exacta, tiene también sus desviaciones.

—Con esta opinión, quizás, se pueda estar de acuerdo. Pero el buen rato que hemos pasado hoy se lo debemos a Piotr Vasílievich Kótov, el jefe de nuestro curso. Él es quien trata de inculcarnos a los alumnos el cariño por el arte y la literatura.

Estudiando en la academia, Cherniakovski seguía leyendo a muchos clásicos y escritores extranjeros. Sin embargo, los libros que más le encantaban eran los que describían la vida de los grandes caudillos militares: *Alejandro Magno* y *Julio César*, de Plutarco, y los libros que hablaban de Suvórov y Kutúzov. No se limitaba a leer estas obras, sino que también analizaba los planes de los estrategas, el desarrollo de las batallas, resumiendo con frecuencia lo leído.

Iván Danílovich dedicó siempre gran atención al temple del organismo. Siendo alumno de la academia, consideraba que estudiar y prepararse para ser jefe militar, sin fortalecer incesantemente la salud, era igual que sembrar en el desierto. En el deporte, Cherniakovski prefería las modalidades que estaban relacionadas directamente con el ejército. Sus éxitos deportivos fueron ampliamente conocidos en la academia.

Un día le encomendaron preparar un equipo de esquiadores para las competiciones de saltos de trampolín entre las academias militares de Moscú. Al principio, había pocos voluntarios. Pero Cherniakovski tenía una manera asombrosa de abordar a las personas. Sabía contagiarles su energía, arrastrarles con su fogosidad. En lugar de los diez hombres previstos con anterioridad, su equipo lo integraron quince. Se entrenaban en las antiguas colinas de Vorobiev, hoy colinas de Lenin.

Empezando por los rudimentos, fueron poco a poco dominando los saltos de trampolín. Echándose los esquís al hombro, los amigos ascendían a su punto más alto, a la plataforma de salida. ¡La altura daba vértigo! Hasta un poco de miedo... Kashuba empezaba ya a pensar si valdría la pena que él saltara. Iván Danílovich le dijo en broma:

—¡No te rajes, hombre! Diré a todos que tuviste miedo.

—Lo cuentes o no, Iván, eso es cosa tuya, pero salta tú primero y yo detrás de ti.

—Mira, Volodia...

Adquiriendo velocidad, Cherniakovski se deslizó raudo por el trampolín, se separó de él, y hendiendo el aire, voló hacia abajo con una rapidez increíble. Flotando en el aire, sus esquís eran para él una especie de alas. Voló unas cuantas decenas de metros y aterrizó con toda normalidad. A Kashuba no le quedó otro remedio que saltar detrás de él.

En las competiciones sólo deberían representar a la academia dos hombres. Después de las pruebas preliminares, les correspondió este honor a Cherniakovski y a Kashuba, su camarada y responsable del grupo de estudios. Los dos amigos se clasificaron entre los primeros en las competiciones.

Más tarde, Cherniakovski comenzó a interesarse por los saltos con paracaídas. En aquellos años, esta modalidad deportiva estaba en auge, pero los accidentes eran frecuentes. El mando de la academia prohibió que los alumnos practicaran el paracaidismo, pero Iván Danílovich solicitó el consentimiento del jefe de la academia siéndole permitido practicar este deporte.

Los alumnos de la academia formaron un grupo de paracaidistas, que empezaron a entrenarse regularmente. Se preparaban impacientes para los primeros saltos, aunque sabían que pasarían un mal rato. Cuando el avión se elevó con los novatos, todos advirtieron con especial agudez la diferencia entre lo que les esperaba y el salto desde la torre. El instructor preguntó:

—¿Quién va a saltar el primero?

Se produjo un momento de indecisión. Entonces Iván Danílovich se adelantó. A la voz de mando se arrojó al vacío. Su salto fue evaluado como «sobresaliente».

Aumentaba la notoriedad deportiva de Cherniakovski en la academia. Se le conocía ya como campeón de la academia en carreras pedestres y en tiro Sus numerosos premios, entre los cuales figuraban un reloj con dedicatoria, una bicicleta y una escopeta de caza, eran una parte de los trofeos que testimoniaban sus éxitos frecuentes en las competiciones. Tenía en mucha estima estos regalos, pues cada uno de ellos lo había ganado en porfiada lucha. Sin embargo, sus éxitos relevantes en el deporte y en los estudios

no le hicieron perder la cabeza. Seguía siendo modesto y disfrutaba del respeto general. Le eligieron miembro del buró de la organización del Partido del curso.

—Nuestro grupo estaba muy unido —recordaba sobre aquellos años el teniente general V. Kashuba, Héroe de la Unión Soviética—. Nuestra amistad era monolítica: uno para todos y todos para uno. Nuestras familias se encontraban en las veladas del curso, también nos reuníamos por secciones. Iván Danílovich sabía cohesionar al grupo. Posteriormente recordaba a menudo que los años de estudio en la academia habían sido los más dichosos en la vida de todos nosotros. Todavía en la academia, él mismo se esforzaba, y nos persuadía a nosotros, de que pasáramos el tiempo de forma que después no tuviéramos que lamentarnos de haberlo malgastado. Todos comprendíamos que tenía razón y accedíamos gustosos a sus propuestas. Frecuentábamos los museos, las exposiciones y leíamos mucho. En los días de fiesta nos reuníamos en familia y lo pasábamos alegremente, pues Iván Danílovich cantaba y bailaba bien. No le iba a la zaga su encantadora esposa Anastasia Grigórievna.

A los días de fiesta les seguían los quehaceres cotidianos. Y de nuevo, hasta muy entrada la noche, ardía la luz sobre las mesas de trabajo en la habitación de los Cherniakovski. Los camaradas le decían en broma:

—¿Acaso también te propones estudiar aviación? Has sido artillero, estudias para tanquista, has saltado en paracaídas...

Al propio Cherniakovski le gustaba bromear y tomaba con calma las chanzas de los camaradas. Pero en las palabras de sus compañeros había gran parte de verdad. Cherniakovski comprendía ya a la sazón que el combate interarmas moderno no es solamente un ataque a la bayoneta, sino también acciones complejas en las que se integran elementos y unidades de las diferentes Armas, donde el éxito se consigue con esfuerzos mancomunados.

En la orden sobre el paso al último curso de la academia se hacía constar que el alumno Cherniakovski pasaba con nota de «sobresaliente».

En la tradicional asamblea de terminación del año de estu-

dios, el jefe del curso P. Kótov, felicitó calurosamente a los alumnos y les dijo:

—Ustedes han pasado al último curso, pronto tendrán que defender el diploma. Esto será ya una parte independiente, creativa, de sus estudios en la academia. Pero para que el trabajo de diploma sea verdaderamente creativo y la defensa termine exitosamente, durante las vacaciones veraniegas ustedes tendrán que pensar y elegir el tema, seleccionar la bibliografía correspondiente, repasarla, aunque sea en líneas generales, y confeccionar un plan previo. Algunos alumnos van por la línea más fácil, se dirigen a mí pidiéndome qué les elija el tema del trabajo de diploma. Esto es incorrecto, camaradas. De la enumeración de temas, aprobados por el mando de la academia, cada cual debe elegir por sí mismo el más interesante para él.

Cherniakovski pensó mucho el tema que debería elegir. Por fin, se decidió por el de *La carburación del motor del tanque.* Empezó a reunir materiales. Visitaba los institutos de investigación científica, iba a las fábricas. El trabajo sobre un tema de especialidad técnica tan concreta le obligaba a estar también en contacto con los institutos de aviación, pues en aquella época los tanques llevaban motores de aviación.

El programa académico preveía la preparación de mandos militares ingenieros. Por eso se recibió una disposición del comisario del Pueblo de la Defensa, prescribiendo que los temas de los proyectos de diploma deberían solamente atañer a la especialidad del diseño de tanques. Sin embargo, eran muchos los alumnos que ya habían elegido un tema de carácter general y ahora tenían que sustituirlo por otro nuevo. Elegir nuevamente un tema es cosa complicada. Los amigos se reunieron para cambiar impresiones. ¿Qué hacer? Cuando le llegó el turno a Cherniakovski, dijo a Mernov que ya había realizado una tercera parte del trabajo ya innecesario:

—Por lo que a mí respecta, Vasia, yo no voy a cambiar mi tema. Y no porque me haya compenetrado con él, sino porque, en opinión mía, concuerda con las nuevas exigencias que se plantean a los trabajos de diploma. Estoy seguro de que la comisión accederá a escucharme.

Pasaron muchos años pero el teniente general Mernov sigue recordando los detalles de la defensa del diploma de Cherniakovski.

—Su tema parecía sencillo *La carburación del motor del tanque* y, de pronto, supimos que el diploma de Cherniakovski se sometió a disertación, como un trabajo de especial importancia. Fueron muchos los que acudieron a escuchar al futuro diplomado. Algunos de los presentes no podían creer que se podía decir algo nuevo sobre una cuestión tan trillada. Pero al cabo de unos minutos el disertante los había conquistado a todos. Y cuando con ejemplos concretos mostró la gran economía de combustible que rendirían las transformaciones por él propuestas, el auditorio enmudeció. Las cifras no podían ser más persuasivas. La defensa fue brillante y el diploma obtuvo una alta valoración. Allí mismo, en el auditorio, felicitamos calurosamente al diplomado. Ya antes apreciábamos las cualidades extraordinarias de Iván, pero sólo durante la defensa del diploma comprendimos de verdad hasta qué punto sabía él investigar multilateral y profundamente el objeto de estudio, hacer sintetizaciones extensas y sacar valiosas conclusiones.

El estudio en la academia tocaba a su fin. Ante Cherniakovski se abría la magnífica perspectiva de servicio en las tropas acorazadas, desempeñando altos cargos de mando y de estado mayor. Pero sucedió algo inesperado. El jefe de la academia recibió una carta de un tal Peskud, funcionario del comité del Partido del distrito de Tomashpolski, en la que se decía: «Cherniakovski, alumno de la academia, ha ocultado su procedencia social: es hijo de un terrateniente».

Los amigos de Iván Danílovich se indignaron por esta descarada calumnia y decidieron hacer todo para desmentir la falsedad. Pero esto no era tan fácil realizarlo.

La situación se complicaba, además, porque el comisario de la facultad de mandos de la academia, Davidovski, cuando recibió el «informe» sobre el alumno Cherniakovski, aceptó la comunicación como una verdad.

Se celebró una reunión de partido del curso. Davidovski fue el primero en tomar la palabra:

—Ahora comprendo por qué Cherniakovski se esforzaba por destacarse en todas partes. Pone toda la carne en el asador para obtener el «sobresaliente». Por lo visto, deseaba a toda costa quedarse en la academia. Conocemos ya a estos hijitos de terratenientes desde la Guerra Civil...

Cherniakovski escuchaba con la cabeza baja y parecía no ver nada. Como un mazo, la voz de Davidovski le martilleaba las sienes, el rostro de Iván Daníolovich ora se tornaba lívido, ora se enrojecía por el aflujo de sangre. Comprendía que todo aquello era un error horrible, que tarde o temprano debería ponerse en claro. Pero, ¿y si se esclarecía tarde? Se torturaba sin comprender quién podría haberle calumniado: «¿Será posible que tan simplemente, sin pruebas, me priven de lo que a tanto aspiré y de lo que ya conseguí?».

Hablaron unas cuantas personas más. Todas ellas, creyendo a Davidovski, en lo fundamental, le apoyaron.

—Camarada Cherniakovski, ¿reconoce la autenticidad de los hechos expuestos en la carta del funcionario del comité distrital del Partido? —preguntó el presidente de la reunión.

Cherniakovski intentó de la manera más escueta explicar la esencia del problema, pero la agitación y el agravio le hicieron atropellarse y su intervención, le pareció, no resultó tal y como él la había concebido. Para él mismo no fue convincente.

Davidovski propuso expulsar del Partido a Cherniakovski. La frente de Iván Daníolovich se perló de gotas de sudor: «¿Será posible que me expulsen? ¡Yo no soy culpable de nada!».

Pidió la palabra el coronel Piotr Vasílievich Kótov, jefe del curso.

—No se puede, camaradas, desconfiar así de Cherniakovski —dijo en medio del tenso silencio—. Yo, personalmente, creo en él. Y le creo porque tiene una actitud de verdadero comunista para con nuestra causa. Vive las ideas del socialismo, sin estas ideas no tendría tales éxitos ni tal tesón. Hay que comprobar minuciosamente lo que nos han escrito. Propongo enviar al pueblo de Cherniakovski a un representante de la academia. Hay que aclarar todo sobre el terreno y sólo después de esto decidir la suerte del comunista.

La intervención del jefe del curso obligó a recapacitar a muchos.

—¿Hay alguna propuesta más? —preguntó el que presidía.

El silencio fue la respuesta.

—Si no hay otras propuestas, pasamos a la votación.

Aturdido por los latidos del corazón, Cherniakovski bajó más aún la cabeza. La sangre se le agolpó en las mejillas, como si se las escaldara. Le asaeteaba la idea: «Si me expulsan del Partido, me arrebatarán lo más querido en mi vida...». Pero seguía afirmando tozudamente para sí: «¡Yo no soy culpable de nada, esto no puede ser! ...». No se imaginaba su vida marginado del Partido.

Pasaron los angustiosos minutos del recuento de los votos. El presidente anunció el resultado:

—Por la mayoría se aprueba la propuesta del comunista Kótov.

Cuando acabó la reunión, Piotr Vasílievich llamó a Cherniakovski a su despacho:

—Desconocemos qué orientación darán al asunto en el lugar. Necesitamos pensar detalladamente en todo y adoptar medidas. Por eso le ruego que me cuente todos los pormenores de su vida.

Casi dos horas estuvo Cherniakovski narrando con pelos y señales al jefe del curso su procedencia social, su amarga infancia.

Después de escucharle, Kótov pregunto:

—¿No vive aquí en Moscú cualquier paisano suyo con autoridad, que pueda confirmar todo esto?

—Tengo un amigo íntimo, comunista, que estudia en la Academia de Agricultura, Evsey Ponomarchuk, del mismo pueblo.

—Usted necesita que a los dos les reciba María Ilínichna Uliánova, miembro de la Comisión de Control Soviético.

A la mañana siguiente Iván Danílovich se dirigió a ver a Ponomarchuk. Este recibió afectuosamente a su paisano. Cherniakovski le habló de la carta de Tomashpol.

—¡Pero si eso es una calumnia! —se indignó Ponomarchuk.

—Todos dicen lo mismo, pero por más extraño que parezca, Peskud la escribió con pluma y, resulta, que no lo cortas ni con un hacha.

—¡Ya verás como la cortaremos! Ea, esta decidido, dirijámo-

nos a la Comisión de Control Soviético adjunta al Consejo de Comisarios del Pueblo, a ver a la hermana de Vladímir Ilich Lenin. ¡Así es que, Iván, anímate!

—¡Fácil es decirlo! Prueba a serenarte cuando se pone en juego tu honor, la finalidad de tu vida, lo más querido. Aquello a lo que aspiré toda la vida, se vendrá abajo de un plumazo...

—¡Pero hombre, si todavía no se ha derrumbado! —observó razonablemente Ponomarchuk.

—¿Y si envían mi queja a que la examinen los mismos que escribieron ese embrollo?

—Confiemos en lo mejor, la queja no la deben dirigir al que se querella contra otro.

Aquel mismo día los paisanos fueron a la audiencia de María Ilínichna Uliánova, encargada del Buró de Quejas de la Comisión de Control Soviético adjunta al Consejo de Comisarios del Pueblo. Cuántas emociones les embargaron de camino al número 21 de la calle Ilinka, al despacho 212... Los recibió en la antesala un hombre fornido, de talla media, que aparentaba unos veinticinco años, el ponente de María Ilínichna. Con acento apenas perceptible, les preguntó qué asunto los traía allí, llevándolos en el acto a ver a María Ilínichna. A Cherniakovski le asaltó un temor repentino: su queja exigiría comprobaciones y petición de informes. Empezarían una espera y una incertidumbre angustiosas, y todo ello en vísperas de los exámenes de fin de estudios...

El ponente abrió la puerta del despacho. Una mujer modestamente vestida escribía en la mesa del despacho. Levantando la cabeza indicó con una mirada bondadosa a los visitantes que tomaran asiento. La actitud de María Ilínichna era asombrosamente sencilla, predisponiendo así a la franqueza. Escuchando el alterado relato de Cherniakovski sobre su vida, ella misma pareció emocionarse, recordó cómo con su hermana Anna Ilínichna tomaron bajo su protección a dos chiquillos del obrero comunista húngaro Yustus, que habían perdido a su madre.

—Al mayor de ellos, ustedes ya le conocen —dijo ella, pulsando un botón. A la llamada del timbre entró el joven que les había recibido en la antesala.

—Leo Vladímirovich —se dirigió a él María Ilínichna—, organice en el plazo de cuatro días la comprobación de este asunto. Me parece que aquí tropezamos con una arbitrariedad a todas luces clara. Ruegue al jefe de la academia que envíe un representante suyo a Vérbovo y Tomashpol que haga las averiguaciones pertinentes sobre el terreno.

—Muy bien. Hablaré con el jefe de la academia.

—A medida que vayamos sabiendo las cosas les informaré —prometió María Ilínichna a Cherniakovski y a Ponomarchuk.

Salió de detrás de la mesa para despedirles, les dio la mano a los dos y les prometió una vez más que comprobaría todo y les ayudaría. Llenos de gozo los paisanos abandonaron el recibimiento de María Ilínichna.

—Iván, no te preocupes —dijo Ponomarchuk—, tras cada queja María Ilínichna sabe ver a la persona que hay detrás. Inmediatamente ha comprendido que tú has sido víctima de unos intrigantes, por no decir más. Verás cómo se resuelve todo positivamente.

—Me faltan palabras para expresar mi agradecimiento, se me saltan hasta las lágrimas. ¡Cuánta atención nos ha prestado! ...

Junto con su representante, el jefe de la academia mandó a Vérbovo también a Cherniakovski. El tren que debían tomar salía para Vapniarka a la media noche. Una vez encargado el billete, Iván Danílovich pasó por su casa. No encontrando a su esposa en la cocina, entró en el dormitorio de Nilochka. En la morena carita de la niña se destacaban acusadamente sus largas pestañas negras. Poniéndose de rodillas, Iván Danílovich besó cariñosamente a su hija, acariciándole su desaliñada cabellera negra. «¿Se habrá puesto enferma?» —pensó, tocándole la frente. Pero era la primera vez que veía el rostro de su hija tan cansado y en enfermiza tensión. «¿Se habrá dado cuenta?» le asaltó el pensamiento. En aquellos momentos la encontró mucho mayor de sus siete años.

Anastasia Grigórievna sorprendió a su marido con la cabeza hundida en la almohada de la hija. Al oír los pasos de su mujer, Iván Danílovich se incorporó de un salto. En aquellos días su esposa había desmejorado y demacrado visiblemente.

Acercándose a su esposa, Iván Danílovich la abrazó cariñosamente y le dijo en voz baja:

—En el tiempo que vivimos juntos es hora de que comprendas ya que nada nos puede hacer perder los estribos. La verdad triunfará, querida. No me despidas con tristeza y nostalgia.

—No me entristeceré si me prometes comportarte con las autoridades locales como es debido. Yo también confío en que todo acabará bien.

Las autoridades locales recibieron ásperamente al representante de la academia y a Cherniakovski. Resultó que el secretario del Soviet de aldea de Vérbovo era un pariente del antiguo secretario, del mismo que en otro tiempo quiso impedir que Cherniakovski ingresara en la escuela militar.

—Todo lo escrito es justo —declaro el secretario del Soviet de la aldea—. ¿Cómo puede ser de otra manera, si su padre era la persona de confianza del terrateniente? ¿Quién se atreverá a poner en duda un documento, firmado por un funcionario del comité de distrito?...

—Pero, ¿usted está seguro de que se ha escrito la verdad? —le preguntó el representante de la Academia.

—Los detalles sólo pueden precisarse en Oksánino. Los Cherniakovski llegaron de allí.

—Resulta que tenemos que ir a Oksánino —dijo Cherniakovski, hasta entonces callado.

—Si lo quiere, vaya... Sólo que ignoro lo que se debe aún aclarar... ¿Es que le parece poco que el padre de Cherniakovski fuera el hombre de confianza del terrateniente?

—¿Qué significa poco o mucho? Si todo es así, como usted dice, ¿por qué entonces los petliuranos quisieron fusilar a los padres de Cherniakovski?

—Yo era a la sazón pequeño y desconozco los pormenores. El presidente está de viaje y en su ausencia yo no estoy autorizado a firmar ningún documento oficial.

A la mañana siguiente el representante de la academia y Cherniakovski llegaron a Tomashpol, donde quisieron ser recibidos por el funcionario del comité de distrito Peskud, pero sólo los

apuntaron para el día siguiente. Peskud los recibió con sequedad y hostilidad.

—Lo escrito es un hecho, de este asunto se ocuparon los organismos correspondientes. No les puedo ayudar en nada.

—Ayúdenos usted a que podamos orientarnos, para eso hemos venido. De cualquier forma deben existir pruebas: algunos documentos, testigos...

La entrevista llegó a su fin, era inútil proseguir la conversación. Cuando salieron, Cherniakovski advirtió el cambio tan brusco que se había operado en el ánimo del representante de la academia, cuando éste comenzó a interesarse por el horario de los trenes a Moscú. Por lo visto, consideraba inútil seguir en Tomashpol.

Despidiendo a Cherniakovski, sus amigos de Moscú estaban intranquilos, aguardando noticias de él. Se impacientaba también su paisano Ponomarchuk. Se proponía una y otra vez ir a ver a María Ilínichna, pero no se decidía. Le ayudó una ocasión. En la Plaza de la Revolución encontró a Yustus, el ponente de María Ilínichna.

—Le he reconocido —le paró primero Yustus—, ¿es usted el camarada Ponomarchuk?

—Salud, Leo Vladímirovich. Qué encuentro más afortunado; sepa que me proponía ir a verles. No sé por qué, pero no tenemos noticias de los nuestros...

—Todavía es pronto. Dentro de unos dos días las recibirá.

—¿Tiene usted alguna información?

—Por el momento nada de particular. Pero María Ilínichna no afloja la mano en estos asuntos. Aprendió mucho al lado de Vladímir Ilich. Todo se arreglará. No piense que María Ilínichna se limitó a pedir al jefe de la academia que enviara un representante. Dispuso simultáneamente que se hiciera una nueva comprobación del expediente a través de los funcionarios locales de la Comisión de Control Soviético.

—¿Cuándo esperan ustedes la contestación?

—Hoy por la mañana nos comunicaron que mañana propondrán a Peskud escribir un desmentido.

Después de varios días pasados en balde y de noches de in-

somnio en Tomashpol, Cherniakovski propuso al representante de la academia, al que convenció no marchar de la ciudad, ir a ver a uno de los funcionarios responsables del Control Soviético. Cuando llegaron al comité de distrito les anunciaron a Peskud. Este mucho más amable que la primera vez, con una afabilidad fingida les invitó a pasar a su despacho:

—Les estamos buscando...

—¿Y por qué nos buscan? —se atrevió a responder el representante de la academia—. Esperamos contestación.

—La contestación les espera, el desmentido ya ha sido firmado, el documento lo recibirán en mano.

—Díganos, ¿quién es el culpable del pérfido acosamiento del comunista Cherniakovski? —preguntó el representante de la academia, recobrándose del viraje inesperado que había adquirido el asunto.

—¡La lucha de clases!

—Dispénseme, en este caso no es lucha de clases, sino demagogia, que hace el juego a nuestros enemigos.

—¿Qué es lo que usted quiere? Donde se hace leña, saltan las astillas.

—Nosotros queremos solamente que usted conteste a una pregunta más: ¿escribió usted la misma calumnia contra Alexandr Danílovich Cherniakovski?

—No, porque no se pidieron sus datos biográficos.

El representante de la academia preguntó esto porque ya durante el camino Iván Danílovich le habló de su hermano menor, que también había terminado la escuela militar y mandaba una sección de carros de combate.

...En Moscú, los amigos de Cherniakovski esperaban impacientes noticias suyas. Pero estas no llegaban. Hasta que, por fin, el cartero les trajo este telegrama: «Todo en orden. Regreso. Iván».

Los amigos se alegraron por Iván. No tardo éste en regresar, y ya tranquilo, reanudo los estudios.

Cherniakovski perseguía con tenacidad el objetivo que se había propuesto: ser un jefe militar preparado desde todos los puntos de vista. Especialmente estudiaba a fondo los trabajos de los

teóricos militares soviéticos. Cherniakovski consideraba a Mijaíl Vasílievich Frunze como un gran organizador, un estratega y un científico de talento. Iván Danílovich se asombraba incesantemente de cómo pudo Frunze, sin haber recibido instrucción militar especial, no sólo llegar a dominar en un plazo tan breve el arte militar, sino también convertirse en uno de los creadores de la ciencia militar soviética. Todas las reflexiones de Cherniakovski llevaban a una misma conclusión: esto había sido posible no sólo merced a la riquísima experiencia de trabajo revolucionario y experiencia combativa como jefe militar, atesorada en los años de la Guerra Civil, sino también porque Frunze dominaba magistralmente la teoría marxista-leninista sobre la guerra y el ejército. Otra persona y en otras condiciones habría necesitado largos años para adquirir conocimientos tan extensos.

Ivan Danílovich apoyaba fervientemente los puntos de vista de M. Frunze sobre la guerra del futuro, expresados por él en 1925 en su informe al Pleno de enero del Comité Central del Partido Comunista(b) Ruso, acerca de los resultados de la reforma militar.

«... La guerra del futuro —decía Frunze— no se parecerá a la Guerra Civil... Tendremos que enfrentarnos a un ejército magnífico, dotado con los armamentos más modernos, y si nuestro ejército carece de esos pertrechos modernos, las perspectivas pueden presentarse para nosotros muy desfavorables».

Cherniakovski estudiaba la herencia del pasado, intentaba revelar las tendencias del desarrollo de la táctica y del arte operativo, sobre cuya base aspiraba argumentar científicamente los procedimientos más eficaces de la utilización de las nuevas armas. Se interesaba especialmente por las unidades de tanques que entonces empezaban a crearse en todos los ejércitos. Todavía no existía un criterio único y concreto sobre los procedimientos de su utilización en el combate. Precisaba estructurar suposiciones y sacar conclusiones propias.

...Octubre de 1936. El curso académico concluyó.

En poder de Cherniakovski obraba el diploma en cuya parte superior, con letras rojas, estaba escrito: «sobresaliente».

Tuvo lugar la recepción de los diplomados por los dirigentes

del Partido y del Gobierno. Recordaba con especial nitidez las cariñosas palabras que les dirigió Mijaíl Ivánovich Kalinin.

Iván Danílovich regresó a su casa ya bien entrada la noche, un poco cansado, pero feliz.

—¿Y qué me dices, Vania? —le preguntó impaciente Anastasia Grigórievna.

—¡Todo magnífico! ¡Te diré que Mijaíl Ivánovich Kalinin nos habló con gran cordialidad! Te contaré todo por orden...

Beso a su hija, que dormía plácidamente, y puso dos naranjas junto a su almohada.

Mucho tiempo estuvieron sin dormir aquella noche. Saturado de impresiones, Iván Danílovich, en voz baja, para no despertar a la hija, contaba y no acababa de contar la entrevista con M. Kalinin, cesando cuando empezó a despuntar la aurora.

IV

CON PASO FIRME

Siempre que recordaba los años de estudio en la academia, a Cherniakovski le invadía un sentimiento confuso de añoranza y de jubilosa emoción. Lamentaba el que aquellos años magníficos, llenos de preocupaciones y al mismo tiempo de alegrías, ya no volverían nunca, como no vuelve la juventud. Ahora, se sumergiría de nuevo en la atareada vida de las tropas, pero ya en una nueva cualidad. Y también le exigirían más.

Aún parecía tener ante sus ojos la velada de despedida con los amigos. Recordaba diáfanamente las acaloradas discusiones y los sueños sobre el futuro. En sus oídos seguía sonando la canción, que en aquella tarde entonaron inspirados:

A tierras lejanas mi camarada vuela,
Vientos queridos tras él vuelan...

Para ellos, estos versos encerraban un profundo y emocionante sentido. Cuando posteriormente Cherniakovski escuchaba en cualquier parte esta canción, en el acto le venían a la mente sus amigos de la academia. Quería saber cómo les iba en el servicio.

Nikolái Zinóviev se quedó de profesor en la academia. ¡Quién sabe! Posiblemente recibió el cargo que mejor le cuadraba. Volodia Kashuba fue designado adjunto al jefe de una brigada. Ingresó

a estudiar habiendo desempeñado ya un alto cargo en las tropas blindadas...

El día que debían partir para sus nuevos destinos Cherniakovski y sus amigos quisieron despedirse de Moscú. Acudieron a la Plaza Roja, entraron en primer lugar al Mausoleo de Lenin. Cuando salieron del Mausoleo, silenciosos por los sentimientos que les embargaban, estuvieron mirando largo rato la pulida superficie de granito, contemplaron las torres del vetusto Kremlin y pensaron: ¿cuántos diplomados de las academias militares, futuros jefes y estrategas militares, vendrán aún a ver estas murallas? ¿Cuántos hijos fieles del País de los Soviets, haciendo su muda promesa a la Patria, partirán de aquí al combate y regresarán aquí victoriosos? Recientemente, la capital despidió a sus hijos que iban a la España republicana. Pero no todo el que marcha y sale de aquí, volverá al pie de las antiguas murallas del Kremlin. Pero aquellos por los que estos hombres ofrendaron su vida, los recordarán...

A Cherniakovski le destinaron a Kíev como jefe de la Plana Mayor del 2.º Batallón de Tanques de la 8.ª Brigada Mecanizada. Con anterioridad a él, el batallón no tuvo un solo jefe que hubiera terminado la academia. Ejercía provisionalmente las funciones de jefe de la Plana Mayor A. Budkó, jefe de una batería de artillería y condiscípulo de la Escuela de Artillería. ¡Iván Danílovich no podía imaginar semejante encuentro!

Anastasia Grigórievna se alegró de que su marido fuera destinado a Kíev. Después de una larga separación se fue a vivir con su madre a Sviatóshino.

En el nuevo cargo no todo le fue como la seda a Cherniakovski. Anastasia Grigórievna observó que con frecuencia su marido volvía a casa sombrío, descontento con algo. Una tarde que tomaban el té, le preguntó:

—¿Por qué no me cuentas nada, cómo te van las cosas?

—Sobre los asuntos del batallón no me preguntes —sonrió él—. Es un secreto militar.

—Tus secretos militares no me interesan. Dime, ¿cómo te llevas con la gente?

Como ocurría a menudo antes, también en esta ocasión ella dio en el clavo. Iván Danílovich no era muy partidario de tratar en la conversación con su esposa los problemas del servicio, pero ya no podía seguir callando.

—Mis relaciones con todos son normales. Únicamente no puedo comprender al jefe del batallón. A uno de los que trabajan en el estado mayor de la brigada se le ha escapado decir, que, al parecer, el jefe del batallón no quería que me destinaran a mí a su unidad, pero Krivoshein, el jefe de la brigada, insistió en lo contrario. En la actualidad, el jefe del batallón no me hace observaciones especiales y no me impide que aplique una nueva metodología de instrucción. Sin embargo, en sus informes al mando presenta todas mis innovaciones como suyas propias. No ve con buenos ojos a los que en el batallón tienen una buena actitud para conmigo. Se advierte que no quiere que se afiance mi prestigio entre los subordinados y el mando. Y me es difícil comprender por qué.

—¿Quizás se preocupa de que su adjunto adquiera autoridad?

—Su adjunto sólo tiene cuatro clases de instrucción. ¡Eso cuando nuestros pertrechos técnicos son tan complicados! En las tropas acorazadas es difícil trabajar sin profundos conocimientos. Claro está que hay personas inteligentes, que salen adelante no con su instrucción, sino con tesonería. Pero el jefe adjunto de nuestro batallón no se encuentra entre esos. Hasta va a la zaga de los jefes de compañía. ¿Qué autoridad puede tener entre ellos?...

—No te va a ser fácil servir con ese jefe —se compadeció Anastasia Grigórievna—. Sin embargo, me parece, que tú sabrás encontrar con él un lenguaje común.

—Lo intentaré... El tiempo lo dirá.

Y, realmente, el tiempo lo demostró: el jefe del batallón y el jefe de la plana mayor supieron comprenderse mutuamente y comenzaron a trabajar de forma compenetrada.

En el batallón se veía a Cherniakovski por doquier: en los ejercicios, en el tiro, en el tancódromo. Los jefes de las pequeñas unidades le respetaban por la ayuda incesante que les prestaba en la organización de la preparación de combate, en el dominio de los nuevos métodos de instrucción, y especialmente, en el tiro con

el carro de combate en movimiento. Para entonces ésta era una de las tareas más arduas. Los carros de combate carecían de amortiguadores, el blanco «bailoteaba», especialmente cuando el carro se movía por un terreno accidentado. El nuevo jefe de la plana mayor instaló por primera vez en el batallón un dispositivo oscilante, que imitaba el movimiento del tanque que sin gastar combustible y horas-motor, permitía aprender a disparar desde el carro en marcha.

Iván Danílovich tenía por regla realizar obligatoriamente antes del tiro de combate pruebas de instrucción y entrenamiento metodológicos y comprobar él mismo si todos estaban listos para ejecutar los ejercicios. Resultado de todo ello era que el tiro que dirigía el jefe de la plana mayor transcurría sin percances y con buenos resultados. En un breve espacio de tiempo se granjeó la estima de todos los compañeros de servicio. Los comunistas le eligieron miembro del buró del Partido en el regimiento.

Los éxitos de Cherniakovski no pudieron pasar mucho tiempo inadvertidos. El mando supo apreciar los esfuerzos del nuevo jefe de la plana mayor. A finales de 1936 le ascendieron a capitán y después le nombraron jefe del batallón. Todo esto fue iniciativa del jefe de la brigada, S. Krivoshein, que fue el primero que adivinó en Cherniakovski un jefe con futuro y le propuso para el ascenso. Conociendo cuánto dependía de las personas con las que tenía que trabajar, Iván Danílovich empezó a seleccionar para el batallón a los mandos más capaces. Le destinaron para el cargo de jefe de la plana mayor a un hombre con experiencia de trabajo en estas funciones, que había terminado la escuela de carros de combate y los cursos de capacitación de mandos. El adjunto no quiso seguir con el nuevo jefe del batallón. Comprendía que ya «no daba más de sí» y pidió que le destinaran a servicios. Iván Danílovich promovió en su lugar a un joven jefe de compañía, aun sabiendo que por el momento su perfil no se correspondía plenamente a este cargo. Pero el jefe del batallón vio en él posibilidades de ser un jefe enérgico. Y aquél justificó sus esperanzas: en un corto lapso se convirtió en un buen adjunto del jefe del batallón. En su puesto de jefe de la compañía le sustituyó un jefe de sección del mismo batallón.

«Tenemos un jefe de batallón como es debido y nosotros no le dejaremos mal» —decían los mandos subordinados.

No obstante, de todas formas, algunos le dejaron mal. La 3.ª Compañía, que mandaba el primer teniente I. Riazánov seguía corno antes, a la zaga en todos los ámbitos. Un día, el jefe del batallón ordenó que se le presentara Riazánov.

—Camarada primer teniente, ¿adivina para qué le llamé?

No me es difícil adivinarlo, pues las cosas me van mal —dijo sin ambages Riazánov—. Camarada capitán, ¿a quién ordena entregar la compañía?

—¡De las dificultades no se huye, se superan! Pero, puesto que usted se atascó en el último lugar del batallón, trate de salir a flote por su propio esfuerzo. Nosotros, por nuestra parte, trataremos de ayudarle.

—¡Es poco probable que salga algo de esto! —reconoció afligido Riazánov—. Desde el toque de diana hasta el toque de retreta permanezco en la compañía, pero los asuntos marchan mal.

—Precisamente, permanece.

—Camarada capitán, ¿y cómo puede ser de otra forma? En la compañía tengo infinidad de quehaceres.

—No es obligatorio que deba estar en la compañía desde que amanece hasta que se pone el sol. Además de usted allí hay tres jefes de sección, un sargento y nueve jefes de tripulación. A juzgar por usted, ellos, por lo visto, también permanecen en sus unidades, ¿no es así?

—¡Exactamente! —soltó Riazánov, sin comprender la ironía de Cherniakovski.

—Camarada primer teniente, en la compañía no se puede permanecer simplemente. Si usted se encuentra allí hay que hacer algo concreto: dirigir las clases, controlar el trabajo de los subordinados. Puesto que no reporta ningún provecho el que usted permanezca solamente en la compañía. Sólo pierde tiempo en balde y estorba a los subordinados. A usted no le queda tiempo para trabajar en la elevación de su nivel teórico. Usted organiza los ejercicios deficientemente, lo que significa que se prepara mal para ellos. En esto reside su mal principal. Le aconsejo permanecer me-

nos tiempo en la compañía como mero observador. Repito que en ella no debe haber mirones. Allí deben encontrarse mandos que actúen con iniciativa. Y en este sentido, precisamente, usted debe dar el ejemplo.

Cherniakovski no limitó a esto su ayuda a Riazánov. Fue a menudo a su compañía durante los ejercicios y cuando se levantaba al toque de diana, echaba también una mirada al comedor. Un día vio que los combatientes se dirigían al comedor sin formar y, al sentarse a las mesas, lo hacían en barullo. Cherniakovski ordenó al sargento que sacara a todos a la calle y que formara a la compañía. Cuando fue hecho esto, Cherniakovski ordenó:

—Compañía, a la derecha en fila de uno, de frente, ¡mar!

Cuando todos se encontraron tras sus mesas ordenó:

—¡Siéntese!

Junto con el sargento, Iván Danílovich revisó con rapidez el contenido de los calderos y donde la sopa estaba muy caldosa, exigió que la cambiaran. Esto agradó a los combatientes.

El cocinero sirvió a Iván Danílovich la comida de la olla común. Los combatientes se sintieron contentos: con ellos comía el propio jefe del batallón.

Cuando los combatientes formaron de nuevo, en voz baja, de forma que nadie le oyera, Cherniakovski dijo al sargento de la compañía, que estaba a su lado:

—Ya ve que guardar orden no es tan difícil. Su compañía emplea más tiempo del destinado para la comida y trastoca el horario de los ejercicios. ¿Comprendido, camarada sargento? ¡Que en adelante se siga esta regla!

—¡A la orden, velaré por el cumplimiento de esta regla!

Así era él en todo. Cherniakovski sabía que también las nimiedades tenían importancia. Pero lo principal para él era el adiestramiento combativo. Realizaba personalmente con los jefes de las compañías clases tácticas de demostración y ejercicios de la sección de carros con tiro de combate. El joven jefe de batallón compensaba su falta de experiencia estudiando la experiencia de otros, esforzándose por aplicar todo lo valioso en su batallón. Tenía un sentido de captación muy sutil para todo lo nuevo

y lo progresista, organizaba la preparación combativa de los tanquistas de forma que aprendieran primero lo que es más importante en la guerra. Cherniakovski no sólo analizaba la experiencia de los ejercicios de las tropas sino que, en la medida de sus posibilidades, tenía en cuenta la experiencia del empleo de los tanques en España (a la sazón ya se había acumulado esta experiencia). Se guiaba por los postulados de la historia militar que conservaban una importancia práctica. Como era de esperar, el sistema de preparación combativa, pensado y concreto, daba buenos resultados.

* * *

En mayo de 1937 a Iván Danílovich le llamaron a la Sección Especial. Un joven con guerrera de paño inglés gris y pistola al cinto miró fríamente a Cherniakovski y le dijo:

—Sepa que el adjunto del jefe de su brigada es un enemigo del pueblo.

—Pero yo no dispongo de ningún dato que le comprometa —respondió con firmeza Cherniakovski.

El juez de instrucción miró silencioso a Iván Danílovich, preguntándole luego:

—¿Así es que dice que no tiene ninguna sospecha?

—No.

—¿Quiere ocultarlo? Tenga en cuenta que puede costarle muy caro... —y el juez de instrucción le acercó una cuartilla—. ¡Escriba, si no quiere que le consideren cómplice del enemigo!

Cherniakovski se negó a actuar contra su conciencia. Ya amanecía cuando regresó a su casa. Se sentía destrozado. Pero cuando por la mañana llegó al servicio nadie advirtió en el batallón que el jefe estaba disgustado.

No tardaron en detener a I. Yakir, el comandante en jefe de la región militar. Iván Danílovich recordaba perfectamente a Yakir y para él su arresto fue un golpe. Pero no se atrevía a compartir con los camaradas sus pensamientos. Un día Anastasia Grigórievna le preguntó:

—¿Qué sucede con el comandante en jefe? ¿Es cierto que le han encarcelado como enemigo del pueblo?

Iván Danílovich podía sincerarse con su esposa:

—Han detenido a Yakir, pero yo no creo que ese hombre, un héroe de la Guerra Civil, sea un enemigo. Lo más probable es que sea víctima de un error...

...El juez de instrucción de la Sección Especial no se olvidó de Cherniakovski y al cabo de medio año le citó de nuevo:

—Diga, ¿por qué ocultó usted su procedencia social?

—No tengo nada que ocultar —respondió tranquilo Iván Danílovich—. De mi procedencia se ocuparon ya bastante en el Comité Central.

—¿Quién tuvo a cargo el asunto? —preguntó el juez de instrucción.

—María Ilínichna Uliánova.

Al oír este nombre, el juez de instrucción miró ya de otra manera a Iván Danílovich. Le invitó a tomar asiento y le dijo con más amabilidad:

—De todas las maneras, escriba su autobiografía.

—¡Con mucho gusto!

Y con esto quedó zanjada la cuestión.

Entretanto, la preparación combativa y política en la brigada seguía su curso. En las pruebas de inspección en 1938 el batallón de Cherniakovski obtuvo una valoración entre notable y sobresaliente. Fueron distinguidos muchos mandos y soldados rojos. A Iván Danílovich le ascendieron a comandante.

Cherniakovski trabajaba abnegadamente, pero en lo más interno de su ser anidaba la amargura de lo pasado en los últimos dos años.

Un día recibió una carta de su paisano Ponomarchuk que ponía en claro lo que había sucedido con él en vísperas de su graduación de la Academia.

«Querido Vania —escribía Ponomarchuk—: Definitivamente ha sido desenmascarado Peskud, el antiguo funcionario del Comité de Distrito del Partido de Tomashpol. Como ya sabrás, a instancias de María Ilínichna Uliánova, en su tiempo fue relevado del

cargo que ocupaba en el comité y nombrado director del banco estatal local». La carta relataba lo ocurrido después. Resultó que en aquel tiempo trabajaba en Járkov otro Peskud, que por casualidad había leído en un periódico un artículo firmado por su tocayo de apellido. No pensó, naturalmente, que se trataba de su hermano mayor, pero de todas las maneras se dirigió a la oficina de información. El de igual apellido tenía el mismo nombre y el patronímico de su hermano. Pero Peskud junior sabía que su hermano, mandando un destacamento de soldados rojos, había caído en combate contra los petliuranos en las cercanías de Tulchin.

Peskud junior marchó a Tomashpol. No podía creer que su hermano aún viviera y el sentimiento de prevención no le abandonaba. Se presentó al Peskud de Tomashpol, directamente en su lugar de trabajo, en el banco.

—¿Usted es el director del banco, camarada Peskud? —preguntó abriendo la puerta del despacho con voz temblorosa. El hombre que tenía delante no tenía nada de común con su hermano.

—Sí. Yo soy Peskud —le respondieron—. ¿De qué se trata?

Entonces, Peskud junior habló en lituano con él. El director callaba, mirando perplejo al visitante.

—¡Mi hermano conocía bien el lituano! —estalló Peskud junior.

El director del banco quiso salir del despacho, pero Peskud junior le cerró el paso:

—¿Cómo mató usted a mi hermano?

Al director se le demudó el rostro. Pero, sobreponiéndose, prorrumpió lo más tranquilo que pudo:

—Aquí hay alguna equivocación. Con toda probabilidad tenemos el mismo apellido. Le ruego ser más comedido en sus palabras. De lo contrario telefonearé a los organismos correspondientes y encontraré castigo para usted.

«¿Puede ser que nos apellidemos igual y yo me haya acalorado?» —pensó Peskud junior, y dijo:

—Perfectamente. Si esto es un mal entendido, le ruego entonces decirme de dónde es natural.

—¡Yo no estoy obligado a darle cuenta a usted! —y el director se dirigió a la puerta.

Pero Peskud le cerró de nuevo el paso:

—¡Preséntente el pasaporte!

—¡Basta de atropellos! ¡Fuera de aquí! —y el director se lanzó hacia el teléfono.

—¿Es el jefe de la milicia? Habla con usted Peskud. Le ruego que envíe una patrulla a mi banco, es necesario detener urgentemente a un sospechoso.

Peskud junior se desconcertó, pero siguió plantado en la puerta, cerrando la salida al director.

La patrulla seguía sin aparecer. El director comenzó a moverse de un lado para otro, quiso sacar algo de una gran caja fuerte, situada en un rincón. Peskud junior corrió hacia la caja, tapándola con sus espaldas.

—¡No se acerque a la caja, esperemos a que llegue la milicia! —Ahora tenía claro que el director había imitado una conversación telefónica.

El director se lanzó hacia la puerta, pero Peskud junior se le echó encima. La gente acudió al ruido. Los organismos de la seguridad del Estado determinaron que el director del banco, que decía llamarse Peskud, era un agente enemigo, un provocador. En la Guerra Civil asesinó al jefe de un destacamento, al verdadero Peskud, y utilizó después sus documentos.

Iván Danílovich terminó de leer la carta y quedó pensativo: «Mira quienes se encaraman al poder. Cuánta gente habrá sufrido por culpa de ese agente provocador...»

Llevó la carta al jefe de la brigada y le contó el asunto con todo detalle.

—Camarada comandante, sabemos todo —respondió Krivoshein después de escucharle—. Pero no puede ser más oportuna su visita. Se ha recibido una orden del comandante en jefe. Le felicito por su ascenso. Se le ha nombrado jefe del 9.º Regimiento Independiente de Carros Ligeros.

—Agradezco la confianza —sólo pudo decir Iván Danílovich.

Tras hablarlo con su esposa, Iván Danílovich decidió que por el momento iría sin la familia a Gómel, lugar del nuevo destino.

Así pues, a los treinta y dos años Cherniakovski era ya jefe de

un regimiento. Emprendió con energía sus nuevas funciones. El cargo de jefe del regimiento le confería una gran responsabilidad. Entonces, en los albores del proceso de formación de las tropas blindadas, Cherniakovski estudiaba y aplicaba en la práctica los postulados vitales de la táctica y del arte operativo soviético sobre la cooperación de los carros de combate con la infantería, la artillería y la aviación.

Además de la preparación combativa y política, ahora tenía que ocuparse mucho también de renovar la base material y técnica de la instrucción, así como de los asuntos de la intendencia.

La mayor parte de su tiempo Iván Danílovich la consagraba, por supuesto, a instruir y a entrenar en campaña a los cuadros de mando del regimiento en una complicada situación táctica. Sabía que sólo el jefe que domine la táctica puede preparar una excelente unidad combativa, capaz de lograr la victoria con el mínimo de pérdidas. Cherniakovski enseñaba perseverante a los jefes de las compañías y de los batallones a organizar la exploración y el combate, la cooperación de los tanques con la infantería, así como con la artillería y la aviación.

El punto culminante de la preparación combativa del año de estudios eran los ejercicios tácticos. En ellos, en condiciones de campaña lo más parecidas a la situación de combate real, se comprobaban los conocimientos de los combatientes y de los mandos, se forjaba su resistencia y aprendían también a manejar los medios técnicos. Corno era habitual, la prueba de inspección de 1939 debería terminar con los supuestos tácticos tradicionales.

* * *

...El regimiento de carros que mandaba Cherniakovski fue puesto en alerta, recibiendo la siguiente misión en la posición de partida: «Después de realizar una marcha de cuarenta kilómetros, cooperando con una división de caballería, cercará a la división de infantería que está defendiendo la región de Borísov».

La marcha transcurrió bajo una lluvia torrencial que hizo impracticables los caminos.

Los corceles cosacos de la división de caballería apenas podían andar por el barrizal. Había sitios donde los tanques se atascaban. Confiando que con aquel mal tiempo el bando atacante no sería muy activo, el «enemigo» debilitó su vigilancia. Esto lo aprovechó Cherniakovski, que lanzó sus carros a una maniobra envolvente y con un ataque impetuoso ocupó al amanecer el puente sobre el río Bereziná en las inmediaciones de Borísov, cortando así los caminos de retirada al «enemigo».

Analizando las acciones de los dos bandos durante el resumen del ejercicio, el adjunto del comandante en jefe de la región militar de Bielorrusia, señalo que el mando de la división de infantería organizó débilmente la exploración y, en general, se mostró pasivo, mientras que la maniobra envolvente de los tanquistas de Cherniakovski por un terreno enfangado la calificó como ejemplo de utilización de las tropas móviles en el combate contemporáneo.

El mismo día, después de analizar los ejercicios, el coronel N. Alexéiev, jefe de la Sección de Personal de la Región Militar, felicitando a Cherniakovski por su éxito en los ejercicios, le dijo:

—¿Cómo vería ustd si le recomendáramos para el ascenso?

—¿De qué ascenso puede hablarse? —se asombró Cherniakovski—. No me siento mal como jefe de regimiento...

Pero, al despedirse de Alexéiev, Cherniakovski captó en su mirada algo no expresado y comprendió que quizás tendría que desplazarse a un nuevo lugar de servicio.

Con todas sus dificultades e inquietudes los ejercicios tocaban a su fin. Los jefes de los batallones informaron a Cherniakovski que sus unidades estaban listas para emprender la marcha hacia su acuartelamiento. Despidiéndose de los jefes de los batallones, Iván Danílovich subió al coche y se dirigió a su casa. Después de los ejercicios de campaña ansiaba la comodidad hogareña, tomar en brazos a su hijito Oleg, de dos años... Pero, recordando que su familia aún no había llegado de Kíev y que en su apartamento nadie le esperaba, se entristeció. Trató de distraerse, pero le bullían en la cabeza los pensamientos sobre el nuevo destino: «Si el mando superior ha resuelto trasladarme, me da igual, negarme será difícil».

Lo primero que vio, al entrar en su apartamento, fue la mesa puesta como en los días de fiesta. «¿Quién se habrá preocupado de esto?» Y apenas abrió la puerta de la segunda habitación cuando cayó en los brazos de su esposa e hija, escondidas allí. Faltaba solamente el pequeño Oleg, que habían dejado con la abuela en Kíev.

Con la llegada de la familia, Iván Daníĺovich se sintió en el acto confortado y más tranquilo.

En las pruebas de inspección, el regimiento de carros de Cherniakovski ocupó el primer puesto en la región militar. A Iván Daníĺovich se le ascendió antes del plazo reglamentario a teniente coronel.

Durante el invierno del año cuarenta, los pensamientos de Iván Daníĺovich se concentraban en las operaciones militares llevadas a cabo en la frontera con Finlandia. Recibió una carta de Vladímir Kashuba, su amigo de academia, que le escribía desde el frente. Le comunicaba los éxitos de armas de sus compañeros de curso y de lo cobarde que había resultado Davidovski, el mismo que con tanto calor abogaba por que se expulsara del Partido a Cherniakovski. Le relató brevemente que había sido herido de gravedad y que le habían amputado una pierna, al final de la carta le recordaba también de pasada que era Héroe de la Unión Soviética y mayor general.

La carta de Kashuba emocionó a Cherniakovski. Quería que le destinarán cuanto antes al ejército de operaciones, para poder justificar en el campo de batalla el alto título de comunista, analizar en una situación de combate las particularidades del empleo de los tanques en condiciones de invierno. Escribió una solicitud al comisario del Pueblo de la Defensa, pidiéndole que le enviaran al ejército de operaciones.

Empezó una larga espera. A la sazón, el mando del Ejército Rojo recibía millares de solicitudes semejantes. Cherniakovski recibió la respuesta después de que el Ejército Rojo obligase a los finlandeses a firmar el tratado de paz.

En agosto de 1940 Iván Daníĺovich fue destinado como adjunto del jefe de la 2.ª División de Tanques, que mandaba en aquella época el mayor general Krivoshein, antiguo jefe de la 8.ª Briga-

da Mecanizada, compañero de servicio y camarada de Cherniakovski.

También en esta ocasión Iván Daniílovich decidió marchar solo al nuevo destino.

—¿De nuevo nos abandonas? —preguntó con tristeza Anastasia Grigórievna.

—Tásienka, deberías alegrarte de que a tu marido le hagan objeto de tal confianza —intentó consolarla.

—Lo comprendo, Vania, pero nuevamente Nílochka tendrá que cambiar de escuela. Hay que pensar en los hijos.

—Hay que pensar. Pero en la guerra, también.

—Por el momento parece que no se prevé una guerra, se ha firmado el tratado de paz con los finlandeses.

—El tratado de paz es el tratado de paz, pero detrás de los finlandeses está la Alemania fascista. Hitler firmó también con nosotros un pacto y una semana después atacó a Polonia, se acercó a nuestras fronteras. No te olvides de que la Segunda Guerra Mundial ya ha comenzado. ¿La podremos evitar? Lo dudo. Tú eres la esposa de un jefe militar y, por consiguiente, debes comprender todo...

Cuanto más ascendía Cherniakovski por el escalafón de servicio, tanto más exigente era para consigo mismo. Se esforzaba por perfeccionar sus conocimientos, de forma que correspondieran a su nuevo cargo. Día tras día crecía su prestigio. Su clarividencia como jefe consolidado y la modestia de un verdadero comunista le sugirieron la conclusión justa de que los éxitos logrados en el regimiento no se debían solamente a sus esfuerzos personales, sino también al trabajo colosal de las organizaciones del Partido y del Komsomol de toda la unidad.

El mando de la región militar consideraba a Cherniakovski como un importante especialista y un hábil organizador de la preparación combativa en las tropas blindadas y le dispensaba una alta confianza. No sirvió mucho tiempo como adjunto del jefe de la 2.ª División de Carros. El informe, firmado por el general Krivoshein, fue la causa de ello: «... con iniciativa, trabajador, por sus conocimientos y experiencia merece que se le promueva al puesto

de jefe de una división de tanques y se le adjudique antes del plazo el grado de coronel».

En marzo de 1941, al teniente coronel Cherniakovski le nombraron jefe de la 28.ª División de Tanques, aún no formada, de la Región Militar Especial del Báltico. Otra vez tuvo que despedirse Iván Daniílovich de su esposa y de sus hijos. En esta ocasión, el tren le llevó a Riga. Una vez en el lugar de destino se puso en el acto a formar la división. Comenzó por seleccionar y distribuir los cuadros de mando. Habló en persona con cada jefe y trabajador político. Sin conocer los puntos fuertes y débiles de los cuadros de mando, Cherniakovski no concebía que se pudiesen dirigir acertadamente las unidades de la división.

A insistencia de Cherniakovski, el estado mayor de la división lo encabezó el teniente coronel P. Markélov, graduado en la Academia Militar Frunze y en la Academia del Estado Mayor General. Cherniakovski logró que se nombrara jefe de la Sección de Operaciones al capitán A. Pashkov, que también había salido de la Academia Frunze. El jefe de la división estaba orgulloso con los oficiales de operaciones de su estado mayor. No era poca la importancia que concedía a encontrar un buen ayudante para él. Éste ejecuta misiones de importancia especial para el jefe, transmite sus órdenes en el campo de batalla; debe ser un oficial audaz, conocedor de la milicia, un ejemplo de pundonor y conciencia para con el servicio.

Comprobando el proceso de la preparación combativa en los cursillos de mandos de la reserva, Cherniakovski se fijó en el alférez Komarov, enérgico y de voluntad firme, adjunto del jefe de los cursillos de instrucción. Modesto, siempre sereno y circunspecto, el alférez producía buena impresión. «Un camarada con cabeza» —decidió Iván Danílovich. Al poco tiempo se encontró a Alexéi Komarov en la Casa del Ejército Rojo.

—Camarada alférez —le dijo sin rodeos—, quiero ofrecerle el puesto de ayudante del jefe de la división. ¿Qué le parece?

La propuesta cogió desprevenido a Komarov. No contestó en el momento. Lo pensó un poco y dijo:

—Desconozco el carácter de dicho servicio... Permítame seguir en el cargo anterior.

—No importa, aprenderá —respondió el jefe de la división—. Yo tampoco fui nunca jefe de división y ya ve usted, me designaron y trabajo. El cargo de ayudante, aunque honroso, es también difícil. Recuerde la historia. Todos conocemos a ayudantes como Denísov y Alférov. Por cierto, que Alférov también se llamaba Alexéi, como usted. ¿Qué, estamos de acuerdo?

Komarov accedió.

* * *

El fuego de la Segunda Guerra Mundial seguía extendiéndose. Los periódicos comunicaban con más frecuencia noticias alarmantes; las tropas alemanas fueron llevadas a Bulgaria, irrumpieron en Yugoslavia, atacaron a Grecia. Iván Danílovich comprendía la responsabilidad que en aquellas circunstancias recaía sobre él. Una división de tanques no es un regimiento, ni una brigada. Es una gran unidad que incluye dos regimientos de tanques, uno de infantería motorizada, otro de artillería, amén de otras unidades. La 28.ª División de Tanques tenía más de 200 tanques y 100 vehículos blindados. No era fácil mandar esta fuerza, pero Cherniakovski trabajaba con entusiasmo. Encontraba tiempo para recorrer las compañías y los batallones, conversar con los soldados, entrando en detalles en todos los aspectos de su vida. Como siempre, Iván Danílovich aspiraba a ser un ejemplo: era certero disparando con la ametralladora y con el cañón del tanque, conducía magníficamente las máquinas de combate. Dedicaba particular atención a la educación de los mandos, esforzándose por desarrollar en todos el espíritu de iniciativa, decisión y audacia. Su gran preocupación era la preparación política de los soldados y de los jefes, inculcarles consciencia y, en esta tarea, como en otras muchas, utilizaba la ayuda de las organizaciones del Partido y del Komsomol.

Cherniakovski recordaba la primera conferencia política de la división, celebrada en mayo de 1941. ¡Y cómo no lo recordaría cuando se celebró en el umbral de la guerra! Se discutieron los problemas de educar el sentido de disposición permanente, acerca del temple ideológico, sobre el aumento de la maestría combativa.

El mando de la región militar hizo una alta evaluación de la actividad de Cherniakovski como jefe de la división de tanques. En los primeros días de abril a Iván Daníolovich se le ascendió con antelación a coronel.

A últimos de mayo, al mando de la 28.ª División de Tanques y a su jefe de estado mayor los llamaron para participar en los ejercicios de estados mayores.

...El automóvil de Cherniakovski se detuvo frente al portal del enorme y bonito edificio del Estado Mayor de la Región Militar, en el centro de Riga. Por los escalones de mármol de una ancha escalinata Cherniakovski y su jefe de estado mayor ascendieron al salón de conferencias, donde ya estaban los mandos de las grandes unidades que participaban en los ejercicios.

El coronel general F. Kuznetsov, jefe de la Región Militar Especial del Báltico, comunicó a los reunidos que tenían por tarea elaborar los métodos del empleo de los cuerpos mecanizados en cooperación con los ejércitos interarmas de la región militar en operaciones de guerra contemporánea. La situación era real: el 8.º Ejército, mandado por el mayor general P. Sobiénnikov, actuaría en su zona desde Yemel (Klaipeda) hasta Yurbarkas, colaborando con el XII Cuerpo Mecanizado del mayor general N. Shestopálov; el 11.º Ejército, bajo el mando del teniente general V. Morózov, actuaría también en los límites de su zona de despliegue, desde Yurbarkas hasta Vilnius incluido, en cooperación con el III Cuerpo Mecanizado del mayor general A. Kurkin; el 27.º Ejército del mayor general N. Berzarin —segundo escalón de la región militar— que se encontraba aún en fase de formación, elaboraba el tema *Introducción a la batalla del segundo escalón del frente.*

El coronel general F. Kuznetsov escuchó las consideraciones de los jefes de los ejércitos y de los cuerpos, que prepararon sus propuestas para llevar a cabo la operación. Después, se concedió la palabra a Cherniakovski.

Informó de manera concisa y concreta.

—Camarada coronel —preguntó el comandante en jefe— ¿podría usted, en el papel de jefe de ejército, comunicarnos sus consi-

deraciones acerca del empleo del cuerpo mecanizado en la operación ofensiva llevada a cabo en un Frente?

—Puedo, camarada general.

—Informe.

—Es sabido —comenzó Iván Daniílovich— que en Alemania ya se ha aplicado con éxito nuestra teoría militar, elaborada y comprobada en las maniobras y ejercicios experimentales. Esta teoría prevé la cooperación de las tropas mecanizadas y de tanques con las grandes unidades de infantería, artillería y aviación. Con la particularidad de que se planifica un elevado ritmo de ofensiva. El éxito operativo se transforma en estratégico con la introducción en la ruptura de una potente agrupación de tanques y lanzando a retaguardia del enemigo tropas aerotransportadas. De aquí que el fraccionamiento del cuerpo mecanizado y la nueva subordinación de las divisiones de tanques a los cuerpos de infantería, como han propuesto algunos camaradas, me parece inconveniente.

Escuchaban a Cherniakovski con suma atención. En la sala reinaba el silencio más absoluto. Iván Daniílovich continuó:

—En el Oeste, el Ejército alemán llevó a la práctica, el verano pasado, nuestros postulados teórico-militares, lanzando sus grupos acorazados sobre Sedán y luego contra Cambrai. También logró el éxito estratégico perforando previamente las líneas defensivas franco-belgas. En esa batalla, los alemanes chocaron con los tanques de los ingleses y de los franceses. Estos fueron derrotados porque no supieron emplear los carros en masa, tenían una débil dirección de las grandes unidades blindadas y no estaban debidamente protegidos desde el aire.

Las tesis teórico-militares de las que habló Cherniakovski fueron elaboradas y comprobadas durante los supuestos tácticos y las maniobras de las tropas en los años 1935-1936, bajo la dirección de los mariscales de la Unión Soviética M. Tukhachevski y A. Egórov, el jefe de ejército I. Yakir y otros jefes militares de talento. Sin embargo, estas tesis no fueron suficientemente plasmadas a la sazón en la Unión Soviética. En el año 1938 fueron disueltos los cuerpos mecanizados y sólo en 1940 comenzamos a crear de nuevo estas grandes unidades mecanizadas.

—Es natural que se imponga la pregunta —siguió diciendo Cherniakovski— de por qué nuestra teoría militar, ahora verificada en los campos de batalla del Oeste, no la podemos utilizar nosotros mismos, sometiéndola, por supuesto, a un análisis crítico, no olvidándonos de prestar atención a los problemas de la dirección y a cómo asegurar la entrada en la batalla del cuerpo mecanizado...

En su informe, el joven jefe de división promovió una serie de ideas originales, no sólo acerca de la utilización en el combate del cuerpo mecanizado, sino que también tocó otros problemas. Cherniakovski hizo hincapié especial en que las insuficiencias en el sistema de dirección de las tropas podían tener consecuencias nefastas. Estimaba que el mal principal era el gran alejamiento de los puntos de dirección de las tropas y que el alcance de las radios de las unidades mecanizadas medias y grandes era menor que el campo de acción de éstas. Llamó la atención también sobre lo difícil que era conducir a la batalla al cuerpo mecanizado sin suficientes medios de protección antiaéreos y de aviación. Iván Danílovich criticó asimismo la apreciación simplista del enemigo. Argumentó la posibilidad de que el probable adversario pudiera hacerse temporalmente con el dominio en el aire.

En su resumen, el jefe de la región militar aprobó lo dicho por el coronel Cherniakovski, cosa que no sorprendió a nadie, pues los mandos de la región militar ya antes habían escuchado intervenciones interesantes del jefe de la 28.ª División de Tanques acerca del empleo de las tropas acorazadas en el combate contemporáneo. La opinión general era que, indudablemente, este jefe poseía conocimientos profundos y sabía ver lo nuevo en la cuestión militar.

Cuando acabaron los ejercicios de jefes de estado mayor, el jefe de la región militar preguntó a Cherniakovski:

—¿Cómo le parece que marchan las cosas en su división?

—Camarada general, la preparación combativa de la división, teniendo en cuenta que se ha formado recientemente, se puede considerar satisfactoria. Sin embargo, me asaltan algunas dudas. Permítame realizar una alarma de combate. Entonces tendré muchas cosas claras.

—Perfectamente. Quizás sea preciso. Se lo permito —dijo el de la región militar.

...La alarma inesperada, realizada por Cherniakovski en la división, esclareció muchas cosas. Resultó que habían envejecido las listas de aviso a los mandos de la dirección divisionaria. Algunos soldados designados para avisar a los mandos, fueron relevados y en su lugar nadie había sido designado. Resultado de todo esto fue que algunos jefes de los servicios divisionarios y mandos no fueron avisados y no se presentaron en sus puestos al toque de alarma.

No era mejor el orden en las unidades. Cada regimiento trataba de municionarse en los depósitos divisionarios antes que otros, cuando sólo se podía salir del recinto de los almacenes por una sola puerta. Los accsoso quedaron bloqueados. Los camiones esperaban ser cargados con municiones, mientras que los encargados de los polvorines no estaban en sus puestos. Como consecuencia de ello los regimientos no se ajustaron a los plazos designados.

A partir de la alarma, Iván Danílovich sacó las conclusiones oportunas. En las unidades pequeñas y medias se elaboraron con todo detalle las obligaciones de los mandos y de los soldados en la alarma de combate.

Después, Cherniakovski decidió comprobar otro elemento importante de la preparación combativa de la división: el sistema de dirección de las unidades pequeñas y medias. Para ello realizó un ejercicio por radio.

Las planas mayores de los batallones y de los regimientos y el estado mayor de la división fueron alertados por la noche. Los intermediarios, agregados a los estados mayores, sacaron a éstos en diferentes direcciones, a zonas de concentración condicionadas. Todos los estados mayores se encontraban a distancias que les permitían comunicarse por radio con las pequeñas unidades, pero sin que ningún estado mayor supiera dónde se encontraba la pequeña unidad con la que se precisaba mantener el enlace.

En este plano, los ejercicios por radio fueron una sorpresa para todos. Con anterioridad se realizaban en las sedes de los estados mayores, donde se encontraban las unidades. Si el jefe no podía enlazar por radio recurría al teléfono. Todo marchaba a la per-

fección, el mando y los subordinados estaban contentos con los resultados de los ejercicios. Pero esta vez, las radios estaban dispuestas de forma que si los jefes carecían de enlace por radio no podían comunicarse por teléfono con las pequeñas unidades, debido a la gran distancia que mediaba entre ellas.

Cherniakovski, que dirigía personalmente los ejercicios, exigió a los jefes de los regimientos que informaran de la situación. Para aquella hora, el jefe del 55.º Regimiento de Tanques sólo había establecido comunicación por radio con un batallón y no pudo informar de la situación de todo el Regimiento. El jefe del 28.º Regimiento Motorizado no enlazó con ningún batallón. Los radiotelegrafistas de este regimiento no estaban preparados para trabajar en condiciones nocturnas, con una gran dispersión de la unidad, razón por la que el jefe del regimiento decidió acercarse más a la línea del frente. Por fin, pudo comunicarse por radio con un batallón. Pero en la plana mayor del batallón no pudieron entender las particularidades del código ni descifrar el radiograma del jefe del regimiento.

Los ejercicios por radio pusieron de relieve muchas insuficiencias en la organización de los enlaces, por lo que el jefe de la división tomó medidas en el acto para subsanar estos defectos.

Realizando diferentes ejercicios, Iván Daníłovich recordaba siempre a los mandos que se precisaba estar permanentemente listos para el combate, les prevenía contra los más ínfimos indicios de negligencia.

«La guerra es inevitable —reflexionaba Cherniakovski, cuando se quedaba a solas con sus pensamientos—. Lo que hace falta es que tengamos tiempo para preparar a las tropas y eliminar los enojosos errores e insuficiencias». Esta intranquilidad no le abandonaba ni un momento. Cherniakovski no sospechaba hasta qué punto estaban justificados sus temores y zozobras.

Desde los primeros días de junio, los mandos se prepararon celosamente para los ejercicios de jefes y de estados mayores previstos. Todos querían corregir lo antes posible sus errores. Un día tras otro esperaban la alarma de entrenamiento pero, inútilmente.

La noche del 17 de junio, la guarnición de Riga descansó,

como todos los habitantes de la ciudad. Especialmente estaban concurridos el centro y la calle de Lenin. En los cines se proyectaba la película *Chapáev*. Junto con sus compañeros de servicio, Cherniakovski vio por segunda vez este filme. Al final de la proyección, Iván Daníłovich, no pudo contenerse, diciendo emocionado al capitán Kótov, su jefe de Información, sentado a su lado:

—¡Está representado tan endiabladamente real que incluso no parece cine!

La conversación prosiguió cuando encendieron las luces en la sala y se dirigían a la salida.

—¡Es una cinta rodada con un gran talento! ¡Cuántos pensamientos engendra! ... —decía admirado Iván Daníłovich.

—Camarada coronel, ¿prestó atención a lo que significa el saber emplear las armas? —compartió también sus impresiones Kótov—. Como un muro compacto avanza con paso firme una avalancha de oficiales blancos. Da la impresión de que barrerán todo lo que encuentren en su camino. Pero la ametralladora de Anka decidió el desenlace de este ataque psicológico... ¿Sabe, camarada coronel?, me encuentro como si hubiera estado en el combate con Chapáev...

—Nuestra generación tampoco nos dejará mal en el momento crucial. No combatiremos peor que los de Chapaev —comentó Cherniakovski—. Los fascistas ya arrastraron al mundo a la guerra. De hecho, también nosotros participamos en ella desde 1936, desde que comenzaron los conflictos en el Extremo Oriente y en España. No solamente se han definido los probables enemigos, sino que los tenemos al pie de nuestras fronteras. No es casual, por lo visto, que Hitler haya concentrado grandes fuerzas en Prusia Oriental. Tengo el presentimiento de que se acerca el choque. Hay que prepararse concienzudamente para él.

—Camarada coronel, pero nosotros nos preparamos, y de qué forma.

—La situación exige aún mayores esfuerzos.

—Despidiéndose, Cherniakovski dio un fuerte apretón de manos al capitán Kótov y agregó—: Temo que nos quede poco tiempo para prepararnos.

Al día siguiente, sobre la base de las directivas del Consejo Militar de la Región Militar Especial del Báltico, el mayor general N. Shestopálov, jefe del XII Cuerpo Mecanizado, dio a las 13.00 horas la siguiente orden: «...Con el recibo de la presente orden, el coronel Cherniakovski pone en disposición de combate todas las unidades en correspondencia con los planes de alarma de combate, pero sin anunciar la propia alarma. Hagan todo el trabajo con rapidez, pero sin ruido, sin pánico y charlatanerías, dispongan de las normas reglamentarias de reservas individuales y sobre ruedas, necesarias para la vida y el combate».

Aunque a la sazón las fuentes oficiales no hacían ninguna clase de alusiones sobre el posible deterioro de las relaciones soviético-germanas, esta orden no fue una sorpresa para Cherniakovski.

En la complicada situación de aquellos días, fueron muchos los que no pudieron orientarse correctamente. Iván Danílovich conocía la concentración de tropas alemanas en la frontera soviético-alemana y tenía noticias de los frecuentes casos de su violación por los aviones de reconocimiento alemanes. Advertía que la tensión era mayor cada día. Por eso, al recibir la orden, impartió en el acto todas las órdenes necesarias. Aquel mismo día, dispuesta plenamente para el combate, la división se desplazó a la nueva zona de concentración.

En la segunda quincena de junio en el Báltico el tiempo era templado. El ambiente estaba saturado de un aroma especial, como sólo tiene lugar a comienzos del verano.

Serpenteando, la cinta grisácea de la asfaltada carretera se perdía en el difuso horizonte.

Las columnas de la 28.ª División de Tanques terminaban la primera etapa de la marcha. No se sentía cansancio, reinaba el ánimo y el entusiasmo. Nadie imaginaba que en tres días la suerte de todos cambiaría bruscamente. No lo sospechaba tampoco el propio Cherniakovski, cuando hacía el resumen de la primera jornada de marcha. Pero en su orden del 19 de junio de 1941, señalaba con toda rigurosidad:

«... Debido a la falta de disciplina de algunos jefes y mandos, la primera etapa de la marcha ha puesto de relieve una serie de in-

suficiencias sustanciales, que en condiciones de combate nos costarán las vidas de nuestros combatientes.

1. El Estado Mayor divisionario no dirigió la preparación de las unidades para la marcha ni durante el transcurso de ésta, no tuvo enlace con ellas hasta las 10.00 horas del 19 de junio. Las unidades fueron abandonadas a su propia suerte. A las 10.00 horas del 19 de junio en el Estado Mayor de la División no existía ningún dato sobre los efectivos de los regimientos.

2. El capitán Kuleshov, jefe de unidad, mostró una extraordinaria falta de disciplina, permitiendo que las pequeñas unidades bajo su mando llegaran 15 minutos más tarde al punto de partida, originando con esta falta de seriedad que la unidad se retrasara en dos horas en su llegada al punto de vivac.

O r d e n o:

1. Por la pésima organización del trabajo del Estado Mayor divisionario, al teniente coronel Markélov, jefe del Estado Mayor de la División le hago una advertencia y le exijo categóricamente que ponga a su aparato en disposición de combate y lo organice debidamente.

Exijo de todos cuantos trabajan en el Estado Mayor que doblen sus esfuerzos y su capacidad de trabajo.

2. Al capitán Kuleshov, por el cumplimiento impreciso de la orden, y por ser la primera vez, le hago una amonestación y le recuerdo que la inexactitud del cumplimiento de la orden es un delito gravísimo, que se castiga con severidad por nuestras leyes.

3. Presentar diariamente los partes de operaciones en el Estado Mayor de la División a las 04.00 y a las 15.00 horas. En el parte de operaciones indicar dónde se encuentran, cuándo y qué hacen las pequeñas unidades, las bajas de personal y las pérdidas de material, y el emplazamiento del puesto de mando».

En esta orden, Cherniakovski se mostraba tal y como era: inflexible, severo y exigente en aras de los intereses de la Patria y, al mismo tiempo, solícito y humano. Encaminaba todos sus esfuer-

zos a subsanar los defectos, a que las tropas a él confiadas perfeccionaran constantemente su disposición combativa. A un jefe militar así no es fácil sorprenderle.

En correspondencia con la decisión del Consejo Militar de la Región Militar Especial del Báltico, el XII Cuerpo Mecanizado pasó a disposición del jefe del 8.º Ejército y, después de dos marchas nocturnas, para la mañana del 20 se concentró: la 28.ª División de Tanques del coronel Cherniakovski, en los bosques situados a veinte kilómetros al norte de Shauliai (sin el 28.º Regimiento de Infantería Motorizada, que fue dejado a disposición del Estado Mayor de la Región Militar en Riga); la 23.ª División de Tanques del coronel T. Orlenko, se situó al oeste de Shauliai; la 202.ª División de Infantería Motorizada del coronel V. Gorbachev, se desplazó al este de Shauliai.

V

LAS PRIMERAS PRUEBAS

El sol naciente iluminaba el cielo sobre los extensos bosques al norte de la ciudad de Shauliai, donde en el segundo escalón del 8.º Ejército se concentraron los regimientos de la 28.ª División de Tanques. Acababan los primeros rayos de resbalar por las copas de los árboles, a las que un vientecillo ligero hacía oscilar, cuando el silencio del bosque se vio de pronto interrumpido por un profundo y pesado ruido. Por momentos se hacía más distinto y ya se podía discernir que era el zumbido de los motores de muchos aviones, que volaban desde el oeste. En el puesto de mando de la división rugió la sirena, anunciando la alarma aérea. A sus primeros sonidos, el coronel Cherniakovski y el teniente coronel Markélov salieron corriendo de las caravanas del estado mayor.

—¿Qué pasa en el aire? —preguntó Iván Danílovich al jefe del estado mayor.

—¡Camarada coronel, no disponemos de ninguna información del estado mayor del cuerpo! —respondió Markélov—. Posiblemente se trata de la ya habitual violación provocadora de la frontera por parte de la aviación alemana.

—Las unidades de la división esperan nuestra orden. ¿Cómo aprecia usted la situación?

—Pero del estado mayor del cuerpo no hay ninguna indicación nueva. Sólo existe la anterior: «No responder a las provocaciones».

Un penetrante rugido les cortó la palabra: los bombarderos enemigos empezaban a picar sobre el bosque cercano.

Todos los regimientos telefoneaban impacientes al jefe de la división.

—Pero, ¿qué podía contestarles él? Cuando se preguntó al estado mayor del cuerpo qué hacer, éste repitió: «Aguarden instrucciones».

Una explosión, otra, otra...

Quedó cortada la comunicación telefónica.

—¿Me permite romper fuego contra el enemigo aéreo? —preguntaban por radio los jefes de los regimientos...

—«¡Tienes que tomar inmediatamente una decisión!» —se dijo a sí mismo Cherniakovski.

Pero aún le costaba trabajo creer que aquello era la guerra. En algún sitio recóndito de su ser, continuaba alentando la débil esperanza de que pudiera ser que se tratase de la provocación de algunos generales fascistas y el conflicto de un momento a otro fuera solucionado.

El aullido de los bombarderos en picado y las incesantes explosiones de las bombas disiparon las últimas esperanzas. Los bombarderos enemigos arrojaban su carga mortífera en la zona del bosque, de donde antes del amanecer los carros de combate del 55.º Regimiento de Tanques y los vehículos de mando de la división se habían cambiado a la zona de reserva.

Por fin cesó el zumbido de los aviones en picado y el tronar de las explosiones de las bombas. Cherniakovski y el alférez Komarov, su ayudante, salieron de la zanja, cavada la víspera junto a la caravana del estado mayor del jefe de la división. Mientras esperaban a los jefes de las unidades, llamados con toda urgencia, siguieron con la vista a los buitres alemanes que se alejaban.

El comandante S. Onischuk, jefe del 55.º Regimiento de Tanques, fue el primero en presentarse.

—¡Camarada coronel, el comandante Onischuk a sus órdenes! —y preguntó—: ¿Camarada coronel, cómo se le ocurrió cambiar de antemano nuestra zona de concentración?

—En el anexo al plan de movilización, camarada comandante,

se dice: «... Prever medidas que aseguren la vigilancia». Por eso le ordené, cuando aún era de noche, trasladarse a la zona de reserva.

—¡Camarada coronel, han llegado todos los jefes de las unidades! —informó al comandante de la división el jefe del estado mayor.

Después de saludar a los jefes, reunidos a la sombra de los árboles, Cherniakovski les anunció su decisión:

—Abran fuego sobre el enemigo aéreo y terrestre por separado. Sigan organizando abrigos defensivos para el personal y el material. Prepárense simultáneamente para emprender la marcha.

Ya por el propio tono con el que fue anunciada la orden, todos comprendieron que se trataba de una auténtica guerra.

Recibidas las disposiciones, los jefes de las unidades se dirigieron presurosos a sus puestos. Cherniakovski se encaminó a la radio, que mantenía enlace con el jefe del cuerpo.

La situación se iba formando distinta a cómo había sido previsto en el plan de movilización para el caso de ataque por parte del probable enemigo. La división, con más de doscientos carros de combate y concentrada en el bosque, no tenía comunicación con el jefe del cuerpo ni con las grandes unidades contiguas. Carecía por completo de información. En aquellas circunstancias, Cherniakovski no podía tomar una decisión acertada, pero tampoco podía permanecer inerte, pues el enemigo ya actuaba.

—Pida que el jefe del cuerpo se ponga al micrófono —ordenó Cherniakovski al radiotelegrafista.

—Camarada coronel, ya lo intenté, el cuerpo no contesta.

—¡Llámele de nuevo! ¡Establezcan inmediatamente el enlace por radio!

—A la orden, establecer...

Pero no era fácil cumplir esta orden.

El radiotelegrafista, aunque tenía experiencia, era la primera vez que tropezaba con aquel ruido y aquel caos en el éter.

Casi cuatro horas estuvieron sin poder establecer enlace con los estados mayores superiores. Sólo hacia las 08.00 horas se recibió el primer radiograma del estado mayor del cuerpo: «Alemania ha atacado a la Unión Soviética, en algunos puntos sus tropas han

profundizado entre 50 y 60 kilómetros. Prepárense para el contragolpe».

A las 12.00 horas el oficial de enlace del cuerpo entregó a Cherniakovski la orden que confirmaba el radiograma, recibido en la división a las 08.00 horas. Se pudo saber que el general N. Shestopálov, jefe del cuerpo, esperando indicaciones del estado mayor del ejército, retardó la orden sobre el paso a la contraofensiva. Caras nos costaron estas horas perdidas... Entonces nadie sabía aún lo mucho que significaba cada minuto en aquel día, cuando por primera vez en la historia militar el enemigo había asestado un golpe anticipado en direcciones escogidas de antemano con tales masas concentradas de aviación y tanques. Para el mediodía la aviación alemana había conseguido inutilizar una parte considerable de nuestros aviones y carros de combate en la frontera occidental y hacerse con el dominio del aire.

Sólo alrededor de las 14.00 horas el jefe del 8.º Ejército, siguiendo las indicaciones del comandante en jefe del Frente Noroeste (con el comienzo de las hostilidades, la Región Militar Especial del Báltico se había reorganizado en una agrupación de Frente), ordenó al XII Cuerpo Mecanizado, en cooperación con el III Cuerpo Mecanizado, aniquilar al enemigo que atacaba en dirección a Shauliai. A su vez, el general Shestopálov ordenó a la 23.ª División de Tanques, en cooperación con el X Cuerpo de Infantería del 8.º Ejército, desde una línea al norte de Shauliai, asestar el golpe en dirección a Plungue; mientras tanto la 28.ª División de Tanques y la 202.ª División de Infantería Motorizada, cooperando con el III Cuerpo Mecanizado, desde la línea Varnai-Uzhventis, atacarían desde la mañana del 23 de junio al enemigo que había avanzado en cuña procedente de Taurag.

Durante el 22 de junio, tres veces cambiaron la misión de la división de Cherniakovski. Dos veces se desplegó para el contraataque y otras tantas se anuló la orden. El XII Cuerpo Mecanizado, formado por dos divisiones de tanques y una de infantería motorizada, mantenía un frente de sesenta kilómetros; el dominio del enemigo en el aire impedía concentrar las fuerzas del cuerpo para asestar un contragolpe masivo de tanques. Además, la 23.ª Divi-

sión de Tanques había pasado a estar subordinada al jefe del X Cuerpo de Infantería. Luego, corrigieron este error, y la división pasó a depender del general Shestopálov. Pero la hora de la ofensiva se cambió varias veces y la división comenzó a moverse hacia las posiciones de partida para el ataque tan sólo a las 13.00 horas del día siguiente. La división de Cherniakovski pudo realizar una marcha de cincuenta kilómetros y a las 10.00 horas ocupaba ya la posición de partida para el ataque. Sin embargo, debido al retraso de la 23.ª División de Tanques, falló el golpe masivo del cuerpo contra el enemigo.

Aunque tardíamente, las grandes unidades del XII y el III Cuerpos Mecanizados asestaron el contragolpe. Merced al heroísmo en masa de los tanquistas, se consiguió detener el avance del enemigo en dirección a Shauliai. Sin embargo, la misión de derrotar a las fuerzas blindadas enemigas irrumpidas en cuña no fue cumplida, el contragolpe por ejes convergentes se realizó a destiempo, los tanques llegaron a la batalla por partes. También se reflejó que el mando del Frente entregara la dirección de los cuerpos mecanizados a los jefes del 8.° y el 11.° Ejércitos. Valiéndose de ello, el general V. Morózov, jefe del 11.° Ejército, retuvo a la 5.ª División de Tanques mientras que el jefe del 8.° Ejército, general F. Sobénnikov, utilizó a la 23.ª División de Tanques no en la dirección sobre la que se enfilaba el contragolpe, planificado a escala del Frente. Esto tuvo como resultado que de las cuatro divisiones de tanques sólo dos participaron en el contragolpe, y con el agravante de que no estaban abastecidas por completo de combustible.

¿Cómo se desarrollaron los combates en el sector de la 28.ª División de Tanques? Cherniakovski decidió contraatacar al enemigo en la región de Kaltineniai con las fuerzas del 55.° Regimiento de Tanques, desde dos direcciones: quería descargar dos golpes, uno frontal con treinta máquinas, mandadas por el jefe del regimiento, el comandante S.Onishuk, y otro de flanco, con diecisiete tanques, al mando del comandante B. Popov, adjunto del jefe del regimiento.

En un calvero del bosque se formaron las tripulaciones de los diecisiete carros, con sus cascos negros de protección y los nuevos

monos azul marino, ceñidos por lustrosos correajes. Al frente de la formación estaba el comandante Popov. Cuando vio que se acercaba el jefe de la división, le informó de que el grupo estaba listo.

Cherniakovski clavó su mirada llena de esperanza en los ojos de Popov. Sabía mucho de él. En la división todos querían a Popov por su carácter franco y bonachón, por su audacia e ingeniosidad, porque conocía su profesión y porque sabía mandar. Iván Danílovich se acercó a Popov, le abrazó y le dijo en voz baja, pero de forma que le oyera toda la formación:

—Borís Petróvich, te encomiendo una misión de responsabilidad. Tengo la seguridad de que la cumplirás con honor.

—Iván Danílovich, puede usted estar seguro de que justificaremos su confianza. ¡Lucharemos, despreciando a la muerte!

—¡Destruyan al enemigo!

Popov, después de plantear la misión de combate a sus tanquistas, mandó:

—¡Arranquen los motores!

Rugieron éstos, llenando el bosque con su zumbido. La señal rompió la tensa espera:

—¡Adelante!

Maniobrando con habilidad entre los árboles, los tanques abandonaron el abrigo que les brindaba el bosque. Los tanquistas estaban pletóricos de valor y coraje: había comenzado su bautismo de fuego. Pero primero, el grupo de Popov debería ejecutar la maniobra envolvente, pensada por el jefe de la división.

Mientras tanto, los carros del comandante Onischuk ya pudieron atacar frontalmente al enemigo y desde la marcha irrumpieron en su dispositivo, dispersando y aniquilando a casi una compañía de infantería motorizada. «*Achtung, achtung!*» «*Russishe Panzern!*» —se desgañitaban las radios alemanas.

Hasta entonces, Cherniakovski sólo se imaginaba teóricamente al enemigo. Ahora, las tropas adversarias avanzaban al encuentro de las unidades de su división. Atacaban los tanques alemanes que, combatiendo habían atravesado Francia y Polonia, mientras que sus tanquistas iban a su primer combate.

Observando desde su carro de mando, Cherniakovski estable-

ció que contra su división actuaban sus Panzer IV medios, empleados exitosamente por los alemanes en Francia. El jefe de la división sabía que estas máquinas superaban a nuestros carros BT-7 y T-26 por el grosor de su blindaje y por el alcance de sus cañones, que el Panzer IV estaba dotado con un cañón de 75 mm, mientras que nuestros carros ligeros sólo llevaban cañones de 45 mm. Además, a diferencia del tanque alemán, nuestros carros ligeros tenían un motor de gasolina, cosa muy peligrosa, pues si el tanque era alcanzado la tripulación apenas tenía tiempo de saltar de la máquina en llamas. A la superioridad del enemigo en armamento y técnica se precisaba contraponerle la maniobra, nuestra habilidad a la hora de conducir el combate.

Iván Danílovich esperaba impaciente que los tanques de Popov salieran por el flanco y la retaguardia del enemigo. Mientras tanto, los carros del comandante Onischuk ya habían entrado en combate. El enemigo, sin adivinar aún la idea de maniobra de Cherniakovski, no prestaba atención a sus flancos. Adelantó a primera línea los carros medios e incendió dos BT-7 y tres T-26 del grupo de Onischuk.

Cherniakovski percibía cuán importante era empezar bien el combate para seguir actuando con seguridad después. Le gustaba repetir el proverbio: «Quien bien comienza, tiene hecha la mitad de su trabajo». Estuvo muchos años preparándose para vencer al enemigo en el primer combate que contra él librara, a ser activo desde los primeros minutos, a imponer al enemigo su voluntad, a ejecutar la maniobra que él menos esperase. Ahora, de sus decisiones y acciones dependía el desenlace del combate, la suerte de los hombres que cumplen su voluntad, la suerte del material bélico, a él confiado. Se apoderó de Iván Danílovich la impaciencia. «¡Ir a primera línea! ¡Ver todo con mis propios ojos!» —decidió el jefe de la división, y su carro se lanzó adelante.

Los tanques del enemigo abrieron contra el carro del jefe de la división un fuego desordenado, pero intenso. Algunos proyectiles explotaron muy cerca.

Salvó al carro la maestría del mecánico-conductor que, utilizando hábilmente los accidentes del terreno y maniobrando vir-

tuosamente, esquivaba a gran velocidad la puntería del enemigo.

Por el periscopio de la torreta del tanque, Iván Danílovich vio como un Panzer IV alemán, desde una distancia aproximada de ochocientos metros destruyó un BT-7 nuestro, que se inflamó como una antorcha. Girando la torreta, Cherniakovski disparó, pero el proyectil rebotó en el blindaje frontal del tanque alemán. Iván Danílovich se puso furioso: «¡Qué diablos es esto! ¡Desde esta distancia nuestro proyectil no perfora la coraza!»

Como un rayo, el jefe de la división condujo su máquina al encuentro del tanque delantero del enemigo. A la señal de Cherniakovski se lanzaron impetuosos tras él los tanques del comandante Onischuk. Unos cuatrocientos o quinientos metros separaban al jefe de la división del carro alemán.

Iván Danílovich buscaba afanoso en el ocular del alza el tanque enemigo.

—¡Fuego!

El proyectil, disparado por el jefe de la división, hizo impacto en el costado del Panzer IV. El monstruo blindado, que unos momentos atrás parecía invulnerable, empezó a girar sobre sí mismo, como si le hubieran mordido.

—¡Arde! —gritó emocionado Iván Danílovich al mecánico-conductor—. ¿Lo ves, Misha? ¡El fascista arde! Significa que debemos disparar contra los tanques alemanes a menor distancia de la que suponíamos.

—¡Lo veo, camarada coronel! —respondió el mecánico—. ¡Mire, tres pulgadas a la izquierda del lugar, donde arde el tanque alemán! Nuestro 27 ha inutilizado otro.

—¡Bravo, Karlo! —gritó en el micrófono Cherniakovski—. ¡Te felicito!

—¡Camarada 21, nosotros también le felicitamos! —oyó seguidamente en los auriculares la voz del radiotelegrafista del carro número 27, que mandaba el sargento Karlo.

—¡Onischuk, Onischuk, habla el 21! —llamó con su señal Cherniakovski—. Tienes delante a los Panzer IV alemanes. Adáptate bien al terreno, déjalos acercarse a trescientos o cuatrocientos metros y dispara contra sus costados! ¡Contra los costados!

—¡Le he comprendido, paso a cumplirlo! —le llegó como respuesta.

Se oyó en los auriculares la voz del capitán Pashkov, jefe de la Sección de Operaciones de la División:

—¡Camarada 21! Hemos recibido una nueva misión de combate, le esperamos.

Cherniakovski no tuvo otro remedio que ordenar al mecánico-conductor que regresara al puesto de mando y observación (PMO).

En cuanto llegó, preguntó impaciente al capitán Pashkov:

—Informe, ¿qué orden ha recibido?

—Por el momento no hay ninguna nueva orden.

—¿Cómo que no?

—Así es, muy sencillo, no existe tal orden. Usted se olvidó de que es el jefe de la división, encarnando bien el papel de jefe de tanque. De alguna manera había que apartarle a usted de ese papel.

Cherniakovski contuvo su cólera, Pashkov tenía razón y, por eso, Iván Danílovich contestó tranquilo:

—No es que me hubiese olvidado. Pero si yo mismo no hubiera participado ahora en el combate, quizás aún no sabría que para batir sobre seguro a los tanques alemanes hay que hacerlo a distancias menores de las que habíamos calculado en tiempos de paz.

...Mientras tanto, el combate arreciaba. Se confundía en un todo único el chirrido de las orugas, el zumbido de los motores, el tronar de los cañones y el tableteo de las ametralladoras, las continuas explosiones, el humo y el polvo. Los tanques alemanes, y tras ellos la infantería, a pesar de las pérdidas, continuaban el ataque frontal. Cherniakovski tuvo que llevar al combate unos cuantos carros de la reserva, llegados oportunamente. Esperaba lleno de inquietud a que culminara la maniobra ideada. ¿Dónde estaría Popov? Y, de pronto, el bosque situado a retaguardia del enemigo se estremeció por el intenso cañoneo. Por la forma en que aturullándose, intensificaban el fuego los cañones alemanes y cómo uno tras otro callaban, Iván Danílovich comprendió que Popov atacaba. Por fin también la radio del jefe de la división recibió de Popov la noticia de que éste atacaba con éxito al enemigo por la retaguar-

dia. En el acto, Cherniakovski ordenó a Onischuk intensificar su ataque frontal, disponiendo que la artillería divisionaria acallara las baterías del enemigo, que disparaban contra los carros del comandante Popov. La orden fue cumplida. Pero unas cuantas piezas aún intactas del enemigo seguían haciendo fuego concentrado sobre el carro de cabeza, en el que se encontraba Popov. Descubriendo los cañones camuflados, Popov ordenó al mecánico-conductor:

—¡Aplástalos!

Y él mismo, apretando los dientes, captó en la mira de puntería a una de las piezas alemanas. El disparo levantó un surtidor de tierra en el, que revueltos con ella, volaron ruedas y trozos informes. A gran velocidad, el carro de Popov arrolló una pieza. Luego, virando un poco, pudo aun aplastar con las orugas la segunda pieza enemiga. En el visor de tiro, al que estaba pegado Popov, apareció el tercer cañón... Unas figuras grises se afanaban a su lado. ¡Un cañonazo! El tanque se detuvo en seco, como si hubiera chocado con un obstáculo: la pieza alemana pudo hacer el último disparo en el mismo instante en que Popov disparaba sobre ella.

...El carro se incendió. El ultimo en saltar de él fue el comandante Popov, dejándose caer sobre la hierba. Se incorporó, el sol le cegó unos instantes, pero le dio tiempo a ver el campo de combate. Cumpliendo la orden que últimamente había dado por radio, los carros marchaban desplegados en orden de combate. Popov echó mano a la pistola de señales.

Aunque estaba de pie, siguió mandando a sus carros, indicándoles con las bengalas los objetivos más importantes. Desde su puesto de mando avanzado, Cherniakovski vio como los carros del grupo de Popov se lanzaban a aplastar a la artillería enemiga. Pero uno se apartó del grupo, dirigiéndose hacia Popov.

Asomándose un poco, el artillero de torreta del carro gritó:

—¡Pronto, al carro, camarada comandante! ¡Le van a matar!

Popov se guareció en la máquina. Pero muy cerca, en el lindero del bosque, aparecieron ya los fusileros alemanes. Los tanquistas abrieron fuego de ametralladora contra ellos. Y, en ese momento, algo parecido a un martillo de mil kilos, golpeó en el

blindaje. El artillero y el mecánico-conductor murieron en el acto, mientras el comandante Popov resultó herido en el pecho. La cabeza le zumbaba y en los ojos le bailoteaban chispazos. Ocupó el puesto del artillero de la torreta. ¡Un cañonazo, y otro, y otro! ¡El último proyectil! ¡Disparo! Las llamas lamían ya la torreta desde abajo. Popov levantó la tapa de la escotilla superior y salió a duras penas del tanque. Mirando en derredor vio que sus compañeros de armas aplastaban con las orugas a la infantería alemana armada con pistolas ametralladoras, y los aniquilaban con ametralladoras y cañones.

—¡Bravo, muchachos! ¡Dadles lo que merecen!... —las fuerzas abandonaron al comandante. La oscuridad enturbió sus ojos, ya no distinguió a sus tanquistas, que saltaban del carro más cercano y corrían hacia él. Cuando llegaron donde yacía, el comandante ya no respiraba.

Pero el combate no decrecía. Los tanquistas del 55.º Regimiento se vengaron por la muerte de Popov. Junto con sus camaradas del 56.º Regimiento, arrollaron al enemigo, obligando a pasar del ataque a la defensiva, penetrando en cuña en su despliegue a una profundidad de cinco a seis kilómetros. En este combate las unidades de la 28.ª División de Tanques destrozaron catorce carros de combate, veinte piezas y acabaron con muchos soldados del enemigo.

Después del combate, Cherniakovski envió una propuesta al mando para que se concediera post mortem el título de Héroe de la Unión Soviética al comandante Popov. Al poco tiempo, por decreto del Presídium del Soviet Supremo de la URSS del 25 de julio de 1941 se le concedió este título a Borís Petróvich Popov.

Por la mañana, desde su puesto de mando avanzado, Cherniakovski seguía atento a la situación; sabía que, después de sufrir considerables bajas, el enemigo había sido parado, pero que esto no le aplacaría.

—¡Camarada coronel! —le informó el radiotelegrafista—. Los alemanes dicen algo sobre nuestra división.

—Escucha atento, tú estudiaste alemán.

—No comprendo todo lo que hablan. Me parece que piden

ayuda a la aviación, pero que no se la dan. La radio más cercana a nosotros, repite: o nos apoya la aviación o nos destrozan los diablos negros de Chapáev.

—¿El qué? Seguramente habrás confundido todo. ¡Escucha con más atención!

El radiotelegrafista enmudeció, apretando los auriculares con las palmas de las manos. Oyó la voz irritada de un jefe alemán:

—Ustedes se han asustado de un inexistente Chapáev, que sucumbió ya durante la pasada guerra.

—El apellido del jefe de la división de tanques, cuyo número no ha sido establecido, empieza por la letra rusa «¡Ch!» —se oyó como respuesta—. Se sabe que la división procede de Riga...

La voz autoritaria cortó la palabra...

—Cumplan la misión encomendada. Doy un nuevo objetivo a la aviación.

No tardaron los bombarderos alemanes en localizar a las unidades de la 28.ª División y en comenzar a bombardearlas.

—¡Onischuk, despliéguese sin perder un segundo, maniobre, utilice el terreno cubierto! —ordenó por radio Cherniakovski.

—¡A la orden! —contestó en el acto Onischuk—. Pero, ¿dónde está la protección aérea?

—Aguanten, ahora vendrá nuestra aviación.

Y los aviones acudieron. Los tanquistas se volvieron locos de júbilo. Dos cazas nuestros I-16 atacaron por la cola a los bombarderos enemigos y éstos huyeron. De pronto, desde arriba, saliendo de las nubes, emergió un Messerschmitt y atacó a uno de nuestros cazas. A los ojos de los tanquistas un trazo ígneo atravesó al aparato que, envuelto en humo, comenzó a caer. El avión derribado incendió un trigal. El humo velaba la vista. Con el corazón transido, Cherniakovski vio como el segundo caza nuestro, menos veloz que el enemigo, también fue incendiado por el fascista. Pero el rostro de Cherniakovski siguió exteriormente impasible. Sólo frunció más el entrecejo.

—Pero ¿qué es esto? ¡No sólo arden nuestros tanques, sino que también los aviones se inflaman como la yesca! —dijo un hombre que se encontraba a su lado.

Cherniakovski quiso replicar, pero optó por callar.

Otro cualquiera podía ignorarlo, pero él, jefe de una división de tanques, sabía que teníamos nuevos tanques T-34 y KV, los mejores del mundo. Estas máquinas estaban dotadas con motores más potentes, cañones de mayor calibre y un blindaje más grueso. Según el plan de movilización, uno de los regimientos de la división debería haber sido equipado en julio de 1941 con carros T-34 y KV. Debería haberlo sido, pero no lo fue. Hasta el comienzo de la guerra, el Ejército Rojo no pudo recibir cerca de 1.300 nuevos tanques T-34 y unos 50 KV. No era mejor el cuadro que presentaba la aviación. El número de cazas novísimos Yak y Mig no pasaba de los dos mil y el de bombarderos en picado era de unos quinientos. En cambio, el Ejército alemán casi doblaba el número de tanques modernos y triplicaba el de aviones. Para nosotros era importante demorar el comienzo de la guerra, para reequipar las Fuerzas Armadas del país, pero no lo logramos.

* * *

La maniobra ideada por Cherniakovski fue llevada a cabo. A pesar de que se encontraron en condiciones difíciles, las unidades de la división no sólo detuvieron al enemigo, sino que también le contraatacaron y entraron en cuña en su despliegue. Sin embargo, el éxito alcanzado por Onischuk y Popov, no pudo ser afianzado. Para ello faltaron fuerzas. La víspera, a pesar de que Cherniakovski pidió no hacerlo, a la división le fue retirado el 28.º Regimiento de Infantería Motorizada, originando que los tanques tuvieran que actuar sin apoyo de la infantería. También se dejó sentir la falta de cooperación y enlace con la 23.ª División de Tanques, que combatía en el flanco: el enemigo se infiltró en el intersticio entre las dos grandes unidades.

Se precisaba establecer enlace con el vecino. Iván Danílovich encomendó esta misión al capitán Kótov, uno de los exploradores más hábiles y audaces, que debería atravesar con su tanque las posiciones enemigas.

Los hitlerianos, que no esperaban la aparición en su dispositivo del carro soviético, le tomaron al principio por uno suyo. Cuan-

do se apercibieron y rompieron el fuego, Kótov ya se había podido ocultar en la espesura del bosque. Buscó al jefe de la 23.ª División de Tanques y le entregó el plan de actuación de Cherniakovski.

La falta de concisión y de coordinación en el mando de las tropas por parte del XII Cuerpo Mecanizado, se reflejaron también al segundo y tercer días de la guerra.

El general Kuznetsov ordenó que al amanecer del 24 de junio se aniquilara a los tanques y a la infantería del enemigo al norte de Skaudvil. Sin embargo, las divisiones sólo recibieron la orden a las 13.00 horas, teniendo el general Shestopálov que retrasar el ataque para el día siguiente.

Como jefe de división, Iván Danílovich percibía que la retirada había motivado que la dirección de las tropas empeorase en esos días: los centros de dirección estaban en constante movimiento y, con frecuencia, las órdenes a las tropas se daban sin conocer su situación.

El 25 de junio a Cherniakovski se le planteó una nueva misión de combate: en cooperación con las unidades del coronel Orlenko debía derrotar al enemigo al sudoeste de la ciudad de Shauliai. La orden fijaba el comienzo del ataque de la 23.ª División de Tanques para las 04.00 horas, y de la 28.ª División, para las 06.00 horas. Por lo visto, el mando no estaba enterado de que la 23.ª División se encontraba dos veces más lejos del objetivo de ataque que la división de Cherniakovski, y no podía llegar a la posición de partida a la hora indicada. Pero la orden debe ser cumplida sin la menor objeción. La 28.ª División avanzó hacia el enemigo, protegiendo su flanco descubierto sólo con siete carros, mandados por el teniente Litvinenko.

En la dirección principal, el jefe de la división desplegó el regimiento de carros del comandante Onischuk. El enemigo no resistió el impetuoso ataque de los tanquistas y comenzó a replegarse. Para explotar el éxito, Iván Danílovich envió al combate al 56.º Regimiento de Tanques. El comandante N. Guerkó, el enérgico jefe de este regimiento, saltando a través de la barrera de fuego del enemigo, condujo impetuoso sus máquinas en dirección oeste. Sin embargo, aprovechando los flancos no protegidos por el retraso de

la división de Orlenko, el enemigo lanzó todas sus fuerzas sobre la división de Cherniakovski.

En este combate los tanquistas tuvieron muchas dificultades. Realizando una reagrupación parcial, el jefe de la división ordenó al jefe del 56.º Regimiento de Tanques, con un impetuoso ataque al flanco, aniquilar la artillería adversaria, que hacía un fuego mortífero contra los atacantes desde la cresta de una cota dominante sobre la carretera.

El comandante Guerkó, que se encontraba en el carro del primer teniente Nikítchenko, dirigía el grueso del regimiento. Tras él, desplegados en orden de combate, iban los tanques del primer teniente Guróvich, jefe del estado mayor del regimiento, y el del capitán Alexéiev, jefe del batallón. El enemigo batía todos los accesos a la cota con fuego preciso. Nuestros carros, maniobrando, avanzaban por el lindero del bosque incendiado. Bajo la tormenta de fuego enemiga, algunos carros del capitán Alexéiev pudieron llegar a la cota, aplastando con sus orugas a tres cañones contracarro y sus servidores. Sin aminorar el ritmo de progresión, el batallón de Alexéiev continuó el ataque. El camino de los tanquistas lo cruzaba una carretera, por la que marchaba una columna de motociclistas alemanes. El carro de Alexéiev se incrustó a toda velocidad en la columna. El tanque del primer teniente Bérdnikov, situado a su izquierda, ametrallaba a los alemanes que corrían en todas direcciones presa de pánico. Sólo unos pocos consiguieron salvarse.

El carro del jefe del batallón, y tras él los restantes, salieron por el flanco a otra cota, contigua a la que se encontraban las posiciones de los artilleros alemanes. También aquí, atolondrados por el inesperado ataque, los germanos comenzaron a dispersarse. Muchos cayeron bajo las orugas y las ráfagas de ametralladora de los tanquistas de Alexéiev.

Al otro lado de la cota, en un ralo bosquecillo de abedules, se divisaba una colonia veraniega. Sobre una de las villas ondeaba la bandera con la esvástica.

—¡Vamos allá! — ordenó el jefe del batallón, señalando con la cabeza la casa con la bandera.

Kirilov, el mecánico-conductor de su carro, lanzado a toda velocidad, se dirigió a embestir la casa donde, por lo visto, se alojaba el puesto de mando alemán. Un choque. El crujido de los troncos partidos, y la casa se derrumbó como si fuera de naipes. Los alemanes que lograron salir de ella corrieron en todas direcciones, sucumbiendo la mayoría de ellos bajo el fuego de las ametralladoras del carro.

Durante este combate, Cherniakovski no abandonó su puesto de mando avanzado. Divisaba todo el campo de batalla, señalando por radio a los carros los objetivos de ataque de la división, según el plan trazado de antemano. Sin embargo, este plan no le maniataba cuando en el curso del combate había que hacer modificaciones.

—¡Guerkó! —radiaba Cherniakovski al jefe del 56.º Regimiento—. ¿A dónde miras? Tu Alexéiev está bloqueado junto a una casita, mientras que en su flanco derecho ha aparecido una columna de infantería motorizada fascista. Que la ataque ahora mismo...

—¡A la orden! —respondió Guerkó, y añadió— Alexéiev, no está bloqueado, sino que está acabando con el puesto de mando alemán.

Sin perder momento, Cherniakovski ordenó a los artilleros divisionarios abrir fuego sobre la columna alemana, al objeto de apoyar a los tanques del capitán Alexéiev.

Las pequeñas unidades del comandante Guerkó, apoyadas por el fuego de la artillería, atacaron raudas a la columna enemiga. De pronto, el carro del comandante Guerkó quedó envuelto por el humo y las llamas Alexéiev, que había llegado al sitio, cubrió con su máquina el carro del jefe del regimiento. Aprovechando esta oportunidad, Guerkó hizo salir a la tripulación, saltando el último del tanque incendiado. Asfixiándose por el humo y apagando su ropa en llamas, sacó la ametralladora del tanque. Por segunda vez en este combate el valeroso comandante tuvo que abandonar un tanque ardiendo.

Aunque estaba herido, Guerkó siguió dirigiendo el combate. Durante cierto tiempo se perdió el enlace con él. Cherniakovski

envió inmediatamente a su disposición un carro con radio y la comunicación se restableció.

* * *

Durante todos estos días la división combatió duramente, rechazando el empuje del enemigo, tres o cuatro veces superior en fuerzas. Pasaba repetidamente al contraataque, asestando a los fascistas golpes sensibles, sembrando en sus filas el desconcierto y el pánico.

Los tanquistas luchaban temerariamente, a menudo con los flancos descubiertos, casi sin protección aérea. Perdieron a muchos compañeros de armas y pasaron varios días sin dormir. Sin comida y con pocas municiones, contenían a los alemanes que, enloquecidos, irrumpían en nuestro territorio.

En uno de los combates, los estados mayores de la división y del 55.º Regimiento fueron cercados. Como no podían esperar ayuda de nadie, el jefe de la división asumió la responsabilidad, utilizando al Batallón de Exploración sin tener en cuenta su función especial. El riesgo se justificaba porque las acciones combativas de los exploradores eran apoyadas por la artillería y se basaban en la sorpresa.

El jefe del Batallón de Exploración, comandante K. Shveikin, rompió el cerco con un ataque inesperado y salvó a los estados mayores.

Cherniakovski aspiraba siempre a tener una reserva, por pequeña que fuera. Y en esta ocasión, previendo que la situación se complicaría aún más, aunque a regañadientes, retiró del combate a una compañía de carros del 56.º Regimiento, a pesar de que el propio comandante Guerkó le pedía refuerzos. La reserva fue creada, pero aún no la tenía en sus manos el comandante de la división. Entre tanto, la situación de la división empeoraba por minutos. Ahora la amenaza de cerco se cernía sobre el 55.º Regimiento de Tanques. Cherniakovski ordenó al radiotelegrafista:

—¡Que se ponga al aparato el jefe del 55.º Regimiento!

—Estoy herido. Sigo combatiendo en el cerco —escuchó la le-

jana voz del comandante Onischuk—. Mis coordenadas son: calvero en el bosque, quinientos metros al oeste de la casa del guardabosques.

—¡Onischuk, habla el veintiuno, espera ayuda! —gritó el jefe de la división.

Pero ya no hubo respuesta, se cortó la radiocomunicación.

—¡Bueno, Misha, me parece que también nos ha llegado el momento! ¡Arranca!... —mandó Cherniakovski al mecánico—. ¡Adelante, hacia la casa del guardabosques!

Cherniakovski se lanzó al ataque con tres carros. A su encuentro venía otro tanque suyo. Resultó ser el BT-7 del jefe del 3.er Batallón del 55.º Regimiento de Tanques.

—¿Dónde va tan de prisa, camarada jefe de batallón? —preguntó Cherniakovski, levantando un poco la tapa de la escotilla.

—A por municiones, camarada coronel.

Iván Danílovich revisó el carro del jefe del batallón, encontrando en él treinta y cinco proyectiles.

—¿Por qué abandonó el combate? —preguntó Cherniakovski con el ceño fruncido.

El jefe del batallón no respondió.

—¡Vuelva inmediatamente al combate! —ordenó Cherniakovski—. Lave usted su culpa bajo el fuego.

Éste fue el único intento de abandonar el campo de batalla. Los jefes, los instructores políticos y todos los tanquistas de la división lucharon con destreza y coraje.

Entre las muchas proezas realizadas por los hombres de Cherniakovski en esta jornada se destacó especialmente una. Un proyectil enemigo acertó en el costado derecho del carro del comandante Onischuk, averiando el tren de rodaje. Herido gravemente, Onischuk perdió el conocimiento. Al volver en sí, ordenó:

—¡Tripulación, escuchen mi orden, abandonen todos el tanque!

—¡No le vamos a dejar! —dijo el mecánico komsomol Karpenko, siendo apoyado por el resto de la dotación.

Mientras tanto, cinco tanques alemanes pintados de azul oscuro, con cruces en el blindaje empezaron a rodear al tanque so-

viético inutilizado, solitario en el calvero. Éste no daba señales vida y los hitlerianos se acercaron a él más atrevidos. Dejando aproximarse a los alemanes a doscientos metros, el carro de Onischuk rompió súbitamente el fuego. Disparó los últimos cuatro proyectiles que le quedaban. Dos tanques enemigos quedaron ardiendo en medio del centeno, pero los otros tres se echaron encima. Los alemanes se convencieron, por lo visto, de que los tanquistas soviéticos habían agotado ya las municiones.

Ya se oía el pateo de las botas herradas por el blindaje, golpes sonoros sobre la torreta, voces entrecortadas en alemán.

—¡*Russisch*, *russisch*, entregaros!

Como respuesta se oyó una canción.

Los alemanes pegaron fuego al tanque.

—¿Qué tal? ¿Se entregan los rusos? —preguntaron a los suyos por radio desde el puesto de mando alemán.

—No —respondió el oficial que mandaba los tanques—. Cantan *La Internacional*...

El humo invadió el compartimiento de combate. Cada vez era más difícil respirar. Llegaron los últimos minutos de vida...

Cuatro carros, mandados por Cherniakovski marchaban a toda velocidad hacia la casita del guardabosques. Iván Danílovich llamaba por radio a Onischuk.

—¡No contesta nadie! —informó el radiotelegrafista.

—Hemos llegado tarde... —dijo con dolor Cherniakovski.

Ante sus miradas tenían la casa del guardabosques, el calvero y en el campo de centeno, un carro de combate inmóvil, ennegrecido por el hollín. En el calvero ya no estaban los tanques alemanes.

Los cuatro carros, y otros que llegaron tras ellos, se detuvieron en el borde del calvero. Iván Danílovich se dirigió a los tanquistas del 55.º Regimiento:

—Aquí sucumbió vuestro jefe. ¡Venguémosle!

Desde la radio divisionaria se transmitió a los restantes carros del regimiento la orden del jefe de la división: aniquilar al enemigo que tenemos enfrente y restablecer la situación inicial. Los combatientes del 55.º Regimiento no esperaban que los condujera al combate el propio coronel Cherniakovski. Se lanzaron

adelante entusiasmados tras su jefe de división. Con fuego certero arrasaban a los alemanes. El enemigo fue parado con un contraataque resuelto.

Cherniakovski nombró jefe del 55.º Regimiento de Tanques al capitán Dánchenko, comisario del estado mayor de la división, y regresó a su pusto de mando.

En aquellos días de zozobra Radio Moscú comunicaba que al sudoeste de Shauliai durante dos días se combatía con éxito alterno. Eran combates encarnizados en los que por ambos bandos participaban millares de hombres y centenares de tanques. Los hombres de Cherniakovski resistían hasta morir. La tierra gemía, el humo ennegrecía el cielo, se fundía el metal... Había momentos en que los empecinados combates llegaban a tal extremo que parecía que el hombre perdía la facultad de razonar, aplastado por el rugir y el chirriar del metal, por el silbido de las bombas, por el estruendo de los proyectiles. El bombardeo y el cañoneo no cesaban durante varias horas. Todo en derredor estaba envuelto en polvo y en humo. Ardían los bosques y los campos. Los rayos del sol no podían abrirse paso a través del humo de los incendios. Cherniakovski, a bordo de su tanque, permanecía en este infierno y continuaba dirigiendo con precisión a las unidades a él subordinadas.

Había momentos en que le parecía que las fuerzas de la división se agotaban, un poco más y podía suceder lo irreparable...

En las cuatro horas que duró el combate del día 25 de junio la división perdió cuarenta y ocho carros y muchos hombres. Las pérdidas totales de esta jornada ascendieron a ochenta y cuatro tanques. Y aunque las bajas del enemigo eran mucho mayores, de todas maneras, no aminoraba su presión. Los hombres de la división luchaban con los flancos al descubierto, separados de la 23.ª División de Tanques. Pero incluso en aquellas condiciones no sólo detuvieron, desgastaron y desangraron al adversario, sino que también protegieron la retirada a líneas más favorables de las divisiones de infantería del 8.º Ejército, que posteriormente cerraron a los alemanes el camino a Leningrado.

A pesar de una serie de errores en la dirección de las tropas por parte del mando del cuerpo y del ejército, la división de Cher-

niakovski mantuvo sus posiciones y detuvo al enemigo. A un precio muy caro... Cayeron muchos tanquistas. De un total de más de doscientas máquinas, al quinto día de guerra quedaban en la división menos de cuarenta.

Al final del quinto día de combates, Cherniakovski y su adjunto para cuestiones políticas, Valeri Antónovich Shaláev, se reunieron en el vehículo de mando para hacer un resumen de la situación.

—¡Iván Danílovich! —comenzó Shaláev—. En mi parte político al Consejo Militar del Frente tendré que dar cuenta del jefe del batallón del 55.º Regimiento que intentó abandonar el campo de batalla.

—Qué le vamos a hacer, el servicio es el servicio. Informe. Solamente que yo estimo que el asunto del jefe del batallón está ya solucionado. Yo le devolví al combate y le obligué a que expiara su culpa.

—Había que haberle arrestado y nombrar otro jefe del batallón.

—Puede ser que esto hubiera sido también justo. Pero en aquellos momentos cada carro tenía para mí un valor inapreciable y yo carecía de tiempo para pensar en lo que estipulan las ordenanzas.

—Pues ahora usted y yo tendremos que responder.

—Si éste es un error mío, yo mismo responderé.

—Pero es que también me exigirán responsabilidad a mí. Yo no estoy en la división como un mero observador, sino que represento al Partido.

—Los dos le representamos... Y yo, además, respondo como jefe.

—Precisamente, acerca de esto quiero hablar... En el cuerpo, por supuesto, conocerán que usted abandonó dos veces el puesto de mando de la división y que en un carro se enzarzó en combate.

—¡Valeri Antónovich! Usted sabe perfectamente que yo debía conducir a los tanquistas al ataque. ¡Debía hacerlo!

—Pero, ¿cómo le parece que refleje todo esto en el parte político?

—Eso es cosa suya. ¿Acaso en los partes está el meollo de la

cuestión? A nosotros nos ha sido confiada una división de tanques e incluso algo más: ¡Tenemos que asegurar la protección y el repliegue a posiciones más favorables de todo un ejército! En eso es en lo que hay que pensar.

—De acuerdo. Pero le ruego que en el futuro...

—Valeri Antónovich, acepto la crítica. Y con esto demos por zanjada la cuestión. Mañana nos aguardan combates no menos intensos, el enlace trabaja mal. En estas condiciones tendremos que descentralizar la dirección de las tropas. Yo me encontraré en la dirección principal con Guerkó, Markélov estará con el 55.º Regimiento, ¿dónde estará usted? Al Batallón de Exploración se le encomienda una tarea de importancia.

—Está bien, yo estaré allí. Mientras usted elabora el plan de combate para mañana, me iré a ver a los hombres, recorreré las pequeñas unidades.

—A las 23.00 horas tengo citados a los jefes de los regimientos y a los jefes de los servicios, le ruego regresar para esa hora.

—Vendré antes. Le deseo éxito.

Las medidas preparatorias tocaban a su fin. El 27 de junio los regimientos de vanguardia de la división de Cherniakovski ocuparon posiciones defensivas en la orilla norte del río Muzha, en la línea de los poblados Vaida y Pamizsh, donde el enemigo emprendió encarnizados ataques con grandes fuerzas de infantería motorizada y tanques. Los alemanes intentaban a toda costa cortar los caminos de repliegue a las grandes unidades del 8.º Ejército para acercarlo.

Cherniakovski utilizaba para la defensa todo lo que se podía contraponer al enemigo. Las tripulaciones que se quedaron sin carros de combate, batían al adversario con las ametralladoras desmontadas de las máquinas inutilizadas. Se empleaban también las armas tomadas a los alemanes.

En el sector donde se encontraba Shaláev se combatía con especial dureza. Un enlace llegó corriendo hasta Shaláev:

—Camarada comisario de batallón, el jefe del Batallón de Exploración esta gravemente herido. En las compañías hay grandes bajas. Los nuestros se repliegan.

—¡Al tanque! —mandó Shaláev a los hombres de su carro.

La máquina arrancó de un tirón, llevando a Shaláev hacia el flanco izquierdo del Batallón de Exploración, donde una granja innominada y el lejano lindero del bosque estaban envueltos en una negra cortina de humo, formada por la infinidad de explosiones de los proyectiles. Desde allí llegaba un estrepitoso tronar, la bóveda celeste parecía vibrar, y el sol poniente, casi rasando las copas de los árboles, oculto por la capa de humo, brillaba con un mortecino disco purpúreo. «Aguantad hasta que se haga de noche. ¡Sólo aguantad!» —martilleaba en el cerebro de Shaláev este pensamiento angustioso, mientras iba asomado por la escotilla superior del carro, lanzado a toda velocidad. Por delante, en un claro entre los árboles, se vieron las siluetas de la gente que huía. Shaláev se fijó mejor: ¡Pero si son los combatientes del Batallón de Exploración!

—¡Córtales el paso! —mandó al mecánico-conductor—. El tanque del comisario, lanzado como una centella a lo largo del borde delantero de la defensa, se detuvo en seco ante los que huían.

—¡Alto! —les gritó Shaláev, al tiempo que saltaba del carro.

—¡Camarada comisario, los alemanes tienen una nube de tanques! —gritó con la respiración entrecortada uno de los soldados rojos, desaliñado, sin cinturón y sin fusil.

—¡Camarada combatiente, basta de difundir el pánico!...

Los combatientes que sólo hacía unos instantes corrían llenos de miedo, se detuvieron.

La mirada del comisario buscó entre ellos a un joven teniente. Le preguntó:

—¿Quién es usted?

—El jefe de una sección... —respondió el teniente con voz ahogada.

—¿Dónde está el subjefe de la sección?

—¡Quedó allí! —y el teniente mostró con el brazo donde seguía tronando el combate.

—¿Él lucha mientras usted huye?

—¡Camarada comisario, la culpa es mía! ...

—¡Cobarde! Le destituyo del cargo. En su lugar estará al

mando el subjefe de la sección. Y el comisario, abarcando con su mirada a los hombres que le rodeaban, ordenó: ¡Seguidme todos, ocupemos la posición abandonada y ni un paso atrás!

Los combatientes cumplieron la orden del comisario. Un nuevo y furioso ataque de los alemanes fue rechazado. El comisario se quedó con los hombres del Batallón de Exploración que, en total, eran veinticuatro. Pero ahora, cada uno luchaba por dos.

Iba cayendo la noche. Todos esperaban que se haría una calma. Pero he aquí que a vanguardia, en el campo ya en sombras, se vislumbraron de nuevo las siluetas de los hitlerianos, avanzando a carreras cortas. Se oyó la voz del comisario:

—¡Prepárense para rechazar el ataque!

Los alemanes pusieron otra vez en juego los tanques. Tres máquinas de azul oscuro con cruces en su coraza, vomitando fuego por todos los cañones y ametralladoras, se aproximaban más y más a las trincheras.

Aguardando el momento preciso, Shaláev lanzó el primero un proyectil anticarro. El monstruo de acero quedó inmovilizado. Entre tanto, los otros dos carros seguían adelante.

El ejemplo del comisario lo siguieron los demás combatientes: volaban las bombas de mano sobre los tanques. Ambos carros alemanes quedaron clavados, envueltos en llamas. Privada del apoyo de los tanques, la infantería germana retrocedió. El ataque enemigo se extinguió.

Los alemanes no pudieron tomar las posiciones que defendían los exploradores, encabezados por el comisario. Esto permitió que el grueso de la división pudiera salir del cerco en el que casi estaba encerrado.

En este combate murió heroicamente el comisario Shaláev, fue herido de gravedad el comandante Shveikin, jefe del Batallón Independiente de Exploración, y desapareció el teniente coronel Markélov, jefe del estado mayor de la división. Iván Danílovich sintió mucho estas pérdidas, especialmente la muerte de Shaláev. La guerra descubre pronto cómo es la persona. Así les ocurrió a ellos. Sus relaciones mutuas se basaban en el respeto y la confianza de uno para con el otro. Cherniakovski estimaba mucho a Sha-

láev como hombre y como trabajador político, como camarada magnífico, apreciaba en él su elevado espíritu de principios.

El enemigo prosiguió los ataques. El 28 de junio la situación de la división se hizo aún más crítica, complicada aún más porque Cherniakovski seguía recibiendo órdenes confusas del Estado Mayor del XII Cuerpo Mecanizado, del jefe del 8.º Ejército, así como del Estado Mayor del Frente. Una disposición anulaba otra...

—Camarada jefe de la división, se han recibido al mismo tiempo tres órdenes contradictorias —informó el capitán Pushkov, jefe del estado mayor de la división.

—Por lo visto, no podremos cumplir las tres órdenes a la vez, ¿a cuál daremos preferencia? —preguntó socarrón Cherniakovski.

—Un antiguo precepto del soldado recomienda en estos casos no apresurarse con el cumplimiento de indicaciones contradictorias, debido a que de todos modos serán anuladas.

—No, quizás debemos cumplir la orden que por la hora fue dada la última. Concuerda mejor que las otras con la situación real; seguiremos manteniendo la defensa en el río Muzha.

Cherniakovski llamó a Komarov y le dijo:

—Aliosha, ponte en contacto urgentemente con el Estado Mayor del XII Cuerpo o con el del 8.º Ejército y que te digan a quiénes tenemos por vecinos y cuál es su misión. Tendremos que actuar de común acuerdo con ellos.

Komarov tomó todas las medidas necesarias para establecer enlace. Sin embargo, por más que lo intentó, no consiguió comunicarse ni con el Estado mayor del ejército ni con el del cuerpo, demasiado alejados de sus unidades grandes y medias. El grupo de Operaciones del Estado Mayor del XII Cuerpo no avisó a nadie de que se había trasladado a una nueva zona, al bosque, al sur de Boriseli, separándose definitivamente de las tropas. Como resultado de ello, el mando y el estado mayor del cuerpo en la primera mitad del 28 de junio, desconociendo la situación en el frente, se vio compelido a permanecer inactivo, esperando a que se restableciera el enlace con las grandes unidades. Por la tarde, en el bosque, donde se alojaba la dirección del cuerpo, se oyeron explosiones de proyectiles y el rugido de motores de tanques. El mayor

general Shestopálov, jefe del cuerpo, exigió a su jefe de estado mayor y al jefe de Transmisiones restablecer inmediatamente el enlace con las tropas.

—Nuestras divisiones están tan lejos de nosotros que no alcanzan los hilos telefónicos que poseemos y la comunicación por radio a esa distancia también es imposible garantizarla —informó el jefe de Transmisiones.

—Desde aquí no podemos mandar, ¿qué aguardamos, pues? —preguntó Shestopálov al coronel Kalinichenko, jefe del estado mayor del cuerpo. Éste respondió:

—Camarada general, cuando usted decidió cambiar el lugar del puesto de mando, suponíamos que para aquella hora nuestras divisiones se replegarían hacia Boriseli, hacia aquí. Pero, por lo visto, se han visto obligadas a cambiar de dirección.

—¡Si no me establece inmediatamente enlace con las divisiones le entrego a los tribunales! —se irritó Shestopálov—. Por su desatino se ha perdido la dirección de las tropas. ¡El enemigo golpea a nuestras divisiones por separado! ... Escriba esta orden. Primero: al jefe de Transmisiones, restablecer el enlace con las grandes unidades del cuerpo. Si el sitio elegido para el puesto de mando no corresponde a la situación, busque otro lugar. Segundo: al jefe del estado mayor, organizar la defensa del puesto de mando y antes de las 18.00 horas informar de la situación en el frente.

...El coronel Kalinichenko, mediante los oficiales de enlace, comenzó a precisar los datos sobre la situación combativa existente a las 16.00 horas. En aquellos momentos, llegó un representante del jefe de Transmisiones del cuerpo, informando que se había encontrado un lugar apropiado para el nuevo puesto de mando, desde donde se había reanudado ya la comunicación con el estado mayor del ejército y con la 28.ª División de Tanques. Comunicó también que el estado mayor del ejército buscaba al general Shestopálov y al coronel Kalinichenko.

Entre tanto, exactamente a las 18.00 horas, en el puesto de mando del cuerpo sonó la alarma de combate: tenían a la infantería y a los tanques alemanes encima. Todos cuantos estaban en el estado mayor ocuparon posiciones para la defensa. Quince minu-

tos después de haberse anunciado la alarma, comenzó la lucha en torno al puesto de mando. El coronel Kalinichenko, con una escuadra de soldados con subfusiles, corrió hacia Shestopálov.

—¡Camarada general! Usted tiene que salir de aquí cuanto antes. Le escoltarán estos soldados. Mientras tanto, yo, con un grupo de combatientes, retendré al enemigo, protegiendo su retirada.

El general miró agradecido al hombre al que hacía dos horas había amenazado y hablado a gritos.

—Yo me quedo aquí, con ustedes —dijo con entereza el general.

El combate arreciaba. Se estrechaba el cerco en torno al puesto de mando del cuerpo. Como un solo hombre, los combatientes heridos, los jefes y los instructores políticos, rechazaban los furiosos ataques del enemigo. Los hitlerianos se arrastraban insistentes hacia la trinchera, desde la que Shestopálov disparaba con un fusil de francotirador. Había hecho ya morder el polvo a más de una decena de nazis. Los germanos se dieron cuenta de que los tiroteaba un general y decidieron hacerle prisionero. Gritaban:

—¡*Russisch General*, entrégate!

El general Shestopálov tenía buena puntería. Con su ayudante abatieron diecisiete alemanes. Pero, esforzándose por cumplir la orden de sus superiores, los atacantes seguían reptando derechos hacia ellos, gritando sin cesar:

—¡*Russisch General*, entrégate!

Los alemanes se acercaban más y más. El ayudante yacía muerto. Shestopálov continuó el fuego. ¡Quién sabe lo que habría podido durar aún este combate desigual! Pero al fin y al cabo, después de haber perdido muchos hombres, y sin poder irrumpir en la trinchera que defendía Shestopálov con sus hombres del estado mayor, los alemanes resolvieron aniquilar con fuego de mortero a los últimos defensores del puesto de mando del cuerpo. Un proyectil de mortero hirió gravemente al mayor general Shestopálov.

Tomó el mando del XII Cuerpo Mecanizado el jefe de su artillería, nombrando como jefe del Estado Mayor al adjunto del jefe del cuerpo para cuestiones de Intendencia. Mientras éstos se ha-

cían cargo del mando, las grandes unidades del cuerpo se retiraron a la margen oriental del Dáugava.

La división del coronel Cherniakovski, manteniendo las posiciones que ocupaba en la zona de Mitava, junto al paso del río Lielupe, protegía el repliegue de las divisiones de infantería del 8.º Ejército.

...En aquellas jornadas el comandante Guerkó, jefe volitivo y hábil, estaba absorbido por un sólo pensamiento: mantener el sector defensivo de su regimiento y detener la ofensiva del enemigo, cosa que logró. De pronto, vio que el vecino de la derecha, no aguantando el empuje del adversario, comenzó a replegarse, dejando descubierto el flanco.

A la cabeza de unos cuantos combatientes, armados con subfusiles, Guerkó se lanzó a cortar el paso a los que huían.

—¡Alto! —gritó. La sangre se le subió a la cabeza.

Cumpliendo su orden, los que le acompañaban empezaron a disparar por encima de las cabezas de los que se retiraban. Si no se detenían, mandaría disparar sobre ellos. ¿Cómo podía ser de otra manera? Su regimiento había parado con dificultades a los alemanes, mientras los infantes abandonaban sus posiciones. Inesperadamente se oyó el ruido de un motor y por detrás del cerrillo más cercano apareció un tanque. Se levantó la tapa de la escotilla de la torreta y Guerkó vio al jefe de la división.

—¡Camarada comandante! —ordenó Cherniakovski—, retire urgentemente el regimiento a la margen septentrional del Dáugava.

—¿Cómo retirarle? Hemos detenido y contenemos al enemigo y, sin más ni más, ¿retroceder?

—Camarada comandante, en nombre del servicio le felicito por sus acciones activas. Pero, de todas las maneras, es preciso retirar a sus batallones, y cubrir, dentro de lo posible, el repliegue de los vecinos.

—¡A sus órdenes, camarada coronel!...

—Mientras ustedes contenían al enemigo, la situación fue cambiando — Cherniakovski aclaró el sentido de su orden—. En su sector, el enemigo trata de retener a nuestra división, entablando combates de importancia local, mientras que en los flancos de

los vecinos lleva a cabo una maniobra envolvente para cercar y aniquilar a nuestras grandes unidades, incluida ésta. Guiémonos por una regla no escrita: en el combate, el jefe no debe hacer lo que busca y espera el enemigo de él.

...Decaía el sol del mes de junio, al calor sofocante del mediodía le iba sucediendo el frescor vespertino, pero el tufo del combate seguía flotando en el ambiente. Los batallones del 56.º Regimiento seguían manteniendo sus posiciones, pero los alemanes desbordaban ya sus flancos por la derecha y la izquierda. El comandante Guerkó, después de organizar la protección a retaguardia, ordenó a las fuerzas principales del regimiento iniciar el repliegue.

Para aquellos momentos, la división había perdido muchos carros de combate y hombres. Se terminaban las municiones. El seguir intentando mantener la línea que ocupaban, amenazaba con el cerco.

También esta vez Cherniakovski apreció justamente la situación y tomó oportunamente la decisión de replegar los regimientos tras el obstáculo acuático. No le fue fácil ordenar la retirada de las unidades, pero ésta era la única medida acertada.

Los regimientos se replegaron planificadamente. Se confirmaron las suposiciones de Cherniakovski: cerca del Dáugava recibió la tardía orden del adjunto del jefe del 8.º Ejército: «... a las 22.00 horas del 28 de junio, las unidades de la 28.ª División de Tanques ocuparán la defensa de la orilla septentrional del Dáugava en el sector de Tegulis».

Con la muerte del jefe del XII Cuerpo Mecanizado sus grandes unidades quedaron «huérfanas». Las lanzaban de un sector a otro, las fraccionaban. A la 28.ª División de Tanques le quitaron el regimiento de artillería. Donde la situación se tornaba crítica, donde se necesitaba tapar la brecha abierta, allí lanzaban a la división de Cherniakovski.

Para las 07.00 horas del 29 de junio la amenaza se cernió sobre los puntos de paso a través del Dáugava en el sector del puente de pontones de Riga. Habiendo ocupado los pasos y tomado una pequeña base de partida en las afueras orientales de Riga, el ene-

migo cortó los caminos de retirada a las grandes unidades del 8.º Ejército, situadas aún en la margen izquierda del Dáugava. El adjunto del jefe del ejército ordenó al coronel Cherniakovski ayudar a las grandes unidades que tenían cortada la retirada. Para ello se precisaba a toda costa aniquilar al enemigo, que había alcanzado la ribera derecha, cerca del puente de pontones. El mismo Iván Danílovich condujo al ataque a sus mermados regimientos, en los que quedaban muy pocos tanques. Con un golpe inesperado al flanco, la división hizo morder el polvo al enemigo, que dejó en la margen oriental, en la anterior cabeza de puente, gran número de tanques inutilizados.

Los hombres de Cherniakovski se hicieron fuertes en el sector del puente de pontones, dando la posibilidad a las unidades del 8.º Ejército a cruzar a la margen derecha y ocupar nuevas posiciones defensivas en líneas favorables.

* * *

A Iván Danílovich le preocupaba la suerte de su familia. Una vez en Riga, en cuanto pudo, montó en un blindado y se dirigió hacia su domicilio para averiguar si su esposa y sus hijos habían podido ser evacuados.

La ciudad a oscuras tenía un aspecto sombrío, en algunos lugares ardían los últimos restos de las casas incendiadas durante el bombardeo. Por las calles apenas se veían personas. El conductor del blindado (antes había llevado a Cherniakovski en un vehículo civil) detuvo la máquina en las señas exactas.

El apartamento estaba vacío. ¿Qué habría sido de su esposa y de los niños? ¿Estarían vivos? ¿Quién podía responder a Iván Danílovich a éstas preguntas?

El blindado volvió a recorrer a toda velocidad las calles desiertas de Riga. Se oyeron en algún lugar sordos disparos de fusil. Cuando salieron de la ciudad, Iván Danílovich miró al cuentakilómetros y dijo al conductor:

—Aprieta, tenemos que llegar lo antes posible a la división.

—¡A la orden! —respondió el chófer, preguntando en voz

baja: —¿Qué haremos ahora, Iván Danílovich, dónde debemos buscar a los suyos?

—No sé... Un conocido mío, de los servicios de retaguardia de nuestro cuerpo, me comunicó que mi esposa y los chicos habían partido de Riga. Pero, ¿hacia dónde? Tú sabes que a Kíev ya no podían ir. Vamos a pensar que tuvieron tiempo de ser evacuados.

* * *

El Alto Mando germano llevaba a la batalla más y más fuerzas. Surgió el peligro de ruptura en dirección a Pliávinas, pequeña ciudad en la margen derecha, del Dáugava, a un centenar de kilómetros al sudeste de Riga. Allí fue lanzada la 28.ª División. Pero pesaban ya los centenares de kilómetros de retirada y los incesantes combates. La gente estaba rendida. De todas formas, en el plazo exactamente señalado, los hombres de Cherniakovski ocuparon las líneas defensivas en la margen derecha del Dáugava, al sudeste de Riga, en la zona de Pliávinas. Acabado el reconocimiento del terreno, Cherniakovski dispuso a las unidades de la división en posiciones favorables, entablando a la mañana siguiente combates contra los hitlerianos que llegaron a aquel sector. De nuevo ardieron los tanques fascistas y la infantería enemiga sembró de muertos los accesos a las posiciones de la división de Cherniakovski. Sólo en un día, los tanquistas soviéticos rechazaron diez ataques del enemigo, que intentaba pasar a viva fuerza el río Dáugava. Las fuerzas de Cherniakovski aniquilaron a una parte de la infantería enemiga que logró cruzar a nuestra orilla. El enemigo fue detenido aquí, pero en los sectores de los vecinos consiguió franquear combatiendo el río y asentarse en la margen oriental. De nuevo se cernió la amenaza real de cerco sobre la 28.ª División.

Por la tarde del 30 de junio, cuando cesó el combate, el jefe de la división llamó a los jefes de las unidades. El comandante Guerkó fue el primero en llegar. Vio que Iván Danílovich tenía el mismo aspecto animoso y gallardo de siempre, sólo le había enflaquecido un poco el rostro y las noches en vela le habían enrojecido los ojos. Iván Danílovich recibió cariñosamente a Guerkó, y le invitó a cenar

con él. Entre tanto, fueron llegando los jefes de las otras unidades. Cherniakovski hizo el resumen de los últimos combates y habló acerca de la situación. Sus palabras estaban saturadas de optimismo y de seguridad en nuestra victoria final sobre el enemigo.

—Resulta, que el diablo no es tan temible si le recibes con destreza —dijo el jefe de la división—. Cuando abrimos zanjas y metimos en ellas a nuestros tanques, transformándolos en posiciones de artillería, el enemigo no pudo vencernos. Para nosotros lo más importante es defendernos en posiciones favorables y agotar al enemigo, cerrándole el paso a la margen oriental del Dáugava...

Una vez recibida la orden de Cherniakovski, los jefes de las unidades se reintegraron a su puesto. En cuanto Iván Danílovich se quedó a solas, en el acto se apoderó de él un enorme cansancio. Se dejaba sentir la increíble tensión de los últimos días. Se echó sobre el impermeable-tienda y quedó instantáneamente dormido. Komarov le puso por almohada su capote. La noche era tan templada como las anteriores. En cuanto, oscureció cesó el tiroteo. Sólo de vez en cuando las ametralladoras de ambos bandos situadas en primera línea rasgaban la oscuridad con largas ráfagas de balas trazadoras. Con intervalos subían al cielo las bengalas alemanas, inundando todo con su fría luz mortecina. Iván Danílovich se despertó varias veces por el tableteo de las ametralladoras, pero en el acto volvía a quedarse dormido. A su lado, sobre el impermeable-tienda, dormitaba Komarov.

Al amanecer, Cherniakovski estaba ya las posiciones más avanzadas. Allí recibió la orden de replegarse a nuevas posiciones. En verdad no esperaba que aquella orden se diera tan pronto. Las negras cejas del jefe de la división se fruncieron apretadas en el entrecejo, indicio de que estaba descontento.

A las 14.00 horas los regimientos comenzaron lentamente a replegarse. Era duro abandonar sin combate al enemigo la línea acuática, un obstáculo natural, en el que durante dos días habían contenido exitosamente el empuje del enemigo.

Al día siguiente, el 2 de julio, se ordenó a la división volver atrás y ocupar las mismas posiciones de las que se había retirado la víspera.

Para entonces, la división había gastado casi por completo todo el combustible, mientras que el enemigo seguía progresando hacia el este con grandes fuerzas. En aquellas condiciones habría sido poco probable que pudieran volver a las posiciones anteriores. No tardaron en anular aquella tardía orden.

Transcurría la décima noche de la guerra. Librando combates de retaguardia, la división se retiraba organizadamente a la línea Madona-Pskov. Por la mañana, el capitán Pashkov, jefe del estado mayor, informó al jefe de la división:

—El puente en la zona de Madona ha sido tomado por un comando de paracaidistas enemigos. Los nazis ocupan posiciones ventajosas y el combate por el puente puede prolongarse.

—Ordene al capitán Kótov, jefe del Batallón de Exploración, que recupere el puente antes de las 03.00 horas —ordenó Cherniakovski.

Cumpliendo la misión del jefe del 8.º Ejército, las fuerzas principales del Batallón de Exploración seguían rechazando los ataques del enemigo a los pasos del río Lielupe, en las proximidades de Elgava. Los exploradores libraban duros combates. Cuando oscureció, protegidos por las tinieblas nocturnas, se retiraron a Riga. Sólo un pequeño grupo de ellos, mandado por el capitán Kótov, seguía al grueso de las fuerzas de la división. En este grupo había tres carros BT-7, un vehículo blindado ligero y quince exploradores, armados con las ametralladoras procedentes de los tanques. Estas pequeñas fuerzas deberían arrebatar el puente al enemigo.

Se sabía que no eran muchos los paracaidistas alemanes que habían tomado el puente. Pero con todo y con eso eran más que los combatientes del grupo de Kótov. Todo fue calculado para llevar a cabo un golpe por sorpresa.

Se aproximaba el amanecer. Para aquella hora, los exploradores se encontraban ya a varios kilómetros del puente. Después de situar vigías, el capitán destacó una patrulla de reconocimiento hacia el puente. La descubierta no tardó en informar que en los accesos al puente, a la derecha de la carretera, había un cañón contracarro y a la izquierda, una ametralladora emplazada. El puente lo patrullaban dos centinelas.

—No hay ni que pensar en un ataque frontal —concluyó Kótov—. Podemos cumplir la misión si aniquilamos a los alemanes sin ruido.

—¿Y si no lo conseguimos? —preguntó el primer teniente Ivánushkin.

—Intentaremos apoderarnos del puente por sorpresa.

—Pues por sorpresa, pero para ello tenemos que aprovechar el tiempo que nos queda de noche.

—Nos hemos aconsejado, ahora escuchadme a mí —dijo Kótov con voz baja, pero imperiosa—. El primer teniente Ivánushkin con sus hombres, y sin ruido, inutilizará a la guardia del cañón contracarro, y el sargento Martínov con su grupo, neutralizará la ametralladora. Yo, junto con Chízhik, liquidaremos a los centinelas del puente. Mientras no demos la señal que nadie se muestre. Avancen a unos trescientos metros por detrás de nosotros. ¿Comprendido?

—¿Permite empezar? —preguntó el primer teniente Ivánushkin.

—Comience, pero no se olvide de que usted actúa al mismo tiempo que el grupo del sargento Martínov. Silenciosos, como fantasmas.

No era casual que Kótov hubiera tomado consigo a Vladímir Chízhik. Este joven soldado se había distinguido como un explorador intrépido e ingenioso.

—¿Está clara la tarea? —preguntó Kótov a Chízhik.

—Muy clara.

—De hecho, usted y yo nos apoderaremos del puente. Si la idea falla seremos los primeros que encajaremos el golpe del enemigo.

—Comprendido, camarada capitán.

...La noche es obscura. Los árboles que bordean la carretera, que lleva al puente, con sus frondosas copas ocultan las estrellas. Entre las ramas sólo cabrillea el cazo de la Osa Mayor. Kótov y Chízhik avanzan de un árbol a otro. Sus pasos no se oyen, pues han envuelto las botas con trapos. Ya tienen delante el puente...

Kótov y Chízhik echan cuerpo a tierra, se agazapan a la entrada del puente.

Cada vez se oyen más nítidamente las pisadas de las botas

claveteadas del centinela. Se acerca más y más. Ya se distingue su silueta negra. Cuando le faltaban unos pasos para llegar donde están los exploradores, el centinela se detiene. Carraspeando pone su subfusil sobre el piso de madera del puente, se agacha y empieza a girar la manivela del teléfono de campaña, colocado junto a la misma barandilla. Unas cuantas palabras sueltas a las que, por lo visto, no dan respuesta. El centinela sopla en el micrófono. Blasfema nervioso e intenta coger el subfusil, pero un golpe corto y seco del cuchillo lo derriba.

—Ponte el casco y el impermeable y liquida sin ruido al segundo —susurra Kótov a Chízhik.

—¡A la orden!

—¡Actúa!

Con el casco y el impermeable alemanes, imitando el modo de andar del alemán muerto, Chízhik, se dirige al encuentro del segundo centinela. Llega hasta la mitad del puente y se detiene.

Le parece oír las pulsaciones del corazón. Es como si le latiera en la garganta. ¿Qué hacer si el centinela le da por llamarle, si se le ocurre hablar? Pero el aludido, cuando le faltan unos cinco o seis pasos, se detiene unos segundos, y se da la vuelta hacia el lado opuesto. Chízhik sigue con cautela al alemán. Acelera gradualmente los pasos, sin dejar de escuchar: el centinela anda tranquilo, ¿no le habrá oído, volverá la cabeza? La distancia entre Chízhik y el alemán se acorta visiblemente. La mano de Chízhik, que sujeta el subfusil bajo el impermeable, preparada para asestar un culatazo o para descerrajarle un tiro, queda dominada por un temblor nervioso. Se esfuerza por apaciguarlo, pero la mano no le obedece... Ya sólo le separan del alemán unos cuantos pasos. Cada pisada de la bota claveteada alemana, le repercute en la cabeza como un golpe sonoro. Un instante más... y el explorador recupera la serenidad. No le separan del enemigo más de zancada y media. Chízhik da el último paso y con toda su fuerza asesta un culatazo con el subfusil en la sien del centinela, medio vuelto. El alemán se derrumba sin rechistar.

Sin embargo, aún no está todo hecho. De un minuto a otro el enemigo puede darse cuenta.

Kótov, con los combatientes que se le han unido, llega donde

Chízhik y sin más contratiempos, alcanzan la ribera opuesta. Kótov deja unos cuantos soldados vigilando el puente y con los restantes, se dirige cautamente hacia la casa donde, se supone que se encuentran los alemanes.

Los exploradores se aproximan con absoluto sigilo a la casa. En sus ventanas no se ve luz, reina un silencio de muerte.

¿Quizás los alemanes ya han visto a los exploradores y les están apuntando, dejando que se acerquen más?

Cuando Kótov y Chízhik, que van por delante de los demás, llegan junto a la pared de la casa y escuchan el interior, oyen unos ronquidos.

—Quédate en el porche. Yo entro en la casa —le susurra el capitán a Chízhik.

—Camarada capitán, ¡ahí hay muchos!...

—Lo sé.

La puerta no está cerrada. Kótov se desliza sin ruido por ella y, viendo a los alemanes durmiendo todos revueltos, se detiene indeciso. Nada más sencillo que acabar con los nazis dormidos: un par de granadas de mano o una ráfaga de subfusil y se acabó... Pero en la casa entra un cable. Posiblemente los alemanes tienen comunicación con otro grupo de los suyos, infiltrados en nuestra retaguardia. ¿Y si por casualidad escuchan desde allí? ¿Actuar con el cuchillo? Pero son demasiados...

Por fin Kótov se decide. Desenvaina el cuchillo y se inclina sobre el alemán que está tumbado más cerca de él...

Acaba con los alemanes dormidos en un montón en el suelo. Queda sólo un oficial, tumbado en la cama. Kótov se le acerca. Pero en la oscuridad tropieza con la pata del lecho. El ruido despierta al oficial, que se pone en pie de un salto. Kótov no tiene más remedio que utilizar el subfusil.

Mientras que Kótov y Chízhik actúan en el puente, el grupo del primer teniente Ivánuskin liquida sin ruido a los alemanes que sirven el cañón contracarro, mientras que el comando del sargento Martínov, acaba con la dotación de la ametralladora.

Los exploradores se ponen a la defensiva y esperan: ¿aparecerán más alemanes? Pero sus temores son vanos.

Al amanecer, los tanques de la vanguardia divisionaria cruzan el puente.

* * *

Después de los combates en el Dáugava, el comandante de división I. Koróvnikov fue designado jefe del XII Cuerpo Mecanizado. Con su incorporación, todos los eslabones del cuerpo sintieron la mano firme del jefe militar de experiencia, y mejoró la dirección de las tropas.

Paralela a los combates, iba aumentando la experiencia. Los hombres de Cherniakovski la adquirían a diario. Se elevó el nivel del trabajo de partido y político. Comenzó a salir regularmente el periódico divisionario, y se activó la labor de los propagandistas y de los agitadores.

A comienzos de julio, después de dos semanas de duros y cruentos combates y de incesantes marchas, el cuerpo fue pasado a la reserva del Frente Noroeste. A las unidades de la división les fueron planteadas nuevas misiones. Cherniakovski esperaba que el pequeño descanso, que ahora se daba a su gran unidad, permitiría completar las formaciones y ponerlas en plena disposición de combate a corto plazo.

De camino a uno de los regimientos, Iván Danílovich mandó detener el coche en el lindero de un bosque. Se apeó y, andando por una pradera de tupida hierba, subió a una cota, situada al lado de la carretera. Se detuvo, recreándose con el vasto panorama que se abría a su vista: los amarillos trigales, la superficie azulada del río y la inmensidad de los verdes pastizales. En derredor esmaltaban los campos las margaritas y las campanillas. Se oía el runrún de los saltamontes. Todo esto le recordaba su querido Vérbovo, los lejanos días de paz, sus años juveniles. Pero todos sus recuerdos se volatilizaron en cuanto pensó en las inquietudes del presente. Hubiera querido compartir sus pensamientos acerca de esto con Shaláev, como lo hacía antes. A su comisario podía hablarle con el corazón en la mano. Pero Shaláev ya no estaba.

Iván Danílovich percibió con nueva agudeza el dolor de la

pérdida. Se le aparecían ante sus ojos los comandantes Onischuk, Popov y otros discípulos y compañeros de armas suyos, que quedaron en los campos de batalla...

Cortó las reflexiones de Cherniakovski el frenazo en seco de un coche del estado mayor, en el que venía el capitán Pashkóv:

—Camarada coronel, se ha recibido la siguiente orden: hay que ceder nuestro regimiento de infantería motorizada, la artillería y todos los carros de combate a las grandes unidades del 8.º Ejército. Las restantes unidades divisionarias deberán ser embarcadas en trenes y conducidas a retaguardia para reformarlas.

—Está bien ¿reformarlas?, pues nada, a reformarlas —respondió Cherniakovski—, la guerra hay que hacerla teniendo una buena organización y con efectivos completos. Pondremos en orden las unidades y emprenderemos inmediatamente el estudio de la experiencia de combate. En cuanto a la teoría anterior a la guerra, en lo que a la táctica y al arte operativo se refiere, quizás debamos abordarlos de manera crítica...

—El arte militar soviético no ha cambiado especialmente —observó Paskóv—. En general, nos orientó correctamente.

—Orientar nos orientó correctamente. Sólo que aún no hemos acumulado experiencia en la dirección de tropas en la guerra moderna, cuando el enemigo interrumpe nuestros medios de dirección.

—Iván Daníłovich, para qué ocultarlo, el quid no está sólo en la dirección. Nosotros empezamos la guerra con tanques anticuados.

—Nosotros, sí. Pero el III Cuerpo de Tanques, donde fui adjunto del jefe de la 2.ª División de Tanques, estaba dotado con los nuevos carros KV y T-34. Máquinas, que como usted sabe, superan por sus cualidades combativas a los tanques alemanes.

—Pero tenemos pocos. Había que haber puesto antes a la industria en pie de guerra, para pertrechar al ejército con armamento nuevo.

—El material de guerra nos habría alcanzado para los primeros tiempos. Lo malo estuvo en otro asunto: que en aquellos días se perdió la dirección de las tropas y en la débil protección con l

que contamos desde el aire. El enemigo se aprovechó de ello y perdimos enseguida muchos carros y aviones... Por lo demás, Andréi Nikítovich, basta ya de hablar de la guerra, volveremos a referirnos a ella en más de una ocasión. Mejor es que mire, ¡cúan bello es todo lo que nos rodea!

Pero no estuvieron mucho tiempo recreándose con la naturaleza.

—Camarada coronel, permítame ir a ver al representante de las Comunicaciones del Frente y ponernos de acuerdo sobre los convoyes y los lugares de embarque —dijo el jefe del estado mayor.

—Convénganlo. Pero, por lo visto, algunas de nuestras unidades se trasladaran a pie.

En aquel momento Komarov se acercó al jefe de la división.

—¡Iván Danílovich, tenemos noticias! Anastasía Grigórievna fue evacuada con las familias de los mandos del cuerpo.

—Aliosha, ¿dónde están, a dónde los llevaron? —preguntó alegre Cherniakovski—. Con cuánta inquietud esperaba todos aquellos días noticias de la familia, qué no pensaría...

—Fueron evacuados en los coches de la columna del cuerpo. No hay más datos por el momento.

—Verás, Aliosha, mientras yo voy al 55.º Regimiento, tú dirígete al estado mayor del cuerpo, puede ser que alguien sepa allí algo más. Sólo, que espera un minuto, escribiré una carta.

Iván Danílovich volvió a su coche, tomó asiento y empezó a escribir con rapidez:

«Queridos Tasik, Nilusia y Alik...» Los renglones se sucedían atropelladamente.

Siempre os tengo en mi recuerdo, la distancia no me impide quereros con más fuerza. Sólo que es muy difícil conversar en todo momento con vosotros mentalmente... Conseguí unos minutos para ir a Riga, pero nadie pudo decirme en qué dirección habíais marchado.

¡Durante mucho tiempo me atormentaron los pensamientos de si, por un casual, no habrían tenido tiempo de evacuaros! Imaginaros por un momento mi situación, cuánto no he sufrido... Qué

incalculables calamidades trajo la guerra, impuesta por el fascismo a la humanidad... Nuestra división ha saldado totalmente sus cuentas con los hitlerianos, no hemos luchado mal, no hemos avergonzado a la Gran Rusia... Los detalles os los contará Komarov.

Abrazos y besos de éste que os ama a todos...»

—La carta está lista, sólo te queda entregarla al destinatario. —Iván Danílovich dio el sobre a Komarov—. Si no consigues las señas de los míos en el cuerpo, tendrás que desplazarte y buscar a mi familia. Lo arreglarás sobre el terreno, les entregas el documento para que cobren la paga y los trasladas a Moscú o a otra cualquier ciudad, para que los niños estudien y mi mujer pueda trabajar.

* * *

A mediados de julio la 28.ª División de Tanques se concentró en la zona del poblado de Krasnie Stankí, a treinta kilómetros al este de Nóvgorod, donde debería completarse con hombres y armamento. Entretanto, el frente se aproximaba inexorablemente a Nóvgorod. Ya se oía tronar a los cañones. Bajo su ruido, bajo el rugido de los aviones enemigos, que sobrevolaban raudos los campos, los koljosianos trabajando de sol a sol seguían recogiendo la cosecha, mientras que los habitantes de la ciudad, sobrecogidos de temor, esperaban que de un momento a otro comenzaran los bombardeos de Nóvgorod.

Cherniakovski utilizó muy racionalmente el tiempo que le fue destinado para la reorganización de la división en Krasnie Stankí. En la división se estudiaba desde la mañana hasta la noche. Iván Danílovich dedicaba mucha atención a los ejercicios nocturnos. En las dos semanas que la división peleó contra el enemigo pudo convencerse de que los alemanes temían combatir de noche. Cosa plenamente comprensible. Los ocupantes se encontraban en tierra extraña, les parecía que detrás de cualquier matorral les acechaba la muerte. La noche impedía a los alemanes emplear su material bélico, lo que a la sazón constituía su principal superioridad.

A finales de julio llegó el nuevo comisario de regimiento, Ajil

Lvóvich Bankvitser, destinado como adjunto del jefe de la división para cuestiones políticas. Posteriormente escribió así de Cherniakovski: «Me atrajo el hondo sentido de los principios de partido de Cherniakovski. Siendo un magnífico jefe, Cherniakovski ahondaba también en la labor partidaria y política, que realizaban en la división la sección política y los activistas del partido. Conocía las virtudes y los defectos personales de todos los instructores, organizadores del partido y agitadores, a quienes ayudaba en los momentos difíciles».

Cherniakovski buscaba lo nuevo en la preparación combativa y política del personal. Analizando la experiencia de las primeras semanas de la guerra, llegó a la conclusión de que la labor partidista y política en condiciones de combate debe diferenciarse radicalmente por su operatividad del trabajo partidario y político en tiempos de paz. «Un combatiente políticamente ignorante —decía Iván Danílovich— y, con más razón, un jefe ignorante, no puede ser un defensor firme de las conquistas revolucionarias».

Uno de los primeros días, cuando la división había sido retirada para completarse, Cherniakovski invitó a conversar con él al comisario de batallón I. Tretiakov, jefe de la sección política de la división.

—Últimamente me preocupan ciertas cifras —empezó la conversación Iván Danílovich.

—¿A qué cifras se refiere usted? —preguntó Tretiakov.

—En nuestra división hay quinientos treinta comunistas y mil doscientos treinta y cinco komsomoles. ¡Eso es formidable!

—Pero esto no es todo —comunicó Tretiakov—. En las próximas asambleas partidistas de las unidades serán examinadas más de treinta solicitudes de los komsomoles para ser admitidos como candidatos a miembros del Partido.

—No me refiero a eso. La cosa no reside solamente en la cantidad, aunque ahora esta cuestión se decide de manera nueva. En aras de la Patria los jefes y los combatientes van a la batalla sin escatimar sus vidas. Quieren ser comunistas, entregan solicitudes para su ingreso en el partido. Debemos hacer que la admisión se haga sin ninguna dilación. Los komsomoles y los comunistas son

la tercera parte de la división. ¡Ésta es una colosal fuerza! Debemos organizarlo de manera que en el estudio y en el combate todos los comunistas y komsomoles sirvan de ejemplo a otros dos más sin partido. Quizás haya llegado la hora de cambiar el estilo de nuestro trabajo de agitación y propaganda. En condiciones de guerra hay que realizar esta labor con cada combatiente por separado o con pequeños grupos de ellos. Puede contar para todo con mi ayuda, Iván Nésterovich.

—Gracias —contestó Tretiakov—. Aún tenemos una escasa experiencia en la organización del trabajo de partido y político en situaciones de combate. Ya la sintetizamos y haremos las correcciones necesarias en nuestra labor.

—Es justo —asintió Iván Danílovich—, se necesita sintetizar la experiencia y aprender en los ejemplos positivos y negativos. En los cinco primeros días de la guerra hasta el periódico divisionario no salía. Las compañías no recibían los diarios centrales. Creo muy importante que en la etapa que vivimos los hombres dominen a conciencia las tareas planteadas por el Partido en el discurso del camarada Stalin del tres de julio.

—A este propósito la Dirección Política del Frente ha preparado una directiva en correspondencia con la disposición del Comité Central y del Consejo de Comisarios del Pueblo del 29 de junio —precisó Tretiakov—. Uno de estos días recibiremos esta directiva.

—Pero no podemos estar inactivos aguardando las indicaciones de los órganos superiores. El discurso del camarada Stalin por radio lo escucharon millones de personas, incluidas las que se encuentran en nuestra tierra ocupada por el enemigo.

—Creo que no sólo debemos explicar el discurso, sino hablar también más sobre las tradiciones combativas del Ejército Rojo.

—Conforme. Pero no sólo sobre las tradiciones en general, sino también sobre las proezas de los hombres de nuestra división. Tenemos un montón de ejemplos: el comandante Popov y el primer comisario de la división Shaláev... ¡Y cuántos otros héroes tanquistas más! ¡Resumiendo, Iván Nésterovich, trabajemos mancomunadamente!

Las charlas con cada hombre o con pequeños grupos se convirtieron en la división en el método fundamental del trabajo de partido y del Komsomol. Los miembros de los buró regimentales del Partido y del Komsomol permanecían constantemente en las compañías y en las secciones, comprobaban sobre el terreno cómo se hacía este trabajo y ayudaban a organizarlo. Cada vez se utilizaba con mayor frecuencia como ejemplo en cuestión de agitación a los distinguidos en los combates. Se dedicaba particular atención a dialogar con los recién incorporados a la división.

En cierta ocasión, pidieron al komsomol Karlo, condecorado con la Orden de Lenin, que explicara cómo había podido vencer con su carro ligero BT-7 a dos tanques medios fascistas. Karlo lo narró así:

—Puede ser héroe todo el que cumple su deber con honor. En el combate tiene gran importancia confiar en sus propias fuerzas, en saber cómo actuar. Y recordar siempre que vence el que golpea primero. ¿Que cómo inutilicé dos tanques? Pues veréis de qué forma. Voy en mi BT-7 y veo que a mi encuentro vienen dos Panzer IV. Yo sabía, porque nos lo habían dicho los jefes, que estos Panzer IV son más fuertes que mi BT-7, que sus cañones tienen más alcance y que su blindaje es más grueso. Pero también conocía que maniobran peor que mi BT-7. Todo lo tuve en cuenta. Veo que se detienen, disparan y siguen avanzando. Y yo, a la espera. No me descubro. Veo que el más próximo gira la torreta. Observa... Cerca de mí iban otros dos carros nuestros. Los muchachos no aguantaron y abrieron fuego desde mil metros de distancia. Pero los alemanes sólo esperaban esto: inmediatamente localizaron sus fogonazos ¡y abrieron fuego contra ambos! Pero, como es sabido los cañones de mis vecinos no perforan el blindaje frontal de los alemanes desde esta distancia. En aquellos momentos me vino a la cabeza el refrán: «El que corre mucho, pronto para». La cosa ya no estaba para bromas. De un momento a otro podían agujerearme también a mí. Vi que el carro del jefe de la división llegaba a mi altura y que disparaba en movimiento. Bueno, pensé, también me ha llegado a mí la hora. Y perforé estos dos Panzer IV.

Charlas como ésta se hicieron frecuentes en la división. Los

bisoños reclutas de la 28.ª División pronto conocieron muchos de los hechos de armas de los veteranos de Cherniakovski. El propio periódico divisionario *En la línea de combate* hablaba mucho de esto. Uno de los números estuvo dedicado a la proeza del comandante Popov. He aquí lo que escribió acerca de su querido jefe el soldado Pozdniakov: «... El nombre del héroe, glorificado para la eternidad, refulgirá como una perla en nuestra corona de la victoria. Destrozaremos al enemigo, llegará nuestra victoria, terminará la guerra, se olvidarán los sinsabores y las privaciones, pero los hombres en la Tierra no olvidarán los nombres de los héroes, como lo fue el camarada Popov».

Los hombres de Cherniakovski aprendían a tener valor en los ejemplos de los héroes. Se enseñaba a luchar de forma que todos fueran héroes en los combates venideros.

VI

DEFENDER NÓVGOROD HASTA EL ÚLTIMO HOMBRE

En la noche del 13 al 14 de agosto, los coches del estado mayor de la división llegaban a Nóvgorod. Un cielo negro pendía sobre la ciudad. Apenas se distinguían sobre su fondo las siluetas de las iglesias. En las calles no se advertían ni los menores indicios de vida, todas las ventanas estaban a oscuras. No tardó la columna en detenerse al pie de una alta muralla. En la oscuridad parecía que ésta se fundía con las nubes. No habían tenido tiempo los chóferes de parar los motores cuando se oyó la voz de mando: «Adelante». Uno tras otro, los vehículos entraron bajo el enorme arco de las puertas del Kremlin de Nóvgorod.

El estado mayor se alojó en el primer piso de la que fue sede del comité urbano del Partido, en el edificio de la antigua catedral. Muchos veían por primera vez el famoso Kremlin de Nóvgorod. Quedaban pasmados por la majestuosa belleza de las viejas murallas, torreones, templos y, particularmente, por el grandioso monumento «Al Milenio de Rusia». Desde su elevado pedestal cilíndrico miraban a los combatientes las estatuas en bronce de Lomonósov y Pushkin, de Minin y Pozharski, de Suvórov y Kutúsov. Se destacaba la figura de Alexandr Nevski, que setecientos años atrás había derrotado a los perros cruzados, a los ocupantes alemanes, sobre el hielo del lago Chudskoe. Estos eximios hombres de Rusia parecían exhortar a defender hasta el último aliento la tierra querida.

Por la mañana, el jefe del estado mayor, capitán Pashkov, reunió a sus subordinados para darles instrucciones. Les explicó la tarea de la división para organizar la defensa. Hablaba con rapidez, tenía prisa. El oficial de guardia del Estado Mayor del Frente le advirtió de que habían salido para la división el general T. Shtíkov, miembro del Consejo Militar del Frente Noroeste, y el general L. Koróvnikov, comandante en jefe de la región fortificada de Nóvgorod. Según el reglamento, debería recibirles el jefe de la división, pero éste aún no había regresado de impartir órdenes de combate a las unidades del primer escalón.

De todas las maneras, Iván Daniílovich pudo llegar al estado mayor antes de que aparecieran los altos visitantes. Apenas abrió la puerta preguntó a Pashkov:

—Andréi Nikítich, ¿está listo el plan de defensa de Nóvgorod?

—¡Por supuesto! Camarada coronel, aquí lo tiene.

—Han elegido un buen emplazamiento para el puesto de mando, no en cualquier parte sino en el Kremlin y en el mismo despacho del Partido...

De pronto, todo se estremeció en derredor: en algún lugar cercano había explotado una bomba enemiga.

La onda explosiva hizo añicos todos los cristales. Un trozo de cristal arañó el rostro de Pashkov. El local se llenó de humo y de un polvo rojizo de ladrillo.

—¡Camarada coronel! —gritó alarmado Pashkov, mientras se sacudía el polvo.

—No pasa nada —respondió Cherniakovski—. ¡Estoy aquí! Por lo visto, tenemos que desistir del confort y ubicar el puesto de mando en un refugio, hay que trasladarse a los sótanos de la Cámara de las Facetas. Actué. Yo voy a recibir al miembro del Consejo Militar del Frente.

Apenas había salido del edificio Iván Daniílovich cuando el aire se llenó de nuevo con el aullido penetrante de las bombas que caían. Atronaron las explosiones. Pero esto no detuvo a Cherniakovski. Entre el polvo y el humo se abrió paso hasta una de las torres del Kremlin de Nóvgorod, la llamada Kukúy, donde ya se habían congregado los jefes de las unidades divisionarias.

No tardaron en llegar también allí los representantes del mando.

El general Shtíkov describió la situación, creada en el frente, subrayando:

—A la división se le plantea una misión de responsabilidad: detener a los alemanes en los accesos a Leningrado, en la zona de Nóvgorod. Las tropas que defienden Leningrado necesitan tiempo para fortificarse, para el caso de que el enemigo rompa el frente. El Consejo Militar del Frente os exige una sola cosa: defender Nóvgorod hasta el último hombre.

—Camarada general, puede confiar en nosotros —respondió por todos Cherniakovski—. Mientras nuestros corazones sigan latiendo, no abandonaremos Nóvgorod al enemigo sin una orden.

—El mando le concede a usted plena iniciativa —dijo Shtíkov, dirigiéndose a Cherniakovski—, elija cualquier procedimiento y método de lucha para defender Nóvgorod y tenga en cuenta que le queda muy poco tiempo para organizar la defensa. Mañana, a primeras hora, el enemigo puede acercarse a la ciudad.

Cherniakovski tenía que decidir: presentar batalla al enemigo con todas las fuerzas en los accesos a la ciudad o, a pesar de que los fascistas tenían clara superioridad numérica, emplear una parte de las tropas en la preparación de la defensa de Nóvgorod.

Iván Danílovich optó por la segunda variante aunque era más arriesgada. Las ya de por sí exiguas fuerzas de la división, tendrían que dispersarse. Pero esta idea de maniobra era también la más juiciosa. De no preparar de antemano la ciudad para la defensa, el enemigo, siendo superior en número, podría tomarla sobre la marcha.

Cherniakovski comunicó su decisión al miembro del Consejo Militar. Éste la aceptó. Sin perder un minuto, Iván Danílovich comenzó a impartir disposiciones de combate a los jefes de las unidades. A unos, él mismo les dibujó la situación en el mapa, a otros, les planteó verbalmente las misiones de combate. Las órdenes de Cherniakovski, lacónicas y formuladas con precisión, agradaron a Shtíkov.

—¡Camarada coronel! ¡Si mantiene Nóvgorod, le presentaremos para el ascenso a general! —prometió Shtíkov.

—No es eso lo que me preocupa, camarada miembro del Consejo Militar —respondió Cherniakovski.

—Lo sé. Simplemente quería recordarle una vez más que el grado de general se adjudica por méritos de guerra. —y Shtíkov sonrió.

—Ante todo nos interesa saber con qué apoyo contaremos. Ante una agrupación tan grande como la de Von Busch, la división por sí sola no resistirá.

—¿De modo que no va a aguantar? ¡Hay que resistir!

—Comprendemos, camarada general, qué significa Nóvgorod para la Patria. Pero para nuestra división, después de Shauliai, Nóvgorod es el lugar donde se decide su suerte. Nos jugamos a una carta el honor de sus combatientes, mandos e instructores políticos y, en primer lugar, el mío, como su jefe superior. Y, estructurando el plan de cómo rechazar al enemigo, abrigamos la esperanza de que serán utilizadas todas las fuerzas que operan en esta dirección.

—¿Qué puedo decirle? Yo también comparto sus esperanzas. ¡Le ayudaré en todo lo que pueda!

Deseándole éxitos, el miembro del Consejo Militar se despidió de todos. Cherniakovski salio a acompañarle.

El cañoneo los alcanzó cuando se encontraban a medio camino de los coches. Dos proyectiles enemigos reventaron por delante, a bastante distancia; el tercero, cayó a unos cuantos metros de ellos en el mismo momento en que Cherniakovski, dando paso al refugio a Shtíkov y a las personas que le acompañaban, se había detenido.

—Iván Teréntievich, ¿qué pasó con Cherniakovski? Echa una mirada, por favor —preguntó alarmado Shtíkov a Koróvnikov.

—Está ileso. Le cubrió la tierra, pero se la sacudió, y ya nos da alcance.

Sin saber por qué, los alemanes cesaron el fuego. Acompañando a los visitantes hasta los coches, Iván Danílovich regresó a su puesto de mando.

Una vez planteadas las misiones a los jefes de los regimientos, comenzó a dar instrucciones a los jefes de los batallones designa-

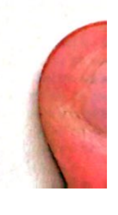
dos para preparar la defensa de la ciudad. La esencia de las indicaciones consistía, en primer lugar, en adaptar para la defensa los edificios de mampostería en los cruces de las calles y en las plazas, crear un sistema de puntos de apoyo de compañía y sección y de centros de resistencia de batallón, utilizando los edificios para la observación y el campo de tiro circulares. Las posiciones en las casas se protegerían recíprocamente una a otra con fuego de flanco. Los edificios, transformados en puntos de apoyo, deberían estar enlazados por ramales de comunicación. Las calles y los intervalos entre las casas se bloquearían con barreras, así como los corredores en el interior de los inmuebles. Las calles, las travesías, las encrucijadas y las plazas, así como los campos de minas y las barricadas, estarían batidas por fuego de fusilería, ametralladora y artillería.

* * *

El 14 de agosto las unidades de vanguardia de la división ocuparon posiciones defensivas a un distancia de entre cuatro y seis kilómetros del arrabal oeste de Nóvgorod. El 55.º Regimiento, en la línea Grigórievo-Nóvaya Mélnitsa; el 56.º Regimiento, desde el suburbio de Pokróvskaya hasta Yúriev, apoyando su flanco izquierdo en el río Vóljov. El Batallón de Independiente de Exploración del capitán Kótov ocupó posiciones en segunda línea, por el canal de derivación en el arrabal oeste de Nóvgorod.

En la medida que podían, los habitantes ayudaban a las tropas a preparar la ciudad para la defensa. Quien podía empuñar las armas, encontró puesto en las filas de sus defensores. Se terminó el reparto de fusiles y granadas de mano. Todo el mundo se armó: los adolescentes, las mujeres y hasta los ancianos.

En la primera mitad del 14 de agosto el enemigo descargó sobre la división toda la potencia del fuego de su artillería, después se lanzó al asalto. Con gran trabajo se pudieron rechazar los furiosos ataques del enemigo, pues las fuerzas eran demasiado desiguales. Atacaba el I Cuerpo de Infantería del 16.º Ejército alemán, pertrechado con gran número de tanques y artillería y apoyado por



importantes fuerzas aéreas. El coronel general Von Busch, jefe del 16.º Ejército, no dudaba de que tomaría Nóvgorod sobre la marcha, después de lo cual pensaba asestar un golpe a Leningrado desde el sur.

En cooperación con las grandes unidades vecinas, que ya para aquellas horas habían sufrido grandes bajas, la división de Cherniakovski rechazaba la presión de las tropas alemanas. En el flanco derecho se defendía la 1ª Brigada de Cazadores de Montaña. Todo hacía suponer que sería la mejor preparada para la defensa, si se la comparaba con los tanquistas, que combatían como infantería, papel para ellos desacostumbrado. Por desgracia, aunque ocupó la defensa al mismo tiempo que la división, era evidente que la brigada no tuvo tiempo de atrincherarse debidamente y, al no aguantar los primeros ataques de los alemanes, empezó a replegarse. Sucedió, precisamente, lo que Iván Danílovich temía más. Retirándose, las pequeñas unidades de la brigada, dejaron al descubierto el flanco derecho de su división. Esto motivó que el batallón del 55.º Regimiento que guarnecía el intervalo, tampoco pudiera mantener la localidad de Nóvaya Mélnitsa, que le tocaba defender. La brecha abierta amenazaba peligrosamente todo el sistema defensivo de la división.

Dando al jefe del estado mayor las disposiciones pertinentes, Iván Danílovich se presentó en el puesto de mando del batallón, que acababa de abandonar Nóvaya Mélnitsa.

—¿Por qué han incumplido la orden? ¿Quién les dio permiso para replegarse? —preguntó con dureza Cherniakovski al jefe del batallón.

—Los vecinos tienen la culpa y, además nos faltan medios de fuego —intentó justificarse el aludido.

—¡Le ordeno que expulse a los alemanes de Nóvaya Mélnitsa! Yo estaré con el batallón. Para atrás no hay camino. Recuperaremos Nóvaya Mélnitsa y la defenderemos hasta la muerte.

Sólo en casos especiales Cherniakovski trasladaba su puesto de mando a primera línea para dirigir la división y, con su presencia, influir decisivamente en el desenlace del combate. También esta vez, la aparición de Cherniakovski en la primera línea de fue-

go enardeció a los combatientes y a los jefes. Animados por él, los hombres se sintieron más seguros. Sabían que su jefe encontraría salida a la situación más complicada.

Una bengala roja anunció el comienzo del ataque. Los tanquistas a pie, solamente apoyados por el débil fuego de la artillería, se lanzaron adelante sobre los alemanes que se habían hecho fuertes en Nóvoaya Mélnitsa. El batallón luchó con tal fiereza que los alemanes fueron desalojados. Con una embestida conjunta, la localidad cayó en manos de los hombres de Cherniakovski.

Por la tarde, después de machacar una vez más el límite frontal de nuestra defensa con la artillería y la aviación, los germanos pasaron a la ofensiva. Centenares de bombas cayeron sobre los defensores de la ciudad. Nóvgorod fue pasto de las llamas. La presión del enemigo arreciaba, pero los hombres de Cherniakovski seguían en sus posiciones.

Los ataques del enemigo fueron rechazados con grandes bajas por su parte. Sin embargo, los alemanes no tardaron en traer reservas. De nuevo su artillería martilleó el terreno y protegidos por ella se arrojaron sobre nuestras posiciones.

Se entabló un encarnizado combate por la localidad de Nóvaya Mélnitsa, incendiada por los proyectiles de los alemanes. Todo estaba envuelto en llamas. Los germanos repitieron el ataque, pero también fue rechazado.

Las tropas de Cherniakovski mantuvieron sus posiciones hasta que recibieron la orden de replegarse.

Por la noche, las unidades de la división rompieron el contacto con el enemigo y ocuparon nuevas posiciones en el terraplén que pasaba por las afueras de Nóvgorod.

Toda la noche estuvo la 28.ª División fortificando sus posiciones. Cuando llegó la mañana se reanudó de nuevo el empecinado combate.

El que los hombres de la división mantuvieran una elevada disciplina y una alta capacidad combativa, se debía en gran medida a la experiencia y al prestigio de su jefe. I. Kótov, en la actualidad coronel de la reserva, antiguo jefe del Batallón de Exploración divisionario, recuerda: «Iván Danílovich tenía un gran poder de

atracción. A los que, entonces, eran como yo jóvenes jefes, nos trataba con gran afecto. Si algo no se hacía bien, no nos regañaba, no nos levantaba la voz, sino que con tono tranquilo, con un acento de reproche, nos preguntaba: «¿Cómo pudo ser así? Nosotros esperábamos que usted no se equivocaría». Después de tales observaciones nos esforzábamos durante mucho tiempo por recordar nuestros errores y no repetirlos.

Por su carácter, era un hombre con el que uno compartía gustoso cualquier peligro. Lo que hacíamos con gran entusiasmo».

* * *

El enemigo emprendía una y otra vez furiosos ataques en todo el frente defensivo de la división. Los alemanes atacaban en una oleada tras otra, disparando sobre la marcha sus subfusiles. En uno de los ataques, llegaron hasta nuestras trincheras. Desde su puesto de mando enclavado junto al edificio del transformador, en las afueras, desde donde se observaba todo el campo de batalla, Cherniakovski dirigía con mano férrea a las unidades de la división, asegurando su cooperación precisa. El fuego cerrado de la artillería cayó sobre las vanguardias del enemigo atacante. Las continuas salvas de la artillería divisionaria segaban literalmente las filas alemanas. Pero éstos seguían adelante. Y cuando sus fuerzas más avanzadas distaban ya unos trescientos o cuatrocientos metros del terraplén, los hombres de Cherniakovski abrieron contra ellas un mortífero fuego de fusilería y de armas automáticas. El enemigo no aguantó y volvió las espaldas. Todo hacía suponer que el ataque se habría terminado. Pero, inesperadamente, hicieron su aparición los tanques germanos, llevando de nuevo adelante a su infantería. Entraron en combate nuestras escasas piezas contracarro. También este ataque alemán fue rechazado. Sobre el campo de batalla se alzaron negras columnas de humo desde los carros enemigos en llamas.

Después de recibir fuerzas frescas, por la tarde el enemigo emprendió el ataque por decimotercera vez. En los regimientos de la división ya no quedaban ni granadas de mortero ni proyectiles

de artillería. Dejando que los alemanes se acercaran a una distancia de entre doscientos y trescientos metros, los combatientes los recibieron con descargas cerradas de fusilería y de armas automáticas. Pero, no reparando en bajas, los germanos seguían adelante flanqueando nuestras posiciones.

El jefe de la división disponía aún de varios carros de combate, como le gustaba decir, «para emblema», aunque sólo fuera para poder decir que la división era blindada. Esta postrera reserva estaba destinada para el momento decisivo. Y este momento llegó.

Y precisamente en el punto de nuestras líneas por donde habían irrumpido los tanques y la infantería de los alemanes, inesperadamente para ellos aparecieron dos temibles KV y cinco BT-7. Iván Danílovich centraba sus esperanzas en la última reserva. Él mismo dio en persona instrucciones al jefe del grupo acorazado y le ordenó no dar un paso atrás en el combate, en tanto no fueran retiradas las unidades de la división.

Nuestros siete carros, saliendo como una exhalación por detrás de la loma, abrieron fuego contra los tanques alemanes, ocultándose de nuevo tras la altura. De esta forma maniobraron varias veces. Se entabló un duelo de tanques. No habían transcurrido aún diez minutos cuando ya fueron inutilizadas dos máquinas alemanas. Esto dio moral a los combatientes de la división. Sin aguardar a que se lo ordenaran, los batallones salieron de las trincheras y se lanzaron al contraataque. Empezó un combate cuerpo a cuerpo. No resistiéndolo, los alemanes huyeron, dejando sobre el campo de batalla decenas de cadáveres. El enemigo se vio obligado a cesar los ataques. Cuando anocheció, protegidas por la reserva de tanques, las unidades divisionarias se replegaron organizadamente al pie de las murallas de Nóvgorod, la siguiente línea defensiva. Por la noche se municionaron.

La mañana siguiente los alemanes abrieron un fuego cerrado sobre las posiciones del terraplén. Estaban persuadidos de que nuestra primera línea defensiva pasaba precisamente por aquel obstáculo. En realidad, Iván Danílovich dejó en esta línea sólo patrullas avanzadas. Cuando la infantería enemiga, apoyada por los



tanques, superaba este sector, Cherniakovski descargó sobre ellos el fuego de la artillería. Entre tanto, los regimientos de la división, replegados a las nuevas posiciones, ya estaban listos para rechazar los nuevos ataques del enemigo.

Sólo entonces comprendieron el comisario y el jefe del estado mayor de la división que Cherniakovski tenía razón y que en vano ellos se opusieron a que se abandonara el terraplén sin lucha. Apostados tras los gruesos y fuertes muros de la fortaleza, los combatientes de la división se sentían bien protegidos, mientras que los alemanes avanzaban por un terreno descubierto, sufriendo enormes bajas por nuestro fuego, organizado previamente.

Chocando con una resistencia obstinada los alemanes se vieron obligados a replegarse hacia el terraplén. Nuevamente aparecieron en el aire los bombarderos en picado enemigos. El bombardeo abrió en los muros de la fortaleza enormes brechas, por las que se precipitó el enemigo. Se entablaron intensos combates. Las fuerzas de Cherniakovski se batían por cada manzana, por cada casa. Los tanques y la infantería enemigos llegaron muy cerca de los edificios y los batían con fuego directo. De las ventanas y de las buhardillas caían sobre los tanques alemanes botellas con líquido inflamable.

Nuestras pérdidas eran enormes, pero las del enemigo eran mucho mayores. De todas las maneras, prevaleció la desigualdad de fuerzas y el enemigo consiguió hacer retroceder a las unidades de la división. Cherniakovski, que había previsto todo de antemano, pudo organizar una defensa escalonada en profundidad. Nuestras unidades se replegaban a posiciones ya preparadas, imponiendo al enemigo cruentos combates callejeros.

A la misma hora en que la división agotaba al enemigo, obligándole a pagar con sangre cada paso adelante, la radio alemana se desgañitaba anunciando a todo el mundo que el Ejército Rojo estaba destrozado, que los rusos se habían visto obligados a lanzar al combate bajo las murallas de Nóvgorod a batallones femeninos. Esto era mentira. No existieron esos batallones femeninos especiales. Claro está que hubo también mujeres de Nóvgorod entre los que defendieron hombro a hombro su querida ciudad junto con

los combatientes. Por ejemplo, las chicas del Komsomol del Instituto Pedagógico se convirtieron en sanitarias y en enfermeras. Bajo el fuego enemigo evacuaban a los heridos y les hacían la primera cura allí mismo. Los hombres y las mujeres, que podían empuñar las armas, luchaban al lado de los combatientes. Los que no pudieron recibir armas las conseguían ellos mismos en el campo de batalla.

El enemigo no cesaba de cañonear y bombardear implacablemente la ciudad. Desde lejos, Nóvgorod parecía una descomunal hoguera. El humo de los incendios de la ciudad daba al cielo sobre ésta un matiz amarillo-pardo.

Al día siguiente, la situación de los defensores de Nóvgorod se hizo crítica. A los regimientos no les quedaba ni siquiera un tercio de sus hombres. Cherniakovski ordenó al capitán Kótov encabezar un destacamento selecto y defender el Kremlin de Nóvgorod hasta la última posibilidad. El grueso de las fuerzas, por orden del general I. Koróvnikov, comenzó a pasar a la margen oriental del río Vóljov.

Se retiraban lentamente, llevando en brazos a los heridos. Dejaban con dolor la ciudad, donde muchos camaradas habían caído heroicamente.

Durante la noche, la guarnición del Kremlin, mandada por Kótov, pudo obstruir las puertas con piedras y sacos terreros y organizar el sistema de fuegos. Por la mañana, los alemanes se aproximaron al Kremlin. Dejando llegar a los infantes germanos a unos doscientos o trescientos metros, los hombres de Cherniakovski rompieron fuego con armas automáticas. El diluvio de plomo segaba a los soldados enemigos. Sus formaciones se desbarataron. Los tanques alemanes no pudieron salvar el foso delante de la muralla del Kremlin y, aunque lo hubieran superado, no habrían podido entrar en la fortaleza, pues el puente que daba entrada a las puertas, fue previamente volado y la artillería alemana no pudo destruir los gruesos muros de la fortaleza. Y nuevamente se dejó oír en lo alto el zumbido de los motores de la aviación...

Hasta el atardecer la aviación estuvo bombardeando a los sitiados, que además eran cañoneados por la artillería. Las aspille-

ras desde las que se hacía fuego en los muros, eran batidas por los tanques y los cañones, adelantados para disparar a tiro directo.

Con los primeros rayos del sol, aparecieron en el despejado cielo aviones de largo fuselaje con cruces en las alas. Y de nuevo cayeron las bombas con su aterrador aullido.

Las murallas del Kremlin de Nóvgorod, con una altura de casi diez metros y un espesor de cerca de cuatro, protegían perfectamente a las fuerzas de Cherniakovski: los proyectiles enemigos no perforaban la sólida obra de mampostería. Envuelta en humo y polvo, la vieja fortaleza se levantaba majestuosa e inexpugnable, con las cúpulas doradas de sus templos lanzando destellos. Su guarnición descargaba un fuego mortífero sobre los atacantes. Varios tanques enemigos lograron acercarse a las murallas, pero todos fueron destruidos con botellas de líquido inflamable. Aunque Cherniakovski se encontraba en la ribera opuesta del Vóljov, dirigía por radio las acciones de la guarnición del Kremlin y la ayudaba constantemente.

Al pie de los muros del Kremlin reventaron bombas de quinientos kilogramos. El destacamento del capitán Kótov tuvo que retirarse de las murallas y buscar refugio. Apoyada por los tanques, la infantería alemana pasó de nuevo al asalto. A los defensores del Kremlin se les acabaron las municiones. Ya les era imposible contener la presión del enemigo. En aquellos momentos, por orden de Cherniakovski, la artillería divisionaria descargó desde la orilla oriental un fuego concentrado sobre el enemigo. El ataque alemán cesó.

No obstante, los germanos consiguieron irrumpir en el patio Vladichni del Kremlin a través de las brechas abiertas en los muros por el bombardeo.

Pero no sólo en el Kremlin se combatía ferozmente. Libraba también duros combates el 56.º Regimiento, que mandaba el comandante Nikífor Ignátievich Guerkó, hombre impertérrito y de gran iniciativa.

Durante los últimos cuatro días de lucha por Nóvgorod, el principal punto de apoyo en el sistema defensivo del regimiento fue la Casa del Ejército Rojo. En ella, aislados de los que defen-

dían el Kremlin, lucharon empecinadamente veintitrés valerosos combatientes, mandados por el teniente coronel Korníłov, jefe del estado mayor de la unidad. En cuatro días rechazaron más de diez ataques enemigos. Ya hacía mucho que los alemanes habían penetrado en cuña en nuestra defensa, pero en el sector de Korníłov los alemanes no pudieron dar un paso adelante.

Por orden de Guerkó se pasó varias veces al contraataque, en ayuda de los camaradas que se defendían en la Casa del Ejército Rojo. Durante uno de aquellos contraataques, Guerkó cayó herido de gravedad, siendo evacuado por sus hombres bajo un intenso fuego.

Al cuarto día de encarnizados combates sin poder tomar el Kremlin de Nóvgorod, el enemigo cesó la ofensiva. Desbordando el Kremlin por el norte, los alemanes se lanzaron con grandes fuerzas sobre Leningrado.

La comunicación por radio de la guarnición sitiada del Kremlin con el estado mayor de la división, se cortó inesperadamente. Por más que se esforzó el radiotelegrafista del capitán Kótov por restablecerla, no lo consiguió. Se habían descargado los acumuladores y no había donde recargarlos.

Intranquilo por la suerte del destacamento de Kótov, Cherniakovski envió a Vladímir Chízhik, su enlace, a establecer contacto con los sitiados. Debía transmitir a Kótov la orden de reunirse con las fuerzas principales de la división.

No fue fácil aproximarse al Kremlin. Aunque era de noche por todas partes había alemanes. En vista de ello, Chízhik se hizo con un tubo metálico que, asomando del agua, le permitiera respirar sumergido. Y se echó a nadar.

La noche era obscura y las ondas del Vóljov ocultaban al valiente de los observadores enemigos. Junto a los matorrales de la orilla salió con toda cautela del agua. Chízhik escudriñaba atentamente las tinieblas y prestaba oído a cada pequeño rumor. No sólo debía transmitir la orden, sino también guiar al destacamento de Kótov hasta la orilla oriental.

El sargento hizo un reconocimiento de la orilla. No lejos del sitio donde había arribado había unos cobertizos de tablas, largos



y bajos, que antes habían sido almacenes de leña. Descubrió un paso entre ellos, angosto y oculto por las sombras. Por allí se podría, tal vez, sacar del Kremlin a todos los hombres. Y si conseguían ensamblar una balsa, todo el grupo lograría cruzar a la margen opuesta y unirse a los suyos.

En torno al Kremlin no cesaban de ascender al oscuro cielo bengalas de iluminación: los alemanes no disparaban, pero no quitaban ojo de los defensores. En unas partes a rastras, en otras encorvado, y dejándose caer a tierra en cuanto subía chisporroteando una bengala, Chízhik pudo llegar hasta los sitiados. Su insólita aparición súbita suscitó una explosión de júbilo. Kótov abrazó al mensajero del jefe de la división. Chízhik le comunicó la orden y agregó:

—Despidiéndome, el coronel me dijo: abriros paso por donde podáis, apoyaremos al destacamento con fuego de artillería.

—Está claro —respondió Kótov—. Pero, ¿por dónde infiltrarnos?

—Entre los almacenes de leña. Por allí puede pasar todo un regimiento sin que los alemanes se percaten.

Kótov preparó de inmediato a sus hombres para la retirada, encargando a Chízhik encabezar la patrulla de descubierta.

El destacamento se movía con lentitud, esforzándose por no ser localizado... A los heridos los llevaban en camillas. Por fin, quedó el Kremlin atrás y surgieron ante ellos los almacenes de leña. No había tenido tiempo de pasar entre ellos cuando oyeron a sus espaldas ruido de pasos y voces.

—¡Los alemanes! —se susurraron uno a otro los combatientes.

A vanguardia, del lado del río, también se oyó movimiento y conversaciones en alemán.

—¡Ábranse paso! —decidió Kótiv, mientras ordenaba—: ¡Al ataque!

Comenzó el tiroteo, los combatientes soviéticos se arrojaron sobre los alemanes. Empezó un choque cruento.

El inesperado ataque nocturno sembró el desconcierto entre los alemanes. El destacamento consiguió separarse de ellos y abrirse paso hacia la orilla. Sólo quedaba dejar a un lado las posiciones alemanas y encontrar un sitio adecuado para cruzar el río.

Pero en aquellos momentos advirtieron que Kótov y el soldado Tiagniriadnó habían desaparecido.

Los combatientes se quedaron sin jefe. El más conmovido de todos era Chízhik. Cuantas veces habían realizado juntos atrevidas incursiones contra el enemigo, que siempre terminaban felizmente. En cambio esta vez...

Asumió el mando del destacamento el primer teniente Ivánushkin, adjunto de Kótov. Debía tomar una decisión en el acto. ¿Destacar unos cuantos hombres en busca de Kótov y Tiagniriadnó? ¿Los podrían encontrar? Cuando éstos se fueran quedarían aún menos hombres aptos para combatir, amén de que muchos iban cargados con los heridos.

—¡Sargento Chízhik! —dijo a su ayudante y guía Ivánushkin—. Usted conoce bien a Iván Ivánovich. Diga, ¿cómo habría obrado él en este caso?

—Pienso que, ante todo, el capitán Kótov se habría esforzado en sacar a todos y reunirse con los nuestros.

—Yo también pienso así. Es poco probable que podamos ayudar al capitán... Decidido. Cruzaremos el río.

En el dispositivo de nuestras tropas, en la ribera este del Vóljov, frente a Nóvgorod, reinaba el silencio. Los artilleros, que deberían asegurar la salida del cerco al destacamento de Kótov, esperaban atentos la señal. Se había convenido que los que salían indicarían los objetivos a nuestros artilleros con ráfagas cortas de balas trazadoras.

Los observadores en la margen oriental se esforzaban pero no veían la señal convenida.

En aquellos instantes en el destacamento no podían encontrar los cargadores con balas trazadoras. Buscaron por todas partes. Nada. ¿Qué hacer? La conversación llegó a oídos del ametrallador Remízov, gravemente herido. No había perdido el conocimiento y señaló con la mano a su capote. Cuando levantaron el faldón, descubrieron un disco con balas trazadoras.

Y he aquí que los puntitos luminosos de las balas marcaron sus trazos en las tinieblas. No había pasado un minuto, cuando rompió el fuego la artillería divisionaria. La sorpresiva barrera de

fuego obligó a los alemanes a refugiarse, momento que fue aprovechado por Ivánushkin y los que él conducía. Alcanzaron la orilla sin pérdidas, armaron rápidamente almadías ligeras, encontraron barcas de pescadores y cruzaron el río.

La guarnición del Kremlin se unió al grueso de las fuerzas divisionarias. Solamente no volvieron el capitán Kótov y el soldado Tiagniriadnó.

¿Qué podía haberles ocurrido?

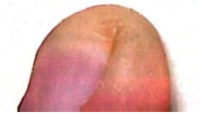
...Aquella noche, cuando se vieron separados de los suyos, Kótov y Tiagniriadnó, anduvieron mucho tiempo de aquí para allá buscando un camino seguro, pero por todas partes chocaban con los alemanes. Ya por la mañana, desfallecidos, pero aún con la esperanza de poder abrirse paso, se detuvieron en un bosquecillo ribereño, junto al mismo lindero, decidiendo pasar allí el día. En unos matorrales encontraron al comisario de batallón Kostin, gravemente herido, que ya la víspera se había quedado aislado en un combate nocturno. No habían vendado aún a Kostin, cuando los alemanes los localizaron. En este desigual choque sucumbió Tiagniriadnó. Cuando disparó las últimas balas, Kótov se acercó a rastras al comisario de batallón. Éste, comprendiendo, por lo visto, de qué se trataba, dijo en un susurro:

—Toma mi pistola y la granada. Vivos no nos entregaremos.

Kótov consiguió arrastrar a Kostin hasta un espeso matorral y las tinieblas que se echaban encima los salvaron.

En cuanto cayó la noche, cargando a Kostin, Kótov se arrastró hacia el río. Cuando llegó el alba habían dejado atrás la última posición enemiga, sólo les faltaban unos trescientos metros para llegar a la orilla. Las fuerzas iban abandonando a Kótov, pero él seguía arrastrándose con su camarada. Cuando ya amanecía, atando unos cuantos troncos, Kótov y Kostin atravesaron el río Vóljov. ¡Con un júbilo inenarrable recibieron los exploradores a Kótov! Especialmente se alegró el sargento Chízhik: «¡Aún combatiremos juntos, camarada capitán. Hasta la misma victoria!»

Pero estaba visto que el sueño del intrépido explorador no se realizaría. Al cabo de unas semanas, después de que Kótov se reincorporaba, Vladímir Chízhik murió como un héroe.



A finales de septiembre la división combatía tenazmente en la zona de las alturas de Valdái. El jefe de la división llamó a Chízhik. Cherniakovski le conocía bien desde la toma del puente en las cercanías de Madona.

—Camarada sargento —dijo a Chízhik—, a la división se le ha ordenado defender un sector de gran importancia estratégica, desde el lago Vilie hasta el lago Seliguer. Necesitamos saber qué fuerzas enemigas tiene enfrente nuestra división; desconocemos también lo que puede emprender mañana el adversario, por todo esto nos vemos obligados a tener que actuar a ciegas. Han fracasado todos nuestros intentos para capturar un prisionero en primera línea, pero seguimos necesitando a toda costa a alguien que hable. —Cherniakovski, mirando a los ojos de Chízhik, prosiguió—: sólo nos queda una salida: capturar a un alemán en la retaguardia, a unos dos kilómetros de la primera línea. Un comando o un destacamento de exploración no podrán penetrar hasta allí sin ser descubiertos. Lo mejor es enviar a uno o dos hombres. Por supuesto, que el riesgo es grande. Me he asesorado con el capitán Kótov y nos hemos detenido en su candidatura. ¿Qué le parece?

Chízhik estaba dispuesto a pasar a través de las llamas y del agua con tal de cumplir la orden del jefe de la división. ¿Cómo podía ser de otra manera? En su momento, el coronel Cherniakovski le incluyó en el grupo de exploración, y por la hazaña en el puente de Madona le propuso para ser condecorado con la Orden de la Bandera Roja. Además, en la división sabían que su jefe valoraba a Volodia Chízhik como a un audaz explorador, llenando de orgullo a éste último.

—¡Camarada coronel, justificaré su confianza, cumpliré la orden! —respondió Chízhik con palabras concisas.

—Volodia, te lo pido como a un hijo, sé prudente —dijo Iván Danílovich, acercándose a Chízhik y abrazándole—. Los detalles de la misión te los comunicará el capitán Kótov. Que tengas éxito.

Chízhik se presentó a Kótov. Tomaron asiento a una pequeña mesa, hecha de cajones. El capitán extendió en ella el mapa. Recorriéndola con la punta del lápiz, señalaba con todo detalle al sargento cómo estaba dispuesta la defensa alemana, y cuándo se ha-

cía en ella el relevo de los centinelas y de los escuchas. Muchas cosas de estas ya las conocía Chízhik, pues había estudiado con toda atención la posición defensiva del enemigo. Junto con el jefe del batallón elaboraron un plan de acción pormenorizado, convinieron las señales y cómo sería asegurada la cobertura. Despidiéndose de Chízhik y del soldado Nazárov, elegido por el primero como pareja, Kótov les dio un efusivo apretón de manos.

No hacía mucho que Chízhik y Nazárov se habían hecho amigos, pero en el frente las personas se conocen enseguida y uno estaba seguro del otro. Nazárov se enorgullecía de que iba a cumplir una misión de combate con un explorador tan conocido. Él no tenía la experiencia de Chízhik y no se imaginaba con tanta claridad el riesgo que correrían. Comprendiéndole, Chízhik reflexionaba: «Puede ser que así sea mejor, pues el miedo no será tan grande. Después, se acostumbrará. El explorador comienza por esto, por sacudirse el miedo».

Chízhik y Nazárov se arrastraron por la tierra de nadie y se tumbaron en la hierba, junto a las mismas alambradas, delante de las trincheras alemanas. Prestaron oído. El silencio era completo. Ya se disponían a cortar las alambradas cuando, de pronto, sintieron pasos. Resultó que allí cerca velaba un alemán. Se deslizaron un poco hacia un lado y volvieron a escuchar. Después, sin el menor ruido, cortaron la alambrada, abriendo un paso en ella. Chízhik y Nazárov pasaron reptando el obstáculo y se encontraron frente al parapeto de la trinchera enemiga. Quedaron petrificados: tras una curva de la trinchera había otro escucha alemán y, al parecer, había oído algún ruido, como lo denotaba que hasta dijo unas palabras para consigo mismo. Pero no gritó la alarma. ¿Les habría tomado por suyos? ¿O no los habría visto?

Esperando un poco, los exploradores echaron a andar con paso rápido por la trinchera en sentido opuesto al que se encontraba el escucha. Salieron con precaución de la trinchera y empezaron a atravesar unos matorrales. De camino, localizaron unos cuantos puntos de fuego del enemigo, fijando en su memoria cómo estaban dispuestas las trincheras de la línea de defensa.

Por delante, brotaron de la oscuridad las vallas y los techos bajos de la aldea Oréjovka...

—¡*Halt*!

—¡Misha, corre! —gritó Chízhik y, protegiéndole, disparó su subfusil contra los alemanes que los habían descubierto.

Dos enemigos corrían hacia Chízhik. A uno lo tumbó a tiros. El segundo, con el subfusil preparado, corría de un árbol a otro, siendo difícil apuntarle en la oscuridad.

De pronto, el alemán se asomó por detrás de un árbol, a unos diez metros de Chízhik, éste apretó el gatillo, pero el enemigo no cayó. Chízhik quiso disparar de nuevo, pero, el alemán dando un paso más hacia él, se desplomó. En este momento, sorprendieron a Chízhik por la espalda. Por lo visto los alemanes, habían decidido coger al explorador vivo. Desprendiéndose de ellos, derribó a uno de los atacantes de un culatazo. Pero se le echaron encima tres más, le aturdieron de un golpe en la cabeza y le maniataron.

Nazárov consiguió burlar a sus perseguidores y retornar a la división. Todos sintieron mucho la pérdida del sargento Chízhik, un explorador magnífico.

Pero aún abrigaban la esperanza de que sabría volver. Pasó un día, pero Chízhik no regresó. Le dieron por desaparecido. Pero al segundo día, a las 08.00 horas, los soldados de la avanzada de combate trajeron hasta el Batallón de Exploración al sargento Chízhik, pálido como un muerto, ensangrentado, con la mano izquierda cortada por la muñeca. Informó de lo que había descubierto en el dispositivo enemigo y de cómo se había evadido.

Cuando los alemanes apresaron a Chízhik, lo llevaron a su puesto de mando, empezaron a interrogarle sin lograr arrancarle nada. En vista de ello, resolvieron entregar al poco comunicativo prisionero a los hombres de las SS. Chízhik comprendió en el acto lo que le esperaba ahora, en manos de los del uniforme negro, con calaveras en los galones del cuello. Intentarían arrancarle datos, sometiéndole a horrorosas torturas para, al final, darle muerte inexorablemente. ¡Comprendía que sólo tendrían piedad de él si contaba lo que le exigirían! Pero, ¿podía contar un secreto militar y convertirse en un traidor?



Los SS encerraron al sargento prisionero en un pajar situado en un extremo del recinto del koljós. Le encadenaron por la mano izquierda a la puerta del pajar y cerraron ésta.

«¿Cuándo vendrán a por mí? ¿Puede ser que aún me lleven a alguna otra parte? —Chízhik se torturaba ante esa idea—. ¡Pero sólo me aguarda un final! Tengo que fugarme. Pero, ¿cómo?»

La luz diurna, que se filtraba en el pajar por las rendijas en las paredes, fue extinguiéndose poco a poco, hasta que oscureció totalmente.

Chízhik escuchaba anhelante todos los ruidos que llegaban del exterior. A juzgar por el silencio que reinaba alrededor del pajar, comprendió que los hombres de las SS no se habían molestado siquiera en poner un centinela, confiando en la solidez de la cadena.

Lleno de esperanza, comenzó sin el menor ruido a sacar astillas de las tablas de la puerta, en el sitio por el que entre ellas salía afuera la cadena. ¿Y si el extremo opuesto de la cadena, al que tenía sujeta la mano, estaba atado a la puerta de forma que se pudiera desenganchar?

Chízhik estuvo trajinando larga y tenazmente, deshollándose los dedos, hasta sangrar. Por fin, logró arrancar una tabla. Sacó la mano por el agujero, palpó la cadena y la retiró desesperado: el extremo de la cadena estaba soldado al marco de hierro que constituía el armazón de la puerta. Era imposible por completo desunir la cadena.

¿Qué hacer? ¿Quizás intentar romper o deslabonar la cadena? Para ello bastaría abrir un solo eslabón...

Con una piedra que encontró en el suelo del pajar, Chízhik empezó a golpear furiosamente un eslabón tras otro. Pero no tardó en arrojar desesperado la piedra.

Con la respiración entrecortada, Chízhik se sentó, arrimando descorazonado su ardorosa frente a las rugosas tablas de la puerta. La situación era para desalentarse, pero había que buscarle salida.

Desde muy lejos llegó a sus oídos el sonido del motor de una motocicleta que se acercaba por momentos. «¿Puede ser que ya vengan a por mí?»

Chízhik se imaginó cómo le agarrarían, le tirarían al sidecar de la motocicleta y le llevarían a retaguardia para torturarle y darle muerte...

La motocicleta traqueteaba ya por la calle, los reflejos del rayo de su faro bailotearon en las rendijas, que eran muchas en la pared de tablas del pajar.

«No viene por mí... — Chízhik acompañaba con la mirada los reflejos que se alejaban—. ¡Pero tarde o temprano vendrán en mi busca! ¡Tengo que apresurarme! Pero, ¿cómo soltarme? ¿Cómo?»

Su mano libre se alargó a la caña de la bota, donde guardaba el cuchillo que, por una feliz casualidad no le habían encontrado los alemanes, a pesar de que le habían cacheado de pies a cabeza. Apretó con fuerza el mango del cuchillo con la mano derecha, arrimando la hoja a la muñeca de la izquierda, un poco más abajo del sitio, donde la argolla de acero rodeaba la muñeca. Durante un segundo quedó inmóvil, con los ojos entornados... Luego, dejó a un lado el cuchillo y empezó a rebuscar por el suelo: «Hay que preparar un torniquete. ¡De lo contrario, me desangraré!»

Ya antes había observado que por el suelo del pajar que, en otras ocasiones, por lo visto, sirvió para aparcar ciertas máquinas, estaban desparramados trapos engrasados y trozos de alambre.

Después de buscar mucho tiempo en la oscuridad, palpó un cabo de cuerda, atándose fuertemente por encima de la muñeca izquierda dos torniquetes.

Ya estaba todo listo, ahora sólo falta decidirse. Reuniendo todo su ánimo, Vladímir tomó de nuevo el cuchillo y, sin la menor vacilación, hundió con fuerza la hoja en los tensos y palpitantes tendones.

El dolor le nubló la vista. Le pareció haber perdido durante unos instantes el conocimiento. Le palpitaba alboratada la sangre en las sienes, el corazón le latía sonoramente. Pero, venciendo el dolor y la debilidad que iba apoderándose de él, siguió cortando, cortando. El dolor era tan lacerante que faltó poco para que soltara el cuchillo. «¡No debo desmayarme! ¡Tengo que acabar!»

Sonó metálicamente la cadena, cayendo al suelo con la mano amputada. ¡Estoy libre! Ahora no tengo que perder un minuto, sa-



lir del pajar, escaparme, cueste lo que cueste, para reunirme con los míos. Que el jefe de la división, el coronel Cherniakovski, sepa que el sargento Chízhik no se entregó a los alemanes ¡Os equivocáis, fascistas, no es tan sencillo domeñar a Chízhik!

Otra vez se dejaron oír los motores de las motocicletas. Volodia salió del pajar como una exhalación, echó a correr y se desvaneció. Cuando volvió en sí vio allí cerca las luces de los faros. Rasgó su camisa y se vendó en un santiamén el muñón. Al cabo de unos minutos ya había salido del recinto por el lado donde comenzaba el campo.

Metiéndose a toda carrera en unos matorrales, Chízhik sintió que el torniquete inferior se le había caído, brotando la sangre a borbotones por las arterias cercenadas.

Ligando presuroso el compresor y sujetándose el brazo mutilado con el sano, se apresuraba por llegar a un bosque salvador, que sombreaba no lejos de allí.

El camino de Chízhik para llegar hasta los suyos estaba señalado por un reguero sanguinolento...

De la parte de la aldea, de donde había escapado Chízhik, se oía cada vez con más claridad el ruido de los motores de las motocicletas alemanas. ¿Habrían emprendido su persecución? ¡Debía llegar cuanto antes con los suyos! El explorador marchaba hacia el este abriéndose paso entre una espesa maleza...

La noticia de que había regresado el sargento Chízhik, se corrió como la pólvora por toda la división. En primer lugar, se la comunicaron a Cherniakovski, quien ordenó al cirujano principal del Batallón de Sanidad divisionario marchar con toda urgencia en una ambulancia al Batallón de Exploración y prestar la ayuda posible al valeroso explorador.

El cirujano no perdió ni un minuto. Reconoció al herido y se preparó con toda premura para operarle. Pero ya nada podía salvar al sargento: se le había declarado la gangrena en su último grado. Vladímir Chízhik falleció.

Cherniakovski ordenó enterrar al héroe con todos los honores militares. Sobre la tumba de Chízhik dijo:

—El mando, las organizaciones del partido y del Komsomol

de la división han educado una pléyade de héroes, capaces de superar cualquier dificultad. Pero el sargento Chízhik ha realizado una proeza sin par, se atrevió a dar un paso, a soportar tales torturas sobrehumanas en aras del cumplimiento de la misión de combate encargada y del juramento hecho, a lo que muy pocos se atrevieron.

* * *

En septiembre de 1941, la 28.ª División combatía duramente a varios kilómetros al este de Nóvgorod. Los regimientos de las divisiones de infantería vecinas comenzaron a retirarse de las posiciones por el río Voljovéts. El enemigo desbordaba los flancos de la división de Cherniakovski, sin que éste tuviera reservas con las que taponar la brecha abierta. Carecía de enlace con las unidades en repliegue del vecino de la derecha. La situación se iba tornando catastrófica en este sector. Iván Daniílovich se dispuso a librar un duro combate. Retiró parte de las fuerzas de los sectores por los que el enemigo aún no había atacado. Pero, de pronto, ocurrió algo insólito: nuestra aviación se lanzó sobre los alemanes. Las unidades de infantería que se retiraban se detuvieron y, reorganizando sus órdenes de combate, contraatacaron con ímpetu a los germanos.

Aprovechándose de ello, Cherniakovski pasó también al contraataque con parte de sus fuerzas. Esto cambió en redondo la situación en favor de nuestras tropas. Las unidades alemanas avanzadas fueron bloqueadas y, abandonando sobre el campo de batalla centenares de muertos y arrojando el material, se retiraron. En estos combates fue herido gravemente el capitán Pashkov, que mandaba uno de los grupos que contraatacaban. En su lugar fue designado jefe del estado mayor de la división el comandante A. Jantemírov.

Arrollando y aniquilando a los alemanes que habían penetrado en cuña en el flanco derecho, las pequeñas unidades de la división se unieron a las restantes unidades nuestras, que estaban golpeando al enemigo. Aquí, sobre el campo de batalla, se encontraron inespe-

radamente Cherniakovski y el teniente general N. Vatutin, jefe del Estado Mayor del Frente Noroeste. Cuando concluyó el combate victorioso, el jefe de la división se presentó a Vatutin para darle el parte. Éste abrazó a Iván Danílovich y le dijo:

—Gracias por la ayuda. Su conducta es la correcta, coronel: sucumbe tú mismo pero ayuda al vecino...

—Camarada general, ustedes también nos ayudaron a nosotros. No pude comprender de ninguna manera qué milagro se había producido: las tropas que se retiraban, de pronto, pasaron a la ofensiva, como si fueran otras.

—Eran los mismos combatientes y jefes, sólo que llegamos a tiempo —y Nikolái Fiódorovich señaló con un ademán a un coronel con uniforme de aviador que le acompañaba—. Nuestros pilotos plancharon bien a los fascistas.

Este encuentro lo recordaron ambos durante mucho tiempo. Después de esta operación, se estableció entre ellos una verdadera amistad de compañeros de armas.

* * *

El coronel general Von Busch, comandante en jefe del 16.º Ejército alemán, estimaba que la división de Cherniakovski estaba derrotada, por lo que sacó un regimiento de las posiciones situadas frente a la división soviética, con el propósito de retirar después otro. Pero también en esta ocasión Von Busch cometió un craso error a la hora de apreciar la capacidad combativa de la 28.ª División. La primera vez que la «enterró» ya fue en el Báltico, durante el verano. Entre tanto, los hombres de Cherniakovski seguían contraatacando furiosamente e impedían al enemigo desarrollar la ofensiva en su sector. Todo el Frente conocía la firmeza de la división en la defensa y sus resueltos contraataques.

Estos éxitos de la unidad estaban determinados en gran medida por las cualidades personales de su jefe. Cherniakovski no sólo poseía profundos conocimientos militares, sino que también sabía utilizarlos a tenor de la situación. Dominaba los hábitos del funcionario del Partido y realizaba personalmente un gran trabajo

educativo. Le ayudaban a inculcar en los combatientes elevadas dotes morales los comisarios divisionarios de experiencia como V. Shaláev, A. Bankvítser, N. Zagrúzin y los jefes de las secciones políticas I. Tretiakov y Y. Kirichenko. Todos ellos se compenetraron pronto con el jefe de la División. Iván Danílovich estimaba mucho a los instructores políticos. No se imaginaba su labor al margen de un sólido y permanente contacto con el aparato político divisionario, sin el apoyo de las organizaciones del Partido y del Komsomol. Muy lejos de la división se difundía la idea de que en ella estaba bien organizado el trabajo de partido y político y se hablaba de las elevadas cualidades morales y combativas de sus hombres.

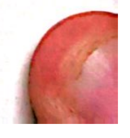
* * *

En septiembre, en los momentos en los que se libraban los combates más duros hasta la fecha, vinieron a ver a Cherniakovski el teniente general Pável Alexéievich Kúrochkin, nuevo comandante en jefe del Frente Noroeste, y el jefe de la Dirección de Operaciones, mayor general Piotr Ivánovich Igolkin. Les acompañaba Biálik, corresponsal del periódico del Frente. Los generales regresaron pronto al Cuartel General del Frente. El corresponsal se quedó al objeto de obtener materiales para el siguiente número del periódico...

—Escuchemos al camarada Biálik —dijo en la reunión relámpago de corresponsales el redactor del periódico del Frente Noroeste, concediendo la palabra al periodista, recién llegado de la primera línea de fuego.

—Cuando nos dirigíamos al puesto de mando del coronel Cherniakovski, nos parecía que su división no aguantaría y que no llegaríamos al sitio: el cielo estaba lleno de bombarderos enemigos, llovían las bombas, tronaba la artillería alemana, ocultando todo a vanguardia el negro humo de las explosiones. Comenzaron a explotar los proyectiles junto a nuestro coche. Nos detuvimos. Un casco de metralla perforó los neumáticos traseros. Tuvimos que seguir a pie.

Llegamos al puesto de mando en el momento culminante,



cuando los alemanes habían pasado al ataque. Cherniakovski observaba imperturbable el combate por el anteojo goniométrico, impartiendo órdenes tranquilamente. Pero había motivos para alterarse. En el flanco izquierdo los carros de combate y la infantería alemanes comenzaban ya a presionar a las fuerzas de Cherniakovski. No tardarían en ocupar las posiciones. Se precisaba enviar a alguien al flanco izquierdo para restablecer la situación. Los adjuntos del jefe de la división estaban en las unidades. Llamó al comisario Tretiakov, jefe de la Sección Política, y le dijo: «Iván Nésterovich, ahora se decide todo. No tenemos reservas. Póngase al frente de la sección de defensa del puesto de mando y contraataque en el flanco izquierdo». Yo quise acompañar al comisario al flanco izquierdo, pero Cherniakovski me detuvo: «Los acontecimientos principales no se desarrollarán en el flanco izquierdo, sino aquí». Y efectivamente, los alemanes, contraatacados en el flanco izquierdo, trasladaron la fuerza de su golpe al centro del dispositivo. Debo decirles que en el puesto de mando divisionario se luchaba con tanto ardor como en la primera línea de fuego. Dos veces irrumpieron allí los alemanes. El propio jefe de la división dirigió los contraataques. En aquellos momentos de tensión, el coronel Cherniakovski no perdió la presencia de ánimo. ¡Es un hombre con nervios de acero!

—Mientras rechazaban los ataques en el sector del puesto de mando —continuó Biálik—, Tretiakov restableció la situación en el flanco izquierdo, dando un ejemplo de cómo debe comportarse un instructor político en los momentos *más* críticos. Su ejemplo lo siguieron muchos. En la división de Cherniakovski los hombres son como su jefe.

—¿Escribirá usted acerca de esto? —preguntó a Biálik el redactor.

—Sí. Titularé el ensayo *El carácter del coronel Cherniakovski*...

Por orden del Gran Cuartel General, el 21 de septiembre de 1941, la 28.ª División fue retirada para su reorganización. Apenas le quedaban carros de combate. La división se completó con armamento y hombres, mientras que a sus mejores veteranos —los tanquistas cubiertos de gloria, que constituían el núcleo divisionario, templados en los combates—, aunque le apenaba separarse de sus

compañeros de armas, Cherniakovski los envió a completar las grandes unidades blindadas. Sabía perfectamente cuánto necesitaban disponer de tanquistas fogueados.

Al jefe de la antigua división de tanques le ocupaban a la sazón otros quehaceres. Sus pequeñas unidades tenían ahora que cambiar el transporte motorizado por el transporte hipo móvil, que adquiría especial importancia en un terreno tan pantanoso como el de la región de Nóvgorod.

Día y noche se trabajaba ardorosamente en los polígonos y en los campos de tiro divisionarios, adiestrándose para el combate. Iván Danílovich se esforzaba para que ni un día, ni una hora se perdieran en vano.

* * *

El 9 de noviembre, el comandante Jantemírov, jefe del estado mayor de la división, informó a Cherniakovski:

—Desde el Estado Mayor del Ejército han comunicado que en nuestro sector se esperan operaciones del enemigo. Se nos ha ordenado acelerar los trabajos de fortificación. El enemigo ha tomado Tijvin. Leningrado está aislado del resto del país. Temo, que su suerte esté decidida...

—Camarada comandante, no exagere.

—Considero mi deber informar objetivamente acerca de la situación.

—¿Recuerda lo que los fascistas anunciaban a bombo y platillo al mundo entero hace unos días? Decían que la suerte de Moscú estaba echada, que el 7 de noviembre Hitler presenciaría el desfile de sus tropas en la Plaza Roja. Pero, ¿qué parada tuvo lugar? La nuestra. La historia no había conocido aún una parada de tal envergadura bajo el tronar del cañoneo enemigo. Al pie del Mausoleo de Lenin nuestros combatientes juraron vencer al enemigo y, directamente, desde el desfile, entraron en combate, ahí tiene usted el resultado. Hitler se atascó a las puertas de Moscú. Que Leningrado haya sido aislado no es bueno, por supuesto. Pero aún es pronto para sacar conclusiones.



—Camarada coronel, nosotros necesitamos tanques y aviones. Mientras el Frente los reciba...

—En efecto, precisamos material bélico. Pero no sólo en él reside nuestra fuerza. ¿Sabe —recordó Cherniakovski— que en el puesto de mando del ejército vi a un enlace del destacamento guerrillero que manda Karabach? Este enlace cruzó la línea del frente el siete de noviembre. Contaba que cuando en la retaguardia del enemigo escucharon por radio el discurso de Stalin, pronunciado desde la tribuna del Mausoleo de Lenin a la gente se le saltaban las lágrimas de alegría y de emoción, al saber que Moscú se mantiene incólume. ¡Y todos hicieron el juramento de luchar a muerte contra el enemigo! Así es que ya está usted viendo, camarada comandante. Lo primero que tenemos que preocuparnos es por hacer inexpugnable nuestro sector. Mejor sería que informase de cómo está preparada la defensa contracarro.

—Junto con el jefe de la artillería hemos estado en las direcciones más peligrosas de tanques —respondió Jantemírov—. Decidimos dejarlo todo tal y como está previsto en el plan de la defensa. —Y desplegó el mapa topográfico sobre la mesa del jefe de la división.

—Todo lo dibujado por usted en el mapa está bien. Pero, dígame, ¿a los jefes de las secciones y de las baterías de artillería contracarro se les ha designado responsables de los sectores de defensa y de los sectores de tiro en el intervalo con el vecino?

—Hemos designado responsables a los jefes de las compañías y de los batallones de fusileros. Ellos fueron quienes plantearon las misiones a los artilleros.

—Plantear la misión no es todo. Lo importante es que no falte responsabilidad personal, que todos sientan obligación por su sector y que no confíen en la ayuda del vecino. Por su carta se ve que a los cañones contracarro les han designado desacertadamente el sector de tiro. Todos no sé por qué, están enfilados frontalmente contra el enemigo, mientras que deberían haberse emplazado para batir a los tanques alemanes de flanco. Envíe a los regimientos al jefe de la Sección de Operaciones y a un representante del mando de la artillería, para que sobre el terreno organicen todo eso y hagan las correcciones de rigor.

Así era como Iván Danílovich profundizaba en todo lo que atañía a los preparativos de la división para la defensa. Posteriormente, los alemanes chocaron en la zona de la división con una defensa firme y bien organizada, contra la que se estrellaron sus planes de ruptura relámpago.

En tenaces combates los hombres de Cherniakovski mantuvieron Valdái, obligando al enemigo a pasar a la defensiva y a tener que invernar junto a los lagos Seliguer y Vilie. En este sector, la división erigió importantes obras de ingeniería y obstáculos, que fueron consideradas como unas de las mejores en el ejército.

El general N. Berzarin, jefe del 27.º Ejército, y M. Rudakov, miembro del Consejo Militar, evaluaron muy alto los méritos de armas del jefe de la división, coronel Cherniakovski. Señalaban en sus informes:

«...En el combate demuestra firmeza y valor, es resuelto e intrépido. Es merecedor de que se le conceda la Orden de la Bandera Roja...»

Desde enero de 1942, por decisión del Gran Cuartel General, la 28.ª División de Tanques pasó a denominarse 241.ª División de Infantería. No le fue fácil a Cherniakovski pasar de una división acorazada a una división de infantería, pues estaba encariñado con las fuerzas blindadas y hubiera querido seguir siendo siempre tanquista. Pero las órdenes son las órdenes.

La 241.ª División de Infantería participó activamente en las operaciones ofensivas invernales del Frente Noroeste. A comienzos de enero, las grandes unidades del 3.er Ejército de Choque, del teniente general M. Purkáev, y del 11.º Ejército, del teniente general V. Morózov, rompieron la defensa enemiga al sur del lago llmen y empezaron a progresar impetuosamente hacia Stárayo Russa. Los regimientos de Cherniakovski asestaron un golpe al enemigo en dirección a Zhabie, avanzando por el hielo del lago Seliguer. En su superficie helada se entablaron encarnizados combates. El intenso fuego enemigo obligó a nuestra infantería a tumbarse sobre el hielo. Parecía que no habría fuerza capaz de obligar a los hombres a lanzarse de nuevo al ataque. Cherniakovski se comportó como en Shauliai. Ordenando a la artillería intensificar

el fuego y empuñando el subfusil apareció entre los combatientes, a quienes el fuego enemigo les había obligado a tumbarse. La fuerza mágica del ejemplo personal del jefe de la división, puso en pie a los combatientes que se lanzaron en avalancha al ataque y tomaron los puntos de apoyo de los alemanes en la margen opuesta. Ahora ya no había fuerza capaz de pararlos. Salvando el obstáculo que representaban el grosor de la capa de nieve y la falta de caminos, apretando el cinturón del cerco en torno a la agrupación enemiga en Demiansk, avanzaron doce kilómetros más, arrasaron en las afueras de la aldea Monakovo el puesto de mando del 415.º Regimiento de Infantería alemán y con un ataque nocturno se apoderaron del pueblo de Monakovo, a pesar de que los germanos lo defendieron encarnizadamente.

Por la defensa de Nóvgorod y por su valor e intrepidez, por Decreto del Presídium del Soviet Supremo de la URSS del 16 de enero de 1942, se condecoró a Iván Danílovich Cherniakovski con la Orden de la Bandera Roja. Por su participación activa en el cerco de las grandes unidades del 16.º Ejército alemán del coronel general Von Busch en la región de Demiansk se le concedió la segunda Orden de la Bandera Roja. El 5 de mayo de 1942 fue ascendido a mayor general.

En junio de 1942 Cherniakovski fue llamado a Moscú. Iván Danílovich ordenó a Komarov prepararse urgentemente para el viaje. En tales casos, por lo común, el ayudante no hacía preguntas. Pero en esta ocasión no pudo resistir la tentación de preguntar. No sabía qué pensar: la División seguía en su lugar, quedaban los hombres, con los que la amistad había sido sellada con sangre. Más de una vez, muchos de ellos, arriesgando la vida, salvaron al jefe de la división. Obedeciendo a su mandato marcharon al combate y en más de una ocasión se enfrentaron a la muerte. «¿Será posible que nos separemos?» —se perdía en conjeturas Komarov.

En el lindero del bosque se formaron las pequeñas unidades del estado mayor de la división con sus oficiales. Cherniakovski pasó revista a la formación.

—¡Adiós, queridos amigos, camaradas de combate! —dijo, y

todos pudieron advertir cuán emocionado estaba el jefe de la división—. ¡Conserven las gloriosas tradiciones de la división!...

—¿A dónde le destinan a usted, camarada general? —se oyó preguntar.

—Por el momento lo desconozco, me llaman a Moscú. Cuando lo sepa os lo comunicaré.

...El aspecto de Moscú era severo. A la entrada de la ciudad Iván Danílovich vio por ambos lados de la carretera pilotes y zanjas contracarro. Camufladas con pinturas grises, las casas parecían sombrías. Todo conservaba aún las huellas de las jornadas del otoño anterior, cuando el enemigo se encontraba a las puertas de la capital.

Iván Danílovich se presentó en su casa inesperadamente, pues no tuvo tiempo de avisar a su esposa con un telegrama de su llegada. ¡Con qué júbilo le recibieron Nila, Alik y Anastasía Grigórievna! Con curiosidad y admiración observaban las condecoraciones en su pecho, las estrellas de general en el cuello de la guerrera...

No estuvo mucho tiempo Iván Danílovich con sus familiares. Al día siguiente, ellos mismos le acompañaron al aeródromo.

VII

AL SUDOESTE DE MOSCÚ

París, El Alamein, Vorónezh... Este triángulo, de una enorme extensión, encerraba las conquistas territoriales de la Alemania nazi en 1942. Los recursos industriales y el potencial bélico de los países europeos esclavizados estaban puestos al servicio del agresor. Dejando en Europa Occidental una parte pequeña de sus tropas, Hitler lanzó el grueso de sus fuerzas contra la Unión Soviética.

Para julio de 1942, las tropas alemanas habían logrado grandes éxitos en el Frente del Este. Por aquellas fechas habían sido totalmente ocupados el Báltico, Bielorrusia, Ucrania y las regiones occidentales y meridionales de la Federación Rusa. La Unión Soviética se vio privada de la hulla del Donbáss, del manganeso de Níkopol, del mineral de hierro de Krivói Rog, así como de riquísimas regiones agrícolas de Ucrania. El enemigo se encontraba a ciento cincuenta kilómetros de Moscú. Las tropas del mariscal Von Klücher estaban a las puertas de Leningrado. El grueso de las fuerzas del Grupo de Ejércitos Sur avanzaban hacia Vorónezh y el mariscal Von Kleist llevaba a cabo la ofensiva en el Cáucaso.

En el Norte de África, el mariscal Rommel preparaba sus tropas para cruzar por la fuerza el Nilo y el Canal de Suez. Los aliados de Hitler, los militaristas nipones, destrozaron con un ataque aéreo por sorpresa la Marina de Guerra norteamericana en Pearl Harbor. A propósito de esto el general inglés Fuller escribió: «...Los norteamericanos, a semejanza de Adán y Eva, descubrieron que estaban

desnudos». No tardaron los japoneses en ocupar la base naval y la fortaleza británica de Singapur, apoderándose de países como Tailandia, Birmania, Indonesia...

Todas estas nuevas victorias ensoberbecieron a Hitler, que llegó a creerse un nuevo Napoleón. Le parecía que con sus aliados, Alemania estaba realmente en los umbrales del dominio mundial. En el Estado Mayor General alemán se elaboraban planes de operaciones aún más decisivas.

Aspirando a realizar sus propósitos demenciales, el verano de 1942 Hitler lanzó todas sus fuerzas principales sobre el sudoeste y el sur de la Unión Soviética. Los imperialistas anglo-norteamericanos no se apresuraban a abrir el segundo frente en Europa, facilitando con ello que el mando alemán pudiera trasladar de Francia al Frente del Este doce divisiones.

Las Fuerzas Armadas alemanas seguían aún disfrutando de ciertas ventajas como bando atacante. Sin embargo, el fracaso de la doctrina del Blitzkrieg (guerra relámpago) en 1941 y las enormes pérdidas en 1942 dieron que pensar a muchos que hasta entonces confiaban ciegamente en su Führer. Cada día eran más los generales que ya no creían en la victoria y que empezaban a comprender la ineluctabilidad de la derrota. Incluso un jefe militar tan destacado como el mariscal Wittzleben, dudaba de la victoria de la Wehrmacht y no compartía los planes aventureros de Hitler (posteriormente, después del fracasado atentado a Hitler el 20 de julio de 1944, el mariscal Wittzleben fue fusilado).

Aunque la Unión Soviética seguía sufriendo reveses temporales en los frentes de la guerra, en la retaguardia del país la industria de guerra iba adquiriendo un elevado ritmo. Merced al heroico trabajo de los soviéticos y al papel movilizador y dirigente del Partido en 1942 aumentó considerablemente la producción de material bélico. Las Fuerzas Armadas incrementaban su potencia. A la dirección de las unidades, grandes unidades y agrupaciones del ejército de operaciones se promovían generales y oficiales audaces y enérgicos, que habían demostrado sus aptitudes en el campo de batalla. A Iván Danílovich se le nombró jefe del XVIII Cuerpo de Tanques, de reciente formación. A Cherniakovski le agradó

el nombramiento, ya que ¡se encontraba de nuevo en las tropas blindadas! El cuerpo, al que Iván DaníIovich voló para hacerse cargo de él, lo componían tres brigadas de tanques y una de infantería motorizada y estaba dotado con excelentes carros T-34.

Para finales de junio de 1942 la situación en el ala meridional del Frente Ruso se iba tornando muy crítica. Esto tenía su explicación en que después de los combates por Járkov, no habiendo recibido refuerzos, las tropas soviéticas no pudieron afianzarse en las nuevas líneas defensivas. El enemigo se aprovechó de ello y emprendió una operación ofensiva cuyo nombre cifrado era «Blau» (Azul). La idea general de la maniobra se reducía a descargar dos golpes por ejes convergentes que escindieran la defensa: uno, desde la zona al nordeste de Kursk sobre Vorónezh, y otro, desde la región de Volchansk sobre Ostrogozhsk. La operación tenía por finalidad derrotar a las tropas soviéticas, que se defendían en la dirección de Vorónezh y tomar una cabeza de puente en la margen izquierda del río Don.

La mañana del 28 de junio, el Grupo de Ejércitos Weichs* pasó a la ofensiva contra el ala izquierda del Frente de Briansk. Entre el curso alto del río Sosná y la zona de Schigry, contra nuestras tropas se desplegaron siete divisiones, apoyadas desde el aire por la aviación de la 4.ª Flota Aérea. A esta masa de tropas enemigas solamente se le enfrentaban tres divisiones de infantería nuestras: una del 13.º Ejército y otras dos del 40.º Ejército del Frente de Briansk. Sobre estas divisiones el enemigo descargó su golpe principal. No pudieron rechazar este ataque y sufrieron grandes bajas.

El teniente general F. Gólikov, comandante en jefe del Frente de Briansk, decidió detener el avance ulterior de las tropas enemigas en la línea del río Kshen mediante contragolpes de cuatro cuerpos de tanques. Pero tres cuerpos acorazados a él transferidos —dos del Frente Sudoeste y uno de la reserva del Gran Cuartel General— se retrasaron y no pudieron cumplir su misión. También en el ala

*El Grupo de Ejércitos Sur, por disposición de Hitler, fue dividido en junio en los Grupos A y B. En el seno de este último, se encontraba el Grupo de Ejércitos Weichs.

derecha del Frente Sudoeste se creó una situación difícil. El 30 de junio, el 6.º Ejército alemán pasó a la ofensiva desde la zona de Volchansk y rompió las posiciones defensivas de nuestras tropas. Así pues, tanto en el ala izquierda del Frente de Briansk como en el ala derecha del Frente Sudoeste el enemigo penetró en cuña a una profundidad de hasta ochenta kilómetros. El Gran Cuartel General, una vez determinada la dirección del golpe principal del enemigo, a finales de junio empezó a mover sus reservas a la región de Vorónezh. Los trenes con las grandes unidades del XVIII Cuerpo de Tanques se apresuraban por llegar al Frente de Vorónezh.

Hasta la llegada de Cherniakovski, se encomendó provisionalmente el mando del cuerpo al coronel N. Zavalishin.

En la noche del 2 al 3 de julio empeoró bruscamente la situación en la dirección de Vorónezh. Para estas fechas, todas las reservas del Frente estaban empeñadas en combate, mientras que el enemigo enviaba a la batalla sus divisiones de tanques más selectas, tales como la Grossdeutschland *y* la Totenkopf. Existía la amenaza de que las tropas enemigas llegaran al Don y tomaran Vorónezh. El desenlace del combate dependía de la firmeza de las tropas, de la habilidad y del valor del mando para tomar decisiones justas y aplicarlas inquebrantablemente.

El general F. Gólikov envió a la batalla de forma fraccionada a las grandes unidades del XVIII Cuerpo, a medida que iban llegando los trenes. La 18.ª Brigada de Infantería Motorizada ocupó la línea defensiva al norte de Vorónezh; la 180.ª Brigada de Tanques se desplegó en la línea Olen-Kolódiez; la 110.ª Brigada de Tanques, al sudoeste de Vorónezh.

Todavía en el avión, Cherniakovski pensaba que debería hacerse cargo de la gran unidad no en condiciones ordinarias, sino en pleno combate. Cuando llegara, las brigadas del cuerpo habrían entrado en contacto con el enemigo. No sólo tenía que tomar el mando del cuerpo, sino también orientarse en una complicada situación.

Las unidades de fusileros, que en duros combates defendían la margen derecha del Don, recibieron con esperanza a las grandes unidades blindadas que llegaban.





En aquellos días llegó al cuerpo acorazado E. Yaroslavski, miembro del Comité Central del Partido Comunista. El mando del cuerpo resolvió celebrar un mitin de delegados de las brigadas en el que hablara el camarada Yaroslavski.

Los combatientes escucharon atentos las palabras del discípulo y compañero de Lenin. Dirigiéndose a los tanquistas, dijo:

—... ¡Fieles hijos del País de los Soviets! El Comité Central del Partido os pide defender Vorónezh hasta que acudan las reservas. Dentro de siete días llegarán grandes fuerzas nuestras... La Patria está en peligro. El pérfido enemigo ha lanzado sobre Vorónezh sus mejores divisiones acorazadas. Los criminales hitlerianos deben ser parados. No podemos replegarnos a ninguna parte. A nuestras espaldas está Moscú. ¡Ni un paso atrás! La historia valorará merecidamente vuestra proeza bélica para gloria de la Patria.

Emocionados por el llamamiento del Comité Central del Partido, los tanquistas juraron que pararían al enemigo, que le cerrarían el paso a Vorónezh. Después del mitin, los delegados marcharon directamente al combate.

* * *

En las afueras de Vorónezh, en el remolque habilitado como puesto de mando, una pequeña bombillita eléctrica ilumina la mesa, sobre la que está extendido el mapa de operaciones. Cherniakovski, con el coronel S. Románov, comisario del cuerpo, y con el coronel I. Pávlov, jefe del estado mayor, recién incorporados, después de apreciar la situación y de haber precisado la dirección del golpe principal del enemigo, dibuja en la carta una gran flecha que apunta desde Kastórnaya a Vorónezh y al lado dos flechas más pequeñas. Las puntas de las tres flechas de la ofensiva enemiga, convergiendo, apuntan a Vorónezh.

—Serguéi Kirílovich —dice Cherniakovski a Románov—, creo que el mando ha desplegado a nuestro cuerpo en un frente demasiado extenso. Nuestras brigadas están excesivamente extendidas, por lo que nuestros medios de enlace por radio es poco probable que nos permitan dirigir firmemente a nuestras grandes unidades.

Los alemanes arrecian sus golpes contra el 40.º Ejército, mediante cuñas, en la punta de cada una de las cuales actúan fuerzas seleccionadas, especialmente tanques. Además, la aviación alemana domina en el aire. Los hitlerianos ya incrustaron una cuña en la defensa del 40.º Ejército. Para que los tanques enemigos no rompan nuestra defensa hay que descargar un poderoso contragolpe, ateniéndonos al principio de que una cuña se saca con otra. Propongamos al mando nuestra propia variante de utilización de nuestro cuerpo blindado.

—¡Iván Danílovich! —objeta Románov—. Desde mi punto de vista, por el momento la situación no nos permite planificar acciones ofensivas. Lo que hace falta es detener a toda costa al enemigo, impedirle que profundice en nuestro territorio. El que a nuestro cuerpo lo hayan desplegado en un frente ancho, por lo visto, es inevitable. La situación así lo exige.

—No, Serguéi Kirílovich —repuso Cherniakovski—, con un despliegue defensivo poco denso en toda la línea sólo facilitaremos la tarea del enemigo. No le costará grandes esfuerzos perforar nuestra defensa con un puño blindado. Se puede extender, si así se precisa, a una división de infantería. Pero, ¿para qué privar de sus ventajas a un cuerpo acorazado? Ventajas, que como usted sabe, residen en su utilización masiva. Nadie lucha con los dedos separados. Con mayor motivo, las fuerzas acorazadas.

—Iván Danílovich, yo no puedo criticar la decisión del comandante en jefe o hacer nuevas propuestas.

—Lamento que deba hacerme cargo del mando del cuerpo cuando sus brigadas ya hace cinco horas que combaten. Cambiar la decisión y el plan de combate aprobados con anterioridad será difícil sin el apoyo de usted...

La batalla adquiría un carácter cada vez más encarnizado. Centenares de aviones alemanes bombardeaban incesantemente el antiguo Vorónezh, sumergido en la frondosidad de su verde arboleda. El humo negro de los incendios, rasgado por las llamaradas, se acumulaba en nubarrones sobre la ciudad. Los enfurecidos alemanes se abrían paso furiosamente hacia Vorónezh. A costa de colosales pérdidas, lograron aproximarse a la región de Vorónezh y a

los accesos de Stalingrado. En esta extensión, en aquellos azarosos días del año 1942, en las líneas del Volga y del Don, se decidían los destinos de nuestra Patria.

Los combates se libraban ya en los arrabales de la ciudad. El 6 de julio, antes de amanecer, el enemigo introdujo a la batalla nuevas reservas en el distrito del complejo cárnico, presionando de firme. En aquellas horas cruciales mucho dependía de los combatientes del cuerpo de tanques. En el momento más crítico, Cherniakovski se presentó en el sector decisivo. La noticia de que había llegado el jefe del cuerpo, se corrió como la pólvora entre todos los tanquistas.

Con breves palabras, el jefe del cuerpo precisó sus misiones a los jefes de la 181.ª y la 110.ª Brigadas de Tanques: mediante contraataques en los flancos deberían aniquilar a los tanques y la infantería motorizada del enemigo en el sector del sovjós Udárnik y del poblado de Málishev. Con las primeras luces del alba, a las 03.30 horas, a la señal de los mandos de las brigadas, los T-34 se lanzaron en línea recta a toda velocidad a través de un campo de centeno maduro sobre el enemigo, disparando sobre la marcha. Nuestros carros atacaban en orden de combate romboidal. Esta formación permitía incrementar las fuerzas según se iba esclareciendo la situación. El tanque del jefe del cuerpo, adquiriendo velocidad, seguía tras el primer escalón. Cherniakovski quería saber con todo detalle cómo se conducía el enemigo. Pero el terreno ondulado estorbaba la observación. Sólo cuando su carro ascendió a una loma, Cherniakovski vio directamente delante de sí una veintena de tanques alemanes, desplegados en un frente aproximado de dos kilómetros, mientras que en el flanco izquierdo pudo apreciar que hasta un batallón de infantería motorizada enemiga avanzaba vehículos blindados en dirección a nuestra retaguardia.

Acompañaban a Cherniakovski catorce carros, pero ni a uno solo de ellos lo podía enviar al flanco izquierdo contra la infantería motorizada alemana: ya eran de por sí pocos contra los veinte tanques enemigos que se aproximaban. Tampoco se atrevió Cherniakovski a enviar al combate a la reserva, que podía necesitar en un momento más difícil, si precisaba rechazar el segundo escalón

acorazado del adversario. Iván Danílovich encontró la solución: planteó con rapidez nuevas misiones de fuego a tres grupos de artillería para neutralizar a la infantería motorizada enemiga.

En aquellos momentos aullaron los bombarderos en picado enemigos, lanzándose sobre los tanques. El orden de combate «romboidal» de los carros se extendió. Una vez lanzada su carga, los bombarderos se alejaron. Pero ya no había tiempo de restablecer el «rombo»: entre nuestros tanques y los de los alemanes apenas mediaban trescientos metros. Pasó un minuto, otro y empezó un combate a corta distancia, feroz, casi a bocajarro. Algunos T-34 se lanzaron a la embestida. Se confundieron los órdenes de combate de nuestros carros y los de los alemanes. En medio del campo, entre el crecido centeno, donde se combatía, se incendiaba un carro tras otro. Por doquier ardían tanques nuestros y alemanes.

En el momento decisivo, el enemigo lanzó al combate unos veinte carros más. Cherniakovski decidió contraatacar sobre el flanco del enemigo con el batallón de tanques de reserva. El golpe resultó tan inesperado que los carros alemanes desbarataron en un instante su despliegue, les fue difícil disparar, pues se estorbaban unos a otros. Sobre el campo de batalla quedaron envueltos en llamas ocho tanques germanos.

Admirado de que huyeran los tanques de la División Grossdeutschland, el jefe de la brigada entreabrió la escotilla, imprudencia que le costó la vida. Cherniakovski tuvo que asumir el mando de la Brigada.

Viendo que el enemigo huía, el jefe del cuerpo decidió perseguir a los alemanes.

—¡Adelante! ¡Adelante! —ordenaba lacónico por radio Cherniakovski. Su tanque se adelantó a otros y, de pronto, un proyectil enemigo hizo impacto en el blindaje lateral. Ante los ojos de Iván Danílovich surgió un haz de chispas liliáceas, le pareció que su cuerpo se hundía, que perdía peso. La cabeza le daba vueltas, se esforzaba, pero no pudo abrir los ojos. Ante él todo lo ocultaba una oscuridad impenetrable.

...Iván Danílovich volvió en sí de la contusión cuando Komarov le llevaba en la ambulancia del Batallón de Sanidad. El rostro

de Iván Danílovich estaba cruzado por finos hilos sanguinolentos. El tanque del jefe del cuerpo recibió dos impactos directos, pero ni un sólo proyectil perforó la coraza. El cañón del Panzer IV alemán fue ineficaz contra el T-34 soviético.

En el batallón sanitario hicieron la primera cura a Cherniakovski y le acostaron en una camilla, quedándose sumido en un profundo sueño. Komarov comprendió los esfuerzos que le había costado al general el combate de aquel día. Pero al cabo de dos horas, Iván Danílovich se había vestido ya y ordenó que se le presentara Komarov.

—¿Hay enlace con el cuerpo?

—¿A qué enlace se refiere —se asombró Komarov—, cuando usted se encuentra en el hospital de campaña? Los médicos han prescrito que usted tendrá que estar de baja una semana. Así se lo ha comunicado el jefe del Batallón de Sanidad al jefe del Frente, recibiendo el correspondiente asentimiento.

—¡Formidable! —sonrió Iván Danílovich—. ¡Todo lo han arreglado mediante notas! ¿Y quién organizará el combate de mañana? El jefe del estado mayor, coronel Pávlov, está herido. Mientras tanto, el jefe del cuerpo que sólo tiene unos arañazos y una contusión leve, ¿va a estarse tumbado en el hospital de campaña? Mejor no lo podían haber pensado. Eche gasolina al coche y marchemos al encuentro de las brigadas.

* * *

A las puertas de Vorónezh se desarrollaron cruentas batallas. Con el fin de estabilizar la defensa en los accesos sudoccidentales de Moscú, el Gran Cuartel General decidió asestar un contragolpe con las grandes unidades de la reserva del Frente de Briansk a retaguardia de la agrupación enemiga de Vorónezh desde una base de partida al sur de Elets.

Los generales alemanes que no esperaban que el Alto Mando soviético pudiese tomar una decisión tan atrevida, tuvieron que retirar de la dirección de Vorónezh al XXIV Cuerpo Panzer y a tres divisiones de infantería, enviándolos a la región al sur de Elets. El

7 de julio, la 181.ª Brigada de Tanques seguía manteniendo las afueras occidentales de Vorónezh. El enemigo cañoneaba con intensidad y seguía llevando al combate nuevas fuerzas. La situación de las brigadas del cuerpo de Cherniakovski empeoraba por momentos. La artillería, que no había sido subordinada a los tanquistas, dejó a éstos sin apoyo y, abandonando la ciudad, se replegó a la margen oriental del río Vorónezh. La 110.ª Brigada de Tanques libraba duros combates. Ante el frente defendido por el XVIII Cuerpo la situación se complicaba más y más.

Después de la contusión, Cherniakovski se sentía mal. Pero, a pesar de esto, nuevamente tomó en sus manos la dirección de las tropas del cuerpo, logrando que a la 181.ª Brigada de Tanques fuerza apoyada por los lanzacohetes de la Guardia (los katiushas) y la artillería de largo alcance de la reserva general. Iván Danílovich intentó reiteradamente unificar los esfuerzos dispersos de la 181.ª y la 110.ª Brigadas de Tanques, para enfilar sus acciones al cumplimiento de una sola misión. Sin embargo, debido a la amenaza de ataque de la agrupación blindada enemiga desde el sur, el jefe del ejército no se lo permitió.

Habiendo perdido durante el combate el enlace con el estado mayor del cuerpo, el jefe de la 181.ª Brigada decidió por su cuenta reunirse con la 110.ª Brigada, fracasando el intento. Y aunque el mando superior ya había accedido a unificar los esfuerzos de ambas brigadas, ya era tarde: la 181.ª fue aislada por los alemanes y tenía que rechazar sus ataques por todos los lados. El 8 de julio, la 181.ª y la 110.ª las Brigadas de Tanques y la 232.ª División de Infantería, que combatía en el flanco derecho, salieron del cerco cada una por sus propios medios. Los hombres de Cherniakovski, derrochando un heroísmo verdaderamente ilimitado, fueron la cobertura de acero que cerró el paso a las fuerzas principales del enemigo, en ofensiva sobre Vorónezh. El mariscal Von Bock, comandante en jefe del Grupos de Ejércitos Sur, fue destituido por su tardanza en tomar Vorónezh.

Mandando el cuerpo acorazado, Cherniakovski chocó con un sinnúmero de circunstancias imprevistas. No por su deseo, ni por culpa suya, el cuerpo fue llevado a la batalla por partes. La 181.ª y

la 110.ª Brigadas combatieron en solitario contra la infantería motorizada del enemigo al oeste y al sudoeste de Vorónezh, en tanto que la 18.ª Brigada de Infantería Motorizada, por disposición del mando del Frente, combatía en otra dirección, al norte de Vorónezh. Nuestros carros tuvieron en primer lugar que combatir contra los tanques del enemigo, mientras que para luchar contra su infantería, se dejaba sentir mucho la necesidad de pequeñas unidades de infantería motorizada. En el desarrollo del combate se manifestó negativamente que el alcance de los aparatos de radio no garantizara la dirección de las tropas y que el cuerpo no dispusiese de medios de defensa antiaérea.

En el cruento encontronazo con el enemigo venció el coraje de los combatientes soviéticos. Las divisiones germanas chocaron a las puertas de Vorónezh con una resistencia inquebrantable. Durante siete jornadas, día y noche, las fuerzas de Cherniakovski rechazaron el empuje de las divisiones acorazadas del enemigo. Miles de soldados y oficiales alemanes encontraron un final ignominioso en los combates por Vorónezh. Las divisiones acorazadas alemanas de élite, incluida la Grossdeutschland, después del 8 de julio, no habiendo logrado su objetivo, viraron hacia el sur y se dirigieron a lo largo del Don.

Para facilitar la dirección de las tropas, el 7 de julio fue creado el Frente de Vorónezh, bajo el mando del teniente general Filipp Ivánovich Gólikov, agrupación de fuerzas que desde el 14 de julio pasó a ser liderada por el teniente general Nikolái Fiódorovich Vatutin.

El 20 de julio, el XVIII Cuerpo de Tanques, en cooperación con el XXV Cuerpo de Tanques, asestó un nuevo contragolpe al enemigo.

* * *

Los rayos del caluroso sol de julio penetraban por la puerta abierta en el búnker del puesto de mando del cuerpo donde, arropado con un burka caucásico, reposaba Iván Danílovich con un ataque de paludismo. Runruneaban sordamente los zumbadores de los teléfonos.

Al ayudante se le había ordenado impedir que entraran en el búnker personas no relacionadas con la dirección de las tropas. Pero, de todas maneras el médico del cuerpo entró a ver a Cherniakovski. Ya había telefoneado al jefe de Sanidad del Ejército, comunicándole: «El jefe del cuerpo tiene un ataque de paludismo. Su fiebre es de 40 grados y 4 décimas y el estado del enfermo es crítico, pero se niega a ser evacuado». El médico del cuerpo se presentó en el refugio para intentar convencer una vez más a Cherniakovski de la necesidad de ser evacuado para su tratamiento. Pero oyó como éste, esforzándose por contener los escalofríos, ordenaba por teléfono:

—Al jefe de la brigada de artillería: abra fuego concentrado sobre la cota Figúrnaya al sudeste de Podklétnoe. Al jefe de Información: que precise si han sido neutralizados los tanques atrincherados y los cañones contracarro del enemigo en el cruce de caminos junto a Podklétnoe... Mantengan el fuego hasta que los carros se aproximen a la línea...

El médico del cuerpo miraba a Cherniakovski, que daba una orden tras otra, sin saber cómo empezar la conversación sobre el tratamiento curativo. Al médico le asombraba que, a pesar de su estado, el general enfermo tuviera ánimos para dirigir el combate y que impartiera sus órdenes, incluso sin mirar el mapa, que el ayudante mantenía desplegado ante él. Siguiendo por el mapa las indicaciones del jefe, Komarov asentía con movimientos de cabeza: todo estaba bien.

Por fin, el médico se decidió a acercarse a Cherniakovski:

—Camarada general, el jefe del ejército me ha ordenado que le evacue al hospital.

—¿Y eso es todo? —preguntó sereno Cherniakovski—. No iré a ninguna parte mientras el combate no haya terminado.

—Camarada general, es posible que usted gane el combate, pero que pierda la vida, Su vida corre ahora peligro... me exigirán responsabilidades.

—En la primera línea de fuego son muchas las vidas que están en peligro. Yo, como usted puede ver, no temo a la responsabilidad y le aconsejo a usted no temerla tanto —y el general tomó de nuevo el teléfono.

Con su fuego concentrado, los artilleros neutralizaron la defensa contracarro del enemigo. Los tanquistas de Cherniakovski rompieron la defensa y, después de aniquilar a centenares de soldados y oficiales fascistas y gran cantidad de material bélico cortaron la carretera entre Vorónezh y Podklétnoe. Sin embargo, la ofensiva que se hizo con igual correlación de fuerzas, no obtuvo un desarrollo posterior. Todo esto preocupaba al jefe del Frente. Para cerciorarse sobre el terreno de cómo iban las cosas fue a ver a Cherniakovski, al que conocía bien desde que mandó el Frente Noroeste. El encuentro de los viejos amigos fue cordial, poniéndose en el acto a tratar las cuestiones. Vatutin empezó por lo que más le intranquilizaba:

—Iván Danílovich, ¿recuerda cómo en el Frente Noroeste usted se quejaba de que no tenía tanques? Ahora los tiene, pero, ¿dónde están los éxitos?

—La cosa no sólo depende de nosotros —oyó como respuesta—, el jefe del 60.° Ejército se preocupa poco por asegurar las acciones del cuerpo con artillería y de apoyarle con aviación. Por lo visto, el jefe del ejército sigue considerando que si los tanquistas se encuentran protegidos por el blindaje no necesitan que se les apoye. Las brigadas de tanques sufren pérdidas desde los flancos, en particular por el fuego de la artillería contracarro. Por eso no pueden abrirse paso hasta las profundidades del dispositivo defensivo enemigo.

—¿Sólo estas causas impiden actuar resueltamente?

—Hay también otras dificultades. Por su plantilla estructural el cuerpo no dispone de artillería antiaérea, lo que hace que los tanquistas no puedan hacer nada cuando sobre ellos pican los bombarderos enemigos. Y, para qué ocultarlo, nuestros jefes de brigada y, por supuesto, también el mando del cuerpo, carecen de experiencia suficiente para dirigir tan gran número de carros en el combate.

—Iván Danílovich, le ruego poner orden en el plazo más breve. El Consejo Militar del Frente le ayudará, pero usted enseñe a los mandos del cuerpo y de las brigadas a dirigir las grandes unidades de tanques.



—Haremos todo lo que de nosotros dependa.

Como resultado de esta entrevista, Vatutin y Cherniakovski tomaron una serie de medidas para elevar la capacidad combativa del cuerpo en el menor plazo posible. A pesar de las dificultades, el XVIII Cuerpo de Tanques, en cooperación con las grandes unidades de 40.º y el 60.º Ejércitos, detuvo el avance ulterior del enemigo sobre Vorónezh. Las operaciones ofensivas y defensivas, realizadas por Cherniakovski el verano de 1942, le promovieron entre los generales más jóvenes y de talento, capacitados para dirigir fructíferamente las tropas, pertrechadas con material bélico moderno.

No tardó en presentarse a Cherniakovski un enlace del Mando del Frente, proponiéndole en nombre del general Vatutin hacerse cargo de la jefatura del 60.º Ejército. A Iván Daníkovich le dejó de una pieza este giro tan inesperado de los acontecimientos, por lo que declaró resuelto:

—Es pronto para mí. Hay generales más merecedores que yo de encabezar el ejército... Transmita al jefe del Frente que le agradezco la confianza puesta en mí y le ruego que me deje en el cuerpo.

De camino, Vatutin decidió él mismo ir a ver a Cherniakovski. Después de saludarse amistosamente le dijo sonriente:

—¿Qué le parece, camarada general? Si el jefe del Frente ha venido él mismo a pedir su asentimiento, esto, con toda seguridad, significa algo, ¿verdad?

—¡Camarada comandante en jefe! Sólo hace un mes que mando el cuerpo. Lo primero que necesito es asimilar su dirección —respondió resuelto Cherniakovski—. Aparte de que mi ascenso tan rápido en el servicio puede ofender a otros.

—Iván Daníkovich, ¡un mes de guerra no es poco! Y ahora no tenemos tiempo de preocuparnos del amor propio de nadie. El enemigo nos ha impuesto condiciones cruentas y duras. La guerra moderna nos exige saber dirigir las tropas, dotadas con técnica modernísima, mientras que al jefe de un ejército le exige, ante todo, aptitudes de estratega, conocimientos y carácter firme. A nosotros nos parece que no nos equivocaremos, promoviéndole a usted para

este cargo. Si esto lo hubiera tratado con usted en el Frente Noroeste, accedería a demorarlo. Pero, ahora, estoy en contra.

Y con esto terminó la conversación. Desde el Ejército comunicaron que el comandante del ejército exigía que el general Cherniakovski se presentase con toda urgencia al Consejo Militar. Vatutin se despidió de Iván Daniílovich y regresó al Estado Mayor del Frente.

...En el Consejo Militar estaban ya todos presentes cuando Cherniakovski informó de su llegada. Presidía la reunión el teniente general M. Antoniuk, jefe del ejército, al que Cherniakovski conocía como un dirigente destacado, comandante en jefe de la Infantería del Ejército Rojo. A su lado se encontraba F. Kuznetsov, miembro del Consejo Militar.

Antoniuk invitó con un gesto a Cherniakovski a que tomara asiento. Éste ocupó su lugar y recorrió la sala con la mirada: cerca de una treintena de generales y coroneles, entre ellos varios Héroes de la Unión Soviética, condecorados con la Orden de Lenin, jefes de las grandes unidades y sus adjuntos. Las cabezas de muchos estaban canosas. «¡Hice bien en negarme a aceptar el mando del ejército! —pensó Iván Daniílovich—. Tengo subordinadas cuatro brigadas, ¿y en el ejército? ¡Más de una decena de grandes unidades! ¿Y sería yo quien tendría que dirigir a todos estos meritorios y experimentados jefes, aquí reunidos? ¡No, no estoy preparado para mandar un ejército! —se repitió una vez más Iván Daniílovich, tomando asiento en un sitio libre en la última fila, junto a los jefes de las divisiones de infantería.

—Camaradas, en el orden del día hay una sola cuestión: los informes de los jefes de las divisiones sobre las causas de los reveses en las operaciones ofensivas de julio. —El general Antoniuk, haciendo una breve pausa, abarcó con la mirada a los reunidos, y continuó— Pero el Consejo Militar espera que ustedes sean autocríticos. El coronel Ulitin será el primero en hacer uso de la palabra.

—Desde mi punto de vista —comenzó su informe el jefe de la 232.ª División de Infantería—, la causa principal de nuestros fracasos reside en la falta de fuerzas suficientes para los contraata-



ques y los contragolpes. Cumpliendo una misión superior a nuestras fuerzas, no hicimos más que agotar a nuestras unidades medianas y grandes...

De pronto, se abrió una puerta lateral, y un teniente de Transmisiones informó en alta voz a Antoniuk:

—¡Camarada teniente general! Iósif Visariónovich le llama a usted al teléfono directo.

El jefe del ejército salió rápido tras el oficial de Transmisiones. En la sala se hizo un silencio, que no duró mucho. Al cabo de unos cinco minutos Antoniuk regresó y comunicó:

—Iván Daniłovich, el camarada Stalin le llama al aparato.

Dicho esto, no se sentó en la presidencia de la reunión, sino a un lado, junto al miembro del Consejo Militar del Ejército.

Los reunidos quedaron mudos. Todos aguardaban a que Cherniakovski apareciera. Y cuando se aproximó a la mesa y ocupó el sitio del presidente del Consejo Militar, todos comprendieron lo ocurrido.

¡Camaradas! —se dirigió a todos Cherniakovski—. Por orden del Mando Supremo he sido designado jefe del 60.º Ejército —Calló un segundo, y continuó—. El Consejo Militar prosigue su trabajo. Se concede la palabra para informar al teniente general Antoniuk.

—Por lo visto, para todos está claro el asunto —dijo incorporándose Antoniuk—, me llaman a Moscú.

—Estimo mi deber recordar al Consejo Militar que el Ejército Rojo pasa por momentos difíciles en el sur del país —siguió diciendo el nuevo jefe del ejército—. El enemigo ha tomado el Donbáss, amenaza Stalingrado y el Cáucaso. El Frente de Stalingrado libra batallas encarnizadas en los accesos al Volga. En esta situación tenemos que activar como nunca las acciones combativas para impedir que el enemigo pueda retirar ni una sola división ante el frente de nuestro ejército para trasladarla al meandro del Don. Supongo, que todos tendrán claro lo que sucedería con Stalingrado si nosotros, y con nosotros nuestros vecinos, no cumpliéramos la misión que nos ha planteado el Gran Cuartel General.

Cherniakovski concedió la palabra a los jefes de las diferentes armas integradas en el ejército, quienes en sus intervenciones alu-

dieron a la organización de la cooperación en la ofensiva. Luego, Iván Danílovich escuchó atentamente el informe del jefe de la 232.ª División de Infantería y las comunicaciones de los jefes de otras grandes unidades. El Consejo Militar terminó su trabajo ya muy avanzada la noche.

* * *

Analizando las acciones combativas del 60.º Ejército Cherniakovski llegó a la conclusión de que las grandes unidades a él subordinadas combatían a menudo con los mismos métodos y procedimientos que se utilizaban ya en la Guerra Civil: Valor personal, intrepidez, lucha cuerpo a cuerpo, ya ensalzados en el cancionero popular... Los combatientes buscaban el encuentro cara a cara con el enemigo, mientras que éste, sin esperar el encuentro cuerpo a cuerpo, los barría con un fuego mortífero.

Ya en los primeros meses de la guerra, Iván Danílovich desentrañó muchos procedimientos tácticos de combate empleados por el enemigo. Ahora quería que en las grandes unidades de su ejército supieran contraponer a estos procedimientos su propia maniobra. Pero para enseñar esto a los jefes se necesitaba tiempo.

A finales de julio, informando al jefe del Frente sobre el estado combativo de su ejército, Cherniakovski pidió tiempo para la preparación combativa de las tropas y para poner en orden a las unidades medianas y grandes, cansadas por los incesantes combates ofensivos contra un enemigo que se defendía obstinadamente.

—Para muchos de nuestros hombres sigue siendo incomprensible la esencia de nuestras acciones ofensivas, que no nos proporcionan un éxito inmediato —informaba Cherniakovski a Vatutin—. El enemigo tuvo tiempo de crear una sólida defensa. Los datos de la exploración dan fundamento para suponer que los alemanes preparan una ofensiva, que tiene por objetivo ampliar la base de partida de Vorónezh y, al mismo tiempo, impedir que de allí saquemos divisiones para trasladarlas a Stalingrado.

—¿Usted propone cesar temporalmente las acciones ofensivas de carácter local, los llamados golpes de diversión? —preguntó

Vatutin—. Yo también he pensado en esto y me parece bien su idea, Iván Danílovich. Hoy recibirá las indicaciones pertinentes.

En una directiva del 29 de julio de 1942 al Ejército de Cherniakovski se le ordenaba mantenerse firmemente en las posiciones que ocupaba y equiparlas completamente, abriendo trincheras para la infantería y preparando posiciones para la artillería y los tanques.

Aquellos días, el Consejo Militar del Ejército puso en marcha importantes medidas para comprobar la disposición combativa. Se encontraron defectos serios. Así, por ejemplo, la 107.ª División de Infantería, en reserva del ejército, llevaba tres días sin que se les entregase armas a los nuevos combatientes incorporados, a las pequeñas unidades no se les completaban los módulos de municiones y en las unidades no se ocupaban de una auténtica preparación combativa.

El Consejo Militar del Ejército dictó una amonestación rigurosa con advertencia al jefe y al comisario de dicha división, exigiéndoles aprestar inmediata y plenamente a la división para el combate.

—Fiódor Fedótovich, ¿será razonable que el nuevo jefe del Ejército inaugure sus funciones con amonestaciones? —pidió su parecer Cherniakovski al miembro del Consejo Militar, antes de firmar la orden.

—No precisamos de razonamientos cuando están en juego los intereses de la Patria —respondió a esto Kuznetsov—. Yo también soy un principiante, pues una semana antes de llegar usted sustituí al comisario Litvínov. Mejor es que todos, quienes lo necesitan, sepan inmediatamente que no tendremos piedad con los negligentes.

—Después de esta orden debemos visitar obligatoriamente a la 107.ª División para ayudarle a mejorar su disposición para el combate. Tendré que enseñar a los mandos cómo organizar el despliegue, mientras que usted deberá aconsejar a los instructores de la Sección Política de la división cómo estructurar mejor el trabajo de partido y político y preparar a la gente para las confrontaciones venideras.

—Por supuesto, es necesario ayudar —asintió Kuznetsov—. Y no sólo al mando de la 107.ª División. Ante todo hay que acentuar el papel de los estados mayores y de las secciones políticas de las divisiones, de forma que con cada revisión nuestra el inspector no sólo registre las insuficiencias, sino que ayude también a subsanarlas sobre el terreno.

Las grandes unidades del ejército, apresurándose por utilizar el tiempo de que aún disponían, fortificaban intensamente sus líneas, preparándose para la ofensiva.

A Cherniakovski le intranquilizaba mucho el que ciertos jefes de grandes unidades mostraran pasividad en el cumplimiento de las misiones de combate, esperando sólo indicaciones de las instancias superiores y no manifestaban la iniciativa debida. Tomó todas las medidas conducentes a eliminar estos defectos.

Mientras tanto, por el otro lado del frente, en aquellos días Hitler seguía exigiendo a Von Salmuth, jefe del 2.º Ejército, que emprendiera acciones resueltas: «Debe tomar la ciudad de Vorónezh y ampliar tan importante base de partida para las futuras operaciones ofensivas del Ejército alemán en el Este». Para cumplir esta orden del führer, el general Von Salmuth decidió asestar un golpe en la zona del 60.º Ejército.

En la noche al 8 de agosto rompieron el silencio las explosiones de infinidad de proyectiles y bombas.

—¡Comenzó! —dijo Iván Danílovich a su ayudante—. Von Salmuth avanza sobre la margen izquierda del río Vorónezh.

El enemigo llevó a cabo su golpe principal contra la 232.ª División de Infantería siberiana del coronel Ulitin. El que las trincheras de las avanzadillas de combate no contestaran desorientó a los alemanes. Sus tanques se lanzaron incontenibles hacia delante. Pero no tardaron en chocar con el potente fuego de la artillería divisionaria y tuvieron que retirarse. La artillería de los regimientos de infantería los acribillaba por los flancos. No se justificaron las esperanzas que el mando alemán había cifrado en sus tanques. De todas las maneras, en el sector del vecino de la izquierda de la división de Ulitin, los carros de combate lograron profundizar de dos a tres kilómetros en nuestro dispositivo defensivo. Sin embargo,

los acontecimientos empezaron a desarrollarse posteriormente tal y como esto había sido previsto en la idea de maniobra del jefe del ejército. Las unidades del segundo escalón y las reservas del ejército contraatacaron al enemigo infiltrado en nuestra defensa; al amanecer del 20 de agosto el enemigo fue definitivamente rechazado a sus posiciones de partida, viéndose obligado a pasar a la defensiva.

Fracasó de nuevo el subsiguiente intento del mando alemán de trasladar, aunque sólo fuera una división del 2.º Ejército, a las cercanías de Stalingrado.

En estos combates se distinguieron también las unidades de la 303.ª División de Infantería. No aguantando la impetuosa embestida de los siberianos, los alemanes abandonaron su posición avanzada. Al punto de observación de esta división, enclavado en las proximidades de la aldea de Podgórnoe, llegaron el jefe del ejército y el miembro del Consejo Militar del mismo. Desde allí seguían las incidencias que se desarrollaban en el campo de batalla. El enemigo mantenía un devastador fuego sobre nuestras posiciones. En derredor estallaban los proyectiles de mortero y de artillería. Una de las salvas alemanas alcanzó el punto de observación. Un proyectil de mortero cayó a los pies de Cherniakovski. A Fiódor Fedótovich le dio tiempo a meterse en un abrigo, mientras que Iván Danílovich continuó observando. Por fortuna, el proyectil quedó enterrado en la arena y no explotó.

—Camarada coronel —se dirigió Cherniakovski al jefe de la división—, en su flanco derecho sucede algo inexplicable, sus hombres en vez de salvar a la carrera la zona de la cortina de fuego fija del enemigo, han echado cuerpo a tierra y sufren bajas injustificables. Ordene ahora mismo que atraviesen en una carrera la barrera de fuego enemiga.

—Camarada general, no tengo enlace con el regimiento del flanco derecho.

—Transmítaselo al jefe del estado mayor para que él haga llegar su orden hasta el jefe del regimiento.

—El jefe del estado mayor tampoco tiene enlace.

Cherniakovski se puso en el acto en comunicación con el ge-




neral Varentsov, ordenándole acallar las baterías de morteros enemigas, que batían la zona de despliegue de la 303.ª División. Persuadido de que los soldados avanzan bien, pero que la dirección del combate está mal organizada, Iván Danílovich se dirigió al puesto de mando de la división. El todoterreno corría raudo por un camino vecinal. Lo conducía el propio Cherniakovski, teniendo en el asiento de al lado a Kuznetsov. Por delante advirtieron una barrera que interceptaba el camino. Iván Danílovich frenó y salió con Kuznetsov del coche. De pronto, vieron un oso que salía del bosque y se encaminaba hacia ellos. Kuznetsov echó mano a la pistola.

—¡Fiódor Fedótovich, ni se le ocurra disparar! Si yerra nos despedazará.

—¡Pero es que viene derecho hacia nosotros!

Entre tanto, el oso, balanceándose a uno y otro lado, se les echaba lentamente encima y, deteniéndose, los miraba de reojo.

El plantígrado se acercó a Iván Danílovich y empezó a olfatearle, luego, se enderezó sobre las patas traseras y comenzó a gruñir. En aquel instante, corrió hacia ellos para darles el parte el jefe del estado mayor de la división.

—Camarada teniente coronel —le dijo Cherniakovski—, no puede asegurar enlace al jefe de la división con el jefe del regimiento, mientras que aquí ha organizado un circo, ¿es que no tiene otra cosa que hacer?

El jefe del estado mayor se turbó y empezó a informar:

—Camarada comandante en jefe, la división se formó en Siberia y cuando los paisanos nos despedían nos regalaron el osezno. Y aquí le tiene, creciendo entre nosotros. Los soldados le quieren mucho. No teme a los bombardeos ni al fuego de la artillería, se comporta como un valiente.

—Está bien —dijo sonriente Cherniakovski—. Informe de por qué no hay enlace con el regimiento del flanco derecho.

—El enemigo consiguió cortar simultáneamente la comunicación tanto por la línea del puesto de observación como por la línea del puesto de mando. Pero mientras ustedes venían hacia aquí el enlace ya se ha restablecido. Acabo de informar al jefe de la divi-

sión de cómo está la situación en el sector del regimiento del flanco derecho. Nos ha costado mucho restablecer la comunicación. El enemigo batía el terreno descubierto entre los puntos de dirección divisionarios y el regimiento del flanco derecho. Al primer telefonista que salió a reparar la línea lo mataron, hirieron al segundo, entonces salió corriendo a subsanar el corte la telefonista Chúiskaya. La metralla de un proyectil de mortero la hirió de gravedad en el brazo derecho. Pero la muchacha encontró la avería, limpió con los dientes la envoltura aislante del cable y reparó el corte. La comunicación fue restablecida, pero ella se desvaneció, había perdido mucha sangre. Ahora se encuentra en el hospital de campaña.

—¿La han propuesto para una condecoración gubernamental?

—Hemos preparado una propuesta para la medalla «Por méritos de combate».

—Propongan que a la telefonista Chúiskaya se le conceda la Orden de la Bandera Roja. Y ya es hora de que comprendan que por no saber dirigir el combate por radio sufren bajas injustificables.

—Podemos utilizar la comunicación por radio. Pero mientras el requerido descifra el texto, desaparece la necesidad de esta información.

—Usted es el jefe del estado mayor, y las riendas de la dirección están en sus manos, prepare tablas de conversación utilizables...

Ese día Cherniakovski y Kuznetsov recorrieron varias divisiones más. Las operaciones ofensivas por Vorónezh debían llevarse a cabo con fuerza creciente, teniendo por misión principal neutralizar la defensa y acallar el fuego del enemigo, tarea en que a la artillería le correspondía un importante papel. Sin embargo, en los combates ofensivos anteriores, la artillería en los ejes secundarios había maniobrado débilmente con su fuego para apoyar a las tropas que atacaban en la dirección principal. Las baterías de cohetes no participaron en la reducción de la fuerza viva del enemigo en las trincheras. El jefe del ejército habló de todo esto al general Varentsov y le planteó una serie de nuevas misiones para la ofensiva venidera.

Varentsov tomó las indicaciones de Cherniakovski como un sermón cargado de reproches. Por su edad, Serguéi Serguéievich era más viejo que Iván Daniílovich y mucho antes que éste había empezado a desempeñar altas responsabilidades de mando. Por esto no perdió su aplomo y las indicaciones que recibió del jefe del ejército las comunicó instantáneamente a las instancias superiores, incluido el jefe de la artillería del Frente, acompañándolas de sus propios comentarios.

Después de eso, el jefe de la artillería del Frente expresó su disgusto a Cherniakovski:

—¿Cómo explicar su injerencia en los asuntos de la artillería? Varentsov es un gran especialista, que siempre disfrutó de confianza entre los jefes de los ejércitos. Pero es que, además, usted intenta sustituirnos.

—Aquí no se trata de sustituir a nadie, sino de emplear más eficazmente la artillería —le objetó Cherniakovski.

—Sus indicaciones demuestran todo lo contrario. Si usted se propone seguir interviniendo en nuestras funciones nos veremos obligados a dar parte de ello al jefe de la Artillería y al jefe del Estado Mayor del Frente.

—Puede usted hacerlo, pero la artillería asignada al ejército, se subordina total y por completo al jefe de éste. Además, la artillería del Frente debe trabajar en provecho de la gran unidad interarmas.

De que el general S. Varentsov estaba descontento con el nombramiento del joven mayor general Cherniakovski para la jefatura del ejército, llegó a oídos de F. Kuznetsov, miembro del Consejo Militar. No tardó en tener una conversación seria con Varentsov y en poner también en su sitio al jefe de la artillería del Frente.

No tardaron en ser también mejores las relaciones de Cherniakovski con otros, también disconformes con su nombramiento. Contribuyó a esto que el propio Iván Danílovich tenía profunda conciencia de las debilidades inherentes a unas u otras personas. En su trato con los subordinados era extraordinariamente comedido. Sus extensos conocimientos, el conocimiento profundo de la

profesión militar, su valentía, su comportamiento ejemplar en la colectividad y su sensibilidad para tratar a las personas le ayudaron a estructurar relaciones mutuas correctas incluso con los que al principio ocultaban su descontento.

* * *

...El jefe y el miembro del Consejo Militar del ejército fueron de nuevo al puesto de mando de la 303.ª División. Esta vez, el oso no salió a recibirlos a la barrera. Sin ponerse de acuerdo, Cherniakovski y Kuznetsov preguntaron a un tiempo:

—¿Qué ha sucedido con el oso?

—Una desgracia, nos lo robaron.

—Quiere decir, ¿que se lo dejaron birlar? Creo que sólo los tanquistas pudieron llevárselo. ¡Fiódor Fedótovich! —dijo Cherniakovski a Kuznetsov—. Como usted va a ir al puesto de mando del XVIII Cuerpo de Tanques, de paso, transmita mi orden al general Korchaguin de que devuelvan el oso. Los siberianos se aburren sin el patizambo.

El todoterreno no tardó en llevar al miembro del Consejo Militar del ejército al puesto de mando del cuerpo. Cuando se apeaba del coche, Fiódor Fedótovich dio a entender al comisario del cuerpo, S. Románov, que salió a recibirle, que no deseaba escuchar el parte de novedades oficial.

—¿Dónde está el oso? —preguntó severo. Románov se turbó al escuchar esta pregunta inesperada y con ello se denunció a sí mismo.

—Les doy una hora para restituir el oso al puesto de mando de la 303.ª División.

—Camarada miembro del Consejo Militar, el jefe de la Sección Especial del cuerpo quiso gastar una broma, que él mismo lo lleve.

—A usted le atañe determinar quién debe llevarlo, pero dentro de una hora informe al jefe del ejército de que la orden ha sido cumplida...

Los siberianos se alegraron de que se les devolviera el oso y,

para festejarlo, el acordeonista del club divisionario tocó la *Kalinka*, que fue recibida por el animal con gruñidos de agrado...

Cherniakovski informó por teléfono directo a Vatutin de los resultados de las acciones ofensivas:

—Camarada comandante en jefe, su orden ha sido cumplida. No obstante, los resultados podían haber sido mucho mejores. Todavía no hemos aprendido a fortificar a su debido tiempo las líneas conquistadas. La división, que llevaba la ofensiva en el ala izquierda del ejército, no tuvo tiempo por la noche para atrincherarse y cuando llegó la mañana los alemanes la obligaron a retirarse a las posiciones de partida. Esto nos servirá de lección.

—¿Qué hace el enemigo ahora? —preguntó Vatutin.

—Por el momento está tranquilo. Pero hoy por la mañana atacó con pequeños grupos.

—Por lo visto deberemos prestar especial atención a sintetizar la experiencia de las acciones combativas, para que no se repitan los errores pasados. Habrá que ayudar a los mandos a desentrañar los procedimientos tácticos del enemigo.

—¡Sus indicaciones serán cumplidas al pie de la letra! —aseguró Cherniakovski a Vatutin.

El mando alemán buscaba incesantemente nuevos procedimientos de combate. No habiendo obtenido éxitos en los combates ofensivos diurnos, von Salmuth decidió conseguir el objetivo planteado mediante ataques nocturnos por sorpresa. El enemigo logró ciertos éxitos. Cherniakovski reaccionó en el acto contra estas acciones. Sin perder un momento dio una orden al ejército: «... Hay una serie de casos en que con sus acciones nocturnas el enemigo sorprende a nuestras unidades y a menudo tiene éxito. Estos éxitos parciales del adversario son consecuencia de que algunas unidades nuestras no sólo no realizan ellas mismas acciones nocturnas, sino que tampoco se preparan para rechazar los ataques nocturnos del enemigo...

Ordeno:

1. Tomar en el acto medidas que eleven radicalmente la vigilancia de nuestras tropas, dedicando atención especial a las acciones nocturnas.

2. Realizar con arreglo al plan que se adjunta, las correspondientes clases de instrucción para preparar al personal de mando, a las clases y a la tropa para combatir de noche...»

A la sazón la orden de Cherniakovski, basada en el minucioso análisis de las acciones del enemigo, influyó decisivamente en la preparación de las tropas de su ejército para combatir de noche.

En todo lo que atañía a la conducción de los combates, en los azarosos días para nuestra Patria del verano de 1942, Iván Danílovich buscaba lo nuevo, encaminando todas sus capacidades a la preparación del grandioso viraje que se produciría en el desarrollo de la guerra. Sabía que para semejante cambio eran insuficientes, por supuesto, los esfuerzos de un sólo jefe de ejército, que se precisaban los esfuerzos de todos los que mandaban tropas. Quería que la experiencia de vanguardia en la conducción de la guerra moderna la dominaran en el plazo más breve todos los mandos, todos los combatientes de su ejército. La tarea de difundir los nuevos procedimientos en la conducción del combate se convirtió en algo extremadamente importante.

Para intercambiar experiencias, por iniciativa de Cherniakovski, se convocó en la 232.ª División de Infantería una concentración de sus combatientes más activos. Se reunieron los mejores, más firmes y valientes: los más certeros fusileros, servidores de ametralladora, de mortero y de anticarro y artilleros, los mejores telefonistas y zapadores. El orgullo de la división.

Abriendo la reunión, el coronel Ulitin, jefe de la división, dio lectura al telegrama de salutación del jefe y del miembro del Consejo Militar del 60.º Ejército, en el que se decía: «Los soldados más activos son la belleza y el orgullo de la pequeña unidad, del regimiento. Son el apoyo del jefe. Por eso los jefes de todas las graduaciones deben trabajar constantemente con sus hombres más destacados y difundir su experiencia de combate...» A continuación, Ulitin caracterizó con breves palabras la situación en el Frente. Dijo, que la ofensiva de las tropas alemanas en los Frentes de Stalingrado y Vorónezh había sido parada por doquier, costándole al enemigo mucha sangre.

—La experiencia de los mejores combatientes testimonia

—remarcó Ulitin—, que a los fascistas se los puede golpear y golpear duro, porque no son tan fuertes como les parece a ciertos alarmistas. Necesitamos —prosiguió—, una rigurosa disciplina militar, firmeza férrea, afán inquebrantable de cumplir a toda costa la orden del mando. El ejemplo de la intrepidez de nuestros combatientes confirma la verdad de que el infante firme, certero y sereno, mientras le queden balas, es inaccesible para la infantería del enemigo...

Cuando acabó de hablar el jefe de la división los combatientes distinguidos en la lucha compartieron su experiencia. Se concedió primero la palabra al delegado Jaritónov, instructor político de compañía.

—Los hombres de nuestra compañía —dijo— marcharon al combate teniendo alta conciencia de su deber: defender sus posiciones, defender su Patria, su familia. Lucharon valientemente. Con una granizada de plomo segaban las avanzadillas enemigas. Y si conseguimos tres veces rechazar los ataques enemigos a las puertas de Vorónezh fue porque todos actuaron resueltos y sin vacilaciones.

Jaritónov, que en aquel combate mostró un valor extraordinario, no se mencionó para nada. En cambio, habló detalladamente de la valentía y de la firmeza de los soldados, los suboficiales y los oficiales con los qué luchó hombro a hombro.

En la concentración habló también el sargento Piotr Polóvnikov, el terror de los tanques alemanes.

—Al comienzo, los alemanes echaron por delante los tanques, y tras ellos la infantería —empezó, sonriendo turbado Polóvnikov—. Los tanques venían derechos hacia nosotros. Pero no titubeamos, pues conocíamos perfectamente sus puntos flacos. Sabíamos que desde el interior del tanque se ve mal. Así, con Kochkin, mi segundo, cargamos el fusil contracarro con un cartucho perforador-incendiario. Y le dije a Kochkin: «No te apresures, apunta bien, espera a que el tanque se nos acerque más». Miré y vi que Kochkin estaba como petrificado, pegado al arma, como si estuviera fundido con ella. ¡Disparó y el tanque ardió con el primer proyectil Pero nos localizaron. Ya no podíamos quedarnos en la mis-

ma posición. Nos trasladamos a la trinchera de reserva, que habíamos abierto durante la noche. Pero entonces, en la oscuridad, no vimos que la trinchera estaba rodeada de hierbas altas. Nos pareció que ahora era imposible hacer puntería, pues las hierbas nos ocultaban todo. ¡Y los tanques se nos echaban encima! Oíamos su ruido allí cerca, tras la maleza. Me quité el cinto y até con él nuestros fusiles en cruz, obteniendo una horquilla. «Sujétala, Kochkin» —le dije. Apoyé el arma en la horquilla y comprobé que veía el tanque. Apuntamos y disparamos. ¡El fascista ardió! El corazón nos dio un vuelco de alegría. Era el segundo que inutilizábamos. Después quemamos dos carros más. Y eso es todo. Ese día los tanques no volvieron a importunarnos —terminó su relato Polóvnikov.

Después hablaron otros héroes de los combates: servidores de morteros, artilleros, zapadores, telefonistas.

Estas concentraciones para intercambio de experiencia no sólo tuvieron lugar en la división de Ulitin, sino también en otras muchas grandes unidades. Todos los combatientes del 60.º Ejército —desde los soldados hasta los generales— aprendían con tesón la ciencia de vencer. Cada día mejoraba el adiestramiento combativo. En toda esta gran labor se advertía la mano firme del jefe del ejército. Sus indicaciones se llevaban con rapidez a la práctica.

Durante los preparativos para la ofensiva, Iván Danílovich dedicó particular atención a estudiar al enemigo, a organizar la exploración. En esto, como en todas las demás tareas, dejaba plena iniciativa a los subordinados, les enseñaba y él mismo aprendía de su propia experiencia, manteniéndose, como siempre, exigente y sin hacer ninguna clase de concesiones.

Así, en la orden a las tropas del ejército del 18 de octubre de 1942, Cherniakovski analizaba cómo fue organizada la exploración de la 24.ª Brigada en el sector de Stárie Semiluki. Amonestaba seriamente al jefe de la brigada que no había sabido organizar debidamente la dirección del destacamento de exploración, perdiendo el contacto con él durante el combate, lo que trajo por consecuencia que la misión no fuese cumplida.

En esta orden, el jefe del ejército hacía una serie de indicaciones de cómo organizar mejor la exploración.

También se hizo mucho para mejorar la vida del soldado en el frente. Los combatientes no sólo percibían la exigencia, sino también la solicitud por parte del mando, circunstancia que elevaba su moral. Manteniendo firmemente las posiciones que ocupaba, el 60.º Ejército seguía preparándose con tenacidad para las confrontaciones decisivas. El mando del Frente encomió mucho la actividad del jefe y del miembro del Consejo Militar del Ejército. A finales de octubre promovieron a Fiódor Fedótovich Kuznetsov a miembro del Consejo Militar del Frente. Difícil le fue a Iván Daniílovich separarse de él. Mucho era lo que había recibido de este avezado instructor político. Y aunque Kuznetsov era superior a Cherniakovski, no sólo por experiencia de vida, sino también en graduación, se compenetraron a las mil maravillas, trabaron una amistad férrea y resolvieron todas las cuestiones de común acuerdo. A. Zaporózhets fue designado miembro del Consejo Militar del Ejército, el tercero que desempeñaba este cargo en el último trimestre. Sin embargo, esto no impidió que se garantizara una elevada preparación combativa de las tropas. La Sección Política y el estado mayor del ejército trabajaban concisa y organizadamente.

* * *

—Serguéi Nikoláievich, las desgracias no vienen solas —dijo Cherniakovski al mayor general Krylov, jefe del estado mayor del ejército, cuando se disponía a marchar al Cuartel General del Frente—. Termine el plan de ejercicios del estado mayor y cuando regrese por la tarde, lo examinaremos detalladamente...

—Iván Danílovich, ¿de qué desgracia habla, qué ha sucedido?

—Por si fuera poco que nos hayamos quedado sin un miembro del Consejo Militar, como Fiódor Fedótovich Kuznetsov, también trasladan a Nikolái Fiódorovich Vatutin como comandante en jefe del Frente Sudoeste. Voy a despedirme de él.

—¿Y a quién nos traerán en su puesto?

—Regresa de nuevo el general Gólikov.

—Se ve que el Mando Supremo no sólo maniobra con las

grandes unidades, sino también con los altos jefes militares o, por decirlo así, trasplanta los cerebros. Por lo visto, hay que esperar algo serio a las puertas de Stalingrado.

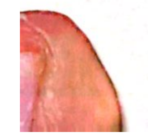
—En efecto, en aras de la victoria hay también que mudar de sitio los cerebros —accedió Cherniakovski—. Pero pienso que la dirección de Vorónezh puede también transformarse en una de las más importantes, pues en cuanto se libere Kíev se abre el camino más corto hacia nuestra frontera occidental.

Krylov sabía perfectamente a qué se refería Cherniakovski. Iván Danílovich debía mucho a Vatutin por la confianza depositada por éste en él, promoviéndole a jefe de ejército. Krylov y Cherniakovski tenían una idea clara de lo mucho que significa que el jefe del Frente confíe en el mando del ejército y le apoye.

No tardó Gólikov en hacerse cargo de la jefatura del Frente. En sus relaciones con Cherniakovski y Krylov se advertía frialdad. A veces, sentían que se desconfiaba de ellos, que se exageraban los defectos advertidos. Gólikov recordaba a Cherniakovski como jefe de la Plana Mayor del Batallón de Tanques de la 8.ª Brigada Mecanizada, que en la década de 1930 él mandó. Gólikov no podía imaginarse lo que había crecido Cherniakovski en los seis años y pico transcurridos desde que se separaron.

A pesar de todo esto, Iván Danílovich se esforzaba por no agudizar las relaciones con el comandante en jefe. Se mantenía sereno y cumplía inmejorablemente sus obligaciones, entregándose por completo al desempeño de su cometido.

Una de las cuestiones cardinales para Cherniakovski en aquel tiempo era la de organizar la dirección ininterrumpida y precisa de las tropas. La pérdida de la dirección la equiparaba a la derrota. Siendo aún jefe de división y de cuerpo, tropezó en más de una ocasión con jefes que después del éxito de turno aspiraban a llevarse ellos solos los laureles: «Eso lo mandé yo». Y que cuando tenían un error de bulto decían: «El estado mayor no supo asegurar la dirección». Por lo común, Iván Danílovich respondía a tales jefes: «No hay estados mayores malos, hay jefes malos», y él mismo jamás se remitía al estado mayor. Prestaba gran atención a que los jefes estudiasen y a que los estados mayores se comple-



taran con los mejores cuadros. En una de sus órdenes al ejército determinaba para los oficiales de estado mayor un programa de estudios, estructurado totalmente de forma que se adaptara a las tareas prácticas que tendrían que resolver las tropas. Así, a mediados de enero de 1943, en todos los estados mayores de debía estudiar este tema: «El trabajo de los estados mayores en la ofensiva de invierno contra posiciones del enemigo fuertemente fortificadas».

A pesar de sus muchas ocupaciones, Cherniakovski también encontraba tiempo no sólo para hablar con los jefes de distintos rangos, sino también para dialogar con los combatientes. Sabía lo mucho que significaba para ellos la palabra del jefe del ejército. A comienzos de diciembre se convocó una asamblea de francotiradores del ejército. Cherniakovski abrió la reunión.

—¡Queridos camaradas, combatientes del glorioso 60.º Ejército! —se dirigió a los reunidos—. Igualaos a los participantes de la batalla que se libra en Stalingrado, a las tropas del coronel general Vatutin, antiguo comandante en jefe de nuestro Frente, que ahora están terminando con los restos del ejército enemigo, encerrado en la bolsa de Stalingrado.

El jefe del ejército conocía a muchos de los distinguidos en los combates y por eso sus palabras fueron concretas. Citó a famosos francotiradores, como Abdúlov, Beliáev y Klímov en el haber de cada uno de los cuales figuraban más de un centenar de alemanes liquidados. Comunicó que en su conjunto, los francotiradores del 60.º Ejército habían eliminado tantos enemigos que con ellos se hubiera podido formar por lo menos una división. Fue muy eficaz el llamamiento del jefe del ejército a los francotiradores a exterminar sin piedad a los nazis.

...Los paisanos de Abdúlov esperaban a éste en un caliente abrigo de la primera línea de fuego. Apenas abrió la puerta cuando se encontró entre los brazos de su amigo Orazbáev:

—¿Viste al general Cherniakovski? —le preguntó de sopetón Orazbáev.

—No sólo lo he visto —respondió orgulloso Abdúlov—. ¡El general me estrechó la mano y me mencionó en su discurso!

—¿Dijo que tú, un muchacho de las estepas kazajas, sabes poner tu bala en el ojo de un hurón y que por eso no te van mal las cosas en el Frente?

—No, no habló de eso.

—Pues, ¿de qué?

—No te lo voy a contar todo a ti solo.

—¡Di, habla, Abdúlov! —y los combatientes le rodearon.

—¿Sabéis lo que dijo el comandante en jefe? —y Abdúlov se esforzó por transmitir exactamente las palabras de Cherniakovski: «... Me imagino que a Abdúlov le será fácil rendir cuentas ante la Patria, dirá: «Yo acabé con ciento veinte ocupantes alemanes». También le será fácil dar cuenta a Beliáev, que mató a ciento veinticinco hitlerianos... Y difícil le será presentarse al que se buscó un sitio resguardado, al que le faltó audacia en el combate contra el enemigo, al que le faltó decisión».

—¿Será posible que realmente el general te nombrase el primero? —preguntó dudoso Orazbáev.

—¿No lo crees? Lo puedes leer en el periódico del Ejército, los corresponsales lo apuntaron todo.

—¡En tal caso me parece poco también a mí entrenarme en la retaguardia y disparar una vez por semana a los *fritz*! Hoy mismo, Abdúlov, iré contigo de caza —declaró Orazbáev.

—¡Y nosotros! —se oyeron otras voces.

Abdúlov y sus amigos —dos de Kazajstán y dos de Siberia— salieron a «cazar». Cuando se aproximaron a la línea defensiva alemana, se dividieron: cada pareja se dirigió a su puesto. Abdúlov con Orazbáev, una vez apostados cómodamente, prepararon los fusiles y comenzaron a observar al enemigo. No tardó en aparecer por el camino un coche alemán circulando en paralelo a la línea del frente. Los dos dispararon. El coche avanzó aún unos diez metros y se detuvo. De su interior en llamas salieron dos militares enemigos. A uno lo tumbó Orazbáev con un certero disparo, al otro lo mató Abdúlov. Y cuando por la tarde regresaron a su refugio vieron que realmente allí les esperaba la última edición del periódico con las intervenciones del jefe del ejército, Cherniakovski, y del soldado, Abduláev, en la concentración de francotiradores.



* * *

Claro está que al estratega no se le juzga por los discursos ni por las órdenes por él firmadas, sino por las batallas que ganó o perdió. Sin embargo, todo lo que hacía Cherniakovski, preparando sus tropas para los combates venideros, probaba sus aptitudes como jefe militar.

Desde agosto hasta octubre de 1942, las tropas del 60.º Ejército rechazaron numerosos ataques del enemigo a las puertas de Vorónezh y mantuvieron las líneas por ellas ocupadas. El enemigo sufrió pérdidas colosales. Dejaron para siempre sus miserables vidas en el campo de combate miles de alemanes.

Apreciando las acciones combativas de nuestras tropas en la región de Vorónezh, Pravda escribía así en su editorial del 12 de diciembre de 1942: «¿En qué consistía el plan de la ofensiva estival alemana? Concentrando las masas fundamentales de sus fuerzas en las direcciones de Járkov y en la de Kursk-Vorónezh, los alemanes calculaban que podrían irrumpir en la retaguardia profunda de la URSS... Fracasaron estrepitosamente los designios de los hitlerianos. Cierto que consiguieron éxitos tácticos, pero resultaron inconclusos debido a la evidente irrealidad de la idea de maniobra estratégica del mando alemán. En el fracaso de este plan jugó un papel de no poca importancia la defensa de Vorónezh».

El 60.º Ejército, al mismo tiempo que defendía firmemente sus posiciones, se preparó para combates ofensivos decisivos. Cherniakovski no dejaba de pensar ni un minuto en la suerte de la próxima operación.

* * *

El comandante en jefe, el miembro del Consejo Militar y el jefe del Estado Mayor del 60.º Ejército estaban inclinados sobre el mapa de operaciones. Varias veces habían analizado ya el problema de la dirección del golpe principal. En el mapa, esta dirección estaba dibujada con una gran flecha roja, que en semicírculo, pasando a través de decenas de puntos poblados, hendía la defensa de los hit-

lerianos y salía a retaguardia de la agrupación enemiga de Vorónezh, a la aldea Nízhniaya Veduga, aproximadamente a unos treinta kilómetros al oeste de Vorónezh. Un golpe igual desde otro flanco, de norte a sur, al encuentro del 60.º Ejército, se preveía que fuese asestado por las fuerzas del 38.º Ejército: la flecha que lo señalaba en el mapa también terminaba en Nízhniaya Veduga. Con estos dos golpes se presuponía cerrar el anillo interno del cerco de la agrupación enemiga de Vorónezh. Las flechas de estos dos golpes convergentes, dibujadas con esmero en el mapa por el jefe de la Sección de Operaciones, coronel Laschenko, imponían por su aspecto e infundían seguridad en el éxito de la operación preconcebida. El miembro del Consejo Militar, apartando la vista del mapa, en el que con Cherniakovski había clavado muchas veces su mirada, dijo, observando su rostro demacrado:

—Creo que todo se ha tenido en cuenta en la idea de la maniobra. El cálculo de la correlación de fuerzas y medios muestra que nuestra superioridad es varias veces mayor. El golpe principal se asesta sobre el punto más débil en las líneas del enemigo. No le desalojaremos simplemente, sino que en cooperación con el 38.º Ejército le cercaremos. Resumiendo, que se ha pensado todo. Propongo detenernos en esta variante y descansar un poco. La noche es buena consejera.

—Está bien, Alexandr Ivánovich —respondió Cherniakovski—. Pongamos aquí punto final. Por lo visto, no terminaríamos nunca de perfeccionar el plan —y dejó el lápiz rojo, que aún tenía en la mano con el propósito de dibujar en el mapa algunos signos más.

La idea de maniobra de Cherniakovski y la dirección del golpe principal, por él elegida, sobre el punto vulnerable en la defensa del enemigo, donde al 60.º Ejército se le contraponían las divisiones húngaras, fue aprobada por el comandante en jefe del Frente.

El 60.º Ejército se preparaba para la ofensiva en condiciones cuando con el nuevo jefe se advirtieron ciertos éxitos: las tropas del ejército rechazaron todos los golpes del enemigo y mantuvieron sin idea de repliegue las posiciones que ocupaban. Sin embargo, no todos en el estado mayor del ejército estaban seguros del



éxito de la operación ofensiva, elaborada por Cherniakovski. Algunos decían: «Si el antiguo jefe de la Infantería del Ejército Rojo, el general Antoniuk, con tanta experiencia, no pudo con la ofensiva, es poco probable que esto lo consiga uno que hasta hace poco fue jefe de división».

Cherniakovski seguía preparando la operación ofensiva. Sabía que su éxito dependía mucho de cómo fuera elaborado su plan detallado. Más de una noche se pasó Iván Danílovich estudiando el mapa de la ofensiva: calculaba y comprobaba la correlación de fuerzas en las direcciones principal y secundaria, cavilaba en el posible desarrollo de la batalla en la profundidad de la defensa del enemigo. Se fumó decenas de cajetillas de Kazbek, sus emboquillados favoritos. Le dolía la cabeza y, a fin de cuentas, el humo del tabaco le impedía concentrarse. En aquellos días dejó de fumar y no lo hizo más en su vida.

Antes de aprobar definitivamente el plan de la operación, Iván Danílovich estuvo varias veces en la primera línea, observando por el goniómetro las posiciones del enemigo, el terreno, por el que deberían llevar la ofensiva nuestras tropas. Pidió su parecer a oficiales y a soldados. A muchos los conocía por los apellidos, por sus hazañas. Sabía cuál era su estado de ánimo, su disposición para asestar al enemigo un golpe demoledor. Iván Danílovich tenía la certeza de que con tales soldados lograría la victoria.

* * *

La decisión, adoptada por Iván Danílovich para la ofensiva prevista, se distinguía por su audacia y originalidad. El 60.º Ejército se preparaba a descargar el golpe en el flanco izquierdo, en el intersticio con el 40.º Ejército. En la dirección principal debería atacar la 232.ª División de Infantería del coronel Ulitin, cubierta de gloria en la defensa de Vorónezh. En la primera etapa de la operación, las tropas de su ejército tenían por misión, en cooperación con las grandes unidades del 38.º Ejército, realizando una profunda maniobra, limpiar Vorónezh y sus alrededores de enemigos, mientras que en la segunda etapa, colaborando con el 13.º y el 38.º Ejérci-

tos, deberían tomar Kursk. Tal idea de maniobra, cavilada con todo detalle, y el carácter decisivo de la operación venidera obligaron a que los escépticos cambiaran su actitud respecto al joven jefe del ejército.

Los estados mayores y los jefes de las grandes unidades del ejército trabajaban intensamente día y noche sobre el terreno: adoptaban decisiones y organizaban la cooperación interarmas de pleno acuerdo con las exigencias del arte operativo contemporáneo. Especialmente trabajaba mucho la Sección de Operaciones del ejército, encabezada por el coronel Laschenko. De la medida en que estuviera planificada y organizada la futura batalla, dependía, a fin de cuentas, el resultado de toda la operación.

VIII

LA NOCHE ANTES DEL ASALTO

El combate de reconocimiento, realizado la víspera de la ofensiva de las fuerzas principales del ejército desde la mañana del 24 de enero, coincidió en el tiempo con el comienzo de la operación de Vorónezh-Kastórnaya. El 40.º Ejército del mayor general Moskalenko asestó el golpe desde el sur en dirección a Kastórnaya. Por un eje convergente, desde el este a Kastórnaya, por cada división del primer escalón del 60.º Ejército atacaba un batallón de infantería reforzado. Los alemanes entendieron las acciones simultáneas de nuestras tropas en las diferentes direcciones como el comienzo de la ofensiva general, abriendo sobre los batallones de vanguardia del 60.º Ejército un fuego durísimo de armas automáticas y de artillería. Sin embargo, avanzando pegados a la barrera de fuego de su artillería, los batallones irrumpieron en las trincheras del enemigo, aniquilaron centenares de alemanes, hicieron prisioneros y, una vez cumplida su misión, se retiraron a las posiciones de partida. Esto tuvo por resultado que se descubriera el sistema de fuego del enemigo. Nuestros artilleros localizaron sus puntos de fuego y los marcaron en sus planes de tiro.

El grueso de las fuerzas del 60.º Ejército terminaba los preparativos para la batalla. Llegó la noche, víspera del combate. A últimas horas de la tarde en las reuniones regimentales del Partido los comunistas hablaron con breves palabras y espíritu práctico de su apresto para la ruptura próxima.

En los días que precedieron a la ofensiva los organizadores del Partido en las pequeñas unidades recibieron decenas de solici-

tudes de admisión. Combatientes y oficiales pedían que si caían en el combate se les considerara comunistas.

En la noche anterior al asalto todo parecía que estaba listo: los telefonistas y radiotelegrafistas estaban en sus puestos, los zapadores terminaban de equipar numerosos observatorios de reserva. Los oficiales de estado mayor, que ya hacía varias noches que no dormían, después de comprobar en la misma primera línea que todo estaba listo para el combate y de dar las últimas disposiciones, se echaron a descansar antes del combate. Sólo en el búnker del jefe del ejército lucía mortecinamente el quinqué. La fuerte ventisca azotaba la puerta haciendo vacilar su llama. A Iván Danílovich le intranquilizaba el que los soldados y los mandos tuvieran que pasar toda la noche ateridos de frío en las trincheras hasta que llegase el momento de empezar la ofensiva.

El jefe del ejército dio los últimos toques al plan de la próxima operación. Llamó al jefe de Información del ejército y le preguntó:

—¿No hay nuevos datos sobre el enemigo?

—Acaba de llegar de Vorónezh el capitán Záitsev. Por cierto, que se ha recibido la orden para condecorarle.

—Conozco a Záitsev —Iván Danílovich recordó al marcial y gallardo capitán—. Me parece que él mismo es de Vorónezh, ¿verdad?

—Sí, camarada general.

—Dígale que venga a verme.

A los pocos minutos entraba Záitsev en el refugio. Cherniakovski se incorporó:

—Le felicito por haber sido condecorado con la Orden de la Bandera Roja.

Para Záitsev esto fue una sorpresa. Su rostro resplandeció. Iván Danílovich le estrechó efusivamente la mano.

—Bueno, ahora, informe de cuál es la situación en Vorónezh.

Záitsev contó lo que sabía. Informó también que en los objetivos, fijados para el bombardeo, no había ciudadanos nuestros: en los distritos de la ciudad ocupados por los alemanes casi no quedaron vecinos.

¿Y qué moral tienen los que quedaron?

—¡Odian a los fascistas!

—En efecto, es grande la impaciencia de nuestra gente... —musitó pensativo Iván Danílovich—. ¿Y qué hacen los alemanes?

—Están nerviosos. Temen al cerco. Hacen las maletas. Ya comenzaron la evacuación. Yo mismo vi que de la ciudad, por las carreteras que van hacia el oeste, marchan los camiones cargados con los bienes saqueados. Con los nazis huyen también los traidores.

Záitsev contó asimismo que los ocupantes se despedían con una especial ferocidad. Saqueaban y asesinaban; en los parques y jardines el viento balanceaba los cuerpos de los soviéticos ahorcados, fueron volados los monumentos y quemados el Teatro, el Palacio del Trabajo, la Biblioteca y otros muchos edificios.

Oyendo el relato de Záitsev, Iván Danílovich frunció sus espesas cejas, sus ojos parecían condenar severos: «¡Bueno, esperad, asesinos!...»

Se aproximaba la hora del comienzo de la ofensiva. A Cherniakovski le aguardaba realizar su primera operación ofensiva, para la que se encontraban bajo su mando casi tantas tropas como se reunieron en la histórica Batalla de Borodino. Las acciones de combate se desplegarían en un frente ancho y a gran profundidad. El Gran Cuartel General y el Consejo Militar del Frente habían presentado exigencias rigurosísimas. La situación obligaba a actuar sobre seguro.

Cuando recibió los últimos datos acerca de los cambios en la composición de las agrupaciones del enemigo, Iván Danílovich, mientras había aún tiempo, precisó y corrigió la decisión adoptada y dio disposiciones complementarias. Hasta el último momento se pulió y se perfeccionó el plan de la operación. Los jefes de las grandes unidades, subordinados a Cherniakovski, tuvieron que reformar los planes ya elaborados. Se fijaron nuevos objetivos a los medios de refuerzo, se trasladaron de una división a otra. Todo esto exigía del jefe y de sus subordinados una colosal tensión de fuerzas. Pero todos sabían que los cambios, hechos por Cherniakovski en el plan de la operación, todos los trabajos complementarios para precisarlo, deberían resarcirse con creces.

Como ayudante del comandante en jefe, el capitán Komarov

interpretaba a su manera la situación en vísperas de la ofensiva. Consideraba que el trabajo fundamental del jefe del ejército empezaría con el comienzo de las acciones de combate, y que las cinco o seis horas que restaban hasta el comienzo, debería aprovecharlas para descansar.

—¡Camarada general! —insistía Komarov—. Necesita dormir. ¿Es que no va a terminar de hacer correcciones? Queda poco tiempo y los jefes, de todas formas, no tendrán tiempo para realizarlas.

—No es hora de pensar en el sueño, Aliosha. Las disposiciones indispensables, que damos a las tropas, significan mucho para nuestra victoria. Por sus plazos son factibles de ejecutar. El estado mayor del ejército controlará su cumplimiento.

—Lo que usted debe hacer es dormir unas cuatro horas. Kutúzov era un gran estratega, pero incluso durante el Consejo Militar en Filí también descabezó un sueñecito, en cambio usted no quiere en vísperas del asalto ni siquiera pegar el ojo.

—Pero él era Kutúzov, y yo no puedo, me lo impiden mis pensamientos.

—¿Todos sobre la ofensiva?

—No sólo... —confesó Iván Danílovich (que a menudo se franqueaba con Komarov)—, ahora, por ejemplo, pienso en Sasha.

Durante el día, Komarov había traído a Cherniakovski el periódico *Krásnaya Zviezdá (La Estrella Roja)*, en el que se notificaba que el hermano menor de Cherniakovski, el tanquista Alexandr, había realizado una proeza heroica: cuando agotó todos los proyectiles, embistió con su máquina a un tanque enemigo...

—¿Hace mucho que no ve a su hermano, Iván Danílovich?

—Bastante... Ardo en deseos de verle. No soy para él simplemente el hermano mayor, sino también un padre, pues crecimos huérfanos. El año veinte hubo un hambre atroz. Ya hacía mucho que yo trabajaba, pastoreaba ganado de sol a sol, cuando Sasha acababa de cumplir once años. A veces, no se acostaba hasta que yo no llegaba a casa. Su alegría no tenía límites cuando sacaba del zurrón el pan. La abundancia brillaba por su ausencia...

Iván Danílovich guardó silencio, y, pensativo, continuó:

—¡Si tú supieras lo que echo de menos a Sasha! Mi corazón presiente que combate por aquí cerca.

—Ivan Daníلovich, averiguaremos en qué unidad se encuentra. ¿Y si enviáramos a la gran unidad, en la que sirve su hermano, a un oficial de estado mayor con una petición de traslado? Es poco probable que se lo nieguen. Y, entonces, Alexandr Daníلovich serviría en nuestro ejército.

—No, Aliosha. No faltarán los que digan: «Coloca a su hermano bajo su amparo». Mejor es que todo quede como está. Presiento que pronto nos encontraremos... Bueno, ¡nos hemos desviado de lo fundamental! —cayó en la cuenta Iván Daníلovich, y se inclinó de nuevo sobre el mapa.

Había decidido hacer una pequeña corrección más al plan, mientras aún era posible: reforzar con vehículos todoterreno la reserva de medios antitanque del ejército, prevista para actuar en la zona de ofensiva de la división de Ulitin, donde era más probable que el enemigo asestara el contragolpe.

El sueño le vencía. Iván Daníلovich pidió a Aliosha que le refrescara con agua fría hasta la cintura. Convencido definitivamente de que, de todas maneras, el jefe del ejército no se dormiría, Komarov comenzó a ayudarle. Le trajo el mapa, en el que estaba dibujado todo el curso de la futura operación, y transmitió la orden del jefe del ejército al oficial de guardia del estado mayor, para que éste hiciera llegar las modificaciones hasta los ejecutantes.

Definitivamente olvidado del sueño y del cansancio, Iván Daníلovich recurrió de nuevo al mapa. Repasándolo atentamente una y otra vez, confrontaba, coordinaba y aunaba los esfuerzos de los infantes, a tanquistas, zapadores, aviadores, de decenas de miles de hombres con sus pertrechos en un golpe ineludible. Mientras, al otro lado de la ventana, la ventisca rugía con más fuerza. «Es posible que los amontonamientos de nieve cierren los caminos —pensó Iván Daníلovich—. Se atascarán los camiones con los katiushas... ¡Caramba! Es necesario hacer una precisión más: el grupo de katiushas debe quedar subordinado directamente a Ulitin, para que desde ahora mismo esté a sus órdenes. Me parece que ahora está previsto todo... ¡No, todavía no lo está!»

Levantando de la carta los ojos enrojecidos por el insomnio, el jefe del ejército dijo a Komarov:

—Que se presente urgentemente a mí el jefe de la Sección de Personal.

—¿Tan tarde?

—Anda, marcha, querido amigo, no te dé pereza. En cuanto amanezca la gente irá al combate. Hay que condonar los castigos de los mandos para quitarles ese peso de encima.

El jefe de la Sección de Personal del ejército se presentó rápido. Saludándole cordial, Cherniakovski le dijo:

—Escriba una orden anulando las sanciones impuestas por mí y notifíqueselo a todos los jefes de las divisiones y regimientos, donde las hubo. Exíjales en mi nombre, que a su vez, ellos hagan lo mismo por las instancias correspondientes en sus unidades.

—¡Camarada general! —preguntó el jefe de la Sección de Personal—. ¿Y qué hacer con la propuesta hecha al tribunal militar contra el del jefe de Transmisiones del ejército? ¿Hay que anularla también?

—No, este hombre obró toda su vida con astucia, en aras de su bienestar se fingió honrado. El Estado Ie dio instrucción, le hizo un hombre. ¡Un jefe del Ejército Rojo! ¡Hace falta perder la cabeza para cometer tal delito! ¡Se embriagó y no cumplió la misión que le había sido encomendada! Por si era poco, engañó al jefe del estado mayor. Por su culpa, el puesto de mando estuvo varias horas sin comunicación. ¡No, a él no se le puede incluir! Que sirva de lección para otros.

La brusca llamada del teléfono violó el silencio nocturno en el búnker del jefe del ejército. Preguntaban por Cherniakovski. Komarov intentaba responder en voz baja preguntando:

—¿Quién pregunta por el 21? Siguió la respuesta:

—El 31.

Esta era la cifra convencional del jefe de la 121.ª División de Infantería, coronel M. Bushin. Cherniakovski ya había tomado el auricular del aparato paralelo:

—El veintiuno al aparato.

—En el dispositivo del enemigo se ha localizado activación

del movimiento de transporte desde la línea del frente a la retaguardia.

Esta comunicación no fue una sorpresa para Iván Danílovich. Sólo confirmaba los datos de la exploración, que acababa de traer de Vorónezh el capitán Záitsev. Sin embargo, la información complementaria del jefe de la división tenía forzosamente que influir en el plan de la operación, exigía que se reconsiderara la hora del comienzo de la ofensiva. Esto había que hacerlo para impedir que los alemanes se retiraran planificadamente. Cherniakovski calculó aprovecharse de la debilidad en los órdenes de combate de las grandes unidades del enemigo: al empezar la retirada, inevitablemente, los alemanes, en cierta medida, tendrían que dejar al descubierto sus flancos.

En aquella época aún carecíamos de la experiencia suficiente en combate nocturno a escala de toda una agrupación de ejército. Por eso sólo se podía pensar en una ofensiva con algunas unidades medianas y grandes. Pero esto podía acarrear una dispersión de las fuerzas y medios y, por consiguiente, la debilitación del golpe. Así qué, ¿desistir de perseguir al enemigo de noche? Pero esto hubiera significado perder la seductora posibilidad de asestar un golpe por sorpresa.

Según la idea de maniobra anterior de Cherniakovski, las tropas de su ejército habían sido preparadas para descargar el golpe principal en su flanco izquierdo, sobre el sitio más débil del enemigo: allí donde se defendían las divisiones húngaras. En esta dirección se planificó emprender las acciones desde la mañana del 25 de enero. Iván Danílovich calculaba salir a retaguardia del enemigo, en cooperación con el vecino de la derecha, el 38.º Ejército, que atacaba por una dirección convergente, teniendo como objetivo cercar y aniquilar a la agrupación enemiga de Vorónezh.

Al jefe del ejército se le planteaba el dilema: ¿Cuándo comenzar el ataque, inmediatamente, de noche, con todas las fuerzas del ejército o con una parte de ellas, o bien emprender la ofensiva por la mañana, como había sido planificado anteriormente? La ventisca arreciaba...

Cherniakovski decidió emprender sin dilación la ofensiva en

el flanco derecho con dos divisiones de infantería, la 100.ª y la 121.ª, mientras que en su flanco izquierdo actuaría con el grueso de las fuerzas en correspondencia con el plan anterior de la operación. Ordenó que le pusieran inmediatamente en comunicación a la vez con los jefes de las dos divisiones.

—¡Empiecen en el acto la ejecución de «Huracán»! —se oyó la voz de mando por el teléfono. «Huracán» era la señal convenida para la ofensiva. En aquella noche del 24 al 25 de enero de 1943 dos divisiones del 60.º Ejército irrumpieron en la parte de Vorónezh, aún defendida por los alemanes. A las 06.30 horas el mayor general F. Perjoróvich, jefe de la 100.ª División, y el coronel M. Bushin, jefe de la 121.ª División, informaron a Cherniakovski que Vorónezh estaba completamente limpio de ocupantes. La grata noticia no tardó en llegar también hasta las grandes unidades del flanco izquierdo del 60.º Ejército, que aguardaban la señal para la ofensiva. Por la mañana, cuando Cherniakovski se disponía a salir para su puesto de mando operativo, le trajeron a firmar documentos, entre los que figuraba también la condena del tribunal militar al adjunto del jefe de Transmisiones: «...Degradarle a soldado y destinarle a un batallón de castigo». Iván Danílovich leyó dos veces el fallo pero no lo confirmó.

Destinaron al adjunto del jefe de Transmisiones a seguir como soldado raso, aunque no en una unidad de castigo. En éste, como en otros muchos casos, Iván Danílovich asumió toda la responsabilidad, y en esto residía una de las particularidades de su carácter. Literalmente parecía adivinar que, recibiendo una severa lección, el adjunto del jefe de Transmisiones empezaría a trabajar mejor.

* * *

Llegó el amanecer pero no amainó la ventisca. En derredor no se distinguía nada. Debido a esto, cesó el tiroteo a lo largo de todo el frente. Sólo silbaba el viento, ayudando a enmascarar con la nevada los últimos preparativos para la ofensiva, allí donde ésta aún había comenzado.

Nuestras tropas se encontraban en plena disposición combativa. Sólo cuando amaneció del todo cesó la nevada. Sobre el centro del dispositivo defensivo del ejército aparecieron los aviones alemanes. Las bombas caían una tras otra. Cuando Cherniakovski lo supo pronunció sereno: «¡Tarde, Von, tarde!». Para aquella hora, la mayor parte de las fuerzas del 60.º Ejército ya había sido trasladada de noche al flanco izquierdo, donde se iba a producir el golpe principal. En cambio, en el centro de la zona defensiva quedaron las maquetas de los cañones y fuerzas insignificantes para despistar.

Todo fue oculto hábilmente de las vista del enemigo. Las pequeñas unidades que quedaron en las posiciones, mediante una elevada cadencia del fuego, hacían éste tan denso como lo era antes en el mismo sector. Del total de la artillería del ejército, a lo largo de sus cincuenta kilómetros de frente, quedó sólo una décima parte. Pero estas baterías, haciendo fuego intenso por piezas, imitaban la misma masa de artillería que con anterioridad protegía todo el frente del 60.º Ejército. Los artilleros cumplieron al pie de la letra las instrucciones del mando.

Se preparaba una operación a gran escala. En el bosque, al sudeste de Vorónezh, se concentró tal cantidad de tropas y pertrechos, que daba la impresión de que eran más los cañones y los morteros que los árboles. Allí estaba desplegado el segundo escalón y la reserva del ejército. Se observaba una rigurosísima disciplina de enmascaramiento. Cuando los aviones alemanes lanzaron sus bombas sobre el bosque, el personal y las máquinas, protegidos en zanjas y trincheras, sufrieron pérdidas insignificantes. En cambio, la artillería antiaérea derribó cinco aparatos alemanes.

A primeras horas de la mañana del 25 de enero rompieron el silencio las salvas de nuestros lanzacohetes de la Guardia. Trazando en el cielo estelas ígneas, sus proyectiles anunciaron que había comenzado el asalto. Se escuchaba aún el eco sonoro y atronador de las salvas de los katiushas, cuando estremeció el aire la potente andanada de centenares de piezas. La tierra tembló. Se desprendió la nieve de las ramas de los árboles. Sobre las cabezas del enemigo

descargó el huracán de la artillería. Cada batería, cada grupo, batían objetivos rigurosamente determinados.

Todo se hacía de manera sincronizada, como si un sabio operador, desde un cuadro de mando, pulsara los botones necesarios. Y, por fin, llegó el minuto decisivo. Rugieron los motores de los carros de combate, retumbó por todo el campo el potente «¡hu-rrá!», y se alzaron al ataque los siberianos de la división de Ulitin, cubiertos de gloria ya en muchos combates. De ellos escribió así aquel día *Arméiskaya pravda (La verdad del Ejército)*, periódico del 60° Ejército: «Los soldados del camarada Ulitin han recorrido un camino duro en los combates heroicos por la Patria. Crecieron, se fortalecieron y se templaron. También en primera fila, entre los más intrépidos y valientes, siempre fueron y van los siberianos».

El enemigo abrió como respuesta un fuerte fuego de artillería, aunque muchas baterías suyas habían sido reducidas al silencio como resultado de nuestra preparación artillera. Varios proyectiles explotaron en las proximidades del puesto de mando de Cherniakovski, pero el jefe del ejército continuó impertérrito observando el campo de batalla e impartiendo órdenes. Su serenidad se contagiaba a todos cuantos se encontraban con él. No se interrumpía un momento la dirección de las tropas en la ofensiva.

Al llegar la tarde, las grandes unidades de infantería de la agrupación de choque entraron en cuña en las defensas del enemigo, profundizaron tres kilómetros y combatían con el enemigo, cercado en los puntos de apoyo de Pereryvni, Parnishni y Kochetovka. Los alemanes resistían encarnizadamente y, además, era difícil avanzar por el campo cubierto con una gruesa capa de nieve. En un invierno tan duro como ese, estos tres kilómetros equivalían a varias decenas.

Posteriormente, analizando el desarrollo de la operación en una jornada de combate, Cherniakovski señaló como deficiencia la mala cooperación entre la infantería y los tanques. Desentrañando la táctica del enemigo, que residía en defender tenazmente los puntos de apoyo y fijar así cuantas más fuerzas nuestras mejor, Iván Daníllovich indicó que los jefes de algunas grandes unidades del ejército habían picado en este cebo, introduciendo al combate

por los puntos poblados a sus segundos escalones, en vez de utilizarlos para una maniobra envolvente por los flancos.

En la noche al 26 de enero, Cherniakovski exigió a los jefes de las divisiones y de las brigadas ejecutar maniobras de flanco para apoderarse de los puntos de apoyo del enemigo. Sin embargo, los amontonamientos de nieve dificultaban las acciones de las tropas atacantes. La artillería y el transporte sólo podían moverse por las carreteras. Los puntos poblados, en la mayoría de los casos, hubo que tomarlos mediante ataques frontales.

Para asegurar el avance de las tropas por las direcciones principales y posibilitarles la maniobra, Cherniakovski destacó para abrir caminos y luchar contra amontonamientos de nieve no sólo tropas de ingenieros, sino también las reservas de las tropas interarmas. Todo esto tuvo por resultado que la 253.ª Brigada de Infantería lograra mediante una maniobra de flanco apoderarse de Semidesiátskoe, importante plaza de apoyo del enemigo. Una brecha más fue abierta en las defensas del enemigo. En este sector, el jefe del ejército envió a la batalla a sus reservas. Durante el segundo día de la ofensiva, las grandes unidades del ejército profundizaron más de ocho kilómetros, lo que fue conseguido no sólo en lucha contra los alemanes, sino también contra la rigurosa naturaleza. Las heladas llegaron a treinta grados bajo cero. El huracanado viento helaba las caras y las manos, impedía hacer puntería, amontonaba instantáneamente la nieve en los caminos recién expeditos. Para asegurar el movimiento de la artillería y del transporte automóvil, los zapadores tuvieron que abrir a pala caminos, hundiéndose hasta la cintura en la nieve. Los trenes de suministros se atascaban, retrasando el municionamiento de balas y proyectiles a las unidades atacantes. Sacando fuerzas de flaqueza, los soldados cargaban ellos mismos con las municiones.

El 27 de enero se siguió luchando con igual tensión. El enemigo quería sacar sus tropas del saliente de Vorónezh y por lo mismo se defendía empecinadamente. En este día, las grandes unidades de Cherniakovski pudieron, de todas las maneras, avanzar cinco kilómetros y alcanzar la línea Rúdkino, Nikólskoe y Krasni, a sesenta kilómetros al sudoeste de Vorónezh.

El enemigo emprendió la retirada, pero esto no era aún la huída en pánico. Algunos puntos de apoyo de los alemanes seguían resistiendo furiosamente. La artillería que había quedado intacta mantenía un fuego intenso. La batalla adquirió un carácter aún más cruento. Pero ya no había fuerza alguna capaz de contener a los combatientes soviéticos.

Como resultado de las maniobras de flanco, nuestras tropas pendían ya sobre la retaguardia del enemigo lo que a fin de cuentas, quebrantó su capacidad combativa. Las guarniciones enemigas, que hasta estos momentos se habían resistido tenazmente en los poblados, fueron derrotadas. Dejó de existir la línea defensiva como un todo único. En las trincheras derrumbadas y vacías, medio cegadas por la nieve, estaban esparcidos ametralladoras, fusiles, bombas de mano y botas contra el frío, tejidas con anea.

Junto al jefe del ejército pasaban las columnas de alemanes prisioneros, embozados con pañuelos de mujer y arropados con trozos de mantas guateadas. Todos los bordes de los caminos estaban sembrados con restos calcinados de tanques, montones de chatarra, restos de máquinas y cañones de las fábricas Krupp.

Era como si de un sólo golpe Cherniakovski hubiera querido desquitarse de los reveses sufridos en 1941. Cuando supo que en la zona de ataque del ejército combatía el 196.º Regimiento de la 57.ª División de Infantería enemiga, ordenó que los destrozasen a toda costa.

—Camarada jefe del ejército, la unidad indicada no tiene esencial importancia para nuestra operación —informó tranquilo el jefe del estado mayor del ejército.

—Repito: plantee ahora mismo la misión de acabar con el 196.º Regimiento enemigo. Así, aparte de otros factores, causaremos un daño moral al general von Salmuth, jefe del 2.º Ejército, al mariscal List y hasta al propio Hitler. ¿Sabe usted por qué es conocido este regimiento en el Ejército alemán? Durante la Primera Guerra Mundial lo mandó List, posteriormente ascendido a mariscal de campo. A la sazón servía en esa misma unidad, como soldado de primera, Adolf Schicklgruber, conocido ahora por Hitler.

—Iván Danílovich, en mi mapa las fuerzas enemigas están in-

dicada hasta el nivel de batallón, inclusive, y el 196.º Regimiento actúa en el sector de ataque del vecino.

—Lástima, lástima que no se encuentre en nuestro sector...

A finales de enero, los hombres de Cherniakovski, con un golpe decisivo desalojaron de sus posiciones a la agrupación enemiga que se les enfrentaba, aniquilaron ocho mil soldados y oficiales, hicieron prisioneros cerca de seis mil, liberaron ciento diez puntos poblados, y alcanzaron la línea de Níshniaya Veduga, tomando como trofeo seis mil camiones y dieciséis tanques.

* * *

A comienzos de 1943 el Gran Cuartel General del Mando Supremo y los comandantes en jefe de los Frentes Sudoeste y de Vorónezh, apreciando la situación estratégica en el sudoeste, consideraban poco probable que en un futuro próximo el enemigo reanudara su actividad, por cuanto después de la victoria de Stalingrado la iniciativa pasó a nuestras manos.

De conformidad con este pronóstico, en los primeros días de febrero el Frente de Vorónezh comenzó a poner en práctica una operación denominada convencionalmente Zviezdá (Estrella). El general F. Gólikov, comandante en jefe del Frente, decidió concentrar el grueso de las fuerzas, integrado por el 40.º, el 69.º y el 3.er Ejércitos Blindados para la ofensiva sobre Járkov y al 38.º Ejército para atacar Oboyán. Con este fin, ordenó a este último ejército pasar del ala derecha al sector que ocupaba el 60.º Ejército. A las grandes unidades del general Cherniakovski les correspondía hacer una complicada reagrupación en el ala derecha del Frente, para emprender la ofensiva en la dirección secundaria sobre Kursk.

No tenía suerte Iván Danílovich. Hasta el momento siempre le tocaba actuar en las direcciones secundarias, cosa que le mortificaba mucho. Se lamentó al miembro del Consejo Militar:

—Alexandr Ivánovch, no comprendo por qué el jefe del Frente nos sustituye por el 38.º Ejército. Con esto no consigue absolutamente nada, excepto una pérdida de tiempo y el desgaste de los

motores. ¿Quizás planteemos el problema de la inconveniencia de un tal reagrupamiento?

—Difícil es decirlo. ¿Posiblemente Gólikov tiene más confianza en el mando del 38.º Ejército que en nosotros?

Y el miembro del Consejo Militar quedó pensativo.

—En el Cuartel General del Frente me dijeron que en la dirección de Járkov se espera una dura batalla...

—Por eso deseo combatir allí, donde es más difícil, y no encontrarnos siempre en las direcciones secundarias.

—No nos amarguemos —respondió el miembro del Consejo Militar—. Hoy actuamos en la dirección secundaria y mañana puede ser que sea la principal.

¿Cómo se desarrollaron los acontecimientos en dirección a Járkov? Ya el primer día de ofensiva las tropas del Frente de Vorónezh arrollaron a las unidades de cobertura y, encontrando sólo una débil resistencia del enemigo, prosiguieron su avance exitoso hacia el oeste. Casi simultáneamente, el 29 de enero, pasaron a la ofensiva las grandes unidades del Frente Sudoeste en el Donbáss y el 8 de febrero cortaron el ferrocarril Járkov-Lozovaya.

El 16 de febrero, las tropas del Frente de Vorónezh liberaron Járkov. El 19 de febrero las grandes unidades del Frente Sudoeste alcanzaron la línea Krasnograd-Kramatorsk-Diákovo. Al mismo tiempo, las tropas del Frente Sur liberaron Rostov. El enemigo intentaba replegarse a una poderosa línea defensiva en la margen derecha del río Miús.

El Gran Cuartel General y el mando del Frente Sudoeste entendieron el repliegue de las tropas enemigas al río Miús y la reagrupación de sus divisiones blindadas como el propósito de, abandonando el Donbáss, retirarse a detrás del Dniéper y hacerse fuertes en su margen occidental. Según las leyes del arte operativo, en aquella situación, si es que verdaderamente era así, nuestras tropas deberían proseguir la ofensiva sin ninguna pausa. De lo contrario, el mando alemán podría utilizar la tregua para fortificarse en la línea del Dniéper.

* * *

En la dirección secundaria, la operación de Vorónezh del 60.º Ejército se transformó seguidamente en la operación de Kursk. La segunda sólo se diferenciaba de la primera en que hubo que prepararla en plazos limitados, en plena ofensiva. En la caravana que le servía de puesto de mando, el general Cherniakovski escuchaba los informes y las propuestas para tomar la decisión en la próxima operación, codificada con el nombre de Zviezdá.

El coronel Kóziriev, jefe del Servicio de Información, comunicó que ante el ejército se concentraban la 323.ª, la 75.ª, la 57.ª, la 340.ª y la 377.ª Divisiones de Infantería enemigas. Aprovechándose de que la gruesa capa de nieve y la falta de caminos impedían a las tropas soviéticas avanzar, trataban de mantenerse en los poblados. Las citadas divisiones tuvieron considerables bajas en los combates en los alrededores de Vorónezh. Cuando los alemanes fueran desalojados de los poblados, adoptarían medidas para hacerse fuertes en sus posiciones defensivas del año pasado en el río Tim. Su defensa en esta línea representaba una fuerte zona de fortificaciones con obstáculos de todo tipo.

—Escuchemos al jefe de la Sección de Operaciones —y Cherniakovski concedió la palabra al coronel Laschenko.

—Camarada jefe del ejército, como usted sabe, de nuestro ejército fueron enviadas para Járkov y de Oboyán tres divisiones y una brigada de infantería. Pasaron a completar nuestros efectivos sólo la 248.ª y la 129.ª Brigadas de Infantería. Sin embargo, con las grandes unidades y los medios de refuerzo de que disponemos —concluyó Laschenko— es factible crear una agrupación que persiga en paralelo al enemigo y reservar una parte de las fuerzas para proteger los flancos del ejército.

Después de los informes del jefe de la artillería y del jefe de las tropas de ingenieros, Cherniakovski se puso en pie. Echando un vistazo a la carta dijo:

—He decidido perseguir al enemigo para impedirle que pueda fortificarse en la línea del río Tim, después, proseguiremos la ofensiva hacia el oeste y posteriormente liberaremos Kursk. Asestaremos el golpe principal con las fuerzas de la 121.ª y la 141.ª Di-

visiones de Infantería en dirección a Léninskoe y posteriormente sobre Pokróvskoe...

En la noche al 3 de febrero el grueso de las fuerzas del ejército alcanzó la ribera oriental del río Tim. Por la mañana, llegaron también allí las reservas, la artillería y la logística. A las 12.00 horas las fuerzas de Cherniakovski pasaron a una decidida ofensiva. Desalojando al enemigo de la margen del Tim, empezaron a progresar con rapidez en dirección oeste, desbordando la ciudad de Schigrí por el sur. El 4 de febrero fue tomada la ciudad de Tim. En la noche al 5 de febrero el coronel Bushin informó de que se había tomado la ciudad de Schigrí. Para entonces reforzaron al ejército con la 280.ª División de Infantería y la 79.ª Brigada de Tanques, lo que permitió acelerar el ritmo de la ofensiva.

Las tropas del 60.º Ejército, persiguiendo exitosamente al enemigo por caminos paralelos a su ruta de retirada, progresaron cincuenta kilómetros en dirección oeste. Hasta Kursk sólo quedaban veinticinco kilómetros. Pero los restos de una importante agrupación enemiga, cercada en los sectores de Gorshéchnoe y Stari Oskol, combatiendo contra las divisiones del 38.º Ejército, comenzaron a intentar abrirse paso hacia la ciudad de Tim, creando una amenaza para la retaguardia del 60.º Ejército.

El mando del ejército tenía que resolver: ¿Dónde lanzar sus fuerzas principales, a proteger su retaguardia, o bien emplearlas para un ataque impetuoso contra la agrupación enemiga en Kursk? Cherniakovski decidió, mediante un golpe a la retaguardia de la agrupación enemiga en Kursk, cercarla definitivamente y aniquilarla. Para ello, constituyó dos grupos de choque. El primero, compuesto por la división de infantería del coronel Teréntiev y la brigada de infantería del coronel Gúsev, desbordando Kursk por el norte, debería cortar la carretera a Fatezh y entablar combate por las afueras noroeste y este de Kursk. El segundo grupo de choque debería cortar por el sur la carretera Kursk-Oboyán en la región de Tsvietkovo, en la margen izquierda del río Seim.

En las últimas horas del siete de febrero, en los combates por Kursk se perfilaron claros indicios de éxito. Temiendo ser cercado,

el enemigo comenzó apresuradamente a salir de la ciudad, volando y quemando los depósitos y los edificios, aunque en los accesos de la misma seguía aún defendiéndose con fiereza.

El 8 de febrero las grandes unidades de Cherniakovski, después de derrotar a las unidades del enemigo que se defendían desesperadamente, tomaron Kursk. El general Schneider, comandante en jefe de las fuerzas alemanas en Kursk, un hombre cincuentón que contaba en su haber con decenas de victorias, no podía creer, que a sus tropas las había destrozado un general soviético de treinta y seis años.

Intentando detener la ofensiva de nuestras tropas en el sector de Kursk, el mando alemán envió sus reservas. Al Frente de Kursk llegó la 327.ª División de Infantería.

Cherniakovski necesitaba datos más detallados sobre la nueva agrupación del enemigo. Llamó al coronel Ter-Gasparián, jefe del estado mayor del ejército, que había sustituido en este cargo al general Krylov, que había caído enfermo. Gueorgui Andréievich Ter-Gasparián se graduó en 1938 en la Academia Militar M. Frunze, recibiendo su preparación como oficial de Operaciones en la Academia del Estado Mayor General. No sólo era un especialista en estado mayor, sino que también tenía experiencia al mando de divisiones de infantería. Desde los primeros días, Ter-Gasparián produjo buena impresión a Cherniakovski. En este hombre fornido, que hablaba con ligero acento armenio, se advertía una bullente energía y tenacidad para lograr el fin propuesto.

—Su llegada, como suele decirse, no ha podido ser más oportuna —dijo afablemente Cherniakovski a Ter-Gasparián—. Organice con toda urgencia la exploración, averigüe todo lo que pueda sobre la agrupación del enemigo que tenemos enfrente. Dedique especial atención a la 327.ª División de Infantería y tampoco estaría mal tener datos sobre su mando.

—La exploración trabaja en este sentido —respondió Ter-Gasparián, que incorporado la víspera a este cargo ya se había puesto al corriente de los asuntos de estado mayor del ejército—. La 327.ª División de Infantería llegó no hace mucho de Francia. La manda el teniente general Friedrich Rudolf. La unidad ha recibido

un golpe demoledor en el combate por Kursk. Al propio Rudolf le faltó poco para no caer prisionero cuando nuestros soldados irrumpieron en el puesto de mando de su división en los accesos occidentales de Kursk.

—¿Nos apoderamos de documentos?

—Nada de particular importancia. Pero sí poseemos algunas cartas curiosas de la esposa de Rudolf.

—Es interesante... Ordene que me den esas cartas traducidas.

No tardaron en entregar a Iván Danílovich las cartas y, aprovechando un minuto libre, las leyó.

En una de ellas, la esposa del general alemán escribía a su cónyuge:

«... Toda la familia espera de ti que para el Año Nuevo les traigas la victoria. Por lo que a mí respecta, tengo un deseo muy modesto: te ruego que me envíes un abrigo de karákul...»

Iván Danílovich enseñó esta carta al teniente general Zaporózhetz, miembro del Consejo Militar del Ejército:

—Vea en aras de qué hacen la guerra los generales alemanes.

—En efecto, Iván Danílovich —dijo Zaporózhets, leyendo la carta—, en mi poder obra una misiva de género distinto, la carta de una madre, cuyo hijo murió en los combates por Vorónezh. Está dirigida a todos nosotros, a los libertadores de Vorónezh—. Zaporózhets sacó del bolsillo un sobre, extrajo de éste una cuartilla escrita y leyó: «... Siempre pensamos en vosotros, queridos combatientes, y nuestro corazón os acompaña. Os esperamos con la victoria. Cada noche sueño con este día, cuando regresaréis a casa, a vuestras madres. Aunque mi hijo no estará entre vosotros, yo, de todas las maneras, me alegraré de que llegue ese día. Recibid la bendición materna. Vuestra madre: Anna Grigórievna Solovieva». En el ejército recibimos muchas cartas como esta —observó Zaporózhets—. Y todas ellas expresan una sola preocupación, sobre nuestros combatientes, un deseo, que nuestra tierra sea pronto liberada de los fascistas. En una de las divisiones un soldado recibió carta de una jovencita desconocida con su fotografía y estas palabras en el reverso: «Mata hoy un fascista más».

—Bueno ¿y el soldado cumplió el encargo de la doncella?

—Lo cumplió.

* * *

Hitler intentaba en vano mantener la moral de sus tropas en retirada. Condecoraba a los soldados con la Cruz de Hierro y a von Salmuth, jefe del 2.º Ejército alemán, le ascendió a coronel general. Pero ni las cruces de hierro ni los ascensos podían ayudar ya.

Las tropas de Cherniakovski continuaban exitosamente la ofensiva y, persiguiendo a las unidades del 2.º Ejército, que se retiraban llenas de pánico, no tardaron en destrozar otras tres divisiones de infantería del enemigo. En estos combates, Cherniakovski mostró con brillantez sus aptitudes de estratega, asegurando un elevado ritmo de ofensiva.

A comienzos del año cuarenta y tres, el nombre de Cherniakovski figuró una vez más en los partes del Buró de Información Soviético. La liberación de Kursk le reportó una gloria merecida. Estas jornadas fueron memorables en la vida de Iván Danílovich. El Partido y el Gobierno evaluaron muy positivamente sus méritos de guerra. Por la expulsión del enemigo de Vorónezh se le concedió la tercera Orden de la Bandera Roja, mientras que por la exitosa operación para la liberación de Kursk recibió la Orden de Suvórov de primer grado. Por disposición del Consejo de Comisarios del Pueblo de 14 de febrero de 1943 a Iván Danílovich Cherniakovski se le ascendió a teniente general.

* * *

La Operación Zviezdá se desarrollaba con éxito. Las fuerzas principales del Frente de Vorónezh, protegidas desde el ala izquierda por las acciones ofensivas del 60.º Ejército, llegaron a los accesos de Poltava. Las tropas soviéticas amenazaban con escindir el Frente Oriental alemán. Pero el 19 de febrero ocurrió algo imprevisto. El enemigo consiguió traer reservas frescas. Las tropas del general Gólikov entraron en contacto con los cuerpos acorazados del ene-

migo, trasladados desde Europa Occidental. Se revelaron nuestros grandes errores. Resultó que lejos de proponerse retirar sus tropas a detrás del Dniéper, como suponíamos nosotros, el mando alemán preparó un contragolpe con la finalidad de recuperar la iniciativa estratégica. Los jefes de los Frentes, F. Gólikov, del de Vorónezh, y N. Vatutin, del Sudoeste, supusieron después de liberar Járkov que el enemigo se retiraba con grandes fuerzas hacia el oeste. Sin embargo, los alemanes no sólo no pensaban en retirarse, sino que pronto pasaron a la contraofensiva. Las tropas de los Frentes de Vorónezh y del Sudoeste no aguantaron la presión del enemigo y en marzo abandonaron Járkov y Biélgorod.

De manera distinta se desarrollaban los acontecimientos en el flanco izquierdo del Frente de Vorónezh, en la dirección secundaria, en la zona de ofensiva del ejército de Cherniakovski. Una vez liberados Kursk y centenares de poblaciones, sus grandes unidades siguieron avanzando exitosamente hacia el oeste.

En 1943 la primavera empezó pronto. Pero el deshielo no detuvo la ofensiva de las fuerzas de Cherniakovski. En los campos de la región de Kursk rugían los motores de los tanques, avanzaban las pesadas máquinas, hundiéndose en la blanda y mojada tierra, dejando profundas rodadas. Los tanques transportaban sobre ellos soldados con subfusiles. Cuando se tropezaban con las fuerzas enemigas que cubrían la retirada, los soldados saltaban a tierra, se desplegaban instantáneamente en guerrilla y entraban sobre la marcha en combate.

Tras los destacamentos de vanguardia de las brigadas de tanques avanzaban por los pegajosos campos las fuerzas principales de las divisiones de infantería del 60.° Ejército. Los pies de los soldados se atascaban en el compacto barrizal, las botas se llenaban de agua y las correas de los macutos les desollaban los hombros. No tenían tiempo de entrar en una templada casa, aunque sólo fuera para secar un poco la ropa y calentarse. Perseguían día y noche al enemigo que se retiraba. Por las mañanas, las heladas endurecían la tierra, los charcos se cubrían de una fina capa de hielo. Los pies se quedaban helados en las húmedas botas. Los camiones y los carros se atascaban en el barrizal, los caballos se desploma-

ban agotados. Sólo los soldados, aguantando todas las pruebas, seguían adelante, hacia el oeste. Las marchas se alternaban con los combates, breves pero encarnizados.

Atolondrado por los golpes por sorpresa, el enemigo se retiraba desordenadamente, abandonando en el barro impracticable camiones y material bélico. Cooperando con otras grandes unidades del Frente, el ejército de Cherniakovski perseguía con ímpetu al enemigo, sin dejarle recobrarse, desalojándole de todas las líneas defensivas intermedias. Cada día de nuestra ofensiva traía la liberación a miles y miles de personas.

* * *

Se dejaban sentir el penetrante viento de marzo y la humedad. El jefe del ejército estaba aterido en su coche, atascado en el barro. Sus ruedas patinaban en el sitio. Cuando los soldados de la columna que marchaba al lado lo advirtieron, corrieron a prestar ayuda y sacaron a brazo el automóvil del barrizal.

Cherniakovski, dejando que el coche siguiera adelante, echó a andar con la columna del batallón y se puso a hablar con los soldados. Le interesaba saber cómo era el rancho y cómo los trataban.

—¿Y las cartas, las reciben regularmente? —preguntó Iván Danílovich a un joven soldado.

—Nosotros, camarada general, no nos podemos quejar de que no nos escriban —dijo el soldado con un suave acento ucraniano—. Hoy, durante la marcha, he recibido tres cartas.

—¿Y qué le escriben?

—Siempre lo mismo: «¿Cuándo liberaréis nuestra tierra?». Mientras que mi novia me escribe así: «Si me quieres, mata un fascista más, véngate por mi madre y mi hermano, fusilados por esos salvajes». Camarada general, mi amigo Gritsún lo pasa mal. Le da reparo que yo hable por él. No recibe cartas de nadie. Está completamente decaído.

—¿Dónde está Gritsún?

—Ahí lo tiene.

Cherniakovski preguntó a Gritsún:

—¿Es que usted no tiene familia? ¿Ni siquiera novia?

—Tengo, camarada general. Pero mi tierra, cerca de Kíev, está en poder de los fascistas, y no sé qué ha sido de mis familiares, y ellos mismos no saben dónde estoy yo...

—Te ayudaré a encontrarlos, hermano. —Y el jefe del ejército encargó allí mismo al ayudante que por Radio Moscú se anunciaran las señas del correo de campaña a donde se podían dirigir las cartas a Gritsún.

Al cabo de un mes Gritsún había recibido ya más de un centenar de cartas: le escribían muchachas, pioneros, ancianos, a los que nunca había visto y que tampoco le conocían a él. Unos, le llamaban en sus cartas hermano, otros, su mejor amigo, los terceros, le trataban de hijo. Pero de sus familiares aún no tenía noticias. Sin embargo, las cartas que recibía de personas desconocidas confortaban el corazón del soldado.

El 60.° Ejército, después de culminar felizmente la operación por la liberación de Kursk, emprendió otra, la operación de Lgov. Pero al final del segundo día de ofensiva las tropas fueron detenidas por la tenaz resistencia del enemigo en la línea Olshanka, Liubímovka. La victoria no se lograba con facilidad. Otra vez ante las tropas de Cherniakovski se iba formando una complicada situación, de nuevo se exigía contraponer al enemigo una maniobra inesperada. Con este objeto, Iván Danílovich realizó un complicado traslado de fuerzas. Fijando en el centro de su dispositivo a la agrupación enemiga de Lgov y asestando golpes demoledores desde los flancos, las tropas del 60.° Ejército liberaron esa localidad el 3 de marzo.

Cuando el coche del jefe del ejército llegó al centro de Lgov, Iván Danílovich, terriblemente cansado por la tensión de los combates, se quedó traspuesto. Viendo que por las chimeneas de algunas casas salía humo y deseando que el jefe del ejército se tomara algún descanso, Komarov dijo en voz baja al chófer:

—Tuerce hacia cualquier vivienda. Que el general pueda dormir caliente, aunque sólo sea una hora.

Pero a través de su modorra, Iván Danílovich oyó esto.



El coronel I. D. Cherniakovski elaborando un plan de combate.



Personal de comunicaciones tendiendo una línea en los suburbios de Vorónezh, 1942.





El jefe del 60.º Ejército, I. D. Cherniakovski, al volante.



El teniente general I. D. Cherniakovski. Marzo de 1943.



Combate por una aldea. Frente de Vorónezh. 1943.



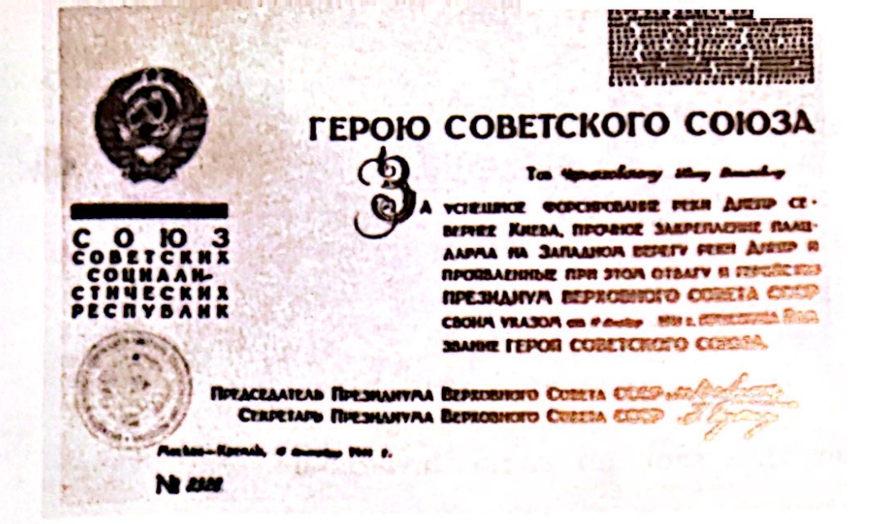
Paso del Dniéper.



Soldados sobre un tanque. Invierno de 1943.



Los generales I. D. Cherniakovski y A I. Zaporózhets presentes en el Estado Mayor de Ejercito.



ГЕРОЮ СОВЕТСКОГО СОЮЗА

СОЮЗ СОВЕТСКИХ СОЦИАЛИСТИЧЕСКИХ РЕСПУБЛИК

За успешное форсирование реки Днепр севернее Киева, прочное закрепление плацдарма на Западном берегу реки Днепр и проявленные при этом отвагу и геройство Президиум Верховного Совета СССР своим указом от [illegible] присвоил Вам звание Героя Советского Союза.

Председатель Президиума Верховного Совета СССР

Секретарь Президиума Верховного Совета СССР

Москва—Кремль, [illegible]

№ [illegible]

Diploma del Presídium del Soviet Supremo de la URSS sobre la concesión del título de Héroe de la Unión Soviética a Iván Cherniakovski.



El general coronel I. D. Cherniakovski.



El mariscal A. M. Vasilievski, el jefe del 3.er Frente de Bielorrusia I. D. Cherniakovski y el jefe del 5.º Ejército de la Bandera Roja N. I. Krylov interrogando a prisioneros alemanes. Zona de Vítebsk, julio de 1944.



I. D. Cherniakovski antes de efectuarse el paso del río Bereziná. Julio de 1944.



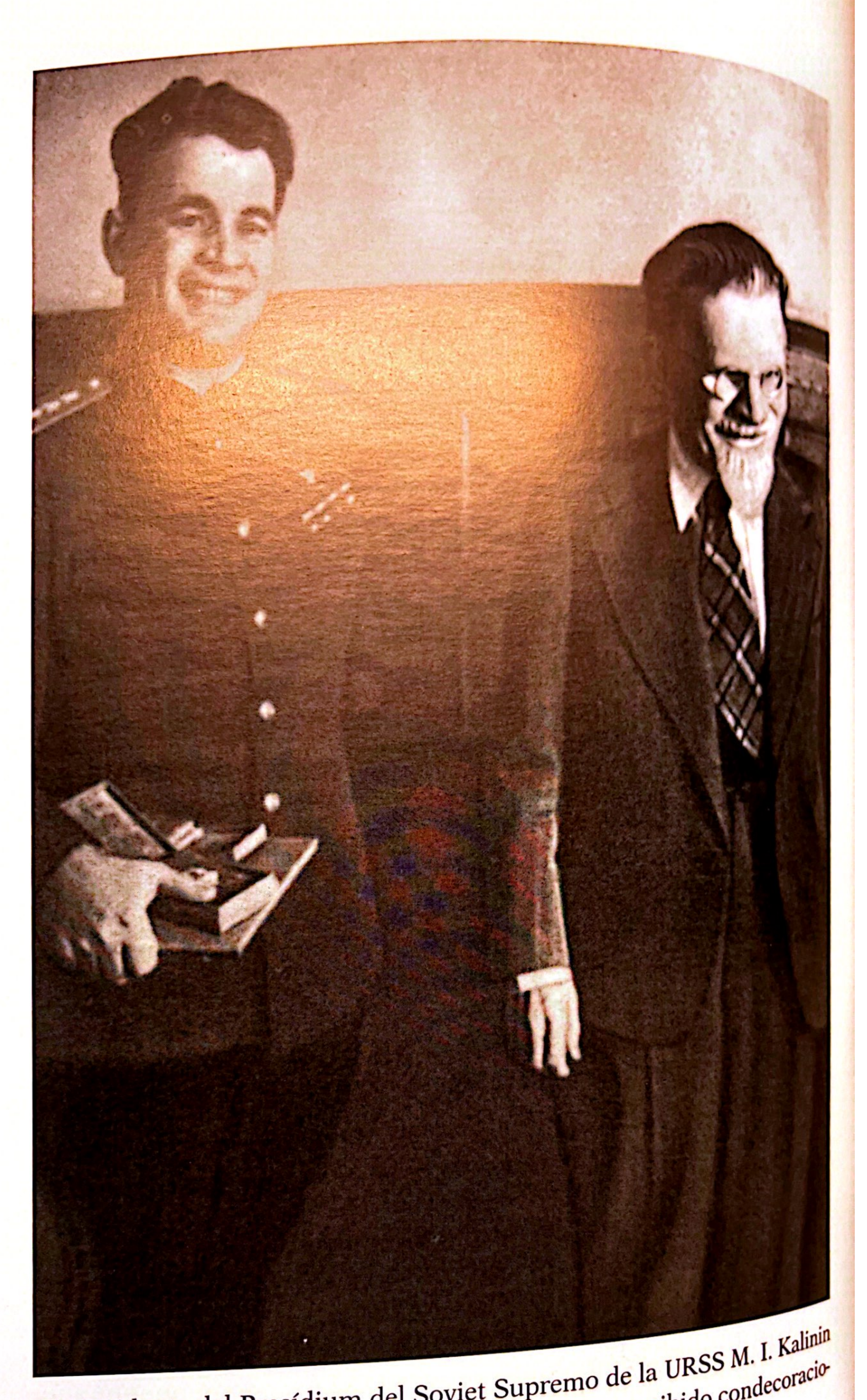
Puesto de mando de una unidad de infantería. 1944.



I. D. Cherniakovski con sus hijos Nila y Oleg. 1944.



El 3.er Frente de Bielorrusia al ataque.



El presidente del Presídium del Soviet Supremo de la URSS M. I. Kalinin y el general I. D. Cherniakovski (después de haber recibido condecoraciones gubernamentales).



I. D. Cherniakovski y V. E. Makárov en primera línea.



El general I. D. Cherniakovski observando un combate aéreo.



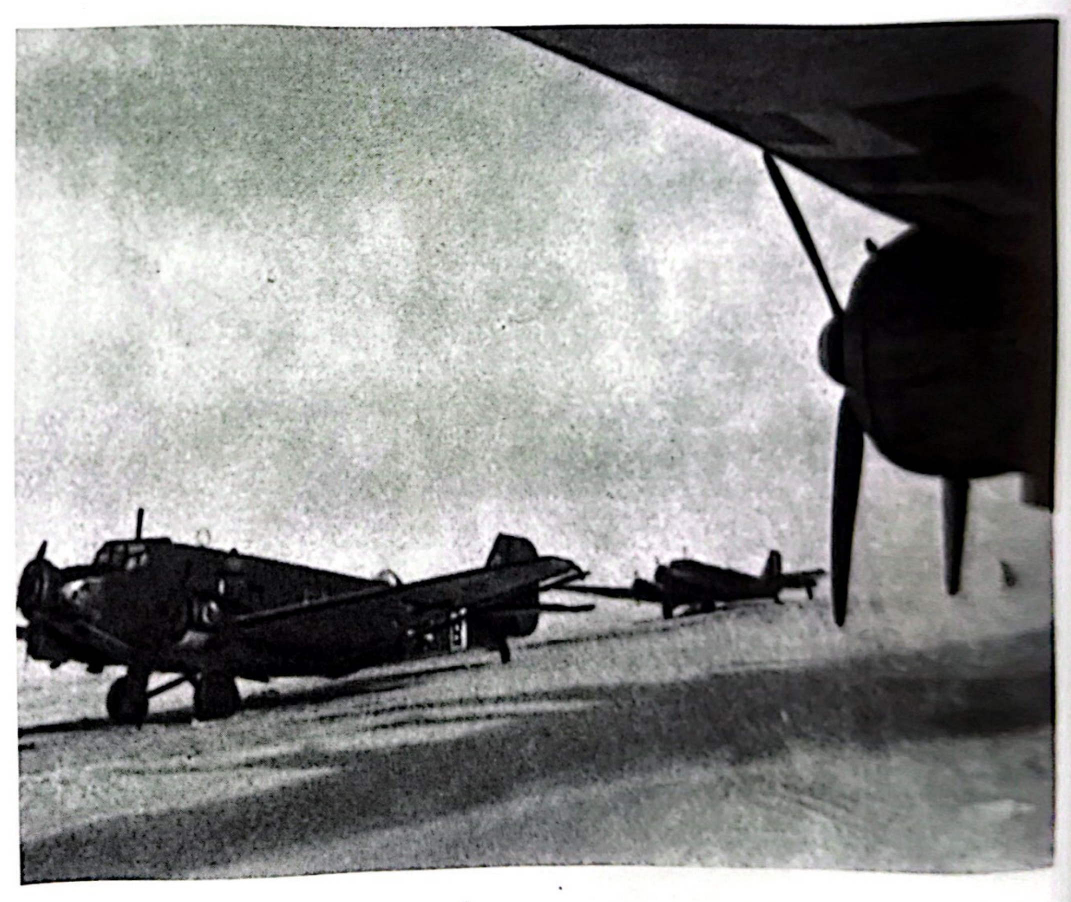
Bombarderos de picado en formación de combate. 1944.



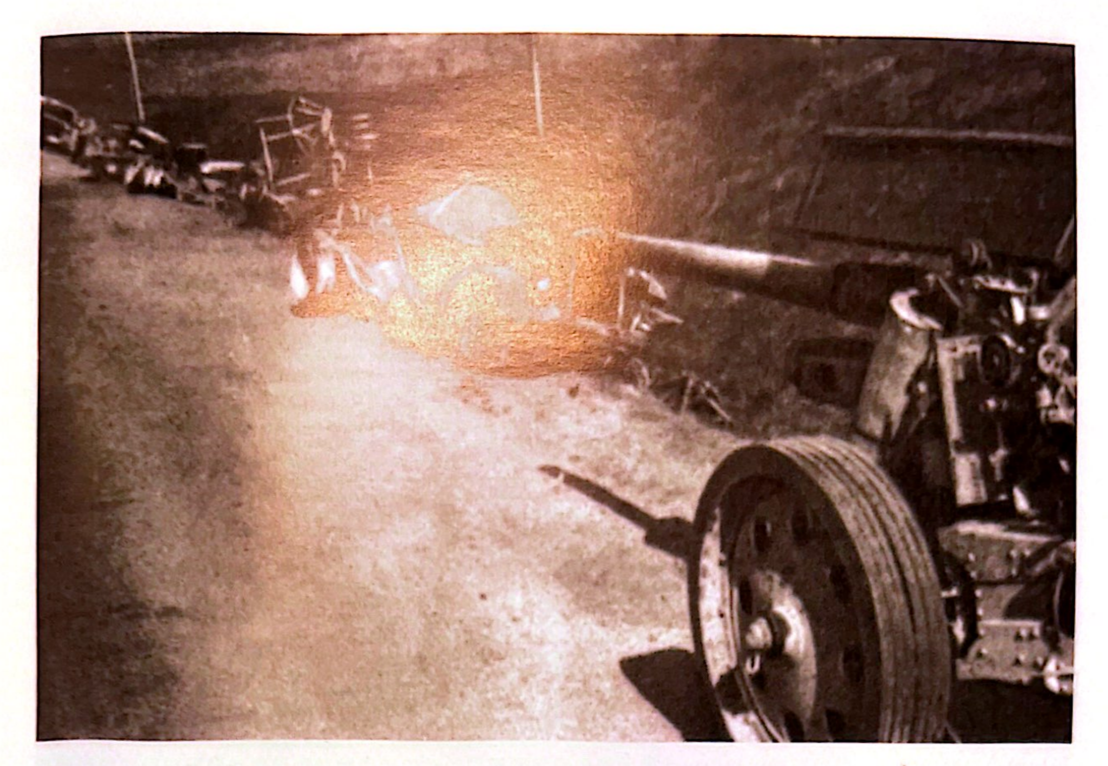
Los aviadores franceses de la Escuadrilla *Normandia* junto con un piloto soviético examinan el plan de la próxima operación.



I. D. Cherniakovski con un grupo de oficiales del Estado Mayor del Frente estudiando una operación, frente a una maqueta. 1944.



Un aeródromo alemán ocupado.



En una de las carreteras por las que pasó el 3.er Frente de Bielorrusia. 1944.



El general de Ejército I. D. Cherniakovski, dos veces Héroe de la Unión Soviética.

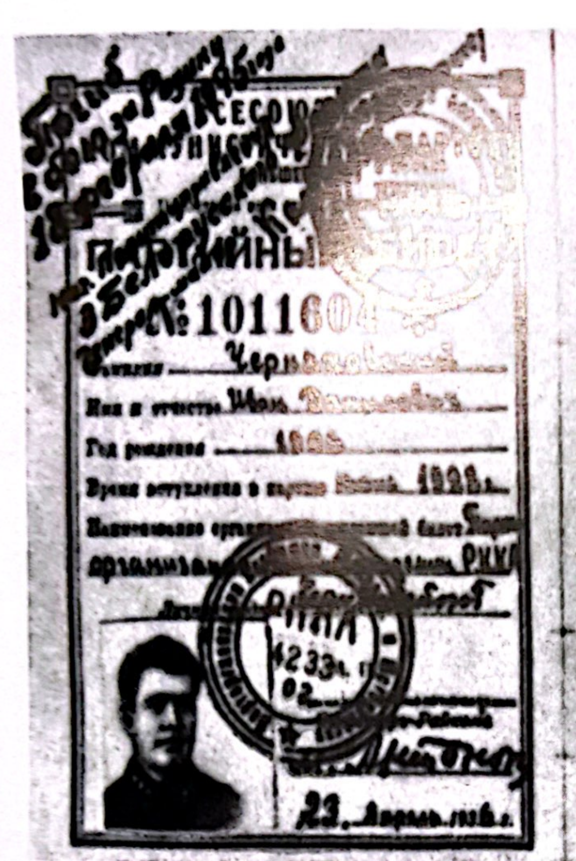


Tropas soviéticas en las calles de una ciudad alemana. *1944.*



«Para Hitler», «Por Cherniakovski» –está escrito en los proyectiles que cargan soldados soviéticos.





УПЛАТА ЧЛЕНСКИХ ВЗНОСОВ
1935 год

Месяц	Месячный заработок	Членский взнос	Подпись секретаря
Январь			
Февраль			
Март			
Апрель			
Май			
Июнь			
Июль			
Август			
Сентябрь			
Октябрь			
Ноябрь			
Декабрь			

El carné del partido, perteneciente a I. D. Cherniakovski. 1945.

Así terminó la guerra para ellos. Prisioneros alemanes del 3.er Frente de Bielorrusia. 1944.



Un busto del general Iván Cherniakovski, dos veces Héroe de la Unión Soviética. Obra del escultor E, Vuchétich.



Monumento al libertador Iván Cherniakovski, erigido en la ciudad de Vilnius.



—¡Eh, querido! —dijo a Komarov—. Es aún pronto para reponerse a fuerza de dormir. Ni tú ni yo descabezaremos un sueño antes del asalto, y ya estás viendo para cuánto nos ha durado la cuerda: hemos liberado cinco ciudades y aldeas y más de un millar de poblados. ¡Y cuánta gente hemos liberado del cautiverio! ¡Por delante nos aguardan aún muchas ciudades y aldeas!

La toma de Lgov tuvo gran importancia. Contribuyó a que las tropas del 60.° Ejército pudieran, en cierto grado, seguir manteniendo la iniciativa y atraer sobre sí parte de las fuerzas y de las reservas del enemigo desde Járkov, asegurando el intersticio entre los Frentes de Vorónezh y de Briansk.

En marzo la línea del frente al oeste de Kursk se estabilizó. Se formó el saliente de Kursk. Para aquellas fechas las tropas de Cherniakovski habían llegado al saliente más pronunciado del arco y se pusieron a la defensiva. El 60.° Ejército pasó a disposición del Frente Central.

...El coronel general K. Rokossovski, comandante en jefe del Frente Central, después de inspeccionar las obras defensivas del 60.° Ejército, se reintegró ya tarde a su cuartel general.

—Podemos estar tranquilos por lo que respecta al 60.° Ejército —dijo al general K. Teleguin, miembro del Consejo Militar del Frente—. Cherniakovski es un excelente jefe de ejército. No sólo está magníficamente preparado en el aspecto militar, sino que es también un hombre de gran cultura. A pesar de su juventud ha llegado a donde no pudieron llegar muchos insignes grandes jefes militares, que tenían una gran experiencia. Cherniakovski ha logrado en el ejército que sus subordinados cumplan sus órdenes con agrado.

—Pues el miembro del Consejo Militar del 60° Ejército, Zaporózhets, no tiene ni mucho menos esa opinión de Cherniakovski —observó Teleguin—. Es una lástima que yo no haya podido aún conocer bien a Cherniakovski.

—Me parece que Zaporózhets no encontró un lenguaje común con Cherniakovski, no pudo compenetrarse con él. Además, de que el propio general Galádzhíev, jefe de nuestra Sección Política, afirma que Zaporózhets no siempre es justo.

—Zaporózhets es un instructor político de experiencia, pero un tanto peculiar.

—No niego que pueda tener experiencia, pero los tiempos han cambiado, el ejército es otro y Zaporózhets sigue trabajando a la antigua.

—Intentaremos mediante esfuerzos conjuntos arreglar sus relaciones mutuas.

—Si ellos no van a trabajar en armonía habrá que separarlos.

* * *

En las líneas defensivas del colosal saliente, antes del amanecer del 5 de julio de 1943 comenzó la histórica batalla en las proximidades de Kursk. El enemigo pasó al ataque. Librando combates defensivos, las tropas del 60.º Ejército cumplieron las misiones que les habían sido planteadas y aguantaron a pie firme. El 12 de julio el Ejército soviético emprendió una ofensiva decisiva. Se asestó al enemigo un golpe demoledor, haciendo fracasar así su último intento de realizar una gran ofensiva veraniega.

IX

LA BATALLA POR EL DNIÉPER

Una vez debilitadas las tropas alemanas en el saliente de Kursk, el Ejército Rojo debería ahora desbaratar los cálculos del enemigo para alargar la guerra en el Frente del Este y derrotar a sus fuerzas en la orilla oriental del Dniéper, cruzarlo sobre la marcha combatiendo y apoderarse de una cabeza de puente en la ribera opuesta.

Esta misión, extraordinariamente importante, se le encomendó a las fuerzas de los Frentes de Vorónezh, Central, Sudoeste y Sur. En la dirección principal del Frente Central operaba el 65.º Ejército del general P. Bátov. Como en su zona tendrían lugar los acontecimientos decisivos, recibió el máximo de fuerzas y medios de refuerzo, asegurándole así superioridad sobre las fuerzas enemigas que se le oponían.

A la izquierda del ejército de Bátov, en la dirección secundaria del Frente, le correspondía al 60.º Ejército asestar un golpe auxiliar con fuerzas limitadas.

El estado mayor de Cherniakovski emprendió una frenética actividad. Se ocupaba de elaborar el plan de la operación prevista y de otras medidas preparatorias al objeto de transformar la dirección secundaria en dirección principal. Iván Danílovich trabajaba por un sistema concreto: una cuarta parte de su tiempo, la dedicaba a la dirección del estado mayor; una mitad, a la dirección de las tropas, encontrándose directamente en los despliegues de las grandes unidades; otra cuarta parte, la dedicaba a los problemas

de suministros de las tropas, con todo lo que hacia referencia a lo necesario para el combate y la vida.

En cierta ocasión, a su regreso al puesto de mando después de unos ejercicios tácticos, Iván Danílovich recibió al jefe del Servicio de Instrucción del Ejército para que le informara.

—¡Camarada comandante en jefe! —informó éste—. A través de las instancias correspondientes se ha recibido, dirigida a su nombre, una solicitud del sargento Turushkánov, pidiendo que se le dé permiso para ir a su casa.

Iván Danílovich se asombró. En todo el tiempo en que llevaba al frente del ejército, éste era el primer caso en que alguien pidiera irse del frente de permiso. Por la mañana, ordenó que se le presentara Turushkánov.

—Dígame, Stepán Fiódorovich, ¿qué le ha sucedido? —preguntó Cherniakovski cuando Turushkánov estuvo en su presencia. El sargento, ya de por sí estupefacto por el giro que había tomado el asunto, se asombró aún más, oyendo que el jefe del ejército se dirigía a él por su nombre y patronímico. Incluso su jefe de compañía nunca le había hecho objeto de tal honor.

—¡Camarada general! —informó Turushkánov, recobrándose un poco— He recibido de casa malas noticias: mi madre ha sufrido una parálisis y, excepto a mí, no tiene a nadie más. Le ruego me conceda unos días de permiso.

—¿Y si usted se marcha dentro de dos o tres días? ... Le digo esto, Stepán Fiódorovich, porque no está muy bien, digamos, que un hombre llegue del Frente a su tierra natal sin condecoraciones.

—Pero es que en tres días mi situación, en este sentido, es poco probable que cambie.

—Puede cambiar incluso antes. Así es que, ¿aguardará?

—Puedo aguardar.

La «radio del soldado» difundió inmediatamente por todo el ejército el diálogo del jefe con Turushkánov. Los soldados se transmitían unos a otros, con distintos matices, el contenido de esta conversación, mencionando con cariño a su comandante en jefe.

* * *

En las unidades del 60.º Ejército se daban los últimos toques a los preparativos para la ofensiva. Las horas que anteceden al ataque... Quien las ha vivido no olvidará qué solemnes e inolvidables son estos momentos en la vida del soldado.

Iván Danílovich encontró tiempo para escribir a su casa.

«... Se aproxima la hora —escribía presuroso— en que entraremos en nuestra querida tierra ucraniana, en la que nacimos y crecimos. Ella nos recibirá con cariño y alegría. Estoy seguro del éxito. Me es difícil transmitirte, querida, qué emoción jubilosa nos embarga. Todos ardemos en deseos de aportar nuestro óbolo a la liberación de Kíev, tan entrañable para mí. En los dos años de guerra nunca me dirigí al mando solicitando algo. Y, de todas las maneras, le pediré que encargue a nuestro ejército el avance sobre Kíev. Ya hace tres días que no puedo leer sin emocionarme la consigna «¡A por el Dniéper!», que veo a cada paso en las pancartas pintadas por los propios combatientes. Me emociona aún más cuando escucho estas palabras en boca de mis soldados y oficiales, que en una noche de frío en los combates por Vorónezh, cantaban:

Ay, Dniéper, Dniéper, qué lejos estás.
Y tus ondas, como una lágrima...

Ahora sólo nos resta atravesar el Desná, y luego, también el Dniéper...»

En aquellos días, no sólo el jefe del ejército, cuya juventud había transcurrido en Kíev, sentía incontenibles deseos de entrar en combate, sino que también todos los hombres de su ejército estaban dominados por el impulso único de pasar a viva fuerza el Dniéper e izar la bandera de la victoria sobre la capital de Ucrania.

A la petición de Cherniakovski, el comandante en jefe del Frente, Rokossovski, respondió por teléfono:

—Todo depende de ustedes mismos. Ucrania está al alcance de la mano. Kíev también está cerca. Si saben obtener éxito les ayudaremos. En general, abra el camino de Kíev.

—Necesito su ayuda, camarada comandante en jefe. Para conseguir el éxito le ruego me afecte un cuerpo de tanques o me-

canizado. Si me lo concede, el enemigo en mi zona de ofensiva no tendrá tiempo de recobrarse cuando la infantería se lance tras los tanques. Yo estoy preparando mis reservas...

—Eso está bien, Iván Danílovich, cuente ante todo con sus reservas —contestó Rokossovski—. Le ruego que me comprenda bien. Para la concentración de fuerzas en la dirección del golpe principal debo reforzar al 65.º Ejército, pero en el transcurso de la operación todo dependerá de ustedes mismos. Si se advierte éxito en su zona, no sólo le afectaré un cuerpo de tanques, sino incluso más.

* * *

Preparando la operación, Cherniakovski preveía también las acciones que podría emprender el enemigo. A este respecto, indicó a su jefe de estado mayor, Ter-Gasparián:

—En el plan de la operación es preciso que no perdamos de vista que los alemanes, por lo visto, lanzarán todas sus reservas a la zona de ofensiva de nuestro vecino de la derecha, donde el Frente descargará el golpe principal. Nosotros debemos tener previsto asestar el golpe principal de nuestro ejército en nuestra ala izquierda.

—Por la idea de maniobra así debe de ser —asintió Ter-Gasparián—. Pero el jefe del Frente nos exige, de todos modos, concentrar el grueso de las fuerzas en nuestra ala derecha.

—Konstantín Konstantínovich nos ha permitido desplazar el golpe principal más a la izquierda y romper la defensa del enemigo donde sea más vulnerable.

Para esclarecer definitivamente los propósitos del enemigo, el jefe del estado mayor del ejército destacó exploradores detrás de la línea del Frente, para establecer contacto con los destacamentos de guerrilleros. Aquella misma noche, los exploradores regresaron con valiosos datos que confirmaban las noticias que ya se tenían sobre las fuerzas enemigas. Las suposiciones de Cherniakovski sobre los propósitos del enemigo resultaron ser ciertas. Contra su ejército, en trincheras y nidos preparados de antemano, se encontraban tres divisiones de infantería del 22.º Ejército alemán, refor-

zados con artillería y tanques, que como se pudo establecer, sumaban más de cincuenta unidades. Por su plantilla de personal y de armamento cada una de estas divisiones superaba en casi el doble a las divisiones de infantería soviéticas que se les enfrentaban.

El jefe del ejército, después de apreciar la situación desde todos los ángulos, decidió concentrar el 80 por ciento de toda la artillería a él subordinada y casi todos los tanques en el eje principal del ejército en el sector de ruptura, de diez kilómetros de ancho. En los restantes noventa kilómetros de línea que ocupaba el ejército, Cherniakovski dejó solamente del diez al once por ciento de las fuerzas y medios. Ésta era una decisión audaz.

El XXIV Cuerpo de Infantería del general N. Kiriujin, reforzado con una división de artillería y la 150.ª Brigada de Tanques, se preparaba para emprender la ofensiva en el flanco adyacente al 65.° Ejército del general P. Bátov. Más a la izquierda, en el resto del sector asignado, debería atacar el XXX Cuerpo de Infantería del general L. Lazkó.

Formaba el segundo escalón del 60.° Ejército el XVII Cuerpo de Infantería de la Guardia del general A. Bóndariev, transferido por Rokossovski desde el 70.° Ejército. En lo fundamental, esta gran unidad estaba compuesta por los antiguos guardias de fronteras, y aunque aún no había completado las grandes bajas sufridas en los combates anteriores, de todas formas, le produjo buena impresión al jefe del ejército cuando lo visitó. «El vino añejo se guarda en pequeños toneles» —fue la evaluación que Iván Danílovich hizo de los guardias de fronteras, admirado de su marcialidad y aspecto aguerrido.

* * *

Disponiéndose para la ofensiva, Cherniakovski tenía en cuenta que el enemigo aún era fuerte y que tomaría todas las medidas no sólo para mantener sus posiciones en el caso de nuestra ofensiva, sino también para pasar él mismo a la contraofensiva si se le presentaba esta oportunidad, circunstancia que no podía por menos de intranquilizar a Cherniakovski.

En la memoria aún tenía fresca la catástrofe sufrida a comienzos de 1943 por nuestras tropas en los alrededores de Járkov debida a que durante la ofensiva no se consiguió una clara superioridad en fuerzas sobre el enemigo y no se afianzaron los éxitos conseguidos. No podía ser más justa la decisión de Cherniakovski de concentrar fuerzas en la dirección principal a costa de debilitar otros sectores del ejército, no sólo basada en prever las intenciones del enemigo, sino también en el conocimiento de la situación y de las posibilidades operativo-tácticas de los alemanes. Cherniakovski sabía que el Ejército Rojo había destrozado en los campos de Kursk a las tropas más avezadas y mejor preparadas de Alemania. De resultas de esta batalla la situación había cambiado en favor nuestro. El mando alemán tuvo que pasar a la defensiva estratégica y reanudar los trabajos de ingeniería defensivos en la línea del Baluarte del Este, levantada en las riberas de los ríos Narva, Sozh y continuada por el Dniéper y el río Molóchnaya. Los propósitos de los alemanes se reducían ahora a lo siguiente: utilizando el grueso de las fuerzas contra la agrupación principal del Frente Central, impedir el desarrollo de la ofensiva de las tropas soviéticas. Por eso Iván Danílovich consideraba que el enemigo opondría una resistencia obstinada en la margen izquierda del Dniéper, la oriental, al objeto de contener a nuestras tropas ante este importante obstáculo acuático.

El día 25 de agosto el Consejo Militar del Ejército se dirigió con esta alocución a los soldados, suboficiales y oficiales «...También ha llegado para nosotros la hora de cumplir nuestro sagrado deber ante la madre Patria. ¡El país nos llama! ¡Adelante, al Oeste! Avancemos a donde gimen por el hambre y las torturas nuestros hermanos y hermanas... Nuestras banderas de combate nos llaman a la victoria y a la gloria...»

A partir de la mañana siguiente, los hombres de Cherniakovski atacaron impetuosamente al enemigo y rompieron su defensa antes de que lo hicieran las tropas de la agrupación principal del Frente. Al tercer día de combates, Rokossovski cumplió su promesa, adjudicando a Cherniakovski, para la explotación del éxito, el IX Cuerpo de Tanques del general G. Rúdchenko. Iván Danílovich

aprovechó en el acto esta oportunidad, enviando a la batalla tras los tanques de Rúdchenko al cuerpo de infantería de Bóndariev. En cooperación con los tanquistas, los de la Guardia perforaron también la segunda posición defensiva del enemigo.

Los guardias de fronteras del XVII Cuerpo de la Guardia, montados por Cherniakovski sobre camiones recogidos de todo el ejército, y sin rezagarse de los tanguistas, irrumpieron con éstos en el campo de batalla. El 29 de agosto liberaron las ciudades de Rilsk, Glújov y centenares de otros puntos poblados.

En el puesto de mando del ejército, los corresponsales se disputaban los teletipos para comunicar a Moscú los nuevos datos que llegaban incesantemente acerca de los éxitos del 60.° Ejército y sobre sus hombres, distinguidos en los combates.

El jefe del ejército se preocupaba para que cada soldado que mereciese una condecoración por méritos de guerra, la recibiera lo antes posible, durante la misma ofensiva. Con frecuencia, él mismo imponía órdenes y medallas, trataba de que las proezas de la tropa se conocieran lo más ampliamente posible, alegrándose cuando los reporteros periodísticos asistían a la entrega solemne de las condecoraciones. En una de aquellas sencillas ceremonias en el Frente, Iván Danílovich presentó a los corresponsales a su viejo conocido: el jefe de una sección, el sargento Turushkánov.

—¡Aquí les presento a un auténtico paladín! —dijo Iván Danílovich—. La sección que él manda tomó una bifurcación ferroviaria de importancia táctica con dos convoyes militares alemanes. El propio Turushkánov aniquiló a una docena de fascistas. En nombre del Gobierno condecoro al sargento con la Orden de la Bandera Roja y le concedo unos días de permiso para que vaya a su casa.

El comandante en jefe cumplió su palabra, dada al sargento Turushkánov en vísperas de la ofensiva. Durante la ofensiva el Cuartel General del Frente Central estaba lleno de corresponsales militares.

Así, durante la batalla por el Dniéper, el ayudante informó a M. Malinin, jefe del Estado Mayor del Frente:

—Camarada general, quiere verle el corresponsal de Pravda.

—Invítele a que pase.

Un reportero con la cámara fotográfica colgada del hombro entró casi corriendo.

—¡Camarada general! —exclamó agitado—. ¿Por qué me aconsejó usted que fuera al ejército del general Bátov? Ahora resulta que el golpe principal se está asestando en otro sector.

—Se planificó que el golpe principal se descargase en la dirección Nóvgorod-Siéversk, que fue adonde le aconsejé ir, puesto que allí atacaba una poderosa agrupación: el 48.º y el 65.º Ejércitos, reforzados con tanques y artillería. Se suponía que explotarían el éxito introduciendo en la brecha al 2.º Ejército de Tanques. Pero... —y Malinin abrió en un gesto de disculpa los brazos—. Puedo asegurarle que yo no tengo la culpa de que sus colegas, que fueron al 60.º Ejército, hayan sido más afortunados y, como es natural, hayan podido transmitir materiales más interesantes. Los acontecimientos se desarrollaron de manera distinta en la zona de ofensiva del 60.º Ejército.

Disculpándose, el corresponsal interrumpió al general:

—Camarada general, todo está claro. Sólo le pido una cosa: que me ayude a llegar hasta el 60.º Ejército.

—Le ayudaré gustoso.

No era mera casualidad que el reportero se apresurara a resarcirse de lo perdido. El general P. Bátov valoraba así en sus memorias de guerra la victoria de las tropas de Cherniakovski en esta operación: «El éxito del 60.º Ejército, que enlazaba con nuestro flanco izquierdo, fue algo inesperado. Cherniakovski tenía menos fuerzas que nosotros... En el transcurso de la ofensiva formó grupos móviles con fuerzas de las divisiones de infantería, reuniendo para ello todo el transporte automóvil del ejército, logró que al segundo día de la operación sus tropas salieran al campo de batalla. Rokossovski comenzó premeditadamente a incrementar la fuerza del golpe... Fue introducido en la ruptura el 13.º Ejército, y, luego, también el 61.º Ejército del general P. Bielov. El enemigo empezó a moverse hacia todos los lados reflejándose inmediatamente en nuestro sector un alivio...»*

* P. Bátov. *En campañas y combates*. M. Voenizdat, 1962, pág. 186.

En aquel período, para desarrollar el éxito en la operación ofensiva, a los ejércitos interarmas se les afectaba, como regla, grandes unidades mecanizadas o de tanques. En la etapa inicial de la operación, Cherniakovski carecía de ellas. Pero, concentrando las fuerzas principales en un sector estrecho y formando para explotar el éxito grupos móviles de infantería y artillería, no previstos por las plantillas, ya en las primeras horas desmoronó la defensa del enemigo. Así fue como la dirección secundaria en la zona de ofensiva del 60.º Ejército se transformó en la principal.

Adelantándose a la agrupación principal del Frente, las grandes unidades de Cherniakovski desarrollaban impetuosamente la ofensiva.

Aprovechando el éxito del 60.º Ejército, el comandante en jefe del Frente Central, Rokossovski, reagrupó apresuradamente al grueso de sus fuerzas del ala derecha en el ala izquierda.

En la primera quincena de septiembre las fuerzas de Cherniakovski siguieron adentrándose en Ucrania, superando la encarnizada resistencia del enemigo, liberando pueblos y ciudades, tomando nudos ferroviarios y puntos de apoyo importantes en la zona defensiva de las tropas alemanas en la ruta hacia Kíev.

El éxito de la operación no sólo estuvo condicionado por la acertada decisión tomada y por la hábil dirección de las tropas, sino también por la magnífica organización del trabajo de partido y político.

El rápido avance del ejército de Cherniakovski testimoniaba las altas cualidades morales y combativas de sus hombres. Los comunistas y los komsomoles los alentaban con su ejemplo a las proezas. Así ocurrió, por ejemplo, al sur de Bajmach, junto a la aldea Kobizhch. Durante la ofensiva, una compañía de ametralladoras rechazaba el sexto contraataque furioso del enemigo. En el momento más crítico, Jasánov, organizador del Partido en la compañía, se arrojó con un manojo de bombas de mano bajo un tanque fascista. El intrépido comunista destrozó al monstruo blindado enemigo, sucumbiendo él mismo, pero dejando expedito el camino de avance a la compañía.

Cherniakovski no se equivocó en sus esperanzas: en la libera-

ción de la ciudad de Bajmach se distinguieron de nuevo los guardias de fronteras del XVII Cuerpo de Infantería de la Guardia. Posteriormente, por una disposición de Rokossovski, la gran unidad del general Bóndariev fue afectada al vecino 13.º Ejército. Para reforzar al 60.º, llegó el VII Cuerpo Mecanizado de la Guardia del general I. Korchaguin.

Aquellos días la radio transmitió esta orden del Mando Supremo; «.. En los combates por las ciudades de Konotop y Bajmach se han distinguido las tropas del teniente general Cherniakovski... El 9 de septiembre, a las 20.00 horas, Moscú, la capital de nuestra Patria saludará a nuestras valerosas tropas, que han liberado las ciudades de Konotop y Bajmach, con veinte salvas de artillería de ciento veinticuatro piezas.

Gloria eterna a los héroes caídos en la lucha por la liberación y la independencia de nuestra Patria...»

La Orden del Mando Supremo se dio a conocer en el acto a todos los combatientes, despertando en sus corazones un aflujo aún mayor de energía en la lucha contra el enemigo.

Pero todavía quedaban por vencer nuevas dificultades. Para que la ofensiva sobre Kíev tuviera éxito se precisaba apoderarse de Chernígov, impidiendo así que el enemigo pudiera asestar un golpe al flanco de las tropas del Frente de Vorónezh. El camino hacia Chernígov y Kíev lo cerraba la ciudad de Nezhin, transformada por el enemigo en un fuerte nudo defensivo.

Apostados en casas y sótanos urbanos bien fortificados en Nezhin y en posiciones de difícil acceso en sus alrededores, cubiertos de bosques y pantanos, los alemanes resistían obstinadamente.

—Camarada general —informó a Cherniakovski el jefe del estado mayor—, las grandes unidades del primer escalón del ejército han sido detenidas por el enemigo. Con cada hora de dilación aumentan las posibilidades del adversario de traer fuerzas complementarias de otros sectores todavía no atacados por nosotros y retenernos para mucho tiempo...

—Nuestra cuña es muy profunda —repuso Cherniakovski—, hemos escindido el frente adversario y amenazamos sus flancos.

El enemigo lanza las últimas reservas para detenernos, así es que, como verá, nuestros asuntos no marchan tan mal. ¿Qué propone usted?

—Llevar a primera línea al VII Cuerpo Mecanizado de la Guardia en dirección a Nezhin.

—Pero, ¿analizó usted cuánto tiempo se necesita para esa maniobra?

—Para que el cuerpo entre en batalla necesitamos tres horas, durante las cuales los alemanes pueden también reagruparse. Aunque, quizás, ellos no pueden hacer eso; están inmovilizados en los flancos.

—Los alemanes intentarán estorbarnos. ¿Cómo podemos ayudar inmediatamente a nuestras grandes unidades del primer escalón en la ofensiva?

—No disponemos de otras fuerzas, excepto las del VII Cuerpo Mecanizado de la Guardia y la artillería antiaérea, que está cambiando de posiciones.

Cherniakovski comprendía la importancia que tenían en aquella etapa las horas y hasta los minutos. Mientras llegaba la artillería el enemigo se haría fuerte...

Sin embargo, encontraron solución. Fue, quizás, por primera vez en la historia de la Gran Guerra Patria, cuando la agrupación fundamental de la artillería antiaérea del ejército, destinada a luchar contra la aviación enemiga, salía de sus posiciones y se adelantaba a primera línea para batir al enemigo terrestre.

Era arriesgado emplear la artillería antiaérea para apoyar a las divisiones de infantería, incluso con nuestra aviación dominando el espacio aéreo. Pero Iván Danílovich calculaba en una o dos horas quebrantar la resistencia del enemigo. Sí, esto era un riesgo, pero un riesgo preconcebido y argumentado. Los cálculos de Cherniakovski se vieron confirmados en la práctica.

* * *

Nezhin fue liberado. Aquel mismo día el país escuchó por la radio el nuevo comunicado del Buró de Información Soviético. La voz

solemne del locutor pronunció concisa: «Las tropas del Frente Central, continuando la ofensiva, hoy, quince de septiembre, después de dos días de encarnizados combates, tomaron el importante nudo ferroviario y la ciudad de Nezhin, trascendental plaza defensiva de los alemanes en el camino hacia Kíev.

En los combates por Nezhin se distinguieron las tropas del teniente general Cherniakovski...» Alentadas por sus victorias, las tropas del 60.º Ejército, el 19 de septiembre atravesaron combatiendo el río Desná con el 13.º Ejército. Por la organización ejemplar de la operación, el Presídium del Soviet Supremo de la URSS condecoró el 21 de septiembre de 1943 al teniente general Cherniakovski, jefe del 60.º Ejército, con la orden de Suvórov de primer grado, y al jefe del estado mayor del ejército, mayor general Ter-Gasparián, con la Orden de Suvórov de segundo grado. La arrolladora ofensiva del 60.º Ejército y su rápida llegada al Dniéper, tuvo por resultado que el frente estratégico de los alemanes quedara escindido en dos. Las tropas de Cherniakovski no sólo atacaban adelantadas al ala izquierda de su Frente, sino que también llevaban una delantera de ciento veinte kilómetros a los ejércitos del Frente de Vorónezh, que combatían en la línea Romna-Lójvitsa. Así pues, la ruptura, practicada por el Ejército 60.º, probaba el indudable talento como estratega de Cherniakovski, su maestría para dirigir las tropas en las operaciones contemporáneas.

La impetuosa ruptura del Ejército 60.º y su posición dominante sobre el flanco del enemigo predeterminaron el importante éxito operativo no sólo de las tropas del Frente Central, sino también de las del de Vorónezh. Sin embargo, la gran separación que mediaba entre el ejército y sus vecinos tenía por fuerza que intranquilizar a Iván Danílovich. Para asegurar sus flancos se vio obligado a emplear una parte de las fuerzas de su agrupación de choque, con lo que debilitó a ésta.

Aprovechando que después de la liberación de Nezhin había llegado a su ejército el comandante en jefe del Frente, Cherniakovski le confió sus más recónditos pensamientos, que hacía mucho tiempo le preocupaban. Pero empezó dando un rodeo para expresar la idea principal que deseaba exponer:

—Konstantín Konstantínovich, ¿qué le han parecido los combatientes del 60.º Ejército?

La respuesta fue la siguiente:

—Nos ha gustado la inusitada alta moral de los soldados y de los oficiales. Se han olvidado del cansancio y van adelante con audacia, por el camino más recto hacia Kíev.

—Los cuervos son los que vuelan en línea recta. Pero a nosotros no nos interesa empujar al enemigo, para que pueda aferrarse en la elevada margen occidental del Dniéper. Estamos prestos para realizar una maniobra que los desborde. No estaría mal si con las fuerzas del 60.º y el 13.º Ejércitos golpeáramos al flanco de la agrupación alemana que retiene al ala derecha del Frente de Vorónezh y, después, tomar Kíev sobre la marcha.

—Iván Danílovich, para eso necesitamos el asentimiento del Gran Cuartel General.

—El tiempo apremia. Mientras usted se pone de acuerdo, permítame, con fines preparatorios, ocupar una base de partida favorable en el sector de Priluki, fuera de nuestra línea divisoria, en la zona de ofensiva del Frente de Vorónezh.

—¿Sustituir a los vecinos? —y Rokossovski quedó pensativo—. Éste es un asunto muy delicado. Hay que convenirlo con ellos.

—Pero nosotros no nos quedaremos en Priluki. Cuando lleguen allí las grandes unidades de Vatutin les entregaremos la ciudad. Por ahora, Priluki sólo está guarnecida por las retaguardias de los alemanes, pero si nos retrasamos, el enemigo concentrará allí fuerzas importantes y entonces tendremos que sufrir bajas injustificadas.

Rokossovski se proponía negar cortésmente la propuesta del joven jefe de ejército. Pero las palabras de Cherniakovski de que «tendremos que sufrir bajas injustificadas», le obligaron a acceder a su petición.

Mientras tanto, los generales alemanes bombardeaban con telegramas al Cuartel General del mariscal Manstein, enclavado en la ciudad de Zaporozhie, donde a la sazón se encontraba el propio Hitler, Pedían a éste que les permitiera retirar las tropas detrás del

Dniéper. Como respuesta, el Führer acusó a sus generales de incapaces. No obstante, la situación obligó a que Hitler ordenara retirarse, librando combates de retaguardia.

El enemigo se replegaba, pero aún era fuerte. Se aferraba tenazmente a cada línea favorable. Las condiciones naturales del terreno no en todas partes favorecían a los atacantes: el transporte se atascaba en las turberas pantanosas. Los alemanes prendían fuego a la turba seca, abarcando los incendios un área enorme. Las fuerzas de Cherniakovski tenían que abrirse paso entre el asfixiante humo de las turberas ardiendo. Pero a pesar de todas las dificultades, las divisiones de infantería del 60.° Ejército fueron de las primeras en llegar al Dniéper al norte de Kíev. En veinticinco días habían recorrido combatiendo casi trescientos kilómetros.

Los fascistas volaron los puentes sobre el Dniéper y minaron los accesos a los pasos. Las grandes unidades del ejército llegaron al río sin tener medios reglamentarios de paso. Una gran parte de dichos medios se utilizaba todavía en el Desná, donde cruzaban el río los servicios de retaguardia del ejército.

El 60.° Ejército debería pasar el Dniéper combatiendo. Por lo común, obstáculos acuáticos tan grandes se superan mediante una cuidadosa planificación. Pero para ello se necesitaba concentrar los parques de puentes y pontones y asegurar el paso simultáneo de la infantería, los tanques y la artillería. Pero en este caso al enemigo se le daba tiempo para preparar unas posiciones defensivas más poderosas y trasladar sus reservas operativas, mientras que a nuestras tropas se les privaría de un factor tan importante como es la sorpresa y, por supuesto, aumentarían considerablemente nuestras bajas.

Pasar a viva fuerza el río sin una preparación planificada —sobre la marcha— privaba al enemigo de muchas ventajas, pero, al mismo tiempo, era una empresa demasiado arriesgada para nosotros. El enemigo podía hacer repasar el Dniéper a nuestros poco nutridos destacamentos de vanguardia, que cruzaran el río sobre medios de circunstancias, sin tanques y sin la artillería suficiente.

Iván DaníIovich comprendía que el desenlace de la operación en ciernes y la suerte de las tropas a él confiadas dependerían mu-

cho de la decisión que él adoptara, razón por la que el comandante en jefe tendría que optar: o cruzar sobre la marcha el Dniéper y con un ataque por sorpresa, con pocas fuerzas, tomar una cabeza de puente en la margen opuesta, o bien, después de prepararse con arreglo a un plan, salvar el obstáculo acuático sobre medios de paso de plantilla y atacar al enemigo con fuerzas numerosas.

Cherniakovski dio preferencia al plan más audaz: atravesar combatiendo el Dniéper desde la marcha, con las fuerzas de los destacamentos de vanguardia. Ante todo, dio a conocer su decisión al general Olenin, miembro del Consejo Militar del Ejército, mostrándole en la carta cómo pensaba realizar su plan y preguntándole:

—Vasili Maxímovich, ¿hay algo que no esté claro? ¿Damos las órdenes a las tropas?

—Las disposiciones tendremos que darlas —no se opuso Olenin—. Pero la empresa es muy arriesgada.

—Todo está calculado para despistar al enemigo. Por el momento, no cree que podamos presentarnos en la margen opuesta y es poco probable que haya podido recobrarse de nuestros golpes.

—¿Y si tuvo tiempo de hacerse fuerte?

—En cuanto los alemanes rompan fuego, los machacaremos con salvas de artillería desde posiciones cubiertas y los batiremos con los cañones de los tanques y las piezas con fuego directo.

El comandante en jefe, el miembro del Consejo Militar y el jefe del estado mayor del ejército desplegaron el máximo de energía y habilidad para asegurar el cruce a viva fuerza del Dniéper, sobre la marcha, con medios de circunstancias. Se ensamblaron con rapidez almadías y con ayuda de los guerrilleros y de la población local se prepararon barcas, antes escondidas, para atravesar el río.

Las impenetrables tinieblas nocturnas ocultaban la ribera opuesta. Sólo se oía cómo rompían suavemente sobre la orilla las ondas del Dniéper. La oscuridad acentuaba la sensación de incertidumbre.

El grupo de choque estaba listo para la acción, sólo esperaba que se le diera la orden.

Aquella noche los guerrilleros trajeron a Cherniakovski una de las octavillas alemanas: «... Los rusos han sido detenidos en el Dniéper y el Ejército alemán los retendrá allí en tanto no los desgaste. Peleará, si es preciso, siete años, hasta el completo aniquilamiento de Rusia».

Tomando con repugnancia la octavilla, el jefe del ejército la quemó y, aventando las cenizas, dijo a los guerrilleros:

—¡Queridos hermanos! El enemigo no podrá detenernos.

Los generales alemanes apreciaron a su manera la situación creada. Un oficial del estado mayor de la 327.ª División de Infantería hecho prisionero, contó:

—El general Hoth, jefe del 4.º Ejército Panzer, nos orientó en la reunión de jefes de división a que el cruce a viva fuerza del Dniéper sólo es posible con ayuda de puentes de pontones, montados especialmente para estos fines. Para que los rusos puedan concentrar medios de paso y ordenar sus tropas, aseguraba Hoth, necesitan no menos de un mes.

Iván Danílovich conocía que, en efecto, en todas las instrucciones y reglamentos del Ejército alemán el cruce a viva fuerza de tales ríos, según las «reglas del arte militar», sólo se admite cuando se dispone de los medios propios de los ingenieros.

Durante la Segunda Guerra Mundial el general Cherniakovski no era la primera vez que eludía la táctica estereotipada y gracias a ello había vencido. Sin aguardar a que llegaran refuerzos y medios de paso, las unidades de vanguardia de su ejército, al amanecer del 24 de septiembre, cuando sobre el río flotaba aún la niebla, se lanzaron hacia la margen occidental del Dniéper sobre almadías y barcas de pescadores. Los soldados sentían en el corazón la solicitud de su querido jefe de ejército, sabían que en cuanto lo ordenara la artillería y la aviación acudirían siempre en su ayuda. Iván Danílovich contemplaba con qué valor y entusiasmo sus tropas pasaban el río. El cruce era difícil: el agua parecía hervir por las explosiones de los proyectiles enemigos. Pero, superando el peligro mortal, los combatientes seguían con firmeza hacia la ribera opuesta.

—¡Gueorgui Andréievich, mire lo que sucede! —y Chernia-

kovski indicó al jefe del estado mayor del ejército el punto de paso.

—Quizás en estas condiciones lo mejor es que la infantería atraviese el Dniéper en forma discontinua, en barcas, en lugar de hacerlos por los pontones. Los Focke-Wulf tendrán poco menos que perseguir a cada soldado, mientras que si lo hicieran por los pontones ¡bastaría una sola bomba para hundir de una vez a tres decenas de nuestros hombres.!

En aquellos momentos un Focke-Wulf enfiló contra una de las almadías. Colosales surtidores de agua se levantaron a su lado. Parecía que la onda explosiva había partido la balsa por la mitad, pero siguió flotando.

A pesar de la tenaz resistencia del enemigo, los destacamentos de vanguardia alcanzaron la margen opuesta y se empeñaron en un desigual combate. A través del tableteo de las ametralladoras y de las armas automáticas y del tronar de los cañones se dejó oír el «¡hurra!» de los soldados. Después, se perdió en el fragor del combate.

Al día siguiente comenzaron a recibirse noticias alarmantes de los jefes de las unidades desembarcadas en la ribera occidental: el enemigo estaba recibiendo refuerzos. El mayor general V. Gorishni, jefe de la 75.ª División de Infantería de la Guardia Bamacheskaya, cuyas pequeñas unidades luchaban por ampliar la cabeza de puente, pedía que se le permitiera cesar el ataque y ponerse a la defensiva.

A muchos generales y oficiales, que se encontraban en el puesto de mando avanzado, la situación empezó a parecerles irreparable. Pero Iván Danílovich palpaba con más precisión que otros el pulso del combate.

—¡Ensanchen la cabeza de puente! —ordenó por radio al jefe de la división, que combatía en la otra orilla—. Envío refuerzos, apoyaré con el fuego y yo mismo paso a reunirme con ustedes.

A lo que el jefe de la división repuso:

—Camarada veintiuno, aún es pronto para que usted pase el río. Puede estar seguro de nosotros. Si es preciso morir en la cabeza de puente, estamos dispuestos a ello.

Mientras tanto, el enemigo intensificó el cañoneo del río.

No habían transcurrido aún quince minutos de esta conversación por radio, cuando se elevaron las bengalas desde la orilla oriental, señal acordada para dar comienzo a la travesía de las fuerzas principales. A continuación, todo el Dniéper quedó oculto por una espesa cortina de humo. Se hizo tan oscuro que parecía que el día se había transformado en noche. Solamente se oía el intermitente chirrido de los toletes y el chapoteo de los remos en el agua. Sobre las cabezas runruneaba sin cesar un enjambre de balas y la metralla se incrustaba en la borda del bote, en el que cruzaba el río el jefe del ejército.

—¡Remad con más energía, muchachos! —animaba el general a los combatientes—. ¡El alemán no ha fundido aún la bala que mate a vuestro jefe! ...

Cortó las palabras de Iván Danílovich una sorda explosión. Se oyeron gemidos. La metralla de un proyectil enemigo había herido mortalmente al timonel. En el acto le sustituyó otro soldado. No tardó el bote en chocar con su proa en la escarpada orilla, que parecía haber surgido de pronto entre la flotante cortina de humo.

El jefe de la división recibió al jefe del ejército. Cuando vio que el comandante Komarov saltaba el primero del bote, le dirigió este reproche:

—¡Que usted haga esto, camarada ayudante! ¿Para qué trajo aquí al comandante en jefe? Se olvida usted de que la situación en la cabeza de punte es insegura.

—Obedezco una orden. No pude evitarlo, camarada general —respondió Komarov.

En este momento, Cherniakovski saltó del bote a la orilla. Comprendió que había infringido las órdenes del mando superior que le prohibían adelantar su puesto de mando al del cuerpo, si esto no lo dictaba una necesidad extrema. Pero él presentía que esta necesidad había llegado. Así le sucedió más de una vez en la guerra, recordemos aunque sólo sea Vorónezh, cuando se metió con un tanque en lo más denso del combate...

Cuando los combatientes supieron que en la cabeza de puente, con ellos, estaba el jefe del ejército, su moral se elevó al instante. La

artillería, desde la margen oriental del río, comenzó a actuar con mayor efectividad. No tardó en formarse en torno a las unidades de vanguardia del ejército una barrera protectora de fuego. Sobre el enemigo que contraatacaba cayó un intenso fuego graneado.

Mediante furiosos y repetidos contraataques el enemigo intentó durante toda la noche hacer repasar el Dniéper a las unidades desembarcadas, pero fue en vano. Los hombres de Cherniakovski, con su fuego organizado y sus ataques, asestaron al adversario golpes demoledores. No sólo mantuvieron la cabeza de puente, sino que también la ensancharon. No tardó en informar el general V. Gorishni, jefe de la 75.ª División de Infantería de la Guardia Bajmacheskaya, de que había ocupado felizmente la segunda línea defensiva.

En días sucesivos, el ejército continuó su reñida lucha contra el enemigo que le presionaba, rechazando sus numerosos contraataques.

Los exitosos combates ofensivos de las tropas del general Cherniakovski tuvieron por resultado que a finales de septiembre ocuparan una cabeza de puente en la margen occidental del Dniéper, al norte de Kíev, de veinte kilómetros de largo y una profundidad de hasta quince kilómetros.

Con el objeto de preparar una nueva operación ofensiva, el comandante en jefe del Frente ordenó a Cherniakovski ensanchar la base de partida ocupada en dirección oeste y sudoeste, desbordando Kíev. Apreciando la situación, Cherniakovski decidió asestar el golpe principal hacia el sur, a lo largo del Dniéper, en dirección a la capital. La conveniencia de esta decisión estaba dictada porque el flanco izquierdo del ejército estaría protegido por el río Dniéper. Sin embargo, para las tropas atacantes era un problema que las posiciones defensivas del enemigo fueran muy sólidas y que la proximidad de Kíev con su red de carreteras permitiera a los alemanes maniobrar perfectamente con sus reservas.

Las tropas del 60.º Ejército pasaron repetidamente al ataque y durante varios días libraron combates tenaces, pero inútiles. El enemigo, aprovechando la pausa, concentró reservas, bloqueó a nuestras grandes unidades en la cabeza de puente y detuvo su ulte-

rior avance. Cherniakovski se equivocó en sus cálculos. Al cabo de cierto tiempo y como autocrítica, confesó: «El diablo me enredó, subestimé las posibilidades del enemigo y no escuché a Konstantín Konstantínovich. Kíev me atraía como si fuera un imán».

La cabeza de puente en la margen occidental del Dniéper, tomada por las grandes unidades del ejército, posibilitaba en la operación que se preparaba realizar una maniobra que desbordase Kíev por el norte y el noroeste.

En aquellos atareados días le era difícil a Iván Danílovich disponer aunque sólo fuera de un minuto libre. Y, de todas las maneras, encontró tiempo para escribir a su casa.

«Querida Nilusia, salud —escribía, contestando a la carta de su hija—. Puede parecerte que mis cartas no son cariñosas. Nilúshenka, es que estoy muy atareado. ¡Y los quehaceres son tales! ¡Ya verás de lo que son capaces nuestros maravillosos hombres! ¡Así es que el Dniéper es nuestro! ¿Y tú? Veremos que nos dice el primer trimestre. Lee el periódico del 17 de octubre sobre la adjudicación del título de Héroe de la Unión Soviética... ¡Nilúshenka! Todos los trescientos seis héroes, de los que habla el periódico, son héroes míos, paladines fabulosos. ¡Qué gente más formidable! ...»

Estas líneas retrataban por completo a Cherniakovski: padre cariñoso y solícito y destacado estratega, orgulloso de las proezas de sus combatientes. Un hombre con alto sentido del deber.

Durante el cruce a viva fuerza del Dniéper, las tropas del 60.° Ejército derrocharon maestría y heroísmo en masa. A muchos de los soldados, suboficiales, oficiales y generales distinguidos, incluido Iván Danílovich Cherniakovski, se les adjudicó el alto título de Héroe de la Unión Soviética. Miles de hombres de Cherniakovski fueron condecorados con órdenes.

Las distinciones gubernamentales se las entregaron directamente a los combatientes en el mismo campo de batalla. El comandante Komarov buscaba por todas las divisiones al artillero antitanque Gritsún. Supo, por casualidad, que el intrépido combatiente estaba en el hospital de campaña. Aprovechando una breve calma, Iván Danílovich decidió imponerles allí mismo las órdenes a los heridos.

Gritsún siguió siendo un soldado incluso postrado en la cama del hospital. Parecía que nada mejor podía soñar el soldado, después de los duros combates y, especialmente, de los barrizales de otoño, que el descanso en el acogedor calor del hospital. Pero Gritsún no se olvidaba de los amigos que había dejado en las trincheras, calados por una lluvia penetrante y fría, razón por lo que estaba triste en el hospital y sólo pensaba en cómo reintegrarse lo antes posible a su compañía.

Por la mañana, en la tienda del hospital de campaña donde yacía Gritsún, entró súbitamente el comandante en jefe del ejército. Encorvándose a la entrada y rozando con sus anchos hombros los faldones de la tienda, se aproximó a la cama de Gritsún, se inclinó y le besó en su calenturienta frente. Gritsún abrió los ojos y lágrimas de gozo rodaron por sus mejillas. El general tomó asiento al borde de su cama, le puso la mano en la cabeza y con cariño, como un hermano, le dijo:

—¡Mira dónde nos encontramos de nuevo! Muy bien muchacho, has peleado como un bravo por el honor de la Patria. Cúrate, amigo, mejora. —Y el jefe del ejército le prendió en su pecho la Orden de la Bandera Roja.

Recobrándose de la emoción, Gritsún profirió:

—¡Camarada general! Y nosotros que nos habíamos apresurado a desbrozar por completo el camino hasta Kíev y ahora resulta que nos encontramos lejos de la ciudad. ¿Qué pasa, es que nuestro ejército no va a liberar la capital ucraniana?

—¡Liberaremos Kíev, y en cuanto lo hagamos pasarás unos días con tus familiares! ¡Cúrate pronto! —Iván Danílovich recordó que Gritsún era natural de las cercanías de Kíev.

—¡Camarada general! —dijo emocionado Gritsún— ¡Cuando nuestras tropas marchen sobre Kíev, si no me dan de alta, me escapo!

Cherniakovski esbozó una sonrisa. Luego, miró el reloj, dio la mano a Gritsún y salió sin ruido.

Al soldado le parecía que todo lo ocurrido era un sueño. Hubiera querido compartir su júbilo con los familiares, ante todo, con su madre, pero, por el momento, esto era imposible. Cuando

era un crío a Gritsún le encantaba contemplar a los gloriosos condecorados con la Orden de la Bandera Roja, tales como Kotovski, Budienny y Voroshílov. Y hete aquí que él, un soldado raso, había sido dignificado con tan alta condecoración. Esto acentuaba su impaciencia por salir cuanto antes de hospital, por reunirse con sus camaradas, con su querida compañía. ¡El caso era no llegar tarde, pues, con toda seguridad, pronto emprenderían la liberación de Kíev!

* * *

El Frente de Vorónezh, denominado ahora 1.er Frente de Ucrania, quedó determinado definitivamente como el fundamental en la importante dirección estratégica de Kíev. Del Frente Central le fueron afectadas varias brigadas de artillería y de ingenieros, así como el 13.º y 60.º Ejércitos.

En correspondencia con la indicación del Gran Cuartel General, el comandante en jefe del 1.er Frente de Ucrania, general Vatutin, decidió derrotar a la agrupación que defendía Kíev y conquistar esta ciudad, asestando el golpe principal desde la cabeza de puente de Bukrín con las fuerzas del 40.º y el 27.º Ejércitos y tres cuerpos, dos de tanques y uno mecanizado, además del 3.er Ejército de Tanques, atacarían en dirección a Vasilkov y Fástov, desbordando a Kíev por el sudoeste. Se tenía el propósito de lanzar una operación de apoyo desde la cabeza de puente al norte de Kíev a lo largo del río Irpen, flanqueando a Kíev por el noroeste con las fuerzas del 38.º Ejército y un cuerpo de tanques y entre los ríos Zdvizh e Irpen con el 60.º Ejército y un cuerpo de caballería.

A Iván Danílovich le gustó que su ejército pasara a quedar subordinado del 1.er Frente de Ucrania. Ante todo le satisfacía que su ejército lindara en cierto modo con la dirección estratégica principal. Además de que Nikolái Fiódorovich Vatutin, el jefe del Frente, era un viejo conocido suyo.

Cherniakovski debía también mucho al general Rokossovski. Mientras su ejército perteneció al Frente Central, Iván Danílovich

aprendió a dirigir con precisión importantes agrupaciones de tropas. Podía aprender de Rokossovski, hombre de un gran tacto, serenidad y extensa cultura. Especialmente admiraba a Cherniakovski la habilidad del comandante en jefe para dirigir las tropas mediante su estado mayor, encabezado por el general M. Malinin, ejemplo de coordinación en el trabajo.

A su vez, Rokossovski, estratega eminente y talentoso, exento de envidia para con los jefes militares jóvenes y capaces, tenía en gran estima a Cherniakovski, lo que reflejó posteriormente en sus memorias:

«...El teniente general Cherniakovski se mostró como un general muy enterado, enérgico y capaz. En sus operaciones, el camarada Cherniakovski demostró gran habilidad para dirigir tropas en la ofensiva, en la persecución y en el paso a viva fuerza de importantes obstáculos acuáticos».

El miembro del Consejo Militar y el jefe del Estado Mayor del 60.° Ejército se enorgullecían de que jefes de Frente tan conocidos como Rokossovski y Vatutin sintieran respeto por Cherniakovski. Sin embargo, Ter-Gasparián no compartía la alegría de Iván Daníllovich porque el ejército pasara a pertenecer al 1.er Frente de Ucrania:

—¿Quiere decir que de nuevo nos encontramos en la dirección secundaria? Excepto un cuerpo de caballería no nos han dado nada. ¿Dónde está la benevolencia de Nikolái Fiódorovich para con su discípulo?

—La amistad es una cosa y el servicio es otra —le respondió Cherniakovski—. No hace tanto que transformamos la dirección secundaria en principal. Los alemanes tienen que valorar forzosamente la importancia de la cabeza de puente de Bukrín y no pueden por menos que saber nuestros propósitos. De aquí que concentren todas sus reservas con el sólo objetivo de conservar Kíev a toda costa, puesto que comprenden que Kíev no es sólo la puerta que da acceso a la Ucrania de la margen derecha del Dniéper, sino también hacia el Oeste. Por eso hacen todo cuanto pueden para detener la ofensiva de nuestras tropas desde la cabeza de puente de Bukrín. Por lo que a la cabeza de puente de Liútezh se refiere, consideran que nosotros operamos con fuerzas limitadas. Así es

que no está excluida la posibilidad de que el éxito sea alcanzado precisamente en nuestro sector, al norte de Kíev.

* * *

En la segunda quincena de octubre la agrupación principal del Frente pasó dos veces a la ofensiva desde la cabeza de puente de Bukrín, pero sin obtener resultados esenciales. Esto tenía su explicación en muchas causas. Para aquellas fechas las tropas del Frente llevaban ya tres meses combatiendo sin interrupción (desde la Batalla de Kursk). Los alemanes tenían su línea defensiva sobre cotas que dominaban el terreno. El avance de nuestras tropas lo retenía la insuficiencia de medios de paso. Las tropas del 1.er Frente de Ucrania no pudieron comenzar la ofensiva antes del 10 de octubre, que fue cuando pudieron pasar a la otra orilla del río los tanques y la artillería en la cantidad necesaria para la operación del Frente. Al mismo tiempo, el enemigo pudo concentrar grandes efectivos en la zona de la cabeza de puente de Bukrín, lo que le permitió poder rechazar los golpes de nuestras tropas.

Las grandes unidades del Frente sufrieron un revés temporal. Por muy amargo que fuera, esto lo reconoció también el jefe del Frente, general Vatutin. Con ello se resignaron también en el Gran Cuartel General. Así lo comprendieron los generales, que mandaban las grandes unidades en la margen occidental del Dniéper. El comandante en jefe del Frente se convenció de que en aquella etapa las tropas de la cabeza de puente de Bukrín no podían cumplir las misiones que se les encomendaron. El desarrollo de la operación por la liberación de Kíev debería determinarlo él mismo. Éstas fueron sus palabras en el Consejo Militar: «He decidido asestar el golpe principal desde la cabeza de puente de Líútezh». Y el general Vatutin asumió personalmente la responsabilidad por las vidas de miles de hombres, por la colosal cantidad de material bélico y, en primer lugar, por el éxito de la operación.

Tomando en consideración los reiterados informes de Vatutin, el Mando Supremo accedió a que las tropas del 1.er Frente de Ucrania prepararan para los primeros días de noviembre una ope-

ración ofensiva en la que el golpe principal se asestara desde la cabeza de puente al norte de Kíev con las fuerzas del 3.er Ejército de Tanques de la Guardia y el 60.º y el 38.º Ejércitos.

Preparándose para la ofensiva de noviembre, las tropas de Vatutin no sólo tuvieron tiempo de descansar, sino también de adiestrarse y mejorar la coordinación entre las tropas de las diferentes armas. Las unidades fueron completadas con material y pertrechos y fueron aseguradas con todo lo necesario para la ofensiva. Para poder hacerse una idea de cuán grande fue este trabajo, mencionaremos solamente un ejemplo.

Para realizar la operación de Kíev se precisó suministrar a las tropas del 1er Frente de Ucrania, antes de su comienzo, más de doscientas mil toneladas de municiones, combustible y víveres. Pero debe tenerse en cuenta que, en su retirada, el enemigo destrozó los ferrocarriles, que hubieron de repararse con toda urgencia. Los ferrocarriles no podían satisfacer el transporte de tal cantidad de cargamento. El Consejo Militar del Frente tuvo que movilizar todos los camiones, incluidos los de las empresas y organizaciones locales. Sólo en septiembre, las unidades automovilísticas del Frente transportaron más de cien mil toneladas de diferentes cargas.

La víspera del comienzo de la ofensiva, el Mando del 1er Frente de Ucrania se dirigió a las tropas con este ardiente llamamiento: «Gloriosos combatientes, suboficiales y oficiales, tenéis ante vosotros el querido Dniéper. Escucháis el chapoteo de sus viejas ondas. Allí, en la orilla occidental, está el antiguo Kíev, la capital de Ucrania. Habéis llegado aquí, a orillas del Dniéper, librando ardorosos combates, bajo el tronar de los cañones, a través del humo de la pólvora. Habéis recorrido combatiendo centenares de kilómetros... vuestro camino ha sido duro, pero glorioso. Ahora, cuando nos encontramos junto al Dniéper todo el país, todo el pueblo, ponen sus miradas en nosotros. En la orilla occidental del gran río nos esperan los soviéticos. Enarbolemos pues nuestras gloriosas banderas en la ribera opuesta del viejo Dniéper, sobre nuestro entrañable Kiev».

Las sencillas e inspiradas palabras calaron en el corazón de cada hombre del Frente: desde el soldado hasta el general.

En los días que precedieron a la ofensiva, el Consejo Militar del 60.º Ejército realizó un gran trabajo de partido y político en las unidades, destinando complementariamente a ellas muchos instructores políticos. Junto con los comunistas, los komsomoles se prepararon activamente para los combates venideros. Así, en la resolución de la asamblea del Komsomol de una de las pequeñas unidades se decía: «Rogamos al Mando que integre a nuestra pequeña unidad en el primer escalón. Juramos a nuestra Patria y a nuestro partido que cumpliremos la misión de combate».

Vatutin ordenó a Cherniakovski proteger a la agrupación fundamental del Frente, enfilada sobre Kíev desde el norte, y asestar el golpe principal en dirección a Kórostishev, posteriormente desbordar a Kíev por el oeste y continuar por la margen occidental del río Irpen. Desarrollando el éxito, se debía alcanzar al final del día 5 de noviembre la línea de Manuilsk, Vladímirovka, Mikúlichi y Kózintsi, veinticinco kilómetros al oeste de Kíev.

Antes de tomar su decisión para la próxima operación, Cherniakovski resolvió escuchar las opiniones de los jefes de las diferentes armas, y de los mandos de las unidades medianas y grandes. Empezó por los artilleros.

—Camarada general, en cumplimiento de su orden los jefes de las unidades artilleras se presentan... —informó el jefe del estado mayor del ejército.

Recibiendo el parte, Cherniakovski vio sorprendido que entre los reunidos se encontraba el teniente coronel A. Budkó, compañero de la Escuela de Artillería y de la 8.ª Brigada Mecanizada. Se acercó a él y le dio un fuerte abrazo:

—¡Sasha! ¡Ocho años sin vernos! ¡Mira que encontrarte al lado sin venir a verme! Tengo noticias de tus hazañas en el Dniéper. La relación pasó por mis manos. ¡Te felicito por la adjudicación del título de Héroe de la Unión Soviética!

—Gracias, camarada general —respondió Budkó a la felicitación.

Cherniakovski propuso empezar la reunión. El primero en informar sobre sus posibilidades fue el jefe de la 1.ª División de Artillería de la Guardia, jefe directo de Budkó. Luego hablaron otros

jefes de grandes unidades y el jefe de la artillería del ejército. Iván Danílovich hizo algunas correcciones y aprobó el plan de la ofensiva artillera. Cuando acabó la reunión invitó a Budkó a comer.

Sentados a la mesa empezaron a recordar a los amigos, a los camaradas.

—¿Te carteas con el coronel Tseshkovski? —preguntó Budkó.

—Escribe poco —se lamentó Iván Danílovich—. Pero no hace mucho recibí una carta de la hermana en la que me dice que Iván está herido en el hospital.

—¿Y qué fue de Vasili Mernov?

—Trabaja en el Estado Mayor General. Es una figura. Es un coronel al que los generales informan en posición de «firmes». Sasha, ¿cómo combaten nuestros compañeros de la brigada?

—El comisario ya es general y Voronkov, jefe de batallón, ascendió a teniente coronel. No tengo sus señas, pero sé que los dos están en el ejército de operaciones.

—Seguramente conoces por los periódicos a Gólikov, el jefe de la brigada, ¿verdad? Pues tuve que servir a sus órdenes en el Frente de Vorónezh. El segundo jefe de la brigada, Krivoshein, que sustituyó a Gólikov, manda un cuerpo de ejército.

Recordaron durante mucho tiempo a los que en otra época fueron compañeros de servicio. Cherniakovski se despidió cariñosamente de Budkó, prometiéndose los amigos escribirse mutuamente y cuando acabara la guerra encontrarse en Kiev y visitar de nuevo los bellos lugares en los que transcurrió su juventud.

* * *

Cherniakovski, Olenin, miembro del Consejo Militar, y Ter-Gasparián pensaron minuciosamente el plan de operaciones. Tuvieron literalmente en cuenta todo. El río Zdvizh, que corre de sur a norte a través de extensos y anegados terrenos y grandes bosques, sería utilizado para proteger los flancos de las tropas del ejército contra los ataques del enemigo.

A finales de octubre, aprobando el plan de operaciones de las tropas del ala derecha del Frente, Vatutin lo apreció así:

—Opino que el plan operativo del Estado Mayor del 60.º Ejército se distingue por su madurez.

En la noche al 3 de noviembre, Vatutin situó su puesto de observación en la margen occidental del Dniéper, a doce kilómetros al Norte de Kíev, en las proximidades de la aldea Novo-Petrovtsi distante unos ochocientos metros de las líneas enemigas. Cherniakovski puso su puesto de mando aún más cerca de las posiciones alemanas. Se dieron por terminados todos los preparativos. Por la mañana temprano se entregó a cada combatiente una octavilla con la orden del Consejo Militar del Frente. En todas las pequeñas unidades, donde esto fue posible, se realizaron mítines en los que se dio lectura a la orden-alocución del Consejo Militar del Frente. Los combatientes juraron que liberarían Kíev para el 7 de noviembre, día de la conmemoración del 26.º aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre. Donde no se pudieron celebrar mítines, los instructores políticos y los mandos explicaron sobre el terreno, en las trincheras, al pie de las máquinas de combate, en las escuadras de servidores de la artillería, a soldados y suboficiales el contenido de la orden del Consejo Militar. Tuvieron gran importancia las intervenciones de los generales Krainiukov y Olenin, miembros de los consejos militares del Frente y del 60.º Ejército, quienes unas horas antes de la ofensiva hablaron francamente con los soldados y los jefes de muchas compañías de fusileros y de baterías de artillería, emplazadas donde se produciría el ataque principal.

El 3 de noviembre, a las 08.00 horas, nuestra artillería retumbó entre la fría niebla matinal, fragor que como un trueno se fue extendiendo a lo lejos por el río. En aquellos momentos Iván Danílovich recordó estas líneas de Gógol, leídas hacía mucho tiempo: «Cuando las nubes azuladas se amontonan en el cielo, el bosque sombrío se estremece hasta sus raíces, crujen los robles y el rayo, serpenteando entre los nubarrones, alumbra de un golpe todo un mundo. Entonces, el Dniéper es temible».

Las 08.40 horas. La niebla comenzó a disiparse. Las tropas del 60.º Ejército se lanzaron como un solo hombre sobre el enemigo. Avanzaban impetuosas demoliendo cuantos obstáculos se les

oponían. A pesar de que el enemigo utilizaba posiciones defensivas preparadas de antemano y de que ofrecía una resistencia tenaz a nuestras grandes unidades, éstas cumplieron su misión de combate. El éxito de la ofensiva se determinó ya en las primeras horas. Destruyendo el Baluarte del Este los hombres de Cherniakovski tomaron Katiuzhanka y Buda Babínskaya. El enemigo contraatacó a las grandes unidades de vanguardia del 60° Ejército con su 8.ª División de Tanques, intentando crear una amenaza para la agrupación fundamental del Frente, que avanzaba en dirección a Kíev. Se entablaron encarnizados combates. Las grandes unidades de Cherniakovski rechazaron el contraataque e hicieron retroceder a las unidades de la 8.ª División Panzer alemana más allá del río Zdvizh, ejecutaron una maniobra de flanco en dirección oeste-sudoeste, protegiendo así de los contraataques de flanco del enemigo a la agrupación principal del Frente: las grandes unidades del 3.er Ejército de Tanques y del 38.º Ejército de Infantería, en ofensiva sobre Kíev.

El 6 de noviembre las tropas del 1.er Frente de Ucrania tomaron por asalto Kíev. En la liberación de la capital de Ucrania y en la derrota del 4.º Ejército Panzer alemán, que se oponía a los atacantes, desempeñaron un importante papel las grandes unidades del 60.º Ejército del teniente general Cherniakovski, del 38.º Ejército del coronel general Moskalenko, así como los tanquistas del teniente general Ribalko y los aviadores del teniente general Krasovski.

El 60.º Ejército avanzaba impetuosamente hacia el Oeste, combatiendo con las reservas frescas del enemigo que de nuevo le salían al encuentro. Ante sus grandes unidades actuaban ocho divisiones de infantería y una de tanques alemanas. Los combates eran cada día más disputados. En el transcurso de la operación apareció ante las tropas del 60.º Ejército una división más de tanques enemiga.

Haciendo la correspondiente reagrupación desde la orilla occidental del río Téteriev, el 11 de noviembre Cherniakovski descargó un golpe impetuoso sobre la agrupación enemiga que se le oponía y la desbarató.

X

AL OESTE DEL DNIÉPER

La derrota de las tropas alemanas en la batalla por el Dniéper no sólo repercutió en la situación estratégica del bloque del Eje; sino también en su situación política. Se les complicaron las cosas a Rumania, Hungría, y Finlandia, acentuándose en los círculos gobernantes de estos países la aspiración a salir de la guerra.

Aunque la operación ofensiva de Kíev culminó exitosamente, la lucha por la capital de Ucrania continuaba. Tratando de apuntalar la situación tambaleante de sus tropas, particularmente en la zona de Kíev, el mando alemán trasladó presuroso hacia allí nuevas grandes unidades y, en primer término, varias divisiones acorazadas: la 25.ª desde Francia, la 16.ª desde Italia y la 1.ª desde Grecia. El enemigo estaba aún en condiciones de contener la ofensiva de nuestras tropas en algunas direcciones, pasar a la contraofensiva y asestarnos golpes sensibles. Los alemanes concentraron efectivos importantes y amenazaban de nuevo Kíev.

En esta situación, el Gran Cuartel General ordenó detener el avance hacia el oeste de las tropas del centro del dispositivo del 1.er Frente de Ucrania, reforzar el 38.º Ejército e impedir que el enemigo pudiera abrirse paso hacia Kíev.

Cumpliendo la directiva del Gran Cuartel General, el general Vatutin ordenó el 13 de noviembre a las tropas del centro y del ala izquierda del Frente situarse a la defensiva. El ala derecha, en la que operaban el 13.º y el 60.º Ejércitos, continuó la ofensiva.

El 17 de noviembre las tropas de Cherniakovski tomaron la ciudad de Kórosten, importante nudo ferroviario de trascendencia estratégica en el sistema de la defensa del enemigo.

Fracasando en sus intentos de abrirse paso a Kíev desde el sur, el enemigo empezó a buscar los sectores débiles de nuestra defensa en otras direcciones. Utilizando con habilidad el enmascaramiento y la falsa información, el enemigo trató de ocultar sus propósitos. En aras de este objetivo desistió incluso de la exploración. Nuestros guerrilleros nos hicieron saber que los alemanes habían pasado en la dirección de Kíev a una defensa estacionaria. Y realmente, en este sector los alemanes fortificaban sus posiciones y no hacían reconocimientos ni emprendían las demás medidas que preceden a las acciones ofensivas. Todo hacía suponer que el enemigo había pasado a la defensiva. Sin embargo, analizando la situación, Cherniakovski consideraba que en días próximos los alemanes podrían emprender la contraofensiva en la zona del 60.º Ejército. En la noche del 5 al 6 de diciembre, para controlar la disposición combativa de las divisiones, el comandante del ejército envió a generales y oficiales de la jefatura y del estado mayor del ejército a primera línea. La comprobación del XV Cuerpo de Infantería del general I.Liúdnikov la realizó él mismo con un grupo de oficiales, enviando al XXX Cuerpo de Infantería del general G. Lazkó al miembro del Consejo Militar, general Olenin, y al XVIII Cuerpo de Infantería al general Ter-Gasparián. Cuando llegó al cuerpo de Liúdnikov, Iván Danílovich se encaminó directamente a la 322.ª División de Infantería, que mandaba el coronel P. Láschenko, hasta no hacía mucho jefe de la Sección de Operaciones del ejército. Cherniakovski sentía gran estima por la Sección de Operaciones, a la que llamaba «el cerebro del ejército», y consideraba a Láschenko como un jefe capaz. Las propuestas de Piotr Nikoláevich durante la elaboración de los planes operativos se distinguían por su novedad y audacia de pensamiento. Ayudaba mucho en la dirección de las tropas y en su conducción durante la propia operación. Iván Danílovich prescindió de él con pesar, aunque comprendía que Láschenko llegaría a ser un gran jefe militar si se le encomendaba el mando de una gran unidad. Cherniakovski estimaba como un deber suyo ayudar al joven jefe de división.

...El comandante del ejército y su ayudante llegaron a la trinchera por un ramal de comunicación. En el instante corrió hacia ellos para darles el parte el jefe del batallón. Una vez recibido el parte, Cherniakovski preguntó a los soldados que le rodearon:

—¿Cómo van las cosas, héroes del Dniéper?

—Todo en orden, camarada general. ¡Calculamos que pronto terminará esta maldita guerra! —respondió por todos el soldado Márchenko, mientras que él mismo se turbaba y pensaba: «¿Y si por casualidad el jefe toma mis palabras como una falta de ética?». Pero Iván Daniílovich estaba muy lejos de pensar tales cosas.

—No es que vaya a suceder eso tan pronto, pero tampoco está muy lejos el día en que después de la victoria os enviemos a vuestras casas —dijo como respuesta—. Pero aún nos esperan grandes combates. El camino del soldado a su hogar pasa solamente por Berlín.

Cortó el coloquio del jefe del ejército el penetrante zumbido de un proyectil en vuelo. Todos se dejaron caer a tierra, excepto Cherniakovski. El proyectil pasó de largo. Los soldados cambiaron miradas de turbación.

—Si les dio tiempo a escuchar cómo vuela un proyectil de cañón o una granada de mortero, pueden ya prescindir del refugio: el tiro es largo —dijo Cherniakovski, y preguntó a los soldados: ¿Y si ven el fogonazo del disparo, qué deben hacer, en este caso?

—Entonces es tarde para salvarse —respondió uno de los soldados—. Caerá sobre nosotros.

—¡No, todavía tendrán tiempo de esquivarlo! —sonrió Iván Daniílovich—. Cuando ven el fogonazo, el proyectil ya está en vuelo. Así es que podrán hacer una reverencia a la madre tierra.

—¡Llegaremos sin reverencias hasta Berlín! —dijo con bravura el soldado—. Puede estar seguro de nosotros.

—Claro que puedo confiar en ustedes... Pero hasta que lleguen esos días luminosos, mientras no lleguemos hasta Berlín, hace falta que estemos vivos. Y para vivir conviene recordar que la madre tierra nos alimentó, nos crió y que ella nos protegerá si sabemos ocultarnos en ella de antemano y profundamente, por ejemplo, como lo han hecho ustedes aquí —los elogió—. Han

fortificado muy bien sus posiciones. Las trincheras son hondas y la verdad, es que pueden no agachar la cabeza ante el enemigo.

En la división se advertía por doquier un orden ejemplar. Se veía que sentían cariño por su jefe, el coronel Láschenko, y que se cumplían celosamente sus órdenes. Los subordinados no se quejaban de su aparente rigurosidad. En la guerra, el soldado contempla la victoria en el orden y en un espíritu de organización estrictos, por eso tiene una actitud respetuosa para con su jefe justo y exigente. Por el buen talante de Cherniakovski, Komarov, que le acompañaba, comprendió que el comandante en jefe estaba satisfecho del orden reinante en la división. Por la tarde, Cherniakovski inspeccionó las posiciones defensivas del XV Cuerpo de Infantería, exigiendo a los jefes de las unidades subsanar inmediatamente los defectos por él encontrados. Simultáneamente, indicó al jefe del cuerpo que aumentase la profundidad de la defensa contracarro en las direcciones más peligrosas, reforzándolas con parte de la artillería de los sectores secundarios.

Cherniakovski se encaminaba ya a la salida del refugio del jefe del cuerpo, cuando sonó el teléfono: el general Olenin pedía que el jefe del ejército se pusiese al aparato.

—En la unidad del general Lazkó todo está bien —comunicó Olenin—, he celebrado reuniones del partido. Dentro de diez minutos salgo para el puesto de mando del ejército.

—Está bien, marche. Yo también terminé el trabajo en el cuerpo de Liúdnikov, nos encontraremos en el puesto de mando y hablaremos con más detalle.

Iván Daniílovich estimaba mucho a Olenin, ahora miembro del Consejo Militar en sustitución de A. Zaporozhets, llamado a Moscú. Su incorporación no sólo se reflejó beneficiosamente en el trabajo de la Sección Política, sino también en la labor del estado mayor del ejército. Vasili Maxímovich Olenin se había graduado en 1938 en la Academia Político-Militar V.I. Lenin. Tenía también una gran experiencia práctica: desempeñó el cargo de adjunto para el trabajo político del jefe de un cuerpo de desembarco aéreo. En el 60.° Ejército todos sabían ya que era solícito y atento para

con las necesidades del soldado y que en el campo de batalla era valiente e implacable respecto al enemigo.

Que los instructores políticos, los comunistas y los komsomoles, dando ejemplo de valor y heroísmo, llevaran tras ellos a los que no estaban afiliados al Partido, era un gran mérito de Olenin.

El jefe del ejército, a su vez, ayudaba constantemente al aparato de la Sección Política. Le tenía al corriente de las misiones operativas y de la situación bélica, aspirando por todos los medios a reforzar su prestigio y reaccionando atentamente a sus demandas. Olenin tenía en gran estima la pureza de principios, la inagotable energía, la decisión y la firmeza de carácter de su comandante en jefe. Especialmente le gustaba que Iván Danílovich procuraba pronunciar lo menos posible el «yo» y decía más «nosotros», así como el que, a pesar de todos sus méritos, era sumamente modesto y falto de presunción. A lo largo de todo su servicio conjunto las relaciones mutuas entre el jefe del ejército y el miembro del Consejo Militar fueron relaciones prácticas y de camaradería.

A veces, la situación en el frente cambia con rapidez asombrosa... Acababa de llegar Iván Danílovich al puesto de mando cuando le llamó por teléfono el general Liúdnikov:

—Camarada comandante del ejército, el enemigo ha roto las líneas defensivas de la división del general Míschenko y ha llegado hasta las posiciones de la artillería.

—¡Pero si la división de Míschenko la tenemos en segundo escalón! —se asombró Cherniakovski—. ¿Por qué no me informó cuando el enemigo rompió nuestra primera línea y, finalmente, cuando perforó la segunda? ¡Precise ahora mismo la información y comuníqueme sin dilación lo que ocurre en los sectores de las divisiones del primer escalón! —y soltó el auricular.

El parte del jefe del cuerpo no sólo era tardío, sino que parecía increíble, por lo que el jefe del ejército tenía razón para irritarse. Pero Cherniakovski se contuvo. La serenidad y el aplomo le ayudaron. Lo que no era óbice para que la situación confusa causara perplejidad a Iván Danílovich: «¿Se habrá cometido algún error? —dudaba él—. Todos sabemos que Liúdnikov es un general capaz, que en Stalingrado mandó impecablemente una división...».

Nuevamente sonó el teléfono. El jefe del ejército tomó el aparato y oyó la voz de Liúdnikov:

—¡Camarada veintiuno! Las divisiones del primer escalón se mantienen firmes en sus posiciones... Cherniakovski le cortó:

—¿Entonces, cómo se las arregló el enemigo para salir a vuestra retaguardia?

—El enemigo penetró en cuña la zona defensiva de mi cuerpo a través de las posiciones del XXX Cuerpo y nos salió por la espalda.

Escindiendo en dos el despliegue del cuerpo de Lazkó y saliendo a retaguardia de las grandes unidades de Liúdnikov, el enemigo colocó en situación extremadamente crítica al 60.º Ejército, amenazándole realmente con cercarle. En este sector, los alemanes superaban varias veces en tanques y artillería a las tropas de Cherniakovski.

En aquella complicada circunstancia Cherniakovski no se desconcertó, orientándose con rapidez en lo que pasaba.

—¡Informe de sus conclusiones sobre la situación, Gueorgui Andréievich! —le pidió al jefe del estado mayor.

—Una cosa está clara —comenzó éste—, que después de concentrar grandes efectivos en la región de Zhitómir, con un golpe en dirección a Malin, el enemigo entró en cuña en el dispositivo de combate del XXX Cuerpo de Infantería y desorganizó la defensa del XV Cuerpo. El mariscal Manstein ha podido reunir importantes reservas. La amenaza es seria, el enemigo intenta tomarse el desquite. Si el general Liúdnikov corre la misma suerte que Lazkó, nosotros, por lo visto, no podremos detener al enemigo.

—Debemos detenerlo. No hay que pensar en el repliegue. Tenemos Kíev a nuestras espaldas —dijo con tono imperioso Cherniakovski—. De nosotros se exige que emprendamos acciones resueltas. ¡Desgastad al adversario! Traslado mi puesto de mando al sector de Liúdnikov, cerca de donde el enemigo ha descargado su golpe principal. Usted se quedará aquí. Según vayan llegando las unidades de artillería distribúyalas por los sectores amenazados por los tanques. En estas mismas zonas abra trincheras para la infantería, aumentando lo más posible la profundidad de la defensa. Envíe al combate a los destacamentos de obstrucción y vele porque tengan suficientes minas contracarro.

Terminadas sus instrucciones al jefe del estado mayor, Cherniakovski concentró su atención en el mapa operativo. Su rostro moreno parecía haberse oscurecido más, demacrado en las breves horas transcurridas después de conocer el inicio de la ofensiva enemiga. Y se comprendía: Kíev se encontraba amenazada. Cherniakovski asumía la responsabilidad por la suerte de la capital de Ucrania. Ni siquiera le cruzaba por la mente que Kíev pudiera ser tomada de nuevo por los alemanes.

Sonó el teléfono. Se puso al habla Komarov.

—Camarada general, el comandante del Frente al aparato.

—¡Exijo que se mantengan hasta morir! —se oyó en el auricular la voz autoritaria de Vatutin.

—¡Su orden será cumplida! —aseguró Cherniakovski.

—Dentro de veinte minutos déme cuenta de su decisión.

Veinte minutos... Cuando los datos sobre el enemigo son tan contradictorios e incompletos... Frunciendo el entrecejo, Cherniakovski quedó unos instantes pensativo, luego, dijo al jefe del estado mayor:

—Aquí sólo hay dos decisiones: defender firmemente las posiciones que ocupamos hasta agotar a la agrupación enemiga de Zhitómir, o bien, con un contragolpe a su flanco obligarle a desistir de sus ataques.

—Estoy de acuerdo, una tercera no existe. Pero no es tan sencillo elegir de entre las dos.

Tocaban a su fin los veinte minutos concedidos por Vatutin. Cherniakovski ya tuvo tiempo de sopesar muchos aspectos. En su cerebro había madurado ya la decisión. Pero, de pronto, telefoneó Liúdnikov:

—El enemigo ataca en mi sector con grandes fuerzas, es varias veces superior a nosotros en tanques. Permítame retirar las divisiones a líneas más favorables y rectificar el frente...

Y la comunicación quedó súbitamente cortada. Cherniakovski ya no pudo escuchar hasta el final el parte de Liúdnikov. Había expirado el plazo para informar a Vatutin.

...Iván Danílovich tomó el auricular.

—¡Camarada comandante en jefe! He decidido parar a la agrupación de choque enemiga en las líneas que ocupa el ejército

con artillería, tanques y aviación, preparándome al mismo tiempo para descargar un contragolpe.

—El Consejo Militar del Frente aprueba su decisión —contestó acto seguido Vatutin—. Actúe, le deseo éxito.

Sin saber por qué no dijo una palabra de las reservas que había mandado para ayudar el 60.º Ejército y de las cuales no tenía aún noticias el jefe de éste último.

—¡El auto! —ordenó Cherniakovski a Komarov.

No habían pasado ni treinta minutos cuando el todoterreno del jefe iba lanzado en dirección a Radomishl, hacia el nuevo puesto de mando, enclavado más cerca de la primera línea.

Antes de llegar a Radomishl todos los automóviles del estado mayor que seguían al todoterreno del jefe de ejército, se apartaron rápidos del camino. Los radiotelegrafistas llevaron a la carrera la radio a la trinchera. Enlazado por radio con el XXX Cuerpo de Infantería, Cherniakovski exigió que se le informara acerca de la situación. Las noticias que llegaban no eran alentadoras:

—Cerca de noventa tanques han aislado a las dos divisiones del primer escalón y han llegado a la posición de retaguardia, en la orilla septentrional del río Irsha —informaba el general Lazkó.

Le siguió un telefonograma del jefe del XV Cuerpo de Infantería: «Libro duros combates con el frente invertido en el sector al sudeste de la ciudad de Malin. En mi sector ataca la División Leibstandarte Adolf Hitler de las SS, teniendo en primer escalón cerca de setenta carros, mientras que con unos ochenta el enemigo rebasa el flanco izquierdo del cuerpo. Mis vecinos se repliegan hacia el este. He utilizado todas las reservas. Espero ayuda. General Liúdnikov».

Se entabló un choque cruento. Con su contraofensiva desde la región de Zhitómir en dirección a Radomishl, el mando alemán se proponía recuperar Kíev. El golpe principal del enemigo lo encajaron las pincipales unidades del 60.º Ejército. Los encarnizados combates recordaban mucho a la batalla en las proximidades de Kursk. El enemigo lanzaba simultáneamente al combate trescientos o cuatrocientos tanques, apoyándolos por nutridas fuerzas de infantería, artillería y aviación. Bajo los golpes de fuerzas superiores en número, las tropas del 60.º Ejército abandonaban una línea tras otra. En

estos cruentos combates se revelaron con especial nitidez los rasgos del carácter y las cualidades de estratega de Cherniakovski: firmeza y habilidad para dirigir a grandes unidades en retirada bajo la fuerte presión de importantes contingentes enemigos.

A pesar de ciertos éxitos iniciales, el mando alemán mostraba nerviosismo.

—General Holtiz, tómese la molestia de informar sobre el cumplimiento de mi orden acerca de la liquidación de los restos de las grandes unidades del 60.º Ejército —exigía el comandante del 4.º Ejército Panzer alemán, coronel general Raus, al jefe del XLVIII Cuerpo Panzer.

—Los rusos resisten a la desesperada. Es difícil imaginar que podamos aniquilar las fuerzas del 60.º Ejército —respondió Holtiz—. A lo largo de la noche ha reemplazado sus bajas con población local.

—Veo que el comandante de ese ejército le ha metido a usted el miedo en el cuerpo. Usted debería saber que a la población local no se la puede adiestrar en una noche para combatir.

—Le ruego a usted que no olvide, señor coronel general, que nos encontramos en la Rusia Soviética, donde uno de cada dos habitantes está preparado para la guerra y dispara magníficamente. La 68.ª División de Infantería hoy ha tenido considerables bajas por el fuego de soldados rusos vestidos de paisano.

Von Holtiz se equivocaba. El 60.º Ejército no había sido reforzado simplemente con paisanos locales, sino con destacamentos guerrilleros, templados en los combates, mandados por A. Sabúrov, M. Salái y S. Málikov. En aquellas jornadas críticas para las grandes unidades de Cherniakovski, lucharon heroicamente hombro con hombro los guerrilleros ucranianos y las tropas regulares soviéticas. Los vengadores del pueblo no atacaron en esta ocasión a los alemanes por la retaguardia, sino de frente. Defendieron con sus vidas cada metro de la entrañable tierra.

—¡General Holtiz, le exijo el inmediato cumplimiento de la orden! —dijo disgustado Raus.

—Mi general, no es tan fácil derrotar al 60.º Ejército... Cherniakovski es un general con experiencia. No en vano hasta Goeb-

bels en sus periódicos llama a Cherniakovski «caballero de los eslavos, estratega innato...»

Estas palabras le costaron el cargo a Holtiz, que fue destituido de su puesto.

Sin reparar en las bajas, los alemanes querían llegar a toda costa a Kíev. Los bandos combatían empecinadamente. Los proyectiles enemigos explotaban al lado mismo del puesto de mando de Cherniakovski. Los tanques alemanes estaban sólo a setecientos metros de él. La reserva contracarro del ejército contenía al enemigo en aquella línea, pero a unos cuarenta de tanques de la División Leibstandarte Adolf Hitler de las SS les hacían frente sólo dieciocho piezas contracarro. Parecía que de un momento a otro los carros de combate alemanes llegarían al cuartel general del jefe del ejército...

—¡Camarada general! Permítame recordarle que ha llegado el momento de abandonar el puesto de mando —dijo con voz queda el comandante Komarov a Cherniakovski.

—¿Sabes lo que te digo a este respecto? —respondió Cherniakovski con voz igualmente baja—. En las batallas cerca de Kursk, Hitler tenía su Cuartel General en Zhitómir. Pero cuando nuestro ejército llegó al Dniéper se apresuró a esconderse en los bosques de Prusia Oriental, en la Wolfschanze, «la guarida del lobo».

—Bueno, ¿y qué? Al lobo le corresponde su guarida. Pero, ¿qué tenemos nosotros que ver aquí?

—Sí tenemos que ver, Aliosha. Que el mando traslada su puesto de mando a la retaguardia sólo cuando desconfía de la victoria. Tú mismo te admirabas de que el camarada Stalin, cuando los alemanes no distaban de Moscú más que cincuenta kilómetros, lejos de evacuar el Gran Cuartel General organizase el desfile del 7 de noviembre. Comprende que si ahora trasladamos a retaguardia el puesto de mando, quebrantaremos la fe de nuestros soldados en la victoria.

Iván Danílovich conocía cuán fuerte era la moral de sus combatientes y creía en su firmeza. Sabía que mantendrían sus posiciones. Había calculado que cada cañón nuestro se contraponía a dos o tres enemigos, que un carro de combate nuestro plantaba

cara a tres tanques enemigos. No era la primera vez que los hombres de Cherniakovski vencían a un enemigo superior en número.

El mando alemán consideraba que el 60.º Ejército estaba ya derrotado. El coronel general Raus, comandante del 4.º Ejército Panzer, exigía una y otra vez que se liquidasen rápidamente los «restos» de las grandes unidades de Cherniakovski en la región de Radomishl, misión en la que los alemanes cifraban especiales esperanzas en su 7.ª División Panzer, reforzada con un batallón de tanques Tiger, y en la División Panzer Leibstandarte Adolf Hitler de las SS. Casi doscientos tanques de estas divisiones habían irrumpido a retaguardia de las grandes unidades del 60.º Ejército. Surgió la amenaza de que éste fuese cercado. Mandaba la 7.ª División Panzer el general Hasso von Manteuffel. A costa de colosales pérdidas, sus unidades consiguieron presionar al cuerpo del general Liúdnikov, pero no pudieron cercarle por completo.

En cooperación con las unidades del primer escalón, la reserva contracarro del 60.º Ejército seguía manteniendo sus posiciones. Y aunque entre el flanco derecho del cuerpo de Liúdnikov y el flanco izquierdo del cuerpo de Lazkó se había formado una brecha, con todo y eso, el enemigo no se atrevía a explotar el éxito en esta dirección, para no someter a sus fuerzas a los ataques de flanco. El general Balk, jefe del XLVIII Cuerpo Panzer alemán, al objeto de acabar con el cuerpo de Liúdnikov, ordenó lanzar al combate los segundos escalones divisionarios. Pero el enemigo no tuvo éxito, chocando con la resistencia infranqueable de las unidades del coronel Láschenko.

El coronel general Raus no se conformó con esto. Introduciendo a la batalla fuerzas frescas, intentaba desalojar a las tropas del 60.º Ejército. Pero para entonces, Cherniakovski ya había podido lanzar al combate en el intersticio entre los cuerpos de Liúdnikov y Lazkó a una brigada contracarro y a un regimiento de tanques, llegados de la reserva del Frente.

La situación de nuestras tropas en la dirección de Zhitómir se hizo sumamente crítica. El mando alemán lanzó y seguía lanzando al combate reservas frescas, prosiguiendo en sus intentos de tomarse el desquite. El 8 de diciembre el Buró de Información So-

viético comunicó: «Durante el 7 de diciembre han sido inutilizados y destruidos en todos los frentes noventa y seis tanques alemanes, de ellos, ochenta y cuatro en la región de Cherniajov» (donde operaba el 60.º Ejército).

En estos combates se distinguieron especialmente la reserva contracarro del ejército, las divisiones del general Liúdnikov y las unidades del coronel Láschenko. Maniobrando con estas fuerzas, el mando del ejército detuvo la ofensiva del enemigo. Merced al talento militar de Cherniakovski, a su habilidad para aprovechar el terreno favorable, desgastando a importantes efectivos del enemigo, las grandes unidades del 60.º Ejército no sólo no fueron destrozadas, sino que ellas mismas desangraron a la agrupación de choque alemana.

También en esta ocasión la eficacia del empleo de la reserva contracarro del ejército dependió mucho de cómo cooperaron con ella los destacamentos de obstrucción móviles, basados en unidades de ingenieros. Todo el terreno situado frente a nuestra artillería contracarro estaba densamente minado. Eso privó a los tanques enemigos de posibilidades para maniobrar.

En la noche al 7 de diciembre retumbaron las explosiones a retaguardia de la agrupación del general Balk. Eran nuestros destacamentos antitanque destacados del batallón de zapadores del 60.º Ejército, que destruían los carros de combate adversarios. La profunda incursión de las pequeñas unidades de ingenieros en la retaguardia del enemigo fue una especie de nuevo procedimiento táctico, que exigía de sus ejecutores un arrojo y una destreza especiales.

Incluso en tales difíciles jornadas, Cherniakovski no perdió un momento su sensibilidad para con los subordinados. Leyendo con el miembro del Consejo Militar las propuestas para condecoraciones, no podía ocultar su alegría por las proezas de sus combatientes.

«Con el fuego de su ametralladora rechazó el ataque de una compañía de infantería enemiga, matando a varias decenas de alemanes» —el general Olenin leyó el relato de la acción protagonizada por el soldado raso Vólkov—. Sin embargo, las opiniones diferían. El jefe del regimiento solicitaba para el soldado la Orden de

la Bandera Roja, mientras que el jefe de la división pedía que se le condecorase con la Orden de la Estrella Roja.

—Vasili Maxímovich, Vólkov ha demostrado intrepidez y firmeza, combatientes así merecen que se les ponga en vida un monumento, apoyemos la propuesta del jefe del regimiento. ¿Quién más se ha distinguido?

—La relación de condecoraciones de los zapadores la examinamos la primera. A Gritsún, el soldado del 383.° Regimiento, usted ya le conoce. Otra vez ha volado un tanque fascista con una bomba contracarro.

—Bravo Gritsún. Vasili Maxímovich, si usted no tiene nada en contra, yo mismo impondré la condecoración a mi viejo conocido.

...De esta forma examinaban cada historia, surgiendo ante ellos las imágenes vivas de los intrépidos héroes. Por la mañana, Gritsún se presentó al jefe del ejército, llamado por éste.

—Bueno, cuenta Gritsún, ¿qué hazaña realizaste? ¿Qué recompensa mereces? —preguntó Cherniakovski al valeroso soldado.

—No se trata de ninguna hazaña... —dijo turbado Gritsún—. Un tanque enemigo inutilizó nuestra pieza contracarro y se dirigió directamente hacia nosotros. Yo corrí por la trinchera a su encuentro, pues si no me daba tiempo a destrozarlo nos aplastaría a todos. No tenía más que una bomba contracarro, debía acertar forzosamente, y di en el blanco.

—¡Esto es lo que se llama una proeza! Proeza merecedora de una recompensa.

—Mejor sería que me concedieran cuatro días de permiso para ir a Kíev —rogó Gritsún—. Ya sabe usted que mi madre está allí...

—¡Te felicito por habérsete concedido la segunda Orden de la Bandera Roja! ¡Recibe también diez días de permiso! —alegró Cherniakovski al soldado.

Aprovechando los camiones de paso, Gritsún llegó pronto a Kíev. Cuando vio las ruinas de Kreschatik, de la Universidad y de la fábrica Bolshevik se le saltaron las lágrimas. Entre los escombros de las afueras le costó trabajo hallar la casa donde vivió su madre. Ni a ésta ni a ningún familiar pudo encontrar. Hasta que la vecina Olga Nikítichna Diuzhenko, le contó entre sollozos:

—Tu madre no pudo huir a tiempo. Los alemanes supieron que sus hijos servían en el Ejército Rojo y que ella misma ayudaba a los guerrilleros. En marzo de 1942 los fascistas detuvieron a Varvara Ivánovna. La interrogaron, la amenazaron, la torturaron de manera horrible. Pero no contestó a sus preguntas.

Viendo los fascistas que no podían romper con nada su mutismo decidieron ejecutar a Varvara Ivánovna. Yo lo presencié, pues los alemanes nos llevaron allí a todos a la fuerza. Cuando vimos que la ponían bajo la horca, nos acongojamos y rompimos a llorar. Muchos conocían a Varvara Ivanovna. Fue responsable de una brigada de horticultores y había sido condecorada con la Orden de la Bandera Roja del Trabajo. Trabajó toda su vida para hacer de su tierra querida un vergel.

Aunque estaba molida por las torturas de los alemanes, se aproximó a la horca con paso firme, con orgullo. Abarcó con su mirada a la gente y dijo:

—«¡Adiós! ¡Adiós, hijos míos! Adiós tierra mía, adiós pueblo mío. He cumplido mi deber con honor y muero sin haber doblado la rodilla ante los monstruos fascistas... ¡Mi pueblo ucraniano jamás se someterá a los alemanes!». Los verdugos no la dejaron hablar más. Así sucumbió Varvara Ivánovna.

Con los ojos arrasados en lágrimas escucho el soldado este relato...

Sin encontrar a ninguno de sus familiares, Gritsún se reincorporó a su unidad, colmado de un odio aún más intenso hacia los ocupantes.

Mientras tanto, rechazando exitosamente los contragolpes del enemigo, las tropas de Cherniakovski terminaban simultáneamente los preparativos para iniciar acciones ofensivas. En la segunda quincena de diciembre, cuando los alemanes se disponían a celebrar las Navidades, el jefe del ejército ordenó al general Liúdnikov y a sus unidades que conjuntamente con el cuerpo de tanques del general Poluboyárov atacaran por la mañana al enemigo que se les enfrentaba y siguieran la ofensiva en dirección a Shepetovka. Sin embargo, los jefes de los cuerpos tenían su propia opinión a este respecto. Pidieron que se aplazara el ataque hasta des-

pués de la hora de la comida. Cuando hubo escuchado atentamente a Liúdnikov y a Poluboyárov y sopesado desde todos los ángulos la situación, Cherniakovski accedió a cambiar la hora del ataque.

A las 15.00 horas, los carros de Poluboyárov y la infantería de Liúdnikov, después de una breve preparación artillera, se lanzaron al asalto de las defensas enemigas y progresaron con rapidez. Para asombro de los atacantes, excepto algunos observadores, en las trincheras de primera línea no encontraron enemigo, ocurriendo exactamente igual en las trincheras de la segunda línea defensiva. Sólo cuando se acercaban a la tercera posición, los hombres de Cherniakovski chocaron con la resistencia del enemigo. Nuestras tropas continuaron su avance impetuoso. Tomando Cherniajov sobre la marcha, profundizaron diez kilómetros al noroeste de Zhitómir cortando la carretera a Nóvgorod-Volinski. Al día siguiente, entró en la brecha el grueso del ejército.

El elemento sorpresa jugó un papel importante en esta operación. Estudiando minuciosamente las costumbres del enemigo, Liúdnikov estableció que en los días víspera de fiestas los alemanes tenían la costumbre de relajarse a partir de la hora de la comida. El enemigo sabía que, por lo común, la ofensiva de nuestras tropas, comenzaba por la mañana, ya que atacar después del mediodía no era conveniente puesto que hasta el final de la tarde quedaban pocas horas de luz y a los atacantes no les daba tiempo a utilizar los golpes de la aviación y la artillería y el colosal gasto de municiones no podía justificarse.

Se probó plenamente el cálculo de Liúdnikov y de Poluboyárov para aprovechar el factor sorpresa. El enemigo no podía suponer que las tropas soviéticas comenzarían la ofensiva después del mediodía. Para celebrar la Navidad, los alemanes organizaron una gran fiesta, relajando con ello su alerta. El ataque de nuestras tropas cogió desprevenido al enemigo.

Analizando el desarrollo de los combates por Radomishl, el general F. Mellentin, jefe del Estado Mayor del XLVIII Cuerpo Panzer alemán, escribía: «... La resistencia de los rusos se hacía por momentos más resuelta, hasta que el 21 de diciembre emprendieron contraataques, inesperados para nosotros por su fuerza. Li-

brando encarnizados combates en los frentes interior y exterior del cerco que se estaba cerrando, nuestras heroicas unidades salieron con honor de todas las situaciones peligrosas, pero los rusos resultaron ser mucho más fuertes de lo que suponíamos nosotros».

En realidad, las cosas transcurrieron de manera distinta. Contra las tropas del 60.º Ejército, sólo en la dirección principal el enemigo atacaba con las Divisiones Panzer Leibstandarte Adolf Hitler y Das Reich de las SS; además, en esta ofensiva participaron activamente cuatro divisiones de tanques más y una división de infantería. A excepción de la 25.ª División Panzer, que había sido destrozada en noviembre por nuestro VI Cuerpo de Tanques de la Guardia, todas las restantes tenían la plantilla casi al completo. Por los datos de la exploración se sabía que en las divisiones acorazadas alemanas había más tanques que en los cuerpos de carros que actuaban con el 60.º Ejército. En las compañías de fusileros de las grandes unidades de Cherniakovski no quedaban más de veinte o veinticinco hombres, mientras que la artillería y los morteros no llegaban ni a la mitad de los efectivos que corresponden a la plantilla. Las tropas del 60.º Ejército libraban desde agosto intensos combates ofensivos, mientras que las grandes unidades del XLVIII Cuerpo Panzer alemán habían llegado sólo a comienzos del invierno a la Ucrania al oeste del Dniéper, después de reemplazar todas sus bajas.

El éxito de las fuerzas soviéticas en la operación Malin-Radomishl no estuvo determinado tanto por el número de efectivos humanos y material de guerra, como por la dirección magistral de las tropas y su elevada moral combativa.

En esta operación se distinguieron particularmente las grandes unidades de Liúdnikov y de Poluboyárov. Las unidades medianas y grandes de artillería desempeñaron un importante papel, rechazando los ataques de los tanques alemanes. En varios sectores del frente la artillería aguantó el peso fundamental de los ataques de los carros enemigos.

El éxito de la operación testimonió la maestría de Cherniakovski para maniobrar con las grandes unidades de su ejército y, en estrecha cooperación con otras armas, contraponerlas al enemigo en las diferentes fases del combate. Así, cuando los alemanes

atacaban con poderosas fuerzas blindadas, el comandante del ejército utilizó ampliamente la artillería y en el momento que supo que en la agrupación acorazada enemiga había poca infantería, aprovechó en el acto su superioridad en unidades de fusileros.

Rechazando los golpes de las tropas enemigas, que intentaban abrirse paso a toda costa a Kíev, Cherniakovski mandaba ya dos cuerpos de tanques, uno de caballería y doce divisiones de infantería. Por la composición de las tropas esto se parecía más a una agrupación de frente.

A finales de diciembre, las tropas del teniente general I. Cherniakovski, en cooperación con las fuerzas del coronel general A. Grechko, emprendieron una resuelta ofensiva en la dirección de Zhitómir y para el 1 de enero recuperaron completamente el territorio, ocupado por el enemigo durante su contraofensiva.

A comienzos de enero, las tropas del 60.º Ejército continuaron su ofensiva victoriosa en dirección sudoeste, al objeto de cortar al enemigo los caminos de retirada en la región del ferrocarril Berdíchev-Shepetovka. El 7 de enero el enemigo concentró en este sector importantes reservas. Cherniakovski reaccionó oportunamente, pasando con su flanco derecho a la defensa mientras que continuaba la ofensiva con las grandes unidades de los generales Lazkó y Liúdnikov.

La tarde del 15 de enero el enemigo asestó un nuevo contragolpe al XV y al XXX Cuerpos de Infantería. Se reanudaron con nueva fuerza los sangrientos combates y el enemigo penetró profundamente en nuestro dispositivo.

En el puesto de mando, enclavado junto al koljós Shevchenko, Cherniakovski escuchaba los informes y las propuestas de los comandantes de las armas y de los jefes de los servicios. Unos, insistían en que nuestras unidades detuvieran su ofensiva y, desde las posiciones alcanzadas, rechazaran el contragolpe de los alemanes; otros, proponían incluir las reservas de tanques en los despliegues de la infantería. Al parecer, unos y otros tenían a su modo razón. Pero Cherniakovski decidió actuar con más energía y con las grandes unidades de los generales Liúdnikov y Poluboyárov contraatacar al enemigo. El comandante del ejército eligió correcta-

mente el momento y la dirección del golpe. El enemigo fue parado en todo el frente del ejército. Derrotadas sus mejores grandes unidades, las fuerzas de Cherniakovski restablecieron las líneas anteriores.

Ahora, se precisaba arrebatar al enemigo la posibilidad de reagrupar sus fuerzas y reanudar la ofensiva. Pero para entonces, también los hombres de Cherniakovski habían sufrido pérdidas sensibles en prolongados y duros combates. Así, en el IV Cuerpo de Tanques de la Guardia quedaban solamente unos cincuenta tanques y cañones autopropulsados. Y, a pesar de todo, Cherniakovski decidió con acciones activas afianzar los éxitos conseguidos. Por orden suya, después de haber reagrupado a las grandes unidades del ejército, el XVIII Cuerpo de Infantería de la Guardia emprendió de nuevo la ofensiva el 27 de enero, teniendo por misión liberar Shepetovka. Después de duros combates esta plaza fue tomada. El mando alemán adoptó urgentemente todas las medidas para subsanar la situación. Reuniendo fuerzas superiores en número, el enemigo contraatacó por la noche. Las unidades nuestras, que habían ocupado Shepetovka, se vieron obligadas a abandonar la ciudad.

Cherniakovski, con la puntualidad que le caracterizaba, analizó las causas de este revés y señaló en la orden que el mando del XVIII Cuerpo de Infantería de la Guardia no había utilizado la noche para afianzar el éxito. El enemigo se aprovechó de que en los sectores amenazados por los tanques había pocas piezas contracarro y faltaban los campos de minas. Los exploradores no se dieron cuenta a su debido tiempo que el enemigo preparaba un contraataque.

En esta operación se revelaron serias insuficiencias en la dirección de las tropas. El examen de los errores y de las medidas para subsanarlos, emprendido por el estado mayor del ejército a indicación de Cherniakovski, fue de gran importancia para las posteriores operaciones. En la primera quincena de febrero, el XVIII y el XXIII Cuerpos de Infantería y el IV Cuerpo de Tanques de la Guardia pasaron resueltamente a la ofensiva y, quebrantando la resistencia del enemigo, el 11 de febrero reconquistaron Shepetovka. En esta ocasión, las tropas de Cherniakovski afianzaron

sólidamente el éxito conseguido. El enemigo hizo intentos desesperados para recuperar Shepetovka, pero todos en vano.

* * *

Las tropas de Vatutin no sólo tuvieron éxito en el ala derecha del Frente, sino también en el ala izquierda. Las agrupaciones de choque del 1.er y el 2.° Frentes de Ucrania habían cercado para entonces en las proximidades de Korsun-Shevchenkovski a importantes fuerzas enemigas. Diez divisiones alemanas encontraron su final en esta bolsa. Treinta y cinco mil soldados y oficiales alemanes resultaron muertos o heridos y más de dieciocho mil cayeron prisioneros. Esto contribuyó a que mejorara considerablemente la situación de las tropas soviéticas en Ucrania, al oeste del Dniéper.

En la segunda quincena de febrero, por orden de Vatutin, Cherniakovski comenzó a preparar la operación de Ternópol. Para entonces había empezado el deshielo primaveral. Los automóviles se atascaban en los embarrados caminos vecinales. En aquellas condiciones, el transporte hipomóvil era el mejor. Bajo la dirección de Ter-Gasparián, el estado mayor del ejército elaboró una serie de medidas para superar los caminos intransitables, teniendo en cuenta la experiencia de la ofensiva del 60.° Ejército de la primavera de 1943.

Ya durante la operación al oeste de Zhitómir no fue casual que el comandante del ejército plantease a Liúdnikov, además de la misión fundamental, otra complementaria: tratar de capturar al enemigo el mayor número posible de caballerías. Las grandes unidades del XV Cuerpo de Infantería se apoderaron de cinco mil caballos, que fueron destinados a completar las divisiones de infantería del ejército.

A comienzos de marzo tocaba a su fin la preparación de las tropas de los tres frentes de Ucrania para una grandiosa batalla en un frente de mil kilómetros de longitud: desde Lutsk hasta la desembocadura del Dniéper, y cuyo objetivo era la expulsión en masa de los ocupantes de la parte de Ucrania situada en la margen oeste del Dniéper. La historia militar no conoce otro ejemplo semejante de ofensiva a se-

mejante escala en número de tropas y material de guerra, en condiciones del deshielo primaveral y por caminos intransitables.

Las tropas del 1.er Frente de Ucrania serían las que iniciarían la ofensiva el 4 de marzo. Vatutin concedía importancia especial a la operación de Proskúrov-Chernovitsi y a la liberación por nuestras tropas de Ternópol. Si esta operación daba buenos resultados las tropas del Frente deberían salir al flanco y a la retaguardia de toda la agrupación meridional del enemigo y con su llegada a los Cárpatos cortaría definitivamente los caminos más directos que conectaban a las tropas germanas en Ucrania, al oeste del Dniéper, con Alemania.

Vatutin consideraba que el desenlace de la futura operación dependería mucho también de hasta qué punto tendrían claros sus fines los jefes y los estados mayores a él subordinados. Por ello, prefirió convencerse personalmente de la preparación de las tropas para el combate.

Al mediodía del 29 de febrero, informaron a Cherniakovski desde el estado mayor del Frente que Vatutin había salido en coche hacia su puesto de mando para conocer las decisiones del jefe del ejército y de los jefes de los cuerpos para la operación prevista. Iván Danílovich reunió a los jefes de las grandes unidades y examinó una vez más los mapas con los planes para los cuerpos y el ejército.

Esperaban con emoción, pero sin nerviosismo, la llegada del comandante en jefe del Frente. Los que en otras ocasiones habían informado a Vatutin de sus decisiones les decían a los que esperaban el encuentro con él que el comandante en jefe escuchaba a todos con benevolencia y atención.

Para que los jefes de las grandes unidades, llegados a la reunión, no se impacientaran aguardando, Cherniakovski, que por naturaleza era un hombre alegre y optimista, mantenía con habilidad un buen estado de ánimo. Los jefes comentaban vivamente el plan de la próxima operación. Llegó la noche y Vatutin seguía sin aparecer. Conociendo la puntualidad del comandante del Frente, Cherniakovski tomó el teléfono para saber las causas de su tardanza. De pronto, el rostro de Iván Danílovich se tornó severo y preocupado, palideció y apretó los labios. La preocupación se apoderó

de los presentes. Cherniakovski dejó el aparato y, esforzándose para que su voz sonara con firmeza, profirió:

—¡Camaradas generales y oficiales! El jefe del Frente no viene. Hace una hora que le han herido de gravedad —Se hizo un silencio angustioso. Iván Danílovich se movió con paso lento por la habitación, sus cejas se fruncieron sobre el arco superciliar y, con voz agitada, continuó—. Todos nosotros debemos acentuar nuestro sentido de la responsabilidad. Debemos tener mayor sentido de la organización y ser más concretos. En el tiempo que nos queda hay que prepararnos para la ofensiva de manera que podamos vengarnos del enemigo por las heridas de Nikolái Fiódorovich.

Cherniakovski sintió profundamente lo ocurrido. No sólo tenía en gran aprecio las aptitudes de estratega, sino también el humanismo de Nikolái Fiódorovich Vatutin. Es difícil decir cuál habría sido el destino de Cherniakovski si en los primeros momentos no se hubiera encontrado con Vatutin. También fue para él una suerte que en los días difíciles de la guerra Nikolái Fiódorovich le ayudara a revelar su talento militar, sugiriéndole más de una vez decisiones correctas...

Después de escuchar atentamente los informes de los jefes de los cuerpos, Cherniakovski resumió:

—Tengo la seguridad de que ustedes y sus tropas cumplirán con éxito la misión de combate. Por lo que a mí se refiere, haré todo para que la liberación de Ternópol ayude a sanar al general Vatutin.

Al amanecer del 4 de marzo retumbaron los cañones. Una nube de aviones con estrellas rojas, se lanzó sobre las posiciones enemigas. Las fuerzas de Cherniakovski atacaron impetuosamente al enemigo.

Los alemanes se resistían tenazmente. Sin embargo, las grandes unidades del 60.º Ejército rompieron sus líneas en un amplio frente. En un día de combate progresaron dieciocho kilómetros y liberaron setenta núcleos de población. Al final del 7 de marzo las tropas llegaron a Ternópol. Este ritmo de progreso, sin caminos transitables, era muy alto. Los combates se libraban en condiciones increíblemente difíciles. Todos los caminos naturales estaban

enchartcados. Los soldados sacaban a brazo las piezas, hundidas en el profundo barrizal, acarreaban a hombros pesados proyectiles y granadas de mortero. Los habitantes de las aldeas liberadas prestaron una gran ayuda a los combatientes en el suministro de municiones. Y aunque la mayoría de ellos eran mujeres y hombres de edad avanzada, anduvieron muchos kilómetros por el pegajoso lodazal de los caminos destrozados, cargando sobre sus espaldas proyectiles, granadas, balas...

Un día, yendo en su coche por uno de tales caminos y viendo a los koljosianos cargados con proyectiles, Iván Daniílovich se detuvo, les dio las gracias por la ayuda y preguntó a uno de ellos:

—Padre, ¿dónde están sus muchachos?

El viejo, levantó un poco la cabeza y miró cansado al general:

—¿Es que no sabe usted la edad de reclutamiento en nuestro querido Ejército Rojo? Y a los que tenían menos años los ocupantes alemanes se los llevaron al cautiverio. Este invierno, los fascistas reunieron a los más jóvenes y bajo la amenaza de fusilamiento se los llevaron a tierra alemana.

El campesino se limpió con la bocamanga una lágrima, sacó del bolsillo interior un papel doblado en cuatro y se lo entregó a Cherniakovski. En el sobre figuraba el matasellos de la ciudad de Stettin. Era una carta de Nikolái Krávchenko a sus padres:

«Salud, papá, mamá y todos mis queridos familiares. Os envío mi saludo y mis mejores deseos. Por el momento estoy vivo y deseo que todos ustedes conserven la vida y que pronto nos encontremos. Mi existencia es mísera y amarga. Trabajo dieciséis horas diarias. Paso hambre y ando cubierto de harapos. Me alegró mucho recibir carta de ustedes. Papá y mamá, se lo ruego encarecidamente, escríbanme más a menudo. No me olviden. Si ustedes supieran lo triste que es mi vida. En vez de estudiar, trabajo día y noche para el alemán.

Cuando pedí al patrón que mejorase mi comida y que me diera alguna ropa me abofeteó y me dijo: «He pagado muy caro por ti a los militares y aún no has justificado mis gastos». Resulta que los ocupantes me vendieron como un esclavo. Recuerdo cuando en la escuela leía sobre el régimen de esclavitud, no lo creía. Aho-

ra, en cambio, he conocido por propia experiencia a los esclavistas del siglo veinte.

No pasa un minuto sin que les recuerde. Como nunca siento añoranza y amargura. Les beso a todos ustedes y aguardo contestación.

Nikolái».

—Tenga paciencia, padre —dijo compasivo Iván Danílovich, devolviendo la carta al anciano—. Devolveremos a vuestro hijo al hogar, ¡tiempo al tiempo!

Quien sufrió en su propia carne la ocupación alemana jamás olvidará el jubiloso encuentro con sus libertadores: los combatientes del Ejército Rojo. ¡Cuántos emocionantes encuentros hubo en aquellos días! Las gentes manumitidas de la ocupación, todas, como uno solo, se esforzaban por ayudar a las tropas. Por el día, calados hasta los huesos por la torrencial lluvia fría, y por la noche, con la ropa helada, metidos hasta la rodilla en el barro, llevaban incansables a cuestas municiones, arreglaban los caminos, y compartían gustosos con los militares las últimas reservas de víveres. El Ejército y el pueblo estaban fundidos. La fortaleza de espíritu de nuestra gente superaba todo. He aquí por qué la ofensiva de colosales contingentes de tropas y de material de guerra, imposible para el Ejército alemán en la dificilísima situación del deshielo primaveral, fue posible para nuestros combatientes.

Contribuía al éxito la coordinación de acciones de las grandes unidades de Cherniakovski con los guerrilleros ucranianos. Utilizando hábilmente el hecho que los alemanes se movían sólo por los caminos, los guerrilleros les tendían emboscadas.

Comprendiendo la importancia que tenía mantener Ternópol, el enemigo concentró en este sector gran número de divisiones blindadas y de infantería. En la línea Proskúrov-Ternópol se entablaron encarnizados combates que duraron hasta la segunda mitad de marzo. En el transcurso de su impetuosa ofensiva, las tropas de Cherniakovski cercaron en Ternópol a los restos de cuatro divisiones de infantería alemanas y de diversas unidades, con un total de hasta dieciséis mil hombres.

Las tropas del 1.er Frente de Ucrania continuaron su ofensiva

tenaz. Les quedaba para llegar hasta la frontera estatal de la Unión Soviética una distancia dos veces menor que la ya recorrida entre Kíev y Ternópol. Se aproximaba la hora de la victoria. Pero la resistencia del enemigo se hacía por momentos más empecinada.

Las tropas alemanas, encerradas en Ternópol, transformaron los edificios de mampostería en centros de resistencia y levantaron en la ciudad una red de obras defensivas. Los enemigos no querían abandonar la plaza, calculando que llegarían reservas. Los datos del reconocimiento terrestre y aéreo confirmaron que en ayuda de las tropas sitiadas en Ternópol acudían desde la profundidad de su defensa nutridas reservas.

Cherniakovski adoptó medidas resueltas para crear un segundo cinturón de cerco exterior, que contendría a las tropas que acudían presurosas en socorro de los sitiados. Pero la correlación de fuerzas se tornaba por momentos más desfavorable para el 60.º Ejército. La situación exigía que se le reforzara con divisiones frescas.

Ya avanzada la noche al 21 de marzo, comunicaron a Cherniakovski desde el Estado Mayor del Frente que se le agregaba la 135.ª División de Infantería. No tardó el jefe de esta división, coronel F. Romashin, en informar por teléfono:

—Camarada general, a la división le queda una jornada de marcha hasta el lugar de concentración.

—¿Una jornada de marcha? —y en la voz de Cherniakovski se notó un deje desagradable—. Resulta que sus regimientos estarán aún un día en camino, necesitando después de esto, como mínimo, veinte horas para descansar y estudiar la misión de combate. En dos días las reservas operativas del enemigo pueden llegar y socorrer a sus tropas cercadas. Mientras que usted, camarada coronel, se retrasó exactamente un día, poniendo bajo amenaza el cumplimiento de la misión.

—¡Discúlpeme, camarada comandante en jefe! —y Romashin comenzó a explicar agitado—: El deshielo... No quería ponerme en marcha sin municiones. Además, por el camino se estropeó una parte del transporte. Hubo que cargar a cada soldado con un módulo y medio de municiones. Era pesado acarrearlo. El ritmo de marcha decayó considerablemente...

La decisión del jefe de la división de incorporarse a Cherniakovski con municiones, agradó a éste.

—Le comprendo —dijo con simpatía a Romashin. Se hizo un minuto de silencio. Iván Daniílovich cavilaba cómo hacer para que la división entrara de todas maneras en acción sin retraso.

—Está bien —dijo por fin—. Mi ayudante saldrá a su encuentro. Preséntese al jefe del cuerpo acompañado de los jefes de los regimientos. Él le planteará la misión de combate. Mientras su división sigue hacia el lugar destinado, usted podrá estudiar la misión, los jefes de los regimientos recibirán a sus unidades y las llevarán a las posiciones de partida. Le ruego que ordene que se dé un buen rancho a la gente y que cuando lleguen a su sitio se les conceda, aunque sólo sea, unas horas de descanso.

En la noche al 23 de marzo las unidades de la división de Romashin ocuparon la base de partida para la ofensiva en el sector más importante del cinturón exterior del cerco y por la mañana atacaron exitosamente al enemigo. El 24 de marzo, el 497.º Regimiento de esta división, mandado por el coronel M. Ivanov, con una ingeniosa maniobra cortó la carretera Berezhani-Ternópol, y enlazó con la 148.ª División de Infantería, cerrando así el cinturón externo del cerco de la agrupación enemiga de Ternópol.

Cherniakovski no perdía de vista las acciones de los alemanes. Según sus cálculos, los alemanes deberían atacar de un momento a otro a la 135.ª División. Iván Daniílovich llamó por teléfono a su jefe y le advirtió de que debía estar preparado para rechazar los ataques.

—Cumpliremos la misión planteada por usted —contestó Romashin—. Pero estimo mi deber informarle que hace un mes fuimos completados con reclutas.

—¿Bueno, y qué? ¿Acaso no fueron instruidos?

—Sí, pero no está excluido que los bisoños soldados puedan temer a los tanques enemigos.

—Le envío una compañía de carros de combate, mandada por el jefe del regimiento de tanques, que «apisonará» a su infantería con los tanques. Para ello, lleve a los hombres por compañías

desde primera línea a la segunda. Cuide de que las trincheras sean allí sólidas y que tengan la profundidad para proteger a un hombre de pie. Prepare bombas de mano descargadas para que los soldados aprendan a tirarlas de verdad a los tanques alemanes.

En las unidades de la división de Romashin la infantería fue «apisonada» por los tanques. Los soldados quedaron convencidos de que el tanque no era tan temible para los que estaban en las trincheras y que se podía luchar contra él.

El 26 de marzo el enemigo atacó a las unidades de la 135.ª División, pero sin éxito. Después de esto se tomaron medidas para fortificar mejor las posiciones defensivas. Los agitadores alentaban a los combatientes con sus palabras, describiéndoles la magnífica victoria acabada de lograr por las tropas del 2.º Frente de Ucrania que, persiguiendo al enemigo, habían llegado en un amplio frente al río Pruth, la frontera entre la Unión Soviética y Rumania.

Fueron vanos los esfuerzos del enemigo para restablecer la situación al oeste de Ternópol. Cerrando con un férreo cinturón el frente externo del cerco, las fuerzas de Cherniakovski aguantaban hasta morir. A finales de marzo y en la primera quincena de abril los alemanes repitieron sus ataques, sin conseguir éxito. El 11 de abril pasaron a una ofensiva resuelta y asestaron el golpe principal en el sector que defendía el 497.º Regimiento de Infantería, que mandaba el coronel M. Ivanov. A su 3.er Batallón lo atacaron dieciocho tanques Tiger y quince vehículos blindados. Valiéndose de su superioridad en medios bélicos, el enemigo arrolló el punto de apoyo de la 8.ª Compañía y empezó a progresar hacia el poblado de Gorodische y el río Vísushka. Los zapadores regimentales pudieron volar el puente sobre este riachuelo, desbordado durante la crecida primaveral. Se pudo detener la ofensiva alemana.

La mañana del 13 de abril, el enemigo aplastó con unos setenta tanques la resistencia del batallón del flanco izquierdo del 497.º Regimiento y comenzó a extenderse en la profundidad de nuestras líneas. Con esto, los alemanes esperaban salvar a su agrupación sitiada en Ternópol. Para cerrar la brecha abierta, por orden de Cherniakovski fue trasladado a este sector un regimiento de artillería contracarro, procedente de la reserva del ejército. Avanzan-

do detrás de la infantería, los artilleros pudieron emplazar sus piezas para tiro directo y, cooperando con las pequeñas unidades de fusileros, rechazaron heroicamente el fuerte ataque enemigo. En un día de combate destruyeron catorce tanques, nueve vehículos blindados, siete cañones autopropulsados y derrotaron a dos batallones de alemanes.

El enemigo tuvo que cesar los ataques en esta dirección. Sin embargo, el 14 de abril intentó de nuevo atacar, esta vez en el sector defendido por el 396.º Regimiento de la 135.ª División de Infantería. Contra dicha unidad los alemanes lanzaron al combate una división blindada, apoyada por gran número de aviones. Simultáneamente consiguieron lanzar paracaidistas a retaguardia del regimiento. El enemigo logró perforar nuestra defensa y tomar el importante poblado de Jódachka Velíkaya. Surgió un evidente peligro de que los alemanes pudieran romper el cinturón externo de nuestra defensa y salvar a sus divisiones, sitiadas en Ternópol.

Por la tarde se complicó aún más la situación operativo-táctica: el enemigo golpeó los sectores defensivos de tres divisiones del 60.º Ejército. La situación más amenazadora se creó en la zona de la 135.ª División de Infantería, que contenía el empuje del enemigo en el frente exterior del cinturón del cerco. El mando del 60.º Ejército decidió presentar batalla a la agrupación enemiga encerrada en Ternópol. En lo más enconado de los combates el jefe del ejército advirtió por teléfono al coronel Romashin: «Cuente solamente con sus fuerzas, no espere que le ayuden las reservas del ejército, defienda a toda costa sus líneas defensivas, impida que el enemigo irrumpa en Ternópol».

Una vez tomado Jódachka Velíkaya los alemanes siguieron avanzando hacia Ternópol. Para detenerlos, el coronel Romashin envió al combate al 791.º Regimiento de Infantería, su segundo escalón. A costa de increíbles esfuerzos el enemigo fue parado. Pero no por mucho tiempo. Concentrando reservas, después de cañonear intensamente nuestras posiciones, los alemanes reanudaron sus ataques desde la mañana del 15 de abril. Consiguieron irrumpir en las trincheras de la primera posición del 791.º Regimiento. Sin reparar en pérdidas, los alemanes introdujeron en la brecha

fuerzas de refresco. La 135.ª División fue desarticulada, pero siguió conteniendo al enemigo, que intentaba llegar a Ternópol.

Simultáneamente, las grandes unidades del 60.º Ejército, que rodeaban Ternópol por el cinturón interno, desalojaron al enemigo que se defendía e irrumpieron en la plaza.

...Las fuerzas de Cherniakovski limpiaron de enemigos una manzana tras otra. Los alemanes se defendían desesperadamente, aferrándose a cada edificio. Con frecuencia, la distancia que nos separaba de los alemanes en la ciudad no era mayor de cincuenta metros; en algunos sitios, se medía por el grosor del muro de sostén o de un tejado. Ataques especialmente furiosos se sucedían en el centro de la ciudad, donde se habían hecho fuertes los SS, defendiéndose hasta la última bala, junto con los restos de una división de infantería, de varios regimientos de artillería, de unidades especiales y de un batallón de castigo integrado por oficiales. Se parapetaban en sólidos edificios antiguos, que eran muchos en el centro de Ternópol. Dos metros y medio tenían de espesor los muros de la cárcel, del monasterio de los dominicanos y de otra serie de edificios, donde se defendían los alemanes. En estas paredes el impacto directo del proyectil de un cañón de campaña de 76 mm sólo hacía un desconchado insignificante. Por disposición del mando fueron destacados para perforarlos cañones de mayor calibre.

* * *

En aquellos días empeoró el estado de salud del general N. Vatutin, lo que ni impedía que siguiera interesándose por las operaciones del 1.er Frente de Ucrania. A primeras horas de la mañana del 14 de abril, encontrándose en grave estado, Nikolái Fiódorovich ordenó a su ayudante que averiguara los resultados de la operación de Ternópol. Después de telefonear al estado mayor del Frente, el ayudante informó a Vatutin que las grandes unidades del 60.º Ejército estaban acabando con el enemigo en Ternópol. Ésta fue la última alegría que experimentó Nikolái Fiódorovich. En la noche del 14 al 15 de abril expiró.

XI

LA OPERACIÓN BAGRATIÓN

Las tropas del 60.º Ejército, mandadas por el coronel general Cherniakovski, alcanzando con otros ejércitos del 1.er Frente de Ucrania la línea Lutsk-Ternópol, amenazaban con irrumpir en la retaguardia profunda del Grupo de Ejércitos Centro alemán. En los primeros días de abril de 1944 el mando alemán se vio obligado a tener que concentrar en esta dirección sus divisiones blindadas, debilitando con ello la defensa en Bielorrusia. El Gran Cuartel General del Ejército Soviético decidió aprovechar esta oportunidad y emprendió la preparación de una poderosa ruptura del frente alemán en Bielorrusia.

...Cuando aún se luchaba enconadamente en el centro de Ternópol, en el puesto de mando y observación de Cherniakovski sonó el teléfono de comunicación directa.

—¡Iván Danílovich! —se oyó como si estuviera al lado, la voz imponente del mariscal G. Zhúkov, comandante en jefe del 1er Frente de Ucrania—. Entregue el ejército al coronel general Kúrochkin y mañana, 13 de abril, preséntese en Moscú. El avión para usted está listo.

A Cherniakovski se le transfiguró el rostro. ¿Qué podía significar aquello? Al parecer, no había razones para destituirle del cargo. Últimamente había logrado no pocas victorias, pero también era prematuro pensar en un ascenso, errores tampoco faltaban...

—Gueorgui Konstantínovich, ¿qué motiva esta llamada?

—Le llama a usted el Mando Supremo.

—¡El camarada Stalin! ¿Para qué cuestión? —preguntó inquieto Cherniakovski.

—Con toda probabilidad esto se deba a que el Consejo Militar del Frente le recomienda a usted para promoverle a otro puesto. ¡Le deseo éxito!

Como siempre, el teléfono de comunicación directa funcionaba magníficamente, trasmitiendo con nitidez hasta la inflexión más sutil. Iván Danílovich advirtió afecto en la voz de Zhúkov.

Mucho tiempo estuvo sin poder conciliar el sueño durante la noche al 13 de abril. Sabía que el Mando Supremo no llamaba en balde. La grandiosidad de los asuntos a que atendía Stalin no le permitían entrar en detalles particulares; la suerte de las personas la deciden sus auxiliares. De la objetividad de éstos depende no poco. Pero, por el momento, no quería pensar en esto. Cherniakovski sentía cierta inquietud porque en tres horas debería entregar a un jefe de igual rango, el coronel general Pável Alexéievich Kúrochkin, antiguo jefe del Frente Noroeste, el mando del ejército. La 28.ª División de Tanques, que mandó Cherniakovski siendo aún coronel, actuó en Nóvgorod en la composición del Frente Noroeste. Había ocurrido de todo. Hubo ocasiones en que el comandante en jefe colmó de reproches al jefe de la 28.ª División. Pero incluso después de tales momentos, Cherniakovski no guardó rencor hacia Pável Alexéievich. Ahora, deberían encontrarse en condiciones un tanto distintas. ¡Qué podía hacer, el tiempo había cambiado muchas cosas, y una orden es una orden! ...

El avión en el que voló Cherniakovski aterrizó muy temprano en uno de los aeródromos suburbanos de Moscú. Recibió a Iván Danílovich un teniente coronel del Estado Mayor General.

Aún no se había disipado la niebla mañanera cuando el automóvil ZIS-110 corría por las calles desiertas de Moscú. En la bruma lechosa, apenas se percibían los guiños de las luces verdes, amarillas y rojas de los semáforos. El coche se detuvo frente al portal del Comisariado del Pueblo de la Defensa. Dejando a su ayudante, el comandante Komarov, en la antesala, Cherniakovski se dirigió al despacho del general Alexéi Innokiéntevich Antónov,

adjunto del jefe del Estado Mayor General. Los viejos conocidos se saludaron afectuosamente.

—Iván Daníłovich, por iniciativa de Vasilievski y con el asentimiento de Zhúkov le hemos recomendado a usted para el cargo de comandante en jefe de Frente y le hemos invitado para presentarle al camarada Stalin —le comunicó Antónov.

—Les agradezco la confianza.

—Hasta las diez de la noche puede estar con su familia, luego irá a recogerle un coche.

Cuánto júbilo expresaban los ojos de Nilusia, Alik y de Anastasía Grigórievna, cuando vieron aparecer ante ellos a Iván Danílovich. El tampoco se cansaba de mirar a los queridos rostros. En los dos años de separación Nilusia se había hecho una jovencita y Alik había crecido visiblemente. Atajando al hermano, la hija dio cuenta de que cumplía impecablemente el encargo del padre: aprobar sus estudios con sobresaliente. Alik pudo contar cómo se preparaba para ingresar en el primer grado escolar...

No se dieron cuenta de cómo pasaron las horas hasta la noche. Anastasía Grigórievna, rebosante de gozo, acompañó a su marido hasta el coche.

El ZIS101 entró por la puerta Borovitskie del Kremlin. Atravesaron el arco y la plaza Ivánovskaya. A. Poskrébyshev encontró a Cherniakovski en el recibidor e inmediatamente le acompañó al despacho de Stalin. La gran sala de altos techos de roble, con retratos de Marx y Lenin, de Suvórov y de Kutúzov en las paredes le pareció a Iván Danílovich austera y majestuosa.

Junto a una larga mesa, cubierta con un paño verde, venía a su encuentro Stalin con paso mesurado.

—¡Aquí le tenemos! —y fijó su mirada escudriñadora en Cherniakovski—. Vasilievski y Rokossovski me han informado de sus operaciones a las puertas de Vorónezh y en Ucrania... El Buró Político ha decidido proponerle a usted para el mando de un Frente. ¿Qué le parece la propuesta, se atreve?

—Conozco la guerra y si me otorgan esa confianza me esforzaré por cumplir como es debido.

—El teatro de operaciones militares de Bielorrusia será para

usted desacostumbrado, después de las estepas ucranianas. Esa circunstancia, ¿no le preocupa?

—No, camarada Stalin. Antes de la guerra serví en Bielorrusia.

—Dígame, ¿cómo aprecia usted la situación del 60.º Ejército y de los ejércitos contiguos en el enlace del 1.er Frente de Ucrania y del 1.º de Bielorrusia?

—Las tropas de estos frentes cuelgan sobre el flanco del Grupo de Ejércitos Centro y los alemanes temen las bolsas. No cabe duda de que fortificarán este sector.

Stalin esbozó una sonrisa.

—Por consiguiente, ¿el mando alemán espera que en el verano no emprendamos operaciones activas en Bielorrusia, sino en los sectores meridional y sudoeste del frente?

—Exactamente. Y no es casual que los alemanes hayan sacado fuerzas de Bielorrusia y las hayan llevado al ala derecha del 1.er Frente de Ucrania. Si damos la impresión de que preparamos allí una gran ofensiva, los alemanes continuarán concentrando fuerzas en dicho sector.

—El enemigo es astuto y no pica tan fácil en el anzuelo —observó a esto Stalin—. Los alemanes siguen atentamente los movimientos de nuestros ejércitos acorazados y suponen, que donde los concentremos, allí será donde asestemos el golpe principal. En las alas contiguas de las fuerzas de Rokossovski y de Zhúkov, los generales alemanes dibujaron en sus mapas dos ejércitos de tanques nuestros y ahora no los pierden de vista. Pero nosotros, para desorientar definitivamente al enemigo, hemos decidido dejarlos en Ucrania. Cada uno de estos ejércitos no tiene más carros que un cuerpo de tanques completo. La masa fundamental de tanques de la reserva del Gran Cuartel General no la utilizaremos para completar esos ejércitos, sino para descargar el golpe principal en Bielorrusia. En la próxima campaña de verano asestaremos unos cuantos golpes sucesivos en distintas direcciones, de forma que el enemigo no pueda cerrar las brechas. En la segunda quincena de junio se iniciará la batalla por la liberación total de Bielorrusia. Después de la ruptura hacia Minsk les llegará el turno a los Fren-

tes de Ucrania. Tal es la idea general de maniobra. En el Frente Oeste no le van bien las cosas a Sokolovski. Para aproximar la dirección a las tropas hemos decidido en lugar del Frente Oeste crear dos Frentes en Bielorrusia, el 2.° y el 3.°. A usted le proponemos encargarse del 3.er Frente de Bielorrusia.

—Yo estoy dispuesto, camarada Stalin. ¿Me permite aclarar los problemas de cuadros?

—Esto lo dejamos a juicio suyo. Podemos formar de nuevo el Estado Mayor del Frente y transmitir el viejo al 2.° Frente de Bielorrusia, al general Petrov.

—El camarada Petrov tiene más experiencia y por eso sería mejor que el antiguo Estado Mayor del Frente Oeste se dejara al 3.er Frente de Bielorrusia. Sólo que en lugar del miembro del Consejo Militar, el camarada Mejlis, yo rogaría que se nombrara a otro.

—La cuestión del nombramiento del miembro del Consejo Militar del Frente le compete al Comité Estatal de Defensa. En lo que respecta al miembro del Comité Central, camarada Mejlis, pensaremos a dónde destinarle. A propósito, ¿qué pretensiones tiene usted para con él? —y Stalin comenzó a llenar la cachimba.

—El camarada Mejlis trabajó con el camarada Petrov. —Iván Danílovich advirtió la mirada severa de Stalin y por un instante se turbó. Pero se repuso en el acto y continuó—. Lo que más me preocupa es el estilo de trabajo de Mejlis: con frecuencia recurre a medidas extremas. Puede destituir del cargo a cualquier jefe sin motivos especiales para ello...

—Inútilmente supone usted que Mejlis sigue siendo el mismo del Frente de Crimea —la voz de Stalin se hizo más suave y su mirada más benévola—. Probablemente usted sabe que por intentar echar la culpa sobre otros fue destituido del cargo de adjunto del comisario del Pueblo de la Defensa y degradado. Después de esto es poco probable que vuelva a comportarse como antes —Stalin reflexionó—. Bien, estoy de acuerdo. Puede ser que le destinemos con el camarada Petrov. Pero, por el momento, tome el mando del Frente. El camarada Antónov le pondrá al corriente con todo detalle de los problemas operativos. Para evitar disgustos entre usted y Petrov durante la repartición del Frente Oeste y para que todo esto

sea comprendido debidamente por el camarada Sokolovski, le acompañará a usted el general Shtemenko. Actúe con decisión y audacia, que no le dejaremos sin ayuda. Durante el período de la ofensiva el camarada Vasilievski estará con usted como representante del Gran Cuartel General. Esto no significa dualidad de mando. Vasilievski tiene su círculo de problemas, su función es coordinar los esfuerzos de varios frentes en el logro de una misión única. Por cierto, que de él puede aprenderse y con él puede aconsejarse.

—Todo está claro, camarada Stalin. Para mí es muy importante recibir consejos útiles y el apoyo necesario de un jefe militar tan prestigioso como Alexandr Mijáilovich.

—Usted ya sabe que el comandante en jefe de un Frente se subordina directamente al Mando Supremo. Así es que llámeme por teléfono directo a cualquier hora. Si tiene algunas preguntas más, le escucho.

—No tengo más preguntas.

—Su candidatura ha sido aprobada en el Buró Político. Le felicito y le deseo éxito.

Cuando se despedían, Stalin preguntó con interés:

—¿Cómo está su familia, qué tal el apartamento?

—Le agradezco la atención, todo está bien.

—Usted tiene hoy mismo que partir para el Estado Mayor del Frente.

En el recibidor le aguardaba Poskrébyshev:

—¿Se le puede felicitar por el nuevo destino? —preguntó, aunque sabía perfectamente la decisión tomada: ya la víspera había pasado por sus manos el visto bueno de los miembros del Buró Político sobre el nombramiento de Cherniakovski como comandante en jefe de Frente.

Y de nuevo la plaza Ivánovskaya, las catedrales, las murallas del Kremlin. Pero ahora Iván Danílovich veía todo esto con otros ojos. Sentía de manera especial toda la plenitud de su responsabilidad y aún se encontraba bajo la impresión de la entrevista con el hombre, que tanto significaba para él y para todos. El tono cordial de Stalin le animaba y le daba seguridad. Ahora, cuanto antes, debía ponerse manos a la obra.

El 14 de abril, acompañado por sus camaradas de la Academia, el coronel general Shtemenko y el coronel Mernov, Cherniakovski llegó al villorrio Krásnoe, en la región de Smolensk, donde estaba el Cuartel General del Frente. El general Sokolovski recibió amistosamente a Iván Danílovich. Cherniakovski no advirtió en su tono ni sombra de disgusto.

Juntos examinaron todas las cuestiones relacionadas con la transferencia del mando. Sokolovski habló con gran cariño de las gloriosas tradiciones del Frente. En otro tiempo, en los años treinta, la Región Militar de Bielorrusia bajo el mando de I. Uborévich, obtuvo elevados índices en la preparación militar y política. Luego, la Región Militar se denominó Especial Oeste, y con el comienzo de la guerra se llamó Frente Oeste. Mandada por el general Zhúkov jugó un papel decisivo en el descalabro de las tropas alemanas a las puertas de Moscú.

Los datos del Servicio de Información confirmaron las suposiciones: el Mando Supremo alemán esperaba que en la campaña del verano de 1944 los golpes de las tropas soviéticas se asestasen en el sur, para dirigirse a los Balcanes y en dirección a Lvov. La posible ofensiva en Bielorrusia la estimaba secundaria, con un objetivo limitado: inmovilizar al Grupo de Ejércitos Centro. Apreciando así la situación, el enemigo concentró al sur de Polesia la masa fundamental de sus divisiones blindadas (cerca del ochenta por ciento).

Prácticamente era imposible ocultar totalmente los preparativos para una ofensiva de tal envergadura. Por eso se exigía realizar un gran trabajo que desorientara al enemigo para hacerle creer en la verosimilitud de que en verano los rusos descargarían el golpe principal no en Bielorrusia, sino en Ucrania y más al sur.

Previendo este craso error de los generales alemanes, el Mando Soviético emprendió los preparativos para la operación ofensiva estratégica en Bielorrusia, que recibió el nombre cifrado de Bagratión. A las tropas de los tres Frentes bielorrusos y del 1.er Frente del Báltico les fue planteada la misión de derrotar al Grupo de Ejércitos Centro y liberar la mayor parte de Bielorrusia, reservando un papel de gran importancia al 3.er Frente de Bielorrusia.

Cherniakovski comenzó sus nuevas funciones estudiando minuciosamente al generalato y a la oficialidad superior. En primer lugar, habló con el antiguo jefe de la Dirección Política, el teniente general Vasili Emeliánovich Makárov, recientemente ascendido a miembro del Consejo Militar del Frente. El nuevo comandante en jefe describió con breves palabras la operación en ciernes para la liberación de Bielorrusia. A su vez, Makárov informó de cómo se organizaba el trabajo de partido y político, hizo un somero perfil del mayor general S. Kazbíntsev, jefe de la Dirección Política, de los jefes de los ejércitos y del jefe del Estado Mayor del Frente. Iván Danílovich quedó satisfecho de su conversación con el miembro del Consejo Militar.

Cuando ya se despedían, Makárov se decidió a exponer lo que estimaba cuestión apremiante:

—El Estado Mayor del Frente es capaz de trabajar, pero en estos momentos, debo reconocerlo, no está preparado para resolver las misiones que se nos han planteado.

—¿Cómo es eso? —se alarmó Cherniakovski—. ¡El estado mayor es el cerebro del ejército!

—Por lo visto, se dejan notar las desacertadas operaciones ofensivas anteriores, comenzando desde el otoño de 1943 y hasta la primavera del año 1944.

—Bueno, ¿y qué? ¡La siguiente operación será afortunada!

—Los oficiales del estado mayor se consideran, hasta cierto punto, culpables de los reveses anteriores y están preocupados, esperando que usted los llame. Algunos temen que detrás de usted vendrán los oficiales del Estado Mayor del 60.º Ejército.

—Si ellos «consiguieron» realizar doce operaciones seguidas fallidas, tendran que esforzarse por organizar como es debido la décimotercera. Espero que no sean supersticiosos. Después, los asuntos entrarán por su cauce normal. Y otra cosa más: por el momento no se prevé ningún traslado hasta que termine la operación proyectada.

Cherniakovski quedó pensativo: «Tendría que luchar no sólo contra el desaliento, sino también contra la irreflexión y la irresponsabilidad, mejor dicho, contra la aspiración de rehuir la res-

ponsabilidad. Cuántas fuerzas hay que empeñar todavía para conseguir una buena coordinación en todos los eslabones: desde el soldado hasta el general...

—Iván Danílovich, su aspecto es de cansancio y no estaría de más descansar después del camino —interrumpió el silencio Makárov.

—No es nada, tendré tiempo de reponerme.

—En ese caso, ¿puede ser que comamos juntos?

—Se lo agradezco, pero estoy esperando al jefe de la Dirección de Personal,

Entró el mayor general Alexéiev.

—¡Cuánto tiempo hace que no nos hemos visto, Nikolái Ivánovich! —le recibió alegre Cherniakovski.

—Cuatro años, camarada comandante en jefe.

Entre 1939 y 1940 ambos sirvieron en la Región Militar Especial del Oeste. Cherniakovski mandaba un regimiento de tanques en Gómel, mientras que el coronel Alexéiev era el jefe de la Sección de Cuadros de la Región Militar. Ya entonces, Nikolái Ivánovich sentía especial simpatía por Cherniakovski, destacando sus aptitudes singulares y su elevada cultura de jefe. Pero incluso él no podía imaginarse un desarrollo tan impetuoso del talento como estratega de su compañero de servicio. Ahora tenía delante a un notable jefe militar, al que se la había confiado mandar una poderosa agrupación operativa. En efecto, la guerra tiene sus propias universidades...

—¿Cómo está de salud? —le preguntó solícito Cherniakovski—. Advierto que respira con dificultad... ¿Le agobia el trabajo?

—Asuntos no faltan —y Alexéiev miró expectante al comandante en jefe.

—Quisiera recibir de usted información detallada sobre los jefes de las divisiones. Si no tiene nada en contra, empezaremos por el flanco derecho.

—El mayor general Voljin, jefe de la 251.ª División de Infantería, fue destituido en otro tiempo del mando de una división, degradado a comandante y destinado a nuestro Frente por los desaciertos en los combates librados en el sector de Roslavl. En un

principio, le nombramos jefe de regimiento, después de mostrar sus aptitudes en las acciones de combate por él realizadas le ascendimos a jefe de división. Más tarde, conseguimos que se le repusiera en su grado de general.

—¿Cómo se comporta ahora?

—El trauma interno, por supuesto, dejó su huella, se manifestó en su carácter y en sus nervios. Pero él sabe contenerse. Es un hombre de fuerte voluntad, un jefe de división aguerrido y que piensa las cosas. Sin embargo, la víspera de su llegada, el general Sokolovski exigió que yo le presentara un proyecto de orden para imponerle una sanción a Voljin.

—¿Qué ocurrió?

—Que tuvo palabras duras con un oficial del Estado Mayor del Frente, pero el caso es que también del estado mayor de la división se quejaron de su grosería.

—¿Exigencia o grosería?

—En general, es muy exigente, pero a veces se pasa de la raya.

—¿Qué opina el jefe del cuerpo?

—Defiende a Voljin.

—¿Se ha firmado la orden para imponerle una sanción?

—No. El general Sokolovski dijo que la firmaría el nuevo comandante en jefe.

Cherniakovski dio un suspiro.

—Nikolái Ivánovich, no quisiera empezar mi servicio en el nuevo cargo con órdenes como ésa. Le ruego ir mañana a ver a Voljin y transmitirle lo siguiente: que no piense que sólo a él le son caros los destinos de la Patria. Y que con la gente tenga un trato correcto, que no ofenda su dignidad.

Cherniakovski se interesó literalmente por todo: por el nivel de conocimientos militares, por la experiencia de combate y por las cualidades morales y combativas de sus subordinados. Después de escuchar atentamente a Alexéiev, dispuso:

—En días próximos calcule y analice los cuadros de oficiales que faltan en la plantilla y precise qué complementos esperamos. A mediados de julio todas las divisiones del Frente deben tener la plantilla de personal completa.

—Es un trabajo rutinario. Las completaremos, camarada comandante en jefe.

—Tampoco estaría mal disponer de datos igualmente detallados sobre los mandos del enemigo, aunque sólo fuera hasta nivel de división —bromeó Cherniakovski al despedirse.

Habiéndose encontrado después de una larga separación, Alexéiev no advirtió cambios especiales en Cherniakovski: le estuvieron mirando los mismos ojos de color castaño claro, en los que brillaban la atención y la benevolencia. Interrumpiendo la pausa, comunicó al comandante en jefe que el mayor general Igolkin había sido nombrado jefe de la Dirección de Operaciones del Frente. La noticia alegró a Iván Danílovich. Conocía a Piotr Ivánovich Igolkin de la Academia y del Frente Noroeste.

Al día siguiente Igolkin se presentó a Cherniakovski.

—¿Cómo va el tratamiento? ¿Terminó?

—¡De qué tratamiento se puede hablar, cuando estamos en guerra! Me faltó paciencia, camarada comandante en jefe, abandoné el hospital bajo mi responsabilidad —confesó Igolkin.

—A lo hecho pecho, empiece a trabajar—. Cherniakovski le explicó la grandiosa operación que tendrían que preparar.

Igolkin no podía ocultar su emoción.

—¡Nos esforzaremos por hacer todo como corresponde Iván Danílovich!

Hasta que no conoció con detalle las tropas que le habían sido confiadas, Cherniakovski no podía imaginarse aún en su justa medida cuál era la envergadura de una agrupación de Frente. Mientras que en un cuerpo e inclusive en un ejército podían controlarse personalmente muchos problemas, aquí, como él ya pudo comprender, era poco probable que esto fuese posible. Debía concentrar su atención en lo principal, apoyarse más en sus adjuntos y en el estado mayor. En primer término, Cherniakovski calculaba recibir ayuda del teniente general Pokrovski, jefe del Estado Mayor del Frente.

Alexandr Petróvich Pokrovski se había graduado en la Academia Militar M. Frunze y en la Academia del Estado Mayor General. Ya a comienzos de la guerra, cuando Cherniakovski mandaba

una división, él ya encabezaba el Estado Mayor de las tropas de la Dirección Sudoeste, a las órdenes del mariscal Timoshenko. A Cherniakovski le gustaba de Pokrovski su amplia cultura y su carácter equilibrado y sereno.

El comandante en jefe se sintió muy satisfecho cuando conoció al mayor general S. Kázbintsev, jefe de la Dirección Política, al teniente general V. Vinográdov, jefe de los Servicios de Retaguardia, y al teniente general N. Baránov, jefe de las fuerzas de Ingenieros.

Supuso para Iván Danílovich una alegría inmensa su encuentro con el teniente general Barsukov, antiguo compañero de servicio y jefe de la Artillería del Frente. Los unía una vieja amistad. Cuando Cherniakovski estudiaba en la Escuela de Artillería de Kíev, Barsukov mandaba allí una batería. Y aunque Mijaíl Mijáilovich era mayor por su grado y por la edad, entablaron amistad en aquellos tiempos. Durante la guerra, mandando la artillería de un ejército y siendo jefe de un cuerpo de artillería, Barsukov atesoró una rica experiencia y se le consideraba con razón como uno de los mejores organizadores de la ofensiva artillera.

Con el teniente general Alexéi Grigórievich Rodin, jefe de las fuerzas blindadas del Frente, Cherniakovski se había encontrado ya en el Frente Central, cuando Rodin mandaba a la sazón el 2.º Ejército de Tanques.

Cherniakovski se persuadía cada vez más de que los mandos, el Estado Mayor y la Dirección Política del Frente estaban compuestos por oficiales y generales con experiencia y bien preparados. Los jefes de los ejércitos le generaron una excelente impresión. El 5.º Ejército, el más poderoso del Frente, estaba mandado por el teniente general N. Krylov, héroe de Sebastopol y de Stalingrado. Con el jefe del ejército del flanco derecho, el teniente general N. Berzarin, sólo hacía dos años que se había separado, cuando mandaba la 241.ª División de Infantería, que formaba parte del ejército de Berzarin. Muchas cosas habían cambiado durante este lapso tanto en el desarrollo de la Gran Guerra Patria como en la vida de cada uno de ellos.

Los acontecimientos decisivos, que deberían tener lugar en

Bielorrusia en el verano de 1944, suponían para el joven comandante en jefe del Frente una gran responsabilidad. Esperaba imponer su voluntad a los avezados generales del mando alemán, encabezados por el mariscal Von Busch. Cherniakovski pasaba gran parte de su tiempo entre las tropas, estudiando la agrupación del enemigo y la situación de nuestras grandes unidades.

Inspeccionando las líneas defensivas de la primera posición del ejército de Berzarin, medio en broma alabó a éste:

—Sus posiciones son buenas, Nikolái Erástovich. ¡Quizás mejores que las que teníamos en Nóvgorod!

—De acuerdo con su directiva las reforzaremos con fortificaciones permanentes, aumentaremos la profundidad de la línea defensiva...

—Por ese motivo es por el que he venido. La situación cambia. La directiva sobre el paso a una defensa rígida está calculada para desorientar al enemigo. Que crea que reforzamos la defensa, esto significa que no tenemos el propósito de atacar. Pero nuestro trabajo no será baldío, las obras de ingeniería servirán de posiciones de partida para la ofensiva. O bien, si el enemigo, adelantándose a nuestra ofensiva, realiza una contrapreparación artillera. Nuestra misión es atacar. Pero por ahora esto sólo deben saberlo usted, el miembro del Consejo Militar y el jefe del Estado mayor del ejército.

—En febrero, el ejército intentó emprender una ofensiva sobre Vítebsk —recordó Berzarin—. Sin embargo, las divisiones del general Holwitzer aprovecharon bien los accidentes del terreno y nos obligaron a pasar a la defensiva. No conviene tomar Vítebsk con un ataque frontal. Este intento costó demasiadas bajas al ejército.

—No se trata en modo alguno de un ataque frontal —asintió Cherniakovski—. Nuestra misión consiste en buscar los sitios vulnerables en las defensas del enemigo y concentrar con habilidad nuestras fuerzas en la dirección principal. Por lo que a Holwitzer se refiere, le tenemos mal acostumbrado...

—Es que no es tan fácil derrotarle...

Por el tono con el que fueron pronunciadas estas palabras, Iván Danílovich adivinó que a Berzarin le seguían preocupando

las dudas, ligadas con los reveses anteriores. Estimaba mucho a Nikolái Erástovich, valoraba su experiencia y talento y calculaba encontrar en él un hombre que compartiera sus mismos pensamientos. Hablaban con toda franqueza. Y de todas las maneras, Cherniakovski todo el tiempo advertía cierto embarazo en Berzarin, que le intranquilizaba. Recordaba perfectamente sus anteriores encuentros, la confianza y el apoyo que tan generosamente le prestó Berzarin en los momentos difíciles de los primeros años de la guerra. Por más que se esforzaba para que su antiguo comandante en jefe no pudiese percibir los cambios sucedidos en la situación de ambos, no le era fácil superar esta barrera invisible.

Por el momento había muchas cosas no habituales para Cherniakovski. Por ejemplo, cuando escuchó por primera vez: «El camarada Stalin le llama al teléfono», se desconcertó por un instante. No podía suponer que el Mando Supremo le llamaría tan pronto por el teléfono directo, después de su nombramiento.

—¿Cómo le van las cosas? —escuchó en el auricular una voz moderada—. ¿Va acostumbrándose? Se ha tenido en cuenta su petición. ¿Está contento con el miembro del Consejo Militar?

—Vasili Emeliánovich me produce buena impresión. Adquirió una rica experiencia siendo jefe de la Dirección Política del Frente Oeste y siendo miembro del Consejo Militar del Frente de Briansk.

—Su temple fundamental lo obtuvo ya antes de la guerra, desempeñando las funciones de secretario del Comité Urbano del Partido en Moscú —observó Stalin—. El segundo miembro de su Consejo Militar; para los Servicios de Retaguardia, camarada Jojlov, antes de la guerra fue presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la Federación Rusa. ¿Se imagina en quiénes se apoya usted?

—Me lo imagino, camarada Stalin. ¡Nos esforzaremos por justificar su confianza!

—¡Pruebe a no justificarla! Le exigiré a usted responsabilidad por todo como comandante en jefe... ¿Y qué me dice del jefe del estado mayor?

—Conoce su cometido, resuelve con seguridad los problemas, es un hombre razonable.

—Estas cualidades son excelentes para un jefe de estado mayor. Me parece bien que haya usted conocido lo que son sus cuadros. Pero, ¿cómo marcha el asunto del que hablé con usted en nuestra entrevista?

—Tomamos todas las medidas necesarias, camarada Stalin. Mañana salgo a inspeccionar las tropas.

—¡Actúe, le deseo éxito!

Acompañado de un grupo de generales y de oficiales del estado mayor, Cherniakovski realizó un viaje de inspección, comprobando la disposición combativa de las tropas. A últimas horas de la tarde debería regresar al Cuartel General del Frente, donde le esperaban el jefe del estado mayor, los jefes de las diferentes armas y los jefes de las Direcciones para coordinar los problemas fundamentales de la próxima operación.

Por la carretera de Vítebsk, ya envuelta en sombras, marchaban veloces cinco autos. En el primero, Cherniakovski con su inseparable y cumplidor ayudante, Komarov. Iván Danílovich iba silencioso, ensimismado en algo.

—¡Un avión nos viene al encuentro! —informó Komarov.

—¡Apartémonos, por si acaso! —ordenó Cherniakovski al chófer.

Apenas había tenido tiempo el coche de salir de la carretera, cuando a la derecha, a unos cincuenta metros, atronó una explosión ensordecedora. La onda explosiva arrojó a un lado al automóvil de Cherniakovski y al de Makárov hacia el opuesto. Los coches que iban detrás no sufrieron ningún daño. Todos salieron de ellos y se tumbaron en las cunetas. Makárov vio que el automóvil de Cherniakovski estaba volcado con las ruedas al aire.

—¡Al coche!

Se oyó de nuevo el runrun: el bombardero nocturno daba la segunda pasada.

—¡Escóndanse! —gritó alguien.

Pero Makárov y algunos hombres con él, no haciendo caso del ruido cada vez próximo del bombardero, corrieron hacia el automóvil volcado. Le pusieron sobre las ruedas. El ayudante de Makárov logró abrir la portezuela encajada. En este momento estalló

allí cerca una segunda bomba, iluminando por unos instantes todo en derredor. Makárov pudo ver el rostro ensangrentado del comandante en jefe. Abrió el paquete de primeros auxilios y le vendó la cabeza. Mientras tanto, la ametralladora cuádruple instalada sobre un vehículo blindado que seguía a los coches consiguió ahuyentar al bombardero alemán.

—¿Cómo se siente, Iván Danílovich? —preguntó Makárov, al mismo tiempo que subía al comandante en jefe a su automóvil.

—Siento cierta molestia en los ojos...

—¡Al hospital de campaña más próximo! —ordenó Makárov al chófer.

—Vasili Ivánovich, nos están esperando en el puesto de mando. ¿Podemos ir para allá? —intentó negarse Cherniakovski.

Pero Makárov siguió insistiendo en su propuesta. Aunque en el hospital de campaña más cercano no había oculista, se le hizo una intervención. El cirujano extrajo del rajado parpado un pequeño trozo de metralla y le vendó el ojo. No llegaron hasta el Cuartel General del Frente hasta las 05.00 horas. Cuando el general Pokrovski vio al comandante en jefe con la cabeza vendada, se alarmó:

—¿Qué le ocurre, Iván Danílovich?

—Una nimiedad. Infórmeme de las cuestiones urgentes.

—De acuerdo con sus indicaciones, los jefes de las diferentes armas con sus estados mayores han elaborado los planes de enmascaramiento, de defensa antiaérea y contracarro, de exploración...

—Está bien, Alexandr Petróvich. Sólo queda llevar a la práctica los planes. Por el momento los alemanes tienen una actividad relativamente tranquila. Pero si descubren nuestro reagrupamiento harán todo cuanto puedan para descifrar nuestras intenciones. Prevea todas las medidas posibles para desorientar al enemigo. También le ruego que ordene que se reduzcan las conversaciones por teléfono y que cese por completo el trabajo de transmisión radiofónica.

Después de acompañar en varias ocasiones a Cherniakovski, Makárov sintió un gran respeto hacia él. Le subyugaron la amabi-

lidad y las atenciones del joven comandante en jefe en su trato con los subordinados, bien fueran soldados o generales, y su sensibilidad para con las necesidades de los soldados y de los jefes.

Durante uno de sus encuentros con el mariscal Vasilievski, Makárov habló así de Cherniakovski: «Este hombre reúne, además de diligencia, suficiente bondad y sencillez...»

Enfrascado en el trabajo, Cherniakovski se olvidó de su herida. En cambio sí se interesó por la salud del ordenanza Pliusnín, que la víspera había enfermado de gripe. No sólo encontró tiempo para que le viera su médico, sino que él mismo fue a visitarle.

—¿Cómo va la salud, padre?

—Gracias, camarada general, me siento mejor.

—Al soldado le agradó que el comandante en jefe le llamara padre, aunque él era doce años más viejo que el general.

En el frente se hizo la calma. La agrupación, destinada para la ofensiva, se iba concentrando paulatinamente en las posiciones de partida. El Estado Mayor del Frente trabajaba con intensidad. La exploración no cesaba un momento. Cherniakovski tenía ya una idea bastante clara del sistema defensivo del 3.er Ejército Panzer y del 4.° Ejército del Grupo de Ejércitos Centro. Poniéndose en el lugar de Von Busch, intentó adelantarse a sus decisiones, buscaba los puntos más vulnerables en la defensa del enemigo, para determinar la dirección del golpe principal.

El mariscal Von Busch, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro, sabía que en las direcciones de Orsha y Vítebsk al general Sokolovski le había sustituido un nuevo comandante en jefe.

—Señor mariscal, el nombramiento del joven y enérgico general Cherniakovski puede significar que los rusos tengan el propósito de pasar a la ofensiva —conjeturó el jefe del estado mayor del grupo de ejércitos.

—Es poco probable que su mando cifre esperanzas tan grandes en Cherniakovski —dudó Von Busch—. Nosotros tenemos un enemigo más serio, el general Rokossovski, cuyas tropas mantienen una posición dominante sobre nuestro flanco derecho al norte de Kóvel.

—Cherniakovski se distinguió en la toma de Kursk el invierno de 1943. Y también al comienzo de la guerra en la región de Shauliai. El propio Goebbels le llamó «caballero contemporáneo».

—¡Déjeme de pamplinas! —le cortó violentamente Busch. Yo conozco a ese joven general... Espero que me haya comprendido: ¡Hay que concentrar las reservas operativas en la región de Kobrin!

Busch, realmente conocía a Cherniakovski. Estaba escrito que deberían cruzar por tercera vez las espadas y, en esta ocasión, en condiciones distintas. El mando alemán había perdido las ventajas obtenidas en su ataque por sorpresa, mientras que los combatientes soviéticos se templaron en los combates, los oficiales y los generales se hicieron maestros en la conducción de tropas. A Cherniakovski, uno de los jefes de Frente más jóvenes, le esperaba mostrar una vez más la superioridad del arte militar soviético ante el arte militar del adversario.

Ya en la Primera Guerra Mundial, Ernst Busch, con el grado de capitán, había mandado un batallón, mientras que el capitán Cherniakovski, con sus treinta años, sólo había mandado un batallón en 1937, careciendo de toda experiencia de combate. Para entonces, Busch, que contaba cincuenta y dos años, era ya teniente general y mandaba un cuerpo de ejército, pasando a mandar el 16.° Ejército en 1939. El verano de 1940 Hitler atacó a Francia. Busch dirigió la operación de flanqueo de la Línea Maginot y de invasión de Bélgica. En aquel tiempo, el teniente coronel Cherniakovski mandaba un regimiento de tanques.

Bajo el mando del coronel general Von Busch, el 16. ° Ejército de la Wehrmacht irrumpió el 22 de junio de 1941 en la zona soviética del Báltico. Sus unidades de vanguardia fueron detenidas a las puertas de Shauliai por la 28.ª División de Tanques del coronel Cherniakovski. En agosto, las unidades del 16.° Ejército fueron contenidas en Nóvgorod. Busch lanzó dos veces sus grandes unidades selectas contra las posiciones de la 28.ª División, pero sin éxito. A finales del año cuarenta y uno Busch emprendió una profunda maniobra de desbordamiento desde Nóvgorod a Tijvin, pero su plan fracasó, mientras que el 16.° Ejército cayó posteriormente

en la bolsa de Demiansk. En ello también jugó un papel de no poca importancia la división de Cherniakovski.

En febrero de 1943, Von Busch fue ascendido a mariscal de campo. A la sazón se le consideraba en Alemania como uno de los mejores estrategas, un maestro de la defensa «rígida». Se fue formando esta opinión después de las acciones defensivas de las tropas por él mandadas a las puertas de Leningrado. En octubre se le nombró comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro. Últimamente Von Busch había cambiado mucho. Estaba cansado, demacrado, aunque seguía manteniendo su aplomo anterior.

En el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Centro y en los Estados Mayores del 3.er Ejército Panzer y del 4.º Ejército alemanes se jugaban día y noche variantes de contragolpes sobre las tropas soviéticas. Von Busch y el jefe del 4.º Ejército admitían la posibilidad de que las tropas de Cherniakovski entraran en cuña en el sector de la ciudad de Borísov, donde tenían preparado un poderoso contragolpe con las fuerzas de la 5.ª División Panzer y varias divisiones de infantería, que cercarían y derrotarían a las grandes unidades atacantes.

Así pues, ya mucho antes de comenzar la Operación Bagratión, las mentes de los estrategas y los estados mayores de los dos bandos habían comenzado una batalla incruenta, de la que mucho dependían la victoria o la derrota en la batalla venidera.

El 3.er Frente de Bielorrusia se vio reforzado con nuevas grandes unidades y más tropas. Ocupó el puesto de jefe del 39.º Ejército el teniente general I. Liúdnikov, en sustitución de Berzarin, destinado al 3.er Frente de Ucrania como jefe del 5.º Ejército de Choque. Cherniakovski conocía bien a Liúdnikov, distinguido en la defensa de Stalingrado como jefe de división y le conoció aún más de cerca cuando éste mandó luego un cuerpo en el 60.º Ejército. Habían combatido relativamente poco tiempo juntos, pero en la guerra la amistad es especial, tiene sus propias leyes. A Iván Danílovich le agradaban en Liúdnikov su apostura, su carácter tranquilo y reservado, sus excelentes cualidades combativas.

—¡Mire por dónde, nos encontramos de nuevo! —exclamó con alegría Cherniakovski, cuando Liúdnikov se le presentó para

darle el parte—. Sólo que con el estómago vacío no se tratan los asuntos, Iván Ilich. Siéntese a la mesa.

Después de almorzar, Cherniakovski propuso a Liúdnikov conocer el expediente de la Comisión del Comité Estatal de Defensa sobre las insuficiencias en el trabajo del mando del Frente Oeste. Luego, le dio a conocer algunos datos sobre la preparación combativa del 39.º Ejército.

Escuchando ciertos detalles no alentadores, Liúdnikov hizo una observación:

—¡Bueno, pues me ha hecho usted un favor entregándome este ejército, Iván Danílovich! Las conclusiones de la Comisión son extremadamente duras...

—No importa, Iván Ilich, no está de más aprender en la triste experiencia.

Cherniakovski estaba en la primera línea, en una de las unidades pequeñas del 77.º Regimiento de Infantería de la Guardia. Al comandante en jefe siempre le agradaba conversar abiertamente con los soldados. De pronto se le presentó la ocasión para ello: de un recodo de la trinchera le llegaron voces.

—Escuchemos —dijo en voz baja a Komarov.

«Los médicos han desechado la carne, comeremos simple sopa de berza...» «Qué le vamos a hacer...»

Cherniakovski y su ayudante fueron al encuentro de los combatientes, al mismo tiempo que del lado opuesto aparecía un suboficial:

—¿Qué hacen aquí reunidos? ¡A trabajar! Soldado Smirnov... Debe saber que está prohibido agruparse en las trincheras. ¡El enemigo tiene ojos y en un momento puede batirnos!

Los combatientes comenzaron a marcharse cada cual por su lado.

—¿Y usted, quién es? —El suboficial reparó en un soldado desconocido, con uniforme nuevo.

En vez de contestar, el aludido sacó del bolsillo una cajetilla de emboquillados Kazbek, que raramente se veían en la primera línea.

—Fumen.

—¡Se ve al instante que es uno de retaguardia! ¡Menudo tabaco! —y los soldados alargaron la mano a los pitillos. Pero, mirando severamente al novato, el suboficial exigió:

—¡Su identificación!

—¡Eso está bien, brigada! —dijo con una sonrisa el soldado de flamante uniforme—. Y ahora, presentémonos. Coronel general Cherniakovski, comandante en jefe del Frente. Aquí tiene mi identificación. El suboficial se puso firmes y se llevó la mano al gorro.

Sonriendo, Iván Danílovich le puso la mano en el hombro:

—Siéntese, siéntese, el enemigo observa.

—¡Vaya un disfraz el suyo, camarada comandante en jefe! —dijo admirado el sargento.

—Para no atraer el fuego sobre ustedes. Dígame, sargento, pero con franqueza: ¿es cierto que el rancho no es muy bueno?

—La carne es lo peor, camarada coronel general. Los de Intendencia no han aprendido a conservarla.

—Les obligaremos a poner orden. Y ahora, ¿cómo está el adiestramiento para el combate? Por sus años advierto, con toda seguridad, que sirvió ya en la Guerra Civil, ¿no es así?

—Serví también en la Guerra Civil. Pero entonces no había esta técnica. Ahora es otra cosa. Nuestra defensa es buena, ocupamos posiciones ya preparadas, pero antes de la ofensiva no estaría mal sacarnos a retaguardia un día o dos para entrenarnos con los artilleros y los tanquistas.

—¡Haremos ese entrenamiento! —aceptó gustoso Iván Danílovich.

Despidiéndose dio la mano al suboficial y a los soldados que estaban más cerca, incluido a un joven combatiente que le llamó la atención por algo. Cherniakovski recordaba la mirada inteligente y atenta del mozo, su rostro inspirado y despejado. «Buen combatiente» —pensó Iván Danílovich—. En aquellos momentos nadie podía saber que llegaría el día en que este joven combatiente, Yuri Smirnov, realizaría una proeza que inmortalizaría su nombre.

El tiempo era caluroso en Bielorrusia. Desde por la mañana temprano el sol comenzaba a calentar. Saturaba el aire el aroma de las hierbas y las florecillas campestres, colmando el ambiente

de un perfume templado y fragante. El todoterreno del comandante en jefe rodaba por un camino entre el bosque, Iván Danílovich pensaba en que en unas semanas estos aromas de la naturaleza en sosiego serían sustituidos por el tufo de la guerra: el olor a la pólvora, de los gases de escape, del humo de los incendios, la pestilencia de los cadáveres en descomposición, de la tierra calcinada y removida por las explosiones...

En el sitio convenido, en el lindero del bosque, el coche se detuvo. Se acercó el jefe de una división del 31.° Ejército, la del flanco izquierdo, que debía reunirse con el comandante en jefe. Cherniakovski le saludó.

—Suba conmigo al coche, general.

El jefe de la división mandó a su ayudante que fuera delante y él tomó asiento junto a Komarov.

Las explosiones de los proyectiles enemigos eran cada vez más próximas, se oía más cerca el tableteo de las ametralladoras.

—Camarada comandante en jefe —exclamó intranquilo el general—, ¡es imposible seguir en el vehículo!

—¿Cuánto queda hasta las posiciones de las reservas regimentales?

—Unos cuatro kilómetros.

—Mientras el terreno esté oculto a la vista seguiremos adelante en el coche, luego, veremos... —Cherniakovski no terminó la frase, cuando por delante, a unos trescientos metros, reventó un proyectil. El humo envolvió el camino, levantó la tierra otra explosión más.

—¡Tuerce a la derecha! —mandó Cherniakovski. El todoterreno entró sumiso como un rayo en un camino vecinal. Unos cuantos proyectiles más hicieron explosión a la izquierda del cruce de caminos, que acababa de dejar el coche.

—Camarada comandante en jefe, los alemanes observan el camino —observó intranquilo Komarov.

—Cierto. Corrigen el fuego... Nos hemos apartado a tiempo.

Saliendo de la zona batida, el todoterreno se detuvo junto a las posiciones de la artillería. Llegó corriendo un comandante, jefe del grupo artillero, y dio el parte al comandante del Frente. Cher-

niakovski le preguntó acerca de las barreras de fuego, qué sectores deberían batirse con fuego concentrado, dónde estaban las posiciones de reserva.

—Camarada coronel general —respondió turbado el oficial—, a nosotros nos tenían que precisar...

—¿Qué hará usted si el enemigo pasa a la ofensiva? ¡Coordine inmediatamente todo con el estado mayor de la artillería!

El todoterreno se dirigió hacia las posiciones de los regimientos del primer escalón. Por delante se extendía una llanura ligeramente ondulada con escasos árboles, abierta a la observación del enemigo. El jefe de la división propuso que la cruzaran a pie, pero el comandante en jefe tenía prisa. Llegaron en el coche hasta la segunda posición, luego siguieron por las zanjas de comunicación hasta el observatorio divisionario. Andaban con dificultad pues las paredes del ramal de comunicación se desmoronaban y la propia zanja era muy poco honda. Unos trescientos metros tuvieron que recorrerlos encorvados completamente. Cherniakovski se volvió enfadado al jefe de la división.

—¿Con el tiempo que lleva usted a la defensiva y aún no ha podido abrir trincheras de perfil completo?

En las posiciones más avanzadas encontró sectores que no estaban protegidos del fuego de artillería. Observó otros muchos defectos en la organización de la defensa. Terminada la inspección, indicó cómo subsanar con rapidez las insuficiencias y por la tarde, acompañado del jefe de la división se dirigió al puesto de mando del ejército. En presencia del jefe de éste, teniente general V. Glagólev, analizó detalladamente los defectos encontrados en el equipamiento de las posiciones de partida para la ofensiva. Sintiéndose molesto, Glagólev quiso intentar explicar las razones por las que en la división había tantos descuidos, pero no le dio tiempo. Iván Danílovich subió al coche y, al despedirse, le dijo con crudeza:

—Poco visita usted a las tropas, camarada general. Le doy cinco días para corregir los defectos.

Y el coche arrancó a toda velocidad. La vuelta la hacían silenciosos, hasta que Komarov se atrevió a preguntar:

—Iván Danilovich, ¿por qué amonestó al jefe del ejército en el mismo momento de partir? Cherniakovski esbozó una sonrisa.

—El comandante en jefe debe ser diplomático, amigo Aliosha.

Cherniakovski era mucho más joven que Glagólev. Cuando éste mandaba una compañía, a Vania Cherniakovski acababan de confiarle el pastoreo del ganado en la aldea. Su nombramiento para el cargo de comandante en jefe del Frente, Glagólev lo recibió con reserva. Cherniakovski calculaba que el tiempo ayudaría al jefe del ejército a comprender todo, sin embargo, el agravio le impidió sacar conclusiones justas. En cuanto Cherniakovski se marchó, en una conversación con los oficiales del estado mayor comentó, como de paso: «La encumbración rápida transcurre raramente sin que el hombre se desplome desde lo alto. Así es que... Vivamos para ver. La defensa... Está más claro que el agua que pronto pasaremos a la ofensiva y todo esto será innecesario».

Es desagradable, naturalmente, abrir trincheras y ramales de comunicación por el solo hecho de desorientar al enemigo. Sin embargo, en aquellos momentos este trabajo tenía para nuestras tropas importancia decisiva. Algunos no comprendían el significado de esta medida. Pero los oficiales y los generales, que habían participado en las batallas del saliente de Kursk y en otras grandes operaciones, sabían que la preparación de las posiciones de partida también es imprescindible para la ofensiva.

Al final del día siguiente el comandante en jefe telefoneó a Glagólev:

—¿Qué plan tiene usted para mañana, camarada general? ¿Qué se propone hacer?

—Iré a las divisiones del primer escalón, camarada comandante en jefe.

—Perfecto. Le ruego que mañana por la tarde me informe de los resultados de su inspección. Cherniakovski envió a estas divisiones oficiales del Estado Mayor del Frente para que tomaran nota de las indicaciones del jefe del ejército. Glagólev no esperaba que la cosa adquiriera este giro. Desde este momento parecía ser otro hombre. En una charla con su jefe de estado mayor no tardó en reconocer: «Cherniakovski tiene una voluntad de hierro. Sabe

imponerse. Y lo principal, que su energía es tanta que involuntariamente se te contagia».

Cherniakovski no sólo tenía una voluntad y una energía inquebrantables, sino también destreza para cohesionar al mando, al estado mayor, y al aparato del partido y político para un trabajo compenetrado y de iniciativa. Esto lo conseguía merced al enfoque individual y meditado para con las personas. El comandante en jefe escuchaba atento los informes y las propuestas, tenía en cuenta todo lo aceptable y rechazaba con el tacto debido lo que discordaba con la situación real existente.

Preparándose para la operación decisiva que debería liberar a Bielorrusia, los estados mayores a todos los niveles emprendieron la recogida de datos para la elaboración de los planes de maniobra, el estudio minucioso del terreno, de las fuerzas y medios del enemigo que se les enfrentaba y de las posibilidades de las tropas propias. La decisión, como base de la planificación de la operación y de la dirección de las tropas, se tomó después de haber apreciado la situación desde todos los puntos de vista.

Sobre la base de la decisión previa del comandante en jefe del Frente se elaboraban los planes de aseguramiento material y técnico de las tropas. Para una ofensiva exitosa se necesitaba una cantidad colosal de armamento, municiones, combustible y lubricantes, y centenares de trenes con víveres, equipos diversos... Todo esto había que calcularlo y suministrarlo a las tropas a su debido tiempo.

Apreciando la situación, Cherniakovski dedicó especial atención al análisis de la fuerza contraria. Por encargo suyo, el mayor general Aleshin, jefe del Servicio de Información del Frente, organizó una importante acción exploratoria a retaguardia del enemigo, en la zona ocupada por el ejército de Liúdnikov. Se designó al primer teniente Kárpov para llevarla a cabo.

—El comandante en jefe concede una gran importancia a los informes que usted debe conseguir —remarcó el general—. Quiere hablar personalmente con usted.

Kárpov se inquietó. Aleshin le animó:

—¡Nuestro comandante en jefe es magnífico!

Cherniakovski los recibió en el puesto de mando y observación. Estrechó efusivamente la mano a Kárpov y le invitó a tomar asiento.

—Me han recomendado a usted como a uno de los exploradores más capaces, con una gran experiencia. La misión que le encomendamos es complicada, de su cumplimiento dependerá mucho.

—¡Camarada comandante en jefe, haré todo cuanto esté de mi parte para cumplir la orden!

—Lo creo y por eso le envío. Le aguardan en Vítebsk. Nuestros camaradas han preparado allí unas fotografías de las defensas enemigas. Pero no han podido hacerlas llegar a nosotros. Después del fallido atentado contra el general Helmut, comandante de la ciudad, los alemanes vigilan a cada ciudadano. Desde nuestra primera línea hasta Vítebsk hay unos dieciocho kilómetros. Es la zona táctica, saturada de tropas. Queda excluido saltar con paracaídas. Como es difícil infiltrarse en grupo, irá usted solo. Esté prevenido para cualquier imprevisto.

—¡Está claro, camarada comandante en jefe! —Kárpov se quiso poner en pie.

—¡Siga sentado! Saldrá hoy mismo, tenemos prisa. Usted, camarada general, ¿ha previsto por su parte todo? ¿El salvoconducto, la clave? ...

—Exactamente, camarada jefe.

Iván Danílovich abrazó al explorador como a un hermano.

—No es fácil lo que te espera. ¡Sé precavido! Recuerda que un explorador debe tener un corazón ardiente y un cerebro frío...

Vestido de paisano, Kárpov atravesó felizmente por la noche las posiciones alemanas y llegó hasta Vítebsk. Logró encontrar a las personas que buscaba y recibió de ellas lo que se necesitaba. En la ciudad, suscitó sospechas a una patrulla, que intentó detenerle, pero consiguió escapar. A la noche siguiente ya estaba cerca de las posiciones avanzadas del enemigo. En la primera trinchera tropezó con un centinela alemán, al que consiguió dejar fuera de combate con un culatazo de la pistola en la cabeza antes de que diera la alarma. Cuando Kárpov saltó de la trinchera, el alemán volvió en sí y comenzó a gritar. Las ametralladoras enemigas rom-

pieron el fuego. El explorador echó cuerpo a tierra y se alejó reptando. Nuestra artillería descargó un diluvio de proyectiles sobre el enemigo. Kárpov llegó a rastras hasta las alambradas, donde una bala alemana le hirió. A punto de perder el conocimiento, reunió sus últimas fuerzas, atravesó las alambradas y siguió arrastrándose... Recobró el conocimiento en un refugio, entre los suyos.

Posteriormente, supo que por indicación del comandante en jefe del Frente en la zona defensiva del cuerpo le aguardaban grupos de exploradores y que toda la artillería estaba preparada para proteger su cruce de las líneas con un fuego concentrado.

El mando elogió mucho los datos conseguidos y traídos por el primer teniente Kárpov. Estos confirmaron que los flancos del centro de resistencia enemigo de Vítebsk estaban insuficientemente fortificados. Esta información ayudó a estructurar correctamente la formación operativa del Frente en su ala derecha. La preparación de las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia para la operación prevista se hacía con suma meticulosidad. Cumpliendo la directiva del comandante en jefe del Frente, los mandos perfeccionaban día y noche el arte de la conducción de tropas. Los estados mayores a todos los niveles se entrenaban intensamente para asegurar una dirección constante de las tropas. Por la exploración, se sabía con exactitud que la zona táctica de la defensa del enemigo constaba de dos franjas: la primera, con dos o tres posiciones, cada una de las cuales tenía dos o tres líneas de trincheras continuas; la segunda franja, estaba peor preparada. Además, existían líneas defensivas en la profundidad operativa, especialmente en las riberas de los ríos Bereziná y Shari. Uno de los puntos vulnerables de la defensa del enemigo era su insuficiente escalonamiento en profundidad (excepto en la zona de Vítebsk y Orsha). En lo fundamental, la infantería estaba situada en la primera posición defensiva.

Cherniakovski estimaba que la mayor dificultad para nuestras tropas atacantes era superar la primera franja defensiva del enemigo, de una profundidad de hasta seis kilómetros, exigiendo en las prácticas llevar hasta la conciencia de cada mando hasta qué punto era importante organizar una ruptura impetuosa. Los

polígonos de instrucción del 3.er Frente de Bielorrusia, situados a retaguardia, fueron transformados en un verdadero campo de batalla, creando en ellos posiciones, parecidas a las enemigas. Las compañías y los batallones de fusileros aprendían a tomarlas por asalto, a atacar con elevado ritmo, a no rezagarse más de doscientos cincuenta metros de la barrera de fuego móvil. Con el comienzo del ataque, la infantería rompía el fuego con todas las armas y aprendía a pedir por señales el traslado del fuego de la artillería. Las medidas de precaución durante estos ejercicios eran tan eficaces que casi no se registraron accidentes. El tiro con proyectiles y balas reales disciplinó a los hombres, aumentó su responsabilidad, mientras que los reclutas bisoños se habituaban a las explosiones y al fuego de las ametralladoras.

El trabajo de partido y político adquirió gran envergadura. Como resultado de la actividad enérgica del Consejo Militar y del aparato político del Frente en compañías y baterías, se reforzaron las organizaciones del Partido y del Komsomol. En los ejércitos interarmas había más de quince mil comunistas, siendo los komsomoles de tres a cuatro veces más.

En las unidades de la Guardia, se daban charlas a los jóvenes reclutas que se incorporaban sobre las gloriosas tradiciones de la Guardia soviética; todos los soldados y oficiales recién llegados hacían el juramento de la Guardia, entregándoseles solemnemente a cada uno la insignia del cuerpo.

En los días de intensos preparativos para la ofensiva, los soldados y jefes vieron constantemente al comandante en jefe en los polígonos de instrucción, en la primera línea de fuego, en las posiciones de la artillería, con los zapadores, que ensamblaban puentes para el paso de los obstáculos acuáticos... Cherniakovski enseñaba a los subordinados y aprendía él mismo de ellos. Se esforzaba por prever cada contingencia, al objeto de lograr la victoria con el mínimo de pérdidas.

«Encabecé el Estado Mayor del Frente con varios jefes —escribía en sus memorias el coronel general A. Pokrovski—. Todos ellos sabían tomar decisiones y hacerlas llegar hasta el Estado Mayor del Frente y los estados mayores de los ejércitos, pero sus

ideas de maniobra no llegaban hasta el soldado. Cherniakovski, en cambio, exigía hacer llegar la misión hasta el soldado a tal nivel que, siguiendo la regla suvoroviana, éste comprendiera «su propia maniobra». Las ideas, formuladas en las decisiones del comandante en jefe, eran asimiladas por todos los combatientes, encontraban en ellos comprensión y apoyo. Escuché con frecuencia por boca de los soldados y de los mandos: «Con un comandante en jefe así no da miedo pasar a través del fuego y del agua». Cherniakovski se distinguía por su aptitud para hacerse con las mentes y los corazones de sus subordinados y cohesionarlos en un trabajo compenetrado y cargado de iniciativa.

Nosotros, los oficiales del Estado Mayor del Frente, esperábamos que el nuevo comandante en jefe nos echara en cara los reveses de las recientes operaciones ofensivas. Sin embargo, para satisfacción general, nadie escuchó palabras semejantes. Iván Danílovich era extremadamente amable, comedido y comunicativo. Sabía perfectamente cuándo debía emplear el «yo» y nunca abusó de este monosílabo. Era un hombre de un tacto exquisito, que se sabía dominar perfectamente y que nunca recurría a reprimendas que humillasen la dignidad del combatiente. Con su llegada, en el estado mayor se estableció un ambiente tranquilo de trabajo».

Al 3.er Frente de Bielorrusia se le contraponían el LIII y el VI Cuerpos del 3.er Ejército Panzer y el XXVII Cuerpo del 4.º Ejército del Grupo de Ejércitos Centro. El enemigo se defendía en trincheras y en nidos de hormigón preparados con anterioridad.

A Cherniakovski le esperaba enfrentarse con los jefes del 3.er Ejército Panzer y del 4.º Ejército alemanes y en la profundidad operativa verse las caras con el mariscal Von Busch, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro. A la hora de decidir la forma de derrotar a la importante agrupación enemiga de Vítebsk-Orsha, Iván Danílovich pasó uno de los momentos de mayor responsabilidad de toda su vida. De hasta qué punto fuera acertada su decisión dependía no sólo la suerte de las tropas a él subordinadas, sino también en gran medida los destinos de la población civil en el territorio de Bielorrusia ocupado temporalmente. Para adoptar una

decisión justa, tenía que adivinar las intenciones del enemigo, resolver una tarea con muchas incógnitas. Napoleón estaba en lo cierto cuando decía: «Muchos problemas que se le plantean al estratega, son un problema matemático, digno de los esfuerzos de Newton y Euler».

El plan de la operación preveía liberar el territorio de Bielorrusia hasta la línea del río Bereziná incluido. Cherniakovski disponía en su ala derecha del 39.º Ejército del teniente general I. Liúdnikov, más al sur estaba el 5.º Ejército del teniente general N. Krylov, el recién incorporado 11.º Ejército de la Guardia del teniente general K. Gálitski y, en el ala izquierda, el 31.º Ejército del teniente general V. Glagólev. En total, más de treinta divisiones de infantería. Además, el 3.er Frente de Bielorrusia estaba reforzado con el II Cuerpo de Tanques de la Guardia Tatzinski del mayor general Burdéini, el III Cuerpo Mecanizado Stalingrado de la Guardia del teniente general V. Obujov, el III Cuerpo de Caballería de la Guardia del teniente general N. Oslikovski (los dos últimos se unificaban en un grupo mecanizado y de caballería bajo el mando de Oslikovski), el V Cuerpo de Artillería de Asalto, y una veintena de brigadas independientes de tanques y de regimientos de artillería autopropulsada. Las tropas eran apoyadas y protegidas desde el aire por el 1.er Ejército aéreo del coronel general T. Jriukin, considerablemente reforzado durante la operación.

A Cherniakovski le correspondía determinar las direcciones del golpe principal y las de los golpes secundarios, y elaborar las misiones de los ejércitos, del grupo móvil y de las reservas del Frente. En este trabajo complicadísimo le surgieron muchas dudas. El golpe principal en dirección Orsha-Minsk, recomendado por el Gran Cuartel General, no le convenía a causa de que el enemigo había levantado en esa dirección las más poderosas líneas defensivas. Nuestras tropas tendrían que desalojar al enemigo de una línea a otra mediante golpes frontales. La segunda dirección posible, Liozno-Bogushevsk, pasaba por el intersticio entre el 3.er Ejército Panzer y el 4.º Ejército enemigos, el punto más débil de su defensa, pero donde el terreno cubierto de bosques y pantanos dificultaba la maniobra de los tanques, nuestra principal fuerza de choque.

El general Baránov, jefe de las fuerzas de Ingenieros, cumpliendo las indicaciones del comandante en jefe, había probado la practicabilidad de los tanques por sectores pantanosos de terreno, semejantes al existente en la dirección de Bogushevsk. Los resultados fueron aceptables. Gradualmente, Cherniakovski llegó a concebir la idea de que la dirección principal de ofensiva de las tropas del Frente debía ser la de Liozno-Bogushevsk, con su posterior salida a la carretera principal Borísov-Minsk. Pero estimaba prematuro desechar la variante propuesta por el Gran Cuartel General y sustituirla por la suya.

El análisis posterior de la situación le persuadió de que la mayor seguridad de éxito podía conseguirse asestando un golpe simultáneo en dos direcciones. Cherniakovski comenzó a prepararse para argumentar sólidamente su decisión y, en relación con esto, pedir al Gran Cuartel General que reforzara complementariamente al Frente con un ejército de tanques.

Komarov conocía las costumbres del jefe. Cuando Iván Danílovich sentía cansancio bebía un té cargado o después de unos breves ejercicios gimnásticos se refrescaba el cuerpo con agua fría. Pero en los días en que preparaba la operación no le quedaba tiempo ni para la gimnasia, y tuvo que limitarse al té.

Ya había pasado la medianoche. El ayudante hacía mucho que observaba con inquietud al comandante en jefe, que durante muchas horas no se apartaba de la mesa, cubierta de mapas. Hasta que no pudo más:

—Iván Danílovich, ya es el cuarto mapa que dibuja. No le bastan con veinticuatro horas diarias, usted quiere resolver todo por los demás. Y por los artilleros, y por los tanquistas, y por los aviadores. ¡No estaría mal que dejara algo también para ellos!

Cherniakovski dejó el trabajo.

—¿Sabes Aliosha, lo que dijo Kutúzov en el Consejo de Jefes en Filí?

—¿De dónde lo voy a saber? No terminé ninguna academia, excepto la pasada junto a usted.

—No se trata de eso. Tú leíste *Guerra y Paz*. Allí Kutúzov dice: «Así pues, señores, me corresponde a mí pagar los platos rotos».

Compréndeme bien, Aliosha. ¡Ni por lo más remoto me comparo con Kutúzov! Pero sí quiero decir cuán profundamente sentía Kutúzov su responsabilidad por la suerte del ejército. Y en nuestra época la responsabilidad del jefe es aún mayor. ¡Sólo hay que pensar en el material de guerra que tenemos! Por esto tengo que dibujar un cuarto mapa.

—Comprendo, Iván Danílovich. Pero, ¿por qué no escuchar primero las propuestas de sus auxiliares? Creo que eso le facilitaría un poco el trabajo.

—¡Ay, no, Aliosha! Tú sabes, por supuesto, que yo escucho la opinión de todos. Pero antes de oír a los auxiliares y apreciar lo que pueden informar, es preciso primero orientarse uno mismo en la cuestión. Además, que no debes perder de vista el que cada ollero alaba su puchero. Y yo necesito, con los esfuerzos de todas las armas, resolver la tarea a escala de todo el Frente. Aparte de que he recibido todas las informaciones necesarias de ellos. ¿Díme? —Cherniakovski sonrió—. ¿Aún dudas de mi método?

—No, ¿por qué, camarada comandante en jefe? Sólo es que tiene usted el rostro demacrado, si descansara...

—Por si fuera poco no tengo sólo que pensar por mí; sino también por el comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro. ¿Acaso crees que el mariscal Von Busch nos espera cruzado de brazos? Elaboré cuatro mapas. ¿Piensas que Busch ha dibujado menos? ¡Con la pedantería propia alemana habrá pensado cómo rechazar nuestra posible ofensiva! Además de que él mismo acaricia la ilusión de desangrar a nuestras tropas en las líneas defensivas preparadas de antemano y después pasar a la contraofensiva. Es una aventura, claro está, pero nosotros debemos tenerla en cuenta.

Hizo un gesto para que Komarov se acercara al enorme mapa extendido sobre la mesa.

—El quid no reside en esta flecha roja, que con tanto esmero dibujaron los oficiales de operaciones. Para destrozar la defensa del enemigo se precisa que el artillero haga sus cálculos y el aviador los suyos. ¿A quién le corresponde coordinar sus esfuerzos? Al comandante en jefe con su estado mayor. O tomemos el problema

de la lucha contra los tanques rivales. En ella deben participar todas las tropas, incluidos los ingenieros. Es necesario coordinar también sus acciones, orientarlas al cumplimiento de una misión única. Imagínate por un minuto que no hayamos previsto algo. La ofensiva se atasca, tenemos bajas. Por todo esto, Aliosha, nos exigirán responsabilidad tanto nuestros contemporáneos como nuestros descendientes. A los historiadores les es más fácil —dijo con un suspiro—. Se pertrecharán con datos exactos sobre el enemigo, sobre nuestras tropas, los confrontarán y, sin apresurarse, se pondrán a enjuiciar: «La derrota de las tropas de Cherniakovski se debió a esto y a lo otro». Distribuirán ordenadamente todos nuestros errores y harán el balance. En tanto que nosotros resolvemos una tarea con muchas incógnitas...

—Y con todo y eso usted debería descansar —insistió Komarov—. Mañana trabajará mejor.

No todos los ayudantes podían permitirse hablar en ese tono al comandante en jefe. Pero entre Cherniakovski y Komarov existían unas relaciones especiales. Ya en 1941, cuando cruzaban bajo el fuego el Dviná Occidental, Komarov salvó la vida a Cherniakovski. Desde entonces se convirtió en su sombra.

Por la mañana, Cherniakovski quería analizar el plan previsto con los jefes de los ejércitos, los cuerpos y las diferentes armas, escuchar sus informes y propuestas, y luego hacer las correcciones necesarias, pero enfermó inesperadamente. Aún no había sanado cuando fue llamado a Moscú con el general Makárov, miembro del Consejo Militar.

En el Estado Mayor del Frente valoraron de manera distinta un viaje tan precipitado del mando. Los generales más veteranos, que más de una vez habían participado en la elaboración de operaciones a escala de Frente, se lamentaron de que Cherniakovski no hubiese tenido tiempo de oír sus propuestas.

Todo el camino hasta Moscú Iván Danílovich estuvo preocupado. Intentó distraerse, descansar, pero sus pensamientos giraban una y otra vez en torno al informe que debería presentar.

Por fin, Moscú, el Estado Mayor General. Cherniakovski y Makárov llegaron el 25 de mayo, pero ya la víspera en el Gran

Cuartel General, bajo la presidencia del comandante en jefe supremo, con participación de G. Zhúkov, A. Vasilievski y K. Rokossovski, había comenzado a examinarse el plan de la Operación Bagratión.

—¿Qué noticias trae? —preguntó Antónov a Cherniakovski tras saludarle.

—Nada de particular, que he estado un poco enfermo.

—Qué le vamos a hacer, el tiempo apremia. Tome consigo el proyecto del plan de la operación y le ruego que se entreviste con los camaradas Vasilievski y Zhúkov.

Alexandr Mijáilovich Vasilievski y Gueorgui Konstantínovich Zhúkov recibieron afectuosamente a Cherniakovski. Examinaron detalladamente el plan por él propuesto.

—Gueorgui Konstantínovich, yo no tengo observaciones especiales—, dijo Vasilievski apartándose del mapa—. Sólo me resta desear a Iván Danílovich que realice la misma maniobra audaz de persecución del enemigo como la ejecutada en la liberación de Kursk..

—No estaría mal, si Cherniakovski ayuda a Rokossovski igual que lo hizo en la batalla por el Dniéper —respondió Zhúkov, en el mismo tono que Vasilievski.

Los viejos soldados comprendían perfectamente lo que bullía en aquellos momentos en la mente de Cherniakovski, y le alentaban. Iván Danílovich les agradeció inmensamente este exiguo apoyo, pero tan imprescindible para él.

El plan del 3.er Frente de Bielorrusia fue aprobado en principio. El mismo día, Cherniakovski y Makárov fueron invitados a presentarse al Gran Cuartel General, en el Kremlin.

Tras una larga mesa del salón de sesiones estaban los miembros del Comité Estatal de Defensa y los miembros del Gobierno. A muchas de estas personas Cherniakovski las conocía de antes sólo por fotografías. Hubo un instante en que la emoción se apoderó de él, pero supo sobreponerse en el acto, cuando el Jefe Supremo, que presidía la reunión, le concedió la palabra.

El silencio más absoluto y la atención de todos los presentes ayudaron a Iván Danílovich a exponer sus consideraciones con

tranquilidad, operando libremente con cifras y hechos, sin tener que recurrir a su cuaderno de apuntes. El aspecto intrépido del joven comandante en jefe y su tono seguro le granjearon las simpatías de cuantos le escuchaban. Cuando Cherniakovski comenzó a argumentar la necesidad de asestar dos golpes simultáneos, Stalin se acercó al mapa.

—¿Por qué usted nos informa sobre dos golpes, cuando en su mapa sólo hay dibujado uno?

—En el plan de la operación el cálculo se ha hecho partiendo de las posibilidades disponibles. Si el Frente recibe fuerzas y medios complementarios, reharemos el cálculo para la segunda dirección.

Stalin no objetó nada a este razonamiento. Iván Danílovich estaba ya dispuesto a comprender su silencio como aprobación, cuando, súbitamente, el Supremo preguntó:

—Díganos, ¿cómo entiende usted la idea de la Operación Bagratión en su conjunto?

—Contra el Grupo de Ejércitos Centro enemigos se descargarán al mismo tiempo cuatro poderosos y demoledores golpes con las fuerzas de cuatro Frentes. Con la particularidad de que el 1.er Frente del Báltico y 3.º de Bielorrusia escindirán el dispositivo enemigo avanzando hacia Vilnius, y envolviendo a las fuerzas alemanas situadas en la zona Borísov-Minsk con sus grandes unidades del flanco izquierdo. El 1.er Frente de Bielorrusia explotará el éxito sobre Baranóvichi, envolviendo con ambas alas a las fuerzas enemigas en Minsk por el sur y el sudoeste. El 2.º Frente de Bielorrusia emprenderá la ofensiva sobre Minsk, teniendo como misión fundamental inmovilizar a las tropas enemigas situadas enfrente.

Stalin escuchaba sin perder palabra. Encendió pausadamente la cachimba y empezó a atusarse los bigotes. Cherniakovski sabía que esto era indicio de que el Jefe Supremo estaba satisfecho.

—La operación tiene por objetivo cercar y aniquilar al grueso del Grupo de Ejércitos Centro —continuó con tono seguro—, desarrollando posteriormente la ofensiva hacia la frontera con Prusia Oriental y en la dirección estratégica Varsovia-Berlín.

—Lo comprende bien —aprobó Stalin—. Si la operación se

realiza, ateniéndose a una idea de maniobra única, serán suficientes cuatro golpes, esto es, cada Frente, descargará un golpe demoledor. Pero el camarada Rokossovski pide que al 1.er Frente de Bielorrusia se le permita asestar a él solo tres golpes, lo que significa que tendrá tres direcciones principales. Nosotros estimamos que esta es una dispersión innecesaria de fuerzas. Al Frente que usted manda le proponemos también concentrar el grueso de las fuerzas en un sector de ruptura. ¿Qué piensa usted de esto?

Me es difícil decir qué suscita la necesidad de los tres golpes en el sector del 1.er Frente de Bielorrusia —empezó Cherniakovski—, pero sí puedo asegurar que el éxito de la operación ofensiva del 3er Frente de Bielorrusia en su etapa inicial dependerá del aniquilamiento simultáneo de las agrupaciones enemigas en las plazas fuertes de Vítebsk y Orsha. Sin tener previsto esto es imposible impedir que el enemigo maniobre con sus fuerzas.

—Pero en ese caso usted descargará dos golpes debilitados y puede no obtener resultado en ninguna de las direcciones elegidas.

—Nosotros debemos crear dos potentes agrupaciones. Para ello necesitamos que se refuerce el Frente con un ejército más de tanques y una división de artillería de ruptura procedentes de la Reserva del Mando Supremo.

—Camarada Cherniakovski, derrotar al enemigo, contando con una gran superioridad en fuerzas, no tiene gran mérito.

—Para el éxito de la operación a tal profundidad, teniendo enfrente a un enemigo fuerte que se defiende en posiciones preparadas de antemano, no basta con las reservas propias del Frente. Para asestar al enemigo un golpe demoledor e impedir que maniobre con grandes unidades móviles sacadas de otros sectores, el 3.er Frente de Bielorrusia necesita introducir en la brecha, en vez de uno, tres cuerpos blindados. Sólo a condición de esto el golpe logrará su finalidad y podremos explotar el éxito estratégico. El enemigo no tendrá tiempo de trasladar sus reservas en cuanto tomemos Minsk y despleguemos una ofensiva impetuosa hacia el oeste.

—Camarada Cherniakovski, usted no sólo sabe pedir, sino también argumentar. Pienso que los miembros del Consejo Estatal

de Defensa tomarán en consideración los deseos del comandante en jefe del 3.er Frente de Bielorrusia.

Prácticamente, la cuestión estaba resuelta. El Gran Cuartel General subordinó operativamente al 3.er Frente de Bielorrusia el 5.º Ejército de Tanques de la Guardia del mariscal P. Rótmistrov y una división de artillería de ruptura de la Reserva del Mando Supremo (RMS).

El coronel Vasili Fiódorovich Mernov, jefe de la Dirección del Estado Mayor General para el 3.er Frente de Bielorrusia, esperaba impaciente a que terminara la reunión en el Gran Cuartel General. Le preocupaba cómo sería aceptado el informe de Iván Daniílovich Cherniakovski, su camarada de la Escuela de Artillería de Kíev y de la Academia Militar de Tropas Blindadas. Para Vasili Fiódorovich, como también para otros muchos graduados de la Academia, el nombramiento de Cherniakovski para la jefatura de un Frente fue un jubiloso acontecimiento. Además, en el breve lapso de trabajo conjunto con el nuevo comandante en jefe, había podido persuadirse de que Iván Daniílovich desempeñaba inmejorablemente sus funciones. Ahora, en esencia, Cherniakovski aprobaba el examen principal. No es muy sencillo presentar un informe en una reunión tan representativa. Stalin tenía un carácter violento. Y a Cherniakovski, cuando estaba persuadido de que llevaba razón, no le gustaba dar su brazo a torcer...

—¿Qué me dices? ¿Todo en orden? —dijo corriendo al encuentro del camarada cuando éste salió del salón—. ¿Te ayudaron mis consejos?

—¡Gracias! Tuve que recordarlos cuando el camarada Stalin empezó a insistir en que Minsk lo liberara el 1.er Frente de Bielorrusia.

Cherniakovski, Mernov y Makárov empezaron en el acto a elaborar la decisión adoptada en su variante definitiva. Estuvieron toda la noche trabajando sobre el mapa.

—Ahora, esta flecha —señalaba con cariño Cherniakovski el signo convencional—, se clavará en el despliegue defensivo del enemigo y ya no saldrá.

—¿Y si a Von Busch le da tiempo de colocar una barrera acorazada de contención? —comentó Mernov.

—Para eso es por lo que hemos defendido el principio de los dos golpes con un par de poderosos arietes blindados. Para impedir que el enemigo pueda taponar las brechas.

Cherniakovski preveía que las tropas del Frente podrían ser contraatacadas con las fuerzas de los segundos escalones del mariscal Von Busch y por las divisiones acorazadas, que podían acudir desde la reserva estratégica de Hitler. Por eso, no sólo previó la maniobra para cercar al enemigo en Vítebsk, sino que también adoptó medidas que contrarrestaran sus golpes desde el exterior contra el cinturón de cerco.

Al amanecer, cuando todo estuvo listo, Cherniakovski, Makárov y Shtemenko se presentaron en la alejada casa de campo de Stalin, en la carretera de Dimitrov. El Jefe Supremo no quiso escucharles hasta que se sentaron a almorzar con él.

—Antónov y Shtemenko alaban vuestros almuerzos y comidas en el Frente. Si aquí es peor, sean indulgentes, en la retaguardia así debe ser —sonrió Stalin—. Y ahora, ¿qué han hecho durante la noche? ¡Informe, camarada Cherniakovski!

—Hemos corregido el plan de la operación para el Frente de acuerdo con sus indicaciones y teniendo en cuenta los medios y fuerzas que se nos afectan complementariamente —y con un movimiento habitual, Cherniakovski desplegó el mapa sobre la mesa.

—Camarada Shtemenko, ¿ha visto usted? No quiere dejar Minsk de lado —dijo Stalin, mirando el mapa con los ojos entornados—. Bueno, quizás sea así mejor. Aún no sabemos quién de ellos, Rokossovski o Cherniakovski, entrará el primero en la capital de Bielorrusia.

El Jefe Supremo aprobó sin objeción alguna el plan de la operación Vítebsk-Orsha, y no obstante, preguntó de nuevo:

—El ejército de tanques de Rótmistrov, ¿atacará a lo largo de la carretera de Minsk?

Cherniakovski confirmó que se introduciría en la brecha por el sector de ataque del ejército de Gálitski, es decir, allí donde fue planificado por el Gran Cuartel General.

Aquel mismo día Cherniakovski y Makárov regresaron en avión a su cuartel general, situado en un bosque, a unos cuatro ki-

lómetros de la ciudad de Krásnoe. Su regreso lo esperaban con impaciencia. Comenzaron las preguntas. Todos sabían que el desaparecido Frente Oeste no disfrutaba de la benevolencia del Gran Cuartel General. Y el 3.er Frente de Bielorrusia era su «heredero» directo...

—Nos han recibido bien —contaba Cherniakovski—. El futuro depende de cómo cumplamos la misión que se nos ha planteado.

—¿Qué ha pasado con el plan? ¿Ha tenido que reformarse mucho? —preguntó el jefe de la Dirección de Operaciones.

—Hemos tenido que trabajar toda la noche en él, pero lo han aprobado sin observaciones particulares.

El general Pokrovski se encogió de hombros, asombrándose de la capacidad de trabajo del comandante en jefe. Él sabía bien lo que significaba rehacer entre tres en una noche el plan de la operación ofensiva de un Frente. Tanto más que el general Makárov no era un especialista en tareas de estado mayor y el coronel Mernov, aunque era un oficial de operaciones avezado, no conocía con tanto detalle cómo marchaban las cosas entre las tropas del Frente.

—Durante este tiempo, el estado mayor también trabajó de lo lindo, terminó el plan de la operación. Pero en su vieja variante. Por lo visto, hemos trabajado en balde...

—No se amargue, Alexandr Petróvich —le consoló Cheniajovski—, los documentos serán aprovechables. Pasado mañana escucharé las propuestas de los jefes de las armas, los servicios y las direcciones. Conversaré con los comandantes y los miembros de los consejos militares de los ejércitos. Sólo después de esto anunciaré mi decisión definitiva. La planificación del tiempo corre de su cuenta. El 2 de junio los estados mayores del Frente y de los ejércitos deben empezar la elaboración definitiva de los planes.

Al parecer, todo estaba resuelto. Sin embargo, Cherniakovski recordaba una y otra vez las palabras de Stalin: «Pero en ese caso usted descargará dos golpes debilitados y puede no obtener resultado en ninguna de las direcciones...»

La misión fundamental del 3.er Frente de Bielorrusia residía en cercar y aniquilar las grandes unidades del 3.er Ejército Panzer

y del 4.° Ejército alemanes al este de Minsk. En aquellas condiciones adquiría importancia decisiva la autopista Orsha-Minsk. Por eso, el Estado Mayor General recomendó al Gran Cuartel General agregar el 5.° Ejército de Tanques de la Guardia al 3.er Frente de Bielorrusia, para que lo utilizara provechosamente sobre esa carretera. Es natural que ese eje se convirtiera en el principal.

Para asegurar la penetración del ejército de tanques se precisaba concentrar en aquel sector efectivos considerables y desplegar la mayor parte de la artillería. También se exigía trasladar allí tropas de ingenieros, que abrieran caminos para los tanques.

Pasaron dos días en medio de un intenso trabajo. Los comandantes de los ejércitos y los jefes de los servicios estaban reunidos esperando al comandante en jefe del Frente. Desabrochándose al paso el impermeable, Iván Danílovich se fue hacia la mesa con paso rápido. Su aspecto seguro y reconcentrado se transmitió involuntariamente a cuantos le rodeaban.

Cherniakovski concedió la palabra primero a Makárov.

—Camarada comandante en jefe, para que los demás no tengan que esperar hemos decidido con los miembros de los consejos militares de los ejércitos que las cuestiones del aseguramiento político de la operación las examinaremos aparte —propuso Makárov—. Sólo diré que el Comité Central del Partido, el Mando del Ejército Rojo y todo el pueblo soviético nos han encomendado a nosotros y a los frentes vecinos una misión de responsabilidad: liberar Bielorrusia de los ocupantes alemanes. Merced a los esfuerzos heroicos del pueblo hemos podido pertrecharnos con más de 1.800 aviones, cerca de 2.000 tanques y cañones autopropulsados e importantes cantidades de material de guerra. Todo esto exige algo no menos importante: el que todos los generales, oficiales y soldados del Frente sepan utilizar esta temible fuerza para la derrota del enemigo. Las tropas alemanas han recibido la orden de defender las líneas de Bielorrusia, como si se tratara de la misma Alemania. Las plazas de Vítebsk, Orsha y Minsk han sido transformadas en fortalezas. A las guarniciones de estas ciudades se les ha conminado a defenderse hasta el último hombre, incluso si son cercadas por las tropas soviéticas...

A continuación, el mayor general Aleshin, jefe del Servicio de Información del Frente, analizó así a las fuerzas alemanas:

—El enemigo ha levantado una sólida defensa, especialmente, en las direcciones de Vítebsk y Orsha. Estas regiones constituyen la base de todo el saliente bielorruso y son los principales eslabones del cacareado Baluarte del Este en el sector central del frente soviético-alemán. En la dirección de Bogushevsk la defensa del enemigo no es tan fuerte. Pero allí no podemos emplear en plena medida nuestras fuerzas blindadas y la artillería debido a la gran cantidad de lagos y pantanos existentes.

—Camarada general, arrancando del análisis del enemigo, ¿en qué dirección conviene más utilizar al 5.º Ejército de Tanques de la Guardia? —preguntó el comandante en jefe.

—Al ejército de Tanques conviene más dirigirlo a lo largo de la carretera Orsha-Minsk. Esto abrirá las puertas, no sólo para la liberación de Minsk, sino también de Varsovia.

El adjunto del jefe del Estado Mayor del Frente valoró con breves frases nuestra agrupación de tropas. Por el informe se desprendía que las grandes unidades de tanques y mecanizadas se afectaban a los ejércitos del primer escalón y formarían un grupo móvil. De los cuatro ejércitos interarmas, como era habitual, se suponía que habría tres en el primer escalón y uno en el segundo. Así mismo, de forma correspondiente se distribuían las restantes fuerzas y medios.

—Esta formación operativa es la panacea universal —observó Cherniakovski. El matiz irónico de estas palabras no lo captaron todos—. ¿Dónde se supone que se lanzará el grupo móvil del Frente?

—Es preciso que el 5.º Ejército de Tanques de la Guardia entre en combate en el eje Orsha-Minsk, el más corto, en la franja de acción del 11.º Ejército de la Guardia del general Gálitski, que está mejor dotado que los demás.

—Supongamos que debido a la tenaz resistencia del enemigo la ofensiva del ejército de Gálitski se atasca y, por el contrario, que el ejército de Krylov rompe el primero las defensas enemigas. ¿Qué tiene previsto para ese caso?

—Concentrando los esfuerzos fundamentales del Frente en la franja de ofensiva de las tropas de Gálitski, tenemos la certeza de que romperemos la defensa del enemigo y aseguraremos la entrada en combate del grupo móvil del Frente, precisamente en este sector.

—Perfectamente, escuchemos al jefe de las fuerzas de Ingenieros del Frente.

—En la variante que se propone —informó el general Baránov—, tendremos que pasar el río Dniéper, cuya orilla opuesta está perfectamente preparada, desde el punto de vista de los ingenieros. Además, la autopista Orsha-Minsk y los campos a lo largo de ella están densamente minados. Partiendo de esto, considero que debemos dar preferencia a la dirección de Bogushevsk.

En las intervenciones de los subordinados no había unidad plena de criterios. Todos esperaban lo que diría el comandante en jefe.

—Partiendo de la apreciación de la situación y teniendo en cuenta las enseñanzas de las operaciones precedentes —comenzó Iván Danílovich—, estimo, primero, que se deben asestar los golpes principales en dos direcciones: Liozno-Bogushevsk y Orsha-Borísov. Esto impedirá al enemigo maniobrar con sus fuerzas y medios en el sector Orsha-Vítebsk, como logró hacerlo cuando rechazó las operaciones ofensivas del Frente Oeste. Al grupo móvil —el ejército de tanques de Rótmistrov— hay que prepararlo para actuar en cualquiera de estas dos direcciones, al objeto de introducirlo en la ruptura allí donde se atisbe el éxito. Segundo, conviene tener los cuatro ejércitos interarmas en el primer escalón. Este despliegue está motivado porque el enemigo ha dispuesto el grueso de sus efectivos a todo lo largo de la posición principal de defensa en una profundidad de seis a ocho kilómetros, dejando sólo reservas insignificantes en la zona de operaciones. El enemigo considera que sus posiciones fortificadas son inexpugnables. El 39.º y el 5.º Ejércitos tendrán que romper el Baluarte del Este en dirección Liozno-Bogushevsk-Senno, mientras que el 11.º Ejército de la Guardia y el 31.º Ejército asestarán el golpe a lo largo de la autopista de Borísov.

—En tercer lugar —continuó Cherniakovski—, la particularidad de esta operación reside en la concentración sumamente elevada de fuerzas blindadas en las direcciones principales. Incluso el 39.º Ejército, que tiene por misión cercar al enemigo en Vitebsk, cooperando con parte de sus fuerzas con las tropas del 1.er Frente del Báltico, no recibe ni un solo cuerpo de tanques o mecanizado para crear su propio grupo móvil...

Fueron muchos a los que dejó atónitos la memoria excelente de Cherniakovski. Sin mirar al mapa, citó decenas de puntos poblados, enumeró unidades medianas y grandes, comparó datos numéricos sin recurrir a ningún apunte. Sus decisiones se basaban en el profundo conocimiento del arte operativo y de la ciencia militar, en el estudio minucioso de la situación. La idea de maniobra de la operación Vítebsk-Orsha se distinguía por su originalidad y audacia y se apoyaba en la experiencia de las operaciones precedentes. También fueron tenidos en cuenta los errores cometidos con anterioridad. Así, por ejemplo, los ejércitos blindados se empleaban con frecuencia para culminar la ruptura de la zona táctica de la defensa del enemigo, lo que traía por consecuencia que no se alcanzasen altos ritmos de ofensiva en la profundidad operativa. La introducción del 5.º Ejército de Tanques de la Guardia, no sólo después de que se rompiese la zona táctica, sino también la posición defensiva del ejército enemigo, le mantenía en toda su potencia para actuar exitosamente en lo más profundo de las defensas de todo el Grupo de Ejércitos Centro.

Así pues, en lugar de un ejército interarma, como era costumbre, el segundo escalón del Frente sólo lo formaban tropas móviles. Todos los ejércitos interarmas se utilizaban para tomar la defensa enemiga y asegurar la entrada en acción del grupo móvil.

—¿He comprendido bien que el Frente asestará dos poderosos golpes simultáneos? —preguntó el general Glagólev.

—En la primera etapa de la operación, hasta la introducción del grupo móvil del Frente, la defensa del enemigo se romperá en dos sectores. En el eje en el que se logre éxito, se introducirá el ejército de tanques de Rótmistrov, y esta dirección se transformará en la única principal.

—Camarada comandante en jefe —dijo poniéndose en pie uno de los generales de las tropas blindadas—, en el tiempo que resta, los tanquistas no podrán abrir itinerarios y equipar las posiciones de partida en el eje Liozno-Bogushevsk.

—Les ayudaremos —prometió Cherniakovski.

—Tampoco está del todo claro cómo se propone el enemigo emplear sus reservas operativas en la dirección de Bogushevsk...

—Para saber esto, hace falta muy poco: coger prisionero al jefe del Grupo de Ejércitos Centro —bromeó Iván Danílovich—. Nadie, excepto Von Busch, puede contestar a esta pregunta. De modo que, ¿aplazamos la ofensiva hasta que hagamos prisionero al mariscal? Si no hay otras objeciones comenzaremos la ofensiva en el momento oportuno. En lo que a las reservas operativas de los alemanes se refiere, sabemos donde están situadas. Sobre la dirección en que se moverán, nos informará en el acto la exploración aérea.

Cherniakovski clavó la mirada en el general de las fuerzas acorazadas.

—De ningún modo espere que todo se lo van a servir en bandeja. Ustedes mismos deben prever y adivinar las intenciones del enemigo. En cuanto a la idea de maniobra, ésta ha sido ya aprobada por el Gran Cuartel General y, por consiguiente, así se realizará. Sólo estamos analizando los procedimientos para llevarla a cabo. De este modo, el mariscal Rótmistrov debe tener previsto el segundo eje de avance: el de Liozno-Bogushevsk. Los cometidos de los tanques hay que explicarlos a cada carrista.

De acuerdo con la decisión del comandante en jefe, el Estado Mayor del Frente elaboró el plan de la operación prevista y coordinó las acciones de los ejércitos y de las grandes unidades móviles. Se dictaron decenas de órdenes y disposiciones pensadas a fondo, que se hicieron llegar hasta las tropas a través de los estados mayores de todos los niveles. Cherniakovski recordaba siempre que la decisión más genial de un jefe es irrealizable sin el trabajo titánico de los estados mayores.

El 4 de junio llegó al Estado Mayor del Frente el mariscal A. Vasilievski, jefe del Estado Mayor General y representante del

Gran Cuartel General. Cherniakovski le informó del trabajo realizado y la tarde del mismo día dio a conocer a Vasilievski y a sus acompañantes, el coronel general de Artillería M. Chistiakov y el coronel general de Aviación F. Falaléiev, el plan definitivamente terminado. Al día siguiente, escucharon en el Consejo Militar las decisiones de los jefes de los ejércitos. Su aprobación definitiva debía hacerse sobre el terreno, directamente en los sectores de ruptura.

—¿Qué le ha parecido el comandante en jefe? —preguntó Vasilievski a Chistiakov, después de la reunión.

—Le diré que Cherniakovski ha aprobado con nota su primer examen. La verdad es que no estamos acostumbrados a un trato tan delicado en la guerra...

—Asistían al Consejo Militar los generales Krylov, Liúdnikov, Glagólev, Rodin, Pokrovski... Hombres no solamente conocidos entre las tropas, sino también reputados entre el enemigo. Para tratar con ellos se precisa un tacto especial...

—El prestigio de Cherniakovski crece como la espuma —asintió Chistiakov.

—El verdadero prestigio sólo se afianza porque el jefe militar sabe escuchar pacientemente las propuestas de los subordinados y sigue los consejos razonables.

La mañana del 6 de junio, Cherniakovski y Vasilievski inspeccionaron el sector de ruptura del 5.º Ejército del general Krylov. Examinaron con todo detalle la idea de maniobra del jefe del ejército y las decisiones de los jefes de las diferentes armas. Dedicaron atención especial a la coordinación entre la infantería, los tanques, la artillería y la aviación. Abandonaron el ejército convencidos de que se encontraba en manos firmes y hábiles. Luego, fueron a ver a Gálitski. En este ejército, los trabajos de preparación, en particular para el empleo de la artillería, estaban un poco más atrasados en comparación con lo hecho ya por el vecino. Esto lo motivaba la reagrupación efectuada: el 11.º Ejército de la Guardia había sido transferido al 3.er Frente de Bielorrusia desde el 1.er Frente del Báltico. Una vez conocidas las decisiones del jefe del ejército y de los jefes de los cuerpos, Cherniakovski y Vasilievski

plantearon algunos cambios con distintas variantes en la respuesta del enemigo en la profundidad de la defensa, hicieron sus enmiendas y dieron las indicaciones de rigor.

Regresaron al Cuartel General del Frente a las 01.00 horas. Vasilievski informó a renglón seguido por teléfono directo a Stalin de lo realizado en el día y de sus impresiones sobre Cherniakovski: «Trabaja mucho, con habilidad y seguro». Luego expresó su inquietud ante la falta de cumplimiento de las previsiones tanto de tropas, como de material de guerra, municiones y combustible.

A las veinticuatro horas el jefe de los servicios de retaguardia del Frente constató los resultados de estas conversaciones. Comenzaron a llegar trenes uno tras otro. Y con todo y con eso, no se logró terminar la preparación en los plazos establecidos. A propuesta del representante del Gran Cuartel General, el comienzo de la operación se trasladó al 23 de junio.

El 17 de junio Vasilievski fue llamado con urgencia a Moscú y al día siguiente, en la reunión con asistencia del Jefe Supremo, se coordinó de nuevo la incorporación al combate del ejército de tanques de Rótmistrov en el eje Orsha-Borísov, la ruta más corta y la más favorable para la maniobra a tenor de las condiciones del terreno.

Antes de que Vasilievski saliese de Moscú, el mariscal Zhúkov pidió al Jefe Supremo que se decidiera definitivamente la cuestión de aplazar la fecha de la ofensiva de las tropas del 1.er Frente de Bielorrusia hasta el 24 de junio, esto es, para un día después. Stalin pidió a Vasilievski que diera su opinión, pero conociendo previamente el parecer de los jefes de los Frentes.

Vasilievski llamó por teléfono directo a Cherniakovski.

—¿Qué le parece el que Zhúkov pida empezar la ofensiva del 1.er Frente de Bielorrusia un día después que usted?

—¿De qué consideraciones parte al hacerlo?

—Primero, porque esto permitirá utilizar sucesivamente la aviación. Segundo, porque impedirá que el enemigo adivine la idea general de maniobra: el cerco de su agrupación principal. —El mariscal sopesaba sus palabras, advirtiéndose en su voz que sonreía—. Y que este aplazamiento nos brindará a usted y a nosotros una determinada ventaja...

—¿Cuál, si no es un secreto?

—Con esta variante tendremos un día más que Rokossovski para liberar Minsk, la capital de Bielorrusia.

Cherniakovski reflexionó.

—Está bien, los argumentos son de peso. Especialmente el último. ¿Usted dio ya su conformidad?

—Tendremos que acceder, Iván Danílovich. Es probable que así sea mejor. ¿Cómo van los preparativos para la ofensiva? —cambió la conversación.

—A toda máquina, los ferroviarios mejoran su trabajo.

El 20 de junio Vasilievski regresó al Cuartel General del 3.er Frente de Bielorrusia y, junto con Cherniakovski, examinó los problemas del aseguramiento desde el aire de la operación prevista.

La reagrupación de fuerzas concluyó en la segunda quincena de junio, quedando éstas concentradas en las posiciones de partida para la ofensiva. En la noche al 22 de junio, Cherniakovski, Makárov, Rodin, Baránov e Igolkin, encabezando el grupo de Operaciones del Estado Mayor del Frente, se trasladaron al puesto de mando y observación avanzado en la cota 108,5 al norte de la carretera de Minsk, a unos tres kilómetros de las primeras líneas. El Estado Mayor del Frente, con su jefe el general Pokrovski, continuó dirigiendo a las tropas desde el puesto de mando, enclavado en el bosque al sur de Gúsino.

La cota, donde se encontraba el puesto de mando avanzado, no se distinguía en nada de las demás alturas, dispersas en gran número por aquel terreno. Sin embargo, se construyeron tantos abrigos, que al que desconociera el esquema de su disposición, le sería fácil perderse. En el centro de aquella pequeña ciudad subterránea se encontraba el refugio del comandante en jefe y del miembro del Consejo Militar y, al lado, el del mariscal de la Unión Soviética, A. Vasilievski, representante del Gran Cuartel General. A derecha y a izquierda estaban los refugios de los comandantes de las diferentes armas. Todos los abrigos se enlazaban entre sí por zanjas de comunicación y estaban cuidadosamente enmascarados. Por orden del coronel general Jriukin, comandante del Ejército Aéreo, el cielo sobre esta cota era patrullado constantemente

por cazas. Antes de que el jefe del Frente pasara al puesto de mando y observación, su enclave fue fotografiado tres veces desde el aire para comprobar la perfección de su enmascaramiento.

La víspera de la operación, Cherniakovski habló por teléfono con los jefes de los ejércitos, persuadiéndose que las tropas estaban listas para emprender la ofensiva. Por centésima vez, inclinándose sobre el mapa, repasó todas las posibles variantes de contragolpe del enemigo. A pesar de lo avanzado de la noche, llamó al mayor general Igolkin, jefe de la Dirección de Operaciones.

—Mantenga enlace constante con los Frentes vecinos. Es muy importante conocer cómo reacciona el enemigo cuando se ataquen sus sectores.

Ahora se precisaba descansar bien. Sin embargo, Iván Danílovich se encaminó una vez más al refugio situado en la vertiente occidental de la cota, donde un oficial de guardia observaba ininterrumpidamente por el anteojo goniométrico. Sólo las luces de las bengalas rasgaban de vez en cuando la oscuridad. El enemigo no mostraba actividad...

El 22 de junio, tras la preparación artillera y de la aviación, los tanques y la infantería del 3.er Frente de Bielorrusia pasaron al ataque en varios sectores. Al otro lado de las líneas enemigas, en el Cuartel General del comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro, llamaban todos los teléfonos. Despertaron a Busch. Escuchó lo que decían, y farfulló: «De nuevo los guerrilleros», y dejó el aparato.

En los últimos tres días los guerrilleros bielorrusos habían destruido muchas vías férreas, poniendo en práctica la llamada «guerra de los raíles». Las tropas del Grupo de Ejércitos Centro no pudieron suministrarse regularmente de armas, municiones y combustible. El mariscal Von Busch tuvo que destacar de su reserva una división tras otra para proteger las vías de comunicación.

De nuevo sonó el teléfono.

—Señor mariscal, habla el jefe del 4.º Ejército.

—¡Informe!

—Los rusos han atacado con grandes efectivos nuestras posiciones en dirección a Orsha.

—¡Concrete! ¿Cuántos enemigos tiene usted enfrente?

—Lo pondré en claro y le informaré, señor mariscal...

No tardó en informar a Busch:

—Señor mariscal, atacan casi dos cuerpos y cuatro brigadas de tanques.

—En una brigada puede haber entre diez y cincuenta carros —repuso irritado Busch—. Necesito saber cuántos tanques enemigos llevan a cabo la ofensiva sobre Orsha.

—Cerca de un centenar.

No disponiendo de datos exactos y subestimando las fuerzas de los rusos, el general cometió un error irremediable. El jefe del 3.er Ejército Panzer informó que en la dirección de Vítebsk había rechazado exitosamente el ataque de los rusos...

El mariscal Von Busch siguió considerando la dirección Orsha-Minsk como la principal. Excluyó la posibilidad de ofensiva de los rusos en la dirección de Bogushevsk, terreno cubierto de tremedales y de infinidad de lagos, concentrando su atención fundamental sobre la carretera de Minsk. Siguió esta orden al jefe del 4.º Ejército:

—Para restablecer la situación inicial conduzca al combate las reservas divisionarias. Pare el avance de los rusos sobre Orsha. Hoy es 22 de junio y no está excluido que en este día memorable para ellos, los rusos hayan decidido darnos una seria sorpresa...

Aún no podía suponer que el jefe del 3.er Frente de Bielorrusia le había engañado, haciendo pasar la exploración por el comienzo de la ofensiva general: sólo atacaban un batallón de cada división del primer escalón, apoyados poderosamente por la artillería y la aviación. Cierto es que la finalidad de estas acciones no se limitaba a localizar el sistema defensivo y a desorientar al enemigo. En caso de éxito, las tropas del Frente estaban preparadas para explotar la ofensiva de los batallones de vanguardia.

Faltaban menos de 24 horas para que empezaran los acontecimientos decisivos. Daba a su fin la aproximación de las unidades a las posiciones de partida. Mientras tanto, nuestra aviación castigaba duramente a las reservas y a los aeródromos enemigos en las regiones de Orsha, Borísov y Minsk.

Uno tras otro regresaban de las grandes unidades los representantes del Estado Mayor del Frente con los partes sobre los resultados del combate de los batallones de vanguardia. En los estados mayores se concordaban los últimos detalles de la operación que empezaba, los plazos y los procedimientos de dirección.

Exteriormente, Cherniakovski estaba sereno, pero, se sobrentiende que estaba preocupado. Por primera vez tenía que dirigir las tropas de un Frente en una operación ofensiva de tan gran envergadura. ¿Habría previsto todo? ¿No desistiría Busch de la defensa «rígida», tradicional para él, y pondría en juego cualquier recurso nuevo?

—No importa, que renuncie a su «rigidez» —dijo el general Makárov, cuando el comandante en jefe le confesó sus temores. Más me intranquiliza que simplemente no le podamos desalojar de Vítebsk y de Orsha:

—Pues creo, Vasili Emeliánovich, que si también Busch se aferra ahora obstinadamente a las plazas fuertes, esto nos ayudará mucho.

—¿Usted lo cree?

—Sí. El enemigo será cercado y sus dos ejércitos no podrán llevar a cabo una defensa en profundidad.

Ardía la tierra bajo los pies de los alemanes. El ejército de trescientos mil guerrilleros bielorrusos, cooperando con las tropas del Frente, arreciaba día tras día sus golpes sobre el enemigo. Ya mucho antes del comienzo de la Operación Bagratión, los combatientes bielorrusos del Ejército de Operaciones dirigieron este llamamiento a sus paisanos:

«A ti, pueblo nuestro, pueblo de adalides, se dirigen tus hijos —escribieron los combatientes—. A todas horas del día llevamos en el corazón la imagen de nuestra querida Patria. Cada suspiro nuestro, cada pensamiento nuestro están con vosotros, queridos, con vosotros, entrañables... En nuestros corazones arde un odio inmortal hacia el enemigo... Este odio nos guía en los temibles ataques, nos exhorta a golpear al adversario, a golpearle con dureza, sin piedad, a muerte...

Hasta nosotros llegan los gemidos de nuestra querida tierra,

vemos sus torturas, vemos el resplandor de los incendios en sus extensiones devastadas... Mas no os domeñó el cautiverio fascista. No hincasteis la rodilla ante los ocupantes. Bielorrusia fue tomada, pero no sometido su pueblo, no ha sido quebrantada vuestra voluntad de lucha y de victoria... Os escuchamos a diario, hermanos nuestros, guerrilleros bielorrusos. Estamos orgullosos de los primeros héroes de la lucha guerrillera, los Bumázhkov y los Pavlóvski...

Hombro a hombro con nuestros hermanos rusos y ucranianos, junto con los combatientes de todos los pueblos de la Unión Soviética llevamos la liberación a la tierra querida, devolveremos la libertad y la alegría a nuestro martirizado pueblo bielorruso...»

Muchos días antes de la ofensiva hizo un tiempo seco y caluroso, pero en la noche al 23 de junio cayó una fuerte lluvia. Todos la recibieron bien, excepto los zapadores y los telefonistas: a los primeros, les preocupaba que se reblandecieran los caminos de tierra, a los segundos, que la humedad deteriorase la audición de las conversaciones telefónicas.

Los caminos no tuvieron tiempo de embarrarse, pero el enlace telefónico empeoró realmente.

En el frente sucedía con bastante frecuencia que fallara la comunicación telefónica en el momento en que era más precisa. Al amanecer, Cherniakovski ordenó a Komarov que le pusiera al habla con el jefe de una de las divisiones, respondiéndole desde la centralita que no había enlace con él.

Komarov dio cuenta del hecho a Iván Danílovich y éste se puso al aparato:

—¿Cómo es que no hay comunicación?

—Muy sencillo —la telefonista pensó que seguía hablando con Komarov—. ¿De qué se extraña? El cable es fino y donde es fino allí se rompe.

—Habla con usted el comandante en jefe.

—¿Camarada general? —preguntó desconcertada la telefonista.

—Precisamente, donde es fino, allí se rompe... Cherniakovski impartió en el acto órdenes rigurosísimas. Desistió de las conver-

saciones por radio: hasta el comienzo de la ofensiva las radios no debían funcionar. La orden del radioenmascaramiento se observó al pie de la letra. Incluso con demasiada rigurosidad. Posteriormente, un suboficial alemán, hecho prisionero cerca de Vítebsk, declaró: «Estábamos habituados al acostumbrado régimen de trabajo de vuestras radioemisoras. Y, de pronto, dejamos de oírlas...»

El general Búrov, jefe de Transmisiones, tuvo que reorganizar éstas: una parte de los medios nuevos, destinados para el enlace en la profundidad operativa, los utilizó en las posiciones de partida. La noche antes de la ofensiva cambiaron todos los hilos viejos entre las divisiones por otros nuevos. A las 05.00 horas Búrov informó a Cherniakovski: «La comunicación telefónica hasta nivel de división funciona sin interrupción».

XII

SE GOLPEA AL CENTRO

Llegó la mañana del 23 de junio. Ascendió al firmamento una bengala roja. La tierra se estremeció bajo el estruendo de centenares de baterías. Las posiciones del enemigo (en un frente de unos treinta kilómetros y en una profundidad de hasta siete kilómetros) las ocultó por completo el humo de las explosiones. Considerando que el combate de los batallones de vanguardia, realizado la víspera, era nuestra ofensiva, saldada con fracaso, el enemigo concentró efectivos considerables en su primera línea defensiva, quedando sometidos al fuego de nuestra artillería.

El cañoneo, el rugido de los motores de la aviación, las explosiones de las bombas... Cherniakovski percibía intensamente qué colosales fuerzas se habían puesto en movimiento obedeciendo a su orden. En aquellos minutos, recordando los duros combates defensivos anteriores, no podía permanecer tranquilo: bien se sentaba a la mesa con el mapa de operaciones desplegado, bien se paseaba por el refugio.

Terminaba la primera hora de la ofensiva artillera. ¿Hasta qué punto habría neutralizado la defensa del enemigo? ¡Cuán necesarias le eran ahora a Cherniakovski las opiniones de los jefes de los ejércitos que observaban al enemigo en sus sectores de ruptura! Pero por el momento no molestó a ninguna de ellos, comprendiendo que estaban muy ocupados. Los subordinados, que en más de una ocasión habían probado en su persona el nerviosismo exce-

sivo de los jefes superiores valoraban la serenidad de Cherniakovski: el nerviosismo que se transmitía de arriba abajo perjudicaba a menudo el trabajo.

En la primera hora de la preparación artillera, Cherniakovski fue recibiendo de los estados mayores datos que eran suficientes para apreciar la situación y dar las disposiciones correspondientes. Ordenó al jefe del Ejército Aéreo que intensificase las acciones a lo largo de la carretera de Minsk y que enviase a una parte de la aviación de ataque al suelo y de bombardeo a neutralizar a la artillería enemiga en los nuevos emplazamientos localizados. Por último, exigió que los jefes de los ejércitos informaran de los resultados de la ofensiva artillera. Se puso en claro que en los sectores de los ejércitos de Glagólev y de Gálitski la preparación artillera y de la aviación resultó ser menos eficaz que en los sectores de Krylov y de Liúdnikov.

Sin apartarse del anteojo goniométrico, ordenó:

—¡Los jefes de ejército Glagólev y Gálitski, deben sustituir las piezas inutilizadas por tanques en apoyo directo a la infantería!

La intensidad de la batalla se incrementaba. Las andanadas de miles de piezas de artillería se fundían en un solo tronar. Oleada tras oleada nuestros aviones se lanzaban sobre las posiciones enemigas. A las escuadrillas que habían arrojado sus bombas las sucedían en el acto otras.

Los acontecimientos en el sector del 39.º Ejército se desarrollaron de forma un tanto atípica. La preparación artillera debía proseguir allí una hora más. Observando al enemigo, el comandante Fiódorov, jefe del 1.er Batallón del 61.º Regimiento de Infantería de la Guardia, decidió que, no soportando el fuego de la artillería, los alemanes habían abandonado la primera trinchera. Había que decidirse sin perder un minuto: ¿Aguardar a que terminase la preparación artillera o atacar al enemigo? Si esperaban, los alemanes tendrían tiempo de hacerse fuertes en la segunda línea de trincheras y la iniciativa se perdería. Fiódorov no dudaba de que el mando entendería justamente su decisión y de que trasladaría oportunamente el fuego en profundidad. Si los vecinos seguían el ejemplo de su batallón, la defensa del enemigo sería rota,

economizándose así gran cantidad de proyectiles para la posterior ofensiva.

El comandante apretó el gatillo de la pistola de señales. La bengala se elevó, indicando el camino hacia el oeste. Lo soldados se lanzaron adelante. En unos instantes dejaron atrás la primera trinchera, irrumpieron en la segunda. Entraron en juego las bombas de mano, entablándose en las trincheras un combate cuerpo a cuerpo. Acrecía el potente «hurra», atronaba por la derecha y por la izquierda: tras el batallón de Fiódorov se alzaron al ataque los vecinos. El enlace transmitía febrilmente: «Cesen el fuego de la artillería en las coordenadas...»

Los oficiales del estado mayor no comprendieron en el acto lo que había pasado. El jefe del Estado Mayor de la Artillería del Frente se apresuró a informar:

—Camarada comandante en jefe, la infantería se ha levantado sin aguardar a que la artillería desplazase la cortina. ¡Las tropas del general Liúdnikov han confundido la hora del ataque!

Y aunque la noticia fue inesperada para Cherniakovski, ordenó impasible:

—Transmita a los jefes de los grupos artilleros: en la franja del 39.º Ejército, así como en los intersticios con éste, trasladar el fuego de artillería en profundidad.

La artillería trasladó a tiempo su fuego. El batallón de Fiódorov progresaba exitosamente, seguido de los otros. Como resultado del éxito, que iba tomando cuerpo en la dirección del golpe principal, el general Liúdnikov envió a la batalla antes del plazo previsto al grueso de sus fuerzas. Con un salto impetuoso dejaron atrás la primera y segunda trincheras enemigas en un frente ancho. Infantes, artilleros y tanquistas actuaban precisa y coordinadamente.

El batallón del comandante Fiódorov seguía en cabeza. En sus avanzadillas combatían los comunistas y los komsomoles. Conocieron todas las tropas del Frente el nombre del teniente Druzhinin, organizador del Komsomol en el batallón que, adelantándose con un grupo de soldados, impidió que el enemigo en retirada volara el puente sobre el río Luchesa. Bajo el fuego del enemigo,



fue el primero en irrumpir en el puente y cortar los cables que conectaban los explosivos. El batallón forzó el río sobre la marcha.

A las 13.00 horas del primer día de ofensiva, las divisiones de Liúdnikov cortaron el ferrocarril Vitebsk-Orsha en las proximidades de la estación de Zamostochie. Los alemanes intentaron resistirse, concentrando en los alrededores de la estación al 280.º Regimiento de Infantería, reserva del cuerpo. Especialmente le fue duro a la compañía del capitán Kondrátiev. En este sector, el enemigo triplicaba en número a nuestras fuerzas. Los combatientes contenían a duras penas los contraataques de los alemanes. Se aproximaba el momento crítico. En aquel instante, el telefonista entregó una nota al enlace: «El adjunto político del regimiento llama al teléfono al instructor del Partido de la compañía». Las búsquedas duraron contados minutos y no tardó el teniente Ivanov en coger el teléfono.

—Transmita a todos: os contraatacan nazis fanáticos, los mismos que ejecutaron a la guerrillera Zoya Kosmodemiánskaya.

—¡Camarada teniente coronel, nos tomaremos cumplida venganza!

Se cortó la conversación y este grito de guerra recorrió la avanzadilla:

—¡Venguémonos de los hitlerianos por nuestra Zoya!

Los combatientes se abalanzaron como fieras sobre el enemigo, le desalojaron de sus posiciones y le hicieron correr. La estación de Zamostochie, importante centro de resistencia del enemigo, fue liberada.

La 197.ª División de Infantería alemana, que se defendía en esta dirección, retrocedía bajo los golpes de los soviéticos, abandonando el material de guerra y desbandándose por los bosques.

También en el sector del 5.º Ejército los acontecimientos tuvieron un desarrollo feliz. Ya la víspera, cuando los batallones de vanguardia entablaron combate, sus hombres atacaron impetuosamente al enemigo. Después de un encarnizado choque, uno de los batallones de la división del general N. Láskin se apoderó de una cota dominante, en la que el enemigo tenía emplazadas ametralladoras de grueso calibre. Los batallones forzaron sobre la marcha el

riachuelo Sujodrovka y se hicieron fuertes en la margen opuesta. El enemigo se recobró y comenzó un combate duro y sangriento. Los alemanes atacaban por tres lados a los valientes, con fuerzas tres veces superiores a las nuestras. En este combate desigual la artillería divisionaria y del cuerpo apoyaba a los intrépidos infantes. Pero a pesar de sus enormes bajas, los alemanes seguían contraatacando. Ya no había seguridad de que podrían seguir manteniendo la reducida cabeza de puente. Sin embargo, el fuego de la artillería jugó su papel. Al final de la jornada los ataques enemigos comenzaron a ser más débiles, hasta que, por último, cesaron por completo. Llegó la noche. Protegido por la oscuridad pasó al otro lado del río un regimiento con medios de refuerzo.

El general Krylov, jefe del 5° Ejército, analizando de forma acertada este combate, pensó en cómo aprovechar mejor sus resultados. Y tomó una decisión acertada: el primer día de ofensiva la preparación artillera comenzó, a diferencia de otros ejércitos, no dos horas antes del ataque, sino bastante después, contando a priori para ello con el consentimiento del comandante en jefe del Frente.

El área de ofensiva de los ejércitos de Gálitski y de Glagólev se batió con fuego concentrado durante ochenta y cinco minutos, mientras que en el sector del ejército de Krylov sólo tenía lugar un cañoneo intermitente. Se daba la impresión de que se llevaban a cabo acciones de distracción, como las que se realizan habitualmente en los sectores secundarios. El jefe del VI Cuerpo de Infantería alemán informó al Estado Mayor del 3.er Ejército Panzer que en su sector reinaba una calma relativa. El jefe del ejército reaccionó instantáneamente ante esta noticia: mientras continuaba la preparación artillera retiró las reservas del sector del VI Cuerpo de Infantería.

Sólo treinta y cinco minutos antes del comienzo del ataque, el general Krylov ordenó abrir un fuego devastador contra el enemigo. El acorde final de la preparación artillera y aérea fue una poderosa avalancha de fuego sobre las trincheras avanzadas de los alemanes. Apenas habían callado las piezas, cuando un atronador «hurra» estremeció el aire. Pegadas a la barrera de fuego móvil,

las unidades de infantería, en colaboración con los tanques y la aviación, atacaron impetuosamente al enemigo. Al mediodía de la primera jornada de la ofensiva, las tropas del 5.º Ejército habían tomado seis líneas de trincheras, llegaron por la tarde al río Luchesa, rompiendo las defensas del VI Cuerpo de Infantería alemán en una profundidad de doce kilómetros.

Esto no fue una sorpresa para Cherniakovski. Precisamente en la zona de ofensiva del 5.º Ejército era donde él esperaba lograr el éxito mayor. No sólo porque en este sector el enemigo no esperase acciones ofensivas, sino también porque mandaba las tropas el general Krylov, héroe de la defensa de Sebastopol y posteriormente jefe de Estado Mayor del legendario 62.º Ejército en Stalingrado. Cherniakovski no sólo apreciaba a Krylov por sus conocimientos y experiencia, sino asimismo por su iniciativa, compaginada con una férrea serenidad. Iván Danílovich sentía un respeto especial por las personas valerosas, seguras de sus fuerzas y que perseguían con tenacidad el objetivo propuesto.

—Me alegran mucho sus éxitos, Nikolái Ivánovich —felicitó de todo corazón al jefe del ejército—. No me equivoco si digo que el ejército a usted confiado mañana liberará Bogushevsk. Hoy es una población poco conocida, ¡pero mañana entrará en la historia!

—Justificaremos su confianza, camarada comandante en jefe —respondió modestamente Krylov.

Por la experiencia de los cruentos combates librados en Sebastopol y Stalingrado, Krylov sabía que en la guerra hay que actuar con energía y tenacidad, sin dar tregua al enemigo. En el transcurso de la noche, el mando y el estado mayor del ejército realizaron un gran trabajo preparatorio que tenía por finalidad la explotación del éxito. Más de un millar de piezas y de morteros cambiaron sus posiciones, se aproximaron al Luchesa y cuando amaneció lanzaron sus proyectiles sobre las unidades de vanguardia del VI Cuerpo de Infantería alemán. Simultáneamente, la aviación de bombardeo y de ataque rasante del Frente asestó un golpe demoledor sobre sus reservas y retaguardias. Al final del primer día de ofensiva, el ejército tenía aún en reserva todo un cuerpo de

infantería, lo que le facilitaba convertir el éxito táctico en operativo.

La mañana del 24 de junio, las grandes unidades de Krylov, apoyadas por el potente fuego de la artillería y de la aviación y cooperando con los tanques, reanudaron el ataque contra el enemigo. El propio Krylov se encontraba primera línea, siguiendo atentamente las incidencias de la batalla.

No tardó el enemigo en enviar al combate a la 95.ª División de Infantería de refuerzo, pero, a pesar de esto, para las 13.00 horas su resistencia había sido quebrantada.

Cuando llegó el mediodía, la 15.ª y la 144.ª Divisiones de Infantería del mayor general A. Kazarián y del coronel A. Donetz, respectivamente, se habían acercado a Bogushevsk. Y aquí tuvo lugar un contratiempo. La situación exigía enviar la reserva a la batalla. Pero hasta el final de la jornada, semejante necesidad podía surgir en más de una ocasión. Krylov se dirigió a Cherniakovski:

—Solicito que la aviación ataque el bosque al este de Bogushevsk.

—Oriento hacia su sector a los aparatos de ataque rasante. Realizarán sesenta salidas. No aminore el ritmo de la ofensiva. Desborde al enemigo por los flancos —respondió el comandante en jefe.

Maniobrando con destreza y cooperando con la aviación del Frente, las tropas del 5.º Ejército siguieron incrementando el ritmo de ofensiva. Bogushevsk representaba un poderoso centro de resistencia, donde cada casa vomitaba fuego y los accesos a los puntos de apoyo estaban protegidos por alambradas y campos de minas, amén de tres líneas de trincheras. En las afueras de la ciudad se entablaron reñidos combates. Bogushevsk era una posición clave, con cuya pérdida se vendría abajo todo el sistema defensivo enemigo.

—Camarada general, le llama al aparato el comandante en jefe del Frente —informó a Krylov su ayudante.

—Exigirá tomar urgentemente Bogushevsk, mientras que nuestra artillería dista... —dijo enojado Krylov, acercándose al teléfono directo.

—Nikolái Ivánovich —se oyó en el audífono la voz serena de Cherniakovski—, nuestros guerrilleros nos han proporcionado datos. ¡Bogushevsk es un hueso duro de roer! Habrá que emplear las reservas y prepararse como es debido para tomarlo con el mínimo de bajas.

Krylov se tranquilizó. El comandante en jefe había comprendido su inquietud y apreciaba objetivamente la situación.

—Iván Danílovich, informo: a los jefes del LXXII y el LXV Cuerpos de Infantería se les han dado las indicaciones siguientes: Kazártzev reforzará la división de Kazarián con la 153.ª Brigada de Tanques y acercará la artillería del cuerpo. El jefe de cuerpo, Perekréstov, reforzará la división del coronel Donetz con la 2.ª Brigada de Tanques. En esta misma dirección concentrará la artillería del ejército. Pido que se me ayude con la aviación del Frente.

—Al enemigo de Bogushevsk le atacará la 3.ª División de la Guardia del mayor general Andréiev. Acompañarán a los tanques y a la infantería los aviones del III Cuerpo de Cazabombarderos. Los jefes de estas grandes unidades ya han salido para su puesto de mando y observación —comunicó Cherniakovski.

Cuando llegó la tarde, se habían terminado los trabajos preparatorios. Después de las potentes incursiones de la artillería y la aviación las divisiones de Kazarián y de Donetz, reforzadas con brigadas de tanques, se lanzaron al asalto de Bogushevsk. Se combatió durante toda la noche. Como resultado de un golpe simultáneo frontal y por los flancos, a las 03.00 horas la ciudad fue liberada del enemigo.

De modo distinto se desarrollaban las acciones en la ruta hacia Orsha. Desde la mañana del 23 de junio la agrupación de choque, integrada por el grueso de las fuerzas del 11.º Ejército de la Guardia y el 31.º Ejército, chocaron con una resistencia obstinada del enemigo, atrincherado en posiciones constituidas por fortificaciones permanentes escalonadas en profundidad. En un día de combate, las grandes unidades de Gálitski progresaron dos kilómetros y sólo hasta ocho kilómetros en el enlace con el 5.º Ejército. El ejército de Glagólev rechazó los contraataques de la 78.ª División y de la 25.ª División Motorizada enemigas, pudiendo

adentrarse en las defensas enemigas solamente hasta una profundidad de cerca de dos kilómetros.

El mariscal Vasilievski, representante del Gran Cuartel General, se dirigió al ejército de Gálitski para enterarse de la situación sobre el terreno. Cuando regresó al puesto de mando y observación del Frente, dijo a Cherniakovski:

—Hay que ayudar a Gálitski. A su izquierda, Rokossovski asestará mañana un golpe demoledor. Gálitski confía en el éxito. Considero que está suficientemente justificado lanzar a la batalla a los tanques de Rótmistrov en la zona de ataque del 11.º Ejército de la Guardia. Así se lo comunicaré al Mando Supremo.

—A Gálitski le prestaremos el máximo de ayuda. Desvío al sector de Orsha el grueso de la aviación de bombardeo y de asalto —decidió Cherniakovski—. Calculamos mañana por la mañana, Kuzmá Nikítovich habrá terminado la ruptura de la zona táctica.

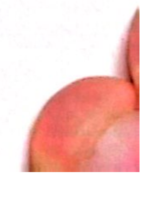
Vasilievski dispuso: «En la noche al 24 de junio el mariscal Rótmistrov adelantará sus cuerpos blindados hasta las posiciones de partida, aproximándolos al despliegue de las grandes unidades del 11.º Ejército de la Guardia. El comandante en jefe del Frente asegurará la protección de los carros desde el aire...»

Cuando llegó la noche, exactamente a la hora indicada, el alud acorazado del 5.º Ejército de la Guardia se puso en movimiento por la carretera de Minsk. Cuando empezaba a clarear el día, los tanques comenzaron a llegar a la zona de acctuación de las grandes unidades de infantería del ejército del general Gálitski.

El movimiento a vanguardia del ejército blindado alarmó al mando alemán, que empezó a reforzar en el acto el sector de Orsha.

Desde la mañana del 24 de junio, se entablaron reñidos combates en las inmediaciones de Orsha. En las primeras tres horas de la batalla las grandes unidades de Gálitski no lograron el resultado apetecido, pero mostrando valor y heroísmo los combatientes de la Guardia superaron los tremedales en dirección a la villa de Ostrov Yúriev, enzarzándose en duros combates en la posición defensiva de retaguardia, que protegía la carretera Vítebsk-Orsha.

A estas horas, el coronel Mernov, jefe de la Dirección para el 3er Frente de Bielorrusia, ya había dibujado en los mapas del Esta-



do Mayor General el movimiento a vanguardia del 5.º Ejército de Tanques de la Guardia a lo largo de la carretera de Minsk. Al Mando Supremo se le había informado ya varias veces de que se cumplía el horario de avance. Éste se interesaba por saber cómo se comportaba el enemigo y dónde se encontraban las tropas del general Gálitski.

Librando duros combates, el 11.º Ejército de la Guardia avanzaba con lentitud. El mando del Frente había coordinado todas las cuestiones relacionadas con el aseguramiento de la introducción en la ruptura del grupo móvil. La carretera de Minsk fue oportunamente despejada para los tanques. Dos cuerpos blindados esperaban la orden para lanzarse al combate.

Cherniakovski seguía analizando escrupulosamente las incidencias de la batalla, desplegada en un frente de ciento cuarenta kilómetros. Aunque el plan de la operación se elaboró con la participación del Estado Mayor General y del Gran Cuartel General, la responsabilidad sobre su cumplimiento recaía en el jefe del Frente. A su debido tiempo, Iván Danílovich llegó a la conclusión que el enemigo seguía estimando como secundaria para nuestras tropas la dirección de Bogushevsk, convenciéndose asimismo de que para la mañana del 25 de junio el ejército de Gálitski no podría terminar la ruptura de la línea defensiva enemiga. Por consiguiente, no convenía enviar en esta dirección los tanques de Rótmistrov, designados para operar en profundidad, porque chocarían con la artillería contracarro y los tanques del enemigo, apostados en posiciones previamente preparadas, en zanjas para tanques bien camufladas. Inevitablemente se producirían pérdidas considerables.

Mientras que en el ala izquierda del Frente las tropas de Glagólev y de Gálitski no podían avanzar, en el sector del ejército del general Krylov había ya indicios de éxito en el sector de Bogushevsk. A partir de la mañana del segundo día de la ofensiva entró en la brecha en este sector el grupo de caballería y mecanizado del teniente general Oslikovski. Los tanques del III Cuerpo Mecanizado de la Guardia, que integraban este grupo, atravesaron felizmente el terreno pantanoso y cubierto de bosque. En aquella situación, lo más conveniente era introducir en la ruptura de

Bogushevsk al ejército blindado. Si durante la noche podía trasladarse a dicho sector, se podría garantizar una sorpresa decisiva.

Al mismo tiempo, en la directiva del Gran Cuartel General se reservaba el papel principal al eje de avance sobre Orsha. Allí, en el sector de ataque del ejército de Gálitski se habían previsto de antemano hasta los detalles más ínfimos: la protección de los tanques por el fuego de la artillería y su paso a través de los campos de minas. Cuatrocientos tanques y una importante masa de material que les acompañaba tenían que pasar entre la masa de las unidades propias de fusileros y de artillería. Pero en la zona de ofensiva del ejército de Krylov todos estos problemas había que solucionarlos bajo nuevas formas, en el curso de los combates.

Cherniakovski no había pasado por una tensión igual ni durante los intensos combates en el Dviná Occidental (Dáugava), cuando en su división de tanques sólo quedaban siete tanques...

Ahora, por supuesto, la situación era otra. De compararla con el pasado, se parecería más a cuando, mandando el 60.° Ejército, llevaba la ofensiva en una de las direcciones del Frente Central.

Pero a la sazón contaba con el asentimiento del jefe del Frente, y esto le bastaba. En la grandiosa operación de Bielorrusia, en cambio, participaban cuatro frentes y para explotar el éxito operativo se destinaban dos ejércitos blindados. El Estado Mayor General y el propio Jefe Supremo velaban atentos por su utilización, por lo que se necesitaba gran audacia para tomar una decisión que era contradictoria al plan aprobado con anterioridad.

Sabiendo que en la dirección de Bogushevsk el terreno era pantanoso y cubierto de bosques, el Estado Mayor General estimaba que faltarían caminos para tal cantidad de tanques. En dirección al frente, se movía por los angostos caminos una masa de camiones de los servicios de retaguardia del ejército de Krylov, del grupo de caballería y mecanizado... Todo este colosal alud de fuerzas podía crear prolongados atascos. Sobre el comandante en jefe recaía una enorme responsabilidad.

Y, a pesar de todo, Cherniakovski estaba seguro de que su atrevida maniobra con las fuerzas del 5.° Ejército de Tanques tendría éxito. Imaginariamente ya veía como los tanques de Rótmis-

trov, superando los tremedales, irrumpían impetuosamente en la autopista Borísov-Minsk...

Antes de dar a conocer su opinión a Vasilievski, Iván Danílovich pidió consejo a Makárov. El miembro del Consejo Militar estuvo totalmente de acuerdo con él. Unas horas atrás la directiva del Gran Cuartel General hubiera parecido inmutable. Pero a las 20.00 horas del 24 de junio, cuando el Ejército de Tanques de la Reserva del Mando Supremo había pasado a subordinarse al 3.er Frente de Bielorrusia, Cherniakovski hizo cambios decisivos en el anterior plan de la operación. En el acto ordenó que se presentaran los jefes de las tropas blindadas, de la artillería y de la aviación, el comandante de Ingenieros y los jefes de la Dirección de Operaciones y de la Sección de Información.

—En lo fundamental, las tropas del Frente tienen éxito en la ofensiva. Pero en el ala izquierda los ejércitos de Gálitski y de Glagólev no se mueven del sitio. En algo nos hemos equivocado, especialmente, con el lanzamiento a la batalla del 5.º Ejército de Tanques de la Guardia. La situación exige que reagrupemos inmediatamente las fuerzas. ¿Quién tiene algo más que decir?

—El orden de emplear el ejército de tanques está rigurosamente reglamentado y se prescribe que se le introduzca en la dirección del golpe principal, a lo largo de la carretera de Minsk —terció en la pausa el coronel Sokolov, subjefe de la Dirección de Operaciones—. Convendría más seguir con el plan anterior. Aún es posible que el ejército de Gálitski pueda romper la defensa enemiga...

No era tan fácil cambiar el plan de la operación, que durante semanas habían elaborado la Dirección de Operaciones y los estados mayores, con los que se habían coordinado los comandantes de las armas. Sin embargo, la objeción de Sókolov incitó a que Iván Danílovich hiciera otras reflexiones. Se trasladó mentalmente de la dirección de Bogushevsk a la zona del Báltico, recordó los tremedales en los accesos a Shauliai, el contraataque de la 28.ª División de Tanques cuando el tanque ligero T-26, que iba a la cabeza, se hundió en el cieno del pantano, dejando sobre su superficie una mancha negruzca de aceite... ¿Y si los carros de Rótmistrov,

en la dirección de Orsha, no pueden salir al espacio operativo? En este caso habrá que empujar al enemigo hasta la siguiente línea defensiva, que se precisará romper de nuevo. ¿Cuántas vidas costará esto?

—Nikolái Parféntievich —dijo Cherniakovski al jefe de Ingenieros—, ¿qué piensa usted, podremos mover por allí el ejército de tanques? ¿No se atascará en el bosque?

—Los tanques pasarán en dirección a Bogushevsk —aseguró Baránov.

Cherniakovski pidió al teniente general A. Rodin, jefe de las tropas blindadas del Frente, que diera su parecer al respecto.

Avanzando el ejército de tanques a la línea de partida en la zona de ofensiva del ejército de Gálitski —Rodin comenzó pausadamente a expresar su pensamiento—, hemos consumido miles de horas/motor y centenares de toneladas de combustible. Gastaremos dos veces más cuando tengamos que mover los tanques a la zona de concentración y, después, a la línea de partida en el sector de ruptura del 5.º Ejército, por cuanto, de hecho, no existen muchos caminos de acceso.

—Alexéi Grigórievich, los motores y el combustible nos son muy caros, pero no por ello podemos sacrificar la victoria. La entrada en combate del 5.º Ejército de Tanques en el sector de Krylov nos reportará grandes ventajas. Primero, la sorpresa. Segundo, meteremos una cuña entre el 3.er Ejército Panzer y el 4.º Ejército enemigos. Tercero, podremos alcanzar la carretera de Minsk, nuestro eje de avance principal, desbordando las poderosas fortificaciones de los alemanes en la zona de Orsha. Es decir, que podremos cumplir la misión con el mínimo de pérdidas.

Cherniakovski escuchó los informes del resto de los asistentes a la reunión y anunció su decisión:

—Debemos sacar por la noche al 5.º Ejército de Tanques de la Guardia de la posición de espera, reagruparle en el sector de ataque del ejército de Krylov y al amanecer del 26 de junio introducirle en la brecha en dirección a Bogushevsk...

Adoptando esta decisión, Cherniakovski no se proponía en modo alguno restar atención al avance sobre Orsha. El 24 de junio

ordenó al general Gálitski flanquear Orsha por el norte y cortar al enemigo los caminos de retirada hacia el oeste, advirtiendo al jefe del ejército:

—Tenga en cuenta que el general Traut se considera entre los alemanes como un maestro de la defensa. Incluso delante de sus trincheras hay tablillas con este letrero: «Donde Traut está, el ruso no pasará». Así es que tendremos que trabajar de firme. Utilice la artillería con toda su potencia, yo envío sobre Traut a la aviación.

El ejército del general Krylov continuó desarrollando exitosamente la ofensiva. Cherniakovski ordenó a Gálitski que aprovechara los éxitos de aquél en el flanco derecho, partiendo él mismo para la zona de espera del ejército de tanques de Rótmistrov, adonde comenzaban a llegar simultáneamente sus pequeñas unidades de vanguardia.

Sintonizando el aparato en la onda del Estado Mayor del Frente, el radiotelegrafista del comandante en jefe captó de pronto la conocida voz de Levitán:

—Orden del Jefe Supremo para las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia...

Queriendo aumentar el volumen del sonido, dominado por la emoción, el radiotelegrafista giró la manija en sentido contrario y, mientras sintonizaba de nuevo el aparato, perdió una parte del texto...

—...al coronel general Cherniakovski... nuevamente se oía con diafanidad la voz de Levitán—. Las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia han roto la defensa sólidamente establecida y profundamente escalonada en la región fortificada de Vítebsk, al sur de esta ciudad, en un sector de treinta kilómetros de anchura, profundizando en dos días de combates hasta veinticinco kilómetros, ensanchando el frente de ruptura hasta ochenta kilómetros y liberando más de trescientas localidades...

Empezaron nuevamente las interferencias y al radiotelegrafista se le pasaron algunas frases. Luego, se oyeron las palabras:

—...En nombre de la Patria, Moscú saluda a las valerosas tropas del 3.er Frente de Bielorrusia... con veinticuatro salvas de artillería...

—¡Camarada teniente coronel! —llamó el radiotelegrafista, tirando de la manga al traspuesto Komarov—. La radio acaba de hablar sobre nuestro Frente...

Komarov despertó en el acto a Cherniakovski. Iván Danílovich repuso tranquilo:

—Aún es pronto para echar las campanas al vuelo...

—¿Cómo no alegrarse? —se asombró Komarov—. ¡Cuando lo han transmitido al mundo entero!

—Aliosha, la operación sólo empieza a tomar forma, lo importante es el resultado final... Y ahora, preparen los coches, dentro de quince minutos salimos para el puesto de mando avanzado.

Adelantando a la columna de camiones de municiones para el ejército de Krylov, el todoterreno del comandante en jefe corría veloz por la carretera de Bogushevsk.

Cuando Cherniakovski llegaba a su puesto de mando avanzado, vio que a su lado pasaban al trote jinetes sobre fornidos caballos caucasianos. El pateo de sus cascos hacía retumbar el suelo.

Cherniakovski se apeó del coche.

Se transmitió de un escuadrón a otro:

—¡El comandante en jefe del Frente!

Alguien galopaba ya a su encuentro sobre un bonito caballo árabe, mientras tras la espalda del jinete se abría, como las alas de un águila, la negra capa caucasiana. Deteniendo en seco el caballo a unos cuantos metros del automóvil, el general Oslikovski saltó a tierra.

—¡Camarada coronel general! Las grandes unidades del grupo de caballería y mecanizado ensanchan la ruptura. ¡Conduzco al combate el segundo escalón del Cuerpo de Caballería!

—¡Descansen! —sonrió Iván Danílovich—. ¡Perfectamente, le deseo éxito!

Veloces jinetes pasaban raudos al lado. Galopaban ya los escuadrones de retaguardia. Daba la impresión que el retumbar de miles de cascos estremecía hasta el bosque cercano. Martilleó aún largo tiempo los oídos el trote de la caballería...

Haciendo el balance de la Operación Bagratión en los primeros tres días, el mariscal Vasilievski informó al Jefe Supremo que las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia progresaban exitosamente.



—Les felicito. ¿Qué le parece Chernov*, camarada Vladímirov**? —preguntó Stalin.

—Magnífico. Analiza la situación con rapidez y sabe prever el desarrollo de las situaciones de combate. La decisión por él tomada de introducir el ejército de Tanques cerca del ala izquierda de Baturin***, es audaz y a su modo original y estamos seguros de que tendrá éxito.

—¿Resulta que no nos equivocamos nombrándole comandante en jefe del Frente?

—No nos equivocamos. Ruego que al general Chernov se le conceda el grado inmediato superior. Stalin estuvo un rato callado. Esto preocupó a Alexandr Mijáilovich: «¿Me habré apresurado con la petición?»

Pero Stalin profirió pausada y tranquilamente:

—Perfectamente, envíenos la propuesta oficial.

Aquel mismo día se cursó un despacho a Moscú, dirigido a Semiónov****: «Por la excelente dirección de las tropas pido que al coronel general Iván Danílovich Cherniakovski, comandante en jefe del 3.er Frente de Bielorrusia, se le ascienda a general de ejército. Vladímirov».

Al día siguiente, Vasilievski felicitó efusivamente a Iván Danílovich por su ascenso a general de ejército.

El grupo de caballería y mecanizado, lanzado por la brecha, para el 25 de junio aventajaba a las fuerzas de infantería de veinte a treinta kilómetros. En un difícil terreno de pantanos y bosques, el III Cuerpo Mecanizado de la Guardia y el III Cuerpo de Caballería perseguían exitosamente a los restos de los destrozados regimientos de la 299.ª y la 14.ª Divisiones de Infantería alemanas. Protegidos por la aviación de caza y de ataque al suelo, ejecutando audaces maniobras de flanqueo, los jinetes dejaron a un lado im-

* Seudónimo de Cherniakovski para las conversaciones telefónicas no cifradas.

** Seudónimo de A. Vasilievski.

*** Seudónimo de I. Bagramián.

**** Seudónimo de I. Stalin.

portantes centros de resistencia enemigos en las regiones de Vólosov y Vershovka, llegaron al Bereziná y empezaron a cruzarlo a viva fuerza. En el sector de Osípov se formó un embotellamiento en el punto de paso, amontonándose allí los regimientos de la 6.ª División de Caballería de la Guardia del mayor general Brikel, la 35.ª Brigada de Tanques de la Guardia del III Cuerpo Mecanizado de la Guardia, el cuerpo de tren de las unidades del ejército de Krylov y los regimientos de la 32.ª División de Caballería del general Kahuzhny. El enemigo descubrió esta aglomeración de tropas en el paso del río y lanzó sobre ella su fuego.

La exploración aérea del Frente localizó en el acto los fogonazos de la artillería enemiga. Fue puesta en vuelo una escuadrilla de cazabombarderos rasantes.

—Exprese el agradecimiento en mi nombre a los pilotos —dijo Cherniakovski al comandante del 1.er Ejército Aéreo, cuando éste le dio el parte de que las baterías enemigas habían sido neutralizadas—. Le ruego en adelante seguir cubriendo firmemente el paso del río.

—Los aviones del enemigo no lo sobrevolarán, nuestros cazas patrullan ininterrumpidamente en el aire —le aseguró aquél.

Cherniakovski ordenó también al jefe de la Artillería del Frente neutralizar inmediatamente a la artillería enemiga, si ésta abría el fuego sobre el paso.

Mientras tanto, el teniente coronel Komarov había llamado por radio al jefe del grupo de caballería y mecanizado.

—¿Cómo ha podido ocurrir que se haya amontonado tal cantidad de tropas en un sólo paso? —preguntó Cherniakovski al general Oslikovski.

—Yo había ordenado al jefe del III Cuerpo Mecanizado de la Guardia que la 35.ª Brigada de Tanques cruzara el río junto a la aldea de Luches.

—¿Y qué tenemos? El grupo lo manda usted. El general Obujov es un subordinado suyo. ¿Por qué no le exigió que cumpliera su orden?

—Camarada comandante en jefe, el paso junto a Luches no estaba preparado.

—¡Mal hecho! ¿Qué se propone hacer?

—Una vez neutralizada la artillería del enemigo continuar el cruce del río y posteriormente, ampliar la cabeza de puente en el Berezina.

—Ordeno que dejen en el paso a la 35.ª Brigada de Tanques y a los camiones, y con las divisiones de caballería vadeen el Berezina.

—El río es traidor...

Se hizo un minuto de silencio. Cherniakovski recordó cómo antes de la guerra, en unas maniobras, mandando un regimiento, tomó el puente en las cercanías de Borísov, obligando a que el jefe de una división cosaca del «enemigo» tuviera que vadear el Berezina...

—¡Crúcenlo a nado! Ordene que los jinetes naden junto a los caballos.

Las divisiones de caballería de Brikel y de Kaliuzhny forzaron sin contratiempo el Berezina al sudeste de Osípov y, cuando llegó el mediodía, ya combatían con el enemigo por ensanchar la cabeza de puente. Para entonces se advertían también indicios de éxito en las grandes unidades del general Gálitski. Con gran retraso fue introducido en la brecha el grupo móvil del ejército: el II Cuerpo de Tanques de la Guardia de Burdeiny. Estos tanquistas, superando de noche el pantano Osínovskoe, se empeñaron en duros combates al amanecer.

Cuando la batalla estaba en su apogeo, el general Makárov, miembro del Consejo Militar del Frente, recibió la noticia de que había sucumbido el hermano menor del comandante en jefe, teniente coronel Alexandr Danílovich Cherniakovski. Siguiendo el consejo del mariscal Vasilievski, decidió no comunicar por el momento a Iván Danílovich la fatal nueva, llamó a Komarov y le preguntó:

—Iván Danílovich, ¿ha recibido alguna noticia?

—Me parece que no —dijo con voz temblorosa Komarov.

—Aliosha, hemos decidido no decírselo por ahora. Se libran combates decisivos...

—¡Le comprendo, camarada general! —dijo suspirando Komarov—. Lo que hace falta es que el general Krylov no se lo comunique por el teléfono directo.



—Yo le he pedido no decírselo por el momento. Iván Danílovich está ahora muy preocupado por la lentitud con la que se mueve el ejército de tanques. En cuanto Rótmistrov entre en la brecha, yo mismo comunicaré al comandante en jefe lo ocurrido con su hermano. Por su parte, tomen medidas para enterrar a Alexandr Danílovich con todos los honores.

Desde primeras horas de la mañana del 26 de junio el comandante en jefe comenzó nuevamente a incrementar las fuerzas en dirección a Bogushevsk, introduciendo en la brecha al 5.º Ejército de Tanques de la Guardia. A esto le había precedido un gran trabajo preparatorio. Se precisó, ante todo, asegurar los flancos del ejército blindado. El flanco derecho lo protegía el grupo de caballería y mecanizado, que actuaba al oeste de Senno; el flanco izquierdo lo cubría el II Cuerpo de Tanques de la Guardia, en ofensiva en dirección a Staroselie Cherniavka. Sólidamente protegido desde el aire por la aviación, el ejército de tanques entró en contacto con el enemigo a las 06.00 horas.

Después de algunas consultas, el representante del Gran Cuartel General y el miembro del Consejo Militar del Frente decidieron, por fin, notificar a Cherniakovski la muerte de su hermano.

Alterado, Makárov empezó dando rodeos:

—Iván Danílovich, en la vida tropezamos a veces que tras la alegría viene el dolor... El fuerte es capaz de pasar por todas las pruebas y seguir cumpliendo abnegadamente con su deber...

—¿De qué me habla, Vasili Emeliánovich? No puedo comprenderle —dijo Cherniakovski, poniéndose sobre aviso.

—Iván Danílovich —se decidió, por fin, Makárov—, debo comunicarle una triste noticia. Ha sucedido una desgracia... —demoraba, buscando las palabras adecuadas.

—No me tortures, Vasili Emeliánovich. ¡Desembucha de una vez!

—Su hermano Alexandr cayó el día veinticuatro en las proximidades de Alexínichi.

Cherniakovski se dejó caer pesadamente en la silla. Apretó los dientes de tal manera que hasta los músculos maxilares le vibra-

ban. Fue severo con su hermano, no le dio protegió ni le escondió en la retaguardia. Al contrario, le nombró adjunto del jefe de una brigada de tanques en el eje de avance principal, allí donde se decidía la suerte de la operación...

El propio Iván Danílovich rompió el penoso silencio.

—La última vez no me encontró... No pudimos vernos entonces y ahora ya no nos veremos nunca. Siempre carecí de tiempo. Tampoco ahora puedo desplazarme a Alexínichi. ¡Perdóname, Sasha! Von Busch ha puesto en la balanza una división de tanques fresca en la región de Borísov. No, ahora no puedo de ninguna manera ausentarme de aquí...

Las tropas del Frente proseguían su ofensiva victoriosa. El destacamento de vanguardia del ejército de Rótmistrov, utilizando una amplia maniobra, desbordó a los grupos enemigos que se resistían y a las 13.30 horas alcanzó un punto al este de Tolochin. No logró desalojar sobre la marcha a las unidades de una división de seguridad que allí se defendía. Las fuerzas principales del cuerpo de tanques, en ofensiva tras el destacamento de vanguardia, se encontraban a veinte kilómetros de allí. El jefe del cuerpo cumplía la directiva del comandante del Frente, que prescribía conducir al combate a las tropas móviles, a los segundos escalones y a las reservas sin dar tiempo al enemigo para reagruparse y acercar sus reservas. El cuerpo atacó al enemigo en Tolochin: la 2.ª Brigada de Infantería Motorizada de la Guardia, frontalmente, y la 3.ª Brigada de Tanques de la Guardia, desbordando Tolochin por el norte y cortando a los alemanes el camino hacia el oeste. La 18.ª Brigada de Tanques de la Guardia tenía como misión asestar un golpe en dirección sur e impedir que la agrupación enemiga de Orsha se retirase hacia Tolochin. Con esta maniobra Tolochin fue tomado. Las tropas del Frente cortaron también el ferrocarril y la carretera Orsha-Borísov a lo largo de treinta kilómetros.

Mientras que el III Cuerpo de Tanques de la Guardia progresaba exitosamente, el XXIX Cuerpo lo hacia con lentitud, sufriendo muchas bajas. El comandante en jefe del Frente telefoneó al mariscal Rótmistrov, preguntándole cómo se explicaba esto.

—Iván Danílovich, atacamos igual a como lo hicimos en Kursk, en el Don y cerca de Korsun —respondió el mariscal.

—Honor y alabanzas a ustedes por los éxitos pretéritos. Sin embargo, le ruego que no se olvide de que la táctica, que reportó éxitos en el terreno estepario en tierras de Kursk y en Ucrania, es poco probable que pueda aplicarse aquí, entre lomas, bosques y pantanos.

Cherniakovski conocía bien la notoriedad del 5.º Ejército de Tanques de la Guardia. Habiendo sido en el pasado tanquista, comprendía que las grandes pérdidas y el ritmo lento de ofensiva son la consecuencia de ciertos errores tácticos. Para esclarecer las circunstancias sobre el terreno, el comandante en jefe designó una comisión especial.

...En uno de los sectores de los combates, en los accesos al Bereziná, negreaban los armazones de tres tanques quemados, destacándose sombríamente sobre el fondo de un bosquecillo verde. Cada uno de ellos había sido destruido por un proyectil que perforó el lado izquierdo de la torreta. A la comisión no le fue difícil determinar desde dónde había disparado el enemigo. En el lindero del campo, tras un espeso matorral, se descubrieron las huellas de un tanque alemán y, muy pronto, también el sitio donde se había emboscado.

Allí cerca, en una hondonada, había otros seis tanques nuestros inutilizados. Por los impactos que presentaban estaba claro que el enemigo los había batido desde un bosquecillo distante unos cuatrocientos metros. También en el lindero del bosquecillo se encontraron las huellas de tres tanques enemigos que habían estado al acecho. Las rodadas de sus orugas llevaban al oeste: los tanques alemanes se habían marchado impunemente.

El general Liúdnikov, que participó en la investigación de uno de esos combates, sacó la siguiente conclusión: «En algunos sectores, los alemanes nos batieron con nuestra propia táctica, en otro tiempo empleada exitosamente por Katukov, siendo aún coronel, en los combates contra los tanques de Guderian en los accesos a Moscú: disparar de emboscada...»

Cuando conoció las conclusiones de la comisión, el coman-

dante del Frente exigió del mando y del Estado Mayor del 5.º Ejército de Tanques de la Guardia reestructurar en el acto la táctica de acciones de los tanques en un terreno oculto y semioculto a la observación.

Con la llegada a la brecha de las grandes unidades móviles, a pesar de todas las dificultades, la balanza se inclinó decididamente a nuestro lado. Se entablaron encarnizados combates por Orsha. Con frecuencia, el valor y la intrepidez de los combatientes soviéticos eran el factor decisivo de la contienda. Así, la 5.ª Compañía del 95.º Regimiento de Infantería de la Guardia chocó con el intenso fuego procedente de un búnker enemigo. El ataque se frenó. Viendo esto, el alférez Ilchenko, comunista, y el sargento Shavalíev, komsomol, se lanzaron con bombas de mano hacia la posición. Ilchenko repitió la inmortal proeza de Alexandr Matrósov, tapando la tronera con su cuerpo. El héroe fue herido gravemente y pronto falleció. Shavalíev sucumbió también como un valiente. Al precio de sus vidas, los intrépidos combatientes aseguraron que la compañía cumpliera su misión.

La suerte de la batalla la decidieron las grandes unidades del III Cuerpo de Tanques de la Guardia. Irrumpiendo en la ciudad de Tolochin cortaron el camino de retirada a la agrupación enemiga de Orsha, facilitando con ello la misión a las tropas que atacaban frontalmente esta ciudad. Toda la noche del 26 al 27 de junio se luchó obstinadamente en las calles de la ciudad. Se aplastó la resistencia de la guarnición enemiga. Cuando llegó la mañana, Orsha pasó enteramente a nuestro poder.

La noche del 27 de junio, Moscú saludó nuevamente a las tropas de Cherniakovski en honor a la victoria conseguida. Por orden del Jefe Supremo, a las grandes unidades más distinguidas se les concedió el título honorífico de Orsha.

No menos favorablemente se desarrollaron los acontecimientos en el sector del 39.º Ejército, donde se distinguieron la 17.ª y 91.ª Divisiones de Infantería de la Guardia, del mayor general A. Kvachnín y del coronel V. Kozhánov, respectivamente, y la 251.ª División de Infantería, del mayor general A. Voljín, que el 25 de junio entraron en contacto en la región de Gniezdílovichi, con el

43.º Ejército del teniente general A. Bieloboródov, que pertenecía al 1.er Frente del Báltico. Así pues, se cerró el cerco en torno a la agrupación enemiga que operaba en la región de Vítebsk. Quedaron metidas en la bolsa la 197.ª, la 206.ª y la 246.ª Divisiones de Infantería y la 4.ª y la 6.ª Divisiones de Aéreas del LIII Cuerpo de Ejército alemán.

Después de hablar por teléfono directo con Liúdnikov, Cherniakovski pidió que le pusieran en comunicación con el general Bagramián, comandante en jefe del 1.er Frente del Báltico.

—Iván Jristofórovich, le felicita su vecino de la izquierda. Le ruego que transmita mi agradecimiento al general Bieloboródov y a sus tropas.

—Yo le felicito también, Iván Danílovich, por el cerco del enemigo en la región de Vítebsk —respondió Bagramián.

Los comandantes en jefe de los dos Frentes contiguos se pusieron de acuerdo sobre sus acciones posteriores. Cherniakovski pidió a Bagramián que protegiera su flanco derecho de los contragolpes del Grupo de Ejércitos Norte.

El cerco de los alemanes en los accesos a Vítebsk pasó a la historia de la Gran Guerra Patria como una de las operaciones clásicas en la materia. Se caracterizó porque ya en el curso de la ofensiva la agrupación enemiga fue escindida en dos, lo que facilitó acabar con ella por partes en el sector de Ostrovno y al sudoeste de Vítebsk.

Las tropas alemanas quedaron aturdidas, pues no esperaban una ofensiva tan impetuosa. El coronel Proy, jefe de la 197.ª División de Infantería alemana, declaró cuando se le hizo prisionero: «Los regimientos se consumían a ojos vista. Los soldados arrojaban las armas y abandonaban los medios de transporte, las municiones, los equipos y el armamento individual y, como enloquecidos, se dispersaban...»

El 26 de junio las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia liberaron Vítebsk, izándose a las 06.00 horas sobre la ciudad la bandera roja. Cayeron en nuestro poder gran cantidad de prisioneros y de material bélico del enemigo.

Este mismo día, Radio Moscú transmitió por la tarde la or-

den de felicitación, dirigida a los comandantes en jefe del 3.er Frente de Bielorrusia y del 1.er Frente del Báltico y también a las tropas bajo su mando. Atronaron en la capital las salvas de artillería de saludo en honor de la victoria. Por orden de Stalin, a las grandes unidades distinguidas en la toma de Vítebsk les fue adjudicado el título honorífico de Vítebsk. Una de las primeras que recibió este nombre fue la 158.ª División de Infantería del coronel I. Goncharov.

Cherniakovski ordenó a Liúdnikov, en cooperación con las tropas de Bieloboródov, estrechar el cerco en torno a los dos grupos aislados del enemigo y terminar con ellos para finales del 27 de junio. Al grueso de las fuerzas se les planteó la misión de proseguir la ofensiva hacia el oeste, al objeto de crear lo antes posible el frente exterior del cerco de la agrupación alemana de Vítebsk.

Mientras tanto, la resistencia del enemigo copado no decaía. El mando alemán no perdía aún las esperanzas de poder liberar a sus asediadas tropas. El 26 de junio, los germanos llevaron a cabo hasta veinte contraataques, pero fue en vano. Los soldados de Liúdnikov aguantaban hasta la muerte en sus posiciones. Uno de nuestros batallones de fusileros rechazó durante ese día ocho contraataques enemigos. Murió como un héroe el teniente coronel Smietanin, jefe del batallón, pero la pequeña unidad no vaciló ni un momento y defendió a pie firme sus posiciones. El enemigo no pudo abrirse paso en este sector.

En la región de Zamoshenie, a veinte kilómetros al sudoeste de Vítebsk, cinco mil alemanes mandados por el general Hitter, jefe de la 206.ª División de Infantería, consiguieron romper el cerco. El segundo grupo, más nutrido, de la agrupación enemiga, integrado por la 4.ª División Áerea y la 197.ª y la 246.ª Divisiones de Infantería, intentando abrirse paso hacia Lepel, atacó en dirección al angosto istmo entre los lagos Sarro y Borovko. Abriéndose paso hacia el sudoeste, el enemigo comenzaba a amenazar a las retaguardias de las grandes unidades del ejército de Krylov, que se habían adelantado mucho.

En aquella situación no tenían reservas a mano, no sólo Liúdnikov, sino tampoco el mando del Frente. Cherniakovski adoptó

una decisión insólita: ordenó que las tropas de Krylov realizaran una marcha de ochenta kilómetros en la zona de ataque del ejército de Liúdnikov. El riesgo y la complejidad de tal maniobra residían en que cada uno de los ejércitos separaba sus flancos, asegurados en los enlaces con los vecinos. El éxito dependía de la rapidez y decisión de las acciones del 5.º Ejército.

Krylov cumplió pronta y exactamente la orden de Cherniakovski. Lanzó a la 63.ª División de Infantería, del mayor general N. Láskin, con la 152.ª Brigada de Tanques hacia la región de Jodtzi, situada a veintinueve kilómetros al sudoeste de Vítebsk. El jefe de la división decidió cubrir con un regimiento el intervalo de tres kilómetros de anchura entre los lagos Sarro y Borovko y con las fuerzas principales, en cooperación con la división del general Voljin, atacar en la región de Zamoshenie a la agrupación enemiga que se abría paso hacia el sudoeste. Simultáneamente, por disposición del jefe del ejército, la 184.ª División de Infantería del general Gorodovikov, entablaba combate con el enemigo en la línea Liápino-Pesochka. Las pequeñas unidades limpiaban el bosque de enemigos y cuanto más se adentraban en él más alemanes encontraban. En el batallón del capitán Gubkin los prisioneros pasaban ya del centenar. Hubo que destinar a casi toda la reserva del jefe del batallón para vigilar a los soldados enemigos capturados. Y sólo habían recorrido un tercio de la distancia fijada. ¿Qué hacer en adelante? Gubkin dio parte de lo que ocurría al jefe del estado mayor del regimiento.

—Un momento, ¿cuántos prisioneros dice que ha hecho?

—¡Ciento doce!

—Son pocos —se burló el interlocutor—. Semikolénov ¡ha hecho más de doscientos! Rastrea usted mal.

—¡Me esforzaré por hacerlo mejor!

Las compañías de fusileros de Gubkin siguieron internándose en el bosque. Por momentos se hacía más difícil andar. Matorrales espinosos, zarzamoras...

Detrás de nuestras avanzadillas iban los prisioneros, con sus uniformes descoloridos y botones grisáceos. Lanzaban miradas de reojo, con oculta inquietud.

La primera avanzadilla se alejó quinientos metros, ya no se la oía. El jefe del batallón destacó enlaces para establecer contacto con ella. No tardó en regresar un soldado e informar que no habían dado con la 1.ª Compañía.

—Hemos tropezado varias veces con los alemanes, poco nos faltó para caer prisioneros...

Regresó otro enlace, enviado a la 2.ª Compañía. Su informe fue análogo.

¿Qué pasaba? El jefe del batallón miraba alarmado a la muchedumbre de prisioneros, dispuesta a lanzarse en cualquier momento sobre sus combatientes. ¿Qué podía haberles ocurrido a sus dos compañías? Había que hacer algo. Gubkin encomendó realizar una descubierta al teniente Avdéiev, que mandaba un pelotón, acompañado por un soldado con un subfusil. Apenas se habían alejado cuando chocaron con los alemanes y tuvieron que regresar.

Presintiendo algo anormal, los prisioneros se movieron inquietos. «¿Morir de forma tan idiota? —le asaltó el pensamiento a Gubkin—. Perder el batallón...»

La solución le llegó de pronto. Mediante un prisionero que sabía el ruso, Gubkin ordenó:

—Todos, túmbense boca abajo. ¡Al que levante la cabeza le acribillo!

Los prisioneros se dejaron caer a tierra. En el bosque se oyeron voces en alemán. Gubkin ordenó al intérprete:

—¡Grita a los tuyos que están cercados! ¡Que basta con que uno solo dispare, para que todos sean aniquilados!

El intérprete transmitió a gritos lo ordenado, respondiéndole también un griterío. Los pocos minutos de tensión parecieron una eternidad. Gubkin clavaba su mirada en la espesura. Por fin, aparecieron uniformes verdigrises. Hirsutos, sudorosos, como fieras acorraladas, los alemanes miraban a todos los lados. Las fusiles y los subfusiles terciados y los dedos en los gatillos...

El alemán que iba en cabeza tropezó con una escuadra avanzada con una ametralladora. Restalló una ráfaga de subfusil, seguida instantáneamente por el tableteo de la ametralladora. Los

combatientes abrieron fuego por descargas. Los alemanes retrocedieron...

Los exploradores de la patrulla de retaguardia trajeron a Gubkin un viejo que dijo ser vecino de la localidad. Podía prestarles una buena ayuda: sorteando a un numeroso grupo de alemanes, los llevaría al sitio donde, a juzgar por el tiempo transcurrido, deberían encontrarse las compañías que se habían separado.

—¿Tiene identificación padre? —preguntó Gubkin.

—No...

—¿Cómo puedes demostrar que eres de estos lugares?

—Me conocen en toda la comarca, incluso el propio jefe del destacamento de guerrilleros, yo les ayudé...

—¿Esto significa que tú conoces estos lugares?

—He pasado aquí toda la vida.

—¿Puedes sacarnos por el pantano a la carretera de Vítebsk?

—Eso es fácil.

Gubkin clavó su mirada en el anciano: no se parecía en nada a un viejo. Tenía la dentadura blanca y, además, pocas arrugas. Sólo su barba era larga.

—Mira bien, a la menor sospecha...

—Los alemanes mataron a muchos, pero a los nuestros no los temo —en la voz del viejo se percibieron notas de agravio.

Perdido el contacto con los alemanes, echaron a andar presurosos tras el guía. Pegados a ellos iba la columna de prisioneros, vigilada por un pelotón de fusileros con subfusiles. Habían andado cosa de un kilómetro cuando se encontraron a Semikolénov, jefe del 3.er Batallón, acompañado de un reducido grupo de soldados. El primer teniente parecía desconcertado. Entusiasmado por hacer prisioneros, perdió la dirección del batallón. Los prisioneros se diseminaron, faltándole poco a él mismo para no caer en sus manos.

—Qué le vas a hacer, aún no se ha perdido todo —trató Gubkin de tranquilizar a su camarada—. Por el momento únete a nosotros.

Pronto pudieron comprobar que Semikolénov no se había alejado más que un kilómetro de sus compañeros. Se encaminó a

reunir su batallón y Gubkin anduvo todavía cerca de medio kilómetro. En el bosque se entabló un tiroteo. Se oyeron voces, luego el crujido de ramas y una voz: «¡Alto! ¿Quién vive?» Era el teniente Ivashov, jefe de un pelotón de la 1.ª Compañía.

—La 1.ª y la 2.ª Compañías luchan duramente contra los alemanes orientados hacia el este. Contienen la presión de las pequeñas unidades de retaguardia del enemigo, que quieren unirse con sus fuerzas principales...

En efecto, la situación se iba tornando confusa.

Gubkin decidió pasar a la defensiva para impedir que las pequeñas unidades de retaguardia alemanas, rezagadas, pudieran reunirse con las fuerzas principales de la 206.ª División de Infantería, a las que les faltaban municiones y víveres.

Se entabló un empecinado combate. Entre las pequeñas unidades de retaguardia del enemigo, que se movían por un ancho cortafuegos del bosque, y las fuerzas principales mediaban sólo dos o tres kilómetros. El jefe de la plana mayor de Gubkin logró flanquear con dos pelotones a la columna de intendencia del enemigo. Ayudó en ello el guía. Con un ataque inesperado, nuestros combatientes dispersaron a los soldados alemanes, hicieron más de ochenta prisioneros y se apoderaron de dieciocho camiones con municiones y víveres...

Al mismo tiempo, el grueso de las fuerzas de la división de Gorodovikov, en cooperación con los regimientos del general Láskin, asestó un golpe a la 206.ª División de Infantería, que había roto el cerco. La acción tuvo por resultado que los alemanes se entregasen prisioneros con el general Hitter, el jefe de la división, al frente.

A las 09.00 horas del 27 de junio, las grandes unidades de Liúdnikov, apoyadas por los lanzacohetes atacaron a la agrupación principal del enemigo, cercada en las inmediaciones de Vítebsk. Los alemanes no resistieron el empuje de las tropas soviéticas y a las 12.00 horas izaron bandera blanca. Para las quince horas, la agrupación enemiga de Vítebsk había sido totalmente liquidada, entregándose prisioneros más de diez mil alemanes, entre ellos el coronel general Helmut Holwitzer, jefe del LIII Cuerpo de Ejército.

Las tropas del Grupo de Ejércitos Centro, que en 1941 habían llegado hasta las afueras de Moscú, ahora retrocedían en desorden hacia el oeste. Abandonando los límites de Bielorrusia, el enemigo siguió cometiendo atrocidades, reprimiendo fieramente a la población civil, y masacrando a los soldados soviéticos que caían prisioneros.

El 24 de junio, cuando participaba en una incursión de nuestros tanques, el soldado Yuri Smirnov del 77.º Regimiento de la 26.ª División de la Guardia cayó gravemente herido y fue recogido por los alemanes en el campo de batalla. Los nazis le interrogaron, sometiéndole a torturas inhumanas. El valeroso combatiente prefirió morir a manos de sus verdugos antes que revelarles secretos militares.

—Cuando al día siguiente tomamos por asalto el poblado de Shaláshino —informó el general Gálitski a Cherniakovski— encontramos el cuerpo crucificado de Yuri Smirnov en uno de los refugios utilizados como puesto de mando por los alemanes.

—¿Era el mismo joven soldado de la Guardia con el que la víspera de la ofensiva conversé en la trinchera de la 1.ª Compañía del 77.º Regimiento? —recordó Iván Danílovich—. Qué pena perder un aguilucho como el... ¿Usted mismo vio lo que hicieron con él esos animales?

—Con mis propios ojos. Las manos y los pies se los clavaron con clavos roñosos a una cruz de madera y en la frente, sobre los ojos, le hincaron dos escarpias de hierro, que le atravesaban la cabeza de parte a parte. El pecho presentaba heridas con la sangre coagulada, producidas por bayonetas y cuchillos... ¡Fieras fascistas! —exclamó sin poder contenerse Cherniakovski.

—Iván Danílovich, el Consejo Militar del Ejército ha cursado la propuesta para que se conceda póstumamente a Smirnov el título de Héroe de la Unión Soviética.

—El Consejo Militar del Frente apoyará vuestra propuesta. ¡Que se entierre con todos los honores militares al soldado de la Guardia, heroicamente caído!

La noticia de la salvajada corrió como la pólvora entre las tropas del Frente, suscitando una nueva oleada de odio al enemigo.

Los compañeros juraron sobre la sepultura de Yuri vengarle y arrojar a los verdugos de nuestra tierra.

El Presídium del Soviet Supremo de la URSS adjudicó merecidamente al soldado de la Guardia Yuri Smirnov el título póstumo de Héroe de la Unión Soviética. Por Orden del Ministro de Defensa su nombre quedó incluido eternamente en el estadillo de personal de su regimiento de infantería.

Hacía exactamente tres años que el coronel general von Busch, comandante en jefe del 16.º Ejército alemán, informaba a Hitler con impasibilidad y aplomo que las tropas bajo su mando habían destrozado en la ruta hacia Riga a la 28.ª División de Tanques rusa, mandada por el coronel Cherniakovski. El ahora mariscal Von Busch, jefe del Grupo de Ejércitos Centro, iba perdiendo la serenidad a medida que las tropas del general Cherniakovski avanzaban hacia Minsk. Al final del día telefoneó a Hitler, que se encontraba en su Gran Cuartel General de Prusia Oriental.

—¡Mi Führer, los rusos nos quintuplican en número! Es imposible contener su ofensiva. Para salvar a los hombres y al material de guerra le pido que me permita retirar al Grupo de Ejércitos Centro detrás del río Berezina.

—¡Mariscal, serénese! —le gritó Hitler como respuesta—. ¿De dónde ha sacado usted esa superioridad de la que habla?

—Me refiero a la superioridad del enemigo en los ejes principales.

—¡Le prohíbo categóricamente retirar las tropas! ¡Le ordeno que acabe con la ola de pánico, fusile a los cobardes y pase a la contraofensiva! ¡Hay que parar a los rusos a toda costa!

—Le ruego que me envíe dos o tres divisiones acorazadas para organizar el contragolpe...

—¿A qué divisiones se refiere usted? ¡Le parece aún poco tener bajo su mando a las mejores divisiones, a la agrupación más potente!

Busch comprendió que todo tiene un límite. A partir del Báltico, desde los combates contra la 28.ª División de Tanques de Cherniakovski, el camino de sus tropas estaba jalonado por millares de cruces de abedul blanco sobre las sepulturas de los soldados

alemanes. Hitler sabía tan bien como el mariscal cuántos soldados y material de guerra había perdido Alemania en los campos nevados de las cercanías de Moscú, a las puertas de Stalingrado, en el saliente de Kursk y en las estepas de Ucrania...

—¡Mi Führer, yo respondo por la vida de un ejército de un millón de hombres! Los soldados confían en que yo no les exigiré nada que contradiga a mi conciencia. Ahora ha llegado el momento en que se debe retirar al 4.º Ejército, salvarle del inexorable cerco.

Pero Hitler no cambió su decisión. Aún no se imaginaba, o no quería imaginarse, la gravedad de la situación del 4.º Ejército y de todo el Grupo de Ejércitos Centro.

Después de esta conversación, Von Busch se desequilibró por completo. Aún no hacía mucho que el Führer le colmaba de favores por sus victorias en Francia y, al comienzo de la guerra contra la Unión Soviética, en la zona del Báltico. Ahora, Von Busch retrocedía, abriendo a los rusos el camino a Varsovia y Berlín. Las tropas de Cherniakovski avanzaban inexorablemente hacia el oeste, envolviendo en un semicírculo a las grandes unidades del 4.º Ejército. Para Von Busch estaba claro: un poco más y se cerraría la bolsa. Estaba frenético, costaba trabajo reconocerle. Los oficiales y los generales pasaban temerosos el dintel de su despacho. A él mismo le daban escalofríos cada vez que sonaba el teléfono: no esperaba buenas noticias ni del campo de batalla ni del Gran Cuartel General del Führer. En sus oídos resonaba la orden de Hitler: «¡Contener la ofensiva de los rusos a cualquier precio!».

Tratando de cumplir la orden de Hitler, Busch arrojó a la balanza la 5.ª División Panzer y la 286.ª de Seguridad, confiando con estas fuerzas poder detener la ofensiva del 5.º Ejército de Tanques de la Guardia y, después, asestar un contragolpe.

La información soviética comunicó a tiempo que las reservas del enemigo estaban en movimiento. Stalin ordenó que se pusieran al teléfono directo Vasilievski o Cherniakovski. Previamente, Poskrébyshev les había telefoneado desde Moscú, advirtiéndoles que el Jefe Supremo estaría al aparato en media hora. A estas horas, Vasilievski estaba en camino al puesto de mando y observación del Frente. Era la segunda vez, desde el comienzo de la opera-

ción, que Cherniakovski debía hablar con el Stalin. En los minutos que faltaban para la comunicación, tuvo tiempo de aconsejarse con sus compañeros de armas más cercanos, rogándoles que estuvieran junto a él.

Cuando pasaron exactamente treinta minutos repiqueteó el timbre del teléfono. Sin pronunciar una palabra, los presentes se inclinaron sobre los mapas mientras el comandante en jefe tomaba el auricular:

—El general Chernov escucha.

—Semiónov al aparato. ¡Salud! Hemos recibido datos de que el enemigo mueve hacia vuestra zona de acción una división de tanques de la reserva operativa, ¿es así?

—No es del todo exacto. Al final del 27 de junio el mando del Grupo de Ejércitos Centro situó en posiciones de partida en la línea Igrushka-Krupka fuerzas de la 5.ª División Panzer y de la 286.ª de Seguridad, dispuestas a contraatacar a las unidades de vanguardia del 5.º Ejército de Tanques de la Guardia.

—¿Representa alguna amenaza seria el contragolpe de Busch?

—Lo representa si no adoptamos contramedidas eficaces. Rótmistrov ha tenido pérdidas considerables, mientras que en la 5.ª División Panzer enemiga nuestros exploradores han contado más de doscientos carros de combate.

—¿Puede asegurar que han tomado todas las medidas necesarias para rechazar el contragolpe?

—Camarada Semiónov, nosotros calculamos desde las primeras horas de mañana derrotar a la 5.ª División de tanques y a la 286.ª División de vigilancia enemigas y continuar desarrollando el éxito.

—¿Cómo enjuicia usted las acciones del mando alemán en esta operación?

—Su pedantería y su afición a los clichés en el arte operativo han puesto al Grupo de Ejércitos Centro al borde de la catástrofe. En lugar de replegarse rápidamente a las posiciones de retaguardia, Busch enzarzó sus tropas en prolongadas batallas frontales. Esto facilita nuestras acciones.

—¿Cuáles son sus pronósticos respecto a las posteriores intenciones del mando alemán? —preguntó Stalin y, sin aguardar respuesta, agregó—: Esta cuestión nos interesa mucho a todos en el Gran Cuartel General.

—Antes de adelantar nutridas reservas, al mando hitleriano sólo le queda taponar las direcciones peligrosas, sin que por el momento pueda emprender otras acciones.

—Perfectamente. Espero vuestra comunicación acerca de cómo se desarrollarán los acontecimientos en la línea Igrushka, Krupka. Le deseo éxito. Hasta luego.

A Cherniakovski no se le iba Busch de la imaginación. ¿Lograría el viejo zorro el consentimiento de Hitler para retirar el 4.º Ejército? Si no lo conseguía o retardaba el repliegue este ejército caería en una bolsa. Partiendo de la apreciación del enemigo, hizo varias correcciones en el plan con objeto de cercar al enemigo lo antes posible.

Al ejército aéreo de Jriukin se le planteó la misión de que cuando Busch desplegara en orden de combate su reserva, la 5.ª División Panzer y una de infantería, debería asestarles golpes masivos, mientras el ejército de tanques de Rótmistrov, cooperando con la aviación y la artillería, derrotaba a estas divisiones y, desarrollando sucesivamente la ofensiva, se apoderaba de los pasos a través del Bereziná y tomaba la ciudad de Borísov. Pero, lamentablemente, las grandes unidades del 5.º Ejército de Tanques de la Guardia estuvieron hasta últimas horas del 28 de junio enzarzadas en combates en la región de Krupka-Bobry, a cuarenta kilómetros al este de Borísov.

Cherniakovski y su estado mayor tomaron todas las medidas para acelerar el ritmo de ofensiva de los ejércitos interarmas y del grupo de caballería y mecanizado de Oslikovski. Se hizo todo lo posible para que las fuerzas principales del Frente, en cooperación con los guerrilleros de Bielorrusia, forzaran sobre la marcha el Bereziná e impidieran que el enemigo pasara a la defensa en su margen opuesta. De la toma y ampliación rápidas de la cabeza de puente en el Bereziná dependía mucho el éxito de toda la Operación Bagratión.

Los esfuerzos del mando, del Estado Mayor del Frente y del Estado Mayor del 1er Ejército Aéreo dieron sus frutos. Al final del día 28 de junio el grupo de caballería y mecanizado de Oslikovski se apoderó de los pasos sobre el Bereziná, distantes sólo catorce kilómetros al noroeste de Borísov.

En Minsk, en el Cuartel General del comandante del Grupo de Ejércitos Centro los generales y oficiales no salían de su estupor por los partes que les llegaban del frente. El 4.º Ejército corría el peligro de ser cercado. No se justificaron las esperanzas de Von Busch en su contragolpe. Las reservas que acudían de la profundidad de la defensa chocaron con los tanques del mariscal Rótmistrov y del general Burdeiny, mientras que la infantería alemana caía bajo los sables de los cosacos del general Oslikovski.

«La ofensiva de los rusos resultó ser tan organizada y masiva que no sabíamos cómo restablecer el frente defensivo —declaró en el interrogatorio uno de los generales alemanes prisionero—. En un principio quedó cortado el enlace entre los batallones y los regimientos y, después, entre las instancias superiores. Muchas grandes unidades no pudieron comunicarse con el Estado Mayor del 4.º Ejército y no recibieron ninguna clase de órdenes. Era imposible llamar a la aviación. Por todos los sitios que intentábamos escapar tropezábamos con los tanques y los cosacos sobre veloces caballos».

En la noche al 28 de junio Busch no pudo pegar ojo: a unas alarmantes noticias les sucedían otras. Las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia seguían ensanchando la ruptura y desarrollando la ofensiva en dirección a Minsk. La situación de las tropas del Grupo de Ejércitos Centro se tornaba por momentos catastrófica. Sus fracasos, Von Busch quería explicárselos en que Cherniakovski y Rokossovski no habían atacado allí donde era natural utilizar el moderno material de guerra —los tanques y la artillería— haciéndolo por un terreno cubierto de bosques y pantanoso.

Un fuerte ataque aéreo a su puesto de mando quebrantó definitivamente a Von Busch. Desconcertado, con la mirada apagada, con sus pantalones ribeteados parecía más bien un ujier viejo y adiposo que un mariscal. En otro tiempo, allí mismo, en el Berezi-

ná, fueron destrozadas las tropas de Napoleón. Ahora, a su ejército le aguardaba un final ignominioso en esta tierra calcinada y extraña. En su puesto de mando, lúgubremente iluminado, se inclinaba sobre la mesa con el mapa desplegado. De vez en cuando levantaba la cabeza y miraba distraídamente por la ventana. Su mirada vaga se detuvo en un cuervo, posado en la rama más alta de un abedul renegrido por el fuego. Busch creyó ver en este cuadro algo maligno, fatídico.

—Coronel, ¿no recuerda cuánto viven los cuervos? —preguntó a su ayudante.

—Hasta trescientos años, señor mariscal.

—¿Puede ser que este ave picoteara aquí los cadáveres de los soldados franceses en 1812? ¿También de los alemanes en 1918? Y que ahora espere a que nos llegue el turno a nosotros...

—¡Yo creo en su estrella, señor mariscal de campo! —el servil ayudante decidió animar a su jefe—. No fue sino usted quien relevó en este cargo al mariscal Von Bock, el vencedor de París. ¡Alemania no le olvidará!

Pero tampoco estas palabras levantaron el ánimo a Busch. Sus presentimientos sombríos se justificaron: el 28 de junio Hitler le destituyó del mando y le llamó a Berlín. No sólo sufrió un fracaso el grupo de ejércitos alemán en Bielorrusia, sino también la teoría militar y la doctrina político-militar de Alemania. Muchos generales del Grupo de Ejércitos Centro empezaron a entregarse prisioneros, otros abandonaron el frente bajo distintos pretextos. Por ejemplo, el general de infantería Kurt von Tippelskirch, conocido teórico militar, comandante en jefe del 4.° Ejército, se apresuró a someterse a un tratamiento médico.

El mariscal Model pasó a encargarse del Grupo de Ejércitos Centro, simultaneándolo con el mando del Grupo de Ejércitos de Ucrania del Norte, desplegando una enérgica actividad para restablecer el frente estratégico de la defensa de Bielorrusia. Empezó por trasladar allí a varias divisiones blindadas de su grupo, sin suponer en absoluto que simultánea a la importante operación en Bielorrusia el mando del Ejército Rojo preparaba otra en la zona de Lvov-Sandormierz.



Eligiendo el momento propicio, Cherniakovski propuso al mariscal Vasilievski y al coronel general de aviación Falaléiev, representantes del Gran Cuartel General, tomar parte en el interrogatorio de los generales alemanes prisioneros, que tenía lugar en el jardincillo delante de la casa en la que se encontraba el estado mayor de Cherniakovski.

Vasilievski, invitó con un gesto al coronel general Holwitzer a que se sentara en una banqueta del otro lado de la mesa.

—¿Usted creía personalmente en la victoria de las tropas alemanas en la guerra contra la Unión Soviética? —preguntó Makárov, miembro del Consejo Militar del Frente.

—Lo creía.

—Y ahora, ¿sigue creyéndolo?

—No, Hitler ha cometido grandes errores.

—Hitler, ¿tenía razón o se equivocaba cuando le ordenó a usted defender Vítebsk hasta el último hombre? —preguntó Cherniakovski.

—Sí, en este caso estaba en lo cierto. El estado de las fortificaciones de Vítebsk permitía garantizar una defensa inexpugnable.

—Si, las fortificaciones de Vítebsk eran realmente inexpugnables ¿cómo se justifica el que usted se rindiera a las tropas soviéticas?

—Las divisiones del cuerpo que yo mando mantienen Vítebsk y el que yo casualmente haya caído prisionero se debe a mi despreocupación cuando recorría los puntos de dirección de las unidades subordinadas. —Holwitzer reparó en la sonrisa de los jefes militares soviéticos—. Por cierto, les ruego que me informen de la situación real en la región de Vítebsk.

—Camarada comandante en jefe, ¿resulta que él desconoce la situación y no se ha visto con sus generales también prisioneros? —se dirigió Vasilievski a Cherniakovski.

En efecto, se los mantiene aislados.

—Ordene que traigan a los generales a él subordinados, que conozca por boca de ellos los pormenores.

La aparición del general Hitter, jefe de la 206.ª División de Infantería dejó anonadado a Holwitzer.

—General Hitter, confirme que desde ahora ya no existe el LIII Cuerpo de infantería del Ejército alemán, que ha sido derrotado y hecho prisionero por las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia —exigió Cherniakovski.

—¡Oh, claro que sí, el cuerpo ha sido destrozado! Conmigo ha caído prisionero el jefe del estado mayor del cuerpo —contestó con buena disposición Hitter—. Nos aturdió la fuerza, la gran cantidad de pertrechos bélicos, así como la maestría militar de los rusos a las puertas de Vítebsk.

De la anterior altanería de Holwitzer no quedaba ni rastro. Comenzó a temblarle el mentón.

—General Holwitzer, espero que ahora estará de acuerdo en que la derrota de las tropas alemanas no sólo dependió de Hitler —planteó Vasilievski.

—Tengo que pensar en ello —farfulló Holwitzer.

—Dé gracias al cielo de que conservó la vida. En el cautiverio no tendrá otra cosa que hacer más que pensar.

En efecto, los estrategas alemanes tenían en qué reflexionar. Comprendieron tarde que, cegados por la demencial idea del dominio mundial, se metieron en una aventura condenada al fracaso. Ahora, los dos veteranos generales presentaban un aspecto deprimido y sombrío.

—General Hitter, díganos, ¿cómo valora usted los acontecimientos que tienen lugar en la costa de Francia? —preguntó Faléiev.

—El desembarco anglo-norteamericano realizado allí no intranquiliza al pueblo alemán ni a su ejército. Mucho más alarmados seguimos los acontecimientos que se desarrollan en el frente ruso, en particular, en la zona de Minsk.

Efectivamente, al mando alemán le preocupaba especialmente el avance de las grandes unidades del 3.er Frente de Bielorrusia en el eje central Minsk-Varsovia. A este sector lanzó siete divisiones frescas: la 253.ª de Infantería y la 5.ª Panzer; sacadas de la región de Kóvel; la 391.ª y la 286.ª de Seguridad y la 95.ª y la 14.ª Divisiones de Infantería, de la reserva operativa del Grupo de Ejércitos Centro; y la 260.ª División de Infantería, del vecino de la



izquierda. Si se tiene en cuenta que las divisiones alemanas eran por su plantilla de personal dos o tres veces superiores en número a las nuestras, esta era una fuerza impresionante. Pero tampoco el traslado de tropas, realizado por Model mejoró la situación. Los ejércitos de Cherniakovski destrozaban por partes a las unidades de refuerzo enemigas que acudían y, con un ritmo de ofensiva cada vez más elevado, continuaban persiguiendo exitosamente a las derrotadas grandes unidades del Grupo de Ejércitos Centro.

En su conjunto, la Operación Bagratión se desarrollaba felizmente. Las dificultades que surgieron al 3.er Frente de Bielorrusia estaban motivadas por el hecho de que sus vecinos de la derecha y, especialmente, de la izquierda se rezagaron. Las fuerzas principales del Frente habían alcanzado los accesos a Borísov, cuando a las 03.00 horas del 29 de junio un oficial de enlace del Estado Mayor General llegó con un sobre. Komarov despertó en el acto al comandante en jefe. Un minuto después ya estaba presto.

—El agua es un puro hielo, camarada comandante en jefe —le advirtió con voz quebrada el somnoliento ordenanza.

—¡Así pasará antes el sueño! Sólo échame en la cabeza y en el cuello. ¡Ni una gota a la cintura!

El ordenanza Pliusnin no se cansaba de admirar el cuerpo fornido del comandante en jefe.

—Tendría que tomar un bocado, camarada general.

—Me bastará con un vasito de té cargado con limón.

Cherniakovski se frotó el cuerpo y se puso la guerrera en un santiamén. Abrió el sobre y extrajo una hoja de papel opaco con la directiva para el desarrollo ulterior de la Operación Bagratión.

«De importancia especial.

Personalmente: al comandante en jefe del 3.er Frente de Bielorrusia, camarada Cherniakovski. Al miembro del Consejo Militar del Frente, camarada Makárov. Al camarada Vladímirov.

El Gran Cuartel General del Mando Supremo ordena:

1. A las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia forzar sobre la marcha el río Bereziná, dejando a un lado los puntos de apoyo del enemigo que encuentre en su camino y desarrollar una impetuosa ofensiva sobre Minsk y con el ala derecha sobre Molodechno.

2. No más tarde del 7-8.7.1944 en cooperación con las tropas del 2.° Frente de Bielorrusia apoderarse de la ciudad de Minsk y con el ala derecha tomar Molodechno.

El Gran Cuartel General exige del 5.° Ejército de Tanques acciones impetuosas y decididas que respondan a la situación formada en el Frente.

3. Exigir de la infantería la tensión necesaria al objeto de que, en lo posible, no se rezague de las fuerzas blindadas y de las grandes unidades de caballería que actúan en vanguardia.

4. Dar parte de las disposiciones cursadas.

Stalin.

Antónov».

Cherniakovski se alegró, pues las disposiciones ya dadas por él correspondían a la directiva recibida. Su proyecto de idea de maniobra ya había madurado cuando los tanques de Rótmistrov se apoderaron de Tolochin. Pero antes de tomar definitivamente una decisión de tal importancia, quiso obligatoriamente escuchar la opinión de sus auxiliares más inmediatos. Sin acabar de tomar el té, pidió que llamaran a Makárov y a Pokrovski. El miembro del Consejo Militar y el jefe del estado mayor no se hicieron esperar. Después de escucharles atentamente, Iván Danílovich dictó su decisión:

—El enemigo, aprovechando las reservas operativas recién llegadas y los restos de las grandes unidades derrotadas del 3er Ejército Panzer, intenta detener la ofensiva de las unidades del Ejército Rojo en el Bereziná. Mientras que nuestro grupo de caballería y mecanizado ha forzado el Bereziná y desarrolla exitosamente la ofensiva, el 5° Ejército de Tanques de la Guardia y las fuerzas principales del Frente combaten en los accesos lejanos a Borísov...

Después de exponer la situación, pasó a la parte referente a la orden:

—En cooperación operativa con el 1.er Frente de Bielorrusia, las tropas móviles y la aviación del Frente desarrollarán impetuosamente la ofensiva sobre Minsk y cortarán el camino de retirada al oeste de una importante agrupación enemiga. El grupo de caba-

llería y mecanizado de Oslikovski desplegará la ofensiva, teniendo por misión tomar Molodechno. El ejército de tanques de Rótmistrov, una vez cruzado el Berezina tomará la región de Borísov, desarrollando ulteriormente la ofensiva a caballo de la autopista y al final del día 2 de julio conquistará Minsk...

—Iván Danílovich, en la directiva del Gran Cuartel General se dice que nosotros cooperamos con el 2.° Frente de Bielorrusia y ni siquiera se menciona con una palabra al 1.er Frente de Bielorrusia —observó Makárov.

—Indicando nuestra cooperación con el 2.° Frente de Bielorrusia, el Gran Cuartel General tiene en cuenta que el general Zajárov asegure nuestra ala izquierda y las retaguardias, por cuanto nosotros nos hemos adelantado mucho. Por el momento no tenemos contacto con el 1.er Frente de Bielorrusia, cooperamos con él operativamente.

—Pero es que el 2.° Frente de Bielorrusia va muy detrás —terció Pokrovski—. Por lo visto tendremos que prestar atención al peligro en nuestra ala izquierda.

—¡Totalmente justo, Alexandr Petróvich! En correspondencia con la idea de maniobra adoptada por nosotros, dé las disposiciones a las tropas, recomendándoles con qué fuerzas asegurar el intersticio de la izquierda. El vecino de la derecha también se rezaga. Imponga como obligación a Krylov y a Liúdnikov la protección del ala derecha del Frente.

—Iván Danílovich, en nuestra directiva a los ejércitos adelantamos mucho los plazos, indicados por el Gran Cuartel General...

—Si vamos a observar los plazos, el 4.° Ejército alemán se escapará al este de Minsk de la bolsa que le hemos preparado.

—Conforme, pero el estado mayor tiene poco tiempo para elaborar el plan de la operación, hacerlo llegar hasta las tropas...

—Alexandr Petróvich, carecemos simplemente de tiempo para confeccionar planes detallados. Por ello, permito que se anote todo en la carta topográfica con breves disposiciones. Llame a los comandantes de los ejércitos y de las diferentes armas, así como a sus jefes de estado mayor, para que conozcan la directiva y mi decisión y que trabajen paralelamente con usted. El éxito de la

operación depende mucho de cómo llegue hasta el conocimiento de las tropas la idea de maniobra.

Fuera cantaron los gallos. Iván Danílovich abrió la ventana.

—¡No está mal, han destituido a Von Busch, ahora le llega el turno a Model!

Después de pasar a viva fuerza el Bereziná, el grupo de caballería y mecanizado continuó la ofensiva sobre Pleschenitza. El 30 de julio las fuerzas principales del Frente llegaron al Bereziná. Los tanques de Rótmistrov y los destacamentos de vanguardia de los generales Gálitski y Glagólev se aproximaron a Borísov. Cherniakovski estuvo todo el día con las grandes unidades de Gálitski y del 5.º Ejército de Tanques de la Guardia.

Las fuerzas del Frente forzaron exitosamente el Bereziná y, sin empeñarse en combates largos, rebasando los centros de resistencia en las líneas intermedias, seguían adelante. Las fuerzas principales de Rokossovski continuaban desarrollando la ofensiva en dirección a Baránovichi.

La impetuosa operación llevada a cabo, combinada con una profunda maniobra envolvente por los flancos, tuvo por resultado que las grandes unidades de Cherniakovski rompieran la resistencia del enemigo en la noche al 3 de julio en los accesos a Minsk. Al amanecer irrumpieron las primeras en la capital de Bielorrusia, cuatro días antes del plazo fijado. En vanguardia se encontraban las brigadas de tanques de la Guardia: la 4.ª, mandada por el coronel O. Lósik, y la 18.ª, bajo el mando del teniente coronel V. Esipenko. En los combates por Minsk se distinguió también la 1.ª División de Infantería de la Guardia del coronel. P. Tólstikov.

Cuatro horas más tarde entraron en la ciudad las grandes unidades acorazadas del 1.er Frente de Bielorrusia.

Ese mismo día, en cooperación con las grandes unidades de Rokossovski, las tropas de Cherniakovski limpiaron Minsk totalmente:

En el puesto de mando de Cherniakovski reinaba un ambiente de júbilo. Se captaron en el éter las señales de Moscú. Orden a las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia... Después, retumbaron lar-



gamente las salvas de saludo. Cuando cesó el himno todos comenzaron a felicitar al comandante en jefe...

Durante los diez días de ofensiva de las tropas de Bagramián, Cherniakovski, Zajárov y Rokossovski, se abrió en la defensa del enemigo una enorme brecha de más de cuatrocientos kilómetros de anchura, que le fue imposible cerrar al mando alemán. Con maniobras envolventes y de flanqueo del 1.er y el 3.er Frentes de Bielorrusia, coordinadas con las acciones ofensivas del 2.º Frente de Bielorrusia, las tropas soviéticas cercaron al este de Minsk al 4.º Ejército y a una parte del 9.º Ejército enemigos, con un total de más de cien mil hombres. El embolsamiento de una agrupación tan numerosa como resultas de la persecución paralela de las tropas de dos frentes y a tan gran profundidad (doscientos cincuenta kilómetros) fue una operación sin precedentes y una contribución importante al desarrollo del arte militar soviético.

Las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia hicieron un aporte colosal a la derrota del Grupo de Ejércitos Centro, ganándose con toda razón su comandante en jefe la notoriedad de ser uno de los estrategas soviéticos de más talento. El propio Iván Danílovich explicaba el éxito de la operación, incluido también el de las tropas de su Frente, por la magnifica y bien organizada cooperación de cuatro poderosas agrupaciones de Frentes, en que los mandos de todos los grados habían dominado el arte de conducción de las tropas y en que los instructores políticos habían sabido inculcar en los combatientes un heroísmo en masa. Cherniakovski sentía especial gratitud para con sus colaboradores más próximos: el miembro del Consejo Militar, el jefe del estado mayor y los jefes de las diferentes armas. Comprendía perfectamente que sin su ayuda habría sido imposible conseguir una dirección de las tropas tan firme y tan ininterrumpida.

Vasili Emeliánovich Makárov, miembro del Consejo Militar del 3.er Frente de Bielorrusia, escribía en sus memorias:

«...Bajo la dirección del general Cherniakovski, las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia fueron unas de las primeras en entrar en Minsk... el éxito estaba predeterminado de antemano, yo diría, por la habilidosa preparación para la ofensiva.

En esta preparación, carente de todo cliché, realizada por métodos absolutamente nuevos, que despistaron totalmente a los servicios de Información alemanes, mucho de lo hecho se debió a la iniciativa de Iván Danílovich y fue el resultado de su inagotable creación como estratega, de su gran erudición y habilidad militar.

Y aunque desde los primeros días de la contienda tuve que estar en el frente y antes de encontrarme con Iván Danílovich había participado en muchas grandes operaciones, experimentando en más de una ocasión la amargura de las derrotas y el júbilo de las victorias, hasta entonces, había visto raramente un trabajo tan minucioso, tan pensado y tan preciso de un comandante en jefe».

Los éxitos jamás se le subieron a la cabeza a Cherniakovski. Era en todo momento exigente consigo mismo, siendo un ejemplo de laboriosidad.

«...Iván Danílovich no soportaba ninguna clase de autosatisfacción ni de jactancia —recordaba Vasili Emeliánovich—. Él mismo era un hombre de una gran modestia. Recuerdo que en cierta ocasión fuimos a una unidad de tanques y Cherniakovski vio que en dicha unidad estaba su retrato. Allí no dijo nada, pero en cuanto emprendimos el camino de regreso, preguntó:

—¿Para qué han colgado mi fotografía?

—Por que eres el comandante en jefe del Frente. Por eso la han puesto.

—En nuestro ejército hay comandantes en jefe más viejos que yo, con más méritos y de mayor graduación. Sus retratos eran los que debían de ponerse. En una palabra, ruego que lo retiren inmediatamente.

Incluso ordenó comprobar si habían quitado o no la fotografía. Y no se tranquilizó hasta que no desapareció el retrato...»

La guerra está llena de casos imprevistos, que el estratega debe estar siempre preparado para resolverlos. Durante las solemnidades con motivo de la liberación de la capital de Bielorrusia, comunicaron a Cherniakovski que el núcleo principal del 4.º Ejército alemán había roto el cerco, lanzándose a lo largo de la autopista en dirección a Minsk. En aquellos momentos el grueso de las fuerzas del 3.^{er} Frente de Bielorrusia había progresado mucho ha-

cia el oeste y libraba duros combates. Se cernió un peligro sobre la ciudad liberada.

Sin embargo, Cherniakovski jamás despreció la siguiente regla: por más impetuosa que fuere la ofensiva no había que olvidarse de afianzar el éxito. Para ello siempre conservaba reservas. En aquella ocasión, las puso en juego al momento. Al mismo tiempo apareció nuestra aviación que arrojó centenares de bombas sobre el enemigo. Empezó el desastre definitivo del 4.° Ejercitó alemán.

A los aviadores del general Jriukin se les planteó la misión de retener el movimiento de las columnas del enemigo, crear embotellamientos en la carretera, para después asestar golpes masivos sobre la aglomeración de fuerzas. Al desmoralizado ejército alemán le golpeaban desde el aire los aviadores. Frontalmente las grandes unidades de infantería, por los flancos las tropas blindadas y por la retaguardia los guerrilleros bielorrusos. El enemigo perdió la dirección de sus tropas y las columnas se desperdigaron.

Al objeto de proteger el ala izquierda del Frente y culminar la derrota de la agrupación cercada, el Gran Cuartel General del Mando Supremo subordinó al 3.er Frente de Bielorrusia el 33.er Ejército, mandado por el teniente general V. Kriuchenkin. A su vez, el mando alemán comenzó febrilmente a trasladar a Bielorrusia grandes reservas desde el oeste, tratando de detener a toda costa el avance de nuestras tropas. En aquellos momentos los ejércitos del 3er Frente de Bielorrusia se habían adelantado mucho. Los servicios de retaguardia estaban rezagados. Algunos ejércitos se habían extendido y se precisaba reordenarlos. Cherniakovski ordenó a Oslikovski, sin cesar de perseguir impetuosamente al enemigo, cortar el ferrocarril Minsk-Vilnius e impedir que llegaran reservas en auxilio de las fuerzas cercadas.

En los dos días siguientes, dejando a un lado los centros de resistencia, el grupo de caballería y mecanizado progresó otros cien kilómetros más, tomó el 2 de julio la ciudad de Vileika y cortó el ferrocarril. El mando alemán consiguió traer a este sector, desde la región de Narva, a la 170.ª División de Infantería. Habiendo consumido el combustible, el III Cuerpo Mecanizado tuvo que aceptar combate como infantería. El cuerpo de caballería de Osli-

kovski conservaba su movilidad... Teniendo esto en cuenta, el comandante en jefe del Frente ordenó a sus grandes unidades actuar independientemente.

Oslikovski avanzó tanto que sus radios no podían mantener enlace con el Cuartel General del Frente. No estando seguro de que recibiría su orden, Cherniakovski decidió enviar a un oficial de enlace a que estableciera contacto con Oslikovski.

—¡Envíeme a mí, Iván Danílovich! —se ofreció Komarov.

Unos minutos después estaba ya en el aeródromo de campaña, donde le aguardaba el avión del comandante en jefe.

Llegaron felizmente al punto de destino. Cuando salía del aparato Komarov oyó un intenso tiroteo de fusil y ametralladora, luego, llegó hasta sus oídos un atronador «hurra». ¡Los jinetes atacan!

El general Oslikovski, como siempre animoso, apuesto y, a pesar del calor, con su acostumbrada capa negra caucasiana sobre los hombros, le recibió en su puesto de mando.

—Suéltelo, Alexéi Ivánovich, ¿qué disgusta al comandante en jefe?

—Todo lo contrario, ¡está muy satisfecho! —le tranquilizó Komarov—. Pero su orden es la siguiente: liquidar el grupo de caballería y mecanizado y que los cuerpos actúen independientemente. Entregue sector de Vileika al cuerpo mecanizado y usted, emprenda la ofensiva sobre Lida.

—Está bien. ¿Qué más?

—A los distinguidos en la última operación hay que presentarlos para ser condecorados. Y a usted, camarada general... —Y Komarov hizo como si se le escapara un secreto—, el Consejo Militar del Frente le propone para el título de Héroe de la Unión Soviética. A su jefe de estado mayor se le recomienda para el ascenso a mayor general...

La tarde de aquel mismo día se recrudecieron los combates en el sector de Oslikovski. El enemigo no cesaba de lanzar al combate unidades nuevas. Los jinetes, pie a tierra, cooperando con los tanquistas, en reñidos combates mantuvieron durante tres días sus posiciones en el río Vileika, hasta que acudieron las grandes unidades de vanguardia de los ejércitos interarmas.

El Gran Cuartel General del Mando Supremo transmitió el 4 de julio esta nueva directiva al Frente:

«De importancia especial.

Personalmente: al comandante en jefe del 3.er Frente de Bielorrusia, camarada Cherniakovski. Al miembro del Consejo Militar del Frente, camarada Makárov. Al camarada Vladímirov.

El Gran Cuartel General del Mando Supremo ordena:

1. A las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia, con parte de sus fuerzas, y conjuntamente con el 2.° Frente de Bielorrusia, culminar la derrota del enemigo, cercado al este de Minsk.

2. No más tarde del 10-12 de julio tomar la línea Vilnius-Lida y, asestando el golpe principal sobre Vilnius, alcanzar posteriormente el Niemen, ocupando una cabeza de puente en su orilla oeste.

3. Informar acerca de las disposiciones cursadas.

4 de julio de 1944.

Stalin

Antónov».

Con directrices análogas les fueron planteadas las misiones a otros Frentes: al 1.° del Báltico, avanzar hacia la línea Shauliai-Kaunas; al 2.° de Bielorrusia, perseguir al enemigo en la dirección Grodno-Bialistok; al 1.° de Bielorrusia, desarrollar la ofensiva con el ala derecha sobre Baránovichi-Brest.

Ese mismo día, Cherniakovski comunicó su idea de maniobra a Vasilievski, representante del Gran Cuartel General. Esta vez el plan de la operación no ocupó más que un pequeño juego de mapas topográficos.

Apoyándose en la mesa sobre el brazo izquierdo, Alexandr Mijáilovich examinaba atentamente la formación operativa del Frente y las misiones de los ejércitos. Con la mano derecha se alisaba sus cabellos negros, apenas encanecidos. Clavaba la mirada en una poderosa flecha roja: el 5.° Ejército, conjuntamente con el 5° Ejército de Tanques de la Guardia y el III Cuerpo Mecanizado de la Guardia, asestaba el golpe principal sobre Vilnius.

—Iván Daniílovich, ¿no habrá dejado en reserva pocas fuerzas? A retaguardia de nuestras tropas, hay cercadas más de una

veintena de grandes unidades del enemigo. Cercar no significa aún vencer. Debemos esperar una furiosa resistencia y tentativas de escapar de la bolsa.

—Cuanto más avancemos —repuso Cherniakovski—, tantas menos esperanzas dejaremos a las reservas operativas del enemigo para abrirse paso hacia la agrupación cercada.

—Así es, pero tenga cuidado para que no corten nuestra retaguardia...

—¡No la cortarán! Emplearemos al máximo a la fuerza aérea.

—Cuando los alemanes comprendan que no pueden escapar, intentarán infiltrarse en pequeños grupos. No vamos a perseguirlos con los bombarderos y los aviones de asalto...

—Lo principal es tomar Vilnius y saltar a través del Niemen.

—Por cruzar el Niemen se puede correr el riesgo. Pero no debemos perder de vista que el enemigo nos obligará a forzar en toda regla un obstáculo acuático tan considerable...

A mediados de julio al 3.er Frente de Bielorrusia le correspondía limpiar de enemigos, no sólo la parte occidental de Bielorrusia, sino también una gran parte del territorio de Lituania. Las fuerzas de Cherniakovski no cesaban la ofensiva ni de día ni de noche. El 5 de julio se apoderaron de la ciudad de Molodechno, gran nudo ferroviario e importante punto de apoyo de la defensa del enemigo en el camino a Vilnius. Quebrantando la resistencia de una división de campaña de la Luftwaffe y de otra división de infantería enemigas, el cuerpo mecanizado, mandado por el general Obújov, al final de ese mismo día tomó la estación ferroviaria de Smorgón. A las 19.00 horas del 9 de julio los escuadrones de Oslikovski con un ataque por los flancos y la retaguardia irrumpieron en la ciudad de Lida.

En todas las direcciones se perseguía impetuosamente a las derrotadas grandes unidades del Grupo de Ejércitos Centro. El teniente general Müller, que desempeñaba las funciones de jefe del 4.º Ejército, copado en las proximidades de Minsk, el 9 de julio reconoció que era inútil seguir resistiendo y ordenó a las tropas a él subordinadas rendirse. El mismo se entregó con tres mil quinientos soldados y oficiales. Quebrantados por la fuerza de las armas

soviéticas, depusieron las armas a la cabeza de sus soldados los generales Traut, Bamler, Ersmandorf, Steilker, Hofmeister, Gier, Trovitz, Klammt y otros.

En aquellos días memorables, cuando las tropas alemanas se retiraban inexorablemente hacia las fronteras de Alemania, el Comité Central del Partido Comunista de Bielorrusia y el Gobierno de la República Socialista Soviética de Bielorrusia invitaron al comandante en jefe y al miembro del Consejo Militar del 3.er Frente de Bielorrusia a presenciar el desfile de los guerrilleros en Minsk. El júbilo reinaba en la capital de Bielorrusia. El pueblo recibió con entusiasmo al destacado estratega. Tocaban las bandas de música, el coche de Cherniakovski lo ocultaban las flores. Las gentes patentizaban su ardiente gratitud a los gloriosos combatientes. Los miembros del Gobierno de la República recibieron a Cherniakovski y a Makárov en la plaza central, invitándoles a subir a la tribuna. Aquel mar humano enmudeció dominado por una tensa atención. P. Ponomarenko, secretario del Comité Central del Partido Comunista de Bielorrusia, en nombre de miles de habitantes de Minsk, expresó su agradecimiento al Partido Comunista, que había llevado a la victoria al pueblo bielorruso. Recorrió la plaza un atronador «hurra».

—¡Camaradas guerrilleros y guerrilleras, os felicito por la liberación del yugo fascista! Todos estos tres años de ocupación luchasteis heroicamente contra el enemigo y no os sometisteis a los fascistas —se oyó decir desde la tribuna.

Después del mitin se celebró un desfile solemne de los guerrilleros. Marcando el paso pasaron ante la tribuna los vengadores populares, templados en los combates. Las Brigadas Guerrilleras Komsomol y Comité Central del PC(b) de Bielorrusia ayudaron directamente a las unidades de vanguardia del 3.er Frente de Bielorrusia en la toma de las ciudades de Krásnoe y Ostrovets. En señal de especial agradecimiento, Cherniakovski dijo unas palabras en su honor, calificando al movimiento guerrillero de Ucrania y Bielorrusia como segundo frente. Según datos oficiales, en el transcurso de las operaciones en Bielorrusia, el mando del Grupo de Ejércitos Centro tuvo que emplear en su retaguardia diez divisiones para luchar contra los guerrilleros.

XIII

EL CRUCE DEL NIEMEN

A comienzos de julio, en cooperación con los ejércitos del coronel general Zajárov, las tropas de Cherniakovski, aniquilando a la agrupación cercada integrada por el 4.º Ejército alemán y parte del 9.º, avanzaban incontenibles hacia las fronteras de Alemania, atacando por el eje Molodechno-Vilnius. El 3.^{er} Frente de Bielorrusia tenia por misión inmediata apoderarse para el 12 de julio de la línea Vilnius-Lida, llegar al Niemen y hacerse con una cabeza de puente en su margen occidental, que sirviera como base de partida para la ulterior ofensiva sobre Prusia Oriental.

El coche de Cherniakovski corría veloz por la carretera de Minsk a Vilnius. A cada minuto se oía más cláramente el fragor de una batalla lejana. Las grandes unidades de la vanguardia de Krylov deberían en aquellos momentos combatir a unos setenta kilómetros de donde se encontraba el coche, en las afueras orientales de Vilnius. La proximidad del cañoneo puso sobre aviso al comandante en jefe, que ordenó a Komarov contactar con el estado mayor.

—Los alemanes atacan el Puesto de Mando del Frente, intentan abrirse paso a la carretera Minsk-Vilnius —comunicaron excitados desde el puesto de mando.

—¡Póngame en comunicación con las unidades que cubren la carretera de Minsk!

—El segundo jefe del Regimiento de Motocicletas, capitán Gavrílov, al habla.

El radiotelegrafista entregó los auriculares al comandante en jefe.

—¿Dónde está el jefe del regimiento?

—Ha sido herido de gravedad.

—Camarada Gavrílov, le nombro jefe del regimiento y le asciendo a comandante —Gavrílov callaba. Por lo visto le había dejado estupefacto el giro que tomó la conversación—. Espero después del combate poderle felicitar personalmente. ¿Me entendió? Paso a escuchar.

—¡Sirvo a la Unión Soviética! —respondió emocionado el oficial.

—¡Le ordeno que defienda firmemente el Puesto de Mando del Frente e impida que los alemanes irrumpan en la carretera de Minsk a Vilnius. Le subordino a usted todas las fuerzas y medios existentes en ese sector.

Intentando salvar los restos de la agrupación copada, el mando alemán ordenó que las unidades salieran del cerco independientemente. En algunos sitios lograron romper el cinturón interno y abrirse paso por grupos de hasta cinco mil hombres. Uno de estos grupos fue el que atacó el puesto de mando.

El Regimiento de Motociclistas cumplió la orden. Cherniakovski y Makárov pudieron llegar sin novedad al cuartel general. Cuando los batallones de infantería de Gubkin y de Yurguín estuvieron cerca, el Regimiento de Motocicletas derrotó a los alemanes con un contraataque por el flanco. Sólo unos pocos lograron retirarse hacia el oeste.

Después de liberar totalmente a Bielorrusia conjuntamente con las fuerzas de Rokossovski, Zajárov y Bagramián, las tropas de Cherniakovski prosiguieron la ofensiva por tierras lituanas. Se adelantaron impetuosos los tanques del teniente general Obujov y los regimientos del mayor general Donets. Las unidades regulares peleaban hombro con hombro con los destacamentos guerrilleros lituanos, que dirigía A. Snechkus, secretario del Comité Central del Partido Comunista de Lituania, que se encontraba a la sazón en el Cuartel General del 5.° Ejército. El pueblo lituano ayudó con todo lo que pudo al Ejército Rojo.

Los campesinos recibían a sus libertadores con júbilo inenarrable.

Las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia entablaron combates por la ciudad de Vilnius, mientras que el comandante en jefe y su estado mayor se preparaban ya para pasar a viva fuerza el Niemen. El general Baránov, jefe de las tropas de Ingenieros, presentó al Consejo Militar el plan de aseguramiento ingeniero de esta operación. El río, de una anchura de hasta doscientos metros y una profundidad de hasta cuatro metros y rápida corriente era un obstáculo serio en el camino de las tropas en ofensiva. El plan fue aprobado en su conjunto. Cherniakovski introdujo sus correcciones y advirtió rigurosamente a Baránov de que no se repitieran los errores, cometidos durante el paso del Bereziná. Ordenó llevar los medios de paso del Frente detrás del primer escalón del ejército, que atacaba en la dirección principal, mientras que los medios de paso del ejército deberían seguir inmediatamente tras el primer escalón del cuerpo en la dirección del golpe principal.

En el apogeo de la batalla por Vilnius, llegó al Puesto de Mando del Frente el coronel general F. Kuznetsov, jefe de la Dirección Principal de Información del Ejército Rojo. Cherniakovski recibió cordialmente a su antiguo compañero de servicio y amigo.

—Fiódor Fedótovich, ¿en qué le puedo ser útil? Dígamelo, si no es un secreto.

—Un secreto especial no es —sonrió Kuznetsov—. Hace dos horas que llegó a su sector el general Dean, jefe de la misión militar estadounidense. Por encargo de nuestro gobierno debemos preparar con él medidas de gran importancia.

—¿Cuál será mi obligación, como jefe del Frente?

—Primero, no aminorar el ritmo de ofensiva para que los aliados se convenzan por sus propios ojos de la potencia de las tropas soviéticas. Segundo, recibir al representante de las fuerzas aliadas con la proverbial hospitalidad rusa, para que se sienta como en su propia casa.

—No se preocupe, ¡todo saldrá *okey!* Pero, ¿y si empieza a interesarse por nuestros planes, por el estado de las tropas?

—Los aliados son aliados. Habrá que enseñarle nuestro material bélico y los pertrechos estadounidenses, recibidos a través del Préstamo y Arriendo. No importará si se convence de que nuestras armas son mejores que las norteamericanas...

Los amigos recordaron su servicio conjunto en el 60.º Ejército y a los camaradas que cayeron en los combates por la victoria. Iván Danílovich rió con toda su alma recordando al oso del estado mayor de la división siberiana.

—¿Dónde estará ahora nuestro hirsuto amigo?

—La última vez le vi cuando os quitaron la 303.ª y la lanzaron sobre Járkov. El plantígrado iba a la cola del cuerpo de tren de la columna del estado mayor. Se balanceaba graciosamente tras un carro. Al cabo de un mes, o quizás dos, recibí una carta del adjunto político de esta división. Los siberianos pelearon bravamente a las puertas de Járkov. Nuestro oso favorito se distinguió en estos combates: distrajo la atención de los alemanes, ayudando así a que un grupo de oficiales del estado mayor pudiera romper el cerco.

—¡Qué maravillas no ocurren en la guerra! —sonrió Cherniakovski—. En el 3.er Frente de Bielorrusia hay muchas divisiones siberianas. ¡Magníficos combatientes! Cuando me los encuentro recuerdo siempre a aquellos siberianos y a su amigo patizambo...

Se aproximaba la hora de recibir a los huéspedes norteamericanos. El jefe del estado mayor organizó el ceremonial con todas las reglas: guardia de honor, banda de música, los himnos estatales... Asistieron al almuerzo el mariscal Vasilievski, el coronel general Kuznetsov, los generales y oficiales del estado mayor. Cherniakovski propuso el primer brindis por la salud del distinguido huésped. Como respuesta, el general Dean brindó en honor del pueblo ruso.

Se entabló un coloquio desenvuelto. Dean habló de la trascendencia de la operación de Bielorrusia, se interesó por conocer qué papel había jugado la ayuda estadounidense a través del Préstamo y Arriendo. El general Igolkin aportó datos sobre la cantidad de tanques y aviones norteamericanos que habían participado en la operación. La cifra resultó ser bastante modesta.

Dean se condolió por las pérdidas del Ejército Rojo en los tres

años de guerra. Se le aseguró que cuando llegasen al Elba las tropas soviéticas no estarían debilitadas lo más mínimo...

El diálogo habría durado mucho si uno de los presentes no hubiera advertido que comenzaba a despuntar el día.

—¡Señores! —proclamó Dean—. Les ruego que levanten las copas por el mariscal Vasilievski, jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas de la URSS. —A continuación, se dirigió a Alexandr Mijáilovich en nombre del jefe del Estado Mayor del Ejército de Estados Unidos.

—Señor Vasilievski, el general Marshall me encargó que le pidiera acelerar los plazos de la entrada de la URSS en guerra contra el Japón.

—Señor general, le consideramos a usted como una personalidad militar de importancia, como un especialista, que comprende a fondo las leyes que rigen la guerra contemporánea, que tiene conciencia de cuán importante es concentrar las fuerzas en la dirección decisiva... —comenzó Vasilievski.

Por supuesto, no nos proponemos refutar las leyes de la guerra —confirmó amablemente Dean.

—Y ustedes tienen que estar de acuerdo —siguió Alexandr Mijáilovich—, que la entrada prematura de la URSS en la guerra en el Extremo Oriente conduciría a una dispersión de nuestros esfuerzos, que no es deseable, distraería a las tropas soviéticas del frente principal, el decisivo de la guerra mundial. Cualquier dilación en la lucha contra la Alemania nazi postergaría los plazos de terminación de la contienda, ahondaría aún más las penalidades de la humanidad...

Cerca de las 03.00 horas, Cherniakovski acompañó a Kuznetsov, que tenía prisa por regresar a Moscú. Los amigos se despidieron cordialmente con la esperanza de volverse a encontrar pronto. Dean se levantó tarde. Después del desayuno fue a ver al comandante en jefe del Frente, obteniendo permiso para visitar a los generales prisioneros y ver el ejército, que atacaba en el eje principal de avance.

Cherniakovski ordenó que acompañara al general Dean el coronel B. Sokolov, jefe de la Dirección Operativa del Frente.

El primer deseo de Dean fue conocer cómo funcionaba el material de guerra suministrado a través del Préstamo y Arriendo. El coronel Sokolov prometió al general, que de camino a Vilnius, le mostraría el campo de batalla en el que participaron los tanques norteamericanos M-3.

Pronto llegaron. En una llanura ligeramente ondulada con escasos bosquecillos se abría el panorama de una reciente batalla de tanques. Por doquier se veían máquinas inutilizadas, quemadas. Sokolov mostró a Dean tres T-34 inutilizados, ante los cuales negreaban once tanques alemanes destruidos. El automóvil avanzó un poco más y de nuevo se ofrecieron a su vista los armazones calcinados de tanques de un mismo tipo. El coche se aproximó a uno de ellos: estaba perforado en varios sitios. Dean puso cara larga: había reconocido a un tanque de fabricación norteamericana.

—Los obreros norteamericanos construyeron el tanque, mientras que los rusos sucumbían, luchando en él por la libertad de los pueblos de la URSS y de Estados Unidos —rompió el silencio Sokolov.

—No puede haber guerra sin pérdidas...

—Conforme, pero es lamentable que las pérdidas no se distribuyan equitativamente...

Dean calló y ya no volvió a mencionar la ayuda técnica estadounidense.

Pasaron la tarde en el Estado Mayor del 5.º Ejército. El general Krylov dio una cena en honor del huésped norteamericano. La conversación giró en torno a Cherniakovski. Nikolái Ivánovich relató muchos episodios de combate interesantes, que caracterizaban al joven comandante en jefe como estratega audaz y decidido, como hombre sencillo y atractivo...

En el sistema defensivo del enemigo, Vilnius era una plaza fortificada importante en los accesos a Prusia Oriental: aseguraba el flanco derecho de las fuerzas alemanas en el Báltico. En las últimas semanas, la guarnición había aumentado considerablemente. Fueron trasladadas allí con toda urgencia desde Alemania la 2.ª División de Desembarco Aéreo y la 6.ª División Panzer. En las inmedia-

ciones de la ciudad de Lida desembarcó de los trenes la 7.ª División Panzer, procedente de Stanislaw. En la región de Osmany-Holshany habían sido retirados a segunda línea los restos de la 707.ª División de Seguridad y de la 5.ª Panzer. El 7 de julio llegó en avión a Vilnius el teniente general Stael, al que se le había ordenado defender la ciudad a cualquier precio.

Ese mismo día, el ejército de Krylov, en colaboración con el cuerpo mecanizado de Obujov, rebasó Vilnius por el norte y cortó la carretera a Kaunas, junto a la localidad de Vevis. El ejército de tanques de Rótmistrov retenía frontalmente en las afueras orientales de la ciudad a una agrupación enemiga. El ejército de Gálitski desbordó Vilnius por el sur y, apoderándose de Trakai, estableció contacto directo con las unidades del ejército de Krylov. Las tropas de Glagólev, en colaboración con la caballería de Oslikovski, liberaron totalmente la ciudad de Lida.

Así pues, la agrupación enemiga, formada por quince mil hombres, quedó encerrada en Vilnius. El jefe del 3.er Frente de Bielorrusia decidió continuar la ofensiva, dejando parte de sus fuerzas para el aniquilamiento de la agrupación sitiada. Las fuerzas principales del ejército de Krylov avanzarían sobre Kaunas, mientras las grandes unidades de Gálitski y Glagólev lo hacían en dirección a Suvalki, para en las últimas horas del 13 de julio forzar el Niemen en el sector Alitas-Druskininkai y más al sur.

El 9 de julio prosiguieron en la capital de Lituania los reñidos combates con el enemigo. Los combatientes soviéticos luchaban hombro con hombro con los guerrilleros del Destacamento Vilnius. Cherniakovski estaba seguro de que la guarnición enemiga tenía los días contados, pero le preocupaba el cruce del Niemen.

Por la mañana temprano escuchó en el Cuartel General del 11.º Ejercito de la Guardia el plan de maniobra expuesto por Gálitski para hacerse con una cabeza de puente en la margen occidental del río. El ejército necesitaba refuerzos. Cherniakovski subordinó a Gálitski una brigada de artillería y un batallón de pontones de la reserva del Frente, exigiendo que se forzara el Niemen sobre la marcha y en un amplio sector. Para ayudar al estado mayor del ejército a organizar la dirección de las operaciones, dejó allí al ge-

neral Pokrovski, dirigiéndose él mismo al cuartel general del ejército de tanques de Rótmistrov.

El 13 de julio tuvieron lugar acontecimientos importantes. El grueso del ejército de Gálitski llegó al Niemen. El jefe del XVI Cuerpo de Infantería de la Guardia, mayor general S. Gúriev, informó: «El enemigo impide con un potente fuego que la división del flanco derecho pueda forzar el Niemen. Destroza las almadías antes de que suban a ellas nuestras tropas... Pido permiso para detener el cruce del río».

El mariscal Model, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro, recibiendo la orden de Hitler de mantener a toda costa la línea del río Niemen, empezó a reforzar apresuradamente a la agrupación situada en el sector de Alitus-Kaunas, llevando allí tres divisiones de infantería y dos acorazadas, incluida la División Totenkopf de las SS. La exploración del Frente localizó este desplazamiento. Cherniakovski aplazó la toma de la cabeza de puente hasta que fuera de noche. Al mismo tiempo, dispuso reforzar el cuerpo de Gúriev con una brigada de artillería contracarro.

La situación se iba complicando más y más en el ala derecha del Frente. El general Krylov informaba:

—El enemigo, con casi una división de infantería y un centenar de tanques, nos contraataca por el flanco en dirección a Maishegal-Vilnius. El grueso del Ejército avanza sobre Kaunas. Solicito ayuda.

—¿De dónde pudieron salir los tanques enemigos que atacan la retaguardia de nuestro ejército? —preguntó Cherniakovski—. Ya hace mucho que Liúdnikov tomó Ukmergue.

—El enemigo se ha aprovechado de que el núcleo del 5.º Ejército está muy adelantado.

—¡Prosiga la ofensiva sobre Kaunas, protegeremos su retaguardia!

Aspirando a socorrer a la guarnición sitiada, los alemanes habían creado realmente una fuerte agrupación con infantería motorizada y carros de combate, asestando un contragolpe a las tropas de Krylov. Cherniakovski supo adelantarse al enemigo, moviendo oportunamente a este sector a las reservas del Frente y enfilando a

la aviación de asalto para atacar a la agrupación enemiga, concentrada en la posición de partida. A los alemanes se les creaba la amenaza de un nuevo cerco, viéndose obligados a pasar a la defensiva en la región de Maishegal. Resultaron infructuosos los intentos que hizo la agrupación de Vilnius para romper el cerco. El 13 de julio las grandes unidades del 5.º Ejército liberaron la capital de la Lituania Soviética. Miles de soldados y oficiales alemanes fueron capturados, mientras que el teniente general Stael, que mandaba la agrupación, se ahogó en el río Vilia al intentar escapar de la ciudad.

En la noche al 14 de julio una división del General Gúriev forzó el Niemen y se hizo en su ribera occidental con una cabeza de puente de hasta veinticinco kilómetros de ancho y cuatro de profundidad. La aparición de una nutrida agrupación nuestra en las cercanías de Alitus fue una sorpresa para el mariscal Model, jefe del Grupo de Ejércitos Centro.

Al día siguiente el enemigo contraatacó al cuerpo de Gúriev, trabándose sangrientos combates en la cabeza de puente. La división del coronel Tólstikov rechazó dieciocho contraataques. A la línea del río Niemen el mando germano la denominó «Línea de la catástrofe». Y así era en realidad, pues al otro lado del Niemen se abría el camino al cubil de la fiera nacionalsocialista. El Gran Cuartel General de Hitler, ubicado en Rastenburg, en Prusia Oriental, comenzó los preparativos para la evacuación al interior de Alemania. El mariscal Model tenía orden de Hitler de mantener a cualquier precio la línea del río Niemen. Se trajeron allí más de una decena de divisiones nuevas de infantería y acorazadas y varias brigadas independientes: la División Panzer de las SS Totenkopf, desde Jasi; la 19.ª División Panzer, desde Holanda; la 242.ª de Infantería, desde Alemania; y, finalmente, la 260.ª, la 57.ª y la 299.ª Divisiones de Infantería llegaron desde la retaguardia, después de ser completadas...

Cherniakovski sabía que el enemigo emprendería un intento desesperado para mantenerse en esta línea acuática, la última antes de la misma frontera. Mientras tanto, la correlación de fuerzas comenzaba a tornarse desfavorable para las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia, lo que se explicaba porque en el transcurso de las

batallas estratégicas habían cambiado los papeles y las misiones de los frentes.

En la noche al 12 de julio, Vasilievski propuso a Stalin que las tropas de Bagramián descargaran un golpe en la dirección Shauliai-Riga, irrumpieran en el Golfo de Riga, escindiendo con ello la formación operativa de las tropas del enemigo y aislando al Grupo de Ejércitos Norte del Grupo de Ejércitos Centro. Con esta finalidad, pidió que se reesubordinaran al 1.er Frente del Báltico el 5.º Ejército de Tanques de la Guardia y el III Cuerpo Mecanizado de la Guardia, hasta ahora a las órdenes del 3.er Frente de Bielorrusia, pasando el III Cuerpo de Caballería al 2.º Frente de Bielorrusia para desarrollar la ofensiva sobre Grodno.

Stalin opinaba que la debilitación de las fuerzas de Cherniakovski podía devenir en pasividad en el avance sobre Königsberg, teniendo por consecuencia que el mando alemán pudiera maniobrar con las divisiones del Grupo de Ejércitos Centro y enfrentarse a la ofensiva de las tropas de Bagramián. Por esta razón decidió, por el momento, dejar el ejército de tanques de Rótmistrov a disposición de Cherniakovski, ordenando a éste que forzara el ritmo de la ofensiva hacia las fronteras de Prusia Oriental, cubriendo el ala izquierda del 1.er Frente del Báltico.

Por consiguiente, Cherniakovski tuvo que despedirse del III Cuerpo Mecanizado de la Guardia y del III Cuerpo de Caballería. La separación fue dura: se esperaban poderosos contragolpes del enemigo y combates empecinados para mantener la cabeza de puente en la orilla occidental del Niemen.

El comandante en jefe del Frente continuó reforzando las tropas en la cabeza de puente del Niemen. En la noche al 18 de julio ordenó a Krylov que forzara el río en el sector de Dorsunishkis con la división del general Gorodovikov. No tardó en complicarse tanto la situación en la cabeza de puente de Alitus que Cherniakovski tuvo que pedir a Krylov que acelerara el paso del río.

Nikolái Ivánovich llamó al teléfono a Gorodovikov:

—Basán Badmínovich, el jefe del Frente pide que se den más prisa. Así lo dijo, que se den más prisa. —Y advirtió que esta palabra había actuado sobre Gorodovikov con mucho más fuerza que

la orden más severísima—. Por la mañana es necesario tomar una cabeza de puente para la ofensiva sobre Kaunas y estar preparados a rechazar los contraataques de una nutrida agrupación blindada enemiga.

—¡Ahora mismo levanto el puesto de mando y me dirijo con el estado mayor a Dorsunishkis!

—Le aconsejo, Basán Badmínovich, que ni espere al estado mayor. Llévese el grupo de operaciones y póngase en movimiento. El comandante en jefe sabe que a usted le será difícil, pero hay que resistir...

—¡Aguantaremos firmemente!

Krylov comprendía cuán importante era ocupar una nueva cabeza de puente, privando con ello al enemigo de la posibilidad de maniobrar con sus fuerzas en una línea acuática tan caudalosa.

Se imaginó vivamente a Gorodovikov. No al general, sino a un joven comandante. Llegó galopando en un precioso corcel del Don de patas blancas, de un flanco al otro de la guerrilla de jinetes, saltó de la silla gallardamente, se estiró y llevándose la mano a la visera dio el parte: «¡El regimiento bajo mi mando ha ocupado la posición de partida para el contraataque!».

Alto, fornido, esbelto, estaba ante el coronel Krylov, aguardando impaciente la orden de: ¡Atacar al enemigo!

Esto ocurría la primavera de 1941, en Extremo Oriente.

Y ahora, al cabo de tres años, en vísperas del comienzo de la operación de Bielorrusia, había llegado a disposición del jefe de ejército Krylov la 184.ª División de Infantería, mandada por Gorodovikov. Los viejos amigos sólo pudieron encontrarse en los accesos a Vilnius. Nikolái Ivánovich reconoció fácilmente a Gorodovikov, incluso con el uniforme de general. Verdad es que le encontraba un poco más gordo, sus movimientos eran más lentos. También se le notaba el cansancio: en medio mes la división había recorrido combatiendo cerca de quinientos kilómetros. Pero su rostro moreno y de pómulos acusados expresaba la misma aptitud para cumplir cualquier orden, bajo sus negras y espesas cejas miraban con el mismo ardor y audacia sus ojos vivos y atrevidos. Sus poblados mostachos, Basán Badmínovich se los había dejado, por lo visto, para

aparentar más edad; no tenía más que treinta y cuatro años, edad poco frecuente para un general.

Ahora, apresurando al jefe de la división para que forzara el río, Krylov sabía cómo estaban de cansados sus combatientes. Pero también sabía que Gorodovikov no le dejaría mal, que sabría movilizar todas las fuerzas...

Cuando el jefe de la división llegó al despliegue del 262.º Regimiento, en el sector de Dorsunishkis, se encontró que todos dormían a pierna suelta. Dormían los soldados y los mandos libres de guardia, dormían los oficiales del estado mayor, dormía el propio jefe del regimiento. Durante tres días seguidos el regimiento había combatido durísimamente, rechazando los desesperados ataques del enemigo, abriéndose paso hacia el último obstáculo acuático de importancia en el camino hacia Prusia Oriental, la ciudadela del nazismo. Cuando los alemanes fueron arrojados al río, los rendidos soldados no se tenían de pie...

Mientras el ordenanza despertaba al jefe del regimiento, Gorodovikov se alejó un poco. Apareció cuando el coronel ya se había despejado, sacudiéndose con trabajo el sueño.

—¿Por qué no fuerza el río? —preguntó el jefe de la división sin esperar el parte.

—No han llegado los medios de paso...

—Se le había ordenado forzar el río sobre la marcha, sobre medios de circunstancia.

—Los alemanes se llevaron todas las barcas...

—Si usted no está en condiciones de ensamblar almadías y traer de la otra orilla las barcas, yo le mostraré cómo se hace esto.

Los jefes de la Artillería y de las Transmisiones divisionarias, que habían llegado con Gorodovikov, le miraron asombrados. Pero ya los soldados arrastraban a la orilla troncos, tablas... todo lo que encontraban a mano.

Escudriñando la orilla opuesta, Gorodovikov ordenó:

—Jefe de Transmisiones, que lleven a nado el hilo hasta aquella isleta. Allí estará mi puesto de mando. Jefe de la Artillería, que las piezas situadas en la orilla cubran a las pequeñas unidades que fuerzan el río...

Aún no había pasado media hora cuando todo estaba en movimiento. El propio jefe de la división se puso a la cabeza del comando de nadadores. Con él nadaban su ayudante, el primer teniente Kulakovski, y el jefe de Transmisiones, comandante Zajárov. Gorodovikov se había criado en el Volga y era un formidable nadador. No tardó en adelantarse mucho. Los alemanes le localizaron y abrieron fuego de ametralladora. Pero el general ya nadaba en el «espacio muerto», protegido por el islote. Terminaron su travesía sin una baja. Allí mismo se organizó el enlace y el jefe de la división se puso al habla con el jefe de la Artillería, que asumió la dirección del fuego...

Cuando amaneció, el enemigo rompió fuego sobre el islote con sus Nebelwerfers*. Se cortó el enlace telefónico. Pero el comandante Zajárov ya había trasladado al puesto de mando la radio del jefe de la división. Arreció por ambas partes el fuego de artillería y de morteros. No tardó el coronel Zajárov, jefe de la Artillería, en trasladar el fuego de todas las baterías hacia el lugar desde donde llegaba el eco de un estruendoso «hurra»...

En el flanco izquierdo de la división, en el regimiento del teniente coronel Vodovózov, el batallón de vanguardia mandado por el capitán Gubkin había ocupado por la noche las posiciones de partida junto al río. El Niemen se extendía como una cinta obscura, reflejando sólo en algunos sitios la luz de la luna. De vez en cuando las nubes ocultaban a nuestro satélite, tornándose entonces el río más negro aún.

Aprovechándose de la oscuridad, los combatientes arrastraron al agua las balsas y los botes de pescadores.

Los preparativos tocaban a su fin. El éxito del cruce del río dependía mucho no sólo de lo acertado de la decisión, tomada por Gubkin, sino también de la iniciativa de todo el personal del batallón. Gran ayuda prestó al jefe su adjunto político, el alférez Kostin. En las compañías se celebraron asambleas del Partido y del Komsomol, los comunistas y los komsomoles se comprometieron

* Lanzacohetes séxtuple utilizado por el Ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial.

a ir a la cabeza y a arrastrar tras ellos a los restantes combatientes...

El propio Gubkin decidió cruzar el río con las fuerzas principales del batallón, proponiendo que Kostin forzara el Niemen con el destacamento de vanguardia.

—¿No hay objeciones? —preguntó, sonriente.

—No puede haberlas —respondió Kostin en el mismo tono al jefe del batallón.

Formaban el destacamento de vanguardia el pelotón de fusileros del teniente Avdéiev, una sección de piezas contracarro y una sección de ametralladoras. Al destacamento se le encomendaba una misión de responsabilidad: hacerse con una cabeza de puente y asegurar el paso de las fuerzas principales del batallón.

En cuanto llegó la noche, se llevó a cabo una minuciosa exploración, se marcaron los caminos de aproximación al río de las compañías. Y aunque al parecer se había tenido todo en cuenta, el jefe del batallón no pegó ojo en toda esta noche. Su memoria revolvía inquiriente si se le habría olvidado algo, si quedaba algo aún por hacer para que el batallón pudiera cumplir lo más exitosamente posible la misión de combate.

A la hora convenida, los jefes de las compañías informaron que sus unidades estaban listas. El jefe del batallón miró el reloj: hasta el comienzo del paso quedaba muy poco tiempo. La ribera opuesta se divisaba confusamente en la oscuridad. Reinaba la calma. Sólo de vez en cuando rasgaban el firmamento las balas trazadoras...

El jefe del batallón, había previsto, por supuesto, que tarde o temprano el enemigo descubriría el paso de las fuerzas. Se precisaba distraer su atención. Tres combatientes —el sargento Gúrov, y los soldados Primak y Chernobáev— se ofrecieron voluntarios para hacerlo. Un kilómetro y medio corriente abajo, cruzaron a la margen opuesta y a la señal de Gubkin abrieron fuego con dos fusiles ametralladores. Los alemanes contestaron con fuego de mortero sobre el falso sitio de paso. Desde nuestro lado del río disparó la artillería. Esta acción de los tres valientes el enemigo la interpretó como el cruce del río por el destacamento de vanguardia.

Los alemanes intensificaron el fuego de artillería y comenzaron a traer hacia este punto pequeñas unidades de los sectores vecinos.

A las 03.00 horas el destacamento de vanguardia de Gubkin comenzó a pasar el Niemen en el eje principal de ofensiva de la división de Gorodovikov. Quince minutos después los botes con el comando de desembarco alcanzaron la orilla opuesta. Los primeros en saltar a tierra fueron el teniente Avdéiev, jefe del pelotón de fusileros, y el adjunto político del batallón, el alférez Kostin. Una bengala roja esparció su luz sobre el espejo del río, como un abalorio fosforescente. Era la señal convenida para el comienzo del paso por las fuerzas principales...

A las 04.00 horas el viento levantó la niebla, despejando en algunos sitios la superficie del río. La aviación alemana comenzó a mostrar actividad. Sus aviones buscaban nuestros puntos de paso. Los Junkers volaban tan bajo que se podían distinguir las cruces en los fuselajes.

Después de una breve preparación artillera, empezaron a forzar el río las compañías de Záitsev y de Ajmétov. En la orilla el fondo era cenagoso, pegajoso. A unos veinte metros se hacía bruscamente muy hondo. La artillería enemiga corregía el tiro, el río bullía por las explosiones de los proyectiles de artillería y de mortero. Uno tras otro se volcaban los botes, volaban hechas astillas las balsas. Los hombres nadaban, sujetándose a los troncos, a las pequeñas barcadas volcadas. El aire parecía rasgarse por el cañoneo y el rugido de los motores de la aviación. Las explosiones de las bombas levantaban surtidores de agua, que se dispersaban en miríadas de gotitas y de ardientes cascos de metralla. No se había apagado aún el tronar de las explosiones cuando ya nuevos aviones se formaban en círculo y picaban sobre el río.

A Gubkin le ensordecía el silbido de las bombas. Uno de los Junkers se lanzó en picado sobre su barcaza. Y, de pronto, se elevó de nuevo, cayendo la bomba lejos de la popa de la barcaza. Alguien gritó: ¡Los nazis huyen! Y así era, los cazas franceses del Regimiento Normandie, se lanzaron sobre los buitres alemanes.

Las fuerzas principales del batallón se encontraban ya en la mitad del río. La niebla se había disipado por completo y sólo en

las vertientes de la cota, donde se habían desplegado las pequeñas unidades de vanguardia del batallón, aún se extendían largos jirones de niebla sobre las mieses maduras. El enemigo concentraba reservas. Un fuego súbito de ametralladoras batió las pequeñas almadías y los botes. De sólo pensar que el cruce podía detenerse, envolvió a Gubkin en un helado sudor. Volverse atrás equivaldría a condenar a una muerte cierta a los hombres, a no cumplir la misión...

Las balas se clavaban en la borda de la barcaza. Gubkin pidió por radio el apoyo de la artillería. Miraba alarmado a los botes, a las almadías pequeñas y medianas que, así le parecía, con una lentitud insufrible avanzaban entre los surtidores de espuma. Localizaba los fogonazos en la ribera opuesta y transmitía sus coordenadas...

En cuanto puso pie en la orilla precisó las misiones de combate a las compañías: la sexta, debía tomar la granja Pogerman, la cuarta compañía, avanzar por el centro del despliegue del batallón, explotando el éxito del destacamento de vanguardia; y la quinta compañía, debía disponerse a rechazar el posible contraataque del enemigo sobre el flanco izquierdo.

El batallón del capitán Gubkin fue el primero que cruzó combatiendo el Niemen en la dirección principal de la ofensiva de la división. Su rapidez y empuje desconcertaron al enemigo. Desalojando sobre la marcha a las coberturas enemigas, los combatientes avanzaban incontenibles. Del estado mayor del regimiento ordenaron: «No se detengan, avancen profundamente en el despliegue defensivo enemigo».

Los hombres sólo pudieron tomar un bocado a las 02.00 horas. Las cocinas estaban lejos y tuvieron que conformarse con el rancho frío.

El combate no cesaba su intensidad ni un minuto. Ya por la mañana fue gravemente herido el teniente Avdéiev, jefe del destacamento de vanguardia, designándose para sustituirle al alférez Kostin. Por la tarde trajeron al primer teniente Vetrov, acribillado por la metralla de un proyectil de mortero.

—¡Aguanta, hermano! —dijo Gubkin a su viejo amigo. Y des-

pués de una pausa, agregó—: Que te reincorpores pronto. ¡Aún pelearemos juntos!

Vetrov abrió los ojos.

—Ya he combatido todo lo que tenía que combatir, camarada capitán —dijo con voz apagada y rompió en sollozos.

Desde 1943 habían servido juntos, participando en múltiples combates...

Como otras muchas granjas en Lituania, la de Pogerman se hundía en un huerto frutal. Algunas casas sólidas de ladrillo, rodeadas por una tapia de piedra, parecían auténticas fortalezas. Cuando los combatientes irrumpieron por los portalones se lanzaron a su encuentro varias jovencitas ucranianas, llevadas allí como cautivas: trabajaban para el amo que pudo huir con los alemanes. El emocionante encuentro duró poco.

—¡Tanques! —gritó un soldado.

Seis máquinas enemigas avanzaban hacia la granja desde dos lados. Para aislar a la infantería de los tanques, Kostin emplazó ametralladoras en las brechas de la tapia. Dos tanques fueron inutilizados en el acto por los cañones contracarro. Los restantes se retiraron tras hacer unos disparos...

Posteriormente, progresaron sin encontrar una resistencia seria. No tardaron en oírse del lado de Kaunas disparos aislados, enviando Gubkin una descubierta hacia aquel lado. El batallón avanzaba ya en orden de marcha. Iban por caminos vecinales, dejando a un lado granjas medio deshabitadas y pequeños bosquecillos.

Regresaron los exploradores, informando que no habían encontrado enemigos.

—Camarada capitán —comunicó el soldado Zhubatiriov—, nos hemos encontrado a un anciano lituano que nos ha contado algo absurdo: dice que hemos dejado pasar a los alemanes hacia nuestra retaguardia, que son muchos los tanques y la infantería que se dirigieron hacia el Niemen...

Y aunque la noticia parecía inverosímil, Gubkin la comunicó inmediatamente al regimiento. Resultó que el viejo decía la verdad: tanques e infantería motorizada enemigos se habían infiltrado en la franja de ofensiva de la división contigua. El enemigo in-

tentaba aislar y cercar a las unidades del general Gorodovikov, que se habían adelantado. La división vecina y una parte de la reserva del ejército tenían por misión rechazar el contragolpe enemigo, pero Gubkin desconocía esto. El jefe del estado mayor del regimiento confirmó la orden: había que cortar urgentemente la carretera de Kaunas.

—¿No dejaremos al enemigo a nuestras espaldas? —volvió a preguntar Gubkin.

—¡Continúen el avance! —le siguió la respuesta. No tardaron en informar los exploradores que por la carretera circulaban tanques y camiones enemigos.

En aquellos momentos se recibió por radio una orden del teniente coronel Vodovózov, jefe del regimiento:

—Fortifíquense en la línea alcanzada.

—Me encuentro en campo abierto. No es conveniente ponerse a la defensiva en este terreno...

—Háganse fuertes en una línea favorable. Si es necesario, puede replegarse un poco.

Gubkin replegó apresuradamente las compañías y ocupó la defensa en la zona de una granja innominada.

Se acercó Chernobáev con una marmita llena de patatas cocidas.

—Para usted y su adjunto político, camarada jefe del batallón. ¡Tomen un refrigerio mientras *fritz* lo permite!

—¿Y los combatientes?

—No se preocupe, que a todos les daremos de comer. ¡Los furrieles voluntarios de los pelotones se preocuparon de ello!

Apenas habían tenido tiempo de empezar la comida Gubkin y Kostin, cuando se presentó un enlace de la avanzadilla de combate, comunicando que por el camino, en dirección a la granja, venía un vehículo acorazado enemigo.

Subiéndose a un pequeño altozano, vieron cómo el vehículo blindado, ante las mismas narices de nuestro cañón, daba vuelta y se retiraba a gran velocidad.

—¡Dejaron escapar a la descubierta del enemigo!

Acercándose al lindero oyeron blasfemar.

—El cerrojo, mal rayo lo parta...

—¿Qué ocurre? —preguntó Gubkin.

—¡Soy el culpable, camarada capitán! —Y el sargento Voínshin, jefe de la pieza, miró confuso al jefe del batallón—. Queríamos dejarles acercar más para capturar intacto el vehículo. Los hemos tenido todo el tiempo apuntados, pero los *fritzes* seguramente olfatearon algo y pusieron pies en polvorosa. Y para colmo, se atascó el cerrojo...

Era probable que el enemigo hubiese establecido la configuración de las primeras líneas defensivas del batallón. Gubkin ordenó intensificar la observación y prepararse para rechazar el contraataque.

Los alemanes contraatacaron al batallón de Gubkin con efectivos de infantería superiores en número, acompañados de tanques. El enemigo se abrió paso hasta el puesto de mando del regimiento, que en aquellos momentos había sido adelantado. En un choque encarnizado, las ametralladoras lograron aislar a la infantería de los tanques, pero los Panther siguieron como si tal cosa, avanzando en línea recta hacia el puesto de mando regimental. En su camino, quedaba la última pieza contracarro emboscada. Cuatro tanques contra un cañón. Pero el jefe de la pieza, el sargento Voínshin, demostró una gran firmeza y abrió fuego de flanco cuando el primer Panther se encontraba a menos de ciento cincuenta metros.

Retumbó el disparo, rodó sonoramente sobre la tierra el casquillo. Una humareda envolvió al Panther. Otro disparo, uno más... Ardían ya dos tanques, los restantes dieron vuelta para ocultarse en un bosquecillo.

Se hizo una breve pausa. El mando alemán no podía comprender que las unidades soviéticas hubieran logrado afianzarse en la cabeza de puente. En las unidades de la 6.ª División Panzer alemana se anunció: «¡Soldados alemanes! ¡Tenéis ante vosotros a la «División salvaje» de los rusos! —así denominaron a la unidad del general Gorodovikov—. ¡Os espera vencer o morir por el Führer, no hay otra salida!».

Para cercar y aniquilar a la 184.ª División de Infantería, el

enemigo empezó a concentrar efectivos considerables al sur de Kaunas. Valorando la situación, el general Gorodovikov detuvo las acciones para ensanchar la cabeza de puente. Especialmente difícil se hizo la situación en el sector del regimiento de Vodovózov. Los alemanes le salieron por los flancos y le aislaron de los batallones de las unidades vecinas. El jefe del regimiento decidió mantenerse sin idea de repliegue en las líneas ocupadas hasta el final del día y cuando llegara la noche sacar al regimiento del semicerco y unirse al grueso de la división.

La primera línea de trincheras pasaba de mano en mano. El enemigo era cuatro veces superior en número. El pasillo en el que se defendía el regimiento no alcanzaba los dos kilómetros de anchura y estaba totalmente batido por las ametralladoras. Con el frente vuelto hacia el sur, el batallón del capitán Struchin rechazaba los contraataques enemigos con éxito variable. El 2.º Batallón, al mando del capitán Gubkin, presionado por los alemanes, había tenido que abandonar las trincheras de la primera línea. Le atacaba un batallón de infantería motorizada, reforzado con tanques y artillería.

El soldado Primak fue el primero en ver la bandera regimental en el puesto de mando del Batallón. El rojo lienzo flameaba al viento, encendiéndose a los rayos del sol, recordando a los combatientes la sangre del pueblo vertida en las batallas por la Patria...

El adjunto político Kostin corría a lo largo de las trincheras:

—¡Camaradas, juremos vencer o morir!

En respuesta resonó un potente «hurra». Kostin corría de una sección a otra, seguido de un «hurra». Desconcertados, los alemanes regresaron a sus trincheras, preparándose para rechazar un contraataque. Cuando vieron que éste no tenía lugar, reanudaron la ofensiva, pero ya habían perdido tiempo, y cayó la noche...

El flanco derecho del batallón de Gubkin se retiró combatiendo al lindero del bosquecillo. En dos horas los alemanes sólo pudieron avanzar medio kilómetro, pero una docena de tanques enemigos había penetrado profundamente en nuestras defensas. Emboscada, les esperaba la pieza del komsomol Voínshin.

—Sólo dispararemos sobre seguro. ¡Prepárense! —ordenó el sargento.

Los tanques enemigos ya estaban cerca del emplazamiento. Los soldados no quitaban ojo de los reptantes monstruos de acero. De pronto, Voínshin bajó el brazo: «¡Fuego!». Atronó el disparo y el tanque delantero giró sobre el sitio, envuelto en humo. Dos disparos más y ardió otro carro. Los soldados arrastraron con rapidez la pieza a un nuevo emplazamiento. Se oyó de nuevo la voz de mando y se detuvo el tercer tanque. El que le seguía regó a los artilleros con su ametralladora. Cayó el apuntador. Voínshin ocupó su lugar y destruyó el cuarto tanque. Los restantes dieron vuelta y uno tras otro abandonaron el campo de batalla.

Pero la tregua fue breve. No tardaron en aparecer por la izquierda cinco carros de combate más. Los servidores volvieron momentáneamente el cañón. Delante, a gran velocidad, venía un Panther que de un momento a otro aplastaría la pieza. Un cañonazo... La máquina se paró, elevándose sobre su parte trasera una columna de humo. El cañón del tanque incendiado lanzó un proyectil, hiriendo con su metralla a Voínshin...

Dos Panthers siguieron avanzando hacia el emplazamiento. Manteniéndose a duras penas en pie, Voínshin apuntó la pieza y apretó la palanca de disparo. Un haz de chispas brotó de la coraza lateral del tanque. El proyectil había rebotado...

—¡Camarada sargento, el último proyectil! —gritó el cargador.

Voínshin pegó su ojo al visor del alza.

—Camarada sargento...

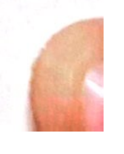
El tanque acortó su marcha, rodeando los cimientos de una casa quemada: un nuevo disparo. El Panther se detuvo. El siguiente carro de combate le adelantó.

Quedaban las bombas de mano contracarro.

Los artilleros miraron involuntariamente atrás. Por todo el sector de la defensa reventaban los proyectiles de artillería y de mortero enemigos, se cruzaban las ráfagas de balas trazadoras. Pero de nuevo, durante unos instantes, ondeó sobre el puesto de mando del regimiento el paño rojo...

—¡Preparen las granadas!

El soldado de primera Guerasimchuk se arrastraba por un



campo sin segar. Desde el tanque no le veían. También le perdieron de vista nuestros soldados, sólo denotaba su presencia el rastro que dejaba la hierba aplastada...

De pronto, se oyó una explosión y tras ella otra El tanque se detuvo y su tripulación comenzó a saltar de las escotillas. Las ráfagas de subfusil de los infantes no dejaron escapar a los alemanes...

Ya entrada la noche, el general Gorodovikov llamó por radio al teniente coronel Vodovózov:

—El enemigo ha lanzado contra nosotros una división de tanques, incluido un batallón de la División Grossdeustchland. Retire al regimiento a la orilla oriental del Niemen.

—¿Y qué hacer con la cabeza de puente?

—En otras cabezas de puente las cosas marchan mejor. Nosotros hemos cumplido nuestra misión.

Protegidos por las sombras de la noche, los tres batallones se reunieron y comenzaron a replegarse hacia el Niemen. Los alemanes intentaron cortarles el camino. Toda la noche se combatió reñidamente. Solamente al amanecer, protegido por la aviación y la artillería, el regimiento de Vodovózov pudo pasar el río.

La división de Gorodovikov fue trasladada a los accesos lejanos a Kaunas.

En el cruce del Niemen se distinguieron los aviadores del Regimiento de caza Normandie. Cherniakovski escribió al comandante Delfino, jefe del regimiento: «El Consejo Militar del Frente le felicita de todo corazón a usted y a todo el personal de la unidad bajo su mando con la adjudicación a su regimiento del nombre de Niemen.

Nos enorgullecemos de que en los heroicos combates contra el enemigo en su regimiento haya oficiales como Albert Marcel y Roland de la Pouillade, condecorados con la recompensa suprema del País de los Soviets, el título de Héroe de la Unión Soviética con imposición de la Orden de Lenin y de la Medalla de la Estrella de Oro. El pueblo soviético no olvidará jamás sus hazañas heroicas y las de toda su unidad en la lucha común contra los ocupantes nazis. En la persona de su unidad saludamos al gran pueblo francés libre y a su ejército, que combate heroicamente por la derrota defi-

nitiva de la Alemania hitleriana. Les deseo nuevos éxitos combativos en la grandiosa y noble causa de la liberación de la humanidad de la tiranía fascista.»

Las tropas de Cherniakovski «saltaron» el Niemen. La última línea acuática de importancia en los accesos a Prusia Oriental fue superada. Hasta la frontera de Alemania sólo quedaban cerca de ochenta kilómetros. ¡Pero qué kilómetros fueron éstos! Se libraron duros combates por la ciudad de Alitus. El jefe del Servicio de Información, general Alioshin, informó al comandante en jefe que los alemanes no habían tenido tiempo de evacuar a los ciudadanos soviéticos del campo de concentración de Alitus. Cherniakovski ordenó no abrir fuego sobre el área del campo de concentración y apoderarse de la ciudad mediante ataques de flanco.

En las mazmorras nazis se pudrían centenares de soviéticos. Todos escuchaban con el corazón transido el cañoneo, cada vez más próximo. Después de cerrar las puertas, la guardia del campo se atrincheró y enfiló las ametralladoras contra las ventanas de las barracas. Los cautivos distinguían ya las nubes de humo que levantaban las explosiones, por momentos más cercanas al campo. Y aunque estas explosiones constituían un peligro para sus vidas eran, al mismo tiempo, su única esperanza de libertad.

La barrera de las explosiones se detuvo sin llegar al campo. Los proyectiles comenzaron a reventar a izquierda y derecha.

—¡Los nazis huyen! —corrió la voz de una barraca a otra.

—¡Si consiguiéramos escapar! ¡Si tuviéramos armas!

De pronto, aparecieron en la plaza camiones. Los guardianes empezaron a sacar a empellones a los reclusos de las barracas y a montarlos en los camiones. A los que se resistían les disparaban allí mismo. Los alemanes lograron sacar a una parte de los cautivos en cinco camiones repletos. Más de un centenar de personas fueron fusiladas. Entre los primeros de nuestros combatientes que irrumpieron en el campo de concentración figuraban el sargento Voronin, los soldados Astápenko, Bashírov, Kozhokar... Los de la Guardia liberaron a sus compatriotas a bayonetazo limpio.

La guerra se iba acercando a Prusia Oriental, la ciudadela de la Alemania nazi. El tronar del cañoneo se oía ya en la ciudad fronteri-

za de Schirwindt. Lo escuchaba también Alfred Müller, capitán retirado del Ejército de Kaiser y dirigente de la organización local nacionalsocialista. Hacía más de tres años, en la noche que precedió a la pérfida agresión de la Alemania nazi a la URSS, organizó una recepción para los oficiales de una de las unidades del ejército invasor. Proponiendo un brindis tras otro, recordaba cómo durante tres siglos seguidos sus antepasados hacían correrías por las tierras eslavas, cómo los regimientos del rey Federico II invadieron Rusia. Verdad es que se le olvidó recordar cómo posteriormente sufrieron un desastre completo y cómo los rusos entraron en Berlín. Müller se desgañitaba gritando «Heil Hitler!», hablaba fogosamente sobre el inminente dominio mundial de la raza aria, subrayando con especial satisfacción que Königsberg sería el centro de la Gran Alemania, cuyos territorios se extenderían hasta el Volga.

Pero todo sucedió de manera distinta a cómo se imaginaba Müller. La última noticia sobre el desastre en la batalla por Vilnius y de que los rusos se aproximan inexorablemente a la frontera, le amilanó. Sus inexpresivos ojos se apagaron aún más, sus bigotitos canosos no se erizaban como antes, con aire petulante y provocador. Su cicatriz honrosa en la mejilla —no de resultas de un duelo estudiantil, sino de una herida en la Primera Guerra Mundial— daba a su rostro una expresión aún más sombría. ¡Sí, Müller había envejecido mucho! Y el caso es que hasta no hacía mucho parecía un bravo soldado, a pesar de que ya iba camino de los setenta años. Como todos los prusianos puros era sentimental, le encantaba el reflejo de la aurora en los pequeños lagos, el chapoteo de las carpas en los estanques, el aroma de los pinos en los bosques de sus fincas. Tenía dos hijos y una hija. Los muchachos habían crecido fuertes y sanos. Enseñó a los varones a disparar, adiestrándolos para la milicia. Cuando murió la madre, el mayor había cumplido dieciocho años. Desde aquella época, el epitafio en la cruz del cementerio —«Frau Schmidt, de casada Müller»— se había medio borrado ya.

El verano era abrasador. El campo de alfalfa de Müller dormitaba languidecido. Cierto mediodía, observando las faenas campestres, el viejo reparó en dos hombres con uniforme militar que se dirigían a su finca. Protegiéndose con una mano sus abultadas

cejas, concentró la vista, reconociendo en uno de ellos a su hijo mayor Hans. Los caminantes se acercaron, el anciano se abalanzó hacia Hans, le abrazó y se echó atrás:

—Hijo mío, ¿qué te pasa?

Sin proferir una palabra, Hans arrimó su rostro al hombro del padre, mientras bañaban sus mejillas las lágrimas de sus ojos ciegos.

—Dejé los ojos en Rusia. ¡Con ellos pagué tus sueños sobre la Alemania hasta los Urales!

—¡Perdóname, hijo mío, perdóname! —pudo balbucear con sus temblorosos labios el anciano.

El acompañante de Hans resultó ser un mozo campesino de la granja vecina. Dejando a Müller, emprendió el regreso a su hogar, moviendo acompasadamente su brazo izquierdo. En el lugar del derecho se balanceaba la manga vacía.

—¿Y el hermano? —Preguntó Hans.

—Tu hermano ha muerto. Hace una semana que recibí la notificación...

Secándose las lágrimas mientras andaba, Müller condujo al hijo hasta la casa y le sentó en un guardacantón junto al porche.

—En esta piedra, hijito, se sentaba a menudo tu madre. Si ella viviera te cuidaría, te daría de comer con la cuchara...

—Si no hubieran existido el Hitler y el nazismo, no habría sido preciso darme de comer con la cuchara. ¡Éste es el pago por todo, padre! Si vieras qué fuerza se nos viene encima desde el este. Ahora viene el ajuste de cuentas...

En efecto, la hora del desquite se aproximaba irremisiblemente.

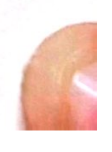
«De especial importancia.

Personalmente. Al comandante en jefe del 3.er Frente de Bielorrusia, camarada Cherniakovski. Al miembro del Consejo Militar del Frente, camarada Makárov. Al camarada Vladímirov.

El Gran Cuartel General del Mando Supremo ordena:

1. Con un golpe del 39.º y el 5.º Ejércitos desde el norte y el sur liberará Kaunas no más tarde del 1 o el 2 de agosto.

2. No más tarde del 10 de agosto tomarán la línea Rossiena-



Suvalka y se fortificarán sólidamente para preparar la ofensiva sobre Prusia Oriental.

3. Informará de las disposiciones cursadas.

27 de julio

Stalin

Antónov».

Después de la caída de Vilnius, el mando alemán dedicó una particular atención a organizar la defensa de la ciudad y de la fortaleza de Kaunas, adonde habían llegado nuevas grandes unidades de Francia y de la misma Alemania, que ocuparon posiciones defensivas. Ya desde la Primera Guerra Mundial Kaunas estaba circundada por poderosos fuertes que protegían los caminos más cortos a Prusia Oriental. Manteniendo esta región, el enemigo confiaba en que podría conjurar la amenaza de que las acciones bélicas se trasladaran al territorio de Alemania.

Las tropas del 3er Frente de Bielorrusia estaban cansadas por los prolongados combates ofensivos, faltaba personal y material de guerra. Sin embargo, el impulso combativo de los soldados no se había agotado.

El mismo día que recibió la directiva del Gran Cuartel General, el general Cherniakovski designó las misiones a los jefes de los ejércitos. Para acelerar los preparativos de la operación (hasta su comienzo quedaban menos de veinticuatro horas), se dirigió al Cuartel General del 5.º Ejército, que debería jugar el papel principal en la derrota de la agrupación enemiga en Kaunas. Por la tarde, después de examinar con Krylov el plan, llamó por teléfono directo a Liúdnikov, advirtiéndole lo importante que era tomar el 28 de julio la localidad de Ionava, y asegurar firmemente el flanco derecho de las grandes unidades del 5.º Ejército.

Precedió al asalto de Kaunas una poderosa preparación artillera y de aviación de cuarenta minutos, con la particularidad de que el comandante en jefe advirtió rigurosamente de la necesidad de preservar las casas y las obras urbanas. Las divisiones de Láskin y de Kazarián, que atacaban por el nordeste, encontraron una tenaz resistencia del enemigo entre los ríos Niemen y

Villi. La división de Donets, que atacaba desde el sur, entabló combates en las afueras de la ciudad. Las divisiones de Gorodovikov y de Kalinin, desalojando exitosamente las coberturas del enemigo, luchaban al sudoeste de la ciudad, en los accesos a la localidad de Garliava.

Por la tarde se hizo en el Cuartel General del Frente el balance de la jornada. A continuación, Cherniakovski llamó al jefe del Servicio de Información del Frente, general Alioshin.

—Camarada general, ¿dónde están ahora las Divisiones Totenkopf y Grossdeutschland?

—La Totenkopf ha entablado combate contra el grueso de las fuerzas de Gálitski; la Grossdeutschland se concentra en las cercanías de Kaunas con toda probabilidad para asestar el contragolpe.

La situación en el frente cambiaba con extraordinaria rapidez. El comandante en jefe captaba oportunamente sus matices, adoptaba las decisiones más idóneas, utilizando cada error del enemigo. Si la necesidad lo exigía, mandaba ponerse a la defensiva y agotar al enemigo en posiciones favorables. Después, buscando el sitio débil en sus despliegues y, concentrando reservas, reanudaba la ofensiva.

En la noche al 30 de julio Cherniakovski trasladó al II Cuerpo de Tanques de la Guardia del 11.° Ejército de la Guardia, que atacaba en la dirección principal, al sector del 33.° Ejército, que desde el 9 de julio mandaba el teniente general S. Morózov. De pronto, la dirección secundaria se transformó inesperadamente para el enemigo en la principal. Las grandes unidades interarmas de Morózov y los tanquistas de Burdeiny perforaron en una jornada las defensas del enemigo a una profundidad de hasta cuarenta kilómetros. El II Cuerpo de Tanques de la Guardia, alcanzando la región Kazlu-Ruda-Pilvishkis, cortó los caminos de retirada a la agrupación de Kaunas.

El Gran Cuartel General dedicaba particular atención a las acciones del 3.er Frente de Bielorrusia, debido a la posibilidad de que las operaciones se trasladaran muy pronto al territorio de Alemania.

Una tarde advirtieron a Cherniakovski desde Moscú que Stalin hablaría con él por teléfono directo. Exactamente a la media noche, sonó el tan esperado timbrazo.



—¡Salud! —oyó Iván Danílovich la voz de Stalin—. El Gobierno soviético le ha condecorado a usted con la segunda Medalla de la Estrella de Oro. Le felicito y le deseo más éxitos.

—¡Se lo agradezco, camarada Stalin!

—¿Qué ha pensado con relación a Kaunas?

—Preparamos el asalto final para el 1 de agosto por la mañana y a finales del día esperamos poder comunicarle la toma de la fortaleza de Kaunas.

La maniobra del cuerpo de tanques del general Burdeiny fue el viraje en el desarrollo de la operación. El 31 de julio el ejército del general Morózov, aprovechándose del éxito de los tanquistas, liberó Mariampol, mientras que el ejército de Krylov entablaba combates callejeros en Kaunas. El 1 de agosto, Moscú transmitió una orden del Mando Supremo al general de ejército Cherniakovski y en la capital retumbó el saludo artillero en honor de las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia por la toma de la fortaleza de Kaunas, importante nudo de comunicaciones y potente punto de la defensa del enemigo que cerraba los accesos a Prusia Oriental.

A las unidades grandes y medianas del Frente que más se distinguieron se les adjudicó el nombre de Kovenskie.

El comandante en jefe y el Consejo Militar del Frente se ocupaban no sólo de problemas relacionados con las acciones militares. Un día llegaron representantes de los trabajadores de Bielorrusia pidiendo que les ayudaran a restablecer la economía popular, destruida por los ocupantes. Por iniciativa de Cherniakovski, el Consejo Militar acordó que de los trofeos tomados, todo lo que no pudiera ser utilizable con fines bélicos, se entregaría a las repúblicas de Bielorrusia y de Lituania.

El comandante en jefe recibía gran número de cartas. Un día Komarov entregó a Iván Danílovich la carta de un albergue infantil cercano a Minsk: «Los hitlerianos asesinaron a nuestros padres y quemaron las casas. Vivimos en un local frío, con una manta para cada tres. Tenemos que acarrear nosotros mismos el agua desde lejos, carecemos de caballerías...»

Estas líneas recordaron a Iván Danílovich su propia infancia difícil. No sólo rememoró las penalidades pasadas en sus años de

niño, sino también a las buenas personas que le ayudaron a emprender el buen camino. «Mucho debo yo a la buena gente» —pensaba Iván Danílovich, con la carta en la mano de los pequeños de la casa infantil.

—Cuanto antes derrotemos a los fascistas —cortó sus recuerdos la voz de Komarov—, ¡antes devolveremos a los chicos su infancia!

—Sí, ¿pero quién les devolverá sus padres? Muere la gente, por más que nos esforzamos en combatir con el mínimo de pérdidas...

—Debemos procurar que también los huérfanos se hagan hombres de verdad.

—De acuerdo. También la Patria hizo para mí las veces de madre y de padre. Ahora nos ha llegado el turno a nosotros de preocuparnos de los huérfanos...

Komarov esperaba la decisión del general. Se imaginaba cómo los pequeñines del albergue arrastraban en el trineo un tonel con agua, con la helada invernal, arropados con delgadas chaquetitas guateadas, con los zapatos rotos...

—Transmite al jefe de la Intendencia que destine dos camiones. En uno, que carguen una pareja de caballos, en otro, un cajón con cristal de ventana, ropa, mantas, y unas diez cajas con los mejores productos.

—¡A sus órdenes! —saludó radiante Komarov.

Y aunque confiaba plenamente en su ayudante, de todas las maneras, Cherniakovski comprobó cómo se cumplía su disposición. Cuando supo que Komarov había preparado dos camiones para Minsk y otro para Moscú, se asombró:

—¿Y el tercero, para quién?

—Con productos para los niños... —respondió confuso Komarov.

—¿Para qué niños?

—Para los suyos, camarada comandante en jefe.

—¿Acaso le pedí yo a usted esto?

Komarov callaba.

—¿Qué dice a esto? volvió a preguntar severamente el general.

Ellos también son niños...

—Muchos soldados dejaron a sus hijos. ¡Devuelva ahora mismo el camión!

El camión regresó y lo descargaron en el mismo albergue infantil.

Las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia habían alcanzado la línea donde el 23 de julio de 1941 la 28.ª División de Tanques del coronel Cherniakovski sostuvo sangrientos combates contra las unidades del 16.º Ejército alemán, mandado por el coronel general Von Busch, cerrándoles el camino a Shiauliai. Y he aquí que al cabo de tres años la agrupación de medio millón de hombres de Cherniakovski se disponía a trasladar las acciones militares a Prusia Oriental, el cubil del enemigo. A las grandes unidades de Krylov les faltaba para llegar hasta allí unos cincuenta kilómetros. A la izquierda, las divisiones del general Morózov se habían adelantado y se encontraban nada más que a dieciocho kilómetros de la frontera.

Los acontecimientos en el ala izquierda del Frente adquirieron tal cariz que obligaron al enemigo a lanzar allí las principales fuerzas, debilitando su defensa en la franja del 5.º Ejército. El general Krylov se aprovechó de ello y el 2 de agosto asestó un golpe en dirección a Naumestis. Ya en las primeras horas los regimientos del general Gorodovikov tomaron dos trincheras. El batallón de vanguardia de Gubkin logró al final de la jornada entrar en cuña en la defensa enemiga y profundizar unos ocho kilómetros.

A comienzos de agosto, las tropas de Cherniakovski liberaron las ciudades y las estaciones ferroviarias de Raseiniai, Mariampol, Kalvaria y centenares de otros puntos poblados de la Lituania Soviética.

Retirándose, los alemanes se convertían en fieras. Cada paso suyo quedaba marcado por el fuego y la muerte. En el poblado Belverishkis quemaron todas las casas y fusilaron a sus habitantes porque se negaron a abandonar su tierra querida.

Ardían las aldeas lituanas. Espesas nubes de humo se extendían sobre los campos de cultivo. Los corazones de los combatientes soviéticos estaban plenos de odio hacia el enemigo. Los regimientos y las divisiones se desvivían por entrar en combate. A las grandes unidades del general Krylov les quedaban hasta la fronte-

ra de Prusia Oriental una veintena de kilómetros. Mediante incesantes contraataques, el enemigo intentaba detener su ofensiva. Llegaron reservas frescas a la región de Vilkovishkis: entraron en combate la División Grossdeutschland y los regimientos de dos nuevas divisiones de infantería.

El 10 de agosto el enemigo logró romper nuestro frente. Bajo la presión de fuerzas superiores en número, la 222.ª División se vio obligada a dejar la carretera Mariampol-Vilkavishkis. Esta última ciudad cambió varias veces de dueño. Cherniakovski guardaba considerables reservas para el golpe decisivo. Eligiendo el momento oportuno lanzó al combate al II Cuerpo de Tanques de la Guardia. No aguantando el impetuoso ataque, el enemigo se retiró, abandonando en el campo de batalla ochenta carros de combate inutilizados.

Rompiendo la furiosa resistencia del adversario, las grandes unidades de Krylov iban acercándose cada vez más a Prusia Oriental. Se adelantó la 184.ª División de Infantería del general Gorodovikov. Los últimos diez kilómetros le fueron particularmente duros. Los tanques tenían que superar campos de minas, zanjas contracarro y, la infantería, tres hileras de alambradas y hasta cuatro líneas de trincheras en cada posición defensiva.

La distancia que restaba hasta la frontera se apuntaba con cifras gigantescas en pancartas artísticamente pintadas. Los combatientes recibían con alegría entusiasta la aparición de cada nueva cifra. En el batallón de vanguardia del capitán Gubkin, el soldado Primak, agitador komsomol, alegró a su compañía con esta noticia: «¡Hermanos, hasta Prusia Oriental quedan quince!». Aconteció esto el 14 de agosto. Los oficiales orientaron sus cartas y confirmaron: ¡quince! El sargento Alí Rzáev abrazó a su amigo Voloschik: «¿Podíamos pensar que viviríamos hasta hoy cuando nos retirábamos por las estepas del Don? ¡Y hemos sobrevivido!»

A las 14.00 horas el batallón de Gubkin, mediante una maniobra, atacó al flanco de los alemanes y progresó cuatro kilómetros más. El empuje ofensivo de los combatientes aumentaba con cada hora que pasaba.

Desde el comienzo de la operación de Bielorrusia, la 184.ª Di-

visión de Infantería había recorrido combatiendo más de seiscientos kilómetros. Tres años atrás en el Báltico fue una de las primeras que se enfrentó a las hordas hitlerianas. Se defendió a muerte a las puertas de Stalingrado. Y ahora regresaba...

Transcurría el decimosexto día de ofensiva ininterrumpida. Paso a paso, el batallón de Gubkin se acercaba al fronterizo río Shervinta. Atrás quedaron Barzdai, Pilvishkiai. Por la derecha, el avance del regimiento se detuvo en los accesos a Zhvirgzhdaichai. Los vecinos de la izquierda libraban reñidos combates, intentando abrirse paso en dirección a la ciudad fronteriza de Kibartai.

La exploración informó a Gubkin que observaba movimiento de tanques enemigos. El mando del batallón ordenó a los jefes de las compañías de fusileros hacerse fuertes en la región de Tupikai y a la reserva contracarro, ocupar emplazamientos en el centro del dispositivo defensivo del batallón. Después de dar todas las disposiciones necesarias, Gubkin regresó al observatorio del batallón, tan bien equipado que hasta el jefe del Regimiento podría envidiarlo. La fortificación de hormigón armado, que apenas fue utilizada en el 1941, ahora rendía su provecho. Rodeaba la casamata un bosque de abdules. A vanguardia, como en la palma de la mano, se oteaba la carretera Zhvirgzhdaiciai-Naumetis.

Como el sueño le cerraba los ojos, el jefe del batallón se permitió dar unas cabezadas. Le despertó el telefonista:

—Camarada capitán, al habla Záitsev... ¡Tigers!

—Záitsev, ¿cuántos Tigers? —preguntó aún adormilado Gubkin, con la cabeza hecha un lío— záitsev, tigres (tigres)*... Pero un segundo después ya se había espabilado.

Záitsev, el jefe de la 4.ª Compañía, un hombrachón fornido, antiguo guardia de fronteras condecorado con la Orden de la Guerra Patria y cinco galoncitos de otras tantas heridas prendidos en la guerrera, informaba desde su puesto de observación:

—¡Dieciséis! Se despliegan en orden de combate...

—¡Aguanta! Ahora les zurrará la batería...

*El autor se permite aquí un juego de palabras: el vocablo *záitseu* significa en ruso liebres. (N. del T.)

El chirrido de las orugas se oía ya en la casamata...

—Piotr Ivánovich —dijo Cherniakovski, volviendo la cabeza hacia el general Igolkin—, interésese por saber, ¿quién está en estos momentos más cerca del objetivo? ¿Qué ayuda necesitan?

La respuesta no se hizo esperar:

—La división del general Gorodovikov, sobrino del conocido héroe de la Guerra Civil Oka Ivánovich Gorodovikov, está más cerca que nadie de la frontera. El regimiento de vanguardia lo manda el teniente coronel Vodovózov, y a la cabeza de todos avanza el batallón del capitán Gubkin. El general Krylov acaba de pedirnos que le ayudemos con cazabombarderos; los tanques enemigos contraatacan a Gubkin. Pero estos aviones están ya en el aire, enviados a las posiciones de Gálitski...

Cherniakovski se puso al habla con el coronel general Jriukin, comandante del Ejército Aéreo:

—¿Puede hacer que el regimiento de asalto se dirija en apoyo del batallón de vanguardia de la división de Gorodovikov?

Los combatientes del batallón de Gubkin se disponían ya a dejar pasar por encima de sus trincheras a los tanques enemigos, para separarlos de la infantería que iba detrás, cuando aparecieron en el aire los Ilyushin de estrellas rojas.

—¡Hur-ra! —recorrió las tropas.

Al cabo de unos minutos, desaparecieron los cazabombarderos, pero en el campo de batalla ardían siete Tigers. Unos cuantos tanques lograron superar la primera línea y aplastar una pieza. La segunda —del sargento Iván Shevchenko— estaba emplazada en el flanco. Disparando contra el blindaje lateral, Shevchenko dejó dos Tigres en llamas y los restantes se retiraron. Desde un pequeño bosquecillo, a espaldas del batallón, se lanzó a toda marcha al ataque una compañía de tanques con una batería de SU-152 (artillería autopropulsada). Gubkin levantó a su batallón. No tardó en anochecer. Se hizo el silencio en el campo de batalla y los soldados se fortificaron en las nuevas posiciones. Los observadores ocuparon sus puestos en las ametralladoras de guardia, en las posiciones avanzadas...

Tampoco el general Gorodovikov pudo pegar ojo esa noche. Sentado a una mesita, inclinado sobre el mapa que alumbraba la

llama de un quinqué, fabricado con un proyectil aplastado por la boca, repasaba una y otra vez el plan de batalla del día siguiente.

Incluso por la noche, el enemigo no cesaba su hostigamiento. Reventó allí cerca un proyectil de grueso calibre. Vaciló la llama del quinqué. Gorodovikov se puso en pie y, con las manos atrás, empezó a pasear de un rincón a otro del abrigo. Combatía desde el primer día de la contienda y había visto mucho. Pero no era muy frecuente chocar con una resistencia tan furiosa del enemigo. Krylov, el jefe del ejército, le recordaba a todas horas el ritmo de la ofensiva. Había que encontrar la posibilidad de acelerar ésta. Todo está concentrado en la dirección principal. Por la mañana había que salvar de un salto los últimos kilómetros. Esto lo debía hacer Gubkin. Pero, ¡sería capaz de ello el joven jefe de batallón? ¿No serían muchas las misiones que sobre él recaían? El batallón estaba cansado de los incesantes y duros combates. Había que resolver de una vez a cuál de los dos batallones adelantados asignar el grupo de morteros del capitán Mijáilov y los tanques de Tuchak, ¿a Gubkin o a Yurguín? ¿De quién dependería el éxito de toda la división?

Desde el puesto de mando divisionario telefonearon al observatorio del 2.º Batallón. Poniéndose en pie involuntariamente, el telefonista informó que el capitán estaba en la primera línea. Exigieron que se pusiera al habla el adjunto político.

—¿Dormía? —el teniente conoció la voz de Gorodovikov.

—Exactamente, me quedé un poco traspuesto.

—¿Dónde está el jefe del batallón?

—En las compañías, camarada. Acaban de rechazar un nuevo contraataque.

—¿Por qué no le dejan descansar? ¡Mañana se os dormirá mientras vaya andando!

—El hombre es así. En vísperas del combate no conoce el reposo ni deja a los demás tranquilos.

—¿Cómo está la gente?

—¡Se impacientan por entrar en combate!

—¡Encuentre a Gubkin y dígale que se presente urgentemente a mí en el puesto de mando!

No hubo que buscar a Gubkin, él mismo regresó.

Encontró a Kostin dando cabezadas sobre el parte político sin terminar.

—¿Qué te parece, para qué me llaman?

—Pienso que no es para invitarte a tomar una tacita de té —sonrió el adjunto político—. Por lo visto, han encontrado un tema oportuno para conversar si te llaman a hora tan intempestiva.

Gubkin rebuscó en el portamapas, comprobó si llevaba todo y, en compañía del ordenanza, desapareció en la trinchera. Kostin marchó a reunir a los comunistas, al activo del Komsomol, a los agitadores. Sus palabras fueron breves:

—Camaradas, ha llegado la hora tan ansiada. Quedan los últimos kilómetros hasta el cubil del enemigo. Pero estos kilómetros serán muy difíciles, ¡muy duros! Los nazis se han fortificado sólidamente y lucharán con desesperación. Esto quedará muy claro a cada combatiente del batallón...

El adjunto político hacía buena pareja con el jefe del batallón. Dos veces fue herido en los choques con los alemanes, en el hospital le propusieron pasar por la Comisión de Invalidez, pero Kostin había jurado no soltar las armas mientras en la tierra patria quedase un sólo ocupante.

—¿Qué noticias traes? —preguntó lleno de impaciencia a Gubkin cuando este regresó.

El aludido abrió el mapa sin proferir una palabra.

—Fíjate, mira. Una cota no muy alta, en nada destacable, ¿cierto? Pues bien, hace tres años aquí estaba nuestro poste fronterizo N.° 56. Se nos ha encomendado ponerlo de nuevo en su sitio. ¡Así es que prepara la bandera para enarbolarla en la frontera!

La bóveda nocturna de agosto la surcaban de vez en cuando las bengalas, que se consumían en el suelo como gusanos de luz mortecinos. Pasaban rasantes sobre las cabezas las balas trazadoras. Desde la región de Aihenfeld, una batería enemiga hacía metódicamente fuego de hostigamiento. El jefe del batallón pensaba en la suerte que le había correspondido: ser uno de los primeros en pisar la tierra del enemigo, terminar la guerra allí, de donde ésta había partido. Estaba tumbado con los ojos abiertos, recordando por milésima vez las palabras de la orden de Stalin: «...Res-

tablecer la frontera estatal de la Unión Soviética en toda su longitud —desde el Mar Negro hasta el Mar de Barentz». Luego pensó que no estaría mal que su madre supiera que su hijo menor había sido el primero en todo el Ejército Rojo en llevar a su batallón hasta la frontera con Alemania, en guerra contra la cual sucumbió el primer día su hermano mediano, un guardia de fronteras. Esto le pareció simbólico. Claro está... que la guerra es la guerra y la buena estrella que hasta ese momento le había guiado con su luz, podía extinguirse en un instante...

Los hombres del batallón aguardaban impacientes la mañana del 16 de agosto, aunque el combate que les esperaba podía suponer la muerte para cualquiera de ellos. Tenían también en qué pensar el sargento Zakabluk y tumbado junto a éste el soldado Guerasimchuk. Guerasimchuk se había preparado minuciosamente para el combate. Jamás había tomado consigo tantas bombas de mano, como esta vez. Iba a entrar en el territorio desde el que había llegado a su hogar el dolor: los ocupantes asesinaron a su esposa y sus hijos. El sargento Zakabluk recordaba a su hermana María, fusilada por los alemanes...

Aquella noche todos estaban en vela.

Desde las posiciones avanzadas del batallón podían distinguirse a lo lejos las configuraciones de los puntiagudos tejados de tejas y las agujas de las iglesias. Extraña, desconocida, la ciudad de Schirwindt era la primera ciudad alemana que veían los combatientes soviéticos. El último kilómetro...

También aquella noche no se apagó la luz en el refugio del comandante en jefe del Frente. Enfrascado en el mapa, Cherniakovski comprobaba la organización de la cooperación interarmas, analizaba los datos de la exploración. Se oía cómo pasaba la artillería, cómo, chirriando sus orugas, los tanques ocupaban las posiciones de partida.

El comandante en jefe estaba intranquilo: bien se echaba el capote sobre los hombros, bien se lo quitaba, no porque el refugio se hubiera templado más.

Aún no se habían disipado los reflejos rojizos de la aurora por

el este, velada por el humo de los incendios, cuando dejó oír su voz la artillería. Su avalancha de fuego hizo temblar la tierra en las posiciones enemigas. Retumbaba todavía el tronar del cañoneo, cuando en el aire aparecieron los aviones con las estrellas rojas...

A la cabeza de todos atacaban los hombres del capitán Gubkin. Junto al jefe del batallón se encontraba constantemente el capitán Mijáilov, jefe del grupo de morteros. Cuando los puntos de fuego del enemigo, que habían quedado intactos después de la preparación artillera, reanudaban el fuego, Mijáilov los acallaba rápidamente con sus morteros. Los tanques del capitán Turchak desbrozaban el camino a la infantería.

Al igual que el batallón de Gubkin, se abrían paso hacia la frontera otras pequeñas unidades de la vanguardia de Gorodovikov, Kazarían y Tólstikov. Los alemanes intentaban rechazarlas a toda costa, pasando a menudo al contraataque. El primer teniente Evdokímov, que mandaba una compañía, informó a Gubkin:

Nos flanquean doce tanques enemigos, en algunos sitios las unidades vecinas se han replegado.

—¡Mantente! —pudo gritar Gubkin, ensordeciéndole en el mismo instante una explosión. Cincuenta metros más allá, reventaron varios proyectiles más. Sacudiéndose la tierra, escupiendo la arena que le había entrado en la boca, Gubkin saltó de la trinchera y corrió hacia las posiciones avanzadas.

Mientras llegaba hasta la 5.ª Compañía de Evdokímov, los tanques enemigos habían salido ya por detrás de ésta. Dos ardían, perforados por las piezas contracarro, y la batería autopropulsada avanzaba al encuentro de los restantes. Fracasó el contraataque alemán. Gubkin pidió al jefe del grupo de obuses que le apoyara con su fuego. Schirwindt ya estaba batida por las baterías de largo alcance. Se oyó el potente zumbido de nuestros aviones de asalto. El batallón se lanzó al ataque. Las compañías del primer escalón tomaban una línea tras otra. Sobre las cabezas de los combatientes silbaban los proyectiles de mortero y las balas. Desde las afueras de Schirwindt los cañones enemigos mantenían tiro directo.

Con furia impotente, los alemanes descargaban su cólera contra los heridos que caían prisioneros. En los matorrales que

bordeaban los caminos, los soldados encontraban los cadáveres de los combatientes soviéticos capturados, ferozmente asesinados. Con nueva fuerza descargaban sus golpes sobre el enemigo. Donde no podían ir corriendo de pie se arrastraban por tierra, se levantaban y corrían de nuevo, y luego volvían a reptar...

El adjunto político Kostin se alzó al ataque con el grito:

—¡Hasta la frontera quedan trescientos metros! ¡Adelante, por la Patria!

El «hurra», gritado por centenares de gargantas, recorrió el campo de alfalfa. Se hizo más cerrado el fuego de las armas automáticas.

—¡Muchachos, allí está Alemania! —gritó Víctor Zakabluk.

Alexandr Chernobáev y Demián Vareny corrieron tras ellos y silenciaron una ametralladora alemana que estorbaba a la compañía. Aunque estaba herido Sujánov, el organizador del partido, no abandonó el grupo avanzado. Desangrándose, disparaba su cañón el cabo Chepurnói...

Hasta el fronterizo río Sheshupe quedaban doscientos metros. Los atacantes tropezaban en su camino con cadáveres de alemanes, cañones, camiones volcados, cascos, subfusiles, y equipos destrozados y abandonados. Tanto nuestra artillería como nuestra aviación habían trabajado bien allí. Emulando al batallón de Gubkin, se aproximaban a la frontera las compañías del capitán Yurguín.

Para las 07.00 horas del 17 de agosto, a la compañía de Záitsev la separaban de la orilla del Sheshupe sólo un centenar de metros. A la izquierda avanzaba la compañía de Evdokímov. Los combatientes se enzarzaron en un combate cuerpo a cuerpo con los alemanes, los golpeaban con las culatas, se batían a la bayoneta, a bombazos. El sargento Alí Rzáev, herido por la metralla de un proyectil de mortero, gritó a su amigo, que corría a su lado:

—¡Voloschuk! ¡Toma la bandera!

A las 07.30 horas la escuadra del sargento Zakabluk llegó la primera a la frontera estatal de la Unión Soviética. Ráfagas de subfusil saludaron el acontecimiento. Las manos fuertes del primer teniente Záitsev sostenían la bandera roja, flameante al viento...

Ante la división de Gorodovikov se extendía la margen opues-

ta del río Sheshupe. El punto de apoyo del enemigo se encontraba en la ciudad fronteriza de Schirwindt. Más al sur, en el flanco, se encontraba Naumestis, en la intersección de los ríos Sheshupe y Shervinta. Dos poderosas plazas, enlazadas entre sí por un sistema de fortificaciones permanentes, dispuestas en orden escaqueado cada cuatrocientos-quinientos metros de frente y en profundidad. Cuando el batallón de Gubkin alcanzó la ribera del Sheshupe quedó ya excluido el asalto por sorpresa de este centro de resistencia. Los alemanes tenían una perfecta visión del terreno. Faltaba enlace con los vecinos, la artillería se había dispersado y las compañías de fusileros tenían grandes bajas. El jefe del batallón tuvo que ordenar fortificarse en la línea alcanzada.

El general Gorodovikov informó al comandante en jefe del Frente que la 184.ª División de Infantería Dujovchínskaya, condecorada con la Orden de la Bandera Roja, que tres años atrás recibió en esta línea el primer golpe de los ocupantes, había llegado a la frontera y enarbolado en ella la enseña estatal de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Cherniakovski felicitó al general y a todo el personal divisionario por esta histórica victoria. Ordenó que a todos los soldados, suboficiales y oficiales, que fueron los primeros en pisar la frontera, se les propusiera para ser condecorados y a los especialmente distinguidos recomendarles para que se les concediera el título de Héroe de la Unión Soviética.

El jefe de la división propuso para el título de Héroe al capitán Gubkin, jefe del Batallón de Vanguardia, al primer teniente Kostin, su adjunto político y al primer teniente Záitsev, jefe de una compañía.

—Basán Badmínovich —preguntó Cherniakovski el capitán Gubkin, ¿no es el mismo siberiano que se distinguió rechazando el ataque del enemigo al Cuartel General del Frente y el primero que cruzó el Niemen?

—El mismo. A comienzos de agosto usted le felicitó por habérsele concedido la Orden de Alexandr Nevski. Participó en la Batalla de Stalingrado. Su batallón se distinguió también en los combates por Vilnius.

Gorodovikov pensó que con esto podía dar por terminada la

conversación y se disponía a dejar el teléfono, cuando el comandante en jefe añadió:

—El Consejo Militar del Frente también le recomienda a usted para el título de Héroe de la Unión Soviética.

Como resultado de una ofensiva ininterrumpida de casi dos meses, las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia recorrieron combatiendo más de seiscientos kilómetros. La grandiosa operación de Bielorrusia, desplegada en un frente de mil kilómetros, culminó con la derrota de una de las más poderosas formaciones alemanas. «Después de julio de 1944 —reconoció posteriormente el general Guderian— la situación del Grupo de Ejércitos Centro era verdaderamente catastrófica, de lo peor que se puede pensar.»

El enemigo perdió casi el tercio de sus efectivos en el Frente del Este. Para mantener la línea del frente el mando alemán se vio obligado a poner nuevamente en acción a cerca de una cincuentena de divisiones, de las que dieciocho fueron sacadas de los países de Europa Occidental.

Nuestras tropas liberaron un territorio igual en superficie a Inglaterra. La Operación Bagratión fue una de las operaciones más brillantes de la Segunda Guerra Mundial en el Frente del Este. Creó las condiciones para que nuestras tropas emprendieran también la ofensiva en otras direcciones estratégicas.

En la segunda quincena de agosto, las tropas de Cherniakovski pasaron a ponerse a la defensiva. A la sazón, comenzaba ya a perfilarse la dirección estratégica principal: la de Varsovia-Berlín.

Por una idea de maniobra única del Gran Cuartel General, utilizando los éxitos de los tres Frentes de Bielorrusia y del 1.° del Báltico, las tropas del mariscal Malinovski se lanzaron a la ofensiva en el sur, se internaron en Rumania y siguieron explotando el éxito en dirección a Budapest. Bajo la dirección del Partido Comunista, el pueblo rumano derrocó a la dictadura fascista de Antonescu. Rumania volvió las armas contra Alemania. Las tropas del 3.er Frente de Ucrania, mandadas por el mariscal Tolbujin, derrotaron a las tropas germano-fascistas en Bulgaria y siguieron avanzando en dirección a Belgrado. El pueblo búlgaro, después de crear el Frente Patriótico, empuñó las armas contra los ocupantes alemanes.

XIV

LA IRRUPCIÓN

El otoño de 1944 las tropas soviéticas liberaron una parte considerable de Lituania, Letonia y Estonia, traspasando en el sudoeste los límites del país. Empezaron a golpear al enemigo en Bulgaria, y en la dirección central se abrieron paso hacia el río Vístula. Por consiguiente, se dio la posibilidad real de trasladar las acciones bélicas más allá de las fronteras de Alemania y desarrollar la ofensiva directamente sobre Berlín.

Sin embargo, sobre nuestras tropas, en ofensiva en la dirección estratégica principal hacia la misma madriguera de la Alemania nazi, aún pendían amenazadoramente desde el flanco y la retaguardia las tropas alemanas desplegadas en Prusia Oriental. Mientras que en la dirección Varsovia-Berlín el mando alemán había concentrado un ejército de un millón de hombres, contra el ala derecha del frente se mantenían en el flanco millón y medio de soldados, casi dos mil tanques y cañones de asalto, más de novecientos aviones y quince mil piezas de artillería, integrando los Grupos de Ejércitos Norte y Centro. Esto tenía su explicación en que los alemanes no sólo se proponían estabilizar la defensa de sus tropas en la zona del Báltico y en Prusia Oriental, sino también en que, utilizando la situación estratégica favorable, abrigaban el propósito de asestar un contragolpe al flanco y a la retaguardia de las fuerzas principales del Ejército Rojo, en ofensiva sobre Berlín.

Con el fin de liquidar este peligro, el Gran Cuartel General del Mando Supremo planteó al 3.er Frente de Bielorrusia irrumpir en Prusia Oriental, en cooperación con el 1.er Frente del Báltico, y derrotar al Grupo de Ejércitos Centro, ordenando a tres Frentes del Báltico y al de Leningrado derrotar al Grupo de Ejércitos Norte y liberar por completo la zona del Báltico.

Mandadas por Cherniakovski, las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia deberían atacar una región fortificada, preparada por los alemanes mucho antes de la guerra, constituida por poderosas fortificaciones permanentes y de campaña, distribuidas en casi doscientos kilómetros de profundidad.

Cumpliendo la directiva del Gran Cuartel General, Iván Danílovich Cherniakovski hizo sus cálculos para asestar un golpe masivo por sorpresa en la dirección principal. Su estado mayor trabajaba intensamente para aclarar sus necesidades en tanques pesados, artillería, y fuerzas de ingenieros y de otra índole para la ruptura de la potente línea fortificada.

... Sonó el teléfono en el despacho. El propio Cherniakovski tomó el aparato de comunicación directa.

—El Jefe Supremo —se oyó en el auricular la voz conocida de Antónov— ha ordenado que usted lleve a cabo el ataque para derrotar a la agrupación enemiga desplegada en Tilsit-Insterburg. El 8 de octubre usted debe informarle en persona del plan de la operación. Dispone de cinco días.

—¡Alexéi Innokiéntievich! Usted sabe perfectamente que, chocando con una tenaz resistencia del enemigo, el 3.er Frente de Bielorrusia se ha visto obligado a tener que ponerse a la defensiva. Sobre la nueva ofensiva se podrá hablar si se nos da lo que pedimos.

—Ni se le ocurra pensar en que se le puedan asignar complementariamente tanques y artillería de la reserva general.

—Estimo mi deber repetir una vez más que el Frente necesita refuerzos. De lo contrario no podremos cumplir la misión que se nos plantea.

—Cuando venga a Moscú el Estado Mayor General le pondrá las cartas sobre el tapete y usted verá cuales son nuestras posibilidades.

—Pero, ¿se podrá contar con alguna ayuda directa por parte de los Frentes vecinos?

—Los vecinos se preparan para otras operaciones no menos importantes. ¡Le deseo éxito!

Cherniakovski dejó el teléfono profundamente confundido. La preocupación del comandante en jefe era comprensible. La situación estratégica general no era favorable para realizar la operación Tilsit-Insterburg. Era indudable que los ejércitos de Cherniakovski, cansados después de tan prolongada ofensiva, necesitaban completarse, ser reforzados con grandes unidades blindadas y artillería de la Reserva del Mando Supremo. Pero la misión que les habían planteado tenían que cumplirla. En la operación prevista, las tropas del Frente deberían atraer sobre ellas el mayor número posible de fuerzas enemigas de la dirección estratégica principal: la de Berlín, y ayudar así a los Frentes Bálticos.

Ayudado por su estado mayor, Cherniakovski preparó en tres días el plan general de la operación. Luego, comenzó un complicadísimo trabajo para organizar la cooperación entre las grandes unidades de tropas interarmas, acorazadas, de artillería y de aviación.

Los consejos militares del Frente y de los ejércitos desplegaron una intensa labor de partido y política, preparándose para los próximos combates ofensivos. El general S. Kázbintsev, jefe de la Dirección Política del Frente, recorrió las tropas acompañado por un grupo de oficiales. En la 184.ª División de Infantería le recibió su jefe, el general Gorodovikov.

—Están reunidos los adjuntos políticos de los mandos, los secretarios de las organizaciones del Partido y del Komsomol —dio el parte—. Mi adjunto político realiza un seminario en el 297.º Regimiento de Infantería con los organizadores del partido en las compañías y las baterías.

—Ahora no tenemos tiempo para extensos informes —dijo Kázbintsev—. Dialogaremos sencillamente y cambiaremos impresiones. A usted, Basán Badmínovich, no le quiero entretener, ocúpese de sus asuntos.

—Yo estaré en el batallón del capitán Gubkin. Si me necesitan el oficial de guardia del estado mayor me encontrará.



Kázbintsev se apresuró a reunirse con los que le aguardaban. Entabló un coloquio desenvuelto y franco, como entre antiguos conocidos.

—¿Ven ustedes estas flechas rojas, camaradas? —dijo recorriendo el mapa con el puntero— Son las direcciones de nuestros golpes. Debemos desmembrar a la agrupación enemiga de Prusia Oriental. La operación tiene una gran importancia, no sólo militar, sino también política. A su división se le ha confiado ser una de las primeras que golpee a la fiera fascista en su propio cubil. Díganselo así a los combatientes. No oculten las dificultades que nos aguardan. Habrá que luchar casa por casa.

Habló hasta donde era posible de la trascendencia estratégica de la operación, de que ella facilitaría la misión a nuestra agrupación principal, en ofensiva sobre Berlín. A continuación, dialogó largo rato con los instructores políticos que le rodeaban, esclareciéndoles las particularidades del trabajo partidista y político en la operación venidera y advirtiéndoles de la necesidad de seguir muy atentos las acciones en el territorio enemigo.

El general Gorodovikov llegó sin novedad al punto de observación del capitán Gubkin, ubicado en la ribera alta del Sheshupe, no lejos de la villa lituana de Naumestis.

—¡Te atrincheraste como un topo! ¡No peor que el general! —dijo elogiando el refugio.

Gubkin reprendió con tacto al jefe de la división por recorrer de día las primeras líneas.

—Si la montaña viene a Mahoma, seguramente esto significa algo —aludió sonriente el general—. Aunque debo decirle que aquí se está incluso más tranquilo que en mi puesto de mando. El enemigo no se atreve a bombardearlo, ni lo bate con artillería pesada, para no tocar a los suyos. Por lo que a la artillería ligera respecta, según veo, no la teméis. Desde primeras horas de la mañana dirigiré a los regimientos desde aquí.

Y observando perplejidad en el rostro de Gubkin, aclaró:

—El general Poplavski, jefe del cuerpo, pasa a mi puesto de mando, y yo, por consiguiente, al vuestro. Claro que el quid de la cuestión no reside en a dónde se traslada cada uno. Aunque la apro-

ximación de los puntos de dirección a la primera línea, como usted adivina, supone algo. El jefe del ejército me ha ordenado que pase el Sheshupe con vuestro batallón.

—¿Es oportuno? ...

—¡Lo es! A nuestra división se le ha conferido el honor de ser la primera que cruce la frontera.

—¡Está claro, camarada general!

—Pero, de la división, su batallón será el primero que forzará el río. Los vecinos comenzarán a cruzarlo sólo cuando haya indicios de éxito en la margen opuesta.

—¿Me permite emprender los preparativos?

—Actúe, capitán.

Los combatientes del batallón de Gubkin tuvieron muchas veces que prepararse para el ataque, pero ahora, una sensación de particular responsabilidad les impulsaba a realizar esto lo mejor posible. Hacía mucho que todos soñaban en el momento en que pisarían la tierra de donde vino la guerra. ¡Y, por fin, les llegó este grandioso júbilo! En aras de este objetivo recorrieron estepas, cruzaron bosques, pantanos y ríos, se abrieron paso bajo el fuego, anduvieron ateridos por los campos nevados, se sofocaron en la polvareda de los caminos...

Los órganos políticos divisionarios dieron a conocer la misión a todo el personal de los regimientos y de los batallones, exhortaron a que los comunistas y los komsomoles fueran el ejemplo en los combates venideros. En la 184.ª División de Infantería, el 25 por ciento eran comunistas y el 50 komsomoles. Los mandos de todos los grados trabajaban intensamente, preparando a las tropas para las operaciones en territorio enemigo. La situación exigía cohesionar más aún a las pequeñas unidades de tropas, mantener permanentemente en los hombres un elevado espíritu de ofensiva, un sentimiento de responsabilidad por el cumplimiento del deber militar.

Después de dar disposiciones previas a las tropas, Cherniakovski y Makárov, miembro del Consejo Militar, volaron llamados a Moscú. En el avión, Iván Danílovich no dejaba de pensar en el informe, que tenía pocos visos de que agradara al Gran Cuartel

General. Ahora, se promovían a primer plano los intereses de las tropas que emprenderían la ofensiva en la dirección de Berlín, en tanto que sus peticiones de reforzar al 3.er Frente de Bielorrusia, podrían parecer desfasadas. Y no obstante, decidió luchar por lograr la cantidad necesaria de fuerzas y medios en correspondencia con la misión planteada.

En el Comisariado del Pueblo de la Defensa, Cherniakovski fue recibido por el adjunto del jefe del Estado Mayor General. Después fue al Kremlin.

Luego de saludar a todos, Stalin fijó su mirada en Cherniakovski:

—Informe.

—El 3.er Frente de Bielorrusia —comenzó Iván Danílovich— tiene que romper un sistema potente y profundamente escalonado de fortificaciones enemigas de campaña y permanentes, distribuidas en una franja de entre ciento cincuenta y doscientos kilómetros, un sistema integrado por ciento doce obras defensivas de hormigón armado de todos los tipos. Para cumplir esta misión, carecemos de suficiente cantidad de artillería pesada, tanques y aviación...

Stalin abandonó su asiento presidencial y comenzó a andar a lo largo de la mesa.

—Camarada Cherniakovski —dijo de pronto—, ¡no se deje asustar por el enemigo! Conviene pensar en cómo rebasar los nidos de hormigón armado de los alemanes.

Su mirada resbaló por el rostro de Cherniakovski. Por un instante sus ojos se encontraron.

—¡Usted es un buen práctico, pero un mal teórico! —soltó descontento Stalin.

—Camarada Stalin, es posible que hayamos exagerado la importancia de las obras de hormigón armado del enemigo —y la voz de Cherniakovski vaciló—, pero en los cálculos no nos hemos equivocado. Para derrotar en el plazo más breve a la agrupación enemiga de Prusia Oriental, necesitamos que se nos complete con tanques y artillería pesada. Resolviendo exitosamente su misión, el 3.er Frente de Bielorrusia cubrirá las retaguardias y el flanco dere-

cho de las tropas que atacan en la dirección estratégica de Berlín. Dentro de un mes, lo más tarde, podrán trasladarse allí varios ejércitos, inactivos ya en Prusia Oriental.

—Usted preocúpese del éxito a escala del Frente —le interrumpió de nuevo el Jefe Supremo—, y el Gran Cuartel General se preocupará de las acciones en la dirección estratégica principal. La ofensiva en Prusia Oriental absorberá una parte de las fuerzas enemigas que actúan contra el 1.er Frente de Bielorrusia y el 1.º de Ucrania. Lo importante en la etapa que nos ocupa es concentrar fuerzas para el golpe en las direcciones centrales, que llevan a Berlín, el corazón de Alemania. Si de estas fuerzas le asignamos a usted algunas, Zhúkov y Kónev no podrán asestar un golpe masivo. —Y Stalin sacudió la cachimba apagada contra el borde del cenicero.

—Está todo claro, camarada Stalin.

Cherniakovski se lamentó de no haber podido hablar de lo principal: de los procedimientos para conducir la operación de cara a la penetración en la región fortificada, elaborados conjuntamente por él y su estado mayor. Hasta cierto punto, estaba desconcertado. Pero todos los presentes pudieron apreciar la rigurosidad en los principios y los extensos conocimientos del joven comandante en jefe.

Entre tanto, el Jefe Supremo continuó:

—En cuanto al peligro de ataque de la agrupación de Prusia Oriental sobre el flanco de nuestras tropas que forzarán el río Vístula, en eso usted lleva razón. Pero nosotros ya hemos reforzado su Frente con el 28.º Ejército del teniente general Luchinski. Es todo cuanto podemos darle.

En general, el Jefe Supremo estuvo conforme en que se habían asignado pocas fuerzas y medios para reforzar al 3.er Frente de Bielorrusia y aprobó el plan de la operación, propuesto por Cherniakovski.

El mismo día, Iván Danílovich emprendió el regreso a su estado mayor. Todo el camino estuvo intranquilo, pero cuando llegó al Cuartel General del Frente, se mostró como siempre: reconcentrado y diligente.

En la noche al 15 de octubre, los jefes de los ejércitos informaron que las tropas que mandaban estaban listas para la batalla venidera.

En efecto, los combatientes soviéticos habían esperado este momento más de un millar de días y noches. ¡Había llegado la hora tan ansiada! Pasaron a la ofensiva las fuerzas principales del Frente: el 11.º Ejército de la Guardia del coronel general Gálitski y el 5.º Ejército del coronel general Krylov. Precedió al asalto una preparación de artillería y de aviación de dos horas. La artillería batía a los alemanes en las trincheras. Los bombarderos arrojaban sus cargas sobre los puestos de mando y los nudos de transmisiones, los aparatos de ataque al suelo silenciaban las baterías de artillería y de morteros del enemigo.

La artillería trasladó el fuego a la segunda línea defensiva. Siguiendo a la barrera de fuego, se alzaron al ataque las pequeñas unidades de infantería. Entre ellas se encontraba el batallón del capitán Gubkin.

Por las pasarelas de asalto, tendidas en unos instantes, los soldados cruzaron a la carrera hacia la orilla opuesta. Como riachuelos aislados que confluyen a un gran río, así se ensanchaba el torrente de la ofensiva. El cumplimiento de la misión por el batallón de Gubkin, determinó el éxito del 297.º Regimiento de Infantería. La 184.ª División ensanchó la brecha en la dirección principal de la ofensiva del XLV Cuerpo de Infantería. Pero luego, disminuyó el ritmo de ofensiva: se notaba la escasez de artillería pesada y de tanques.

El general Krylov, jefe del 5.º Ejército, estaba aquellos días hospitalizado, pues se le habían abierto las heridas recibidas a las puertas de Sebastopol. Cumplía las funciones de jefe del ejército el teniente general P. Shafránov. Por la tarde, cuando fue enviado a la batalla el segundo escalón del ejército, Cherniakovski y Makárov llegaron al puesto de mando de éste.

—Camarada comandante en jefe, el enemigo se defiende con tenacidad, contraataca allí donde hemos obtenido éxito —informó Shafránov.

—¿Resulta que el enemigo es quien ataca, y no usted? —repu-

so Cherniakovski—. ¿Cómo está organizado el aseguramiento artillero de la ofensiva? Hay que concentrar con más audacia los medios de fuego en la dirección del golpe principal. ¡Éste es un error craso suyo!

Cherniakovski no tenía por costumbre dar reprimendas a los subordinados. Y, no obstante, ordenó con toda severidad reagrupar la artillería durante la noche e informar del cumplimiento de la orden.

Al final de la jornada, Cherniakovski y Makárov regresaron rendidos al Cuartel General del Frente.

Llegó la hora de informar al Gran Cuartel General. Tal y como suponían, la conversación resultó brusca. Cherniakovski asumió toda la responsabilidad por el retraso de la ofensiva e incluso no mencionó el apellido del jefe del ejército. No tardó Shafránov en enmendar su error y en tener éxito. Al poco tiempo, y por recomendación de Cherniakovski, fue designado jefe del 31.° Ejército.

Makárov no dejaba de admirarse del carácter del comandante en jefe del Frente. Él mismo, hombre de gran inteligencia y tacto, valoraba especialmente en Iván Danílovich la atención para con las personas, su habilidad para no sólo subordinárselas, sino también para atraerlas a su lado. El miembro del Consejo Militar compartía sin reservas las ideas del comandante en jefe, es más, jugó un importante papel en su formación como estratega. No siendo un especialista militar, Makárov sabía apreciar las tendencias objetivas en los cambios de la situación, distinguir lo principal de lo secundario. Contagiado por el entusiasmo de Cherniakovski ponía todo su empeño en la realización de sus planes, movilizaba al aparato partidario y político, procurando que la decisión del comandante en jefe llegara hasta la conciencia de cada soldado. No faltaron los casos en que Makárov discrepó de Cherniakovski y, cumpliendo con su deber, comunicó sus dudas al Gran Cuartel General. Pero esos momentos fueron muy raros. Cherniakovski los conocía y los aceptaba como algo normal.

«...A veces pienso —escribía en sus memorias Vasili Emeliánovich— en cuál era la causa de que Cherniakovski no perdiera



una sola batalla. ¿En su valentía y serenidad personales? ¿En su decisión? ¿En sus aptitudes como militar y organizador? ¿En sus profundos conocimientos? ¿En su habilidad para hacer vibrar las fibras del corazón de la persona, inculcarle seguridad en sus propias fuerzas, en la victoria, desterrar de ella el temor y el desconcierto ante el enemigo?

Cierto era que todas estas virtudes las poseía Iván Danílovich en grado superlativo. Pero tenía un rasgo más que, si así lo quieren, era una especie de amplificador de todas esas cualidades, que también constituyen lo que acostumbramos a llamar talento del estratega: el análisis meditado y constante del enemigo, el saber captar con sutilidad los cambios más ínfimos en los procedimientos tácticos de la conducción del combate... Tenía mucho talento y, sin embargo, sus dotes naturales se conjugaban en él con una capacidad de trabajo y una coherencia extraordinarias. Iván Danílovich se encontraba siempre en el centro de los acontecimientos. Trataba con respeto, cariño y solicitud paternal a los soldados y oficiales, cuyo duro quehacer militar, a fin de cuentas, era el que decidía el desenlace de cualquier idea de maniobra y operación. En cualquier gran unidad a la que llegara el comandante en jefe del Frente, comprobaba obligatoriamente cómo se alimentaba y se vestía a los soldados, sin olvidarse de preguntar durante el coloquio: «¿Y qué me dicen del tabaco?» —aunque él mismo no fumaba. Cherniakovski se granjeó el prestigio y el respeto por su diligencia, por sus elevados principios de comunista, por sus decisiones correctas y talentosas. Siendo exclusivamente exigente para consigo mismo y para con los subordinados, al mismo tiempo, tenía un tacto exquisito en las relaciones mutuas con cuantos le rodeaban...»

La misma opinión tenían de Cherniakovski el general Kázbintsev, jefe de la Dirección Política del Frente, y el mayor general V. Mernov, responsable de una dirección en el Estado Mayor General, que estuvo en las tropas del 5.º Ejército y cuando regresó a Moscú informó a sus superiores:

«Cherniakovski no se desconcertó en la situación confusa, siguió siendo el mismo: inteligente, sereno, tenaz y dueño de sí...»

A la mañana siguiente, Iván Danílovich se presentó en una de las divisiones del 5.º Ejército para apreciar la situación sobre el terreno.

—Camarada comandante en jefe, fíjese —y el jefe de la división señaló una cota situada unos ochocientos metros a vanguardia—. Al parecer, es un montículo inofensivo. Más a la derecha, ve usted otro más. ¡Son nidos de hormigón armado! En cuanto los combatientes se alzan al ataque, abren fuego...

—¿Qué hace la artillería?

—¿Me lo permite? —y recibiendo el consentimiento, el jefe de la división mandó—: ¡Abran fuego! Uno tras otro los proyectiles impactaron en el blanco, sobre el que ya se había corregido el tiro. Cuando se disipó el humo, se vio claro que el nido estaba intacto, solamente se había destruido su enmascaramiento, dejando al descubierto el hormigón armado. Cherniakovski se apartó disgustado del telescopio goniométrico.

—¡Camarada comandante en jefe, se necesitan tanques pesados y artillería autopropulsada!

—Está bien, me preocuparé de ello. Por el momento, adelante la artillería de cuerpo asignada. Que dispare directamente contra las troneras.

—¡A sus órdenes, camarada comandante en jefe!

—Y no se le olvide que después de que reciba todo lo necesario le sancionaré con toda severidad, no sólo si no cumple la misión en el plazo fijado, sino también si tiene bajas injustificadas.

A últimas horas del día, apreciando la situación creada en el sector del 5.º Ejército, Cherniakovski decidió trasladar el golpe principal al eje Gross-Trakenen-Nemmersdorf, donde había indicios de éxito por parte del 11.º Ejército de la Guardia del general Gálitski. Con este fin, en la noche al 19 de octubre fue trasladado allí el II Cuerpo de Tanques de la Guardia del general Burdeiny, que operaba en el frente de ofensiva del ejército de Krylov. Al mismo tiempo, la aviación del Frente descargó potentes golpes sobre la defensa enemiga en este sector.

En cooperación con el cuerpo del general Gúriev, los tanquistas de Burdeiny rompieron el 20 de octubre la segunda posición



defensiva enemiga y alcanzaron la línea del río Rómnite. Para incrementar el golpe, desde la mañana del siguiente día fue conducido al combate en el intersticio entre el 5.º Ejército y el 11.º de la Guardia, el segundo escalón del Frente, el 28.º Ejército del general Luchinski. Sin embargo, el enemigo también logró traer reservas a este sector. Decayó el ritmo de ofensiva del ejército de Luchinski. El análisis de la situación mostró que la resistencia del enemigo se había hecho más débil en la franja de ofensiva del ejército de Gálitski. Cherniakovski maniobró de nuevo en el acto con la artillería y la aviación. Lanzó la masa fundamental de bombarderos y aparatos de asalto en apoyo del cuerpo de tanques de Burdeiny, que rebasaba Gumbinnen por el sur, y de las grandes unidades de Gúriev, que atacaban hacia el río Anguerapp. Se creó la posibilidad real de tomar Insterburg. El mando alemán comenzó a reagrupar a toda prisa sus divisiones acorazadas, para lanzarlas contra la agrupación de choque del 3.er Frente de Bielorrusia.

El cuerpo del general Burdeiny y las divisiones de Gúriev tomaron el 22 de octubre la localidad de Nemmersdorf, al sur de Gumbinnen, ensancharon la cabeza de puente en el río Anguerapp e hincaron, por consiguiente, una cuña profunda en las defensas del enemigo. Sin embargo, alejándose durante la ofensiva de las fuerzas principales del Frente, descubrieron sus flancos, circunstancia que aprovechó el enemigo para, con más de doscientos carros de combate apoyados por cuatro brigadas de cañones de asalto y una brigada independiente de lanzacohetes séxtuples, contraatacar desde el norte y el sur por direcciones convergentes sobre la base de nuestra cuña en la región de Nemmersdorf. Para que el II Cuerpo de Tanques de la Guardia y la 31.ª División de Infantería de la Guardia pudieran eludir el golpe de los tanques del enemigo, Cherniakovski los replegó a la margen oriental del río Rómnite y protegió sus flancos.

Después de rechazar los numerosos contraataques alemanes, las tropas del Frente no tardaron en reanudar la ofensiva. Como respuesta, el mando alemán siguió trayendo efectivos importantes de sus sectores aún no atacados. La insuficiencia de fuerzas y medios de los atacantes permitió al enemigo maniobrar con sus reservas.

A pesar de que los vecinos no mostraban actividad y a la carencia de tanques pasados y de artillería autopropulsada, de todas formas, las tropas del 3er Frente de Bielorrusia demolieron poderosas fortificaciones permanentes del enemigo en la frontera con Prusia Oriental y profundizaron hasta cincuenta kilómetros en el territorio enemigo, ensanchando la brecha hasta los cuarenta kilómetros de anchura. En los accesos a Königsberg fueron perforadas tres franjas defensivas de un total de nueve. Durante la batalla, las fuerzas de Cherniakovski acabaron con cerca de cuarenta mil soldados y oficiales, más de seiscientos tanques y casi doscientos aviones enemigos. Cayó en sus manos gran cantidad de material de guerra e hicieron prisioneros a muchos soldados y oficiales.

A finales de octubre, las tropas del Frente se fortificaron en la línea Sudarga, Schillen, Avgustow y comenzaron a prepararse para una nueva operación.

Concentrando una potente agrupación contra el ala derecha del Ejército Rojo, los alemanes calculaban detener su ofensiva sobre Prusia Oriental y cubrir Pomerania, cerrando en esta dirección el camino a Berlín. El enemigo confiaba en que cuanto más progresaran nuestras tropas desde Varsovia hacia las fronteras de Alemania, tanto más vulnerable sería su flanco derecho para los golpes desde Prusia Oriental.

Nuestro Estado Mayor General supo que Hitler se interesaba mucho por sus flancos septentrional y meridional, especialmente en lo que a Prusia Oriental se refiere. El Gran Cuartel General calculaba en que lograría obligar a que el enemigo retirara parte de sus fuerzas de la dirección oeste y facilitar así la ofensiva a las tropas de Zhúkov y de Kónev.

Las suposiciones se confirmaron. Los alemanes tuvieron que concentrar en noviembre y diciembre en Prusia Oriental 26 divisiones, incluidas siete acorazadas, y en las cercanías de Budapest 55 divisiones, de las que nueve eran también acorazadas. Esto tuvo por resultado que en la dirección oeste, para nosotros la principal, Hitler dispusiera de menos fuerzas que en los flancos norte y sur.

El enemigo cifraba grandes esperanzas en las poderosas obras defensivas de Prusia Oriental, creadas allí a lo largo de mu-

chos años. Las más potentes se localizaban en las regiones fortificadas de Heilsberg, Letzen y Königsberg, situadas en el eje de ataque del 3.er Frente de Bielorrusia. Para asaltarlas se precisaba elaborar un plan.

En vísperas del vigesimoséptimo aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre, el comandante en jefe y el miembro del Consejo Militar del Frente fueron llamados al Estado Mayor General para tratar de la prevista operación en Prusia Oriental. A cada viaje de esta índole, le precedía en el Estado Mayor del Frente un gran trabajo preparatorio. También lo fue así en esta ocasión.

—Ya lo está viendo, Vasili Emeliánovich —dijo Cherniakovski a Makárov—, hemos pensado y calculado todo, sólo queda informar como es debido en el Gran Cuartel General. No se me va de la cabeza la observación del Jefe Supremo: «No se deje asustar por el enemigo...»

—No se preocupe, Iván Danílovich, la arena todo lo cubre. Con toda seguridad Stalin hace ya mucho que se olvidó de aquello. A fin de cuentas, no realizamos mal la operación, como él señaló en su Orden.

—Tendremos que pasar por ello...

—Retirando al mariscal Vasilievski y subordinando nuestro Frente al Gran Cuartel General, el camarada Stalin ha mostrado que confía en usted —tranquilizó Makárov a Cherniakovski.

En el Estado Mayor General los recibió Antónov.

—El Estado Mayor General considera que su Frente debe resolver una misión complicada: ante ustedes hay una nutrida agrupación enemiga, que se defiende en abrigos de hormigón armado.

—¿Qué aseguramiento operativo-estratégico prevén para nosotros?

—Nos proponemos asestar dos poderosos golpes envolventes al Grupo de Ejércitos Centro, situado en Prusia Oriental. En el transcurso de diez días, las tropas de su Frente deben derrotar a la agrupación de Tilsit-Insterburg, teniendo por misión posterior desarrollar la ofensiva sobre Königsberg a lo largo del río Pregel. El 1.er Frente del Báltico les ayudará con el 43.er Ejército;

el 2.º Frente de Bielorrusia aniquilará a la agrupación enemiga de Przasnysz-Mlava, luego explotará el éxito en dirección a Marienburg y saldrá al golfo de Frisches-Haff. El feliz término de esta misión deberá contribuir al éxito de nuestras tropas en el eje Varsovia-Berlín.

—¿Qué fuerzas se le asignan al 3.er Frente de Bielorrusia?

—En esta ocasión se le refuerza con todo lo necesario. Del 1.er Frente del Báltico pasa a subordinarse a usted el 2.º Ejército de la Guardia del general Chanchibadze.

—¡Alexéi Innokéntievich, en vísperas de la fiesta usted me colma de júbilo! —expresó sinceramente agradecido Cherniakovski.

—Dígame, Iván Danílovich, ¿cuál es el contenido de su idea de maniobra?

—Desmembrar a la agrupación del enemigo y luego destrozarla por partes.

—¿Qué se prevé en el plano táctico?

—Constituiremos grupos y destacamentos de asalto, reforzados con artillería, tanques y zapadores. Tenemos planificado que les acompañará la aviación de taque al suelo.

—Eso es razonable —asintió Antónov—. Familiarícese con la directiva del Gran Cuartel General. Si le surgen preguntas, las examinaremos conjuntamente. Y, como decían en el pasado, vaya con Dios...

Cuando regresó al Cuartel General del Frente, Cherniakovski se enfrascó en los preparativos de la operación ofensiva en Prusia Oriental de acuerdo a su idea de maniobra fundamental: aislar al Grupo de Ejércitos Centro de los restantes grupos de ejércitos alemanes, apretarla contra el Mar Báltico, desmembrarla y aniquilarla por partes. Esta idea no sólo preveía dispersar los esfuerzos de los ejércitos enemigos en el mismo comienzo de la operación, sino también rebasar por el norte los poderosos centros de resistencia en Gumbinnen e Insterburg y, en caso de éxito, aislar a las fuerzas que se encontraban en esta última plaza fuerte.

Para el estilo de trabajo del Gran Cuartel General del Mando Supremo era característico que las misiones y la idea de maniobra de cualquier operación prevista se sometieran a un minucioso

análisis en el Estado Mayor General y en el Estado Mayor del Frente. Los trabajos preparatorios en las tropas se comenzaban por las disposiciones previas. Y solamente cuando todo estaba absolutamente claro, el Gran Cuartel General daba su directiva a las tropas. Lo mismo ocurrió en esta ocasión.

«De especial importancia.

Personalmente: al comandante en jefe del 3.er Frente de Bielorrusia, camarada Cherniakovski. Al miembro del Consejo Militar del Frente, camarada Makárov.

El Gran Cuartel General del Mando Supremo ordena:

1. Derrotar a la agrupación enemiga de Tilsit-Insterburg y en el transcurso de 10-12 días de operación tomar la línea Nemonien-Darkehemen-Goldap.

2. Posteriormente, desarrollar la ofensiva con las fuerzas principales a lo largo del río Pregel sobre Königsberg.

3. Informar de las disposiciones cursadas.

3 de diciembre de 1944.

Stalin.

Antónov»

El comienzo de la ofensiva se fijó para el 19 de enero. Los estados mayores y las tropas siguieron preparándose para el asalto. Especial atención se dedicó a la coordinación de las diferentes armas y al aseguramiento material y técnico.

Sin embargo, los plazos resultaron ser insuficientes.

A comienzos de enero cambió bruscamente el desarrollo de los acontecimientos. Los alemanes pasaron a la contraofensiva en el Frente Oeste, creando a los aliados en las Ardenas una situación crítica. Winston Churchill, primer ministro de Gran Bretaña, tuvo que pedir a Stalin que acelerase las operaciones ofensivas en el Frente del Este. Fiel a los compromisos aliados, el Mando Supremo, a pesar de todas las dificultades, lanzó 150 divisiones a una ofensiva desde el Báltico hasta los Cárpatos. A Cherniakovski se le ordenó comenzar la ofensiva seis días antes de la fecha establecida.

El Comandante en jefe del 3.er Frente de Bielorrusia decidió asestar el golpe principal al norte de Gumbinnen, en dirección a

Wehlau-Königsberg, estructurando la formación operativa de sus fuerzas en dos escalones. En el primero, atacaba en el ala derecha el 39.° Ejército del teniente general Liúdnikov, descargando el golpe principal en la dirección Pillkallen-Tilsit; a la izquierda, atacaba el 5.° Ejército del coronel general Krylov. Al norte de la carretera Stallupónen-Gumbinnen rompería la defensa enemiga el 28.° Ejército del teniente general Luchinski, con la misión de apoderarse de la región de Gumbinnen. El grupo móvil del Frente lo constituían el II Cuerpo de Tanques de la Guardia Tatsinski del mayor general Burdeiny, el cual debería entrar en la brecha a continuación del 5.° Ejército desde la mañana del segundo día de la operación y con un golpe impetuoso tomar al final del cuarto día Gross-Skaisirren. El 11.° Ejército de la Guardia del coronel general Gálitski —segundo escalón del Frente— atacaría detrás de las fuerzas de Krylov y de Luchinski, dispuesto al quinto día de la operación, conjuntamente con el I Cuerpo de Tanques del teniente general Butkov, a entrar por la mañana en batalla en la línea del río Inster, asestando el golpe principal sobre Wehlau y, con parte de sus fuerzas, en cooperación con el 28.° Ejército, tomar Insterburg. El 2.° Ejército de La Guardia del teniente general Chanchibadze, recién incorporado al Frente, y el 31.° Ejército del teniente general Shafránov ocupaban la defensa en el ala izquierda del Frente. Solamente a partir de la mañana del tercer día de operación las grandes unidades del 2.° Ejército de la Guardia deberían emprender la ofensiva con su ala derecha.

La víspera de la ofensiva, el 12 de enero por la noche, empezó a nevar. Esto obligó a que Cherniakovski ordenara no empezar el ataque a las 09.00 horas, sino a las 11.00 horas. Por teléfono directo se transmitió a los jefes de los ejércitos la siguiente orden: «Comiencen la preparación artillera».

Sin embargo, en el plan de la operación se había previsto doblar la señal del comienzo de la preparación artillera con las andanadas de los lanzacohetes. Pero ocurrió que uno de los grupos de lanzacohetes no fue avisado de que se atrasaba la hora de la preparación artillera.

A las 09.00 horas del 13 de enero en el sector previsto para la

ruptura retumbó una sola salva de los lanzacohetes. Respondiendo a esta señal, rompió fuego en el acto toda la artillería...

Cherniakovski llamó por teléfono al jefe de ejército Liúdnikov:

—¿Quién ha permitido comenzar la preparación artillera?

—Nosotros la hemos iniciado de acuerdo a la señal convenida: la salva de los katiushas...

—¡Se confundieron! ¿Qué piensa hacer ahora?

—Continuar la preparación artillera y actuar a tenor del plan trazado.

Como no tenía sentido interrumpir la preparación artillera, Cherniakovski confirmó a los jefes de los ejércitos la hora del ataque anteriormente fijada.

El caprichoso viento del Báltico empujaba la niebla. Había sitios en que la visibilidad no pasaba de los cincuenta o cien metros. Era evidente que la aviación no podía actuar y que la infantería no podía contar con su ayuda. Sólo quedaba confiar en la artillería, aunque sus posibilidades estaban asimismo limitadas.

«La espesa niebla impedía comprobar los resultados de la preparación artillera —recordaba el mayor general Kázbintsev, antiguo jefe de la Dirección Política del 3.er Frente de Bielorrusia—. Con Iván Daniílovich intentábamos observar desde el tejado de una casa de cuatro pisos, pero en vano. Descendimos al primer piso. Precisamente frente a la ventana, a unos cincuenta o sesenta metros de la casa, había un árbol, que unas veces se ocultaba en la niebla y otras aparecía. La niebla no se disipaba. Cherniakovski andaba por la habitación, bien acercándose a la ventana, bien separándose de ella. Ni un sólo músculo de su rostro denunciaba su estado interno.

La niebla seguía ocultando los alrededores. A una distancia de cien metros no se distinguía nada. No sabíamos los resultados de la preparación artillera y, por consiguiente, no existía seguridad alguna en que el asalto tuviese éxito. ¡Ya se habían disparado sobre el enemigo centenares de vagones de proyectiles! ¿Y si de pronto... fracasaba tal operación? Este pensamiento nos inquietaba a todos, nos martilleaba, pero Iván Daniílovich seguía tranquilo

dando órdenes y en los momentos que tenía libres hablaba tranquilamente con nosotros.

Entonces pudimos convencernos una vez más del extraordinario dominio de sí mismo y de la colosal fuerza de voluntad que tenía este hombre».

En condiciones semejantes es difícil asegurar la dirección, la coordinación precisa entre las diferentes armas. A pesar de sus heroicos esfuerzos, en el primer día de ofensiva ningún ejército pudo cumplir su misión. Surgió la duda de si era o no conveniente continuar la ofensiva. Muchos en el estado mayor se inclinaban a que la situación exigía detener la operación.

—La clave no reside solamente en el mal tiempo —explicaba Cherniakovski a Makárov—. En los órdenes de combate de las compañías de fusileros hay poca artillería de acompañamiento, los zapadores no dan abasto desactivando los campos de minas, la dirección de las tropas no responde a las condiciones de ruptura de un sector fortificado...

—Ni que decir tiene que el tiempo no favorece a la ofensiva —suspiró Makárov—. Pero usted tiene la última palabra, Iván Danílovich.

—Hay que proseguir la ofensiva —decidió Cherniakovski. Aunque no avancemos ayudaremos a las tropas que llevan a cabo la ofensiva sobre Tannenberg y Sandormierz. Hasta los aliados en el Oeste sentirán un alivio, pues en las Ardenas, los alemanes los presionan fuertemente.

El comandante en jefe dispuso reforzar a las compañías de fusileros con artillería y que los observatorios de las baterías y de los grupos se acercaran a los jefes de las compañías y de los batallones; asegurar una estrecha coordinación entre la infantería, los tanques y la artillería en el eslabón regimiento-batallón. Ordenó a los jefes de las unidades grandes y medianas adelantar sus puestos de observación hasta primera línea, y él mismo, acompañado por un grupo de oficiales de operaciones, marchó a los puestos de mando de los regimientos del primer escalón.

El coronel general Krylov, jefe del 5.º Ejército, adelantó su puesto de observación a las posiciones de batallón del primer esca-

lón, encontrándose nada más que a ochocientos metros de la primera línea de fuego. Lo mismo hicieron otros generales y oficiales.

Sin embargo, las extremadamente desfavorables condiciones meteorológicas influyeron en el desarrollo de la ofensiva. Hacia las 16.00 horas se hizo evidente que el grupo de choque del Frente no podía cumplir los objetivos previstos para el primer día de operación, y que la posición principal defensiva del enemigo no sería rota. Tal y como suponía Cherniakovski, se entablaron combates particularmente reñidos en los accesos a la ciudad de Gumbinnen, el principal centro de resistencia. Ya la víspera de la ofensiva se interesó por conocer la decisión del general P. Batitski, jefe del CXXVIII Cuerpo de Infantería, a quien se le había ordenado tomar Gumbinnen. En primer escalón atacaba la 130.ª División de Infantería del mayor general K. Sychev, las restantes fuerzas del cuerpo constituían el segundo escalón y la reserva. Tal despliegue permitía al general Batitski concentrar la artillería de las tres divisiones para neutralizar y exterminar los puntos de fuego del enemigo en un sector estrecho. El desarrollo de los combates confirmó lo acertado de esta decisión. Sin embargo, el enemigo también arreciaba incansable sus esfuerzos. El vecino XX Cuerpo, teniendo en el primer escalón dos divisiones de infantería, se había rezagado del CXXVIII dos kilómetros, mientras que el III Cuerpo de la Guardia, del mismo 28.º Ejército, disponiendo de considerables medios de refuerzo, se encontraba adelantado.

Al final de la jornada, el comandante en jefe del Frente llegó al Puesto de Mando del CXXVIII Cuerpo de Infantería, situado en las afueras occidentales de la finca señorial de Kerrin. El general Batitski recibió a Cherniakovski y se dispuso a escuchar aclaraciones desagradables. Pero no hubo necesidad de ello. El comandante en jefe dijo que conocía la situación, exigiendo que le informara sobre la decisión adoptada para el segundo día de la operación.

—El general Luchinski la aprobó y quiso concordarla con usted...

—¡Informe!

—He decidido que mediante acciones nocturnas proseguiremos el cumplimiento de la misión del día y desde la mañana del

14 de enero enviaremos al combate a la 61.ª División de Infantería, segundo escalón del cuerpo, por el sector del vecino de la derecha, el III Cuerpo de Infantería de la Guardia, rodeando por el norte el terreno cubierto de malezas y pantanos de Nakledimmener-Moor, en dirección a Tublauken. Al final de la jornada regresará al sector de mi cuerpo y tomará la localidad de Neu Budupenen.

—No he comprendido del todo. Usted quiere introducir el segundo escalón en el sector del vecino de la derecha, esto es, que usted ayudará al general Alexándrov —sonrió Cherniakovski—. Pero, según tengo entendido, el III Cuerpo de la Guardia, tampoco se queda atrás, ¡incluso se adelantó!

—Eso es precisamente lo que quiero, aprovechando el éxito de Alexándrov cumplir mi misión.

—¿No se entremezclarán las unidades? ¿Existe entre ustedes línea delimitadora?

—La línea delimitadora no es una muralla china...

—De acuerdo, pero cuando existe una organización precisa de la dirección de las tropas.

—¡Respondo por mi estado mayor!

—Puesto que así es, transmita al general Luchinski que apruebo la idea de maniobra. Pero de todos modos, ¿qué medidas tiene previstas para acelerar el ritmo de ofensiva?

«Sin discusión, pero exigió lo suyo» —pensó Batitski.

—Todas las piezas, incluidos los obuses, los emplazo para llevar a cabo fuego directo, para neutralizar más eficazmente los puntos de fuego del enemigo...

—Para la ruptura de una región fortificada esto no basta.

—A los jefes de los destacamentos de asalto les exijo acciones más resueltas, maniobras hábiles para rodear las casamatas de hormigón armado y los puntos de apoyo del enemigo.

—Precisamente, ¡más resueltas! ¡E ingeniosas! De lo contrario, la ofensiva puede atascarse. Usted mismo comprende lo que eso costaría...

Y, aprobando con una sonrisa más la ingeniosa decisión del jefe del cuerpo, se despidió.

Desde el comienzo de la operación, Cherniakovski pudo visi-

tar a Krylov y a Liúdnikov. Por doquier exigía lograr la victoria con el mínimo de bajas, buscar los puntos débiles en la defensa del enemigo e imponerle nuestras condiciones.

Al segundo día se libraron combates aún más encarnizados. El coronel general Reinhardt, nuevo comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro, habiendo localizado la dirección del golpe principal soviético, lanzó desde la mañana del 14 de enero dos divisiones de infantería, una de tanques y una brigada de cañones de asalto a liquidar la ruptura en los sectores de Krylov y de Luchinski. Para dirigir a la agrupación de choque se personó en el poblado de Mallvishken; en el puesto de mando del XXVI Cuerpo de Ejército, enclavado a diez kilómetros de Stallupönen, donde se ubicaba el puesto de mando del comandante en jefe del 3.er Frente de Bielorrusia.

Cerca de trescientos tanques enemigos, incluidos los llamados Königtigers, atacaron en el enlace de los ejércitos de Krylov y de Luchinski.

La operación, a la que el Gran Cuartel General concedía especial trascendencia y por el éxito de la cual Cherniakovski respondía en persona, languidecía. La situación más difícil correspondía a los sectores de las divisiones de Voljin y de Sychev, a quienes les correspondió afrontar el peso fundamental del contragolpe del enemigo, resistiéndolo con honor.

Desgastando con fuego desde sus posiciones a la agrupación de choque del enemigo, las tropas de Luchinski y de Krylov prosiguieron la ofensiva con sus fuerzas principales. En la franja del 5.º Ejército se observó cierto indicio de éxito. Para culminar la ruptura de la zona táctica del enemigo y desarrollar el éxito en este sector, desde la mañana del 16 de enero Cherniakovski envió a la batalla al II Cuerpo de Tanques de la Guardia Tatsinski. A continuación, ordenó pasar a la ofensiva al 2.º Ejército de la guardia en el ala izquierda del Frente. Aprovechándose de que las condiciones meteorológicas habían mejorado, dispuso que el coronel general Jriukin, comandante del 1er Ejército Aéreo, realizara una incursión masiva sobre las fortificaciones enemigas. La aviación de bombardeo y de asalto realizó un millar de salidas.

Continuaba la reñida batalla. El cuerpo de tanques de Burdeiny fue contraatacado por los tanques y los cañones de asalto fascistas. No se consiguió el viraje esperado en el transcurso de la operación. Llegó un momento en que pareció que los bandos adversarios habían puesto toda la carne en el asador. En aquellas condiciones, se convirtió en decisiva la capacidad para adoptar decisiones rápidas, saber maniobrar y, a fin de cuentas, el propio talento del estratega.

Cherniakovski previó que el enemigo se resistiría con particular empeño en la franja de ofensiva del 5.º Ejército. De ahí que exigiera a Liúdnikov incrementar incesantemente las fuerzas en el sector de ruptura del 39.º Ejército. Cumpliendo esta directiva, Liúdnikov estructuró el despliegue del cuerpo de infantería que asestaba el golpe principal en tres escalones, llevando sucesivamente a la batalla una división tras otra. Al mismo tiempo, en el flanco contiguo a su ejército, Krylov envió al combate a una división del segundo escalón, flanqueando Pillkallen por el sur, para quebrantar la resistencia del enemigo con dos poderosos golpes.

La mañana del quinto día, los cuerpos de Liúdnikov terminaron la ruptura de la defensa táctica del enemigo, explotando el éxito en dirección noroeste. No resistiendo el empuje, los alemanes comenzaron a retirarse.

En cualquier otra operación estos veinte kilómetros recorridos por las tropas del Frente en cinco días, habrían significado la ruptura total de la zona táctica y la salida al campo operativo. Pero aquí quedaba aún otra zona de resistencia: las líneas defensivas, fortificadas sólidamente, llegaban hasta el mismo Königsberg. Daba la impresión de que la ruptura sólo era posible a base de «roer» paulatinamente las franjas defensivas del adversario. Esto trataba de evitarlo Cherniakovski. Se precisaba impedir que los alemanes pudieran sucesivamente replegarse a posiciones preparadas de antemano, pues, de lo contrario, habría que avanzar librando ininterrumpidamente encarnizados combates, deteniéndose para comenzar todo de nuevo.

Cherniakovski llevó a cabo una audaz maniobra: llevó a combate al I Cuerpo de Tanques del general Butkov y un ejército del

segundo escalón, no en la franja de ofensiva de las tropas de Krylov, como estaba previsto por el plan, sino en el sector del ejército de Liúdnikov, que era donde había indicios de éxito. Simultáneamente se plantearon nuevas misiones para el 39.°, el 5.° y el 28.° Ejércitos y para los cuerpos de tanques a ellos asignados.

La maestría como estratega de Cherniakovski residía, precisamente, en que no temía hacer modificaciones sustanciales a la idea de maniobra de la operación durante su realización. Siempre es arriesgado desechar un plan elaborado de antemano: el enemigo puede adivinar la maniobra de gran número de tropas y adoptar contramedidas. Sin embargo, la decisión de Cherniakovski no sólo se basaba en los cálculos. Conocía las posibilidades de sus fuerzas, tenía en gran estima las capacidades de los generales a él subordinados. Renunciando al plan anteriormente aprobado, el comandante en jefe reestructuró el orden operativo de las tropas del Frente en forma de abanico, desplazando el grueso de las fuerzas, del sector central, al ala derecha, a la dirección secundaria.

El enemigo fue sorprendido, pues no esperaba un cambio tan súbito de la dirección del golpe principal. La mañana del sexto día de ofensiva, el cuerpo de tanques de Butkov entró en la brecha y, quebrando la resistencia alemana, profundizó cuarenta kilómetros en sus defensas. Hasta Königsberg quedaban menos de cien kilómetros. Esta acción cambió radicalmente el desarrollo de los acontecimientos.

Utilizando el éxito de los tanquistas, las tropas del general Liúdnikov llegaron al río Inster. El mando alemán empezó a trasladar a esta dirección los restos de sus reservas. Mientras tanto, aunque con lentitud, el coronel general Krylov seguía desarrollando la ofensiva, impidiendo que el enemigo pudiera sacar fuerzas del frente del 5.° Ejército.

En la noche al séptimo día de operaciones, Cherniakovski fijó un nuevo rumbo al cuerpo de tanques de Burdeiny, en dirección a la localidad de Aulowenen, que desempeñaba un papel importante en el sistema defensivo alemán. Los cuerpos acorazados del Frente continuaron la ofensiva y progresaron en una jornada otros veinte kilómetros más.

Cherniakovski concedía colosal importancia a las cuestiones de la coordinación con las tropas de los frentes vecinos. Mientras que la agrupación de choque del mariscal Rokossovski desarrollaba la ofensiva al noroeste, hacia el golfo de Frisches-Haff y el Vístula, las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia obligaban a que el enemigo aceptara batallas en la dirección de Königsberg. Con igual éxito se organizó la cooperación con las grandes unidades del 1.er Frente del Báltico, mandado por el general I. Bagramián.

La comunidad combativa de las grandes agrupaciones de tropas se manifestó con particular diafanidad en las acciones del 43.º Ejército, del 1.er Frente del Báltico, y del 39.º Ejército, del 3.er Frente de Bielorrusia, durante la toma de la ciudad de Tilsit. Cherniakovski coordinó en persona su cooperación en los flancos contiguos, utilizando magistralmente todos los éxitos.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó por teléfono a Liúdnikov, cuando la suerte de la ciudad estaba decidida—. En Moscú los artilleros tienen agarradas ya las cuerdas del mecanismo de disparo para las salvas de saludo.

—Que sigan con ella en la mano, camarada comandante en jefe. Es más difícil apoderarse de una ciudad que tirar de la cuerda.

—Dejemos las bromas, ¿cuánto tiempo necesitará usted aún?

—¡Como cosa de hora y media, no menos! —era difícil comprender si el general bromeaba o lo prometía en serio.

Transcurrió la hora y media.

—¡Camarada comandante en jefe, las grandes unidades del 39.º y el 43.º han tomado Tilsit al asalto! Puede transmitir a los artilleros en Moscú, que ya pueden abrir fuego —informó Liúdnikov.

—¡Eschucha, Iván Ilich, y pon a la escucha a Bieloboródov!

Y en efecto, a los quince minutos el locutor dio lectura a la orden y en el auricular se oyeron las salvas de saludo en honor de la toma de Tilsit por las tropas del 39.º y el 43.º Ejércitos.

En la noche al 20 de enero entró en batalla el ejército de Gálitski, segundo escalón del Frente. En dos días de combates profundizó hasta cuarenta y cinco kilómetros. La ciudad de Insterburg, con sus cinturones fortificados interno y externo, era un

serio obstáculo en el camino a Königsberg. Además, habiendo perdido la esperanza de poder resistir en sus obras de ingeniería los golpes de nuestras tropas, los alemanes volaron la presa e inundaron las riberas bajas de los ríos Inster y Anderapp.

La crecida cubrió los hielos y la nieve. El único calzado utilizable eran las botas altas de goma. Pero conseguirlas era imposible, pues los intendentes no podían prever todo. A pesar del frío y del viento que penetraba hasta los huesos, los hombres de Gubkin tendrían que vadear medio kilómetro de agua. Cosa poco menos que imposible; pero la noticia que trajo el adjunto político de que hasta Königsberg quedaban solamente algo más de cien kilómetros, infundió entusiasmo a los soldados. En la noche al 22 de enero irrumpieron en la ciudad de Insterburg, envuelta en llamas. En las afueras de la ciudad se veían tirados, destrozados, los cañones. A lo largo del camino que llevaba desde un joven robledal se erizaban los armazones quemados de los tanques y de los camiones alemanes.

A las 06.00 horas, flanqueando la ciudad por el nordeste y por el sudoeste, nuestras tropas tomaron totalmente Insterburg. En la orden del Mando Supremo se indicaba que la ciudad era «un importante nudo de comunicaciones y una poderosa zona fortificada alemana en el camino a Königsberg».

El mismo día, los ejércitos del mariscal Rokossovski se apoderaron de Allenstein y se lanzaron hacia Elbing. Interceptando los nudos fundamentales de carreteras, nuestras tropas entorpecían la maniobra de las fuerzas alemanas. Se cerraban las tenazas de acero, encerrando a toda la agrupación enemiga de Prusia Oriental.

Seguían felizmente su ofensiva las tropas del 28.º Ejército del teniente general A. Luchinski. El 21 de enero sus grandes unidades tomaron Gumbinnen, plaza importante de la defensa enemiga, cruzaron combatiendo el río Anderapp y se hicieron con una cabeza de puente en su margen izquierda.

Cherniakovski adoptó todas las medidas pertinentes para romper junto con las tropas de Rokossovski la región fortificada del enemigo y derrotar a su agrupación de Königsberg. Las fuer-

zas del Frente asestaron varios golpes disgregadores y con su ala derecha del 23 al 25 de enero forzaron sobre la marcha los ríos Daime, Pregel y Alle. Hasta Königsberg quedaban menos de cincuenta kilómetros.

A pesar de la situación crítica, creada a comienzos de 1945, el mando alemán dejó en Prusia Oriental casi cuarenta divisiones. Los alemanes no perdían las esperanzas de que con estas fuerzas podrían atacar por la espalda a nuestras tropas, que avanzaban sobre Berlín. Pero los estrategas soviéticos echaron por tierra los planes aventureros de los generales enemigos. El 26 de enero Hitler destituyó del mando del Grupo de Ejércitos Centro al coronel general Reinhardt, nombrando en su lugar al coronel general Rendulich. El Grupo de Ejércitos Centro pasó a llamarse Norte.

Sin embargo, el nuevo comandante en jefe tampoco podía cambiar la situación en el frente. A finales de enero el grueso de sus fuerzas se encontró dividido en tres grupos: el de Samland (más de cuatro divisiones), el de Königsberg (más de cinco divisiones) y el de Heilsberg (veinte divisiones reforzadas).

Como resultado de reñidas batallas, las tropas de Cherniakovski, cooperando con los ejércitos del 2.° Frentes de Bielorrusia y del 1.° del Báltico, cercaron a las fuerzas principales del Grupo de Ejércitos Norte, presionándolas contra el golfo de Frisches-Haff. El noventa por ciento de todo el territorio de Prusia Oriental estaba ya limpio de tropas alemanas. Se diezmó sensiblemente a las grandes unidades del Grupo de Ejércitos Norte, cayendo prisioneros más de cincuenta mil soldados y oficiales. Pero también las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia sufrieron considerables bajas y necesitaban completarse antes de emprender la ruptura de la región fortificada de Heilsberg, de potencia no inferior a la línea Siegfried, en el oeste de Alemania. Este campo fortificado, que contaba con casi 900 nidos de hormigón armado, estaba guarnecido por trescientos mil hombres.

A comienzos de febrero decayó el ritmo de la ofensiva. El Mando y el Estado Mayor del Frente tanteaban los puntos débiles en la defensa del enemigo, creando agrupaciones de choque. Sin embargo, eran muchas las divisiones de infantería cuya plantilla

no excedía los tres mil quinientos hombres. Los regimientos equivalían por sus efectivos a un batallón. El teniente general Makárov, miembro del Consejo Militar del Frente, adoptaba toda clase de medidas para mejorar la situación. En los ferrocarriles cercanos al frente, a los trenes que llevaban refuerzos para el 3.er Frente de Bielorrusia se les concedía «vía libre».

Preparándose para la nueva operación ofensiva, el 1 de febrero Cherniakovski llamó a Makárov.

—Vasili Emeliánovich, ¡necesitamos a toda costa cuatro mil hombres frescos! Aunque no sea más que para completar las unidades en el eje principal.

—Pide poco —sonrió socarrón Makárov.

—¿Bromea?

—De ningún modo. Han llegado siete mil hombres de reemplazo, desde Ucrania y Moldavia.

—¡Esto sí que se llama llegar a tiempo! —se regocijó Cherniakovski—. En primer lugar hay que completar las divisiones de Gálitski. Que cada una tenga por lo menos cuatro mil hombres: ¡a ellas les corresponderá asaltar Königsberg! Los restantes se los enviaremos a Liúdnikov. Vamos a echar una mirada a los reclutas...

El automóvil cruzó el puente a través del Pregel. Bordeaban el camino Tigers quemados, cañones y camiones destrozados... No se veía un alma, la calma era absoluta...

A Cherniakovski le gustaba la velocidad. El sargento Vinográdov, su chófer, trataba de agradarle, pero los tramos cubiertos de hielo no le permitían una marcha más rápida. Entraron en un bosque. Se levantó viento y disipó las nubes, a través de la neblina grisácea penetraba el sol.

El todoterreno se detuvo en un calvero del bosque. Cubiertos por la escarcha, los árboles brillaban con tonalidades plateadas bajo los rayos del sol, rodeado por ellos se veía un precioso castillo con agudas techumbres de tejas, con altas columnas blancas.

—¡Qué belleza! —exclamó Cherniakovski, saliendo del auto—. Es totalmente un cuadro de tiempos de paz.

Hacia ellos venía ya corriendo el jefe de los servicios de retaguardia. Allí cerca se iban formando los nuevos soldados.

El capitán Kuksa, que había acompañado el tren desde Moldavia, dio el parte al comandante en jefe con toda exactitud. Cherniakovski miró satisfecho al esbelto y moreno capitán, tocado con un gorro de caballería gallardamente encajado encima de la ceja derecha.

—¿Usted también es de Moldavia?

—¡Exactamente, camarada comandante en jefe!

—Muéstrenos ahora qué reclutas nos ha traído.

—Tres mil doscientos hombres. ¡Muchachos formidables! Casi todos quieren ser exploradores. Muchos saben alemán. Los nazis los llevaron forzosamente a Alemania, así es que no desconocen los lugares...

—Está bien, seleccione doce hombres. Le doy veinticuatro horas para prepararlos. Usted mismo irá con ellos de exploración —dijo Cherniakovski, medio en broma medio en serio.

—¡A la orden, camarada comandante en jefe!

A continuación, Cherniakovski se dirigió a los soldados.

—¡Queridos camaradas! Ahora van ustedes a integrarse en los regimientos que golpean al enemigo allí donde en otra época le batieron nuestros antepasados. Estamos en la misma tierra que hace quinientos años fue regada con la sangre de los soldados polacos, lituanos y rusos. Trescientos años después, los precursores de los fascistas alemanes nos atacaron otra vez, chisporroteando en estos sitios las hogueras de los vivaques de los combatientes rusos. Como resultado de la Guerra de los Siete Años, los rusos se apoderaron de Prusia Oriental y de las llaves de Berlín. ¡Ahora, a ustedes y a nosotros nos corresponde aniquilar al enemigo en esta madriguera del militarismo agresor, que amamantó al inhumano nazismo! ¡Amigos, al asalto de Königsberg!

Recorrió el bosque un potente «hurra». Las profundas palabras del glorioso estratega hicieron vibrar los corazones de los soldados.

En aquellos días, la exploración desempeñó un papel especial. Desde el aire se logró fotografiar con todo detalle las posiciones del enemigo. Sin embargo, los datos exigían comprobación. El enemigo se enmascaraba ingeniosamente y a veces era difícil dife-



renciar las posiciones falsas de las realmente ocupadas por la artillería y la infantería.

Entre los soldados seleccionados para la exploración, los había también que durante su movilización forzosa para el trabajo en Alemania tuvieron que cavar zanjas contracarro en las afueras de Königsberg, entre los nuevos fuertes, y construir pilares de hormigón alrededor del campo fortificado de Heilsberg.

Faltaba tiempo para preparar minuciosamente a los exploradores. Sólo les enseñaron lo principal: a orientarse en el terreno de día y de noche, a descifrar los mapas y a anotar en ellos los datos de la exploración. A los exploradores se les planteó la misión de precisar la situación de las fortificaciones del enemigo. Un grupo debería penetrar en Königsberg, otro, en la región fortificada de Heilsberg. Para ello los soldados tenían que vestirse de paisanos y confundirse con las columnas de evacuados, que buscaban refugio en el interior de Prusia Oriental. Cosa no difícil de hacer si se tenía en cuenta el caos y el desconcierto que reinaba en las carreteras, abarrotadas de gente. Mucho más difícil era regresar. Dos enlaces con la primera información, obtenida por los exploradores, cayeron en un tiroteo en el terreno neutral, cuando querían unirse a los suyos. Los restantes volvieron al quinto día.

El mando no esperaba recibir noticias tan importantes. En la región fortificada de Heilsberg no sólo se localizaron gran número de casamatas nuevas, sino que también se detallaron los puntos débiles en la defensa, particularmente en la parte meridional del campo fortificado. También trajo datos valiosos la exploración que entró en Königsberg. Localizó el emplazamiento de diez nuevas fortificaciones permanentes y cuatro fortines, estableciendo asimismo el grado de preparación para la defensa de los inmuebles urbanos.

La víspera de la nueva ofensiva, el general Makárov estuvo con los combatientes del 11.º Ejército de la Guardia. Les habló de las novedades en otros frentes, sobre los nuevos reclutas incorporados, de que a ellos, a los combatientes de la Guardia, les correspondería ser los primeros en ir al asalto de Königsberg. Por la mañana, los instructores del Partido y del Komsomol y los agita-

dores se apresuraron a llevar estas noticias a la primera línea de fuego.

Partiendo de los datos de los servicios de exploración aérea, del de Información y del reconocimiento táctico, el Estado Mayor del Frente determinó los puntos débiles en la defensa del enemigo. Cherniakovski reforzó a los ejércitos que atacaban en las direcciones principales: contra la agrupación de Heilsberg y la guarnición de Königsberg.

Sin embargo, en el Estado Mayor General tenían una idea un tanto distinta de la operación. Puesto que el peligro de contraataque por parte del Grupo de Ejércitos Norte había sido liquidado, al 2.° Frente de Bielorrusia, reforzado con el 19.° Ejército, con su plantilla al completo, se le planteó una misión nueva: derrotar a la agrupación enemiga de Pomerania Oriental y alcanzar la desembocadura del río Oder con el objetivo de ayudar a las tropas que atacaban en dirección a Berlín. El 50.°, el 3.° y el 48.° Ejércitos y el 5.° de Tanques de la Guardia, así como el VIII Cuerpo de Tanques de la Guardia, que operaban en la línea Heilsberg-Wormditt-Frauenburg, y que habían tenido pérdidas en las operaciones precedentes, pasaban a disposición del 3.er Frente de Bielorrusia. La liquidación de las agrupaciones en Prusia Oriental se encomendaba a las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia y del 1.er Frente del Báltico. A Cherniakovski se le ordenaba entregar a Bagramián los ejércitos de Bieloboródov, de Liúdnikov y de Gálitski. A su vez, los ejércitos del 1.er Frente del Báltico se entregaban al 2.° Frente del Báltico.

La directiva del Gran Cuartel General concretaba las misiones a los frentes que operaban en Prusia Oriental: al 3.° de Bielorrusia, concentrar el grueso de las fuerzas para derrotar a la agrupación alemana de Heilsberg, la más fuerte; al 1.er Frente del Báltico, liquidar a la agrupación enemiga de Samland, asegurando al mismo tiempo la defensa de las líneas ocupadas por las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia alrededor de Königsberg.

En el transcurso de las operaciones del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial era la primera vez que se hacía una reagrupación de fuerzas tan grande y complicada. Cherniakovski tendría que defender ante el Mando Supremo varias de sus pro-

puestas, profundamente meditadas y argumentadas. A la sazón, Stalin y Antónov habían salido para la Conferencia de Yalta, en la que se encontrarían las tres Potencias aliadas —la Unión Soviética, Estados Unidos y Gran Bretaña— donde ya se decidía la suerte del territorio de Prusia Oriental para la posguerra. A Cherniakovski le agradaba mucho que esto hubiera sido posible en gran medida también merced a los éxitos del 3.er Frente de Bielorrusia. Sin embargo, él se daba perfecta cuenta de las enormes dificultades que tendrían aún que superar las tropas a él subordinadas para dar punto final a las operaciones en Prusia Oriental.

El mando alemán ya estaba persuadido de que la guerra estaba perdida, pero no obstante, se empeñaba en desesperados esfuerzos para demorar la catástrofe. La situación ante nuestras tropas en Prusia Oriental se complicó extraordinariamente debido a las importantes reagrupaciones a realizar. Cherniakovski estimaba conveniente hacer toda la operación bajo el mando único del 3.er Frente de Bielorrusia, lo que, en opinión suya, facilitaría resolver la tarea de concentración de fuerzas para el golpe masivo, propuesta que fue rechazada.

Le era penoso entregar al frente vecino los ejércitos que él había completado y preparado para la ruptura de la región fortificada, le costaba trabajo separarse de los jefes de los ejércitos: Liúdnikov, Bielobóródov y Gálitski. Debería recibir nuevos ejércitos, menos preparados, entenderse con sus mandos, organizar la dirección y la cooperación. Era indudable que faltaba tiempo para ello.

En cumplimiento de la directiva del Estado Mayor General, Cherniakovski decidió aislar del mar a la agrupación enemiga, privándole así de la posibilidad de recibir ayuda del exterior, mediante el ataque del 5.º Ejército y del 5.º Ejército de Tanques de la Guardia. Esta era una misión extraordinariamente difícil, puesto que el 5.º Ejército de Tanques de la Guardia, por la cantidad de carros de combate de que disponía en aquellos momentos, sólo podía equipararse a una división acorazada alemana, mientras que por su plantilla de personal, las divisiones del ejército de Krylov tenían como promedio no más de tres mil hombres. En la agrupación de Heilsberg el mando alemán tenía tres divisiones, dos aco-

razadas y una de infantería motorizada, cada una de las cuales con más de un centenar de tanques. Contando los cañones de asalto, el enemigo tenía en total más de seiscientos blindados y catorce divisiones de infantería, con unos efectivos de más de diez mil soldados y oficiales cada una. Además, los alemanes habían movilizado en el Volksturm a todos los hombres aptos para empuñar las armas.

El 10 de febrero la nueva agrupación de tropas del Frente emprendió el asalto de la región fortificada de Heilsberg. En aquellas complicadas condiciones Cherniakovski no sólo iba constantemente a la primera línea de fuego, sino que también trasladó el Puesto de Mando del Frente más cerca de las tropas atacantes. El ejército de Tanques del General Volski y el 5.º Ejército del general Krylov avanzaban con tenacidad al encuentro uno del otro. Concentrando grandes contingentes de fuerzas en el pequeño sector del campo fortificado, el enemigo pudo cerrar a tiempo las brechas abiertas en su defensa. Aprovechándose de que a las puertas de Königsberg nuestras grandes unidades frenaron su actividad, el mando alemán lanzó toda la aviación y hasta una parte de la artillería de largo alcance contra las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia.

El 16 de febrero Cherniakovski regresó al Estado Mayor del Frente para precisar el plan de la operación y dar las disposiciones necesarias para la preparación de reservas para el golpe decisivo. En el cuartel general le aguardaba su esposa, llegada de Moscú.

Anastasía Grigórievna había hecho un poco más confortable la casita del comandante en jefe como sólo era posible en las condiciones de vida en el frente. Después de pasar mucho tiempo en el campo, azotado por el penetrante frío de febrero, a Iván Danílovich le fue particularmente agradable entrar en el acogedor hogar, encontrar a su esposa y compartir con ella sus pensamientos más recónditos.

Pero los asuntos no admitían espera.

—¡Vania, basta ya de congelarte dentro de ese capote! Ponte, por favor, el levitón de invierno y un jersey de lana —dijo preocupada Anastasía Grigórievna.

—Me lo pondré, Tásienka. ¡No te apures! Todo saldrá a pedir de boca. Trata de que mañana, cuando vuelva, me tengan preparado el baño, y que no falte la escobilla de abedul.

—Pero si yo no me apuro. Te preocupas sin razón. Todo se arreglará, te acostumbrarás a los nuevos jefes de los ejércitos. Te aguardaban impacientes en el estado mayor.

—El comandante en jefe no dirige solamente desde el puesto de mando...

—¡Pero es que tampoco puedes ver todo el frente desde la primera línea de fuego!

—No lo veo. Pero veo a los soldados, a los oficiales... Hablo con ellos. ¿Cómo explicártelo?... Ahí tienes en la mesa una carta de Rubínov, el director de la fábrica de Sórmovo. Debes de recordarlo, nos visitó en Moscú cuando yo estudiaba en la Academia. Léela y comprenderás.

—Bueno, una fábrica...

—¡La producción de esta fábrica llega ya a los diez mil tanques! Rubínov escribe que hasta su catre lo tiene en el taller de montaje. ¡Ahí tienes la primera línea de fuego! Percibe el pulso, el ritmo del trabajo... Pues bien, para que no quemen esos tanques vanamente, yo tengo que percibir aún con más nitidez el pulso y el ritmo de la operación.

—Sí, pero... por favor, sé más precavido...

—¡Lo seré, Tásienka!

A la mirada de Anastasía Grigórievna no se le escapó que a su marido le oprimía algo. Se lamentó de haber entablado esta conversación. Iván Danílovich estaba apesadumbrado por las bajas que habían tenido sus tropas. Le vinieron a la memoria las doce desafortunadas operaciones del Frente Oeste, cuando faltaban claramente fuerzas para la ofensiva... Pero comprendía, que ahora la situación estratégica exigía concentrar los esfuerzos fundamentales en el avance sobre Berlín.

Sin proferir una palabra se vistió el levitón y tomó el gorro de piel de manos de su esposa.

Entró Komarov:

—¡El automóvil espera!

De la mirada escrutadora del ayudante no pudo ocultarse la zozobra de Anastasía Grigórievna. Y, como siempre, valoró su serenidad. Así despedía en cada ocasión a su esposo, llegado por poco tiempo de su puesto de mando. Cada vez enviaba con él una partícula de su corazón.

Con la llegada de su mujer, a Cherniakovski le aumentaron también las preocupaciones. La zona del Puesto de Mando era frecuentemente bombardeada. Después de cada incursión, Iván Danílovich telefoneaba desde la primera línea. Por fortuna, hasta ahora no había que lamentar desgracias. Cuántas veces rogaba en sus cartas a la esposa que no se arriesgara, prometiéndole que pronto iría a Moscú...

Cuando su esposo se marchó, Anastasía Grigórievna escribió a sus hijos y puso una vez más en orden la habitación. El tiempo transcurría con lentitud. De las primeras líneas llegaba el tronar del cañoneo de la artillería, de vez en cuando las explosiones de las pesadas bombas hacían temblar el suelo...

Por fin, se apoderó de ella un sueño pesado. Se levantó temprano. A la hora señalada, el baño estaba preparado, pero Iván Danílovich no regresaba...

El 17 de febrero el comunicado del Buró de Información Soviético anunció: «Las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia, mandadas por el general de ejército I. Cherniakovski, estrechando sin cesar cerco de la agrupación enemiga de Prusia Oriental, han tomado por asalto las ciudades de Wormditt y Mehlsack, importantes nudos de comunicaciones y fuertes centros de resistencia de los alemanes...». A la sazón, Königsberg estaba completamente cercada por las tropas de los generales Liúdnikov, Gálitski y Krylov. Entre los soldados se rumoreaba que en el Día del Ejército Rojo y de la Marina de Guerra, el general Cherniakovski revistaría sus tropas en Königsberg. Pero empeoró bruscamente el tiempo, cayó una nieve húmeda y los caminos se embarraron. Superando colosales dificultades, nuestras tropas libraban reñidos combates. Bajo un fuego huracanado, hundidos hasta la rodilla en el barrizal de las tierras negras, nuestras tropas progresaban kilómetro a kilómetro.

Cherniakovski ordenó al general Vinográdov, jefe de Intendencia, que mejorara el rancho a los combatientes del primer escalón, que se les suministrara vodka de forma más regular.

—¡Dificultades como estas sólo pueden superarlas nuestros soldados! Los alemanes no aguantarán, pronto empezarán a replegarse.

Se pasaba todo el día en primera línea. Estaba aterido, cansado, pero seguía dirigiendo personalmente a las tropas en el lugar de mayor responsabilidad. Su proverbio favorito era éste: «Vale más ver una vez que ciento escuchar». Por supuesto, él comprendía cuál era su papel, su lugar como estratega importante, pero ahora la situación era especial.

En la noche al 18 de febrero llegó al puesto de mando del general Krylov, donde le esperaban. El ayudante del jefe del ejército se afanó sirviéndoles la cena.

—¡Viven a lo nabab! —dijo Iván Danílovich, viendo la mesa.

—No me olvidé de sus recomendaciones en vísperas del encuentro con el general Dean —sonrió Krylov—. ¿A santo de qué debemos recibir peor a nuestro comandante en jefe?

La cena transcurrió en un ambiente práctico. Analizaron cómo debían actuar las pequeñas unidades durante la ofensiva en regiones sólidamente fortificadas.

—¿Encontraron la forma de tomar las fortificaciones permanentes del enemigo? —se interesó Cherniakovski.

—Dejamos ya de actuar frontalmente, no golpeamos con las manos vacías. Hemos creado grupos de asalto en los batallones: un pelotón de soldados con subfusiles, una escuadra de zapadores, fusiles contracarro, un par de piezas de artillera autopropulsada o tanques y una ametralladora. Les agregamos también artillería de grueso calibre, batimos los puntos de fuego permanentes con tiro directo. Protegidos por el fuego de la artillería los infantes armados con subfusiles y los zapadores con explosivos se acercan a rastras a la casamata, arrojan los cartuchos de dinamita por las troneras, vuelan los fortines...

—¿El enemigo contraataca a los grupos de asalto?

—Con bastante frecuencia. Pero como, por lo común, el terre-

no frente a los nidos está descubierto, recibimos con fuego a los alemanes.

—Nikolaí Ivánovich, cuando sea posible es mejor que los grupos de asalto no se detengan ante las fortificaciones de hormigón, sino que se infiltren entre ellas, que las ataquen por detrás, que las cerquen.

—Así lo hacemos, cuando esto es posible.

Parecía que la victoria estaba ya al alcance de la mano. Pero cuantas menos esperanzas les quedaban a los alemanes con tanta más fiereza se resistían. Cada día exigía de nuestras tropas mayor intensidad en el ataque. Cherniakovski ordenó poner en tensión todas las fuerzas. Tampoco tenía piedad de sí mismo.

La mañana del 18 de febrero se dirigió de nuevo a las líneas más avanzadas de las divisiones del 5.º Ejército, para ver todo con sus propios ojos sobre el terreno. De regreso, pasó por el puesto de mando del ejército para dar ulteriores disposiciones.

—Camarada comandante en jefe, según el plan ahora deberíamos encaminarnos al Cuartel General del Frente —le recordó Komarov.

—No, tenemos aún que inspeccionar al recién incorporado 3.er Ejército del general Gorbátov.

Komarov telefoneó al jefe del cuerpo al que se disponían a ir, para que enviara al encuentro un oficial de enlace.

En las afueras orientales de la ciudad de Mehlsack los recibió un joven comandante. La ciudad ardía, en su parte opuesta se estaba combatiendo. El enemigo disparaba metódicamente sobre el enclave del puesto de mando. El todoterreno de Cherniakovski atravesó sin novedad el sector batido. En el puesto de mando le recibió el jefe del estado mayor.

—¿Dónde está el jefe del cuerpo?

—Se marchó al puesto de mando avanzado. El enemigo muestra actividad, esperamos un contraataque.

Cherniakovski se dirigió bruscamente hacia la salida. Komarov y el jefe del estado mayor le siguieron.

—¿Está disgustado el general? —preguntó el coronel en voz baja, inclinándose hacia Komarov.

—Simplemente quiere ver cómo van ustedes a rechazar el contraataque.

Subieron a un altozano por una angosta trinchera. La ciudad estaba sumergida en humo, el ambiente grisáceo y amargo estaba saturado de chamusquina. Los proyectiles de grueso calibre estallaban sin cesar.

—Ya veo que vuestro puesto de mando avanzado está un poco lejos —observó Cherniakovski enojado.

—Un momento, no tardaremos... —dijo sin comprender el jefe del estado mayor.

—Está apartado de la primera línea. ¡Al coche! —ordenó al chófer con un gesto.

El auto de Cherniakovski seguía al coche del comandante del estado mayor del cuerpo. Al parecer, éste no se orientaba bien.

No habían recorrido aún ni dos kilómetros cuando detrás del coche de Cherniakovski explotó un proyectil. Un trozo de metralla, atravesando la trasera del auto y el respaldo del asiento, traspasó la espalda del comandante en jefe. La metralla voló con tal fuerza que incluso después de esto atravesó el brazo derecho del chófer y se incrustó en el salpicadero. Aguantando el dolor, el sargento Vinográdov detuvo el todoterreno.

Se disipó el humo de la pólvora. Los alemanes no volvieron a disparar.

—¡Aliosha, estoy herido! —oyó el ayudante a pesar del zumbido en sus oídos—. En el omoplato izquierdo...

—Camarada comandante en jefe, ahora mismo... Un minuto después vendaba la herida de Cherniakovski.

Rechinando los dientes, con los ojos entornados, el general clavaba la mirada en el encapotado cielo. ¿Quién sabe lo que pensaría en aquellos minutos? Con toda seguridad, en que ahora, cuando era tan necesario, el Frente se quedaba sin jefe...

—Mi buen Aliosha, me muero...

La herida era atroz. Komarov intentó contener la hemorragia, taponándola con varias vendas. Al mismo tiempo, el radiotelegrafista se puso en comunicación con el Cuartel General del Frente. La noticia anonadó al coronel general Pokrovski, quien llamó en el acto por

teléfono directo al jefe del 3.er Ejército. El general Gorbátov salió para el lugar del accidente, encontrándose en el camino con el coche del comandante en jefe. Cherniakovski fue llevado al botiquín del batallón más próximo. Los médicos desinfectaron la herida, la vendaron, le hicieron transfusiones de sangre, le pusieron inyecciones...

Iván Danílovich no había perdido aún el conocimiento. Sus espesas cejas se juntaron en el entrecejo, como ocurría siempre que tomaba una decisión importante. Intentó decir algo, pero se le cortó la voz.

—Al hospital... me encuentro muy mal... —adivinó Komarov, inclinado sobre su jefe.

—¡Camarada comandante en jefe, los médicos dicen que todo se arreglará! —intentó alentarle, conteniéndose para no llorar.

Cherniakovski cerró los ojos, exhausto. Le subieron a una ambulancia.

La noticia de que el comandante en jefe había sido herido se divulgó rápidamente entre las tropas del Frente. Las columnas de tropas, que se dirigían a la primera línea, se detenían dejando paso franco a la ambulancia que le conducía.

Komarov no creía que la muerte podría llevarse a Iván Danílovich. ¡Cuántas veces había pasado de largo! Sería posible que ahora, en los umbrales de la victoria definitiva...

Pero la herida resultó ser mortal. De camino al hospital, Cherniakovski falleció.

«No quiero morir en la cama, prefiero terminar en un intenso combate» —dijo en cierta ocasión. Y murió precisamente así.

Contemplando el rostro sereno del comandante en jefe, Komarov pensaba: ¿Por qué me habría dicho «Mi buen Aliosha»? Y, de pronto, recordó que así se dirigía el estratega ruso Bagratión a su ayudante preferido. Bagratión murió en los brazos de Aliosha Alférov. Los espasmos atenazaron la garganta de Komarov...

La ambulancia con el cuerpo del comandante en jefe ya no iba al hospital, sino hacia el Cuartel General del Frente. Allí la recibió una escolta militar. Hacia el mediodía empezaron a llegar numerosas delegaciones de las tropas para rendir el último honor al eximio estratega.

Entraron al salón de sesiones del Consejo Militar del Frente las banderas de combate de las unidades de infantería, de tanques, de artillería y de aviación, entre ellas las rojas enseñas con cintas de la Guardia. Formaban la guardia de honor el coronel general F. Kuznetsov, representante del Gran Cuartel General, los compañeros de armas de Cherniakovski: Makárov, Pokrovski, Barsukov, Rodin, Igolkin y Baránov. Más y más delegaciones depositaron al pie del féretro coronas de las gloriosas grandes unidades del 3.[er] Frente de Bielorrusia. Entre los delegados, los Héroes de la Unión Soviética coroneles generales Krylov y Jriukin, el capitán Gubkin, el primer teniente Kostin y otros muchos combatientes, que recibieron este título supremo sirviendo en las tropas del general de ejército Cherniakovski. Todos ellos se colocaron en la guardia de honor.

Cada cinco minutos se relevaba la guardia de honor. Sólo un soldado entrado en años, con bigotes a lo Budienny y los ojos enrojecidos, no se movía de la cabecera del féretro. Era Plusnín, el ordenanza del comandante en jefe. El general Cherniakovski llamaba padre a este solícito soldado.

Desfilaron los combatientes de las grandes unidades de la Guardia. Sus rostros reflejan severidad y dolor. Tres horas duró la despedida. Desde el mitin funerario los soldados fueron al combate, para asaltar con mayor fiereza las fortificaciones enemigas y vengar la muerte de su amado comandante en jefe.

... Los pitidos monótonos y prolongados de las locomotoras intranquilizaron desde la mañana el corazón del sargento Alí Rzáev, hospitalizado en Vilnius.

—Hermana, ¿por qué pitan tan lastimeramente las locomotoras? Igual aúllan los lobos en nuestras estepas.

—Es el tren funerario. Hoy entierran al general Cherniakovski.

—¿A nuestro comandante en jefe? ¡Ah, qué lástima! Con lo poco que faltaba hasta el final de la guerra...

Prolongados pitidos. Vilnius está de luto. Los periódicos sacaron tiradas extraordinarias. Juntos, con todo el pueblo soviético, los trabajadores de Lituania se entristecían por la dolorosa pérdi-

da. En torrente incesante desfilaban por la sala principal del Comisariado del Pueblo de la República Socialista Soviética de Lituania, donde estaba instalado el féretro, obreros y empleados, oficiales y soldados, mujeres y niños, viejos y jóvenes. La despedida duró varias horas. Desfilaron ante el féretro más de ochenta mil personas.

El cortejo funerario se dirigió por las calles atestadas de gente hacia la plaza de Ozheshkenes. Delante portaban infinidad de coronas. Tras las coronas, los generales del 3.er Frente de Bielorrusia llevaban sobre almohadillas de raso dos Estrellas de Héroe de la Unión Soviética, la Orden de Lenin, cuatro órdenes de la Bandera Roja, dos órdenes de Suvórov de primer grado, la Orden de Kutúzov de primer grado, la Orden de Bogdán Jmelnitzki de primer grado y múltiples medallas. A continuación, portaban las coronas del Comité Central del Partido Comunista, del Consejo de Comisarios de la URSS y del Estado Mayor General del Ejército Rojo.

En el centro de la plaza, sobre un pedestal, se colocó el ataúd.

Abriendo el mitin funerario, el Presidente del Consejo de Comisarios de la República Socialista Soviética de Lituania, por encargo del Comité Central del Partido y del Gobierno de la República, concedió la palabra a M. Súslov, miembro del Comité Central del Partido Comunista Ruso.

«Con profundo pesar y gran dolor —dijo el camarada Súslov— nos despedimos hoy del general Iván Danílovich Cherniakovski, fiel hijo del Partido Bolchevique, ferviente patriota de nuestra gran Patria, glorioso estratega del Ejército Rojo, caído en el campo de batalla contra los ocupantes alemanes fascistas. Nuestro Estado y nuestro Pueblo perdieron en la persona de Cherniakovski a un joven y talentoso estratega, que por su abnegada dedicación a la Patria, por su arte como estratega, por su pundonor y heroísmo militar destacados se había conquistado el cariño general. El camarada Cherniakovski pertenecía a la gloriosa pléyade de mandos militares del Ejército Rojo, engendrados y promovidos por el régimen soviético...

El nombre de Cherniakovski se conoce en todo el mundo y se pronuncia con respeto por toda la humanidad progresista. Ami-

gos, familiares, conocidos, todos los que tuvieron la dicha de relacionarse con el camarada Cherniakovski, han perdido en su persona un hombre de gran entereza y de gran belleza espirituales, un hombre de auténtica cordialidad y sinceridad humanas... Al Partido, al Pueblo y a la Patria entregó Cherniakovski todas sus fuerzas, les ha dado también su vida.

¡El recuerdo de Cherniakovski vivirá eternamente en el corazón del pueblo! ...»

Hablaron en el acto fúnebre los dirigentes del Partido y del Gobierno de la República Socialista Soviética de Lituania, los compañeros de armas del gran jefe militar, los representantes de los trabajadores de Vilnius. Todos juraron solemnemente conservar eternamente la memoria del estratega y llevar hasta el fin la gran causa por la que él luchó y murió.

Se hizo el silencio en la enorme plaza, en la que se habían concentrado cerca de cien mil personas. Se inclinaron profundamente las banderas de combate. Retumbaron las salvas del saludo artillero de despedida...

XV

LA CAÍDA DE LA FORTALEZA DE KÖNIGSBERG

Recorrió el mundo entero la noticia de la muerte de I. Cherniakovski. Los periódicos de muchos países salieron por la mañana con esquelas de luto.

Fue una gran pérdida para el Ejército Rojo.

Se nombró comandante en jefe de las tropas del 3.er Frente de Bielorrusia al mariscal de la Unión Soviética A. Vasilievski. Al objeto de garantizar la dirección única en la derrota de la agrupación enemiga de Prusia Oriental, el Gran Cuartel General subordinó nuevamente al 3.er Frente de Bielorrusia el 39.º y el 43.º Ejércitos y el 11.º de la Guardia. El plan para la derrota sucesiva de las agrupaciones enemigas en las regiones fortificadas de Heilsberg y de Königsberg no sufrió modificaciones. La formación operativa del Frente correspondía ahora mejor a esta misión. No fueron baldíos los esfuerzos de Cherniakovski para preparar la derrota definitiva de la agrupación de Prusia Oriental: las tropas querían lanzarse al combate para vengar a su querido comandante en jefe, para materializar su plan.

El mando alemán decidió utilizar la muerte de Cherniakovski para mejorar la situación en el frente. El 19 de febrero contraatacó a las grandes unidades del 39.º Ejército desde dos direcciones convergentes. Esto tuvo por resultado que se formase un corredor que enlazaba a la guarnición de Königsberg con la agrupación «Samland».

Las tropas del general Krylov combatían en su sector con éxito alterno, disponiéndose para una nueva ofensiva. Después de acompañar en su último camino al comandante en jefe del Frente, el capitán Gubkin regresó a su batallón y se preparó para el nuevo asalto. Comprobando la disposición combativa de los artilleros del grupo agregado, vio cómo el cargador de una pieza escribía con yeso en los proyectiles: «¡Para Hitler, por Cherniakovski!». El jefe del batallón se detuvo.

—¿De dónde es usted?

—¡Soldado Karpujin, de Gorki! —se presentó el combatiente.

—¿Estás seguro de que tu regalo llegará al destinatario?

—¡Lo estoy, camarada capitán! ¡La batería ha jurado que ni un solo proyectil será disparado en balde!

Cuando Gubkin regresó a su puesto de mando, le llamó al teléfono Gorodovikov, recién llegado del hospital.

—¿No supisteis protegerle? —preguntó dolorido el general.

—No supimos —asintió transido el capitán.

—¿Está dispuesto batallón a vengar la muerte de Cherniakovski?

—¡Dispuesto!

—Bien ... Acaban de traer la orden...: Firmada por Iván Danílovich —dijo con un suspiro el jefe de la división, después de una breve pausa—. ¡Le felicito por el ascenso a comandante!

—¡Sirvo a la Unión Soviética!

Por la mañana, Gubkin condujo al ataque a sus compañías, reforzadas con tanques y artillería. Sobre la marcha, el batallón irrumpió en los límites de un importante punto de apoyo en los accesos meridionales a Königsberg. Por doquier se veían las huellas del trabajo de nuestra artillería. El observatorio de Gubkin estaba ubicado en una casa semidestruida; la explosión de un proyectil había arrancado una parte de la pared y derrumbado el techo de tejas. Abstraído por el combate callejero, el jefe del batallón no podía suponer que un francotirador enemigo, parapetado en la casa de enfrente, le tenía apuntado. La bala acertó en el brazo, Gubkin cayó y se arrastró presuroso tras del muro. Estalló al lado un proyectil, la metralla le quemó el hombro, el pecho...

Gubkin prestaba oído a los rumores del combate: las compañías progresaban felizmente, se iban alejando las ráfagas de las armas automáticas. Reuniendo todas sus fuerzas intentó incorporarse, pero la pelliza de cordero se había helado y adherido al suelo. Junto a él, en un charco de sangre, yacía el capitán Parskal, jefe de la Compañía de Morteros. Gubkin quiso gritar, pero las fuerzas le abandonaron, perdió el conocimiento.

El capitán Lakizo, adjunto del jefe del batallón, asumió el mando de la unidad. Los sanitarios hicieron la primera cura a Gubkin y a Parskal, evacuándolos en camillas al botiquín del batallón. Cuando volvió en sí, Gueorgui comprendió que estaba tumbado en el heno caliente. En la chimenea se consumían los leños, por lo visto, encendidos ya antes por los alemanes. El rumor del combate llegaba ya del otro lado de la granja.

La situación se complicaba en el sector de ataque del 3.^er^ Frente de Bielorrusia. Los alemanes seguían luchando con especial encarnizamiento por Prusia Oriental, una arteria vitalmente importante para los ejércitos alemanes. A ello favorecía la existencia de regiones fortificadas preparadas de antemano, cuya importancia no tenía nada que envidiar a las líneas Siegfried y Mannerheim. Iba languideciendo la ofensiva de las grandes unidades del 5.º Ejército, obligando a que el Mando del Frente tuviera que demorar las fechas para el asalto a Königsberg, que fue fijado para primeros de abril. Esta demora tenía sus aspectos positivos y negativos. El disponer de mayor tiempo ayudaba a que nuestras tropas pudieran organizar una formación más potente y prepararse concienzudamente para el asalto. A su vez, el mando alemán comprendía que con la caída de Königsberg ya no tenía objeto la lucha por el restante territorio de Prusia Oriental y la península de Samland. De ahí que los alemanes aprovecharan la tregua para una preparación más minuciosa de la defensa. Transformaron urgentemente los edificios de mampostería en puntos de fuego permanentes, crearon obras de fortificación complementarias, obstáculos de ingeniería, abrigos...

En la segunda quincena de marzo las fuerzas principales del Frente acabaron con la agrupación enemiga de Heilsberg. Las tro-

pas del 11.° Ejército de la Guardia del coronel general K. Gálitski, del 43.° Ejército del teniente general A. Bieloboródov y del 5.° Ejército del teniente general F. Ozierov se dispusieron para el asalto a Königsberg. Tendrían que apoderarse de una ciudad preparada para la defensa y de una región fortificada, cuyas dimensiones superaban los doscientos kilómetros cuadrados, con una guarnición superior a ciento treinta mil soldados y oficiales, bien pertrechado.

El sistema defensivo de Königsberg constaba de dos posiciones exteriores en los arrabales de la ciudad y de una posición interior, que circundaba el centro de la ciudad. Cada una de estas posiciones incluía más de tres líneas de trincheras, sirviendo de base las obras de fortificación. En la primera posición, distante de seis a siete kilómetros de la ciudad, estaban distribuidos quince fuertes, guarnecidos cada uno de ellos por un batallón de infantería reforzado. Circunvalaba los fuertes un foso de hasta veinticinco metros de anchura y hasta siete metros de profundidad, lleno de agua hasta un nivel de dos metros. La obra de hormigón armado básica, cuyo grosor de muros alcanzaba los seis metros, tenía cuatrocientos metros de frente y, desde ella, con su veintena de nidos, se batía todo el espacio que había delante. La segunda posición había sido organizada en las mismas afueras de la ciudad, sirviéndole de núcleo cuarenta casamatas de hormigón, veinticinco puntos de fuego hechos con troncos y tierra y más de doscientos abrigos, así como cerca de seiscientos edificios de mampostería, adaptados para la defensa. La tercera posición, enclavada en el centro de la ciudad, incluía diez antiguos fuertes, que se comunicaban por trincheras. Además de todo esto, la ciudad estaba rodeada por campos de minas y circundada por alambradas y pilotes contracarro. A este gigantesco sistema de fortificaciones, protegido por el fuego de la artillería y de las armas automáticas, los alemanes lo llamaban el «camisón de dormir de Königsberg».

Por prensa y radio, Goebbels vociferaba a voz en cuello acerca de la inexpugnabilidad de Königsberg. A la guarnición se le leyó una orden severísima en la que se indicaba que Hitler exigía defender a toda costa «este bastión totalmente inexpugnable del es-

píritu alemán» advirtiéndose de pasada a los oficiales que un destacamento de las SS, dependiente del mando de la fortaleza, ejecutaría a todo aquel que intentase evitar el combate.

En correspondencia con esta orden, el mando alemán reforzó la guarnición de los fortines con oficiales de fidelidad contrastada, esperándose que también hubiera traslados en lo referente a mandos superiores del ejército.

Hitler destituyó al comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Norte. En general, en la Wehrmacht de esta época no quedaba ningún mando de grupo de ejércitos que hubiera desempeñado este cargo desde el comienzo de la guerra contra la Unión Soviética.

Ningún cambio se operó en el Estado Mayor y entre los mandos del 3.er Frente de Bielorrusia tras el nombramiento del mariscal Vasilievski. Solamente el teniente coronel Komarov, ayudante de Cherniakovski, manifestó el deseo de incorporarse a una unidad de combate. El soldado de primera Plusnín, ordenanza de Iván Danílovich, rogó también que se le destinara a primera línea, siendo puesto a disposición del coronel P. Tólstikov, jefe de la 1.ª División de Infantería de la Guardia. Éste propuso al viejo soldado que fuera su ordenanza.

—Camarada coronel, se lo agradezco, pero mi puesto está en la primera línea de fuego. Quiero vengarme en los fascistas por la muerte del comandante en jefe —respondió Plusnín y, sin ocultarlo, se enjugó una lágrima.

—¿Quizás le convenga ir al Batallón de Transmisiones?

—Le ruego encarecidamente que me destine a mi regimiento —insistió Plusnín.

El 169.º Regimiento de Infantería se encontraba en segundo escalón y el jefe de la división no quiso oponerse a los deseos del veterano.

El estado mayor del regimiento se ubicaba en un bosquecillo, al otro lado del cual pasaba la primera línea. La primavera de 1945 vivía sus primeros días. Con sus numerosos lagos, tremedales y pegajosa tierra negra, el territorio de Prusia Oriental era de por sí un obstáculo difícilmente franqueable para la ofensiva de las tropas.

Caía con intermitencias una nieve pegajosa que se derretía en cuanto tocaba el suelo.

Calado hasta los huesos, Plusnín llegó a duras penas hasta las primeras líneas, sacando trabajosamente del barro las pesadas botas. Los soldados de la Guardia le recibieron en la sección con afecto y respeto, no sólo porque muchos de ellos podían ser sus hijos, sino también por su modestia y sencillez. Especialmente hizo amistad con él el soldado Skitzkó. Comían en una misma escudilla, se repartían la majorka y los cigarrillos tomados al enemigo...

Llegaba a su fin la preparación para el asalto de Königsberg, fijándose el ataque decisivo para las 06.00 horas del 6 de abril. Lentamente llegaba el brumoso amanecer. Las nubes bajas amenazaban con impedir los vuelos de la aviación, la niebla dificultaría también la corrección del tiro a la artillería. Decenas de miles de cañones tenían enfiladas sus bocas silenciosas sobre la gigantesca fortaleza. Se agotaban los últimos minutos. El enemigo aún no sabía qué le reportaría este día. Las radioemisoras de Königsberg transmitían marchas militares...

La niebla no se disipaba. El mariscal Vasilievski retrasó el comienzo del asalto para las 12.00 horas. A las 09.00 horas, las explosiones de los proyectiles de mortero y de artillería hicieron temblar la tierra; había comenzado la preparación artillera. El humo envolvió las posiciones enemigas. Tres horas duró este tronar incesante. Hacían fuego rápido centenares de piezas, las poderosas andanadas de los katiushas, el aullido de las proyectiles de morteros y de artillería...

Hacia el mediodía se levantó un poco la niebla, sobrevolando el campo de combate aparecieron los primeros seis cazabombarderos, mandados por el comandante M. Garéiev, intrépido hijo del pueblo bashkirio, dos veces Héroe de la Unión Soviética. Los Il dieron seis pasadas, rozando los emplazamientos de la artillería enemiga. Para las 13.00 horas, volaban sobre Königsberg tantos bombarderos y cazas de acompañamiento, como los alemanes no pudieron en su momento concentrar a las puertas de Stalingrado. Llenaba el aire el aterrador zumbido de los motores. Los bombar-

deros atacaban desde cuatro direcciones «convergentes». Eran tantos que a veces ocultaban el cielo.

Los infantes no cabían en sí de gozo. El regimiento en el que servía Plusnín seguía en segundo escalón y el viejo soldado se puso a contar los aviones, que se sucedían sin cesar y a los cuales no se les veía el fin.

—Padre, ¿por qué los cuentas? ¡Que se ocupen de ello los *fritzes*! —le gritó Skitzkó.

—¡Ay! ... cómo se alegraría Cherniakovski...

—¡Encontraste un momento oportuno para recordar!

—Es que yo no le olvidé nunca...

—¿Acaso le conocías? ¿Tomasteis juntos el té?

—Hubo ocasiones en que así fue...

El ruido de una nueva oleada de bombarderos apagó la conversación. Skitzkó miró atentamente al veterano soldado.

—Padre, ¿no presumes?

Sin pronunciar palabra, el aludido le alargó su cartilla de soldado.

Asombrado, el joven combatiente abrió unos ojos como platos.

—¿Por qué hasta ahora no habías dicho nada? ¡Cuéntame cómo murió el comandante en jefe!

—Sucumbió por nosotros. Le dolían mucho nuestras bajas. No salía de las primeras líneas, buscando incesantemente dónde podría pasar mejor la infantería...

—¿Y tú, que hacías? ...

—¿Quién podía detenerle? ¡Dicen que hasta el propio Stalin se lo prohibió! Pero él quería verlo todo por sus propios ojos para golpear al enemigo de forma certera. Por eso era el ídolo de los soldados. Nuestro actual comandante en jefe también le quería...

Uno de nuestros bombarderos pasó a ras de suelo, ensordeciendo a todos con el ruido de sus motores. Los amigos callaron. Sobre las cabezas del enemigo, relevándose unos a otros, volaban incesantemente más de un centenar de aparatos. Por lo común, a la agrupación de tropas de un frente no se la reforzaba con más de dos ejércitos aéreos. En ese momento había cuatro. Los avio-

nes del 1.er, el 3.er y el 15.° Ejércitos Aéreos y los bombarderos pesados del 18.° Ejército de Aviación Estratégica descargaban sus golpes sobre las tropas alemanas en Königsberg para impedirles maniobrar entre los sectores defensivos. Durante una hora más de quinientos bombarderos atacaron incesantemente las posiciones defensivas, las reservas y los puntos de mando del enemigo. Durante este lapso, fueron arrojadas casi cuatro mil bombas, con un peso global de más de quinientas toneladas.

Sobre la ciudad se elevaba una columna de humo negro de kilómetro y medio de altura, que iluminaban por la base los fogonazos de las explosiones. Se desmoronaban ruidosamente las fortificaciones de hormigón armado, volaban los polvorines, se derrumbaban los edificios adaptados como fortificaciones. Pequeñas unidades enteras de soldados y oficiales alemanes quedaban enterradas bajo los escombros en los refugios antiaéreos. La moral de la guarnición se esfumó.

A pesar de que el avance hacia Berlín era la máxima preocupación de Stalin, éste seguía atento el transcurso de la batalla por Königsberg. Para ayudar al mariscal Vasilievski envió a su representante A. Naivikov, mariscal de Aviación y comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo, que dirigiría personalmente desde el Cuartel General del Frente las acciones de combate de los bombarderos pesados.

Las grandes unidades del general Gálitski, que atacaban por el sur, y las del general Bieloboródov, que asaltaban Königsberg desde el norte, avanzaban al encuentro y habían roto ya la primera línea defensiva, separándoles sólo una distancia de ocho kilómetros.

Los agitadores de sección y compañía no sólo anunciaban a los soldados cada kilómetro recorrido, sino que también les informaban de la situación en otros frentes. El Ejército Rojo realizaba una gigantesca ofensiva: el 1.er Frente de Bielorrusia había ensanchado la cabeza de puente en el Oder y el 1.er Frente de Ucrania avanzaba por Silesia. Las tropas de los aliados habían cruzado el Rin.

Esperando ayuda por la agrupación de Samland, donde se encontraba el núcleo principal del 4.° Ejército alemán del general F.

Müller, la guarnición de Königsberg continuó al día siguiente resistiéndo empecinadamente. El 6 de abril, habiendo previsto esto, el mariscal Vasilievski ordenó a Liúdnikov que liquidara el corredor entre Königsberg y la península de Samland. El primer día, el 39.° Ejército sólo avanzó cuatro kilómetros en dirección a la desembocadura del río Pregel, pero cortó el ferrocarril. El mando alemán lanzó contra él a la. 5.ª División Panzer, entablándose reñidos combates en las vías de comunicación que unían Königsberg y Pillau. La división acorazada enemiga tenía por misión abrirse paso a Königsberg. Al segundo día emprendió cerca de veinte contraataques, que rechazaron exitosamente las grandes unidades del 39.° Ejército, pero no pudieron seguir avanzando.

No les era más fácil a las tropas de Gálitski, que durante el segundo día de combates rechazaron doce contraataques. Y, de todas las maneras, la ofensiva prosiguió: se tomaron tres nuevos fuertes, siete búnkers de hormigón armado, cinco casamatas y cuarenta y cinco puntos de apoyo. Esto originó que también quedara rota la segunda posición defensiva del enemigo. En estos combates se distinguió especialmente la 1.ª División de Infantería de la Guardia. Por delante esperaba aún la tercera línea defensiva del enemigo.

En la noche al 8 de abril el general de infantería Lasch, comandante de la fortaleza, tuvo que pedir al mando superior que se le permitiera abandonar la ciudad y abrirse paso hacia la península de Samland. El general Müller, jefe del 4.° Ejército alemán, denegó categóricamente esta petición. Esas eran las órdenes de Hitler.

El mando de la guarnición de Königsberg intentó desesperadamente resistir a las tropas de Gálitski y de Bieloboródov. De los sectores del frente menos amenazados se sacaron varias unidades para lanzarlas a la parte sur de Königsberg, al distrito de Amalienau.

El mariscal Vasilievski llegó al Cuartel General del 11.° Ejército de la Guardia en la localidad de Schönmoor. Después de conocer la situación en todos sus detalles, llegó a la conclusión de que era necesario trasladar las fuerzas principales del ejército a su



flanco izquierdo, en dirección a Amalienau. Ordenó forzar el río Pregel durante la noche y desde la mañana del 8 de abril asestar un poderoso golpe sobre el enemigo, avanzar al encuentro del 43.º Ejército y conjuntamente con éste cercar a los alemanes en Königsberg, aislándoles de las fuerzas principales de su 4.º Ejército.

Empezó el tercer día del asalto. En cumplimiento de la orden del comandante en jefe del Frente, el coronel general Gálitski decidió asestar el golpe principal con el XXXVI Cuerpo de Infantería de la Guardia del teniente general P. Koshevói y al final del día tomar el centro de la ciudad y afianzarse en la línea: Estanque-Ober-Teich-Parque Zoológico-Amalienau. Mientras que por la mañana las dos flechas rojas, que amenazaban envolver a la guarnición de Königsberg por el norte y el sur, sólo convergían en las cartas topográficas, después del mediodía deberían incidir en las afueras occidentales de la ciudad.

El tiempo empeoró de súbito. Toda la noche cayó nieve mezclada con lluvia. Los alemanes abrieron las esclusas e inundaron los alrededores de Königsberg. Los tremedales se convirtieron en un obstáculo complementario en el camino a la ciudad. Los infantes cargaban sobre almadías los morteros, las ametralladoras, las municiones y con el agua hasta la cintura superaban los anegadizos protegidos por el fuego de la artillería. Por delante les aguardaba un obstáculo acuático más serio: el río Pregel. Los medios de paso reglamentarios no habían podido llegar por culpa de los caminos embarrados y en la orilla sólo podían encontrarse botes destrozados y barcazas semiquemadas. A los combatientes del general Koshevói, jefe de cuerpo audaz y enérgico, les correspondió ser los primeros en forzar el río muy desbordado. Aún cubría la tierra la niebla matutina cuando se entabló la batalla. La orilla adversaria quedó envuelta en el humo de las explosiones de los proyectiles de mortero y de artillería. Como respuesta, los alemanes abrieron un fuego cerrado desde los fuertes y los nidos de hormigón, fuego que nuestra artillería no podía neutralizar desde emplazamientos cubiertos. Desde el observatorio del general atravesó la bóveda lechosa una bengala roja. ¡La señal del ataque!

Toda la margen opuesta vomitó fuego. Las guarniciones de

los fuertes estaban tan bien pertrechadas con todo lo necesario que podrían quedar a retaguardia de las tropas en ofensiva y atacarlas por la espalda. Pero el general Koshevói también tuvo en cuenta esto. Cada pieza de los fuertes la batían obuses de grueso calibre y cañones autopropulsados de 152 mm, adelantados para el tiro directo. Aún no había llegado la bengala al suelo cuando desde nuestra orilla partieron barcas y balsas cargadas con piezas ligeras. La compañía de vanguardia pisó la orilla opuesta. El sargento primero Kulakov, organizador del Partido, encabezó el ataque. Los combatientes le siguieron como un solo hombre.

Sin la menor pausa, detrás de las pequeñas unidades de vanguardia cruzaron el río el jefe del cuerpo y el comandante de la artillería con sus grupos de operaciones. Los hombres de la Guardia de Koshevói, golpeando como un ariete, abrían brechas en las defensas del enemigo. Hombro con hombro, con ellos pasaron combatiendo el río Pregel las divisiones del XVI Cuerpo de Infantería de la Guardia del mayor general Gúriev, con la 1.ª División de Infantería de la Guardia en cabeza.

Se combatía encarnizadamente, los acontecimientos se desarrollaban con velocidad vertiginosa. Exaltados por el espíritu de victoria, los hombres no escatimaban sus vidas. Los estados mayores regimentales y divisionarios cruzaron el río con los primeros escalones y conducían directamente a las tropas sobre el campo de batalla. Los fuertes Kaiser Friedrich Wilhelm *y* Scharlotta se encontraron en la línea del segundo escalón de nuestras tropas. Las grandes unidades de la Guardia salieron a su retaguardia, llevando sobre los tanques a los zapadores con explosivos. Después de las primeras potentes voladuras, los alemanes comprendieron ya que no les salvaría el hormigón armado. El Kaiser Friedrich Wilhelm cayó el primero y, tras él, se rindió también el Scharlotta.

La artillería y los katiushas batían con fuego concentrado las posiciones del enemigo. Contra cada edificio fortificado estaba enfilada una batería nuestra y desde el aire lo castigaba la aviación. Las explosiones formaban una densa pared, las masas de tanques atronaban... Los alemanes no aguantaron, muchos se volvieron locos. El aire estaba saturado de polvo de ladrillo, de las pavesas de



los incendios. Una espesa niebla grisáceo-rojiza se posaba en el pavimento de las calles, en los capotes de los combatientes al ataque...

Mediante reñidos combates, las tropas de Gálitski y de Bieloboródov consumaron el cerco de la guarnición de Königsberg. Pero esto no significaba aún la victoria completa. La ciudad estaba adaptada para aguantar un prolongado sitio.

Fracasaron cuantos intentos hicieron los alemanes para entrar en Königsberg desde la península de Samland. El comandante en jefe del 3.er Frente de Bielorrusia llamó por teléfono al jefe de ejército Gálitski.

—¿No le parece a usted, Kuzmá Nikítovich, que la cosa toca a su fin?

—Así es, camarada mariscal, pero el hueso es duro de roer.

—Comprendo que le sea difícil y, sin embargo, en Königsberg no tienen nada que hacer tres ejércitos.

El mariscal Vasilievski decidió culminar la derrota de la guarnición de Königsberg con las tropas de Gálitski y de Ozerov y orientar el ejército de Bieloboródov hacia el oeste, contra la agrupación de Samland.

En la noche al 9 de abril las tropas de Gálitski impusieron a los alemanes nuevos combates reñidos. Hacia la mañana, el VIII Cuerpo de Infantería de la Guardia del teniente general M. Zavadovski forzó los ríos Neuer-Pregel y, ensanchando la cabeza de puente en su ribera septentrional, tomó el aserradero. Al mediodía, el coronel Tólstikov, jefe de la 1.ª División de Infantería de la Guardia, con la entrada en combate de su segundo escalón —el 169.° Regimiento de Infantería de la Guardia— inició la ofensiva contra el castillo real, residencia de los monarcas de Prusia, que defendían unidades selectas de la 69.ª División de Infantería y de las SS. Quebrantando la resistencia del enemigo, los destacamentos de asalto, mandados por el teniente coronel A. Ivánnikov, continuaron avanzando. Cada destacamento lo integraban tres grupos de asalto.

El grupo de asalto del teniente Vorobiev atacaba por delante. Lo componían dos subgrupos de choque. Uno, formado por seis

hombres —Plusnín, Garbuz, Skitzkó, Gavrílov, Bikbulátov y Sinitsin— avanzaba por el lado derecho de la calle. El otro —cinco hombres— lo hacía por la acera opuesta. Les abría paso un tanque T-34 seguido por un cañón autopropulsado, disparando durante breves paradas. Los zapadores limpiaban los escombros y abrían pasos en los campos de minas. Cada subgrupo no perdía de vista las fachadas del lado opuesto de la calle: el enemigo les tiroteaba a menudo desde las ventanas y las buhardillas.

Por un boquete en el muro de una casa apuntaba al T-34 un Panzerfaust. El primero en verla fue Plusnín. Junto con Skitzkó liquidaron con ráfagas de subfusil al enemigo. Desde la buhardilla de una casa que hacía esquina los alemanes disparaban con una ametralladora, por lo que el grupo echó cuerpo a tierra. Con una bengala el teniente Vorobiov señaló el objetivo a los artilleros. Al primer cañonazo la ametralladora enmudeció. El jefe del regimiento destacó lanzallamas como refuerzo de los grupos de asalto. Los chorros de fuego regaron las ventanas del castillo.

En los accesos al castillo cayó herido el jefe del regimiento, Ivánnikov, pero no abandonó su puesto. Un proyectil de mortero enemigo mató al teniente Vorobiov, hiriendo con su metralla al sargento komsomol Shtirin y a los soldados Kozhokar y Judaiberdíev. Su camino fue duro hasta llegar allí: Vorobiov vino combatiendo desde Stalingrado, Kozhokar desde las afueras de Vorónezh...

Tomó el mando del grupo de asalto el sargento Anísimov. Hacia las 04.00 horas, Plusnín, Skitzkó y sus compañeros entablaron combate en el primer piso del edificio principal de la residencia real. A las 19.00 horas cesó el tiroteo: los combatientes del teniente coronel Ivánnikov se habían apoderado del edificio.

La caída de este potente nudo fortificado aturdió a los alemanes. Se estrechaba más y más el cinturón en torno a la agrupación cercada. Al comandante de la fortaleza no cesaban de requerirle a la central de transmisiones. Los jefes de las divisiones informaban: «Es imposible seguir resistiendo». Uno de estos partes acabó con la exclamación: «¡Adiós, Alemania!», oyéndose acto seguido en los auriculares el estampido de un disparo...



Lasch se encerró en el búnker. ¿Qué recordaba en aquellas horas? ¿El combate victorioso contra los rusos en Tannenberg durante la Primera Guerra Mundial cuando aún era un joven teniente? Y cómo desde entonces, durante más de dos decenios, se había preparado para una guerra triunfante... Y ahora, siendo ya un general de cabeza canosa, le esperaba la rendición y el deshonor. A la idea de caer prisionero le sucedían reflexiones sobre el suicidio...

Unos golpes en la puerta de hierro sacaron al comandante de su ensimismamiento. En puerta del búnker estaba el coronel Chefke. Lasch confiaba en él, le consideraba uno de sus oficiales más leales. El coronel le aconsejó entablar negociaciones de capitulación.

A las 19.00 horas del 9 de abril se presentaron en el Puesto de Mando de la 1.ª División de Infantería de la Guardia el coronel Chefke y el teniente coronel Kerwin para entablar negociaciones sobre el cese de las hostilidades. Chefke transmitió el ruego del comandante de la fortaleza de que, a su vez, el mando del Ejército Rojo enviara parlamentarios para entrevistarse con él.

Se comisionó para hablar con Lasch al jefe del Estado Mayor de la 11.ª División de Infantería de la Guardia, teniente coronel P. Yanovski, y a dos oficiales. Los acompañaba el teniente coronel alemán Kerwin.

Las tropas del general Gálitski cesaron el fuego y detuvieron la ofensiva. Yanovski estaba autorizado para entregar al general Lasch el ultimátum de la capitulación incondicional con entrega del armamento y una alocución del mariscal Vasilievski a las tropas de la guarnición, en la que se decía: «A todos los generales, oficiales y, soldados se les garantiza la vida y el regreso, después de la guerra, a su patria o a otro país, si ese es su deseo. Pueden conservar la ropa, los bienes personales y los valores. A los heridos y enfermos se les garantiza socorro médico cualificado inmediato».

A las 23.00 horas regresó el teniente coronel Yanovski y comunicó a Gálitski: «Lasch aceptó incondicionalmente el ultimátum y a las 22.45 horas ordenó a las tropas que cesaran la resistencia y que se entregaran en el acto».

Gálitski comunicó inmediatamente la noticia al mariscal Vasilievski.

A pesar de que las tropas soviéticas cesaron el fuego, en una serie de sectores los alemanes no sólo continuaron disparando con cañones y ametralladoras, sino también con fuego metódico de artillería. El teniente coronel Chefke, que había quedado en el estado mayor de Gálitski, seguía afirmando que el general Lasch estaba totalmente resuelto a capitular. Del estado mayor de Vasilievski exigieron que se comprobara si Lasch había dado la orden de entregar las armas.

El general Gálitski se vio obligado a enviar por segunda vez al teniente coronel Yanovski a entrevistarse con Lasch —ahora ya con la propuesta de que el comandante de la fortaleza con los generales y los oficiales de su estado mayor se presentaran en nuestras líneas. Le correspondió al joven jefe del estado mayor de la división, que aún no había cumplido veinticinco años, jugarse por segunda vez la vida. Aún resonaban en sus oídos los salvajes gritos de los SS, enfurecidos por los rumores de capitulación, insistiendo en que continuaran las hostilidades: irrumpieron en el refugio subterráneo de hormigón armado del comandante de la fortaleza, dispuestos a disparar a los parlamentarios y a sus propios capituladores. La guardia de Lasch expulsó con gran trabajo a los fanáticos nazis. Yanovski sabía que eran muchos los parlamentarios caídos a lo largo de la guerra a manos de los alemanes. Pero conocía también que la demora en la capitulación de la guarnición podía costar la vida a miles de soldados y oficiales nuestros.

Cuando se disponía a salir escuchó por radio la orden de Stalin en la que se anunciaba la caída de Königsberg...

Hitler se descompuso cuando supo que Moscú había saludado con honores a las tropas del 3^er^ Frente de Bielorrusia por la toma de Königsberg. Sin embargo, el jefe del Estado Mayor General, le informó que Königsberg se defendía, que los rusos simplemente se habían adelantado. Hitler exigió que le pusieran inmediatamente en comunicación con el *Oberführer* Bome, jefe de la Gestapo en Prusia Oriental. Pero no había comunicación con él. Hecho un basilisco, el Führer se abalanzó sobre el jefe de Trans-

misiones. Éste había logrado comunicarse a duras penas por telégrafo con el general Müller.

El telegrafista comenzó nervioso a manipular el pulsador:

—¿En manos de quién está Königsberg?

—En el centro y en el distrito de Amalienau sostienen combate las tropas de las SS y las unidades de policía del general Schubert —respondió Müller.

—¿Quién dio sin mi permiso la orden de capitulación?

—El general Lasch.

—¡Transmita al *Oberführer* Bome que le ordeno arrestar a Lasch! Que nombro comandante de Königsberg al mayor general de la Policía Schubert. La guarnición de la fortaleza con el general Schubert a la cabeza queda subordinada a usted. ¡Mantengan a cualquier precio la fortaleza! ¡Luchen hasta el último soldado!

Mientras Hitler sostenía estas conversaciones el Ejército Rojo ya estaba a las puertas de Berlín. Las tropas aliadas se acercaban a Leipzig y a Munich. El Ejército alemán se encontraba ante el derrumbamiento inevitable. Pero Hitler confiaba aún en un milagro que salvara a Alemania y sacrificaba centenares de miles de vidas.

Pronto comenzó la capitulación de la guarnición de Königsberg. Solamente combatían unidades sueltas de SS y de la Policía, los batallones del Volksturm y las pequeñas unidades, que perdido el enlace, no habían recibido la orden de rendirse.

El *Oberführer* Bome no consiguió arrestar al general Lasch. Literalmente ante las narices de los SS, el teniente coronel soviético se llevó al comandante. A las 02.00 horas del 10 de abril, Lasch, y con él dos generales y diez oficiales superiores, llegaron al Estado Mayor de la 11.ª División de Infantería de la Guardia. Una hora después, los soldados de la guarnición sitiada oyeron por radio: «*Achtung! Achtung!*», seguidas de la orden del general Lasch «La guarnición de la fortaleza de Königsberg debe cesar en el acto la resistencia y entregar las armas».

...De nuevo empezó el tiroteo en la zona del castillo real. Habiendo perdido la esperanza de escapar del cerco, los SS se apoderaron de una casamata de hormigón y batían con su fuego todas las salidas.

El teniente coronel Ivánnikov dispuso que se arrastrara hasta allí una pieza regimental para disparar directamente. Los artilleros acertaron con el primer proyectil en el nido. La ametralladora enemiga dejó de disparar. Pero bastó que uno de nuestros soldados se asomara a una ventana del castillo, para que de nuevo enviase unas ráfagas. Los impactos directos de los proyectiles de 76 mm no podían causar daño alguno en la obra de hormigón armado. Ivánnikov envió a por un cañón autopropulsado de 152 mm. Pero éste no pudo abrirse paso entre los escombros y los pilotes.

En vista de ello, Ivánnikov recurrió al grupo de asalto del sargento Anísimov. Pero como ya habían terminado los combates en Königsberg y se rumoreaba que la división se retiraba a segunda línea para completarse, el jefe del regimiento pidió voluntarios. Salieron de la formación Plusnín, Skitzkó, Bikbulátov, Gavrílov, Taborkó... El teniente coronel les planteó la siguiente misión: «El subgrupo del soldado de primera Plusnín desbordará la casamata por el lado izquierdo, el del soldado de primera Gavrílov, por el derecho...»

Lo restante consistía en arrojar bombas de mano por las troneras.

A la señal del jefe del regimiento, Plusnín se lanzó adelante, en unos sitios con carreras cortas de un cobertizo a otro, o bien arrastrándose. Hasta las troneras no quedaba mucha distancia, pero el espacio descubierto ante el nido estaba muy batido. Las balas impactaban en el suelo junto a la misma cabeza. ¿Sería posible que no pudiera llegar? —pensaban los que servían las ametralladoras que les cubrían. De pronto, Plusnín se incorporó de un salto, corrió, y cayó a tierra de nuevo. Esperando unos segundos se puso en pie otra vez, dio tres o cuatro pasos y se desplomó como si le hubieran segado: una bala le había atravesado la pierna. Skitzkó llegó reptando hasta él y le arrastró hasta un lugar seguro.

La ametralladora de los SS trasladó el fuego sobre el grupo de Gavrílov. Aguardando el momento propicio, Ivánnikov gritó: «¡Adelante!». Skitzkó no pudo escuchar la voz de mando, pero la adivinó, se incorporó y lanzó una bomba contracarro por la tronera. La explosión retumbó sordamente, la ametralladora enmudeció. Pero antes de que el bombazo surtiera su efecto una bala derribó a Skitzkó...

A las 06.00 horas del 10 de abril fue aplastada la resistencia del último grupo de alemanes. Enfurecido por la caída de la «fortaleza absolutamente inexpugnable», Hitler condenó a muerte en ausencia al general Lasch...

La capital de Prusia Oriental —baluarte del militarismo alemán, que acarreó incontables calamidades a la humanidad y, ante todo, al pueblo soviético— yacía en ruinas. Pero el enemigo seguía manteniendo la península de Samland. El mariscal Vasilievski lanzó contra ella a las fuerzas principales del Frente con la misión de derrotar al 2.º Ejército alemán, mandado por el general Saucken. El Estado Mayor del 4.º Ejercito (el mismo que fue diezmado en la bolsa a las puertas de Minsk el verano de 1944 y que había sido reorganizado) pudo ser evacuado a Alemania. Las últimas ocho divisiones del general Saucken se habían atrincherado en la península. En este sector nuestras tropas doblaban en número al enemigo. El 13 de abril pasaron a la ofensiva y al quinto día limpiaron totalmente de enemigos la península de Samland. En poder de los alemanes quedaba aún la pequeña península con el puerto de Pillau.

En el Cuartel General del Frente seguía el mismo tenso trabajo. El mariscal Vasilievski reparó en el rostro pálido y demacrado de Makárov.

—¿Se siente mal, Vasili Emeliánovich? ¿Le afecta el clima del Báltico?

—Sí, el tiempo no es muy bueno. Usted mismo, seguramente, pasó frío en el camino. ¿Quizás no le venga mal un poco de coñac?

—No hay tiempo para eso.

—Hoy hace exactamente dos meses de la muerte de Iván Danílovich...

—En este caso no renuncio. ¡Fue un hombre de un corazón extraordinario, un comunista honrado a más no poder!

—No pude evitar que hiciera aquella salida —suspiró Makárov.

—En efecto, en la guerra contemporánea el comandante en jefe no tiene derecho a poner en riesgo su vida —dijo pensativo Vasilievski—. La muerte del comandante en jefe acarrea la pérdida temporal de la dirección, cosa que amenaza con la derrota. Esta verdad por todos sabida se confirmó al día siguiente de la muerte

de Cherniakovski. Recuerde. El 19 de febrero los alemanes, contraatacaron y rompieron el cerco de Königsberg. Tuvimos a la sazón que perder tiempo y demorar los plazos para la derrota de la agrupación enemiga de Königsberg.

Transcurrieron otras dos semanas. Faltaba por realizar la última operación.

Cuando Vasilievski regresó a su puesto de mando desde el 11.º Ejército de la Guardia, Makárov le comunicó:

—Telefonearon del Estado Mayor General, Stalin está descontento...

—¿Cómo no lo va a estar? ¡Estamos plantados ante Pillau, mientras Zhúkov está ya en los suburbios de Berlín!

El comandante en jefe comprendía la preocupación del Gran Cuartel General: los ejércitos que llevaban a cabo las operaciones en la península de Samland se necesitaban en la ruta hacia Berlín, para llegar al Elba. Además, Stalin le había ordenado que se preparara para salir en breve hacia el Extremo Oriente, donde debería dirigir las operaciones contra Japón. En el cerebro del mariscal ya habían madurado los planes para el cerco del Ejército del Kwangtung...

Vasilievski llamó al general encargado de misiones especiales. Éste le comunicó que uno de los cuerpos había cumplido la misión inmediata. El mariscal se asombró; acababa de hablar con el jefe del ejército, Gálitski, quien le había informado que la misión inmediata aún no estaba cumplida. Decidió ir personalmente al cuerpo citado —el XVI de la Guardia—, valorar la situación sobre el terreno, dar una información exacta al Estado Mayor General y tomar medidas que aceleraran el ritmo de la ofensiva. Gálitski advirtió al mariscal «que el enemigo hostigaba las posiciones del cuerpo en toda su extensión y que en este sector se esperaba un contragolpe». Le aconsejó no arriesgarse. Pero había que sacar lo antes posible del campo de batalla al 11.º Ejército de la Guardia.

Cada vez qué Alexandr Mijáilovich marchaba a la primera línea Makárov se intranquilizaba. Demasiado fresca estaba en su memoria la muerte de Cherniakovski. En esta ocasión no quiso dejar que Vasilievski fuera solo. Pero éste se negó amablemente:

«Vasili Emeliánovich, ¿y si de pronto se le ocurre al camarada Stalin telefonear y ninguno de nosotros está en su puesto?»

El coche se dirigió hacia Pillau. En el Báltico la primavera estaba en todo su apogeo, cubría los campos un verde tapiz, el día prometía ser soleado. La cinta asfaltada de la autopista llevó al todoterreno a una prominencia del campo.

Alexandr Mijáilovich ya había tenido que cambiar dos coches de uso personal: el primero, resultó inutilizado y el segundo sufrió una avería. Éste era su tercer todoterreno. Por lo común, mientras iba de camino, el mariscal pensaba en lo que debería hacer. En aquellos momentos, por enésima vez, resonaba en sus oídos la voz de Stalin: «En un futuro próximo esté dispuesto a marchar al Extremo Oriente para asumir la dirección de las operaciones contra Japón...». Esta conversación transcurrió a solas, poco tiempo después del regreso de Stalin de la Conferencia de Yalta. Alexandr Mijáilovich volvía a repasar una y otra vez la idea de maniobra de la futura campaña. El terreno por el que iban ahora recordaba la zona media de Manchuria. Las operaciones de las tropas en la etapa culminante de la operación de Prusia Oriental se las imaginaba como el prototipo de las operaciones venideras en el Extremo Oriente. Revivían en su memoria los datos de información proporcionados por nuestros agentes ya en 1942: el plan totalmente secreto, fraguado en Tokio, por el que se preveía la ocupación del territorio de nuestro Extremo Oriente y de Siberia. Una parte considerable del Ejército nipón, incluidos dos tercios de los tanques, la mitad de la artillería y divisiones imperiales selectas, estaba concentrada en Manchuria, en la frontera con la Unión Soviética. La apreciación preliminar del terreno y del despliegue de las tropas del Ejército del Kwangtung aconsejaba descargar un golpe concéntrico desde Primorie, del lado del Transbaikal y desde la República Popular de Mongolia. A esta idea de maniobra correspondían también los últimos datos de información, recibidos de Tokio.

En Japón se había creado un instituto bacteriológico codificado con el nombre de «Destacamento 731», que desplegó una intensa actividad en Manchuria y que tenía por finalidad el exterminio en masa de las tropas y de la población civil en la zona contigua a la frontera.

La posibilidad de dar al traste con los peligrosos planes del enemigo, el mariscal Vasilievski la cristalizaba en un golpe impetuoso sobre el Ejército del Kwangtung desde varias direcciones estratégicas. Tendría que coordinar las acciones de las tropas terrestres de tres frentes, de importantes efectivos de Aviación y de la Marina de Guerra, conjugadas con el desembarco simultáneo por aire y por mar en la retaguardia del enemigo. La envergadura de la futura campaña exigía una colosal reagrupación de tropas de Oeste a Este...

El automóvil empezó a saltar en los baches, distrayendo al mariscal de sus pensamientos. A lo lejos, azuleaba el Mar Báltico.

El mariscal repasó una vez más en su memoria las disposiciones dadas a Krylov y a Liúdnikov. ¡Que no se le olvidara nada! El 5.º y el 39.º Ejércitos debían comenzar su embarque en los trenes para marchar a la guerra contra el Japón...

¿Hacía mucho que él, Vasilievski, había mandado un regimiento? Diez años en el Estado Mayor General, cuatro años en la guerra... Comandante de un frente. Ahora se convertiría en el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de la Unión Soviética y de la República Popular de Mongolia en el teatro de operaciones del Extremo Oriente.

Por la ventanilla del coche desfilaban los árboles y, tras ellos, los tejados rojos de las granjas. Quedaban unos tres kilómetros hasta el punto de observación del cuerpo. De pronto, estalló un proyectil detrás del automóvil. Alexandr Misáilovich ordenó desviarse a la derecha, a un camino vecinal. Otro proyectil reventó delante del coche. La explosión cegó al chófer, pero tuvo tiempo de girar el volante a la derecha. A la izquierda, a unos metros de distancia, se levantó otra explosión.

Los oficiales de información del XVI Cuerpo de la Guardia, que veían desde el observatorio el coche rodeado de explosiones, lo comunicaron en el acto al Estado mayor. El general Gálitski llegó presuroso al lugar del accidente y con gran júbilo vio que el mariscal estaba ileso. Fue un milagro que se salvara de la muerte. Sucedía esto cuando para el final de las acciones militares en Prusia Oriental quedaba solamente un día...

El mariscal Vasilievski tenía los nervios tan alterados que el

disgusto le impidió sentir el dolor de las magulladuras, y pasando al coche de Gálitski, llegó sin novedad hasta el puesto de mando y observación del cuerpo. Lamentablemente, allí pudo explicarse un cuadro desagradable. En la contradicción de los datos recibidos por el Estado Mayor del Frente, el culpable era el jefe del cuerpo, teniente general I. Semiónov, que no había comprobado la información recibida de las divisiones, apresurándose a comunicarla. Se advertía la falta de experiencia de mando de Semiónov, antiguo jefe del Estado Mayor del 11.º Ejército de la Guardia, que acababa de sustituir al mayor general S. Gúriev, Héroe de la Unión Soviética, cuya vida quedó truncada en los combates en los accesos a Pillau.

Las tropas del 3.er frente de Bielorrusia libraban los últimos combates por Pillau. Les quedaba aún pasar a viva fuerza un estrecho marítimo de casi un kilómetro de anchura. Vasilievski puso simultáneamente en vuelo quinientos aviones para asegurar el cruce de este obstáculo acuático. En la etapa culminante del combate fue introducida en la ruptura la 1.ª División de Infantería de la Guardia del Héroe de la Unión Soviética, mayor general P. Tólstikov. En la tarde del 25 de abril los combatientes del teniente coronel Ivánnikov, Héroe de la Unión Soviética, limpiaron Pillau de alemanes.

Con la caída de este último punto de apoyo, quedó liquidado para siempre el bastión del imperialismo alemán en Prusia Oriental.

Llegó la Victoria por la que entregaron sus vidas muchos miles de combatientes soviéticos y, entre ellos, Iván Danílovich Cherniakovski.

El pueblo soviético honra sagradamente la memoria del eximio estratega. Por decisión del Partido y del Gobierno se erigieron monumentos en las ciudades de Vilnius y Viñitas. La ciudad de Insterburg se llama ahora Cherniakovsk. El koljós en la aldea Vérbovo, del distrito Tomashpolsky, de la región de Vínnitsa, donde pasó la infancia del gran jefe militar, lleva también su nombre. En su patria chica, en la aldea Oksánino, del distrito Umanski, de la región de Cherkassi, de la Ucrania Soviética, se ha erigido un busto de bronce al dos veces Héroe de la Unión Soviética.